Serpent's Walk

Randolph D. Calverhall

LA CAMINATA DE LAS SERPIENTES

de

Randolph D. Calverhall

LIBROS DE VANGUARDIA NACIONAL

A veces ganan los buenos.

No siempre, claro. Perdieron mucho en la Segunda Guerra Mundial. Esa guerra fue una victoria para comunistas, demócratas y judíos, pero todos los demás perdieron, incluidos millones de soldados estadounidenses a los que les dijeron que mataban alemanes y japoneses para hacer del mundo un lugar decente para que sus hijos crecieran — solo para ver cómo las cosas en Estados Unidos pasaban de estar mal, mucho peor en las décadas posteriores a la guerra.

Incluso cuando los malos ganan, a veces se vuelven descuidados y luego se convierten en perdedores. Mira lo que les pasó a los comunistas de Europa del Este en los años 90. ¿Podría ocurrir lo mismo con sus antiguos aliados de la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos?

La Caminada de las Serpientes explora esa posibilidad. Asume que la élite guerrera de Hitler —las SS— no abandonó su lucha por un mundo blanco cuando perdieron la Segunda Guerra Mundial. En cambio, sus supervivientes se ocultaron y adoptaron algunas de las tácticas de sus enemigos: empezaron a fortalecer su poder económico y a creer en los medios formadores de opinión. Un siglo después de la guerra, están dispuestos a desafiar a los demócratas y judíos por los corazones y mentes de los estadounidenses blancos, que ya han empezado a hartarse del multiculturalismo y la "igualdad" impuestos por el gobierno. El conflicto resultante está cerca de destruir el mundo y ofrece una lectura emocionante.

En Memoria de Phillip Barker.

CAPÍTULO UNO

"¿Y cómo", exigió la mangosta con desprecio a la serpiente,
"¿propones escalar el monte Kailas, la casa del Señor Shiva? ¿Tú,
que no tienes ni brazos ni manos, ni pies ni dedos para agarrarte a
los precipicios?"
"Muy despacio", respondió la serpiente. "Con cuidado.
Enroscándose de un lado a otro sobre mi vientre, sobre una roca
aquí, subiendo por una grieta allá. Al final llegaré, ¿sabes?"
La mangosta resopló con desdén. Pero en su corazón sospechaba que
la serpiente hablaba con verdad.
—fábula india

Domingo, 22 de diciembre de 2041

Había dos hombres en la húmeda y desordenada oficina trasera de la tienda del litógrafo. El que estaba delante de la mesa llevaba pantalones de trabajo descoloridos y una chaqueta de motorista negra de cuero. La chaqueta era vieja y deshilachada, sus calcomanías descascaronadas, su lema que antes era enfadado ahora ilegible.

El otro hombre se sentó en la sombra. La postura insinuaba a una persona más joven, un hombre sofisticado, alguien que podría ser aceptable en las capas altas de la sociedad. El hombre de chaqueta negra no podía ver más que una fina corbata sobre una camisa blanca, una cinta negra pintada en medio de una deslumbrante autopista que brillaba en azul blanco detrás de la única lámpara fluorescente de trabajo de la mesa. Dos brazos enfundados en tweed gris plomo salían de la oscuridad que era el torso del hombre, y dedos pálidos arrancaban los expedientes con orejas duelitas apiladas sobre la mesa, arañas pálidas arrastrándose entre un paisaje lunar de papeles color beige y blancos y madera cicatrizada de tono castaño.

"Lo mejor que pudimos hacer con tan poca antelación", dijo el motorista. Era un tipo tímido y corriente. Su rostro estaba marcado por los hoyos, y su tez le recordaba a paredes de ladrillo rojo cubiertas de grafitis.

"Lo que sea." Los dedos delicados y delicados se hundieron más en el papel blanco. "¿Menor, dijiste? ¿Lessing?"

"Lessing. Alan Lessing." El hombre mayor extrajo un atisbo de diversión secreta en la mancha de tinta negra de litógrafo visible en la manga izquierda del otro. ¡Se lo pasaría un montón de tiempo quitando esa mancha del caro abrigo deportivo!

"Lessing. Luchó en Angola en 2030. Luego en Siria durante la guerra de Baalbek. Luego volvió aquí un rato." Su voz se fue apagando mientras leía. Miró al hombre detrás del mostrador y terminó: "Un hombre bastante bueno. Un verdadero mercenario."

"¿Fiable?"

"¿Cómo voy a saberlo? Nunca le he conocido." El cuero crujió cuando el hombre mayor se rascó los dedos gruesos por el pelo canoso y gris-rojizo. "Todo está en el expediente. Americano... el instituto, un año de universidad, una familia que no recuerda... y no le recuerdan."

"Una mera, eso sí." Viniendo del joven, el término sonaba inseguro. "¿Él... eh... ¿Ver combate? ¿Combate real?"

"Está todo ahí. Léelo tú mismo." La voz del otro adquirió un tono quejumbroso mientras dejaba el expediente sobre el escritorio. Se acercó a asomarse por la única ventana manchada de suciedad mientras el hombre detrás del escritorio recogía el expediente. "Dios, ha empezado a nevar mucho ahí fuera. Tengo que irme a casa."

"¿Política? No veo nada sobre eso aquí."

"Si no está escrito, no tiene ninguno."

"¿Algún problema religioso o racial? ¿Cooperará con otros miembros del equipo? ¿Negros? ¿Judíos? ¿Árabes?"

El hombre mayor resopló y se pasó un dedo rechoncho por el labio superior. "Lessing ha luchado por ... y contra ... todos los grupos étnicos que existen."

"Tengo que saberlo."

El hombre mayor volvió a mirar la ventana, ahora un estudio abstracto en tierra negra y nieve blanca. "Está bien. Lo que le digas. Vamos.

"Un minuto más. Podemos arreglarlo todo aquí y ahora."

"¿Qué más necesitas? Tomemos Lessing; Es bueno. Luego o eliges el equipo o dejas que Lessing lo haga. Tú proporcionas la mercancía... Eh, coches, armas, lo que sea. No quiero saberlo."

"No lo harás. Solo haz los contactos y tráelo aquí. ¿Dónde está?"

El dedo se deslizó hacia una nariz sorprendentemente fea y llena de bultos. "India, creo que... Beegeeing... eh, guardaespaldas... para algún ejecutivo estadounidense. Alguien que no quiera morir allí. India es como la mayor parte del puto Tercer Mundo ahora... Temporada abierta para extranjeros. Especialmente los occidentales... y especial de la tarde del sábado sobre estadounidenses."

Dientes blancos brillaban en una pálida media luna en la oscuridad. La silla chirrió cuando el joven la empujó hacia atrás y se levantó. "Bien. A Lessing. ¿A quién tienes en la India? ¿DaSilva? ¿Gómez? Uno de ellos puede darle los detalles y él puede pedir la ayuda que quiera. Luego volarlo a Ciudad de México. Lo recogeremos allí. Que esté allí a mediados del mes que viene... El quince de enero. Avisa a mi secretaria cuando llegue. Recibirás tu comisión por los canales habituales."

"No hay problema." El hombre mayor cogió los guanteletes de cuero que había sobre la mesa, se torpeó, dejó caer uno en la cama de papeles en el suelo y se agachó para recogerlo. Suspiró. "Y una feliz Navidad para ti."

El otro no respondió.

CAPÍTULO DOS

No dar nada por sentado en la guerra. El comandante que viviría para regresar a casa es aquel que anticipa no solo lo inusual sino lo totalmente inesperado.
—Risalat-al-Harb, manual militar musulmán del siglo I

Jueves, 30 de enero de 2042

“Cristo," gruñó Doe. Giró los prismáticos a la izquierda y luego a la derecha. "Vamos, ¿qué pasa?" Lessing le arrebató las gafas al hombre más pequeño. Sus cuatro compañeros estaban en algún lugar detrás de ellos, acurrucados en la nieve vidriosa, hasta los tobillos. ¿Quién iba a pensar que habría tanta nieve en el suroeste de Estados Unidos, incluso en enero? Se decía que el clima había cambiado desde la guerra entre China y Vietnam en 2010.

Adolescente se acomodó a su lado. La boca de su rifle automático Riga-71 estaba ennegrecida por la grasa, pero seguía brillando. Lessing lo empujó hacia abajo para que ningún centinela pudiera verlo brillar bajo la luz acuosa del sol invernal.

El recinto de abajo estaba vacío. Un camión destartalado estaba junto a la pared blanca y descascarilada de madera de la casa principal. El garaje trasero estaba sin pintar y estaba destartalado, y la pequeña y cuadrada torre de almacenamiento de agua — el lugar lógico para un centinela — era un edificio tan desprestigiado como los que Lessing había visto jamás. ¡Incluso los angoleños construyeron mejor que eso!

Doe hizo un gesto urgente. Panch y Cheh vigilarían la pendiente escarpada detrás de ellos mientras Char continuaba explorando, invisible en algún lugar entre las rocas gris-negras delante. Lessing movió dos dedos hacia Teen, indicándole que debía vigilar el resto del terreno cubierto de blanco alrededor del complejo. Solo cuando estuvo satisfecho miró a través de las gafas.

Un pie con botas sobresalía de detrás de la rueda trasera cubierta de tierra del viejo camión. El vehículo era un Hideyoshi de tracción a las cuatro ruedas, de la época de 2025.

"¿Está trabajando en ella?" susurró Lessing. Apoyó un grueso antebrazo en la rodilla y ajustó las gafas.

"Demasiado callado. No se mueve." Doe volvió a coger los prismáticos, pero Lessing los sujetó. "La puerta está abierta, pero no hay nadie." El inglés de Doe tenía un matiz de acento alemán —o quizá belga—. Lessing ya había trabajado con él antes, combatiendo con la fuerza de ataque encubierta estadounidense-israelí en Siria durante la Guerra de Baalbek en 2038.

Lessing solo tenía una idea vaga del nombre real de Doe, o al menos del nombre que usaba ahora. En misiones temporales era mejor así: el camarada de hoy podía convertirse en el enemigo del mañana. Estas "unidades" improvisadas a menudo daban a sus miembros números, letras o documentos artificiales
nombres elegidos para facilitar la comprensión en batalla. Cuando Gómez, el contacto goanés de Lessing en Bombay, le proporcionó este escuadrón de cinco, Lessing los nombró de forma caprichosa con números en hindi. Él mismo era Ek, "uno"; los otros eran Doe, Teen, Char, Panch y Cheh. Doe y Teen portaban rifles automáticos, al igual que Lessing; Char y Panch tenían pistolas de sutura y granadas ligeras israelíes; la chica, Cheh, que venía de Australia o Nueva Zelanda o de algún lugar "allá abajo", llevaba el pesado fusil láser.

"Otro más", murmuró Teen. De hecho, un montón de ropa desechada junto a la torre de agua se resolvió en un segundo cuerpo.

El hombre estaba inconfundiblemente muerto. "No con uniforme", murmuró Lessing de vuelta. "Pero eso es de esperar. Esto no es una instalación militar normal. Ya no."

Char se acercó, avanzando con cuidado sobre la nieve crujiente. Como Lessing, era estadounidense. Ambos eran hombres grandes, corpulentos y musculosos, pero Char tenía rostro lunar, piel lechosa y un gorro de pelo negro y áspero, mientras que los rasgos de Lessing eran más delgados, la nariz más larga y el cabello como ceniza gris-rubio y fino.

"¿Qué pasa con nosotros...?" Char empezó. Teen señaló los cuerpos visibles, y Char inhaló y se sentó. Lessing levantó una mano para advertir al resto que mantuvieran sus posiciones.

"¿Vas a entrar?" preguntó Teen.

"Es para lo que nos pagan." Char se tocó una fosa nasal.

"Doe y yo", respondió Lessing. "Vosotros dos cubridnos. Traed a Cheh aquí con su rifle láser. Ella entra cuando le doy el signo hacia arriba."

Se distribuyeron entre las rocas y barrancos de la ladera delantera. Lessing y Doe se quitaron los trajes de camuflaje para revelar chaquetas de cazador naranjas con púas y pantalones de lona. Doe sacó un sombrero de caza rojo de su mochila y enderezó la alegre pluma amarilla de su banda.

"Quizá deberías yodelar", se rió Teen. "Pareces suiza."

Doe mostró dientes grises e irregulares, dijo algo obsceno en un dialecto suizo-alemán ininteligible y añadió un gesto descriptivo.

El adolescente puso una mueca. "¡Tú y tu mono también!"

Teen sonaba vagamente británico, pero cambiaba fácilmente de un acento a otro, y ¿quién podría decirlo? Solo en este viaje, Lessing le había oído usar cockney, chicano-americano y un texano algo inestable. Había hablado Español con el piloto que los había dejado a todos en Estados Unidos, y Doe recordaba que él hablaba en árabe de alcantarilla en Siria. Un hombre útil, aunque de rostro amargado y propenso al sarcasmo. Muchos mercenarios eran como Teen.

Bajaron la pendiente con cuidado, dos cazadores perdidos buscando indicaciones, una taza de café o quizá un teléfono. Su propia

Las armas se dejaron atrás con sus mochilas, y ambos ahora llevaban rifles de caza, buenos pero no sofisticados.

"¿Qué demonios es este sitio?" Lessing llamó en voz alta, aparentemente a Doe. "¿Quién vive aquí lejos? ¿Guardián de incendios?"

"¿Científicos universitarios? ¿Geólogos?" Doe se preguntó de vuelta.

Lessing le hizo una señal para que se callara; El acento alemán de Doe levantaría sospechas.

Atravesaron la puerta abierta y luego la segunda barrera interior. Los diez metros de terreno abierto entre las dos vallas perimetrales estaban sembrados con minas terrestres en miniatura, Lessing lo sabía: suficientes para derribar a una persona y quizá arrancarle un pie. Una cámara de vigilancia de televisión estaba montada sobre la puerta exterior, pero parecía estar fuera de servicio, su tubo metálico de lente manchado apuntando hacia el suelo bajo ella.

No dieron la vuelta por detrás. Todavía no. Lessing se acurrucó en el destartalado porche delantero y llamó a la puerta.

"¡Eh! ¡Alguien!"

No hubo respuesta. Cierva merodeaba hasta el final del porche y entrecerraba los ojos alrededor de la entrada, al otro lado de la casa. Extendió dos dedos, paralelos al suelo: dos cuerpos allí.

Lessing se enderezó, abandonando su pose de "cazador perdido". Subió a la cima de los escalones y levantó el pulgar derecho. Una figura se desprendió de las rocas salpicadas de nieve y comenzó a zigzaguear pendiente abajo hacia él. El resto del paisaje estaba completamente silencioso, ominosamente silencioso. No había pájaros, no había insectos — pero, ¿qué insectos había en Nuevo México en esta época del año? No tenía ni idea.

Lessing gritó: "¡Hola! ¿Hay alguien en casa?" Luego pateó la puerta principal.

El salón delantero era como mil otros en la América rural: dos sillas, un sofá, un par de lámparas, un escritorio, una chimenea con leña apilada a su lado y una mesa de centro llena de cáscaras de naranja, revistas y periódicos viejos. Instantáneas de amigos y familiares sonreían difusamente desde

junto a estatuas de cristal de retrievers y spaniels en una estantería de objetos en la pared trasera. En la entrada principal había un escritorio maltrecho, repleto de folletos, periódicos y revistas para personas al aire libre. Un cartel metálico allí decía: ARTHUR L. KOPPER Departamento de Conservación de la Vida Silvestre Estado de Nuevo México.

Nada estaba fuera de lugar. Todo estaba como debía estar.

Y todo era tan falso como los dientes delanteros de un presentador de concursos.

Hicieron una búsqueda apresurada de la casa. En el pasillo detrás del salón había un baño con cortinas de chintz amarillas, un baño de mujer
haciendo. Al final llegaron a una cocina anodina en la que aún estaban dos ollas ennegrecidas sobre la estufa de propano. Alguien había apagado el fuego, pero la comida dentro — estofado de ternera y patatas hervidas, notó Doe — estaba fría y grasienta, quizá de dos días.

En el dormitorio lateral que daba a la cocina, una mujer muerta yacía tendida en una cama doble.

Lessing miró la habitación, no vio nada y fue a mirar el cuerpo. La mujer tenía unos cuarenta años, estaba encanecida y con gafas. Una pasta de chenilla rosa llama estaba arrugada alrededor de sus generosas caderas cubiertas por pijamas, y una lata de una bebida de cola reposaba en la mesilla de noche a su lado. La ostentosa portada azul de una novela de bolsillo sobresalía de debajo de su mano izquierda morada. Llevaba muerta quizá uno o dos días. El tenue olor dulce y enfermizo se lo decía, pero ella no tenía ni una sola marca. Su lengua sobresalía y sus rasgos estaban deformados, pero no había olor a químicos, ni sangre, ni violencia. La manta rosa había sido tirada a un lado en la agonía de su muerte, y ahora caía sobre la alfombra roja raída, un charco de lava chillón de mal gusto de clase media.

"Murió por la noche", dijo Lessing. "Justo antes de dormir."

"O eso, o se echaba siestas por la tarde", sugirió Doe.

Una tabla crujió detrás de ellos, y ambos saltaron, rifles en alto y listos. Solo estaba Cheh, con su rifle láser sostenido en sus brazos cortos.

"Dios, ¿qué ha pasado?"

"¡Maldita sea, se suponía que debías esperar mi señal!" La chica se encogió de hombros, y Lessing dijo: "No tengo ni idea de qué la mató. ¿Fuera?"

"Ni un alma viva. Cuatro muertos, eso sí." Cheh era bajo, rechoncho y tan redondeado como una ama de casa holandesa. "Char 'n' Teen han buscado. Alguien ha volado un gran agujero en el garaje... Destruyó la central eléctrica. No te molestes en encender las luces."

"Habrá un generador de emergencia." Lessing se levantó, caminó por el pasillo detrás de la cocina hasta el dormitorio trasero y golpeó con un pie con una bota en la puerta allí.

Casi disparó media docena de balas contra la figura que se le enfrentaba dentro: un hombre enorme, amenazante y pálido, vestido de naranja.

Era el propio Lessing. La puerta del armario estaba entreabierta, ¡y casi había volado el espejo de cuerpo entero! Aflojó el gatillo temblorosamente, pensando en lo fácil que habría sido matarse con fragmentos de cristal volando por todas partes. No se había dado cuenta de lo aterrador que parecía — y de lo nervioso que estaba.

"Aquí dentro", llamó. La parte trasera del armario estaba abierta, dejando ver el cubículo del ascensor más allá. Hasta ahora, el plan que Gómez le había dado en India había sido completamente acertado.

Lo que no le habían dicho era que los ocupantes actuales serían carne fría cuando llegaran.

"Bueno. ¿Para esto estamos aquí?" Doe habló desde detrás de él.

"Base desactivada", gruñó Lessing. Fue la lima dar a su escuadrón lo que necesitaba saber. "Secreto, que quedó de antes del Tratado de Viena. No

sabían qué hacer con él. Ahora solo es un almacén." Señaló las literas que bordeaban las paredes. 'Los barracones y los alojamientos fueron demolidos ... Solo quedaban unas pocas personas para vigilar esta casa y la instalación subterránea que había debajo. También hacían de guardabosques de la fauna."

"¿Qué hay aquí?" preguntó Doe.

"¿Cosas atómicas? ¿Radiación?" añadió Cheh.

"¿Guerra química?" insistió el alemán.

"Peor," Lessing no quería hablar de ello. "Vamos, tenemos que bajar."

"Espera." Cheh mordía su fino labio inferior. "Tenemos derecho a saberlo, colega. ¿Quién... ¿qué... ¿mataron a estas personas, entonces?"

Doe le rascó la mejilla con un dedo nudoso. "¡Guerra biológica!" Se apartó, hacia el salón.

La mueca de Lessing le indicó que había dado en el blanco de lleno. "¡Maldita sea, aquí no hay nada que nos haga daño! Si hubiera habido una filtración, ya estaríamos todos muertos."

"¿Pero estas personas...?"

"Alguien más estuvo aquí justo antes que nosotros. No sé quién, todavía. O por qué."

"Demasiado jodidamente encantador", Cheh miró dentro del silencioso ascensor. '¿Los rusos?
¿Los israelíes?"

"Los judíos no tendrían que matar a nadie", se burló Doe. Su voz temblorosa desmentía su tono truculento. "Solo pide la llave al presidente Rubin, por favor, ¿eh? Más probable es que fuera una de las facciones rebeldes americanas. ¿Agricultores en bancarrota? ¿Pandillas negras de barrios?

¿Manifestantes fiscales? ¿Anti-guerra? ¿Pro-guerra? ¿Inmigrantes mexicanos?"

"¡O madres contra el maldito maltrato infantil!" Cheh frunció el ceño con su rostro pensativo. "Al menos el ejército americano probablemente tiene las manos demasiado ocupadas para molestarse con nosotros de inmediato. ¿Cuánto tiempo tenemos?"

"¿Quién sabe?" Lessing se encogió de hombros. "Debe haber alarmas, incluso en este gallinero derrumbado que es la base."

"¿Mandarán a alguien, eh? ¿Algún día?"

Lessing señaló el ascensor. "Así es. Vamos a acabar con esto. Rápido. Lo que pasó aquí ocurrió hace aproximadamente un día y medio. O terminamos y nos escondemos en las colinas hasta que nos recogan, o abortamos."

"Abortar, digo", soltó Doe. "¡No hay gérmenes asesinos para mí!"

"Sin misión, sin dinero", gruñó Lessing de vuelta.

"Maldita sea. Tú ve. Yo vigilo." "Vale. Lo haré solo."

"No hay motivo para ponerse tan exclusivo y presumido, colega." Cheh se acercó para ponerse a su lado. "Todavía somos dos. Solo di cuáles son nuestras posibilidades."

Un compañero era más bienvenido de lo que Lessing quería admitir. Dijo: "No hemos visto a nadie vivo hasta ahora. Si también están muertos dentro, cogemos lo que buscamos y salimos en diez minutos. Podemos avisar si tenemos problemas." Golpeó la elegante caja de comunicaciones que llevaba atada al cinturón. "Tú, Doe, encuentra a los demás. Tráelos para registrar el jardín, los cuerpos, el garaje. Romped el silencio radio solo si veis a alguien acercándose."

"Mira...", empezó Doe con débilidad.

Lessing se permitió sonreír. "No hay problema. Gritaremos si la fiesta se pone animada."

"Claro." El alemán respiró hondo y luego tosió en el puño. Era un buen hombre en combate con fuego, pero una catacumba negra, posiblemente llena de muerte invisible y miasmática, podría haber intimidado a un hombre más fuerte.

Los pasos de Doe se remontaron por la casa y bajaron las escaleras. Cheh se inquietaba mientras Lessing inspeccionaba el ascensor. Había tres botones en el panel y ninguna trampa que pudiera detectar. Se dio cuenta de que estaba ganando tiempo; perdería el valor si esperaba demasiado. Pulsó rápidamente el botón central. La puerta se cerró, se encendieron las luces y el coche empezó a descender. La energía de emergencia efectivamente funcionaba.

La puerta suspiró a un lado para despertar tubos fluorescentes sin sombra a lo largo del techo de una antesala color crema. Lessing avanzó, se agachó y volvió a avanzar, mientras Cheh le cubría con su rifle láser. No había nadie; La habitación solo tenía muebles con sábanas. Una puerta abierta en la pared trasera daba paso a un pasadizo de unos diez metros de largo. Este tenía dos puertas a cada lado y una quinta al fondo, sobre la que un cartel plantillado proclamaba en letras del color de sangre seca y vieja: AUTORIZACIÓN DE SEGURIDAD 1-A SOLO.

Tres de las habitaciones laterales eran oficinas, cubiertas de polvo y sin uso; la cuarta era un almacén. Latas brillantes de cera para suelo, cajas de papel higiénico y cajas de papel duplicador llenaban sus paredes. Lessing solo hizo una búsqueda superficial. Una puerta secreta era posible pero poco probable.

Dentro de la sala, al fondo del pasillo, Arthur L. Kopper yacía boca abajo en un montón de cajas y componentes electrónicos; La placa de su camisa blanca, manchada y arrugada, demostraba su identidad. Lessing lo volteó. Kopper había sido un hombre gordo, anciano y pequeño, el modelo perfecto de un burócrata mezquino. Su cabeza calva empezaba a mostrar las manchas marrón púrpura de la descomposición.

"Sala de radio", murmuró Lessing. Pasó por encima del cadáver para inspeccionar el equipo de comunicaciones que cubría la pared trasera.

Lo vio al instante. Un objeto no pertenecía: un canister plateado del tamaño de un puño empalmado en la consola.

"¡Colibrí!" Cheh respiró. "¿Checo o coreano?"

Un colibrí era un pequeño ordenador autoalimentado. Conectado a un equipo de seguridad, silenciaba las alarmas, anulaba las señales locales y seguía enviando el mensaje de "situación verde, todo normal" programado en el sistema. Un colibrí no podía ser apagado, y normalmente contenía una bomba para evitar que los dedos ocupados lo manipularan.

Lessing palpó las piezas electrónicas derramadas con la culata de su rifle. El silencio era más preocupante que los restos mortales de Arthur L. Kopper. "¿Improvisar alrededor del colibrí para que puedas enviar un mensaje?" preguntó al cadáver en tono conversacional. El antiguo señor Kopper no respondió.

Cheh se acercó al panel de comunicaciones y miró el cilindro inocuo. No la tocó. "¿Sin sistema de seguridad de respaldo?"

"Construyeron este lugar justo después del cambio de siglo, quizá durante la crisis de los misiles en 2013", dijo Lessing. "Los Bom-Agains estaban en el poder entonces, y su seguridad era de última generación para la época. Los colibríes llegaron después."

Arthur L. Kopper no comentó nada, con los ojos vidriosos y muertos fijos en el techo.

Lessing se frotó el puente de la nariz. "Siempre aguafiestas. Alguien desarrolla un aparato, otro lo hace obsoleto." Se estremeció. La muerte de Kopper fue reciente, pero también había muertes antiguas aquí abajo.

Se retiró hacia la puerta. "Vamos. Aunque el colibrí siga enviando una señal clara, puede que alguien haya llamado por teléfono y no haya recibido respuesta. Ya estarán de camino."

Cheh se detuvo para echar un último vistazo. "No tiene sentido un colibrí después de un asalto. Te lo pones primero, para silenciar cualquier alarma. ¿Un trabajo interno? ¿Una comadreja?"

Ambos levantaron sus armas involuntariamente. "Maldita sea", susurró Lessing. "Puede que el cabrón siga por aquí."

Llegaron al ascensor en tiempo récord.

En la parte superior, Lessing se giró para mirar a la chica. No se dio tiempo para pensar, para considerar si los 75.000 dólares americanos de Gómez podrían ser un mal cambio por la pérdida de su vida. Dijo: "Tengo que bajar otra vez, hasta el fondo esta vez. No tienes que venir. Vuelve con los demás y busca transporte."

"Ni Teen ni yo vimos ningún vehículo", dijo la chica con terquedad.

"¿Y el personal aquí? Tenían que tener algo. Ese camión oxidado en

el patio es basura... adorno."

"Claro, pero... Le diré a Doe que amplíe el círculo de búsqueda"

"¡Sal y únete a él, maldita sea! Puedo encargarme yo del resto."

La miró fijamente hasta que ella bajó la mirada y se fue

El pequeño y sucio dormitorio era sofocante, los muebles baratos

eran astutos y secretos. A Lessing le costaba respirar; El aire estaba

cargado con el olor a naftalina y ropa vieja.

Todavía estaba estudiando el panel del ascensor cuando oyó

pasos. Era Cheh. No le había dicho que volviera, y levantó la

cabeza para protestar.

"He transmitido tu mensaje." Se apartó un mechón de cabello corto, fino y rubio sucio de la frente. "Yo también voy. Necesitarás refuerzos ahí abajo."

"¡No!" soltó. "No hace falta. Nadie."

"Pulsa el maldito botón." No le dio oportunidad de discutir, pero ella misma tocó el tercer y más bajo perno del panel.

Juntos, descendieron una vez más al inframundo.

El nivel más bajo era más grande: una docena de habitaciones y cubículos enterrados a veinte metros bajo el desierto de Nuevo México. La iluminación fluorescente seguía funcionando, y el silencioso vestíbulo y la oficina exterior eran luminosos y poco profesionales, con sus sillones de cuero sintético, archivadores de tonos beige y escritorios revestidos de plástico de madera real sin rozaduras. Sobre uno de los escritorios aún proclamaba un cartel casero que decía: LOS FUMADORES SERÁN AMURALLADOS VIVOS. Lessing intercambió una sonrisa con la chica australiana. Solo unos pocos veteranos seguían fumando tabaco.

Dios, pero hacía frío aquí abajo. La calefacción debe estar apagada. Lessing se detuvo a olfatear. Un dron tranquilizador, en algún lugar lejano tras las paredes, le dijo que el aire acondicionado funcionaba. El lugar olía como el interior de una aspiradora, como cualquier otro edificio sellado.

Estaba totalmente quieto. Si había una comadreja escondida aquí abajo, o era muy buena o estaba congelada como un helado de soja.

Detrás de la antesala, al final de un corto pasillo, llegaron a una pesada puerta de seguridad. Esta estaba abierta, aparentemente en perfecto estado. El escáner de patrón retiniano había sido apagado, pero la luz de alarma junto a la puerta brillaba con un agradable verde, mostrando que el colibrí

estaba funcionando. Cada vez parecía más un trabajo interno. Puede que no necesiten a Char, su hombre de electrónica, después de todo.

Lessing revisó alrededor de la puerta. Algunos de estos lugares estaban protegidos por sistemas secundarios, lo sabía: gas, ametralladoras activadas automáticamente, láseres. No encontró nada, hizo señas a Cheh y cruzó con cuidado el alféizar.

Los laboratorios que abrían el pasadizo más allá de la puerta hacía tiempo que habían sido despojados. Todo lo móvil había desaparecido, y solo los cables desnudos y los cuadrados menos polvorientos sobre las mesas cubiertas de fórmica mostraban dónde antes había estado el equipo. Estanterías y estantes desnudos, archivadores, algunas piezas de maquinaria pesada de función desconocida, todo estaba cubierto de plástico. Era una morgue, la tumba de una momia, un sepulcro para los descendientes asesinos del paranoico siglo XX.

No es que el vigésimo uno resultara menos sanguinario

La quietud podía ser engañosa. Lessing se obligó a recordar las probabilidades de que hubiera uno o más enemigos ocultos aquí abajo. Se agachó y se deslizó de puerta en puerta, de pared en pared, como si el lugar estuviera lleno de "consejeros" rusos, igual que Angola. Detrás de él, Cheh hizo lo mismo. Los laboratorios estaban sin vida, las luces fluorescentes brillantes e inmóviles. El frío aumentó. Debe haber una salida directa al paisaje invernal de arriba. Sin embargo, el aire no olía a fresco; Apestaba a productos químicos antiguos.

Sus oídos captaron un latido, un sonido motor justo por encima del umbral de audibilidad, proveniente de la sala delante. Alzó su rifle como había hecho cien veces antes en una docena de países diferentes y se deslizó hacia adelante.

Delante de él, vio otra puerta de seguridad abierta, esta vez con llaves pero sobresaliendo de sus cerraduras dobles. Había una habitación más allá. Lessing se deslizó hacia él, Cheh cubriéndole con cautela.

Este lugar estaba amueblado: más archivadores, sillas, escritorios, cuero sintético rojo y metal de plástico y acabado crackle. Aquí estaba la sala de archivos de lo que aún se almacenaba en la base.

Al fondo, una pesada puerta de acero estaba entreabierta, su cristal brillando en blanco bajo el resplandor fluorescente impersonal.

¿Blanco? No parecía pintura. ¿Frost?

Tanto el ruido del motor como el frío emanaban de esa cámara interior.

Lessing entendido. "Nevera", susurró. Luego, por si los australianos lo llamaban de otra manera, añadió: "Almacenamiento en frío."

La chica asintió, con los ojos azules y llorosos grandes y redondos. Le tocaba a ella ascender.

Lessing se mantenía vigilante sobre el mobiliario mudo, una profunda y ominosa presencia acechando justo bajo el horizonte de su conciencia. Le dolía la cabeza y sus propios ojos se sentían como piedras de arenisca en sus cuencas. Le costaba concentrarse. Sobre un escritorio frente a él había un manchador manchado, una grapadora y un calendario abatible que seguía mostrando alegremente el mes de abril de 2035. Apostaría dinero a que había papelería apilada ordenadamente, sobres y cajas de clips en los cajones. Lápices, bolígrafos, cajas de cintas para las impresoras, todo estaría en su sitio, listo para usar, esperando a que llegara algún secretario del ejército aburrido

volviendo apresurada de su descanso para el café y poniéndose manos a la obra. Sin embargo, la mayoría de lo personal y humano desaparecería: las fotografías de amigos e hijos, las viejas tarjetas de Navidad, las invitaciones a fiestas, la servilleta de recuerdo de la recepción de boda de alguien, el abrecartas comprado durante unas vacaciones olvidadas en México. La habitación vacía y atemporal tenía un aire acusatorio, como una antigua amiga a la que ya no llamabas. La vida había sido inyectada en este laberinto remoto y subterráneo; ahora se había retirado.

El grito ronco de Cheh le devolvió al presente. La chica australiana estaba junto a la puerta de la sala fría. Ella hizo un gesto urgente.

"Aquí ... ¡un más muerto!"

En la esquina más alejada de la oficina exterior, detrás de uno de los escritorios, un hombre yacía desplomado contra la rejilla de un conducto de aire acondicionado.

No había muerto fácilmente. Un rastro de sangre y vísceras zigzagueaba hasta la pesada puerta de la fría habitación, y manchas en los paneles y rodapiés mostraban dónde se había arrastrado. Era joven, de rostro delgado y atlético, guapo de una manera insípida, de clase media americana. Tenía los ojos cerrados, las pestañas negras como medias lunas en cuencas profundas. El frío había ralentizado la descomposición, y solo un matiz tizado en sus mejillas bronceadas indicaba que no solo estaba durmiendo. Sus rasgos eran relajados y pacíficos, pero su parte baja de la espalda era una ruina destrozada. Una pistola de puntas le había clavado seis, quizá siete, pequeñas agujas explosivas desde atrás en la columna, nalgas y muslos.

Lessing inspeccionó rápidamente el cadáver. Si el hombre había sido uno de los locales o el propio comadreja podría discutirse más adelante. La misión exigía precisión, y él sabía lo que había que hacer. Cinco pasos le llevaron hasta la gruesa puerta de la sala refrigerada. Solo le llevó un momento escanear los compartimentos y contenedores en busca de las cajas de aluminio que Gomez quería. Esos casos se marcaban con números de identificación del Ejército de EE. UU. y las letras PCV: "Pacov", como pronunciaban los pequeños goaneses el acrónimo. Se suponía que debían haber dos contenedores separados para PCV, PCV-1 y PCV-2.

Las puertas colgaban entreabiertas, cajas y contenedores yacían desordenados sobre el suelo de plástico negro esmerilado, e incluso alguien había abierto la escotilla de servicio de la unidad de refrigeración, revelando bobinas y mecanismos recubiertos de hielo en su interior. El motor funcionaba a toda potencia, intentando sin éxito enfriar no solo esta cámara de almacenamiento, sino también el resto del complejo — ¡y todo el suroeste más allá!

Detectó los casos del PCV al instante. Estaban abiertas justo dentro de uno de los compartimentos de almacenamiento: tres cajas de metal brillante y apagado marcadas como "PCV-1". Las diez hendiduras en forma de huevo en la espuma plástica gris dentro de cada caja estaban vacías. Lessing miró a su alrededor y vio tres cajas más, más pequeñas y planas que la primera, con plantillas

"PCV-2." Estos también estaban abiertos, y sus profundas y cuadradas cavidades no contenían nada.

"¿Qué pasa?" Cheh asomó la cabeza por la puerta.

"¡Mierda! Nos han interrumpido," Lessing soltó un suspiro contenido en un jadeo profundo. El aire seco y helado le hizo toser, y se sentó sobre una pila de recipientes.

La chica lo entendió al instante. "¿Los enemigos nos han robado las cosas? ¡Malditos!" Solo unos pocos mercenarios recordaban que "opfo" había significado en su día "fuerzas opuestas"; cuando Lessing escuchó el término por primera vez en Angola, pensó que venía de alguna lengua africana.

Gimió y se levantó. Cada vez era más difícil encontrar energía —y fuerza de voluntad— para este tipo de misión agotadora y absurda después de pasar los treinta. Lessing tenía ahora treinta y dos.

Algo más llamó su atención: otro cartón abierto, esta vez de plástico color beige. Un participante fue arrancado. El suelo acanalado debajo era de un rojo oscuro con sangre coagulada. El joven muerto fuera quería algo de esa caja, lo deseaba muchísimo.

Lessing miró la leyenda de pelaje escarcha estampada en el plástico. Decía "GD-74."

Gas nervioso. Una de las variedades más tardías y letales.

El contenedor tenía espacios acolchados para doce objetos redondos, pero solo once esferas de plástico brillantes brillaban doradas contra el embalaje de tono carbón.

"¿Y ahora qué?" preguntó Cheh, con razón.

No mencionó el gas nervioso. En cambio, volvió rápidamente a la oficina exterior y se inclinó sobre el cadáver. Era como sospechaba: el conducto del aire acondicionado había sido abierto, su parrilla cubierta de sangre negra y seca. Los dedos de la mano izquierda del joven eran una araña rígida de color granate y blanco apretada sobre el marco metálico color crema.

"¿Necesitas una antorcha?"

"¿Un...? Oh, una linterna. No... no. Creo que lo entiendo."

"¿Qué?"

"¿Hacia dónde soplaba el viento cuando llegamos...", Ayer ... ¿hoy?"

"Eh... al noreste, creo. Una brisa bastante constante. ¿Por qué?"

"Por eso estamos vivos. Y por qué esas personas de arriba y en el jardín están muertas. Gas nervioso: una sola bola cayó al aire acondicionado." Cheh le miró boquiabierto. "¿Qué? ¿Gas nervioso? Fueron asesinados por ... ¿por ...?"

"Uno de la serie GD. Avanzado como el demonio. Un miligramo en la piel o en los pulmones, y apenas tienes tiempo para tumbarte. Entonces estás perdido."

Con el rostro pálido, la chica miraba sus propios dedos como si estuvieran contaminados. "¡Dios! ¡No...! Espera... ¿cómo... ¿Por qué? ¿Por qué aquí? El gas nervioso no necesita refrigeración, ¿verdad?"

"Solo aquí guardado, creo. Después de que la base fuera desactivada. Todo tipo de cosas apiladas en un agujero conveniente donde nadie las encontraría y montaría un escándalo."

Cheh tuvo otro pensamiento. "¿Pero no era esa maldita sustancia un binario? ¿Dos compuestos separados que tuvieron que combinarse para ser letales?"

"Cierto, pero los Bom-Agains se pusieron nerviosos durante la crisis de los misiles de 2013. Ponían gas GD en ampollas de doble cámara que podían lanzarse desde el aire."

"Pero se suponía que esos eran lough — casi irrompibles a menos que los tiraras de un avión o de un edificio. ' Maldita sea"

"Este chico sabía que si la caída por el conducto del aire acondicionado no era suficiente para agrietar la carcasa, entonces las aspas del ventilador en la parte inferior lo harían."

"Pero... ¿Por qué?"

Todo iba encajando. "Alguien... un miembro del personal, un guardia, un técnico... era la comadreja. Tenía acceso a las llaves. Luego cortó el sistema de seguridad con el colibrí Kopper y

Su personal probablemente fue descuidado con ello. La comadreja bajó y tomó lo que quiso. Este chico" — por alguna razón su mente subconsciente se negaba a pensar en el cadáver retorcido como un adulto — "lo pilló en ello, probablemente en la sala de la nevera. La comadreja disparó al niño y lo dejó por muerto. Mientras tanto, Kopper entró en la sala de comunicaciones de arriba, vio al colibrí e intentó pasar por cable para pedir ayuda. Probablemente el chico nunca supo nada de eso. La comadreja voló la central eléctrica al salir, para mantener confundidos a los lugareños."

"Y una vez que la comadreja se fue," interrumpió Cheh, "el niño salió lo bastante atónito como para recibir una esfera de ... del gas... y gateé hasta

allí y lo trasplantó por el pozo. ¡Debe haber pensado que estaba salvando el maldito mundo!"

"Quizá lo era." Lessing se levantó. Notó que le temblaban las manos. "Lo suficientemente importante, en todo caso, para matar no solo a la comadreja sino también a sí mismo... ¡Además de su propia gente y cualquier ranchero, turista o maldita oveja que estuviera en el rango a favor del viento! "La idea era aterradora; Se echó hacia atrás contra un escritorio, dejó el rifle sobre él con un ruido que sonó como un tanque cayendo por un acantilado, y se apoyó en el frío metal para que las piernas no temblaran.

"El ... ¿La mujer de arriba, ellos en el complejo?"

"Nosotros también, si el viento hubiera soplado hacia el suroeste."

"¡Santo cielo! ¿Qué... ¿qué hay al noreste?"

Lessing cerró los ojos, se frotó el puente de la nariz. "No lo sé. Nunca había estado en este estado antes. ¿Magdalena? ¿Socorro? No hay mucha población entre aquí y allá. Algunos ranchos, algunos indios, algunos resorts... ganado. Dios sabe cuál es el rango. No creo que llegue a Albuquerque. ¡Jesús!"

Cheh levantó los dedos temblorosos para acariciar su cabello color polvo. "¿Y esto era lo que quería la comadreja? ¿Este gas nervioso?"

Lessing negó con la cabeza. Gómez le había contado poco, pero podía adivinar. "Peor, creo." Le lanzó una mirada dura a la chica. "La comadreja consiguió lo que nos enviaron a buscar. Y no me preguntes qué es eso o qué hace, porque los jugadores no le dicen ni una maldita palabra a sus malditos peones. ¡Y no me preguntes por qué la comadreja decidió actuar justo uno o dos días antes de que llegaramos! No lo sé."

Gómez tendría que dar explicaciones. ¡Hijo de puta! ¿Había usado a Lessing y su escuadrón como maniquíes? ¿Cómo lo llamaban? ¿Pistas falsas? ¿Chupados expiatorios para cargar con la culpa por asaltar una instalación

ultrasecreta estadounidense? ¿Mientras que el verdadero ladrón se suponía que debía salirse con la suya con las cosas?

Tenían que salir. Lessing cogió su rifle y ordenó a la chica sorprendida que volviera al hueco del ascensor

De camino de vuelta, Cheh jadeó, "¿Y ahora?"

Lessing pensó y dijo: "Si encontramos a la comadreja muerta en el patio, terminamos nuestra misión. Si no, buscamos huellas... aparecerán en la nieve... Y si la comadreja se ha ido al norte o al este, todavía hay una posibilidad de que podamos alcanzarnos, si encontramos un coche."

"¿Ponernos al día? ¿Ahora? ¿Después de un día o más?"

"Si se dirigió en dirección al viento, hay muchas probabilidades de que esté tan muerto como esta gente. Solo podemos seguir y ver. Si se hubiera ido por otro camino, contra el viento, ya habría desaparecido hace tiempo. Entonces podemos dejarlo."

Cheh se estremeció. "No estoy seguro de querer pillarle, ¡aunque solo nos cobren la mitad por volver a casa con las manos vacías!" Frunció el ceño en un pensamiento repentino. "Espera — ¿cuánto tiempo está activo el gas, entonces? ¿Cuál es el riesgo para nosotros?"

"No mucho. Está en el aire, si no recuerdo mal — se disipa tras unas horas." Se esforzó por recordar el artículo que había leído durante uno de sus vuelos a — ¿o era? — Angola. "Se evapora rápidamente, se combina con cosas en la atmósfera y se vuelve inerte ... inofensivo. A estas alturas ya no estará."

"Jesús. Eso espero."

"Si no lo es, apenas lo sabremos."

"Eres un cabrón, Lessing. ¡!"

"Me llamo 'Ek', ¿recuerdas? En esta misión soy Ek."

Cheh resopló, se limpió la nariz rechoncha con dedos igual de rechonchos y no dijo nada más.

El sol, débil y pálido como si se filtrara a través de un mar poco profundo, proporcionaba un alivio sin tapujos. Lessing se encontró con su escuadrón en la puerta principal de la casa.

"Ninguno de los cadáveres tiene nada contra ellos", informó el hombre que Lessing había nombrado Panch. "No bombas, no veapones. Tampoco hay agujeros de bala... Algún tipo de gas debe haber atrapado a Dem. Parece que son del personal aquí." Panch era sueco, un hombre delgado y huesudo que parecía que debería estar arando piedras en algún pequeño campo junto a un fiordo ártico. Lessing ya había trabajado con él antes, durante la Guerra de Baalbek en Siria. Juntos lograron salvar un pueblo lleno de refugiados árabes de un comandante de tanques israelí demasiado entusiasta que quería arrasar el lugar.

No debe pensar en el pasado ahora. '¿Transporte?' preguntó con voz áspera.

"Pequeño Dceda Outdoorsman de tracción a las cuatro ruedas", respondió Char. "Allí, en un cobertizo detrás del garaje. No hay trampas. He comprobado."

"Me sorprende que la comadreja no la haya desactivado", dijo Lessing, "ya que se tomó la molestia de volar la central eléctrica"

"Luego el chaval tiró la ciruela en el maldito pudin", añadió Cheh. Tardaron varios minutos en explicar la probable secuencia de acontecimientos a los demás.

Lessing terminó y preguntó: "¿Alguien ha visto huellas en la nieve?" Se sorprendió esperando que no hubiera ninguno — o que se dirigieran hacia el sur o el oeste.

"Auto", respondió Teen lacónicamente. Señaló hacia el noreste. "Pequeño — Ejército, quizá. O una de esas nuevas Viperas todoterreno." Escupió en la nieve salpicada de barro al pie de los escalones del porche delantero. Lessing se divertía. El hombre era un camaleón: había cambiado sutilmente su

postura, su postura y su acento hasta que ahora parecía y sonaba mucho como un americano del suroeste rural. ¡Un paleto del país de las vacas! Si hubiera tenido un tallo de hierba a mano, ¡el cabrón lo estaría chupando! ¡Qué fraude! Cualquier autóctona de verdad lo reconocería al instante.

El automóvil llevaba a cuatro de ellos: Lessing, Teen, Char y Cheh. Doe permaneció hosco. Se marchó para hacer el solitario turno de centinela en la cima de la colina detrás de la base en ruinas. Panch se quedó atrás para merodear por la casa y los cimientos cubiertos de nieve de los barracones y otros edificios destruidos dentro del complejo. Lessing conocía demasiado bien a este tipo de mercenario; le ordenó a Panch que no robara nada que pudiera pasar por alto y que no destrozara el lugar como un adolescente ladrón de barrio. Que las autoridades adivinaran quién había venido de visita y por qué.

El indicador de combustible marcaba un cuarto de botella, suficiente para una búsqueda rápida. A doce millas de ida y doce de vuelta, decidió Lessing, por precaución. Si no alcanzaban a la comadreja dentro de ese rango, que así fuera, Gómez podría enviar a otro.

Condujeron en silencio, la vía del Viper era una doble vía que serpenteaba delante de ellos sobre la nieve, un ferrocarril hacia el Infierno. Lessing estaba cansado. Se frotó el puente de la nariz otra vez. Cheh, sentado en el asiento delantero del copiloto a su lado, le miró con preocupación. Esperaba que se guardara cualquier fantasía erótica para sí misma. Era una excelente compañera — y quizá, con el tiempo, llegaría a ser una buena amiga — pero tenía casi tanto atractivo sexual para Lessing como los cactus envueltos en hielo que se alzaban como pálidos monstruos fuera de la ventanilla del coche.

Odiaba recordar, pero los recuerdos llegaban igualmente. La última vez que una mercenaria se había mojado sobre él fue en Jerusalén durante la Guerra de Baalbek. Había muerto en algún lugar cerca de Damasco, en una zanja sin nombre llena de ladrillos de barro tan antiguos como Babilonia.

Haz el trabajo. Haz lo necesario, como dijo Gómez con su impecable acento británico-indio. Haz lo necesario y vete.

Quienquiera que hubiera conducido a la Viper conocía el camino. Había una especie de camino bajo la nieve acumulada, dos surcos gemelos que antes conocían el asfalto pero que ahora no eran más que un camino de tierra congelado. Más cactus silenciosos surgieron de la gris desolación: mezquite, artemisa, rocas y rocas y monolitos retorcidos de piedra. Parecía el barrio vacío del Infierno.

"¡Ahí!" dijo Teen con brusquedad. Lessing, que iba al volante delante de él, dio un salto y maldijo en voz baja.

"¡Maldita sea!"

"Justo ahí." El hombre se inclinó para señalarle. Las huellas de la Viper se desviaron, giraron casi medio círculo y luego se lanzaron tras un grupo de maleza blanca que rodaba. El odómetro mostraba que habían recorrido once millas.

Lessing hizo que el coche se detuviera con agua rociada de nieve. Salieron en pila, se cubrieron detrás del vehículo y miraron alrededor. Nada se movió. Les hizo una señal para que se formaran en formación táctica de escuadra. El lienzo crujió; las armas hacen clic; La respiración asmática del adolescente era entrecortada en el aire gélido. Entonces estuvieron listos. Había unos cincuenta metros alrededor del montón de malezas.

Lessing entrecerró los ojos y luego agitó el brazo para avanzar rápidamente. Empezaron a trotar, luego a trotar. Arbustos, rocas, nieve, un conjunto de pequeñas huellas — Lessing tuvo tiempo de preguntarse si eran conejos, ardillas o algo más — y llegaron al enredo de ramas negras y escombros alrededor del cual había pasado la víbora. Aquí no había carretera. El conductor debió de perder el control. Las características de la carne escondida

de Arthur L. Kopper saltó sin ser invitado ante sus ojos, luego el rostro con tiza del niño muerto en la oficina subterránea.

Dagas heladas empezaron a clavarle los pulmones a Lessing. Su aliento salió en banderas blancas. La sangre brotaba contra sus sienes, y sentía el crujido estridente de cada paso sobre las raíces resbaladizas y las piedras enterradas bajo la nieve. Su rifle golpeó contra su costado. Oyó a Cheh justo detrás de él, a su izquierda, la respiración pesada y jadeante de Teen a su derecha. Char era invisible detrás de ellos, protegiendo su retaguardia.

Tenía nieve en los ojos y parpadeó. ¿Nieve? Intentó levantar una mano para acariciar su rostro, pero la encontró inmovilizada bajo él. Estaba tumbado detrás de un tronco. Se dio cuenta de que había caído en el suelo, un reflejo tan automático que lo hizo sin darse cuenta. Dios, si salía de allí tendría que descansar. De lo contrario, podría despertarse con un grito en los labios y una pistola en la mano. Pensó en Colfax, que había apuñalado a su esposa tres veces una noche antes de darse cuenta de que ya no estaba en Angola. La policía paraguaya no había aceptado nada bien esa excusa, y el pobre Colfax seguía languideciendo en algún agujero de prisión allí abajo.

Lessing negó con la cabeza una vez, con fuerza, y luego miró entre las hojas y ramitas muertas frente a él.

Una víbora azul brillante yacía boca abajo entre los retoños gris fantasma.

Lessing hizo un gesto a Teen y Cheh para que se quedaran quietos y proporcionaran fuego de cobertura; él y Char se pusieron de pie y se acercaron. Excepto por su respiración y el crepitar de sus pasos entre las hierbas cubiertas de nieve, no se oía ningún sonido. Char tomó la izquierda, hacia la parte delantera del Viper. Lessing se dirigió hacia la retaguardia y llegó primero. Se detuvo, jadeando, junto a la rueda trasera. Le llevó un buen momento recordar que los automóviles americanos tenían una tracción a la izquierda; ¡Maldita sea, había estado fuera demasiado tiempo! En un coche americano, esto era el lado del pasajero — el lado derecho cuando estaba en posición vertical.

No salió ningún sonido. Entrecerró los ojos por el flanco pulido por el espejo del Viper y notó que las puertas del pasajero estaban cerradas, el coche inclinado de modo que la nieve ocultaba las ventanillas laterales. La luneta trasera también estaba oscura. Reunió fuerzas, se levantó de un salto y se

tambaleó en un inesperado derrape hasta la cintura hasta llegar al lado del conductor. La puerta principal estaba sin cerrar, aunque seguía cerrada. Para salir, habría tenido que arrastrarse en un ángulo bastante pronunciado. No podía ver ninguna huella en la nieve bajo la puerta.

El conductor —y cualquier otro ocupante— seguía dentro.

Un movimiento bajo el parachoques delantero llamó su atención: Char. Saludó para mostrar que estaba bien, listo para el avance final. El otro movió un dedo en respuesta.

La ventanilla del conductor seguía cerrada, bordeada y manchada de escarcha. Se la frotó con el guante pero solo pudo distinguir sombras dentro. La puerta, entonces: esta cedió fácilmente, levantándose sin siquiera un chirrido. Se preparó para lo que fuera que hubiera dentro.

Exhaló con una tos áspera.

¡Así que la comadreja era una mujer! De hecho, una mujer negra, aunque su cabello ondulado y piel clara insinuaban una mezcla de sangre española o india. ¿Caribe?

Llevaba una blusa ajustada y con estilo, hecha de una tela burdeos elegante y aplastada; un abrigo corto de polo; pantalones elegantes y grises tan ajustados que se le pintaban en los muslos redondeados; y botas suaves de desierto. Gafas de sol de color bronce le ocultaban los ojos.

Lo cual era una mejor opción. Había muerto al menos un día antes, quizá dos.

El olor aún no era tan malo — el tiempo había estado frío — pero la nariz de Lessing le indicó que se había ensuciado en su muerte.

"Jee... ¡zuss!" Ese era Char, justo detrás de él.

Lessing no pudo ver nada de ningún tamaño bajo el cuerpo. Abrió la puerta trasera. El Viper yacía mayormente boca arriba, inclinado de modo que el lado del conductor quedara más alto que el otro; su sello trasero era ahora un túnel estrecho lleno de tapicería y basura. Al menos no tuvo que arrastrarse encima de la mujer muerta.

Un fajo de plástico blanco llamó su atención, algo parecido a una bolsa de basura de cocina. Suspiró, tragó aire frío y fresco, y se lanzó para recogerlo.

Era pesado y lleno de bultos. Una mirada le dijo que eso era lo que habían venido a buscar. Dentro podía ver cápsulas ovaladas de metal plateado, del tamaño de pequeñas granadas de mano. También había tubos de un material negro y opaco: frascos tapados como botellas de desodorante gigantes. Los globos estaban estampados con la palabra "PCV-1", los cilindros negros con la inscripción "PCV-2". Sabía sin contar que habría treinta de cada uno.

"¿Entendido?" preguntó Char. Tenía una voz aguda, quejumbrosa y exigente. Con el tiempo, Lessing podría llegar a odiar a este hombre.

"¡Claro!" Lessing se deslizó para salir del Viper, con el saco de plástico liso y resbaladizo apretado en la mano izquierda.

"¡Señalizando!" Char siseó: "El adolescente está señalando. Ha visto a alguien acercarse."

¡Qué mala suerte! Un granjero curioso los retrasaría; Un sheriff del condado o un patrullero estatal colgaría el asunto mucho más tiempo. Explicaciones, ofertas para pedir ayuda, las tarjetas de identificación bastante arriesgadas que Gómez había proporcionado: todo era problemático. Ni siquiera quería pensar en la posibilidad de que una patrulla gubernamental, diputada o del FBI, viniera a investigar un teléfono sin contestar o una alarma desapercibida en la base. No podían simplemente esconderse: sus huellas en la nieve

eran como flechas apuntando. Tampoco podían volver a su coche y salir corriendo como locos, no a tiempo.

Hizo señas para que Teen se adentrara en las profundidades de un arbusto, luego señaló a Cheh un montón de hojas muertas y troncos de árboles. Ambos tuvieron el sentido común de cubrir sus trajes de camuflaje caqui con nieve. Otro crimen para atribuir a Gómez: ¡el pequeño bastardo debería haber sabido que el blanco era mejor que el marrón durante un invierno norteamericano!

Todavía llevaba puesta su chaqueta de cazador rojo-anaranjado. Los pantalones color oscuro de Char y su abrigo color canela podrían levantar sospechas si alguien se detuviera a pensarlo; ¡pero debería haber algunos cazadores americanos lo bastante tontos como para vestir colores de la tierra durante la temporada de caza! Sonrió sin alegría; Muchos podrían morir, como liebres atrapadas en los faros de un coche, pero vaya, ¡debería haber una nueva generación de idiotas cada año!

Dejó caer el saco de plástico blanco en la ventisca a su lado y le rozó la nieve. Su rifle de asalto Riga-7 1 lo empujó bajo la curva del techo volcado del Viper, donde era invisible pero fácilmente accesible. Char escondió su pistola de costura más pequeña y robusta detrás de la pierna, junto al parachoques delantero.

Estaban tan preparados como nunca lo estarían.

El ruido que Teen había oído se hizo más fuerte, el ruido sostenido de un vehículo mediano de algún tipo, cuyo motor necesitaba urgentemente un ajuste. Pasó un minuto más antes de que apareciera ante ella: una camioneta alemana negra y arcaica, el caballo de batalla estándar de la América rural del siglo XXI.

El recién llegado se detuvo junto a su coche y luego se detuvo junto al Viper. El asiento delantero tenía dos hombres y una mujer. El espacio de carga en la parte trasera estaba vacío.

"¡Hola!" Llamó Lessing. "Ha habido un accidente aquí." Más vale que sea obvio.

El conductor se quedó donde estaba, pero el otro hombre abrió la puerta del pasajero y salió. La mujer le siguió. Ambos llevaban ropa de invierno

discreta, botas, sombreros y bufandas. El hombre era bastante joven, con la cara roja, aspecto hinchado y afeitado. La mujer era mayor, sencilla y pálida. Llevaba gafas sin montura y un gorro de media rojo brillante. Demasiado joven para ser la madre del hombre, demasiado mayor para ser su esposa. No hay agricultores, estos. ¡Parecía un asistente jurídico y un bibliotecario!

Lessing frunció el ceño, el buen ciudadano que acaba de descubrir una tragedia. "Mujer... muerto ahí dentro", comenzó. "Se salió de la carretera y se volcó."

El hombre dijo: "¡Madre mía!" Se adelantó como para inspeccionar los restos.

"¿Eres de por aquí?" preguntó la mujer.

"California."

"Cazando"

"Sí", intervino Char. "Vacaciones."

"¿Qué cazabas entonces?" La mujer parecía demasiado culta para usar la gramática de esa manera. La sangre volvió a latir en las sienes de Lessing.

"Oh... solo grandes esperanzas"

Sacó el bolso y metió la mano en él. Quizá buscaba un pañuelo. "No hay mucho que cazar por aquí últimamente."

Lessing fue el primero. Su Riga-7 1 tartamudeó, y la mujer cayó en un torbellino de lana oscura y escarlata. Algo azul y metálico giró de su mano. Se tumbó y escuchó balas golpear el vientre del Viper. Entonces el rifle automático de Teen gruñó desde algún lugar entre la maleza, y el láser de Cheh siseó y chisporroteó. El conductor del camión chilló y luego chilló, solo una vez.

Silencio. Un solo disparo: Un adolescente, probablemente, haciendo silencio al conductor.

Lessing se arrastró hasta sus pies, el costado de la Víbora frío y resbaladizo bajo sus palmas sudorosas. "¿Alguien...?" empezó. Entonces vio a Char. El hombre yacía boca abajo en la nieve. Se encogió, gruñó, se retorció y se agarró el abdomen, del que ahora se filtraba rojo para manchar la blancura pisoteada.

"Oh, Dios," susurró Cheh desde detrás de él. "Coge el coche. Podemos..."

"No." Lessing le hizo un gesto para que retrocediera y luego le hizo un gesto con el pulgar. "Míralo. Has sido médico antes."

No era momento para una práctica médica adecuada. El inglés apartó las manos teñidas de rojo del hombre herido de su vientre. "Un disparo en el estómago", informó secamente. "En shock. Muerto en una hora a menos que lo llevemos al hospital."

"¡Olvídalo!" Lessing espetó. Se puso de pie frente a Char. "¿Quieres que acabe?" preguntó suavemente. "¿O quieres que te llevemos de vuelta? Morirás en la carretera, ¿sabes? No podemos sacarte a tiempo. Y pronto empezará a doler."

El otro le miró con ojos vidriosos por el shock.

Lessing alzó la cabeza para mirar a Teen, que se había movido para situarse detrás del hombre herido. El rifle de Teen apuntaba casualmente hacia abajo, hacia la gorra de pelo negro de Char.

El rifle resonó como un aplauso de la perdición.

"Aw... Jesús" Cheh se dio la vuelta.

"Belter así que sí," murmuró Teen con naturalidad. Lessing se volvió para inspeccionar los cuerpos de los recién llegados. Palmeó sus prendas, sacó carteras, abrió estuches para tarjetas.

"Identificación del gobierno de EE.UU... Inteligencia del Ejército. Con sede en Albuquerque. O bien había un sistema de alarma secundario que el colibrí

no tuvo, o alguien llamó para preguntarle a la hora del día al viejo Köpper." Miró dentro del camión y exclamó suavemente.
"¡Jesús, Cheh, tu láser acaba de fallar unas cajas de munición! ¡Un par de granadas de fragmentación también! Estaban realmente preparados para nosotros."

Cheh se sentó en la nieve. Lessing observaba con simpatía; Hoy tenía más bome que muchos hombres.

"¿Cómo ... ¿Cómo lo reconociste... ellos... ¿como agentes?" logró decir.

"La ropa, los modales. Aquí estaban tan mal como nosotros. Luego la mujer preguntó qué estábamos cazando, en lugar de sobre el accidente de coche. De hecho, aunque hubiera sido de verdad, no podría haberle contestado. ¿Cómo sé qué caza la gente por aquí? ¿En pleno invierno? ¡Probablemente ni siquiera sea temporada de caza!" "Armadillos", dijo Teen.

"¿Qué? ¿Armado qué?"

El hombrecito sonrió y hizo una parodia ridícula de un acento mexicano: "¡No, señor, no! Arma-fucking-df'Woej."

"¡Vete a la mierda!" Cheh parecía a punto de llorar.

Lessing cogió su pistola. "De vuelta al coche. Habrá más agentes en camino cuando estos tres no se presenten. Dejamos a Char en el Viper, le prendemos fuego, hacemos que el camión de los federales se aleje donde no se le vea y salimos corriendo hacia la base. Recogemos a los demás y nos dirigimos a nuestro punto de entrega. Deberíamos estar allí al amanecer. Habrá que buscar algo de cal para aclararlo todo."

Lessing metió la mano en la nieve y levantó la bolsa blanca de plástico. Tanta muerte, y todo por estas esferas y frascos. Gérmenes asesinos, gases letales, alguna otra arma sutil y espantosa — material de pesadillas. Maldita sea, la gente solía luchar por oro, por mujeres, por honor, por valores que una persona podía entender. Ahora mataban por abstracciones, palabras en papel, causas, doctrinas — juegos políticos turbios en los que no había ni bien ni mal.

Y él, Lessing, había elegido voluntariamente convertirse en uno de los peones.

Cheh y Teen forcejearon con el cuerpo de Char para que se colocara en el asiento delantero de la Viper. La caja de munición y las granadas sería una buena fanfarria para el funeral.

Lessing miró dentro de la bolsa de plástico blanca arrugada. Las esferas plateadas del PCV-1 le devolvieron el parpadeo malvadamente; los frascos negros de PCV-2 guardaban sus consejos para sí mismos.

Metió una mano con cautela en la bolsa, extrajo una esfera y un cilindro. Se sentían frías, hostiles, hostiles. Pensó, y luego tomó una decisión: los dejó caer a ambos en el bolsillo oculto cosido en el forro de la pierna de su pantalón de lona. Si Gómez o alguien preguntara, afirmaría que solo había encontrado veintinueve. ¿Quién podría saberlo? ¡Arriba, Gómez! ¡Que todos se laquen! Ese seguro podría ser útil algún día.

Era hora de volver a casa.

CAPÍTULO TRES

No le doy mucho valor a la amistad de personas que no logran ser rechazadas por sus enemigos. —Mein Kampf, Adolf Hitler

Domingo, 6 de abril de 2042

Yo también te quiero", gruñó Wrench. Alzó la vista y vio a Lessing a su lado, bañado en una luz ondulante gris-verdosa de la fila de pantallas de televisión de seguridad, como un ídolo arcaico sumergido bajo el mar.

"Así que me has sacado de la cama. ¿Quién demonios es?" Lessing tocó la consola de control de la cámara de TV, pero el visitante había pasado más allá del alcance de la cámara tres y aún no era visible para la cámara dos. Se frotó el sueño de los ojos. Maldita sea, había querido meter otra cámara para cubrir el punto ciego entre el dos y el tres. La cámara veintiséis, al fondo del jardín junto a la valla de la fábrica, también estaba fuera. Lessing simplemente no tenía energía. El norte de la India en abril era un caldero de calor abrasador, y mayo y junio serían peores. Solo después de que las lluvias cesaran en julio las llanuras resecas volverían a enfriarse. Y luego solo un poco.

"Parece uno de tus amigos más desaliñados." comentó Wrench con suavidad. Un hombre pequeño y bien presentado, de unos treinta y tantos años, su verdadero nombre era Charles Hanson Wren, pero su baúl militar había dado la leyenda "WREN, C. H", y el apodo "Wrench" se había quedado. Era el guardia de seguridad de la casa de Herman Mulder. Lessing se encargó del complejo y de los edificios de la fábrica química de Indoco en India, justo al sur de Lucknow, junto a la carretera de Kanpur.

Lessing no dijo nada.

"Mira, siento haberte levantado", el tono de Wrench indicaba que le parecía gracioso. Sonrió con suficiencia al ver el reloj de pared, que marcaba las 02:10, y mostraba dientes tan blancos y uniformes que todos pensaron que eran una placa. En realidad, eran suyos. Wrench era un poco celoso: Mulder siempre elegía a Lessing como su guía cuando hacía alguna de sus escasas incursiones en el caos que era la India del siglo XXI.

"Claro."

"Dormir es un consuelo en este calor."

Lessing le miró. Como todos en la operación de Indoco en Lucknow, Wrench sabía que Lessing compartía su cama con Jameela Husaini, la intermediaria india de Mulder. A nadie le importaba dónde ni con quién durmiera el ayudante contratado, y a Wrench no le importaba, ni tampoco le interesaba Jameela. Ella estaba sobreeducada para sus gustos, graduada de la Kennedy School for Special Children en Delhi y más tarde de la Universidad de Columbia.
Wrench disfrutaba saberlo
todo, sin embargo. ¡Demasiado entrometido — y demasiado cómico! Un día alguien le cogería por la cabeza de pelo oscuro y brillante, tan ondulado como un anuncio de gigolós, y lo tiraría de un minarete.

Una imagen se movió en la pequeña pantalla de la cámara dos. El visitante se detuvo ante la puerta exterior, miró alrededor, levantó la vista hacia la lente montada sobre su cabeza e hizo un gesto nervioso hacia la campana.

"Eh... ¿Está el señor Lessing? I … Ah... siento molestarte... él... a esta hora." Fue el hombre al que Lessing había llamado Doe: Felix Bauer, como había aprendido de Gómez un mes después de su regreso a la India.

Wrench pulsó un botón. Una luz de advertencia rubí parpadeó. "Lleva un popper. O si no, lleva un suspensorio de hierro fundido."

Lessing cogió el micrófono y dijo: "Hola, Bauer. Mete tu munición en la caja fuerte del poste de al lado. Luego sigue el camino de la izquierda por la parte trasera."

La caja fuerte registró debidamente el peso de una pistola de buen tamaño — y posiblemente también un cuchillo de bota. Los detectores de metales declararon a Bauer limpio.
Solo entonces Lessing pulsó los botones dobles que abrían la puerta.

A esta luz de noche, la veranda de los cuarteles del personal superior estaba desierta. Lessing se encontró con Bauer en lo alto de los escalones y le indicó

un sofá de ratán lo más lejos posible del círculo principal de muebles del porche. La zona iluminada tenía dos desventajas: estaba llena de insectos voladores y el ventilador de techo ocultaba un micrófono de vigilancia. ¿Por qué facilitarle a Wrench escuchar a escondidas?

Bauer se sentó, se humedeció los labios y miró a su alrededor. Su mirada se detuvo en la nevera blanca y reluciente visible dentro de la puerta mosquitera. Lessing se apiadó de él; El viaje de Bauer desde Lucknow a estas horas debió de ser caluroso, polvoriento y sediento — ¡y además debió de pagarle una fortuna al taxi-wala! Lessing se levantó de nuevo y volvió con dos botellas de cerveza india.

"¿Y bien?" Lessing decidió que el alemán tenía un aspecto terrible. No se habían visto desde el asunto de Nuevo México en enero, pero nunca habían sido amigos — ni enemigos tampoco. Solo dos personas haciendo un trabajo.

El otro bebió una cerveza fría. Entonces dijo: "Einar Hjellming ... el sueco que llamaste Panch ... está muerto." Lessing gruñó. "¿Cómo?"

"Disparado. De emboscada. Intentaron matar a Hollister... tu adolescente, el británico... también. Lo fallé por cinco centímetros." Bauer se acarició el pelo canoso con los dedos finos.

"¿Quiénes son 'ellos'?"

"La gente decía que lo sabrías."

"¿Yo? No sé nada." Tenía una pregunta: "¿Y qué pasa con Cheh, la chica australiana? Se llama Rose Thurley."

"No he oído nada. Creo que volvió a Canberra."

"Bueno, eh, está bien. I … Siento lo de Hjellming." No lo estaba, pero parecía significar algo para el otro hombre.

"¿Puedo hablar con franqueza?"

Lessing le observaba. "Claro."

"He venido a pedirte que me dejes en paz. No tienes que decir nada, déjame seguir mi camino. No me hagas el pulgar."

Lessing resopló con la nariz llena de cerveza amarga. Tosió, se limpió la boca y gruñó, "¿Qué?"

"Lo digo en serio. No causo problemas."

Por supuesto, hubo historias de mercenarios que luego fueron "manipulados" por sus empleadores o por sus compañeros. Demasiado conocimiento no era inteligente. Estos incidentes eran menos frecuentes desde que se había vuelto aceptable que naciones, corporaciones, causas e incluso individuos contrataran meros para realizar sus "operaciones especiales" — operaciones especiales. Ahora el mundo, al menos el mundo occidental, veía a los mercenarios como samuráis glamurosos, una clase guerrera honrada, material de series de televisión interminables.

Bauer conocía la reputación de Lessing: nadie le había acusado nunca de hacer el pulgar antes. Y, suponiendo que le hubieran pagado para manipular a su escuadrón, Bauer debería darse cuenta de que haría el trabajo él mismo y no contrataría a un asesino sucio de la ciudad para encargarse.

Lessing mantuvo la cara seria y solo dijo: "Los mercenarios mueren todo el tiempo. Una de las alegrías del oficio."

El entumecimiento brusco de la acusación se estaba desvaneciendo y la mente de Lessing volvió a funcionar. Bauer estaba claramente asustado: su mandíbula rígida lo demostraba. ¿Estaba cuerdo? La paranoia era una dolencia común entre los mercenarios. No aprendiste a sospechar de cada arbusto, cada puerta, cada paso, y no dejar que parte de esa cautela se filtrara en las grietas de tu alma inmortal.

Bauer apretó su botella de cerveza con ambas manos. "La gente ... Nosotros... Que me maten. ¡Pero no por sicarios, ni en Copenhague ni en Río! ¡Lessing, por el amor de Dios...!"

"¿Por el amor de Dios, qué? No tengo nada que ver con esto... ni con Hjellming, ni con Hollister. ¡No contigo! ¿Quién te dio esa idea? ¿Quién ha dicho que estaba haciendo el pulgar de mi escuadrón?" Incluso un soplo de este tipo de rumor podía acabar con la carrera de un hombre. Peor aún, podría hacer que ese hombre mismo fuera criticado.

Bauer dudó. "Nadie dijo ... nadie salió de inmediato"

Lessing le fulminó con la mirada. "Eres un tonto, Bauer, realmente estúpido. Si estoy haciendo el pulgar, ¡esta es mi oportunidad para acabar contigo! Dentro de nuestra valla, nadie cuestiona el negocio de Indoco. ¡Podrías desaparecer sin dejar rastro!" Extendió las manos sobre la mesa, palmas hacia arriba. "Pero
piensa: si no estoy ignorando a mi escuadrón, voy a averiguar de dónde empezó el rumor y qué puedo hacer al respecto. Si tengo que matar... o peor... para mantener mi reputación limpia, lo haré. De cualquier manera, pierdes." Empezó a ponerse en pie. "¿Charlamos fácilmente? ¿O difícil?"

"Mira, por favor" Los ojos de Bauer reflejaban la luz parpadeante

"Tenemos una habitación en el garaje", comentó Lessing. "Guardamos nuestras herramientas de reparación de coches allí. Es insonorizado."

"Gott, nunca quise ... Solo quería "

"¿Quién, Bauer? ¿Quién?"

"Copley ... en París. Nunca dijo que estuvieras haciendo pulgar. Solo que... ¡Algunas personas a tu alrededor podrían morir! I … Lo interpreté como que... Imaginé que se refería a " Bauer cambió el agarre de su botella de cerveza,

sosteniéndolo horizontalmente para poder estrellarlo contra el borde de la mesa y clavarlo en los ojos de su adversario. Bauer había estudiado peleas de bar con expertos.

Lessing también. Señaló. "Adelante, inténtalo. La mesa es de ratán tejido, y hay muchas posibilidades de que la botella no se rompa. ¿Quieres arriesgarte?" Sonrió.

Bauer se sentó de nuevo. "Solo dame tu palabra, ./a? No me hace daño. No quiero saber nada. Incluso podría pagarte... un poco." Se tocó el bolsillo arrugado de la camisa.

"No quiero tu maldito dinero. No hay nada que saber. Nada de hacer el pulgar. Y no puedo proteger a ninguno de los dos hasta saber qué está pasando."

"¿Entonces por qué? ¿Por qué Hjellming y Hollister? ¿Por qué Copley? Chismea mucho con los euro-mercenarios. Debe haber oído algo."

"¡Ha oído rumores! Es una mierda. Mentira. ¡Habla!"

"Hjellming y Hollister ... no eran solo palabras", murmuró Bauer desafiante.

Lessing emitió un ruido burlón. "¿Rencores personales? ¿Delitos violentos? Está dando vueltas, ¿sabes?"

Bauer se tomó el comentario en serio. "No. No es así. Asesinas a ejecutivos. Secuestras ejecutivos y técnicos. Disparas a espías. ¡Pero nadie mata a mercenarios fuera de servicio! Solo somos los soldados, los Soldaten, los músculos y los huesos." Hizo una pausa y luego terminó con un tono defensivo pero terco: "¿Por qué iba a mentir Copley? ¡Dijo que la gente a tu alrededor podría morir!"

"¿Quién los va a matar, maldita sea? ¿Quién? ¿Indoco?" Lessing se relajó un poco, sin dejar de vigilar con cautela la botella de Bauer.

Bauer había recuperado tanto la compostura como cierta actitud de desafío. "¿Cómo debería saberlo? Copley solo hizo advertencias sobre ti. Quizá alguien más te haga un gesto más adelante."

Bauer sonaba más loco de lo que Lessing había pensado. Contuvo un bostezo. Le vendría bien deshacerse de ese invitado no deseado y volver arriba con Jameela. ¡Ya casi eran las tres de la madrugada!

El alemán miró dentro de la botella de cerveza, pero estaba vacía. "Era el trabajo... lo de Nuevo México... Creo."

"¿Qué pasa con ella?" Ahora era el turno de Lessing de sonar a la defensiva. "Diablos, Indoco me debía unas vacaciones y necesitaba el dinero. Un agente que conozco me hizo una oferta: ¡ver el suroeste americano en el plan presupuestario! ¡Su plan y su presupuesto! Hice lo que me dijeron y me pagaron. No pregunto, y no cuento nada."

"Sí, pero..." Bauer frunció los labios, la imagen de un burócrata europeo y timil. Luego: "¿No has visto nada, no te han dicho nada?"

Lessing presionó una mano contra la camiseta de su pijama. "Nada. Honor de scout."

Bauer no captó el sarcasmo. '¿De verdad? ¿Nada?"

"Nada. Aquí solo vemos estudiantes manifestantes: '¡Yanqui, vete a casa! ' Ese tipo de cosas. La policía se queda de brazos cruzados hasta que piensa que nos van a sobrepasar, luego hacen una carga de lato y golpean a algunas cabezas. ¡Es un ritual local, como el baile de apareamiento del pavo real!"

Bauer parpadeó.

Lessing dijo, más amablemente: "Mira, ya es demasiado tarde para que vuelvas a Lucknow esta noche. Quédate aquí y tranquilo. Podemos alojarte.

Mañana, después del desayuno, hablaremos. A lo mejor Wrench puede conseguirte un trabajo de seguridad en la fábrica."

"¿Un puesto? No... I … .”

"¿Tienes miedo a la contaminación? ¿Contaminación? ¿Agua de rosas con cianuro? ¿Polvo radiactivo de kumkum? Eso es lo que dicen los indios que hacemos aquí." Sonrió para mostrar que estaba bromeando.

Bauer solo le miró con los ojos muy abiertos. "Tengo que volver. Mi... Mi taxi me espera, junto a la casa de la puerta de la fábrica. El conductor está tomando té con tus vigilantes." Se puso en pie: rígido, digno, decidido y a la vez apenado. "Gracias."

Lessing lo dejó ir. No podía culpar al alemán por no confiar en él. ¿Quién lo haría? Observó a Bauer marchar por el paseo y desaparecer de la vista alrededor del garaje para seis coches. Luego subió arrastrando los pies de nuevo al piso de la empresa con aire acondicionado que compartía con Jameela.

Si alguien tenía algo contra su escuadrón, ¿por qué no vinieron a por él? Al fin y al cabo, él era el líder de la misión. Sin embargo, no había oído ni visto nada. Su instinto de olor problemático nunca le había fallado todavía. ¿Se estaba volviendo complaciente? ¿Senil? ¿Ciego por la vejez?

Decidió —con cautela— que probablemente Bauer sufría fatiga de combate: los "simples idiotas", como llamaban de forma simpática los tabloides.

El piso de tres habitaciones en el edificio cuadrado y encalado de los cuartos superiores estaba semi oscuro; solo la lámpara de Aladino imitada por Lessing — eléctrica, con una bombilla de 220 voltios en lugar de mecha y aceite — se quedó apagada en lo que los folletos de empleo de Indoco elogiaban

descrita como "el salón". El piso era caluroso y sofocante; ni siquiera la gran unidad alemana de aire acondicionado pudo soportar el calor de la India.

Jameela dormía en el dormitorio, un brazo delgado extendido sobre la almohada de Lessing, un mechón de pelo negro visible sobre la fina sábana. Se movió, y Lessing se detuvo a mirarla. A diferencia de las mujeres americanas, con sus hombros anchos y cinturas de niño, Jameela Husaini provenía de un molde más suave y curvilíneo. Le recordó a Lessing los

frescos de Ajanta: un rostro ovalado con una frente alta; ojos de pestañas largas; piel del tono del viejo oro ("como un alemán del sur en un día nublado", dijo Wrench); una figura alta, esbelta y de largas piernas; pechos firmes y levantados; una cintura estrecha; y muslos como alguna diosa hindú de un friso esculpido. Una vez intentó decirle a Jameela cuánto prefería su belleza a la angulosidad americana, pero no se le daban bien las palabras. Ella lo interpretó como que sus caderas eran — para ser franca — gordas, y que no le había perdonado en un mes. Seguía jugando al tenis con furia cada mañana con las siete asistentes europeas de Indoco, y él sabía lo celosa que sentía de las más guapas de ellas. No tenía por qué serlo; eran ellos quienes la envidiaban.

No la despertó, sino que se tumbó cerca sobre el fino y duro colchón. Jameela se movió contra él, y él empezó a caer en espiral hacia el sueño, sus cabellos sueltos le cosquilleaban el hombro y le llenaban las fosas nasales con un perfume penetrante y de jazmín.

Los gritos y el ruido destrozaron la tela de su sueño.

Se incorporó, gimió, se peinó el fino cabello rubio ceniza y se abrió paso torpemente hasta el pequeño balcón del piso. No lo había soñado; Había más ruidos abajo. Miraba hacia la oscuridad de satén negro, la noche impenetrable de la India, hacia las enredadas telarañas de diamante de las luces de la fábrica: cadenas de bombillas colgadas en cada tanque, tubería, pasarela y torre, convirtiendo la prosaica fábrica en agujas de hadas y palacios orientales, más ricos que Sindbad, más maravillosos que las Mil y Una Noches. Entrecerró los ojos hacia el patio más cercano, justo debajo del balcón. En el resplandor intenso de los focos de la puerta vio un revoltijo danzante de pantalones blancos, camisas blancas, dientes blancos, barbas negras y rostros y pieles oscuros, como retazos recortados de una fotografía en blanco y negro lanzados al aire. Al principio no pudo distinguir nada.

Sin embargo, una mancha escarlata en medio de todo eso era evidente: un cuerpo en una camilla de la compañía.

No podía ver la cara, pero intuía que era Bauer.

Wrench ya estaba en la puerta cuando llegó Lessing. Ambos habían soportado diligentemente las lecciones de hindustani de Indoco, pero esta era la tarea especial de Jameela Husaini, y Lessing tuvo que volver, despertarla y luego esperar impaciente mientras ella se ponía el traje de shalwar-qameez que prefería, básicamente una túnica y pantalones, muy diferente
del sari hindú. Llevó un chal, que se envolvió alrededor de la cabeza y los hombros cuando se adelantó para hablar con los vigilantes de plantas, los chaukidars Pathan que Mulder había contratado para reforzar a su personal de seguridad europeo. Los Pathans la rodearon, informando, recreando y gesticulando. Suficiente talento dramático para una serie de televisión.

Miró hacia abajo a la camilla. Un brazo se movió, y oyó el aliento burbujear bajo la manta oxidada de la empresa. Bauer estaba vivo.

Dios, estaba cansado. Le dolía la cabeza y no podía concentrarse en el pobre Bauer. Deja que el médico de la empresa, el pequeño caballero bengalí que ahora charla con Jameela, se encargue de eso. Simplemente esperó, un autómata cuyas funciones motoras habían sido apagadas pero cuyos sensores seguían encendidos. Sus ojos eran una cámara de televisión, grabando pero sin comprender. La grava afilada le pinchaba los pies con zapatillas, y su piel estaba a la vez sudorosa y seca con el calor implacable e implacable de la noche india, el presagio del abrasador mañana. El aire olía a latón horneado, carbón, especias alienígenas y tierra cálida tan antigua como Dios, todo mezclado con estiércol animal, aromas de flores y personas. Gente interminable, ahora más de mil millones en esta quinta década del siglo XXI.

Jameela dijo algo tranquilizador al chaukidar senior de la planta. Volvió a Lessing y Wrench.

"El taxista le atropelló, creen. Ahora no está con su vehículo. Nadie vio ninguna pelea. El extraño..." lanzó una mirada inquisitiva a Lessing: "... Regresó del complejo y fue directo hacia su taxi. Los vigilantes no le volvieron a ver hasta que salió tambaleándose del aparcamiento, todo ensangrentado. Mahmood Khan lo llevó dentro y llamó a los demás."

Jameela era buena, pensó Lessing. Había servido con decenas de simples que no podían hacer un informe tan conciso como ese. Él le sonrió, y luego se dio cuenta de que ella pensaría que la estaba tratando con condescendencia.

"¿Quién es?" preguntó Jameela. Su trabajo era hacer cualquier declaración a la policía india.

"Él vivirá", interrumpió el doctor Chakravarti emocionado. "¡Vive, si lo llevamos al Hospital Balrampur a tiempo! Señor Wren, señor Lessing, por favor, den permiso para la estación vagon. Kuldeep puede conducir."

"¿Algún otro problema?" intervino Wrench, hablando por encima de la cabeza del doctor a Jameela. "¿Otros robos? ¿Problemas con los estudiantes? ¿Los aldeanos? ¿Forasteros?"

Se frotó la frente, apartando su pesada melena de los ojos, y luego tradujo para el chaukidar senior. Un murmullo de voces le respondió. Ella respondió: "No... nada."
"¡Que alguien vaya a buscar al señor Mulder!" Wrench ordenó: "Registrad la planta, el perímetro." Estaba visiblemente emocionado. Pero entonces Wrench atacó a Lessing de esa manera: una reacción exagerada en cada ocasión.

"Tráelo dentro", dijo una voz nueva y más profunda. "Podemos ocuparnos de él allí. Si está en estado crítico, tendremos que llevarlo a Lucknow."

Lessing giró la cabeza para ver a Bill Goddard, el alto ejecutivo de Mulder. Detrás de él, una sombra imponente en la oscuridad, estaba el propio Herman Mulder. El alboroto le había hecho caer de la mansión.

El Dr. Chakravarti habría insistido en el familiar, de inmediato o antes, pero nadie discutió con Goddard. El hombre era una roca: enorme, enorme, tan sólido como las murallas del propio Fuerte Rojo de Delhi.

Goddard dijo: "Tú, Lessing. Tú, Wren. Ven con nosotros." Ignoró a Jameela como si no existiera. Prefería indios, incluso aquellos con rasgos europeos y

piel clara como Jameela, y Lessing a menudo se preguntaba por qué la compañía le había enviado a Lucknow, de todos los lugares.

Lessing hizo un gesto, y dos de los chaukidars cogieron la camilla y la llevaron a través de la puerta, pasando por los cuartos del personal y subiendo por el camino interior hasta la casa del Director. Qué desfile: Mulder rechoncho, sin pelo, el viejo Mulder tambaleándose delante, su cabeza calva tan brillante como un casco de gala; luego Goddard, envuelto en su propia importancia; luego los dos indios con Bauer, el carrozado principal; luego el Dr. Chakravarti troteando detrás; y Wrench y Lessing cerrando la marcha: el número de perros entrenados, el gran y delgado pastor alemán y el nervioso y ladrador pequeño terrier.

La casa grande era de bloques de cemento y hormigón, una monstruosidad rosa que parecía más una radio transistor que una vivienda, el tipo de "bungalow módem" que se encuentra en los "mejores" suburbios del subcontinente. Estaba climatizado en todo momento, tan frío que casi era una ofensa después de la noche pegajosa fuera. Olía a muebles, barniz y al desinfectante con el que los sirvientes fregaban el suelo de mosaico de acosas de hormigón.

El enorme "salón de estar" más allá de la veranda con mosquitera estaba vacío. Efectivamente había una señora Mulder, pero aparecía tan rara vez que Wrench la llamaba el "Hada Madrina": "Sale con su varita tres veces al año ... Navidad, el 4 de julio y el Día de la Independencia de la India ... Para esparcir estrellas y bendecirnos a todos. ¡Y luego, puf! … ¡De vuelta al limbo!"

Los vigilantes dejaron la camilla de Bauer y el Dr. Chakravarti se arrodilló para mirar mejor bajo las luces fluorescentes chisporroteantes y chisporroteantes.

"No tan mal como yo "

"Vale", replicó Goddard. "Arréglalo. ¿Quién demonios es él?"

Lessing dio un paso adelante antes de que Wrench pudiera ofrecer algún sarcasmo sarcástico o sarcástico. "Amigo mío. Vino a verme. No tengo ni idea de quién le apuñaló... O por qué. Quizá alguna pelea con el taxi-wala.**

"Encantador. Solo necesitamos un enfrentamiento con la policía. El gobierno del primer ministro Ramanujan estaría encantado de tener una excusa para echar a todas las empresas extranjeras. Y confiscar nuestras instalaciones en el proceso." Goddard miró a Mulder en busca de confirmación, pero el anciano observaba al doctor, con los ojos hinchados y con párpados pesados tan vacíos como los de una estatua de templo.

"La herida está en el pecho", continuó el doctor, clínico y preciso, como si nadie hubiera hablado. "Una venda, antibióticos, descanso. Estará bien."

Lessing vio que los ojos de Bauer estaban abiertos. "¿Quién te ha clavado? ¿El taxista? ¿Puedes hablar?"

El otro gruñó algo en alemán — o quizá era flamenco o neerlandés. Luego dijo, bastante claro, "No el taxista. Otro. Venir por ti, quizá, o por otra cosa importante. Solo era un... por cierto."

Mulder abrió la boca para hacer una pregunta, pero fue interrumpido. Las puertas dobles al fondo de la sala se abrieron para revelar a la propia señora Mulder. Sin maquillaje, peinado y gasa francesa, su magia de hada madrina carecía tristemente: una ama de casa americana demacrada y añañada en los últimos años de la menopausia. No llevaba ni varita ni estrellas brillantes.

"Querida", trinó ella, "me dijiste que te llamara si se encendían las luces rojas." Se detuvo, consternada por el tamaño de su audiencia. "Oh, no tenía ni idea"

"¿Semáforos en rojo?" preguntó Mulder con expresión vacía.

Goddard dijo: "¡Las luces de alerta de seguridad! ¡Alguien ha entrado...!"

"¡Intrusión!" gritó Wrench. Ni él ni Lessing habían traído armas.

"¿Qué luz?" Mulder se lanzó hacia su esposa, una ballena blanca regordete y sin pelo. La gente decía que tenía más de setenta años, pero tenía la energía de un hombre mucho más joven.

"El pequeño... al final ... ." La mujer vaciló. Lessing nunca había visto a nadie dudar de verdad.

"¡Tráeme mi...!" Chilló la llave inglesa. El doctor y los dos chaukidars se interponían en su camino, y él hizo un baile ridículo para esquivarlos.

Lessing sabía qué luz estaba encendida; Él mismo había ayudado a instalar el sistema. Fuera, más allá del complejo de Indoco, había un páramo, una mezquita derruida y un cementerio musulmán abandonado que el gobierno no dejó que nadie desarraigara. La cámara veintiséis estaba fuera de servicio, ya fuera por accidente o por diseño. Eso significaba que un intruso

¿quién iba a pensar que la distribución tenía una ruta despejada sobre la valla trasera de la planta hasta el jardín formal de rosas de la señora Mulder detrás de la mansión? Si no fuera una falsa alarma, la luz roja en el panel de Mulder indicaba una brecha de seguridad en la propia casa principal. "¿Armas?" Lessing lanzó a Mulder.

El otro, ya delante de él en el pasillo que conducía a la parte trasera de la casa, hizo un gesto con la mano y gritó algo que sonaba como, "¡Dormitorio!"

Lessing rodeó la entrada al final del pasaje. Ya no podía ver a Mulder: el anciano debía haber entrado por una de las dos puertas de allí o haber subido las escaleras. Lessing eligió la puerta a su izquierda y se deslizó hacia el comedor. La oscuridad cerrada y sofocante olía a especias y a cocina, pero las persianas tejidas de bambú y los muebles ornamentados imitados de mogoles permanecían intactos. Una puerta al fondo se abría a un pasillo sombrío más allá del cual estaban la despensa y la cocina de servicio. Las comidas se preparaban en un edificio aparte, a unos veinte metros. Desde allí, una comitiva de sirvientes llevaba los platos hasta la casa principal o hasta el refectorio del personal. Incluso en estos tiempos de electrodomésticos y tareas domésticas de bricolaje, las viejas tradiciones

duraban de morir; La India había estado llena de sirvientes mucho antes de la llegada de los británicos. Ahora solo los extranjeros, los ricos y corporaciones como Indoco podían permitírselo.

Lessing miró a su alrededor y cogió un pesado cuchillo de aves de una tabla de drenaje. Cualquier arma era mejor que nada. Comprobó rápidamente y encontró que la puerta trasera estaba cerrada con llave, que Goddard solía abrirla al amanecer para los "portadores" con su "té de la cama matutina": otra costumbre india, que a Lessing le gustaba bastante.

Se dio la vuelta y corrió de nuevo al pasillo, luego subió las resbaladizas y pulidas escaleras de hormigón de dos en dos.

Mulder se arrodilló en el pasillo junto a la puerta del dormitorio principal, con las manos en la cara. Un hilo de líquido oscuro se deslizaba entre sus dedos. Lessing se detuvo y se aseguró de que estaba vivo. Se agachó y miró por el marco de la puerta.

Tuvo suerte de que decidiera agacharse. Se encontró mirando una reluciente hebilla de cinturón plateada, pantalones negros debajo, tan cerca que podía ver el tejido de la tela, y una chaqueta oscura encima. Una pistola de puntadas israelí siseó como una víbora golpeándole en el oído, y oyó las pequeñas y mortales explosiones que abrían cráteres de tres centímetros en la pared de bloques de cemento al otro lado de la escalera detrás de él.

Reaccionó como le había enseñado el entrenamiento: metió el gran cuchillo de aves entre los muslos de su adversario, en su abdomen. El otro se amordazó, se dobló, intentó sin éxito golpear a Lessing con el cañón corto de la pistola, y luego se desplomó, completamente encima de él. Sangre y entrañas salpicaron el pecho de Lessing. Una pistola rugió desde el otro lado de la sala, esta vez no una pistola de sutura de gas, sino pólvora.
Lessing no sintió nada: el disparo había fallado. Entonces había dos o más adversarios. Con seriedad, se dispuso a liberarse del cuerpo que se agitaba sobre él — y a encontrar la maldita pistola de costura.

Alguien detrás de Lessing chilló, y un segundo arma rugió allí. La voz sonaba como la de Wrench. Goddard debió de darle un arma. Con toda la

concentración de un hombre desactivando una bomba de relojería mientras los segundos pasan a cero, Lessing rebuscó en el suelo buscando la pistola de costura.

Lo encontró, se agarró a su trasero resbaladizo y rodó para evitar ser un objetivo inmóvil.

No hacía falta que se molestara. La habitación estaba en silencio salvo por alguien jadeando justo encima de él. Reconoció la respiración de Wrench.

"¿Estás bien?" jadeó el hombrecito. "¿Estás muerto? ¿Eh, Lessing?"

"Maldita sea, estoy bien. Atiende a los adversarios. Y Mulder."

"Goddard trae al doctor. Quédate donde estás si estás herido."

"Te dije que no estoy herido. Mira a Mulder. Uno de ellos le dio con la culata de una pistola o algo así cuando entró en el dormitorio."

Oyó voces, ruidos, pasos detrás de él. En el suelo, a un metro de su rostro, su antiguo oponente seguía temblando débilmente. Se levantó de un salto y cruzó la habitación a palpones, pasando junto a la enorme cama doble con la manta de satén que la señora Mulder había traído desde Dinamarca. Allí tropezó con una silla de patas delgadas y terminó a cuatro patas junto al segundo opfo.

La luz de la luna a través de las cortinas enredadas distinguía astillas de hueso blanco y una mancha oscura y líquida donde debería estar el rostro del hombre. Wrench era un buen disparo para alguien que no era simple. O simplemente suerte.

Lessing se arrodilló para asegurar el arma del hombre: una pistola automática belga de 9 mm, pulcra y con aroma a aceite. La oscuridad giraba y nadaba a su alrededor. Tenuemente, ébano sobre negro, percibió formas en el suelo junto al cuerpo: cosas planas, cuadradas. Un pensamiento le golpeó y entrecerró los ojos hacia la pared detrás de la cama.

Una cavidad se abrió allí: la caja fuerte de la pared de Mulder estaba abierta.

¡Así que el objeto de la intrusión fue simplemente un robo con allanamiento!

¿O no?

¿La visita de Bauer tan tarde por la noche? ¿Su discurso de "hacer pulgar"? ¿El apuñalamiento cerca del aparcamiento? Ahora esto.

Demasiadas coincidencias.

Lessing palpaba el suelo de terrazo pulido. Sus dedos tocaron una masa enredada de objetos metálicos tintineantes: probablemente uno de los collares de la señora Mulder. Luego cinco o seis de los rectángulos planos. Se sentían como libros de registros, libros de cuentas o diarios. Sostuvo uno frente a la inquieta luz de la luna

La portada del libro estaba grabada en oro deslustrado con un diseño de doble rayo sobre una línea de números. Lo inclinó hacia la ventana y leyó "1948-1955."

No podía ser: eso haría que el libro tuviera casi cien años, ¡casi una antigüedad!

Sin embargo, se sentía real. No sabía qué pensar: Mulder nunca había mostrado interés por nada cultural, y mucho menos por libros raros. Lessing cogió otro volumen, su curiosidad despertada. Era más reciente, fechado entre 1985 y 1987. Quizá una docena de volúmenes similares yacían esparcidos por el suelo bajo la caja fuerte.

¿Eran esto lo que buscaban los intrusos, entonces? ¿Eran tan raros y valiosos? Desde luego, no eran libros de contabilidad de Indoco: esos se guardaban en la oficina principal de la fábrica, y Lessing los habría reconocido. Nadie tenía que arriesgarse a un robo para ver esos de todos modos. La empresa era escrupulosa en mantener los "libros abiertos" en beneficio del gobierno indio.

Volvió a mirar, esta vez con cuidado. Dos o tres más del mismo juego sobresalían de una bolsa de tela negra bajo el hombro del hombre muerto. ¡Los opfocs tenían un gran interés en leer material!

El motivo del doble rayo le rondaba la memoria. Giró el libro para que quedara en posición vertical.

Los símbolos se resolvieron formando un diseño que reconoció, uno conocido por todos los niños que habían crecido en América.

No eran rayos, sino caracteres rúnicos que representaban las letras "SS": Schutzstaffel, la organización élite del Tercer Reich alemán en la primera mitad del siglo pasado.

Lessing se quedó boquiabierto ante el volumen, tan sorprendido que incluso olvidó el cadáver en el suelo a su lado. Las SS ya habían desaparecido casi un siglo; el último veterano de la Segunda Guerra Mundial había estado en su tumba desde aproximadamente 2025, diecisiete años antes. Sin embargo, los medios mantuvieron los posturas, los temas y la propaganda tan actuales como las telenovelas actuales. Las películas, libros y dramas televisivos se negaron a dejar que la guerra siguiera el camino de las Cruzadas, Napoleón, la Revolución Americana o una docena de otros conflictos. En la televisión las SS seguían marchando—las mismas imágenes antiguas—y los soldados de uniforme negro seguían asesinando, torturando y presumiendo para excitar al público estadounidense del siglo XXI. La SS era dinero: vendía libros, películas y desodorantes igual de bien que vaqueros heroicos, estrellas sinuosas, detectives privados de lengua ácida, meres duros o bailarines desnudos de pompones "Banger", que eran la última moda en casa.

Nada de eso explicaba qué hacían estos libros aquí en la India. Desde luego, no eran sadomasoquistas "pornografía nazis!"

Lessing levantó la vista y vio a Mulder y Goddard de pie sobre él. Llave inglesa flotando en la parte trasera.

CAPÍTULO CUATRO

Mi honor es mi lealtad. —Lema de las SS

Los nazis siguen con nosotros. Hitler murió en Berlín, pero su malvada descendencia aún acecha en los rincones más feos del mundo. Incluso aquí en Estados Unidos, la bestia racista, antisemita y nazi espera su oportunidad. Es nuestra promesa sagrada a nuestro pueblo judío que estos monstruos nunca recuperarán ni un céntimo de credibilidad o poder. Todo lo que tengamos que hacer para asegurar que esto esté justificado. Que todo judío tenga cuidado de lo que yace justo debajo de la superficie del alma no judía, especialmente aquellos que hablan de la herencia "occidental, cristiana" —y por tanto "aria"—. Y, especialmente, que cada judío mantenga viva una pequeña llama de odio en su corazón hacia el alemán, ¡porque ahí está el enemigo!
—Sion: Desafío y respuesta, Žvi Ayalon, Comandante de los Vigilantes por Sion, Nueva York, 2035

Lunes, 7 de abril de 2042

No, insistió Wrench. "De verdad son las SS. En lo que se ha convertido, de todos modos." Lessing no quería pensar en la conexión secreta nazi de Mulder. No era político, no le importaba, y no le interesaba ni condenar ni unirse. Dijo: "¡Y mi madre es pollito, la reina de los dibujos animados!"

Wrench chasqueó y hizo movimientos de aleteo con los codos. "Si tú lo dices."

"Mira, ¿te importa? Jameela me mantuvo ocupado ayer presentando informes en la CID, identificando a los adversarios, Bauer, declaraciones... todo el lío."

"Lo he oído. Dos extranjeros, coche aparcado en la carretera principal, sin identificación. Solo dos coyotes perdidos buscando un hogar." "Coyote" era una jerga para un mercenario desempleado.

"Algún tipo de sureuropeos: griegos, italianos."

"¿Y Bauer?"

"Sin conexión. No tiene nada que ver con los ladrones. O con el taxi-wala. Algún tercer hombre le apuñaló. Quizá un árabe. Han habido tantos vagando por la India como en otros lugares desde que Israel terminó de devorar lo último de su territorio."

"¿Cómo está Bauer?"

"Mejor. Hospital Balrampur."

"Mulder y Goddard creen que hay una conexión. Bauer era una distracción, para mantenernos a todos cantando y bailando mientras los demás se metían a por los libros."

"¡Ni de broma! Mulder y Goddard pueden ir a jugar a dejar caer el jabón en la ducha." No había razón para contarle a Wrench el miedo de Bauer a Lessing en persona. Eso obviamente era irrelevante.

"¡No te das cuenta de la importancia de esos libros! ¡Los registros de las SS desde 1945 hasta la actualidad!"

"Guarda los libros... de lado. Mulder y Goddard... ¡un par de nazis en el armario! ¡Que se vistan con uniformes negros y se acoyen hasta que vuelvan las vacas a casa!"

Wrench puso una expresión de reproche. "Son de verdad."

"Goddard es Goring, y Mulder es Adolf Hitler reencarnado. ¡Pensaba que solo los omianos de California se metían en sectas locas!"

Wrench dio una vuelta por la veranda. Era poco después del amanecer, y el cielo seguía siendo un cuenco de lapislázuli, tan glorioso como cualquiera tallado por un artesano mogol. Más tarde quedaría envuelta en una neblina blanca de polvo, y la tierra seca se sofocaría como ladrillos horneados en un horno. Cogió una porción de tostada crujiente y oscura del perchero plateado de la mesa, la untó con mantequilla blanquecina y la sumergió en su taza de té.

Lessing observaba.

"¿Y bien?"

"¿Y qué?" Lessing se sirvió lea y añadió azúcar y leche, al estilo indio. El té era lo bastante fuerte para caminar solo, no la "pis de perro amarilla" — el término de su padre — que su tía Eileen solía preparar con bolsitas de té. Por un momento, India se desvaneció, y Lessing contempló los contornos más suaves, verdes y familiares de su infancia en Iowa. Entonces la realidad volvió a su lugar como un cargador cargado que se bloquea en la culata de una pistola.

"¿Quieres oír hablar de las SS o no?"

Lessing suspiró. "No me importa. No hago preguntas. Ellos pagan, yo pago. La curiosidad mata a gatos y meres."

Wrench resopló. "Lessing, comes, cagas y hueles los pies; ¡si no, pensaría que estabas muerto! ¡Dios, qué animal apolítico eres!"

Lessing le miró impasible.

"Tienes dos opciones, ¿sabes? Uno, te unes; Dos, te meten un cohete por el agujero. ¡Whoosh! " Imitó un estallido de cielo con su tostada.

"Cuatro opciones", corrigió Lessing. "Tres, dejar que las cosas sigan como están: hago mi trabajo y estamos como antes. Cuatro, me pagas, me dejas ir y no vuelves a saber nada de mí. Te dije que no hablo."

"Mulder y Goddard no te creerán. O te apuntas o te pasan el polgar. Discutí, pero no quisieron ... ."

"Te lo dije: no soy político."

"¡Estás pidiendo una puta bala, tío! Goddard ... ." "Que lo intente."

"Pero Mulder cree que podrías ser útil, y él es el que cuenta. Él me lo dice, yo te lo digo."

"Vaya decisión." Lessing bebió té de un trago y apartó una mosca iridiscente azul-verde del tarro de mermelada. "Me uno o me abren la cremallera." Cambió el peso de su peso para que la funda del cinturón sobresaliera bajo su camisa de matorral de seda cruda color beige. Tenía otras armas también. "Desabrochar la cremallera" de Lessing no sería nada fácil.

"¡Al menos escuchad lo que tenemos que decir!" exigió Wrench.

"Pues habla." Lessing miraba hacia el patio bañado por el sol hacia el jardín de la señora Mulder. Los mangos allí eran acogedores, frescos, oscuros y verdes frente al resplandor desnudo del recinto encalado y la repugnante fealdad rosada de la mansión. Los colores nunca se apagaron en la India, nunca fueron pastel, nunca suaves; te desgarraban como música aguda, como especias picantes, como los olores violentos de los bazares.

Wrench decidió que tenía la atención de Lessing. "En 1945, cuando Alemania perdió, dos submarinos llegaron a Argentina. Algunos de los oficiales superiores restantes de las SS estaban a bordo. Trajeron dinero, mucho dinero, buena parte de la ira del Tercer Reich. La gente pensaba que se había perdido o robado, en Baviera, pero no fue así

"He visto la película", se burló Lessing. '"Martin Bormann en la Tierra Prometida." '

"Pero es verdad. Puedes leer lo histórico más tarde, si quieres."

"Gracias. Cuando se me acaben los cómics."

"No fue solo Bormann. Hubo otros." Al ver la mirada de Lessing, Wrench continuó apresuradamente. "Fundaron una colonia, montaron negocios, hicieron contactos. Más tarde invirtieron, se unieron y se desarrollaron. Construyeron una serie de corporaciones interconectadas. El auge de la posguerra y la recuperación de Alemania ayudaron a que esas corporaciones se convirtieran en conglomerados, luego en enormes holdings internacionales con sede en los lugares más condenados."

"La familia nazi Robinson."

"¿Qué? ¡Dios, eres un imbécil cómico! Sí, todo ordenado y ordenado, fuera de la vista, lejos de los judíos y los cazadores de nazis y su red de instituciones financieras y grupos de presión. El Tercer Mundo lo hacía más fácil.

Aquí hay menos controles, menos restricciones, menos controles, menos regulaciones, menos agencias de vigilancia. Menos complicaciones con la privacidad: puedes ver a los forasteros acercándose, como ese koel en el mango de allí; puede ver todo alrededor de su nido."

Lessing miró pero no dijo nada.

"Ellos... las SS y sus descendientes ... Hice amigos en los gobiernos locales. Los del Tercer Mundo necesitaban conocimientos, dinero, contactos y experiencia."

"¿Pericia? ¿Como los campos de exterminio? ¿Máquinas de tortura?"

"¡Maldita sea, Lessing! ¡Eso es propaganda televisiva! ¡Es una mierda!"
"¿Seguro?"

"Lo digo en serio. Por supuesto, desde que los judíos añadieron la Enmienda Antidifamación a la Constitución estadounidense en 2005, sería un milagro que alguna vez hubieras oído algo más que basura. El 'Holocausto' es ahora la única historia legal. Vas a la cárcel por decir lo contrario."

"Me lo han dicho."

"Bueno, entonces deja eso para más tarde. Déjame poner la historia al día. Las SS... lo que quedaba de él... tenía objetivos empresariales antes y durante la Primera Guerra Mundial. Cuando la guerra se perdió, simplemente siguieron, pero desde otros lugares: Bogotá, Asunción, Buenos Aires, Río de Janeiro, Ciudad de México, Colombo, Damasco, Dacca... Lo que sea. Se dieron cuenta de que el mundo se dirige hacia una 'corporarocracia'; Cinco o diez superempresas internacionales que gestionarán todo lo que valga la pena para el año 2100. Esas supercorporaciones existen ahora, y ya están dividiendo la producción y comercialización de alimentos, transporte, acero e industria pesada, petróleo, medios de comunicación y otras materias

primas. Son mayormente conglomerados, con los dedos en más de una tarta. Algunos de ellos ahora pertenecen a intereses de dinero antiguo; los cárteles japoneses y varios extranjeros dirigen otros; los Born-Again tienen un par; los judíos y sus amigos controlan algunos grandes; y nosotros, las SS, tenemos la palabra en cuatro o cinco. Llevamos compitiendo unos sesenta años y estamos ganando terreno poco a poco."

"Perder la guerra, ganar la paz. ¿Cuáles tenéis vosotros, nazis de botones?" Lessing estaba interesado a pesar de sí mismo.

"Dejaré que Mulder te lo diga, si quiere. Pero te daré un ejemplo, uno que yo mismo vi. Hace unos diez años logramos una fusión, una adquisición, y conseguimos el control de voto de una supercorporación que gestiona una pequeña pero significativa parte de los medios estadounidenses. No abiertamente, no con bandas y trompetas.

"O esvásticas volando"

“… Pero en silencio: una enorme corporación acurrucándose junto a otra y devorándola suavemente, como una gran ameba que se aburre. Desde entonces hemos estado reemplazando ejecutivos, empujando a alguien aquí, trayendo a alguien más. También hemos cambiado el contenido del programa. No mucho, pero un poco, así que no se nota. Hemos reducido el número de películas 'nazis desagradables'... los buenos con sombreros blancos y los malos con sombreros negros de las SS... judíos adorables frente a alemanes demoníacos ... Y tenemos psicólogos de los medios, agencias de publicidad y especialistas en modificación de conducta trabajando en cambios de imagen. , si puedes engañar a la abuela para que compre Sugar Mugds en vez de Bran Farts, ¿por qué no puedes inclinar la opinión pública hacia una causa tan vital e importante como la nuestra?"

"Es difícil que la gente ame los campos de exterminio."

"No lo intentamos. No puedes borrar cien años de propaganda mentirosa de la noche a la mañana. Minimizamos esos aspectos y enfatizamos los positivos: el misticismo, el enfoque científico de la genética racial, la eficiencia y organización, la dedicación y el heroísmo. La gente se lo creerá. Buena gente, que no ha visto una victoria americana real en un siglo. Gente

cansada de ver a los judíos y las carreras de barro devorar el mundo. Gente que no quiere que su país esté gobernado por tipos con ideas alienígenas. Gente que está harta de que la dejan encima y la jodan."

"¡Pero las cámaras de gas! ¿El 'Holocausto'...?"

Wrench extendió las manos, palmas hacia arriba. "¿Qué cámaras de gas? ¡Muéstrame una prueba real! Había campos de trabajo, claro, y miles murieron de tifus, disentería, malos tratos y desnutrición. ¿Qué esperas durante una guerra? Vuestro país rodeado, luchando contra Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos, las tres naciones más poderosas del mundo con mano de obra y suministros para reventar mientras tú buscas grano sin digerir en la mierda de pollo. Murieron muchos alemanes, muchos estadounidenses, ingleses y otros también. La gente murió en la guerra, la gente murió en los campos, la gente murió en los bombardeos aliados de Dresde, Berlín y Hamburgo. Pero todo lo que escuchamos son los pobres e inocentes judíos y el terrible 'Holocausto', cuando, en realidad, nunca hubo una 'política de exterminio', una 'Solución Final' ni nada parecido!"

"¡Venga ya! ¿Para qué servían las cámaras de gas, si no era para exterminar?"

"Oh, hubo tiroteos contra partisanos, ahorcamientos de saboteadores y las atrocidades habituales que siempre ocurren en toda guerra, pero el verdadero uso de las llamadas 'cámaras de gas' era para la descontaminación: ¡eliminar piojos y pulgas de la ropa de los internos del campo!"

"¿Núremberg? La gente confesó."

"Bajo presión, Lessing. Una presión realmente fuerte, aunque ahora a nadie le gusta pensar en eso. ¿Confesiones? ¡O un tonto o pobres desgraciados esperando una sentencia más leve de los vencedores!"

"¿Cómo demonios esperas que crea esto? Toda mi vida... toda la vida de mis padres... todo el mundo ha tomado el 'Holocausto' como una verdad sólida como una roca."

"Algunas rocas son menos sólidas que otras. Este se desanudaría con la marea si no fuera por ciertos 'intereses' que lo sostienen. Mira nuestras pruebas alguna vez. En cualquier caso, poco a poco estamos reemplazando esas imágenes negativas por otras: la rutina del 'Bueno Malo'." Wrench sacó una hoja de té de su taza. Al aire libre, en la India, era sensato hacerlo: siempre podía ser una mosca que iba a nadar. "¿Qué opinas de Jesse James? ¿John Dillinger? ¿Julio César? ¿Gengis Kan?"

Lessing alzó las cejas pálidas.

"Villanos, quizá, pero nadie los odia. Lo mismo ocurre con el Norte

Coreanos, los chinos rojos, los norvietnamitas, los confederados, los romanos, los turcos, Atila el huno que se monta como la madre, ¡por el amor de Dios! La realidad puede haber sido dura, pero hay una especie de brillo en la mayoría de esos tipos: unos jefes malos pero respetables. Todo depende de cómo lo empaquetes. ¡La opinión es una maldita mercancía!"

"Imposible con los nazis"

"Funciona con cualquiera. ¿Recuerdas al Flautista de Hamelín, el tipo que tocaba su flauta, robaba a los hijos de todos, se escapaba con ellos y nunca más se le volvió a ver? ¡Un abusador de niños! ¡Pero ¿quién odia a Hirri! ¡Ahora es un cuento de hadas! Imagen, solo imagen."

"¡Lo siguiente que convertirás a Joseph Mengele en el travieso y sexy Doctor Joe, el sueño húmedo de cualquier ama de casa!"

"Eres un hombre gracioso, Lessing. Lo digo en serio. Mengele fue médico y erudito. Quería ayudar al esfuerzo bélico de su país en un momento en que fuera necesario. Algunos de sus experimentos fueron toscos... tan duro como poner soldados americanos junto a una prueba de bomba atómica, o probar el Agente Naranja con tus propios hombres, como hizo el gobierno de EE.UU. No hizo la mayoría de las cosas de las que los judíos le han acusado, pero sí metió a gente en aguas heladas en sus esfuerzos por desarrollar técnicas para salvar la vida de aviadores derribados sobre el Mar del Norte. Sus experimentos fueron realmente mucho más humanos que los realizados por los rusos, los japoneses u otros científicos cuando la medicina era más

joven. Hoy nadie defiende tales experimentos, pero hay que entender la urgencia que existía entonces."

"Claro."

"Algunos tienen buena prensa, otros mala. Compara a los palestinos con las bandas judías que asesinaron tanto árabes como británicos antes de que se fundara Israel. Pregúntale a cualquier estadounidense: te dirá que los árabes son terroristas asesinos y que los israelíes son adorables luchadores por la libertad y héroes. Si George Washington hubiera perdido, los niños de hoy leerían sobre él como George Q. ¡Terrorista, la plaga de los ingleses decentes!"

"¡Nunca convencerás a suficiente gente para que importe!"

"Dale tiempo. Aparte de los medios, hemos estado comprando colegios privados ... y ayudando a algunos públicos a través de fundaciones filantrópicas ... y trabajando en las iglesias y en los Bom Agains."

El ventilador de techo hacía todo lo posible, pero la veranda se había calentado. Lessing se levantó, entrecerrando los ojos contra la luz cruda del sol que se colaba a través de las enredaderas del lado este del edificio de los cuarteles del personal superior. Se detuvo frente a Wrench. "Cuando... y si ... ¿Esto pasa, ¿qué quiere tu pequeño grupo de superhombres?"

"Estamos en competencia, Lessing. Si ganamos, son nuestros genes los que sobreviven y nuestra herencia occidental... nuestra cultura aria, si quieres... Eso sirve de modelo para cómo vivirá la gente en este planeta durante el próximo milenio. Si perdemos y ganan los israelíes, entonces gestionan la tienda de bagels a su manera, exactamente lo que llevan siglos intentando hacer. Si ambos pierden, entonces los chinos, los japoneses o algún nuevo 'poder' booga-booga en el Tercer Mundo pilotarán la nave en el crucero hacia el Infierno. ¡Como hombre blanco, no querría vivir en un mundo tan mestizo!"

"¿Así que vuestra SS quiere dominar el mundo otra vez? ¡Negocio como siempre!"

"Lessing, tonta, esa es la palabra del juego. ¡Eso ha sido todo, todo el montón de mierda, el todo, desde que Cheops construyó su pirámide! ¡Poder, tío, poder! Quién da las órdenes y qué se hace. Si quieres que los tuyos dirijan el futuro, ¡haced lo que tengáis que hacer!"

"¿Y por cierto, hacer el pulgar del mundo?"

"¡Por supuesto que no! ¿Por qué deberíamos querer la guerra? Demasiadas bombas atómicas, satélites asesinos y destrucciones de ciudades por ahí, ¡y ni siquiera las cucarachas pueden vivir en un planeta bombardeado con armas nucleares! ¡No queremos guerra, ni esclavos, ni colonias! Queremos un futuro para nuestro patrimonio occidental, paz y abundancia, un gobierno eficiente, el fin de los males sociales que hoy nos están destrozando, y propósito y esperanza para nuestros hijos."

"¡Si supiera Deutschland iXber Mies, cantaría!"

"Mejor que mintiera Horst Wessel."

"Nunca habías mencionado estas cosas antes."

"¿Habrías escuchado? Mulder me había pedido que hablara contigo, pero nunca mostraste ninguna inclinación: tan apolítica como una vaca. Luego vino el robo, y lo descubriste por ti mismo."

"¡Nunca vi a Indoco como un hervidero de radicalismo de extrema derecha!"

"Indoco no necesita publicidad. Sigue produciendo fertilizantes, pesticidas y agroquímicos. Es una filial de Tee-May Industries de Atenas, Grecia; Tee-May forma parte de Rocco Corporation de Florencia, Italia; y más allá de eso no lo sé. Hacemos nuestro trabajo, vemos pasar el mundo y trabajamos en silencio para cambiar la opinión pública."

La luz del sol hacía deslumbrantes y plateados los cubiertos, la tetera y las jarras de leche y azúcar. Lessing se tocó irritado la camisa, ya manchada de sudor y pegada a la columna. "¿Y los neonazis? ¿Los Missouri Seven? ¿La banda que voló la central eléctrica en Múnich en 2040?"

Wrench agitó una mano cuidada. "Son parte de ello. Todo movimiento necesita tropas de la calle. Nuestros enemigos son duros; Somos más duros. En fin, no existe tal cosa como un neonazi; O estás con nosotros o formas parte del problema. Muchas pequeñas organizaciones
se les llama 'nazis' cuando no lo son: algunos están completamente fuera de lo común ... material de goma para la sala ... que mezclan nuestra ideología con el cristianismo, el supervivencialismo, el patriotismo estadounidense de base, el odio racial a nivel instintivo... con casi cualquier cosa. No me sorprendería encontrar una célula de rabinos conservadores en algún sitio que se haga pasar por 'nazis'."

"Oh, claro. Y ya que estamos, ¿qué tienes en mente para los judíos y los negros? ¿Más cámaras de gas?"

"Te lo dije: nunca existieron tales cosas. Ninguna. Esa era propaganda de guerra que los judíos mantenían para conseguir simpatía, apoyo y dinero para Israel. No odiamos a otras razas ni grupos étnicos; Simplemente queremos más a nuestra gente. Nuestra civilización es la más adecuada para manejar esta bola de barro, pero eso no significa que vayamos a masacrar a todos nuestros vecinos.

Si cooperan, estarán mucho mejor que ahora."

Lessing frunció el ceño. No se le ocurría nada que decir.

"Como dije, estamos compitiendo con esa gente por la supremacía mundial. Ganaremos porque somos los más preparados para hacerlo. Si otros eligen vivir en paz dentro de sus propias regiones, no les haremos daño. Aquellos en nuestro territorio que no sean nuestro pueblo tendrán que marcharse y establecerse en otro lugar. Así de simple. Estamos dispuestos a dejar que otros grupos étnicos tengan su lugar bajo el sol, pero en cuanto a vivir con nosotros, dirigirnos o apoderarnos de lo que hemos trabajado construir para nosotros mismos... ¡Ni hablar! Si eso requiere fuerza para lograrlo... y mantener ... Pues que así sea. Como dicen los judíos, '¡nunca más!'»

"¿No hay esclavitud? No hay campos de trabajo... ¿Aunque no sean 'campos de exterminio'?"

"No. La esclavitud no funciona. Siempre acaba, al final, mezclándose entre esclavos y amos, y entonces uno tiene un verdadero lío. Mira lo que pasó en Estados Unidos después de la Guerra Civil. Nos gobernaremos a nosotros mismos y haremos nuestro propio trabajo; Otros pueden dirigir sus sociedades como quieran. Solo usaremos la fuerza si otros intentan dominarnos."

"¿Pero qué pasa con los no blancos en América y otros países occidentales?"

"Tendrán que ir a otro lugar: establecer sus propios enclaves, establecer sus propios gobiernos y dirigir su propio espectáculo como quieran. No pueden vivir permanentemente en nuestro territorio. No más 'gobierno de la minoría'... ¡o propaganda televisiva persuadiendo a nuestros hijos para que se metan en citas mixtas y apareamientos mestizos!"

"¡Eso es prejuicio!"

"¿Y bien? Esa ha sido la política en el Estado de Israel desde que se fundó ese país hace un siglo: ¡no se permiten matrimonios mixtos entre judíos y no judíos, ciudadanía de segunda clase para no judíos, y peor aún para los árabes! Sonríe torcidamente y hacen explotar tu casa en

'Represalia.' Puedes llamarlo 'prejuicio' si quieres, pero no nos acuses de tener el monopolio de ello."

"¿Y si los no blancos no quieren vivir bajo vuestro dominio nazi y tampoco quieren irse?"

"Los casos difíciles exigen soluciones difíciles. Intentaremos solucionarlos... preferiblemente sin violencia." Wrench movió los dedos en el aire. "Vamos a hacerlo. O eso, o ver cómo el futuro se desmorona en una mezcla de ideologías y creencias alienígenas. La Tierra ya está superpoblada, y lo que viene será peor: más de mil millones de indios, otros mil quinientos millones de chinos, África a punto de reventar. Hambre, guerra, peste, muerte... los Cuatro Jinetes del Apocalipsis ... Van directos hacia nosotros a menos que los interceptemos en el paso. Tenemos que tomar el control, ser eficientes, eliminar debilidades, reforzar nuestras defensas. Si no, nosotros... y todas

las demás razas también... están condenados. ¡La humanidad sigue el camino de los dinosaurios!"

Lessing le miró fijamente. "¿Hablas en serio? ¿De verdad serio? ¿Desordenar las carreras? ¿En Norteamérica? ¿Solo en Nueva York? ¿Enviar a los negros a África, a los chicanos a México, a los haitianos a Haití...?" Se rió entre dientes. "¿Los gays a San Francisco?"

"Lessing, imbécil"

"¡Ni Dios podría hacerlo! ¡Eso haría que el traslado de musulmanes a Pakistán y de hindúes a India en el siglo pasado pareciera un simulacro de incendio de guardería en comparación!"

"Se hará, sin violencia ni guerra si es posible. Nuestro movimiento es internacional. Nuestras organizaciones hermanas en otros países ayudarán a otras razas y grupos étnicos a desarrollar sus propios 'movimientos'. Tienen su orgullo y derecho a vivir, igual que nosotros tenemos el nuestro. Convencerán a su gente para que venga a vivir con los suyos."

"¡Estás fuera de tu mente maternal!" Lessing tuvo otro pensamiento. "¿Y las mezclas? ¿Los matrimonios interraciales? ¿Los millones de niños mestizos en los guetos? ¿Y si se niegan a ir?"

La llave inglesa se levantó. El calor era una pared física en el borde de la veranda. "Tienes razón: un problema, pero no tan grave como el que tenemos ahora, con esos guetos en pleno apogeo: pozos de pobreza, delincuencia, drogas, SIDA y desesperanza. El Establishment actual no podrá pagar los costes de la asistencia social y la ayuda médica por mucho más tiempo. Esas personas estarán mejor separadas y viviendo en enclaves propios que con nosotros. En el peor de los casos, sin embargo, si no quieren arreglar las cosas y ofrecen violencia, entonces ... y solo entonces... ¿Habrá problemas? Aun así, no puede ser tan grave como el desastre al que nos dirigimos ahora."

"¿Cómo haces que vayan?"

"Hazles una oferta que no puedan rechazar: tierra en otro lugar y otros incentivos positivos si se van en silencio ... o lo que sea necesario para deshacerse de ellos si hacen un escándalo."

Lessing se frotó el puente alto de la nariz. "Vale, ¿y qué pasa con el indio norteamericano? ¿Vas a sacar a los blancos de Estados Unidos para devolverle al indio su país?"

"¡Danos un respiro! ¡No podemos corregir todos los errores hasta Caín y Abel! Haremos lo que podamos para crear territorios para quienes los quieran. Es lo mejor que podemos ofrecer."

"Estás loco. ¡Estoy trabajando por un saco lleno de nueces pecanas certificables!"

"Al menos, lo intentaremos. No vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo llega el fin del mundo, como hacen los políticos y liberales ahora."

Lessing resopló.

La silla de porche de ratán chirrió y crujió cuando Wrench la arrastró fuera del sol descarado. "¿Qué te parece, Lessing?" Extendió la mano. "¿Entras o no? ¿Qué le digo a Mulder?"

"Ya lo he dicho. Me importa un bledo tu 'porque' tan absurdo. De nada, trabajar. Trabajo por un sueldo. Tú pagas, yo trabajo. ¿Vale? Verstehen Siel, dile eso a tu Fihrer osito de peluche."

Wrench negó con la cabeza. "Dinero". ¡Una razón de mera para hacer cosas! ¡De baja clase, tío!"

"Lo sé. No es todo."

"Pero servirá hasta que llegue 'todo'. Vale, se lo diré a Mulder. No le gustará, y Goddard U te pedirá tus huevos en bandeja. Pero Mulder es el jefe. Es uno de los Directores. No me refiero a un director de Indoco... solo son hombres de frente... pero un 'Descendiente' en la Dirección Central del movimiento.

Le salvaste la vida y le gustas." Fingió un marcado acento británico: "¿El mercenario de un mercenario, qué pasa?"

Lessing abrió la puerta mosquitera. "Respóndeme una última pregunta. ¿Eres uno de estos... ¿Estos...?"

"¿'Descendientes?' No, solo un chico americano de sangre caliente recién salido de Rapid City, Dakota del Sur."

"¿Cómo entraste en esta banda? Siempre me has parecido alguien sensato."

"Solo un inconformista, supongo." La llave inglesa cambió a un tono vaquero. "Desde 'hah skull'. Nunca me creí las tonterías que nos enseñaron en la clase de educación cívica. Empecé a leer.' Me interesé por los sistemas políticos, luego por la historia y después por el Tercer Reich. Conocí a un tipo que conocía a otro que conocía al señor Mulder, y aquí estoy."

"Jameela dijo que tenías un título avanzado ...?"

"Oh, sí que lo sé. Pero no destrozó completamente mi capacidad de pensar, como pasa con algunas personas."
"Dios, un saco lleno de nueces pecanas ...", murmuró Lessing para sí mismo. Se lanzó en la fresca sombra más allá de la puerta mosquitera. Wrench se levantó y parpadeó tras él un momento, luego le siguió.

CAPÍTULO CINCO

Un movimiento que proponga remodelar el mundo debe servir al futuro y no solo a la hora que pasa. En este punto puede afirmarse que los mayores y más duraderos éxitos de la historia son en su mayoría aquellos que al principio se entendían menos, porque contrastaban fuertemente con la opinión pública y las opiniones y deseos de la época.
—Mein Kampf, Adolf Hitler

Miércoles, 9 de julio de 2042

La sala de juntas podría haber estado en cualquier sitio: plásticos, caoba-J. paneles de chapa, luces suaves, aire acondicionado, sillas metálicas con tapicería verde, una mesa pulida de roble del tamaño de dos camas king size, decantadores de cristal tallado, pinturas abstractas de aspecto borroso en las paredes y una enigmática escultura de metal negro y costroso en una esquina. Todos los adornos de la grandeza corporativa.

Esta habitación en particular formaba parte de un ático de hormigón y cristal. Fuera, siete plantas abajo, estaban las calles de Ciudad de Guatemala, reconstruidas tras el gran terremoto de 2031. Multitudes matutinas coloridas se atascaban por los cañones de cemento, sin importarles ni saber nada de la multitud reunida arriba.

Lessing se apoyó en la pared oeste, la más alejada de las ventanas. El sol golpeaba el cristal tintado, y prefería las profundidades más frías y sombrías en el extremo opuesto de la habitación. Se habían colocado sillas a lo largo de las paredes laterales para el "personal contratado". Wrench estaba sentado en una de ellas, y Goddard ocupaba un lugar de mayor gloria justo detrás del propio Herman Mulder. Lessing estaba cansado de estar sentado. Ya se había bebido hasta saciarse de agua con hielo, leído dos páginas de la revista de noticias de Wrench y mordisqueado las insípidas galletas que le ofrecían las tres secretarias guatemaltecas de ojos oscuros.

Lessing había pasado gran parte de su vida entre personas de ojos oscuros y piel morena, hombres y mujeres que gesticulaban, hablaban y hablaban en lenguas ajenas, que vestían ropa extraña, que comían alimentos que ardían

con pimientos picantes y especias, que luchaban, empujaban y se apiñaban... y hambriento ... y anhelaba... y exigió.

Lo consideró. La portada de la revista Wrench mostraba una miríada de cuerpos delgados y desnudos amontonándose unos sobre otros como hormigas en un azucarero. Los que estaban al final de la página se mostraban aplastados bajo el peso de los de arriba y tenían un color escarlata sangriento. El encabezado amarillo decía:
"¿Cómo vas a quedártelos...?"

El mundo rebosaba de gente inquieta, hordas de asiáticos, africanos y latinoamericanos. Solo la desunión, la inercia y cierta falta de tecnología y organización les impedían desbordar sus límites y inundar el resto del mundo bajo un mar de carne. La revista no era conocida por sus frases irracionales y apocalípticas.
Occidente estaba moribundo, decía. Norteamérica y Europa se ahogaban en su propia contaminación, su jungla de burocracias, sus codiciosos lobbies, sus problemas económicos y sus insolubles dolencias sociales. La voluntad de actuar se escapaba de la sociedad occidental, día tras día, hora tras hora, como una cuerda de las garras de un hombre que se ahoga.

La revista de Wrench también contenía otra lección de miedo, que se repetía casi a diario: el espectro de la guerra total, el Debacle Atómico, el Gran Ka-Boom! En 2010, vietnamitas y chinos se atacaron mutuamente con pequeñas pero muy sucias bombas de fisión. Ahora tanto Shanghái como Hanói eran aptos solo para turistas que disfrutaban de sus vacaciones con trajes antiradiación. Un millón de personas sufrieron traseros, heridas y defectos genéticos.

Era, sin duda, una lección de miedo, una que podría repetirse en cualquier momento, dada la habitual estupidez, el mal juicio y la mala suerte de la humanidad. Las armas estaban listas y listas; Pero ni siquiera los que traquetean sables querían usarlas. Los satélites infestaban los cielos, luciérnagas silenciosas al anochecer, pero sus haces de partículas, láseres y misiles permanecían inertes, y sus funciones se limitaban a la recopilación de inteligencia y la comunicación. Los silos terrestres estaban atascados con cohetes y ojivas, pero ninguno había llegado a gritar para estallar en flores

de muerte carmesí. Los submarinos, los portaaviones y los sitios de lanzamiento submarinos se mantuvieron, pero los barcos de juguete en una bañera vieron más combates. Los ejércitos terrestres, las bases y todos los demás adornos de la guerra eran los mismos: permanecían inactivos en los campos y ciudades del mundo, y ningún héroe poderoso se atrevía a enviarlos al ataque.

¿Un fin de la guerra? ¿No hay Armagedón? ¿En serio?

¡Aleluya!

Debería ser un tiempo feliz: niños creciendo en paz, sus padres libres de miedo. ¡Utopía! ¡El Milenio! La humanidad podría arrodillarse colectivamente y dar gracias porque el furioso Señor de las Llamas de los Cohetes yacía encadenado, devoto de sangre del caos de todas las eras pasadas.

Sin embargo, había un coste, uno que solo ahora empezaba a hacerse evidente. Era un coste realmente alto.

El mundo estaba en paz, pero esa paz solo podía mantenerse mediante un peligroso y frustrante acto de equilibrio. Si tiras de la sociedad en una dirección, algo más tiene que devolverla; de lo contrario, se perdería el equilibrio y los cohetes se elevarían, chillando y hambrientos, sobre patas de saltamontes de fuego.

Era un acto de equilibrio sobre un pozo de tigres. El mundo tambaleaba y sudaba sobre las bestias del caos que se lanzaban en su aire. No se podían permitir cambios, reformas o reparaciones importantes en el tejido social. Invenciones de
los más radicales también quedaron fuera; Eran demasiado impredecibles, demasiado peligrosos, demasiado desequilibrantes.

Un paso en falso, y cayó el único acróbata del circo desde la cuerda floja. No con un gemido, sino con un golpe tremendo. Un gran final para el público en Alpha Centauri.

El mundo no podía hacer grandes cambios: ninguno que importara, ni los necesarios para frenar la contaminación, frenar la natalidad, aumentar la eficiencia, acabar con males sociales supurantes, alterar la estructura del gobierno, la ley y la costumbre para ajustarse a las exigencias modernas. El mundo no había cambiado en medio siglo. No se atrevió.

Por supuesto, hubo mejoras. La mayoría de estos fueron menores. En comparación con los cambios ocurridos entre 1850 y 1950, la mayoría de los de 1950 a 2042 fueron triviales. El siglo anterior había visto la llegada de la electricidad, de los automóviles y las autopistas, de la radio, de la televisión, de los aviones y cohetes, de las drogas que hacían milagros — de inodoros con descarga, teléfonos, películas y quién sabe qué más. La lista era interminable. Las primeras décadas del siglo siguiente vieron un cambio realmente significativo: la introducción del ordenador y otros dispositivos microelectrónicos. Entonces el ritmo se ralentizó. Durante los siguientes cincuenta años más o menos hubo combustibles mejores, algunas medicinas estupendas, armas y equipos espaciales más eficientes, coches con más artilugios, refrescos con chicles más burbujeantes y de mayor duración sin azúcar, videojuegos más elaborados y sonidos más ruidosos para los fanáticos de la música de "Banger". Pero muy poco que fuera radical. Muy poco que fuera importante.

La comparación ni siquiera se acercaba. ¿Por qué? Los expertos en los think tankers negaron que la humanidad hubiera inventado todo lo que se podía inventar: decían que se podía hacer mucho más, siempre que el "desarrollo" existiera — y si los Poderes Que Mandan permitían que se produjeran cambios.

Eso último fue lo que más le pasó.

El cambio solía significar pérdida de control, pérdida de dinero, pérdida de inversiones arraigadas. Esas fueron las cosas que hicieron que los imperios se tambalearan. ¡Inventa algo básico — por ejemplo, un combustible sintético barato — y observa cómo el orden económico y político se desploma como una exhibición japonesa de dominós. ¡Reforma un impuesto menor, termina un programa, cierra una oficina y ve cómo los cabilderos acuden al rescate! Las Potencias no querían — no podían permitir — el

aventurerismo. Cambios técnicos, políticos y culturales importantes y de gran alcance quedaron descartados.

¿Valiente, nuevo mundo? De hecho, Wrench insistió — y Lessing aceptó a regañadientes — que ni siquiera era una vieja muy valiente: ¡demasiado cabrona para ponerse las pilas y hacer nada al respecto! Bandos, lobbies, intereses, propagandistas, voces grandes y pequeñas, se multiplicaron en un alboroto de opiniones, demandas y consejos contradictorios que

¡superó a la Torre de Babel por un millón de decibelios! ¿Cambio, dices? ¿Desarrollar? ¿Reformar? ¡No lo creo! ¡No con todo el mundo yendo de un lado a otro, desde Big Oil y Big Steel hasta las Lesbianas Dirt-bikers por Jesús!

Políticamente, los mapas no habían cambiado mucho desde principios del siglo XXI, lo que mantuvo a los cartógrafos pobres pero agradó al Establishment. Rusia y Estados Unidos, tras un breve acercamiento en los años 90, volvieron a mirarse con la mirada a través de varios tableros internacionales, y todos los demás esperaban sin aliento en las afueras como niños viendo a dos jefes de bandas a punto de pelearse en el vestuario. ¿Así que Occidente instaló satélites con ordenadores más sofisticados? Los soviéticos siguieron inmediatamente el ejemplo con bombas inteligentes que viajaron bajo el agua, luego emergieron y volaron cortas distancias para destruir instalaciones terrestres. Los chinos, los brasileños, los indonesios, los indios, los israelíes y todos los demás con tecnología de un centavo, se esforzaron por copiar lo mejor que pudieron. Era una carrera interminable, un "seguir el ritmo de los Jones", que era tanto imposible de ganar como un desperdicio total de los menguantes recursos del planeta.

Gran Bretaña era una cáscara, una atracción turística, un casco en ruinas inmovilizado por problemas económicos. ¿Francia, España, Italia? Negocio como siempre; Nada nuevo. ¿Alemania, Austria, Suiza, los países del norte? Todo bien, gracias, pero sin avances repentinos. Al fin y al cabo, el progreso estaba ligado al cambio, lo que podía significar disturbios, y el descontento conducía a — bueno, a problemas. Para Europa, los problemas podían significar guerra, y eso significaba la muerte. ¿Quién quiere encender una cerilla en una fábrica de fuegos artificiales? Europa no quería guerras, ni

ejércitos pisoteadores, ni soles atómicos brillantes encendiéndose sobre Roma, Zúrich, Londres o Berlín.

El único verdadero ganador en el último siglo había sido Israel. Los sionistas habían ampliado activamente sus "defensas" y "respondieron" hasta convertirse en la gran potencia en Oriente Medio. Israel poseía todo, desde Libia hasta Irak y hasta Irán: más de cinco millones de kilómetros cuadrados de territorio y unos cien millones de esclavos taciturnos. Incluso el gobierno estadounidense amistoso del presidente Rubin ocasionalmente hacía ruidos de desprecio ante la extraña concepción sionista de los "derechos civiles" para su ciudadanía árabe. Nadie escuchaba a los árabes, como cabría esperar, salvo las Naciones Unidas — que se habían convertido en un muro de lamentación sin sentido para los desamparados. Los israelíes hicieron buen uso de la propaganda. Protestaban por "provocaciones" y luego "respondían". Cuando esos argumentos no funcionaban, retomaban sus lamentaciones centenarias sobre el "Holocausto" una vez más, y sus críticos occidentales cayeron en un silencio avergonzado, como siempre.

Los rusos tampoco habían cambiado mucho en los últimos cuarenta años, era igual que antes del colapso del comunismo
a principios de los años 90: las mismas burocracias secretas, los mismos misiles adornados con ojivas como si fueran luces de árbol de Navidad, y toda la gama de injusticias sociales — que los soviéticos consideraban medidas necesarias para mantener unido un imperio inquieto y desilusionado. Sujetaron bien su parte del balancín. Sin guerras, sin incursiones en tierras alienígenas, algunos "consejeros" aquí y allá, quizá, y mucha propaganda. Equilibrio. Los soviéticos también entendieron la lección de Hanói y Shanghái.

El equilibrio impulsó a los rusos a tomar Pakistán bajo custodia protectora, usando al "Mulá Rojo", Sajid Ali Lahori, como su carcelero títere. América Central y Sudamérica aún no eran su propiedad, pero varios presidentes, generalísimos, dictadores y "Héroes Revolucionarios del Pueblo" se movieron obedientemente cada vez que el Kremlin tocaba la balalaica. Durante el siglo pasado, varias naciones sudamericanas pasaron de democracias a Repúblicas Populares, luego a tiranías militares y de nuevo a democracias. Ni siquiera los historiadores podían llevar la cuenta. La

América del Cenario servía como zona de fuego libre para pruebas de armas, causando miseria local y provocando lloriqueos desalentadores entre los traficantes de drogas cada vez que alguien les daba napalm a sus cultivos de coca o cannabis. Sin embargo, nada detuvo la violencia. Cuba volvió a ser sólidamente pro-América (o pro-Gran Crimen, según el punto de vista). La muerte de Castro en 1997 y los abismales fracasos de sus efímeros sucesores acabaron silenciosamente con cualquier esperanza que los soviéticos tuvieran de un punto de apoyo cercano a Estados Unidos. Moscú se encogió de hombros, en sentido figurado, y buscó otro lugar.

China fue la tercera parte principal en el ejercicio de equilibrio, su hegemonía se extendió por Tailandia, Birmania y más allá de las fronteras septentrionales de la India para enfrentarse a los rusos en Pakistán. Los estadounidenses creían —esperaban y rezaban que fueran más sinceros— que Pekín se pondría de su lado en cualquier tiroteo. Japón seguía estando mayormente en el bando estadounidense, aunque ahora Japón poseía gran parte de ese bando y tendría mucho que decir sobre la corporarocracia internacional que se estaba formando para gobernar las décadas siguientes. Corea, unificada tras los conflictos de 1998, era tan rusa como Taskent. Indonesia, Malasia, Filipinas, Nueva Guinea y las Repúblicas Unidas del Pacífico Sur supuestamente estaban dentro del perímetro estadounidense; Discutían, se peleaban y temblaban con convulsiones políticas tan devastadoras como sus volcanes que despreciaban lava. Australia y Nueva Zelanda siguieron caminos separados, aún profundamente británicos pero alejados de los males de Europa y América. En 2009, una gran parte de Canadá ofreció unirse a Estados Unidos, pero el Congreso aún no había ratificado la adhesión tres décadas después; había demasiadas otras cosas de las que preocuparse.

La caída más triste fue África. Los israelíes ocuparon el noreste, la República Islámica Unida de Argelia, Marruecos y Túnez
noroeste, y el interior estaba mayormente en juego, hasta el estado-fortaleza de Sudáfrica, más fuerte que nunca tras su Línea Siegfried de búnkeres, alambre de espino y batallones mercenarios. África era el patio de juegos favorito de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Los africanos tuvieron poco que decir al respecto; Se murieron de hambre, sufrieron y murieron a

lo esperado, siendo solo personajes secundarios en la tragi-comedia de la historia.

El Armagedón, la Guerra del Fin de los Tiempos, no había ocurrido. En definitiva, la humanidad debería estar agradecida. Solo cuando se observaba la apiñada, el hambre, el desempleo, las frustraciones, los dilemas que pronto serían insolubles para siempre, se hacía evidente el rostro sombrío del futuro. Los humanos, según una escuela de antropología, eran esencialmente "simios asesinos" agresivos, combativos y adquisitivos. Si fuera cierto, entonces sellar las rejillas por donde se expresaban estos rasgos acabaría haciendo explotar la tetera. Si el hombre no podía desear, codiciar, luchar, agarrar y agitar sus partes íntimas colectivas contra sus enemigos, entonces tenía que tener válvulas de escape a través de las cuales pudiera liberar esas estimables emociones sin causar daño. No había nuevas fronteras para que los soldados rasos no pudieran conquistar, ni tierras baldías donde pudieran ser pioneros y luchar sin dañar a los que se quedaban en casa, ni conquistadores heroicos, ni caballeros, ni dragones, ni doncellas que rescatar. La luna y los planetas solo eran habitables por pequeños grupos de astronautas expertos. La tierra estaba demasiado abarrotada y su equilibrio demasiado delicado para permitir mucho más movimiento de genitales.

El ejercicio, los deportes y la catarsis orgásmica y aullante de la música pop "Banger" satisfacían a muchos; el resto se alimentaba con televisión. El ciudadano medio del siglo XXI vivía de forma vicaria; Veía fútbol americano, hockey, lucha libre, carreras suicidas de coches, telenovelas, programas de entrevistas, comedias de situación, dramas de mutilación y remoción, concursos donde todo el mundo siempre sonreía incluso cuando perdía un millón de dólares, y violencia vicaria para todas las edades y sexos. Cada concierto estaba salpicado de "El Mensaje": Sé pasivo, sé pacífico, sé insípido.

"La blanda del mundo", como dijo Wrench; a lo que Jameela respondió: "Oh, quieres decir que es un acasadamiento." Todos rieron, pero Lessing pensó en esas dos palabras más tarde.

A pesar de las "blanditias" de los medios, el enredo de problemas sociales y económicos producía una sensación de inutilidad, la sensación de que las cosas no tenían mucho sentido. El descontento creció: desequilibrios raciales, sindicatos, inmigrantes tanto legales como ilegales, nacidos de nuevo contra los sin Dios, los herejes y los cultos de cuco, provida frente a proelección, ricos contra pobres. Todo burbujeaba y espumaba en las ciudades superpobladas, contaminadas y en ruinas. El suicidio superó a las enfermedades cardíacas como causa principal de muerte. Otras naciones urbanizadas sufrieron de forma similar, y los ejércitos regulares pasaron gran parte de su tiempo sofocando problemas internos, más que externos. Este siglo XXI no era una utopía, después de todo.
Tampoco se terminaron completamente las hostilidades internacionales. Se permitían pequeñas guerras siempre que no escalaran. "¡Tú robas mis ovejas, yo robo tu ganado, y te veré en la ciudad el sábado por la noche para tomar una cerveza!" Algunas regiones — las desafortunadas como África, Centroamérica y partes de Oriente Medio — se convirtieron en campos de batalla reutilizables y duvidos. Un conflicto permitido y contenible dio lugar a los mercenarios. El individuo agresivo, el sociópata, el solitario, aquel que no podía ser "blandido" y no se conformaba con series policiacas y héroes del fútbol, podía unirse a una unidad mercenaria y luchar y morir a su antojo. Mantener a la mayoría de la sociedad bajo control con adoctrinamiento; ayudar a algún loco irredimible a encontrar una muerte heroica sangrienta adecuada.

A los medios les encantaron las "Guerras de los Mercenarios". Más violencia vicaria para la gente en casa; Vende más comida para el desayuno, medias y desodorante. Como los gladiadores de Roma, los mercenarios eran sumamente prescindibles, atrayables y rentables.

Sin embargo, no era un juego, por mucho que los presentadores de televisión hablaran de héroes, insignias, armas y "muertes". Hubo causas reales: invasiones, terroristas, guerrilleros, rebeldes, tiranos y explotación. El uso de fuerzas nacionales regulares conduciría a una escalada y confrontación, y estas, a su vez, conducían directamente a la boca abierta del Día del Juicio Final. Y, en fin, a los Establecimientos siempre les habían encantado los mercenarios. Los romanos habían contratado, sobornado y finalmente sido abrumados por tropas bárbaras. El rey Juan de Inglaterra

había utilizado capitanes europeos y sus bandas hasta tal punto que la Carta Magna ordenó expresamente que fueran expulsados. Leía sobre la Guerra de los Cien Años o cualquiera de una docena de otros conflictos europeos, y siempre estaba el mercenario, sonriendo con su fría sonrisa, puliendo sus armas y listo para una "operación especial".

El juego era en serio en el sentido geopolítico más largo, por supuesto. Mejores armas, organización y crueldad acabarían ganando, como bien lograron los soviéticos, los israelíes, los sudafricanos, por nombrar solo algunos. Desgasta al enemigo, ten paciencia y sigue volviendo. Finalmente, "tuyo es el poder."

¿Fue Occidente lo suficientemente despiadado? ¿Podría ganar contra rivales que jugaron por siempre? Lessing lo dudaba, y no estaba solo. El "bling" de Euroamérica podría ayudar a suprimir conflictos internos, pero daba lugar a los combatientes malditamente pobres. Siempre había bárbaros ahí fuera, dando vueltas, listos para entrar en masa, saquear, violar y tomar el control. Los bárbaros acabaron asentándose y urbanizándose; Luego se volvieron decadentes a su vez y fueron pisoteados hasta la esclavitud por la siguiente horda de conejillos salvajes de los terrenos remotos.
El sabio miraba la historia desde un punto de vista filosófico: estabas fuera, luego estabas dentro, luego subiste, luego bajas, y finalmente estabas fuera de nuevo. Quizá dentro de cien, mil años tuviste una segunda oportunidad. Vuelta y vuelta

La sociedad occidental se había vuelto pasiva, tan fosilizada como un trozo de carbón. Occidente pronto seguiría el camino del Imperio Romano tardío, peleando por antiguas tradiciones que ya no importaban, parloteando sobre los esplendores de su pasado e incapaz de defenderse del inevitable Atila el Huno, el Bárbaro Que Seguramente Debía Venir.

"Por los tubos de la eternidad sin remo", como solía decir el padre de Lessing, citando a algún filósofo del siglo XX. Y: "Solo tienes un intento de agarrar el anillo de metal" — sea lo que sea que eso haya significado originalmente. El padre de Lessing había sido pintoresco y anticuario, un veterinario apacible y quisquilloso que regentaba una tienda de mascotas en Iowa. Lessing había tenido

No le gustaba pensar en su pasado. Pero cuanto más mayor se hacía, más se encontraba haciendo exactamente eso. Se frotó la nariz, carraspeó y se sentó en la silla junto a Wrench.

La conferencia se alargó durante toda la mañana. Los siete hombres y cinco mujeres alrededor de la mesa parecieron a Lessing nazis poco probables. ¿Descendientes de los temibles SS? ¡Más bien una reunión de ventas de agentes de seguros! ¡Estas personas parecían contables, ejecutivos, accionistas, máquinas de cortar cupones! Buenos ciudadanos grises y sólidos. En lugar de ideología, hablaban en tonos medidos de ganancias y pérdidas, productos nuevos y antiguos, publicidad, ventas, comisiones, regulaciones gubernamentales, transporte marítimo, aviones, aranceles, sindicatos en Suecia, luchas mineras en Francia, impuestos en el Egipto controlado por Israel.

La manecilla de los minutos del reloj de pared de cristal negro dio vueltas dos veces. Wrench se quedó dormido y tuvo que ser empujado. Lessing sintió que sus propios párpados caían, y miró a la esbelta secretaria guatemalteca junto a la puerta hasta que sus mejillas se sonrojaron. Murmuró una excusa y se escabulló. No juegues con ese. Probablemente tenía el ojo puesto en algo más elevado que un simple guardaespaldas.

Examinó a los propios asistentes. Además de Mulder, que hablaba con un acento urbano de la Costa Este estadounidense, había otros dos estadounidenses, uno masculino y una mujer. Otros dos tenían apellidos ingleses pero hablaban como hispanohablantes; De nuevo, eran un hombre y una mujer, de mediana edad, de aspecto pretencioso y profesional. Otro par de hombres llevaba apellidos españoles y sonaba como latinoamericanos. Uno era rellenito, el otro moreno y elegante. Con ellos había una mujer joven que parecía la esposa del elegante. Junto a este último estaba sentada la mayor de los asistentes: una mujer pálida como el polvo que se parecía a una viuda británica pero cuyo inglés tenía un marcado acento francés. El hombre frente a Mulder, al final de la mesa, parecía ser un árabe; algún oficial de las SS en el exilio debe tener Sue-58
¡Me he corrido en soledad! Los dos últimos, de nuevo masculino, femenino y de mediana edad, eran europeos, pero tan cosmopolitas que no había rastro de ningún acento. ¡No hay un alemán en el lote! La historia de Lessing

a mediados del siglo XX era tan vaga como solo un instituto estadounidense podía hacerla, pero recordaba que hace unos treinta años uno de los gobernantes militares de Israel había jurado hacer los pecados de los padres a los hijos, como decía en algún lugar de la Biblia, literalmente y con interés. Muchos alemanes en el extranjero consideraron prudente entonces modificar sus identidades.

Lessing se quedó dormido pero luego volvió a despertar. Mulder hablaba del robo en la planta de Indoco en Lucknow.

“… Aunque tenemos copias, los originales son valiosos para nosotros como historia. Más importante aún, los diarios contienen información sobre nuestra estructura corporativa, empresas en propiedad, acciones, consejos de administración entrelazados y similares. Serían bastante devastadores si se usaran como propaganda... o para crear enredos legales para nosotros con media docena de gobiernos." Mulder miró de nuevo a Lessing y Wrench. "Desgraciadamente, mis hombres de seguridad aquí tuvieron que deshacerse de los dos intrusos. No tenemos ni idea de quiénes eran."

"¿Nada sobre ellos desde entonces?" Era el hombre latinoamericano elegante. Mulder negó con la cabeza calva, y el hombre preguntó: "¿Alguien más ha visto ... oí... notado... ¿algo?"

Los papeles crujeron. Los dos estadounidenses se consultaron en susurros. El árabe se arregló la corbata conservadora inglesa, se echó los puños hacia atrás y sonrió embelesado mirando al techo. La supuesta viuda inglesa, una señora E. Delacroix según su marcador de lugar, se giró hacia una mujer detrás de ella, una asistente rubia. Ella le hizo un gesto para que se acercara y dijo: "Liese, por favor."

Lessing la vio por primera vez. ¿Liese? Podría ser Lisa. ¿Era ese el apodo de la rubia o su nombre real? Quizá valga la pena el esfuerzo para averiguarlo. Era alta, esbelta, de unos veinte años, de piel pálida pero no pálida ni pálida, con una frente alta y pómulos angulosos. Su cabello era de un rubio más oscuro que el de Lessing: liso, liso, hasta los hombros y cortado al estilo de page-boy que volvió a estar de moda. Por lo que pudo ver de su blusa gris perla, no ofrecía mucho en cuanto a bustos. No como Jameela — pensaba

culpable — pero Lessing nunca se había limitado a la adoración de la gran Diosa Vaca americana. Liese tenía piernas largas y delgadas con buenos tobillos.

"Edouard Mestrich." Liese asintió hacia la señora Delacroix y levantó un expediente manila. "Oficial de enlace comercial para Lejeune et Fils. Tractores y maquinaria agrícola." La empresa debe formar parte de la red de conglomerados que Wrench había mencionado. Liese tenía una buena voz, grave y articulada, con un ronroneo y una cualidad ronca, pero su interpretación era cortante y entrecortada. "Mestrich.
Nuestro hombre. Viaje el mes pasado

a Moscú, Leningrado, Smolensk. Retrasados por controles soviéticos muy inusuales, aduanas y controles especiales. Soldados. Lo seguían a todas partes. Difícil salir. Otros informan lo mismo."

Lessing concluyó que sería bueno enseñarle a este Liese sobre verbos, adjetivos y oraciones completas. ¡La eficiencia empresarial solo debe llegar hasta cierto punto!

"¿Están cambiando de líder otra vez?" dijo el caballero americano con tono arrastrado.

"No. Otra cosa. Algo secreto. Muy secreto."

"¡!" gimió el americano. "¡Qué planean ahora!" Sonaba como si los soviéticos quisieran incomodarle personalmente.

"¿No tiene nada que ver con nosotros, eh?" preguntó el árabe en un inglés oxoniano casi ininteligible.

"No. Ninguno de nuestros agentes lo dice."

Un tal Sr. Arturo Delgado, por su tarjeta de visita, interrumpió desde el otro lado de la pulida extensión de la mesa. "Disculpe. Déjame añadir aquí. Nosotros en Santiago hacemos negocios en Vladivostok, y nuestros

representantes informan de un endurecimiento similar de la seguridad... sospecha, mucho comprobación. Uno de mis vendedores informó que los rusos habían arrestado a varios extranjeros: paquistaníes, quizá, o afganos."

"¿Has descubierto por qué?" La señora Delacroix se dio una palmada en el peinado azul blanco. El tinte fue precioso. Para una mujer de casi setenta años, era una obra de arte.

"No, señora. Lo intentamos."

"¿Asamblea del Sagrado Corán? ¿Frente del Pueblo Pakhtoon?" Su chica rubia, Liese, golpeaba la mesa con una uña pulida en cada nombre. "¿Islam Internacional? ¿Mártires de Alá? Todas las repúblicas predominantemente musulmanas de la Unión Soviética siguen resentidas hacia el dominio ruso. Intento de asesinato contra el Mulá Rojo hace un mes."

"El cuarto este año", se rió el árabe. "El B lighter sigue vivo."

"Algo extraño en el estado de Israel también", comentó el desconocido hombre europeo. Lessing entrecerró los ojos pero no pudo leer el marcador del hombre desde donde estaba.

"Seguridad. Como Rusia." rapeó Liesse. "Alta tensión entre Israel y la URSS desde noviembre pasado. Incursión soviética en Bagdad. Albaneses meres. Ejército Rojo regular en Bakú. Nervios."

La señora Delacroix resopló. Si Liese era fría y eficiente quería conservar su trabajo, debía aprender a no tomar el control de las conversaciones en las reuniones.

El hombre continuó: "Hay algunos ... eh... errores en Tel Aviv y Jerusalén. Llegaba personal estadounidense del Mediterráneo Oriental, y israelíes de alto rango entraban y salían. Más que las habituales conferencias y movimientos militares."

"¡Musulmanes traviesos!" entonó el árabe con sequedad. "Quieren que sus países vuelvan."

"No es eso, señor Abu Talib", respondió el europeo. "Los árabes

están callados"

"¡Se supone que los esclavos deben estar callados!"

"¡Por favor!" Mulder golpeó la mesa. "Nos estamos desviando."

"¡Mejor que medio oruga!" El señor Abu Talib imitó un tanque rodando sobre sus impecables solapas de Savile Row.

"¡Orden! ¡Orden!" ordenó la segunda estadounidense, la mujer. Tenía una voz como la de un sargento instructor. "Nuestro avión sale a las 19:00 horas." Su tarjeta de visita decía que era la señorita Jennifer Sims Caw. El apellido le pareció a Lessing apropiadamente onomatopéico. Claramente no tenía conexión con el hombre americano mayor de acento suave y ligeramente sureño; Ese Worthy se apartó de ella como si tuviera mal aliento.

"Tenemos varias cosas que averiguar, entonces", dijo Mulder por encima del bullicio que siguió. "Primero, quiénes eran los intrusos de Indoco y qué querían con nuestros registros y diarios. Segundo, si este hombre Bauer ... El camarada de mi señor Lessing, eh... estaba conectado con ellos. Tercero... y mucho más difícil... descubre qué está agitando a los rusos. Y los israelíes. Y cualquiera más en el mundo. Hay algo en el viento."

Hicieron una pausa para comer al mediodía.

A la una, Lessing y Wrench regresaron para repasar la sala de juntas con dispositivos de depuración. También revisaron el lugar con un detector de metales y tres tipos de sensores electrónicos. No encontraron nada.

Mulder apareció a la 1:20, con el sudor manchando la parte trasera de su chaqueta blanca de Bylon. Esto, anunció, era una sesión especial y privada, y hizo que Wrench y Lessing se revisaran mutuamente por si tenía micrófonos y armas ocultas. Luego llegó Goddard con Liese, seguido por tres de los agentes de seguridad latinoamericanos. Lessing examinó cada uno con un cuidado imparcial. Liese no se opuso al suave cacheo corporal de

Lessing. Hablaba con su ritmo rápido y entrecortado con uno de los beegees y fingía no darse cuenta.

Los otros miembros de la junta y sus séquitos entraron y recibieron el mismo trato. Lessing y un joven demacrado y nervioso que trabajaba para el señor Abu Talib fueron destinados a estar justo dentro de la puerta, Wrench y otros dos junto a las ventanas al norte, y tres beegees más a lo largo de la pared sur.

Lessing esperaba algún tipo de ritual. Los nazis al menos deberían gritar "Sieg Heil" o algo igual de dramático. Pero Mulder solo se atascó con uno de los delgados diarios de las SS y leyó: "Acta de la última reunión. 17 de diciembre de 2041, Yakarta, Indonesia." A continuación se presentó una lista de asistentes, la mayoría diferentes a los presentes hoy. Pasó una página y continuó:

"Informo de las siguientes acciones. Se resolvió: Uno. Para financiar la película sobre la vida del SS Sturmmann Fritz Christen, uno de los héroes de la División Totenkopf en el Frente Oriental. Christen resistió solo durante tres días después de que todos sus compañeros murieran, y lo hizo personalmente con trece tanques soviéticos y alrededor de cien infantes enemigos. Las películas de guerra son populares y podemos ganar mucho dinero. Georges Kaletanis dirigirá. Se añaden hojas de costes y proyecciones.

"Dos. Ofrecer 800.000 dólares estadounidenses a la Universidad de Columbia para la creación de un fondo de becas para estudiantes que trabajen en historia sociopolítica moderna. Es probable que tres de nuestros miembros sean elegidos para el comité de selección, y así tendremos un papel muy importante en la elección de los candidatos. Cualquier beneficiario útil puede ser reclutado por nuestro cuadro allí.

"Tres. Para retener más apoyo al Congreso de Americanos por la Libertad Personal Están atrayendo atención desfavorable, el FBI los está investigando, y sus teorías huelen demasiado a la desacreditada teología de BomAgain. Si su presidente, William Gardner, fuera reemplazado por Grant Simmons, el tesorero, podríamos reconsiderarlo.

"Cuatro. Para comprar la propiedad del Club Lingahnie en la isla micronesia de Ponape, en el Pacífico Sur. Necesitamos un centro de descanso y recreación en esa región, y podemos garantizar la privacidad. Se enviarán estudiantes dignos allí a seminarios y vacaciones, al igual que ciertos líderes políticos bienintencionados.

El coste rondará los 1,3 millones de dólares estadounidenses. Aquí tienes el prospecto, por si a alguien le interesa.

"Cinco. Proporcionar 500.000 marcos alemanes a través de nuestra sucursal austriaca para recibir asistencia legal a Franz Ulrich Koch, acusado de desacreditar el 'Holocausto' el verano pasado. No es un chiflado, y conseguiremos publicidad favorable con su juicio. Tendrá simpatía: una banda de fanáticos judíos, los ... ah, 'Vigilantes por Sion', irrumpió en su casa para darle la lección de siempre. Él no estaba en casa, y violaron a su hija en su lugar. Los israelíes y los grupos judíos euroamericanos niegan cualquier relación con los culpables, pero sí tenemos pruebas de su apoyo financiero a los vizzies. Ganemos o pierdan, el juicio debería ayudarnos.

"Seis. Continuar apoyando nuestra lista regular de periódicos, cadenas de televisión, revistas y otros órganos mediáticos en los niveles actuales. Compraremos el Cairo Misr al-Yaum y el St. Louis Weekly News en el plazo de un mes. Estos cubrirán lagunas importantes en nuestra cobertura.

"Siete. Ofrecer ayuda privada al presidente de la Cámara de Representantes, Jonas Outram, en el Congreso de los Estados Unidos. Él y sus aliados ya son anti-negros y anti-sionistas. También son hostiles a nuestro Movimiento, pero entonces
no necesitan ... o desear ... ¿Saber quién está detrás de la cortina, eh?

"Ocho. Evaluar y estandarizar los planes de estudio de nuestras cadenas de colegios privados, academias militares y gimnasios en Europa, Australia y Estados Unidos. Las ofrendas se han vuelto desiguales. Los estudiantes en Estados Unidos están rezagados respecto a los de Alemania, Inglaterra y otros lugares, no solo debido al declive general de la educación estadounidense, sino también al enredo de regulaciones y necesidades

locales y a la falta de coordinación por nuestra parte. Se incluye un informe y un presupuesto."

Se detuvo y miró a su alrededor. "¿Preguntas? ¿Nuevos asuntos?" Alguien preguntó: "¿Progreso en el libro? La revisión de Mein Kampfl"

"No es realmente una 'revisión', como ya hemos dicho antes. Nadie pudo revisar la obra del Primer Führer. Mein Kampf fue escrito para lectores alemanes hace más de cien años, y algunas partes son tan irrelevantes para nuestra situación actual como Karl Marx ... o la Biblia, para el caso. No, nuestro libro es una declaración de posición y una base filosófica-histórica del movimiento tal y como existe hoy. Tenemos un equipo de buena gente... publicistas, psicólogos, periodistas... Estoy trabajando en ello. Es difícil vender una causa tan difamada como la nuestra, y tenemos que hacer el mejor trabajo posible."

Jennifer Caw levantó la mano. Lessing notó que en realidad era una mujer sorprendentemente atractiva, por muy atrevidas que fueran sus modales. Tenía el pelo castaño rojizo, probablemente natural, y la tez rojiza que le dan los días al sol. Ella dijo: "Sigo dudando que un comité pueda escribir un libro que valga la pena. Necesita a un solo individuo, alguien con fuego, una causa, una compulsión impulsiva."

"Necesitamos un Führer", interrumpió el señor Abu Talib sin rodeos. "¿Ese es tu punto?"

"Sí, pero ¿quién?" La mujer americana respondió. "¡Nombra a uno de nosotros!"

"¡Maldita sea, señora, sabe que no tenemos a nadie con el talento, el carisma, ni los huevos para reescribir Mein Kampf para el siglo XXI!" Se detuvo, avergonzado. "Un comité es realmente el único método disponible, ¿sabes?"

Mulder dijo: "Llevará tiempo, y tenemos tiempo. Estamos en el fondo del barril de popularidad. No hay otro sitio a lo que ir que subir."

"Lo que hace que algunos de nosotros estemos de acuerdo con nuestros hermanos de la calle", replicó el árabe con frialdad. "Marcha. Habla. Lucha."

"¿Romper cabezas y que te rompan cabezas a cambio?" Mulder sonaba ligeramente reprochedor. "Esto no es Múnich en los años 20. Cervecerías y veteranos desesperados de la Primera Guerra Mundial ... inflación y comunistas, Freikorps y anarquistas... ¡en una República de Weimar moribunda! Aunque

los principios básicos que enunció siguen siendo tan válidos hoy como entonces, el Primer Führer hablaba a su propio tiempo. Nosotros debemos hacer lo mismo."

"¡Escribe un libro por comité y obtienes lo que pagas: un guion de Hollywood!"

Mulder parecía incómodo pero no dijo nada más. Jennifer Caw miró a Lessing, probablemente sin verlo en absoluto, y los demás se movían inquietos.

Lessing perdió interés después de eso. Los asistentes discutieron asuntos empresariales adicionales, arreglos para publicaciones, detalles organizativos y curiosidades. Consiguió establecer contacto visual con Liese, lo que consideró un triunfo menor. Ella lo observó en secreto, y él decidió hablar con ella. Goddard también le sonreía con suficiencia; su rutina machista "Tower of Power" funcionaba bien con las ejecutivas.

Jameela apareció sin querer en los pensamientos de Lessing. ¡Maldita sea, no planeaba en serio una noche en la cama con esta rubia! Solo estaba fantaseando. Sin embargo, sabía que Jameela consideraría incluso eso como infidelidad. Los indios y pakistaníes seguían siendo en gran parte monógamos, un legado de la reina Victoria y del rígido y antiguo Raj británico, combinado con actitudes propias de sus propias herencias. Le costó mucho convencer a Jameela para que viviera con él, incluso dentro del aislado complejo de Indoco. Fuera, nunca le mostraba nada más que una amabilidad impersonal; hacerlo, dijo, provocaría prejuicios y objeciones que ningún occidental podría imaginar. Fuera lo que fuera que hicieran las

estrellas de la industria cinematográfica india en Bombay, Lucknow seguía siendo profundamente provincial y conservadora.

Las costumbres americanas eran radicalmente diferentes. La reina Victoria habría despreciado lo que se consideraba moralidad en los Estados Unidos modernos. Actualmente, solo para empezar, alrededor del cincuenta y ocho por ciento de todos los nacimientos fueron fuera del matrimonio, el divorcio separó a dos parejas en tres, y muchos jóvenes optaron por estilos de vida "Banger" que iban desde la homosexualidad hasta la poliginia, la poliandria, el matrimonio grupal, ¡y fiestas califomianas del Dildo del Mes del THC! El matrimonio era cada vez más raro entre los educados, aunque los habitantes de los pequeños pueblos, la gente rural y las familias adineradas de la "antigua cultura" seguían manteniendo los valores tradicionales. ¡Recuerdas a los últimos días de la República Romana!

La propia familia de Lessing había sido virtuosamente del Medio Oeste y de clase media: un matrimonio anterior para su padre, sin descendencia, del que nunca hablaron. A su madre la apodaban "la Princesa de Hielo" en el instituto — no porque supiera patinar. Su padre descubrió demasiado tarde lo que significaba su apodo, pero se quedó con ella durante cincuenta años, un fantasma pálido y gris mucho antes de morir. La madre de Lessing continuó viviendo en una piedad respetable y sudorosa, lo que le llevó a huir en cuanto tuvo oportunidad. Nunca miró atrás. Aun así, temía haber escapado demasiado tarde.

¿Él "amaba" a Jameela, o ella a él? La palabra era demasiado simple para lo que tenían juntos. El inglés necesitaba más ajustes finos de términos como "love", igual que la lengua esquimal debía tener una veintena de palabras para expresar diferentes tipos de nieve. Debería haber nombres separados para amistades platónicas, bromas de una vez por el carajo, rollos casuales para el camino, relaciones comerciales de pago por casualidad, tardes de moteles, encuentros de una noche, fines de semana con mantas en la playa, experimentos de una semana, relaciones serias de un mes, cosas de compartir piso hasta que uno de los dos se aburra — hasta el matrimonio eterno sancionado en el Cielo y sellado con la sagrada huella del pulgar de Dios.

La relación de Lessing con Jameela Husaini no encajaba en ninguna categoría. Se preocupaban mucho el uno por el otro, pero ninguno sabía dónde iba más allá de eso. No quería casarse con Jameela, establecerse en la India o, Dios no lo quiera, volver a Iowa, y envejecer y volverse blandito como una patata en un contenedor. Tampoco había mencionado el matrimonio. Wrench había sugerido en una ocasión que la oportunidad y la proximidad eran los pilares del amor. La planta Indoco era un zoológico, y Lessing y Jameela eran cachorros de tigre arrojados al mismo corral. ¿Qué harían si se abriera la puerta de la jaula?

Sería fácil ocultar cualquier partido extraescolar a Jameela. Las vallas de malla metálica de Indoco bloqueaban tanto el exterior como el interior. Aquí en Ciudad de Guatemala era aún más sencillo. Podría perder a Goddard y a Wrench en una puerta giratoria. Jameela nunca lo sabría.

Sin embargo, para llegar al lecho rocoso, Lessing no era el Capitán Marlow Striker, el típico mero de las películas y la televisión de ojos de acero, de grano y de granito. La fantasía estaba bien para los niños y los frustrados, pero no era la realidad. Los héroes ficticios podían tratar a las mujeres como objetos a adquirir, acostar y desechar; Lessing prefería a las mujeres que fueran personas, receptivas e inteligentes, con personalidades humorísticas y peculiares. No era como Goddard, que optaba por el sexo televisivo: diosas con tetones como un par de morteros. Esas mujeres eran tan reales como el Hada de los Dientes. Llave inglesa — bueno. Wrench nunca se había conocido por tener relaciones sexuales con nadie ni con nada, ni con animales, ni vegetales ni minerales. Nadie sabía qué le excitaba.

Lessing gimió para sus adentros. Se estaba defendiendo a sí mismo lo que, por falta de eufemismo, podría llamarse un Gran Acierto. Aquí, en esta ciudad alienígena, podía tener chicas de bar, alcohol, juegos, charlas de hombres con sus compañeros de Beegee, pero eso no le atraía. Más le valía leer un libro o contar a los pequeños con sombreros en el papel pintado. Liese apeló, aunque solo de forma platónica. Volvió a mirarla a los ojos. Esta vez ella le devolvió la sonrisa.

La voz suave de Mulder se coló entre ellos. “… Y ante la ruptura en Indoco, propongo transferir los diarios históricos del movimiento a la señora Delacroix. Seguridad en Pretoria

será mejor que los nuestros en la India y, como descendiente" — Lessing casi podía oír la letra mayúscula — "tiene derecho a conservar los diarios, tal como mi familia los ha tenido durante el último cuarto de siglo. Así los enviaré junto con mi jefe de seguridad, el señor Lessing... perdona, Alan, por el viaje sorpresa... y la gente de la señora Delacroix podrá tomar el control una vez que lleguen a Sudáfrica."

Parecía que él y Liese iban a tener algo más que una cena juntos, después de todo.

CAPÍTULO SEIS

¿Qué importa? ¿Qué vale la pena establecer y mantener? Supervivencia. Solo supervivencia. La supervivencia individual es lo primero; Luego viene la supervivencia de la familia, el clan, la tribu. Estas son inmediatamente comprensibles. Más allá de ellos se encuentran lealtades cada vez más grandes y difusas y duraderas. Finalmente se llega al único objetivo que importa a lo largo del vasto periodo evolutivo: la especie. Cuando la especie prospera, es posible que el individuo prospere. Satisfacen las necesidades básicas de la especie, y los miembros individuales tienen el ocio para el arte, la literatura, las manualidades y todas las demás mejoras de la vida. El objetivo principal es, por tanto, el servicio a la especie. Cada individuo tiene el deber de contribuir a esto. Sin embargo, hay que señalar que la humanidad en sí no es homogénea. Así como hay diferentes especies de simios, cada una con sus propios rasgos físicos y temperamento, también existen diferentes razas de hombres. Definimos razas de perros, caballos o ganado, pero algunos de nosotros dudamos en hablar de diferentes tipos de seres humanos. ¿Por qué? Las diferencias físicas entre razas son evidentes; Las variaciones de temperamento y capacidad mental son igual de reales, aunque sean menos evidentes para el ojo acrítico. Algunos grupos pueden ser más ingeniosos, otros más contemplativos; algunos más agresivos, otros más cooperativos y plácidos: algunos más poderosos y con resistencia de moresta, otros más débiles. Estas diferencias han sido poco estudiadas, debido a la creencia de que investigar las diferencias raciales es de algún modo peligroso o "no agradable". Pero no es más reprobable que decir que una raza de gato tiene el pelo más largo que otra, o que los caniches responden al adiestramiento de forma diferente a los labradores. Esto es un hecho, no teoría: verdad empírica, no propaganda. Algunas subespecies humanas pueden no ser tan distintas entre sí como, por ejemplo, los San Bernardo del pequinés. Sin embargo, las variaciones subespecíficas que existen dentro de la especie humana generan divergencias psicológicas y culturales que se vuelven inmensamente importantes en conjunto. La composición genética básica de cada subespecie se combina con factores ambientales, históricos y de otro tipo para producir lo que podría denominarse un "carácter racial". Podemos llamar "ethnos" a un grupo humano identificado con un carácter racial distinto. A medida que se baja la escala desde subespecies hasta naciones, desde comunidades hasta familias y, finalmente, individuos, las manifestaciones del etnos aparecen en todos los niveles. En esencia, esto es la "carrera"; esto es la "sociedad": esto es la "identidad étnica"; esto es "carácter

regional"; Esto es una gran parte de la "personalidad". La palabra "ethnos" incluye, pero no se limita a, el término alemán Volk. Ese término era lo suficientemente inclusivo para los "pueblos" nacionalistas de principios del siglo XX, pero en esta era de comunicación masiva, viajes fáciles, constantes cambios demográficos y superposiciones de poderes económicos y políticos internacionales, se requiere un término nuevo y más amplio. "Ethnos" satisface esta necesidad.

Excepto en los niveles más altos de abstracción, es difícil servir a la especie humana como un todo indiferenciado. Las actitudes, ideas y objetivos divergen a medida que se pasa de una subespecie a otra. Sin embargo, es factible trabajar por los objetivos comunitarios de la propia subespecie, el propio ethnos. Esto es comprensible para el individuo; es una extensión de la tribu, el grupo, la comunidad y la familia. Es el objeto de la lealtad principal de un ser humano. Lo que no sirve al ethnos es irrelevante, superfluo y posiblemente peligroso tanto para el ethnos como para sus miembros individuales. Cada entidad consciente posee un centro de control, un cerebro, que pesa las percepciones, evalúa las respuestas y ordena las acciones. En el pasado, el centro de control de cada etnos estaba fragmentado: reyes, jefes, príncipes y pontífices gobernaban mités, clanes, tribus, naciones, facciones, partidos, sectas y otros grupos similares. Estos se sustentaban con fundamentos como el mito, el ritual, la ideología, la moralidad, el nacionalismo, la tradición, la ley y similares. Estas sanciones a menudo se reforzaban declarándolas como "Ley Eterna de Dios" o sometiéndolas a alguna otra autoridad. Razonar más allá de estos obstáculos fue difícil. Actuar en contra de ellos costó la vida a muchos mártires. Ha llegado el momento en que ya no hay espacio en la tierra, hay muy poca comida, demasiadas ideas y presiones en competencia. Se avecina una catástrofe, y no para una sola especie como el dodo, sino para la vida en la Tierra. La humanidad ya no puede seguir siendo un organismo sin mente ni propósito cuyas partes no pueden responder porque no hay cerebro, ni ganglios, ni sistema nervioso para dar órdenes. La entidad humana en su conjunto debe desarrollar ese tipo de cerebro: una fuerza guía, guía y directriz. Es imperativo que un ethnos, el mejor cualificado por su historial de invención, organización y desarrollo, cree un centro de control y conduzca a la humanidad hacia el futuro. Ese ethnos es el que se asocia con la civilización de Europa Occidental. El centro de control es el Partido de la Humanidad. No hay mejor manera—o, de hecho, ninguna otra manera—si la humanidad quiere sobrevivir. Esto, y solo esto, importa. Esto es importante. Merece la pena el esfuerzo. —El Sol de la Humanidad (extractos del segundo drato), por Vincent Dorn

Jueves, 10 de julio de 2042

“Tú. ¿Ninguno de nosotros?" El nombre completo de Liese era Anneliese Meisinger, y su discurso seco y abreviado seguía molestando. De cerca, no era tan perfecta como Lessing había pensado. Sus rasgos eran algo irregulares, su piel de pecas más que de bronceado, su boca un poco grande, sus ojos de un color avellana dorado en lugar del verde que eran

había aparecido bajo las luces fluorescentes de la sala de juntas. Parecía un poco demasiado elegante y educada, demasiado sofisticada, para el gusto de Lessing.

"Soy un hombre de seguridad", respondió. "Me contrataron Indoco para su planta de Lucknow"

"Tienes un nombre alemán", declaró dulcemente la señora Delacroix. La anciana había abandonado la cabina de su jet privado al piloto, para alivio de este, y ahora ocupaba un asiento junto a Liese y frente a Lessing en la larga cabina de proa.

"Mis antepasados llegaron a América durante la Guerra de Independencia." En realidad no estaba seguro, pero eso era lo que decía su padre.

"Lessing", reflexionó la señora Delacroix. "Gotthold Efraim Lessing. Fue un gran dramaturgo y crítico alemán de mediados del siglo XVIII."

"Trabajó para el duque de Brunswick ... entre otros", intervino Liesse. Era como si tuviera que pagar por palabra para hablar.

"No importa", dijo la anciana francesa con alegría. "Gotthold Lessing lleva mucho tiempo muerto. Este... ¿Alan, no? … está vivo. Tengo curiosidad por Alan Lessing."

Hablar con Emma Delacroix era como manejar porcelana frágil. Lessing tenía la impresión de que se rompería si alguien no estaba de acuerdo con ella.

"No hay mucho que contar. No hay a dónde ir en casa en Iowa... es uno de los estados del Medio Oeste. Salí de la universidad, un año de universidad, sin trabajos, me alisté en el ejército. Serví un tiempo y luego me dedicé al ejército por mi cuenta." Sonrió con timidez. Fue un discurso más largo de lo habitual, pero los agudos ojos negros y la sonrisa de muñeca empolvada de la señora Delacroix invitaban a la confianza. Y Liese estaba escuchando.

"No soy miembro", añadió Liese con duda. "Sin embargo, el señor Miiller parece confiar en ti." "¿Quién?"

"Oh... Señor Mulder. Ese es su nombre ahora." "¿Y es un Descendiente?" "Sí. Como la señora Delacroix."

Estaba cansado del tema. Las SS y el Partido Nazi estaban tan fríos como — ¿cómo se llamaba? — Gotthold Lessing. Miró por la ventana los niveles de castillos blancos de nubes. Habían dejado atrás Caracas y ahora cruzaban el Atlántico rumbo a Dakar.

La señora Delacroix acariciaba uno de los diarios de las SS con toda la reverencia de una monja tocando una Biblia sagrada. Los diarios más recientes fueron copiados legiblemente en alemán e inglés modernos, pero los primeros de los veinte y pico volúmenes fueron escritos en el arcaico Escritura alemana Suetterlin, que ni ella ni Liese sabían leer. Tendrían que transcribirlas cuando llegaran a Pretoria, algo que Mulder no había hecho mientras su familia las tenía en brazos.

Las ataduras azul oscuro y las espinas de cuero desgastadas desprendían un aura de devoción casi mística. Quienes habían escrito estas páginas amaban su causa con una ferocidad terrible. No se habían rendido, ni siquiera bajo la persecución de las cacerías nazis del siglo pasado. Lessing sintió algo parecido a un asombro religioso, como aquella vez que él y Jameela visitaron los templos de las cuevas de Ellura. Los dioses tallados allí seguían orgullosos, seguían siendo poderosos, seguían espléndidos en su enigmática majestuosidad. Seguían hablando a la humanidad. Jameela, cuya familia pertenecía a la secta chií — o chií, que ella insistía que era el adjetivo correcto — del islam, se había reído de él.

Lessing dejó de ser luterano cuando tenía dieciséis años, cuando la amarga piedad de su madre y el discurso navideño de su padre finalmente devoraron los últimos rastros de sus creencias infantiles. Más tarde encontró poco que le tentara entre los dogmas de los Bom-Agains, los católicos, el islam de Jameela o cualquier otra fe del mundo. Sin embargo, a veces aún le afectaban experiencias religiosas y cuasi-religiosas. Los diarios apilados en el asiento rojo y mullido del avión eran solo eso; rebosaban de un poder propio, como el maná de los isleños del Pacífico Sur. Llamaban, gritaban y casi gritaban: "¡Creed en nosotros! ¡Creed en nuestro Führerl! Creed en el movimiento nacionalsocialista y en Alemania y en el glorioso destino de la raza aria!" Casi podía oír el coreado Sieg Heils por encima del estruendo del avión.

Se despertó de golpe tan bruscamente que Liese le miró fijamente.

"Dakar por la tarde", dijo. "Luego Pretoria. ¿Volver de inmediato?"

Le costaba descifrar su extraña abreviatura verbal. "Eh... Sí. De vuelta a Indoco."

Cruzó una pierna enfundada de seda sobre la otra, y su vestido de seda china gris perla se deslizó lejos de su muslo. "Arrasa. Día o dos. Te mostraría el lugar."

Su expresión era ambigua. Podría estar intentando insinuarle, o quizá solo ofreciendo hospitalidad ritual. Sonrió y no dijo nada. Él lo resolvería tras un reconocimiento adecuado.

Despertó de nuevo de un sueño confuso de arbustos espinosos, rostros negros y armas automáticas tartamudeantes: Angola. Por un momento inquietante pensó que era real. Justo encima de su cabeza, Liese anunció: "África, señor Lessing. Desembarcando en Dakar. Aeropuerto Yoff."

Era real, tan caliente y húmedo como recordaba, y olía a India pero con diferencias sutiles. Ahora había caras negras de verdad, hombres huesudos con uniformes caqui desaliñados, subfusiles alemanes SM-97 colgados ostentosamente sobre hombros delgados. Esto era el Nuevo

Imperio de Guinea, fundado cuarenta años antes por algún capitán del ejército. Los guineanos habían tomado el control de Senegal, Gambia, Sierra Leona, Liberia y algunos otros vestigios del colonialismo europeo. Su incipiente empresa estaba respaldada por dinero francés y portugués — y por oficiales euro-meros para comandar las legiones negras del emperador Sayyid Abu-Bakr.

La señora Delacroix desembarcó, llevándose a Liese con ella. El piloto se encargó del papeleo mientras Lessing permanecía en la cabina. Tomó las precauciones que pudo: guardó los diarios en la caja fuerte del avión, revisó su pistola de 7,62 mm y su pistola ametralladora 9-MRA, e inspeccionó la pista y los edificios lejanos con prismáticos. Si alguna parte interesada sabía que los diarios estaban a bordo, ahora era el momento de actuar. Podía esperar desde un secuestro hasta una granada cohete. Apagó las luces de la cabina y esperó.

Camiones cisterna rugían hacia el avión, varias embarcaciones comerciales aterrizaban y despegaban, y los agentes de control del aeropuerto subían y luego desembarcaban, con un aroma al mejor Pernod francés de la señora Delacroix. El piloto, un joven escocés de pelo arenoso y cabello arenoso, se inclinó sobre sus cartas para trazar rumbo a Pretoria. Fuera, líneas de luces azules de aterrizaje formaban diagramas geométricos sobre la oscuridad, y los olores húmedos de África se mezclaban con los de gasolina, asfalto y metal caliente.

Una luz blanca cruzó el asfalto, se convirtió en dos luces y se resolvió en un coche abierto. ¿Señora Delacroix y Liese? ¡No a esa velocidad! Y no con tres figuras acurrucadas portando armas automáticas azules relucientes apretujadas en el asiento delantero.

Esto podría ser.

El piloto salió a la llamada de Lessing, miró fijamente, se agachó de nuevo en su cabina y regresó con un fusil de asalto japonés GK-11, lanzagranadas, bayoneta, mira y todo. Sonrió a Lessing. "He respaldado a la vieja un par de veces antes."

El vehículo chirrió hasta detenerse junto a las escaleras del rellano, y tres soldados negros con cascos de acero brillantes y uniformes blancos perfectamente planchados saltaron fuera. Detrás de ellos venía un europeo huesudo con camiseta de monte civil y pantalones cortos. "¡Eh, ahí arriba!" gritó este último. "¡Tú! ¡Lessing! ¡Muh-fuk-kah!"

Lessing se quedó boquiabierto. Era Johnny Kcnow. Habían estado meramente en la misma unidad durante la Guerra de Baalbek.

El piloto sonrió débilmente y bajó el arma, pero Lessing dudó. No estaba preparado para que un excamarada que ahora trabajaba para otro bando le hiciera una jugada.

"¿Johnny? Deja tu arma y sube. Deja a tus perritos ahí."
Había una grosería desconcertada desde abajo. Oyó el estrépito de un arma siendo lanzada al asiento trasero del coche. Entonces Johnny Kenow subió las escaleras metálicas a trompicones, de dos en dos.

Lessing se refugió en las sombras dentro de la puerta, sin querer dejar que Kenow estuviera cerca hasta que supiera más. Esos soldados de abajo podrían estar en el avión en cuestión de segundos.

"¡Eh, tío! ¡He-e-y!" Kenow comprendió la situación de inmediato. Se detuvo y abrió los brazos. "¡Limpio! ¡Estoy limpio! ¿Qué demonios pasa?"

"Nada, espero. Solo ser sabio. Pasa, pasa." Arqueó una ceja al piloto: quería saber al instante si los amigos de Kenow decidían unirse a la fiesta.

Johnny Kenow era como Lessing lo recordaba: un larguirucho chupapajos de Montana, con piel pálida y moteada; el pelo aceitoso y oscuro que le cubría el cráneo como una capa de pintura; y los ojos tan cercanos que decían que tenía que mirar a través de unos prismáticos, un ojo a la vez. Tras la Guerra de Baalbek, Kenow había tomado servicio en el Palacio Imperial de Conakry. Ahora era el General Supremo del Ejército Siempre Victorioso del Emperador, y se rumoreaba que había adquirido un escuadrón de concubinas euroasiáticas, un cofre lleno de medallas — y otro cofre lleno de oro a juego.

No es tan mala tarea. Pero entonces la esperanza de vida de los generales imperiales no estaba más presente que en la antigua Roma.

Lessing preguntó: "¿Cómo supiste que estaba en este avión?"

"Mantenme limpio y vigila los manifiestos de pasajeros." Kenow le guiñó un ojo, una imagen poco atractiva. "He venido a recoger a una chica francesa, un regalo del Emperador para su hijo chupa-cerdos*. Recepción real." Resopló. "Mejor le cuente lo que pasa antes de que entre con los grupos equivocados."

"¿Intriga palaciega?"

"Sí. ' Es una tontería para fertilizar toda África." Lessing empezó a relajarse un poco. Las siguientes palabras de Kenow le devolvieron a la alerta total.

"Chicos aquí buscándote. Dos, tres semanas aeo." "¿Quién?"

"No sé. Mercenarios europeos, quizá, o árabes." Lo pronunciaba "Ay-rabs", incluso después de quince años en Oriente Medio. "Les dije que estabas muerto."

"¿Alguna idea de lo que querían?"

"Ni de coña. He oído que había otros chicos preguntando por ti, vaya." Le lanzó a Lessing una mirada astuta con unos ojos entrecerrados y enrojecidos. "¿Escondiste algo de botín que se suponía que debías llevar a casa con papá?"

Las "muestras" de Pacov de Lessing me vinieron inmediatamente a la mente. Pero nadie podía saber eso. El pequeño globo y el tubo estaban ocultos tras una placa de inspección metálica en el interior mismo de la Indoco Planta de Lucknow. Sabía con certeza que nadie había mirado allí desde entonces.

"¿O quizá le hiciste un gesto con el pulgar a alguien que no debías?"

Lessing se sintió aliviado; Kenow solo estaba pescando. Sonrió. ", soy demasiado lista para fastidiar así. Solo haz mi trabajo."

"Siempre fuiste un cabrón cuidadoso." El otro rebuscó en el bolsillo de una camisa, sacó un paquete raído de cigarrillos americanos y se lo ofreció. Lessing negó con la cabeza. "He oído otra cosa también. Algún tipo de gran pelea entre israelíes y Rooskies. Mercenarios, soldados normales, mucho ir y venir corriendo. Americanos, británicos y todos los demás en el mundo saltando de un lado a otro. Más kikibirds de los que te puedes hacer sacudir el pene"

"Kikibird" era una jerga para un espía, un agente de inteligencia; Lessing había oído que venía de una broma arcaica sobre un pájaro grande y tonto que se quedó todo el invierno en la nieve y gritó: "Kee ... Kee... Kee... ¡Rist, hace frío!"

Se oyó un grito desde abajo, y se levantaron para mirar. Uno de los soldados con casco señaló a través de la pista resbaladiza hacia las luces parpadeantes de un avión que acababa de aterrizar. Escupió Kenow por la puerta.

"Ahí está nuestro hoor francés ahora. Tengo que irme. Quizá pueda hacer un poco de sexo antes de que Mademoiselle La-de-fuckin'-da se convierta en Reina Emperatriz."

"¡Oye, al menos dime qué crees que está pasando!" Lessing, también en la puerta, divisó las luces de un segundo coche acercándose a ellos. El peinado de la señora Delacroix brillaba como una tiara plateada en el asiento trasero.

"Maldita sea, no tengo ni idea." Kenow estrechó la mano, le dio una palmada en el hombro a Lessing y empezó a bajar las escaleras. "Pero es grande. Quizá el Gran Boom que arrasará con el mundo. ¡He hecho que el Emperador excave un refugio antiaéreo hasta el centro de la tierra! Si alguien llama, ahí estaré yo."

Saludó con la mano y se fue.

Antes podía haber espacio y comida para quienes no podían o no podían servir al bien social. El apoyo a estas personas es ahora casi imposible. No solo el planeta está sobrepoblado. Pero los recursos ya son insuficientes y a menudo no hay transporte disponible para entregar suministros a quienes los necesitan. El sistema económico, además, no está diseñado para atender a un gran número de drones que no pueden o no quieren contribuir a la producción.

Decir esto no es ni "humano" ni "inhumano"; Simplemente es la verdad. El niño hambriento que hoy recibe una dieta apenas suficiente crecerá mañana con graves deficiencias físicas y mentales. Dará a luz una media de tres o cuatro bocas nuevas que alimentar, y así sucesivamente, hacia un futuro impensable.

Esto es una locura, una situación imposible. Las personas débiles y defectuosas no pueden mantenerse para siempre sin debilitar el stock y agotar los recursos, ya no es permisible evadir el problema y decir. "Dios proveerá." Esta es una excusa fácil para no hacer nada. Dios a menudo no provee, como demuestran las muchas grandes catástrofes de la historia. Si Dios ofrece una lección, es que cada especie debe proveer para sí misma—o perecer, como los dinosaurios.

Una solución, si es que la hay, no llegará a través de reformas mezquinas, palabras piadosas o la caridad bondadosa de los individuos. El requisito esencial e ineludible para sobrevivir es un estado mundial eficiente, no un grupo variopinto de gobiernos nacionales ineptos, demasiado débiles, lentos e impotentes para resolver los terribles dilemas que se avecinan. El tiempo de la desorganización ha pasado. Lo que se necesita es un gobierno mundial totalitario.

Quienes están empapados en la masa del llamado pensamiento "liberal" ahora levantarán las manos y llorarán. "No totalitarismo*. ¡Eso es malo!" Esta respuesta revela solo ignorancia, un malentendido del significado de "totalitarismo."

En pocas palabras, un estado totalitario es aquel en el que se ha logrado la unidad ideológica y operativa: ya no hay mosaicos de tradición, religión,

superstición, costumbres locales, prejuicios parroquiales, ideas desgastadas de siglos anteriores, estructuras parcialmente implementadas que se solapan y compiten con otras, y un "idealismo" difuso que oculta la codicia "práctica".

Un estado totalitario debe limpiar de cero. Debe reorganizarse, reestructurarse y redistribuir. Debe cuidar de su gente.

Un verdadero estado totalitario valora la cohesión social, la eficiencia y la racionalidad. Debe poseer los medios para implementar estos valores, a diferencia de estados anteriores, que producían "ideales elevados" mientras un automóvil expulsaba gases de escape pero eran demasiado incompletos y incipientes para alcanzarlos.

Parafraseando a Platón, la mejor forma de gobierno es una buena monarquía; Lo peor es una mala monarquía. Una democracia nunca puede ser muy buena ni muy mala. Porque es demasiado ineficiente. Sin embargo, la monarquía, gobernada por un único "rey" hereditario, hoy en día no puede funcionar; El mundo se ha vuelto demasiado complejo. Por la misma razón, la verdadera "democracia" (que nunca fue realmente practic-74)
RANDOLPH CALVERHALL

Al menos, TICED) tampoco puede servir. Las formas intermedias, como aquellas en las que cada persona vota por uno o más representantes, son demasiado engorrosas, acumulando capa tras capa de

"Gobierno." , . , , -,„…

El totalitarismo en su mejor sentido es la versión actual de la "buena monarquía" de Platón: un gobierno unitario eficaz, benéfico y estructurado que sirve al bien de su etnos. Un totalitarismo benéfico es una necesidad si la civilización occidental —y el resto de la humanidad— quiere sobrevivir. Este es el objetivo del Partido de la Humanidad. El Partido reemplazará todos los sistemas anteriores y obsoletos, preferiblemente sin violencia y sin guerra. a través del proceso natural de maduración de la especie. Así como la humanidad ha abandonado prácticas como el canibalismo, el infanticidio femenino y el sacrificio humano, nuestra organización social debe ahora

evolucionar de estados-nación tribales fragmentados a un verdadero Orden Mundial. , . . „

Puede preguntarse, ¿quién te lo da? ¿el Partido de la Humanidad, el derecho a juzgar, a tomar decisiones, a reestructurar la sociedad? ¿Quién te designó para ser Dios?

La respuesta es que alguien tiene que tomar decisiones. Siempre ha tomado decisiones: un gobernante individual, un consejo, un senado, una asamblea. A pesar de toda la llamada "racionalidad de la humanidad", siempre hay un pensamiento confuso y una tendencia a no hacer nada a menos que la acción sea urgente. Un tomador de decisiones es relegado. Ya sea una sola persona o una organización unificada, si alguien infringe la comunidad, debe existir un cuerpo de ley, una agencia de aplicación de la ley, un castigo disuasorio ANA. También hay que tomar otras decisiones: un vertedero aquí, una carretera allá, impuestos sobre ciertos productos, regulación de negocios, y así sucesivamente. Estas decisiones se tomarán. La pregunta es: ¿cuánta ineficiencia se puede tolerar al fabricarlos? ¿Cuánto retraso? ¿Cuánto desperdicio de personal, recursos y tiempo? En el pasado, el proceso de toma de decisiones era irracional, basado en la tradición, la superstición, el tabú, la religión, la ideología, los códigos legales que se remontaban a la antiguidad—¡y en la pigue, la avaricia y la perversidad personales! Tal ilógica no puede continuar.

CAPÍTULO SIETE

El mundo está demasiado cerca de un Armagedón final. El Estado debe tener el poder de implementar las decisiones necesarias, aunque algunas de estas puedan ser duras. Debe permitirse definir objetivos, asignar recursos y deshacer los errores del pasado. El totalitarismo no es "cruel"; "crueldad" es energía desperdiciada, personal desperdiciado, producción desperdiciada. La severidad nunca debe ser por sí misma ni por los objetivos egoístas de los individuos, debe emplearse—con moderación— solo al servicio del bien mayor, el bien del ethnos. y por tanto el bien de la especie. En la mayoría de los casos se verá que la amabilidad y los incentivos positivos funcionan mejor.

El Partido de la Humanidad ofrece una Weltanschauung, no una "visión del mundo", como a menudo se traduce esta palabra alemana, sino una "visión del mundo". Esta Weltanschauung es holística; deja de lado el pasado, contempla el futuro y planea la creación de una sociedad que vivirá en paz y en armonía con la Naturaleza durante milenios. Exige la lealtad, el servicio y la energía de todos los que buscan el verdadero progreso. Sin esta Weltanschauung, la humanidad abarcará su propia destrucción dentro de las vidas de vosotros que ahora leáis estas palabras. Esto es tan seguro como el amanecer, dadas las tendencias actuales.

El Partido de la Humanidad, exige la oportunidad de mejorar este mundo para la especie, para la etnia occidental. y por tanto para toda la humanidad. Piensa: ¿puede esto ser peor que lo que existe ahora? ¿Entonces qué es lo que seguro que vendrá?

— El sol de la humanidad (extractos de la tercera edición previa a la publicación), de Vincent Dorn

Sábado, 12 de julio de 2042

¿Te gusta?"

Lessing sonrió y le devolvió el manuscrito a Liese. "La escritura es justa, pero el Día del Juicio Final aún está lejos. No me interesa mucho la política, y tu estado totalitario... francamente... no me convence."

"Debería." La chica dejó el fajo de papel, se apoyó en un codo y frotó crema solar en un muslo dorado pálido.

"Perdona." Él se inclinó y tomó la botella de plástico de sus dedos. "Te falta un punto. Déjame a mí."

"No es política, Alan", dijo la señora Delacroix desde su silla de jardín a la sombra. Hizo un gesto para que contemplara el jardín cerrado, las baldosas salpicadas de sol, las plantas en maceta, la piscina, las estatuas. "Es supervivencia. La supervivencia de la civilización occidental, del modo de vida que disfrutas ahora."

En ese momento, lo único que quería era disfrutarlo —y disfrutar de Liese— aún más. Dijo: "Gracias por invitarme a quedarme."

No se dejó intimidar. "Sí, por supuesto. Pero tú... gente como tú... Realmente deberías pensarlo seriamente. Al fin y al cabo, los fuertes sobreviven y los débiles perecen. Eso es la evolución, la ley inmutable de la Naturaleza. ¿Y quién sigue siendo el más fuerte, incluso después de décadas de pereza e ignorancia de nuestra responsabilidad con la historia? Nosotros, Alan, la etnia occidental. Somos quienes inventamos, desarrollamos, organizamos, creamos y proporcionamos capital y empleos. Hemos hecho más que cualquier otro grupo. Ahora estamos debilitados por una babel de otras voces. Pero no podemos permitirnos que nos distraigan: ¿quién tomaría el relevo? ¿Te imaginas a ese temible 'Emperador' de Guinea alimentando incluso a su propio pueblo, y mucho menos al pueblo de Ghana, Nigeria o cualquier otro lugar? Si nosotros... nuestras industrias y nuestra experiencia ... ¡nos llevaban, habría caos! Entonces destrucción y el fin de todo lo que nosotros... todo eso todos los humanos... espera, querida."

"Eh..." Buscó otro tema. Si tan solo fuera

¡Echa una siesta o algo! Liese había sido amable anoche; Intuía que estaba lista para ser algo más.

Se sorprendió pensando en Jameela otra vez. ¡Maldita sea! ¡Ni siquiera una fantasía inofensiva en paz! No podía perseguir a Liese sin llegar a un acuerdo con Jameela. Se había dejado inducir a hacer una parada en Pretoria. Había sido amable con Liese — algunos podrían llamarlo "cortejo" — pero no había ido más allá de un par de comentarios, un poco de contacto corporal y unas

gotas de crema solar aplicada cortésmente. Hasta ahora solo había transgredido mentalmente — ¡lo cual difícilmente era un delito!

Hasta ahora.

¿Lo presionó o lo dejó estar?

Por el momento, lo dejaría estar. Necesitaba tiempo.

El perfume de la loción solar se mezclaba con el tenue aroma floral de los enredados cabellos rubios de Liese, y la fragancia salada y calentada por el sol de su piel le excitaban. Buscó un sujeto seguro. "¿Quién es este Vincent Dom, de todos modos? Nunca he oído hablar de él."

La señora Delacroix le lanzó a Liese una mirada, muy irónica y muy francesa. "La estás mirando a ella. No yo... Allí, ahí. Ella es, quizás, la 'Dom', mientras que los demás son el 'Vincent'."

"¿Qué?" Entonces se preguntó por qué le sorprendía. En la reunión de Ciudad de Guatemala se habló de un comité de escritores. Lo único que se le ocurrió decir fue: "Enhorabuena."

"Ella escribe las partes teóricas", continuó la señora Delacroix. "Otros hacen la historia y el ... ¿Cómo se dice? … programa de acción."

"¿Te refieres a la plataforma?"

"No exactamente. Tu palabra 'plataforma' es demasiado concreta, una lista de propuestas muy específicas. Eso lleva a disputas y facciones dentro del movimiento. En cambio, emulamos al Primer Führer: su Weltanschauung no era una lista de medios y objetivos; era una visión del futuro, de una Alemania fuerte, de una sociedad que pudiera liderar a Occidente y al mundo. Tenía poco interés por las plataformas, como la que el Partido emitió en 1920, ni llenó su libro, Mein Kampf, con detalles concretos sobre los que la gente pudiera discutir. Su objetivo final era su Weltanschauung, pero era pragmático y esperaba que los detalles cambiaran según las circunstancias. Fue un visionario, un profeta... y un guía, un árbitro, un conciliador entre individuos y facciones. Y estaba por encima de todos ellos."

"Ahora no hay Führer", Liese se sacudió el cabello. "Hay que atraer a través de ideas, no de carisma. Psicólogos conductuales revisando cada palabra de nuestro libro. No se menciona el pasado, ni el nazismo. Solo cosas positivas. Calor, amor, progreso, estabilidad."
Lessing se divertía. "Podrías contratar a un actor ... un 'Vincent Dorn' para dar discursos "

Liese olfó con desprecio y enterró la cabeza en los brazos para que él le masajeara la nuca con loción. Sin embargo, la señora Delacroix le tomó en serio: "Lo pensamos. Quizá lo hagamos, si no encontramos un líder carismático. Discursos, televisión, apariciones públicas... Todos son tan importantes, ¿no? También hemos pensado en mantener el anonimato del señor 'Dom'... ¿Comentario? … de incógnito. Pero eso no podría continuar después de convertirnos en una fuerza política pública."

Todo le pareció absurdo. ¿Un movimiento sin líder? ¿Una multitud de psicólogos colaborando con publicistas y escritores fantasma para componer la Santa Escritura? ¡Era el sueño húmedo de cualquier ejecutivo de televisión! La gente se convencía de las personas, no de los libros: presencia física, palabras y hechos — no teorías abstractas. Fuera lo que fuera, Hitler tenía la idea correcta sobre las realidades del poder personal. ¿No lo habían hecho Alejandro, Napoleón, Churchill, Jesús sin depender demasiado de los tratados y manifiestos? Marx y Engels habían escrito libros, por supuesto, pero ellos mismos no habían luchado en la revolución que arrasó la Rusia zarista en el cubo de basura. Hombres como Lenin, Trotski y Stalin habían liderado eso, para bien o para mal. El profeta Mahoma de Jameela tenía un libro, por supuesto, el Corán, pero nunca habría tenido éxito sin carisma. Había dado discursos, conocido gente, debatido cuestiones, reunido seguidores, luchado contra opositores — y finalmente ganado. No, Lessing sabía por su propia experiencia militar que la gente quería seres humanos reales y vivos que los lideraran. Por eso las visiones abstractas e impersonales de Dios tendían a ser desplazadas por imágenes muy humanas de padre, hijos, madres y panteones de santos, semidioses, imanes, gurús, místicos sagrados o lo que sea. Los seres humanos podrían morir por una abstracción, pero sería otro ser humano quien les convenciera de que el sacrificio valía la pena.

Soltó un gruñido indiferente.

La piscina y el jardín que lo rodeaba estaban tan inmóviles como una fotografía en un folleto brillante de un resort, un oasis de serenidad aislado del universo. Nada entraba sin la aprobación de la señora Delacroix; Nada podía cambiar. Era como si siempre hubiera luz del sol; agua azul, con olor a cloro; azulejos calientes, mojados y cegadoramente blancos; toallas húmedas; parasolas rosas con flecos gays; y pequeñas mesas tambaleantes de cristal y alambre rebosantes de botellas, revistas y todo el cacharro del ocio.

Liese se puso en pie y se estiró. Cogió una toalla, murmuró algo sobre una ducha y se deslizó descalza y
Mayormente desnudo en otros lugares también, hacia la casa. Los ojos de Lessing la siguieron por sí mismos. Sus piernas estaban realmente muy bien.

"¿Serás amable con Liese?" La voz de la señora Delacroix cortó su ensoñación.

"¿Qué?"

"Ya sabes. No soy ni ingenuo ni del todo senil, ¿eh?"

Era inútil disimular. "Ninguno de los dos — Aún no hemos hecho ningún movimiento."

"Ambos lo habéis dejado claro. Si os dejo solos, es hora de dormir, ¿no?"

Se rió de su forma de expresarse. "Quizá. En fin, yo sí. . otros compromisos ... de vuelta en la India. No pasa nada hasta que decido sobre esas. Si no me divierto, entonces corre."

"Bien. Debería ser lo que ambos queráis." Extendió una mano encerada y pálida como papel desde la sombra hacia la luz del sol. Parecía casi desincorporada. "¿Sabes lo de Liese?"

Él no dijo nada, y ella tomó su silencio como un asentimiento. "Liese es americana, Alan. Como tú. Se escapó de casa cuando tenía doce años. No

habla de ello, pero creo que fue su padre... abuso infantil... Ya sabes. La familia americana está más de la mitad destruida, los viejos valores desaparecidos. Terminó en una de tus ciudades, fue acogida por una banda negra, la pusieron a trabajar como prostituta en la calle y luego la vendió a alguien en Nueva York que la llevó a El Cairo. . un pomògrafo, un intermediario en carne humana. Uno de los nuestros la vio allí y la compró... literalmente. La llevó a Frankfurt y la hizo ... ¿Cómo lo llamas? … un maniquí, un modelo de moda. No era una prostituta cualquiera. Cualquiera podía ver que tenía demasiado... No conozco la expresión "

"Clase," murmuró Lessing.

"Ah, oui, clase. Crecí en la República Libre del Congo... Ahora no es ni libre ni república, pero esa es otra historia. Mi inglés es mejor que mi alemán... el lenguaje de mi abuelo... pero mi francés es el mejor. ¿Hablas francés, Alan?"

Él negó con la cabeza, y ella le dedicó una media sonrisa triste. "Demasiado tristes, americanos. No hay idiomas. Así que. Liese sufrió... No necesito contarlo. Se escuchan los efectos en su habla: no le resulta fácil conversar. Ella escribe, sin embargo. Su escritura es buena y mejora."

Por eso Liese hablaba como lo hacía. "Dios mío", susurró. "¡Cómo debe odiar!"

"¿Ah? No. No odio. No como algunas mujeres odian a los hombres, pero con menos motivo. No Liese. Es dura y cautelosa, como una... Un cangrejo en una concha. Duro, listo para luchar... pero frágil, y por dentro muy suave. Intenta ser filosófica. Lo que le pasó a ella le pasa a muchos hoy en día. No odia, pero sí quiere desmantelar el
que le hizo daño. Sustituirlo por un mundo en el que tales horrores no puedan existir."

"¿Quién podría culparla? Pero es una idealista. Siempre habrá guerras, asesinatos, crueldad, explotación, crimen y prostitución. Ningún gobierno, ningún 'movimiento', ninguna filosofía política con ojos brillantes los detendrá."

"Ahí habla el mercenario: el soldado, el pragmático. Quizá tengas razón, Alan. Pero nosotros... Liese y el resto de nosotros... Tengo que intentarlo. Si no, la vida no tiene sentido, ¿eh?"

Se limpió la cara y los hombros con fuerza con la toalla azul y esponjosa que Liese le había dado. De repente, el olor a cloro de la piscina era asfixiante. "Tengo que volver a la India. No quiero molestarte..."

"¿Apagarme la vida? ¿Qué significa? Oh, para molestarme. No, mi secretaria, la señora Van Tassel, tiene su billete y documentos. Añadiré un regalo para devolverte tus servicios." Se puso en pie, se movió mientras se acomodaba el vestido de verano y sonrió. "¿Y bien? ¿Tú y Liese? ¿Ahora no?"

Él le devolvió la sonrisa. "Luego. Quizá."

Se rió abiertamente. "Liese necesita un buen hombre, Alan. ¿Quizá eres lo suficientemente bueno? ¿Un reto?"

Él se rió y la siguió dentro de la casa.

La cena fue incómoda. Ni una educación media de clase media ni los años en varios ejércitos habían preparado a Lessing para quienes bebían doce piezas de cubierto. ¡Gracias a Dios que Sudáfrica al menos había abandonado los chaquetas de noche y los diáquetas almidonados! Los seis invitados masculinos de la señora Delacroix iban vestidos con una mezcla de ropa deportiva, camisetas de campo y trajes de negocios. Las cuatro mujeres, incluida Liese, llevaban vestidos de moda tipo cheongsam, con abertura en el muslo, hechos de una tela sintética de aspecto metálico, sedosa, y acompañados de corpiños a juego con una pequeña sobrechaqueta de encaje translúcido. El sexo había regresado con alegría tras largas décadas de puritanismo rígido y de Bom Again. La única que llevaba un vestido tradicional de noche era la propia anfitriona, tan regia y cortés como un retrato de una emperatriz viuda.

Lessing se encontró entre un afrikáner anciano y un hombre más joven con uniforme de capitán de la policía sudafricana. El primero evaluó a Lessing de inmediato, hizo algún comentario educado y luego se volvió hacia la mujer a su derecha para hablar sobre las carreras de caballos en Johannesburgo.

El policía era más abierto: fasel, calvo, bronceado y familiarizado con la profesión de las armas. Amigos mercenarios en común ofrecieron un punto de partida, y continuaron hablando de grupos de resistencia nativos, disturbios raciales en América (sobre los que el policía sabía más que Lessing, que no vivía allí en años) y la situación actual en su propio país.
"Ya vamos a llegar", dijo el capitán con disgusto. "Tarde o temprano tendremos otra Gran Masacre como la del año 2000. Entonces muchos más, tanto blancos como negros, serán asesinados, y de nuevo nada se resolverá."

"¿Qué podemos hacer", preguntó Liese desde el otro lado de la mesa para detenerlo? Lessing se estaba acostumbrando a su forma desordenada de hablar.

El capitán se frotó el bigote etéreo. "Como la última vez: fuerza militar. Socialmente, hemos llegado tan lejos como hemos podido: educación, sanidad, empleo, vivienda. El ... perdona mi lenguaje... maldita gente Los negros quieren hacernos lo que hicieron con Rodesia... Zimbabue. Primero la independencia, luego un gobierno negro británico 'veddy propah', luego un 'presidente' que no es más que un dictador, luego el gobierno del ejército, después el tribalismo, después la persecución de la minoría blanca y finalmente la expulsión de los blancos que quedaban. Luego un desastre, como Zimbabue hoy." Manchas de color aparecieron en sus mejillas. "Maldita sea, soy tan africano como esta gente ... Antepasados aquí desde el siglo XVII y todo eso. ¡No voy a renunciar a mi hogar más que a un angloamericano al que los indios rojos le piden educadamente que se marche! Mismo caso; diferente proporción de nativos a blancos, nada más."

Lessing ya había escuchado esos argumentos antes. A su manera, el capitán solo describía la situación de forma realista. Filosóficamente —moralmente, éticamente, en el mejor de los mundos posibles— quizá no debería haber conflicto racial. Sin embargo, el animal humano, negro o blanco, era agresivo y codicioso, y el bando que estuviera en la cima casi con toda seguridad abusaría de su posición. La historia lo demostró, y no había señales de que la humanidad estuviera cambiando de opinión. Como decía el viejo sierra: "No hay justicia." ¿Dónde se convirtieron las "aspiraciones políticas legítimas" de un hombre en la "opresión y tiranía" de otro? Solo había que

mirar a los judíos en Palestina, a los británicos en Irlanda o a cualquiera de una docena de otros casos. Se alegró cuando el capitán dejó el tema.

Mientras observaba a Liese y a los demás, sintió una emoción a la que no podía ponerle nombre: una vaga inquietud, un destino condenado, como un hombre del futuro sentado en la última cena del Titanic. La conversación brillante y quebradiza pasaba por encima y alrededor de él y resonaba en la nada, las palabras no eran más que fragmentos de cristal, chocando y resonando y tintineando como las campanillas de viento en el porche de sus padres en Iowa. En esta compañía estaba tan fuera de su elemento como la langosta a la parrilla que Liese devoraba delicadamente. Estas personas elegantes y excesivamente educadas eran una telenovela en el holovídeo; Lo que dijeran o hicieran no tenía relevancia para el mundo real

Una observación discreta del viejo tonto a su derecha le mostró un buen cuchillo y tenedor para el roast beef y el vino adecuado para acompañarlo. No cometió errores imperdonables; Al menos nadie se levantó de un salto

Denunciarle como un desaliñado de clase baja y sin tutoría. En realidad, fue gracioso. Sentía poca afinidad por esa gente, pero al terminar la comida se dio cuenta de que podría sobrellevarlo si realmente quisiera. La etiqueta y la charla eran como pintura de camuflaje: te la ponías cuando salías de patrulla. No formaba parte de ti, y sabías lo ridículo que parecías con la cara toda teñida de verde, amarillo y negro, pero la llevabas porque significaba supervivencia. Aquí era igual.

El postre vino y se fue, luego el café. Se levantaron. El ritual ahora requería copas y conversación después de la cena.

"Me llamo Hoeykens, Peter Hoeykens." El capitán de policía le tendió una mano bronceada para que Lessing la estrechara. "No he visto la tuya."

"Alan Lessing."

El hombre parpadeó y los músculos de su mandíbula se tensaron. "¿Lessing, eh? Oh... Oh. Digo."

"¿Pasa algo?" Sintió la mirada de la señora Delacroix sobre él desde el extremo opuesto de la mesa.

"Ah... Ah, no. No realmente."

"¿Cuál es el problema?" preguntó Lessing.

"¿Podríamos hablar en privado?" El hombre hizo una señal urgente a la señora Delacroix.

El salón al que la anciana los llevó rara vez se usaba, un oasis de muebles oscuros de cuero, escudos tribales y lanzas, iluminación tenue de enormes lámparas de bronce tan grandes como barriles, pieles de animales: kitsch africano, pensó Lessing.

La señora Delacroix se volvió hacia Hoeykens y alzó una ceja imperiosa. "¿Qué pasa, Peter?"

El capitán suspiró. 'Dos cosas... Tres, en realidad. Primero, ¿eres ese Alan Lessing que trabaja para Indoco? ¿En la India, creo?"

"Sí. ¿Y?"

"Ha sido un castigo para tu planta allí. Accidente. Parte quemada de eso."

"¡Dios mío! ¿Cómo? ¿Quién... ¿Qué...? ¿Alguien está herido?" Pensó en Jameela.

"No lo creo, pero no puedo decirlo. Entré por el enlace de telecomunicaciones antes cuando salía de esta fiesta."

"Las otras dos cosas", instó la señora Delacroix.

"Ambos iguales ... Fuentes diferentes. Hace tres días Europol emitió una orden de A.D. ... eso es 'capturar y detener'... por un tal Alan Lessing. Los americanos lo buscan bajo sospecha de asesinato, robo y ... por el amor de Dios... Traición. ¿Qué demonios has hecho, tío?"

"¿La tercera cosa?" Mantuvo la voz calmada. No veía razón para iluminar a Hoeykens.
"Los israelíes respondieron con la misma demanda un día después de que Europol se puso en línea. Atrapa a este Lessing y reténlo para un equipo de interrogatorios desde Jerusalén."

"¿Harías eso por ellos? ¿Los sionistas?" espetó la señora Delacroix.

"Tengo que hacerlo", Hoeykens jugueteó con sus gemelos, disculpándose. "Suministramos armas y ayuda a Israel ... Y ellos nosotros, ya sabes. Ellos espantan moscas en el norte de África, y nosotros espantamos moscas hacia el sur. No es que nos gusten los Izzie, pero... bueno, una mano lava la otra y ese tipo de cosas."

La anciana se puso las manos en las caderas y miró con la mirada a la cara sonrojada de Hoeykens. "Este Alan Lessing, es el ... ¿Cómo se dice? … protegido. Es uno de los nuestros. Ya sabes."

"Maldita sea, señora, nada personal"

"Vale. Escúchame. Viniste esta noche, conociste a Alan, pero nunca oíste su nombre. Va en mi jet privado para... a algún sitio. Enseguida."

"De vuelta a la India", intervino Lessing con firmeza. "India."

"Ellos... al menos los americanos... ¡tener tratados de extradición con la India! Serás arrestado."

"Tengo que arriesgarme. Tengo motivos"

Hoeykens le interrumpió. "Los americanos ... Departamento de Estado, CIA, no sé cuál... sabía que estabas aquí, cómo llegaste. No es por qué. Los israelíes parecían simplemente estar pulsando todos los botones probables. Los dos aún no se han juntado."

"¿Te enviaron aquí específicamente para buscar al señor Lessing?" La señora Delacroix fijó al oficial con una mirada aguda como una aguja. "¿Un espía?"

"¡Dios mío, señora...! ¡Por supuesto que no! Mis superiores saben que tú y yo somos amigos, pero no que el señor Lessing vaya a estar aquí esta noche. En cualquier caso, tenemos un apoyo poderoso en la élite, y ni los estadounidenses ni los sionistas son precisamente bienvenidos, con sus opiniones sobre nuestras políticas internas y todo eso. No, esto fue solo una coincidencia."

Lessing ya había oído suficiente. "¿Algo más? Si no, aceptaré esa oferta de un avión hacia la India. Ni Estados Unidos ni Israel son populares allí. Pasarán meses antes de que una orden de extradición pase por la burocracia de Delhi."

"Por supuesto", dijo la señora Delacroix. "Y para entonces tu señor Mulder habrá pensado en algo."

"Solo tengo un pequeño estuche de viaje. Lo cojo y estaré listo en diez minutos. Ahora me gustaría despedirme de Liese, por favor."

"Oh... ¡Oh!" el capitán se lanzó tras él mientras se giraba para irse. "¡Digo, señor Lessing! ¡Una información más! Parece que tanto los americanos como los sionistas no solo te están buscando a ti, sino también a un cómplice tuyo. ¡Mejor dile que se esconda también!"
"¿Quién?" Lessing pensó en Bauer, luego en Hollister y finalmente en Rose Thurley.

"Un tal Pacov. Creo que ese era el nombre. ¿Ruso, eh?"

Lessing huyó escaleras arriba, hacia el dormitorio que la señora Delacroix le había proporcionado.

Los ignorantes ven la Alemania de mi abuelo como un lugar de horror absoluto, una escena en la que los principales hitos son los campos de trabajo, la policía secreta y la oscuridad de la desesperación. No notan que los únicos en desesperación eran aquellos que no formaban parte de nuestra sociedad: aquellos que eran ajenos por nacimiento o aquellos que se habían alienado por su egoísmo, su decadencia o su adhesión a causas o credos ajenos.

Omiten, a menudo deliberadamente, las escenas felices: una economía en recuperación, empleos, moneda estable, nuevas autopistas y obras por todas partes, el fin del equilibrio de calle entre izquierda y derecha, el arte y la música, y un sano interés por la nutrición, el ejercicio y el deporte. La mayoría de los alemanes eran optimistas por primera vez desde antes de la Primera Guerra Mundial.

Todo terminó demasiado pronto para la mayoría de nosotros. Tuvimos unos años de paz, y luego llegó la larga y terrible noche de guerra. Nosotros, los alemanes, sabíamos que nuestro país no inició la guerra, aunque no se nos permitió decirlo después de 1945: éramos el baluarte de la civilización occidental frente a las hordas asiáticas y la locura del comunismo. La guerra trajo bajas, bombardeos,

CAPÍTULO OCHO

racionamiento, trabajo forzado y todos los horrores de una sociedad reducida a escombros. Lo soportamos con valentía e incluso con gusto. Luchamos por valores positivos, por la supervivencia y el progreso de nuestro pueblo.
¿Preguntas por los campos de trabajo y la opresión? Dime, ¿qué habríais hecho vosotros, los americanos, rodeados de enemigos? ¿Cómo habrían tratado vuestros liberales amables sus campamentos llenos de nisei si los ejércitos japoneses avanzaran por California? Que miren dentro de su propia alma y luego digan honestamente si habrían hecho algo diferente a nosotros.
¡Pinta el futuro con colores gays y muestra al mundo que un estado totalitario no es un monstruo regimentado! ¡No guerras, ni violencia, ni tiranía, ni tanques rugiendo en la noche! No una toma militar, sino unas elecciones libres, como el plebiscito que llevó a nuestro primer Ftihrer al poder en 1933. La gente debe votarnos para el cargo.
¿Por qué? ¡Porque somos la mejor oportunidad que tiene este planeta! Quizá la única oportunidad, la última antes del Armagedón. El mundo debe darse cuenta de esto. —Carta personal de la Sra. Emma Delacroix a la Sra. Anneliese Meisinger, fechada el 31 de enero de 2042

Lunes, 14 de julio de 2042

“Cómo se llamaba el tipo?" Llave inglesa giró en el volante del pequeño Ikeda Outdoorsman para evitar a un grupo de niños y búfalos de agua en la carretera empapada de lluvia que tenía delante. "¿El que volvió a casa después de veinte años y solo su viejo perro lo reconoció?" "Odiseo", respondió Lessing. "¿Cómo demonios sabes de él? Dejaron de enseñar literatura griega en el instituto hace cincuenta años,

incluso en traducción al inglés."

Wrench fingió insulto. "Oye, tío, tengo cultura. Lo leí en un Mundo Cómic clásico."

"En fin, no me afecta a mí. Llevo fuera menos de una semana."

"Sigo sintiéndome como un perro. Mulder dice: 'Ve a por Lessing.' Voy a buscar a Lessing, hasta Lucknow." Wrench entrecerró los ojos y bajó el vehículo para girar. "¡Guau, guau! Aquí fuera me siento como un perro la mayor parte del tiempo."

Los monzones habían disminuido sobre la seca llanura del norte de la India desde el amanecer; ahora se convertían en una catarata que retumbaba con la venganza de un dios enfadado. El jet de la señora Delacroix había dejado a Lessing en el aeropuerto de Palam en Delhi, y el vuelo local a Lucknow llegaba tarde, como de costumbre. Lessing se sentía como una piel de mango descartada: flácida, húmeda y tibia, pegajosa, maloliente y arenosa por todas partes. Se aferró con determinación contra todo lo que Wrench podía hacer.

Wrench le había hablado de Indoco: no otro robo, como temía Lessing, sino una manifestación masiva fuera. Quizá había un centenar de "estudiantes" y otra docena de matones irreconocibles, "gamberros", término hindi para cualquier cosa que iba desde el Hijo Pródigo hasta Al Capone, que sin duda eran agitadores pagados, aunque nadie sabía de quién. Los chaukidars de la planta echaron un vistazo y huyeron, dejando a la multitud libre por la planta. Indoco tendría que reconstruir tres almacenes y reponer algunas máquinas, pero nadie había resultado gravemente herido. Mulder estaba furioso. Hablaba de añadir una veintena de meres extranjeros a su fuerza de seguridad, pero conseguir la autorización de Delhi para ellos no sería rápido ni fácil.

Lo más importante para Alan Lessing era el hecho de que Jameela estaba a salvo y esperándole. Sintió un mayor alivio del que quería admitir, incluso para sí mismo.

Había algo nuevo en el residuo de fume que iba desde la carretera principal hasta la planta: una choza con techo de paja y un poste cubierto de tela al otro lado de la carretera. "Han puesto un puesto policial", gruñó Wrench. "Para nuestra 'protección' de más incidentes." Sacó papeles, los empujó hacia la cara oscura y empapada que se asomaba por la ventanilla del

conductor, sostuvo un billete de diez rupias, lo vio desaparecer en la noche y siguió conduciendo.

Jameela, Mulder, Goddard y tres indios les esperaban en la veranda de la casa principal. Sirvientes con torpes paraguas negros se lanzaron a la Dceda, y Lessing procedió a desafiar mil años de tradición india marchando y abrazando a Jameela en público. Su cuerpo cálido, seco y fragante a especias se sentía maravilloso.

"Huele a mala muerte", susurró dulcemente en su oído. La palabra urdu significaba "apestoso", como carne cruda

Mulder carraspeó. "Te presento al coronel Srivastava, del Ejército Indio, asignado para proteger Indoco hasta que haya una investigación. Este es el subinspector Mukerjee, de la Policía de Uttar Pradesh, y el Sr. Subramaniam del CID. Caballeros, el señor Alan Lessing, jefe de seguridad de la planta. Ha estado de viaje de negocios."

Lessing estaba cansado. Apenas podía ver las figuras a su alrededor ni sentir las manos que se extendían para estrechar las suyas. Escuchó a la soprano temblorosa y hada madrina de la señora Mulder piando a Jameela: "Llévalo arriba al dormitorio de invitados. Ya es demasiado tarde para volver a tu propio piso." Entonces, de alguna manera, estaba allí, en una pequeña habitación cuadrada y encalada con cortinas con volantes. Jameela echó a los sirvientes y ella misma luchó con la fosa canalización para producir agua de hoi para ducharse. Luego se fue a la cama. . - u a

Se despertó pensando en lo mucho que odiaba dormir en una ladera, con la cabeza más alta que los pies. ¿Dónde demonios estaba? ¿Siria? Sí, al norte de Damasco, con sus simples camaradas en la garganta bajo él, y la brigada israelí de élite del mayor Berger sobre la cresta, donde estaban recibiendo fuego de esos grandes y nuevos morteros que los rusos habían dado a los iraníes. La mierda allí era pesada. En cualquier momento llegaría el ataque aéreo de Berger y

¿Por qué tenía tanto frío y estaba tan húmedo? ¿En Siria? Se frotó los ojos con los nudillos y se sorprendió cuando la escena se disolvió y volvió a

condensarse en un dormitorio desconocido. Contenía una silla acolchada; un enorme armario de ropa que Jameela llamaba almari y los británicos, que nunca podían pronunciar nada extranjero, un "almirah"; un ventilador de techo que gira lentamente; y cables eléctricos grapados a la pared. Un lagarto delgado e inofensivo, al que Jameela llamaba chipkili, caminaba boca abajo por el techo sobre su cabeza. El rugido de los morteros iraníes se convirtió en el gorgoteo del antiguo aire acondicionado que Mulder siempre quiso reemplazar. Eso sí mantuvo la habitación sudorosa y casi helada. Miró hacia abajo y vio por qué había soñado con dormir en una ladera: Goddard estaba sentado al pie de la cama, su peso pesado suficiente para hundir un transatlántico. ... , .j

Goddard no solo era grande, sino también erizado como un jabalí: su cráneo ancho, el dorso de sus manos, sus hombros, todo cubierto de un vello negro áspero y elástico. La luz de la ventana formó un halo alrededor de su cabeza, algo que solo tendría si Satanás gobernara en el Cielo. ¿Cuántos años tendría, por cierto? ¿Cuarenta? Goddard era un estadounidense de Chicago, un duro, un candidato, un aspirante a ejecutivo, inteligente y en camino a la cima del dungheap de Indoco.

Lessing aprovechó la oportunidad para dar patadas con ambos pies como si acabara de despertarse.

Goddard soltó un grito satisfactorio y saltó de la cama. "¡! ¡Si le das una patada así a tu pollito indio, le romperás todos los huesos!"

Lessing bostezó en su cara. Goddard no merecía ser odiado. "Viene Mulder. Quiere verte." "Estoy aquí." Se levantó, vio que su equipo había estado guardado en el almirah y sacó sus cosas de afeitar. "¿Besar a esa rubia?"

Dejó que la fontanería respondiera por él. El grifo eructó, sollozó hipo y desbordó un chorro de líquido marrón que poco a poco se transformó en agua humeante. Le cerró la puerta en la cara corpulenta de Goddard para poder usar las instalaciones.

Cuando salió, Herman Mulder estaba sentado en la única silla. La llave inglesa ocupaba el pie de la cama, y Goddard ahora se apoyaba en la pared junto a la ventana.

Mulder esperó en un silencio casi budista hasta que Lessing se acomodó de nuevo en la cabecera de la cama. Cuando habló, fue solo una palabra:

"Pacov."

"Señor... I … ."

"Por favor, no mientas."

Lessing no tenía intención de mentir; Estaba a punto de sugerir que los trabajos de un mercenario eran tan privilegiados como el confesionario de un sacerdote o el diván de un psiquiatra. Más. Un simple podría ser señalado por una brecha de seguridad. Opfoes y empleadores por igual fruncían el ceño ante labios flojos. Cerró la boca con un chasquido audible.

Mulder pareció no darse cuenta. "Estás vivo gracias a nosotros, Alan. Muy pocos saben a quién o qué representamos, pero todo el mundo sabe que protegemos a nuestro pueblo, especialmente en el Tercer Mundo."

"Señor

"Escúchame. Solo un enemigo muy decidido te atacaría mientras estés con nosotros. Sin embargo, alguien está dispuesto a arriesgar vidas para llegar a ti. Ese enemigo puede creer que te enviamos a conseguir... y que tenemos... Pacov. Lo que nos pone en peligro. ¿Lo ves?"

"La redada para conseguir los libros no parece haber estado relacionada contigo en absoluto", añadió Goddard. "Quizá alguna otra supercorp husmeando para ver qué podrían encontrar... Y casi ganar el premio mayor. Es posible que fueran israelíes o los Vigilantes por Sion. Los Izzies y los Vizzies ya se han acercado antes."

"¡Nunca tan cerca!" protestó Wrench. "¿Cómo supieron que los diarios estaban aquí?"

"Todo bajo control ahora." Mulder se limpió la frente desnuda y rosada con un pañuelo anticuado. "La última incursión... los 'eruditos' locales y sus amigos... no estaba dirigida a nosotros. Te estaban buscando otra vez, Alan. Fue suerte que la señorita Husaini estuviera aquí
en la oficina principal. Dos de sus agitadores no indios entraron en tus aposentos y realizaron un registro exhaustivo. Atacar Indoco fue una distracción: nada gravemente dañado, solo gritos, quemas y rebotes, y mucho fingir encontrar 'contaminantes peligrosos' y 'químicos asesinos'. Ni siquiera intentaron destrozar el ordenador que controla nuestras mezclas agroquímicas."

Lessing dijo: "Señor Mulder, no puedo... no ... Te cuenta más de lo que crees. El nombre que mencionas es asunto mío, información privilegiada. No tiene nada que ver contigo ni con Indoco. Lo juro."

Wrench adoptó una pose heroica. "¡El Código del Oeste! ¡El Mercenario Enmascarado vuelve a montar!"

Lessing tenía un impulso increíblemente divertido de enfrentarse a monja y llorar: ¡Que venga vuestra Gestapo! ¡Nunca hablaré!" Mulder, sin embargo, tenía poco sentido del humor, y Goddard aún menos.

"¿Te lo cuento entonces, Alan?" Mulder levantó una mano gruesa, tan pálida y sin pelo como la de un bebé. "Fuiste de misión por un tal señor Gómez, un 'simple intermediario' de Goan. Viajaste a Estados Unidos, a una instalación con el nombre en clave 'Marvelous Gap', situada en Nuevo México. Se construyó justo después del cambio de siglo, durante el peor periodo de la paranoia de Bom Again. Luego se 'perdió' oficialmente: cerrado, sin mención, sin registros. El lugar sería una vergüenza para la iniciativa de paz del presidente Rubin si los rusos descubrieran que aún existe. Habría un infierno que pagar en Ginebra, y las Naciones Unidas harían una comedia de situación de televisión con ello. El actual gobierno estadounidense cree que es mejor dejar que Marvelous Gap se quede maravillosamente

^Lessing no vio motivo para contarle a Mulder la información de Hoeykens ni la razón de su precipitada huida de Sudáfrica. Mulder y su SS podrían decidir que era más problema que valía. Dijo: "Soy soldado. La política no es

mi trabajo. Sigo órdenes." Mulder suspiró. "No aceptaron esa excusa en Núremberg. Vio que Lessing no lo había entendido. "Eso fue antes de tu tiempo. Olvídalo. Mientras estabas en Pretoria, envié un cable codificado a Washington. Nuestra gente allí lleva tiempo investigando Pacov y otros proyectos de Bom Again. Pulsaron algunos botones, y ahora sé todo lo que hay que saber... salvo algunos datos ultrasecretos de la Agencia de Seguridad Nacional. El movimiento tiene amigos en Washington, amigos con acceso a las mayores bases de datos del gobierno. Las fórmulas de Pacov fueron destruidas, al igual que los registros administrativos, hasta las listas de la compra del comedor. Pero se les escapaba un documento aquí, otro allá. Esa es la virtud de los ordenadores: una vez que encuentras una pista, haces que el propio ordenador busque más. Lo recopila todo, lo repara y te lo entrega en una impresión.'

Lessing negó con la cabeza. "Sigue sin tener nada que ver conmigo. Solo soy el chico de los recados. No me importa lo que haya en el paquete."

"Sí. Bueno. 'Pacov' significa 'Virus Contagioso Pandémico', uno de los resultados más feos de la experimentación militar con ADN recombinante. ¿Sabes qué es eso?"

"He leído. Revistas ... ."

"¿Quieres leer los detalles técnicos que tenemos? El cable está en mi escritorio."

"No soy científico." En realidad, probablemente entendería la mayor parte. Lessing se mantuvo al día con los avances militares como parte de su oficio.

"Muy bien, déjame decírtelo en términos sencillos." Mulder extendió la mano para hacer callar a Wrench, que había empezado a hablar. "Pacov consiste en dos reestructuraciones separadas de las cadenas de ADN de virus existentes. Es un arma a caballito, una operación en dos etapas. Envías la primera etapa. Los vectores ... agentes de transmisión ... para Pacov-1 son extensos: viaja por el aire, el agua o directamente de persona a persona y es altamente contagioso. Se extiende a cientos de millas si las condiciones son óptimas. Pacov-1 solo causa una infección leve, similar a la gripe, que

desaparece en uno o dos días. Las autoridades sanitarias lo pasarían por alto, nunca lo considerarían una epidemia grave, y aunque lo hicieran, tendrían que buscar detenidamente para aislarla. Una vez que la víctima supera la 'gripe', Pacov-1 se vuelve latente y casi indetectable. Uno o dos meses después envías la segunda fase: Pacov-2 también es un virus, tan contagioso como el primero y igual de inofensivo por sí solo. Sin embargo, reacciona con Pacov-1 para producir un coagulante potente. Un coagulante, Alan, una sustancia que convierte tu sangre en gelatina espesa. Tu corazón no está hecho para bombear mermelada de fresa, y mueres en tres minutos. Sin aviso, sin vacuna, sin cura. Quienes no han estado expuestos a ambas etapas permanecen ilesos. Puede que haya algunos inmunes, pero no hicieron muchas pruebas, como puedes imaginar. Pacov-2 se vuelve inerte como Pacov-1 en una o dos semanas. Luego te quedas con el país de tu víctima, toda su propiedad... en estado intacto ... y muchos cadáveres que enterrar."

Mulder hizo una pausa. "¿Esto te convence, Alan?"

Y así fue.

"Pacov aterrorizó a los Bom Agains. Habían abierto la puerta y se habían enfrentado cara a cara con las peores pesadillas del Infierno. Arrancaron la instalación en Marvelous Gap y dispersaron a su personal por otros proyectos. Quizá incluso mataron a los más cercanos; No eran más 'nobles' que cualquier gobierno anterior o posterior. No me sorprendería."

"¿Qué pasaría si alguien..." usadas ... ¿Pacov hoy?"

Mulder inspeccionó las medias lunas de sus diminutas uñas rosa salmón. "Ni idea. Sin datos. Quizá el material es demasiado viejo y se ha vuelto inerte. Quizá nunca habría funcionado. Lo único que sabemos es que

estaba pensado como último recurso, el movimiento jaque mate, el arma del Apocalíptico. No, peor. Más bien la última rabieta de un perdedor muy malo: ¡salta, dispara a tu oponente y patea el tablero de ajedrez en pedazos! Pacov estaba destinado a destruir naciones, Alan... millones ... quizá cientos de millones de personas." "Jesús...", murmuró Goddard.

Mulder hizo un movimiento descendente, en círculos. "El último triunfo. No con un estruendo, sino con un gorgoteo. Al váter. Toda la vida mamífera dentro del área objetivo."

"¡Dios!" exclamó Wrench, "¿De qué sirve un ejército? ¡Con esas

cosas...!"

Mulder levantó la cabeza para mirar al hombrecito. "Muy bien, Charles. En tiempos antiguos, un ejército estaba formado por seres humanos con espadas y lanzas, armas de fuego y cañones... lo que fuera lo más avanzado en ese momento. Podías ver al enemigo, verle venir, armarte de valor y luchar. Luego la guerra se extendió al espacio: misiles, bombas, satélites, plataformas. Tú... las agencias de inteligencia... Aún pueden ver esas armas, pero son tan poderosas que ninguno de los dos bandos se atreve a iniciar una guerra. Los únicos dispositivos atómicos usados en este siglo fueron abandonados durante la guerra China-Vietnam."

"Y hemos aprendido una lección de eso." Dijo Lessing.

"Exactamente. Al menos, eso espero. Pero ya ves por dónde voy: un ejército convencional cuesta dinero, pero cada estado puede permitirse algo, y eso es visible para sus enemigos. Las armas espaciales son prohibitivamente caras... miles de millones, billones... más de lo que incluso Estados Unidos o los soviéticos pueden tolerar, década tras década, generación tras generación. Son demasiado poderosos para emplearlos sin el riesgo de una represalia que convierta tu propio país en un páramo radiactivo, y siguen siendo relativamente fáciles de controlar; Tanto tú como tus oponentes sabéis lo que hay ahí." Tocó el brazo de la silla para enfatizar. "Piensa, sin embargo: todo lo que necesitas para Pacov... o para la contraparte venenosa que los rusos llaman 'Starak' ... es un puñado de científicos, un laboratorio húmedo y un sistema de administración. Barato, económico y fácil de ocultar. Cualquier organización terrorista menor puede permitírselo, cualquier república bananera, cualquier secta religiosa fanática." Se levantó y se puso de pie sobre Lessing. "¿Qué tamaño tenían esos botes de Pacov?"

Ya no importaba. Más le valía contárselo. "Un pequeño globo terráqueo, como un adorno de árbol de Navidad. Y un cilindro, de este tamaño." Indicó cuatro pulgadas entre el pulgar y el dedo.

Me vino a la mente su propio alijo de Pacov. Quizá el movimiento de Mulder, los descendientes de las SS nazis, realmente se reformaron, solo otro grupo de buenos que se ganaban la vida con el trabajo duro y el capitalismo honesto. No confiaba en ellos. Ni ellos, ni nadie. Estaba dispuesto a contarle a Mulder parte de lo que sabía, pero no iba a entregar sus muestras a esas personas, ni a nadie

excepto quizá Dios mismo. Y solo entonces si el Gran Tipo lo pedía educadamente.

Mulder se secó perlas de sudor de la frente. "Una familia entra en un país como turista. Pacov-1 va en una caja con los juguetes de sus hijos"

Wrench soltó una risita nerviosa. "¡Con una cara de payaso pintada encima!"

Mulder frunció el ceño con irritación. 'Tes. Uno o dos meses después, llega un hombre con Pacov-2 disfrazado de barra desodorante o de un tubo de repelente de insectos. Va a su habitación de hotel, abre el recipiente del fregadero y se va de nuevo. Está a salvo porque no estuvo expuesto a Pacov-1, que ahora está en silencio."

"Y todos en la zona objetivo mueren", susurró Goddard.

"Cierto", dijo Mulder, "¡pero desordenado! No hay límites claros para un arma biológica, ¡ni idea de cuánto durará realmente! Los virus son impredecibles y pueden mutar. ¿Sabías que hay una isla cerca de Escocia que sigue siendo inhabitable debido a los experimentos británicos tras la Segunda Guerra Mundial? ¡Casi un siglo después! Las armas biológicas son baratas y efectivas, pero son espadas de doble filo."

"¡Como chantaje...!" Goddard levantó la mano en forma de copa e hizo un gesto para estrangularlo.

"¿Y si tu objetivo te despierta? No seas tonto. ¡Factura! ¡Podrían decidir esterilizar tu lado del planeta con bombas atómicas! ¡O usar a Starak u otro agente de BW propio! Y si Pacov se descontrola, ¡podrías acabar con un cementerio en vez de un mundo!"

Nadie habló durante un tiempo. El sol se había vuelto insistente, y olas de calor golpeaban el cristal burbujeante y vibrante del cristal de la ventana. El viejo aire acondicionado traqueteaba y chisqueaba, logrando mantener a raya el infierno exterior. Mulder se limpió la cara. Wrench se movía inquieto, y Goddard se sentaba como un coloso tallado. Lessing giró la almohada, tanto para consolarse como para vigilar a los otros tres. Ver en silencio a menudo daba mejores resultados que el habla.

"Nos culpan ... mis antepasados... por genocidio", reflexionó Mulder. "¿Pacov es cosa nuestra? ¿Esos misiles en el cielo? Sí, luchamos una guerra, y sí, bombardeamos, disparamos y matamos. Los Aliados también. Compara Auschwitz con el bombardeo incendiario de Dresde o el horror de Hiroshima. Todo horrible, todo estúpido. Hemos aprendido, Alan, aprendido mucho en cien años."

Lessing soltó: "¿Y el 'Holocausto'?"

"¿No te dijo Wrench que nunca hubo realmente uno ... al menos, no como lo cuentan los judíos. Trabajo forzado, campos, enfermedades y maltratos, sí; Era tiempo de guerra, y mis antepasados hicieron lo que creían que debían hacer. Y hubo algunos tiroteos en los territorios orientales, ejecuciones masivas de judíos y guerrilleros comunistas. Pero no hay cámaras de gas, ni ninguno de los otros inventos fantasiosos

reclamado por los judíos. Pero siempre son los vencedores quienes escriben

las historias." "Y celebrar los juicios por crímenes de guerra", susurró

Wrench.

"En fin, que haya habido un 'Holocausto' o no es irrelevante para esta época. Nadie quiere una guerra que acabe con la vida en la Tierra. Tampoco puede

gobernar un solo pueblo en un mundo de esclavos. Los israelíes se han expandido hasta convertirse en un imperio esclavista, y apenas están empezando a cosechar el torbellino. No, ganaremos a nuestro favor, Alan. Somos las personas que inventaron la tecnología y la organización que hacen posible este mundo módem. Estamos preparados para ganar. Queremos un pueblo sano, un entorno sano, un mundo sano. Un desierto radiactivo o una naranja podrida llena de gérmenes... ninguno nos sirve ... ni a los judíos ni a nadie más."

Lessing dijo despacio, "No sé si te creo o no. No sé si me importa si te creo o no. Todo ocurrió hace cien años. Tu Hitler está tan muerto como el curry de la semana pasada." Goddard se tensó de inmediato, pero los demás le ignoraron. "¿Qué piensa hacer, señor Mulder? ¿Qué quieres que haga?"

Mulder se levantó de un tirón, Goddard se inclinó hacia adelante con sollecitez para echar una mano, "Queremos que encuentres a Pacov. ¿Quién te pagó? ¿Quién lo tiene ahora?"

"Pregúntale a Gómez."

Goddard resopló. "Gómez está muerto, Lessing. Se le detuvo el corazón. Tenía una bala dentro."

Lessing se quedó mirando. "¿Quién? ¿Cuándo?"

"Le hiciste un gesto con el pulgar. Ese es el rumor. Sabemos que no lo hiciste, porque estabas en Pretoria. Pero los meres no lo saben. En algunos círculos estás muerto."

"Pero ya conoces a otros meres", instó Wrench. "Gente de arriba

¿Al nivel de Gómez?"

"Puedes ir a preguntar", interrumpió Mulder con naturalidad. O puedes ir por tu camino y enfrentarte a quienes te esperan fuera de las vallas de Indoco. Los Izzies te están buscando, y los americanos te buscan. Alguien sabe de Pacov y Marvelous Gap, alguien que quiere interrogarte o verte desabrochado. Podemos protegerte. Puedes quedarte aquí un tiempo, y si

las cosas se ponen mal, perfecto. Si no, podemos contratarte como jefe de seguridad en el Club Lingahnie, nuestro nuevo balneario en la isla de Ponape. El Pacífico Sur está solo, pero es seguro."

"Tendría que dejar aquí a su amapola india", se burló Goddard.

Sorprendentemente, Mulder se volvió hacia el hombre. "¡Ya basta, Bill! ¿Sabes de dónde viene la palabra 'ario'? Sánscrito, Bill, el antecesor del hindi y otras lenguas del norte de la India. Originalmente significaba 'noble'. La India fue invadida alrededor del 1.500 a.C. por los arios, parientes de nuestros propios antepasados."

Las alas de la nariz carnosa de Goddard se desplegaron. "Señor Mulder, ¿está diciendo que estos ... estos ... ¡Los pakis son blancos!"

Wrench se rió, pero Mulder no se inmutó. "Muchos en las castas altas lo son. Al menos eso dijo Alfred Rosenberg, uno de los principales teóricos del Tercer Reich, aunque añadió que se habían vuelto 'mixtos'. En cualquier caso, el Primer Fideihrer los trató como arios. Había una división Wqffen-SS, la Frei Hind, compuesta por indios anti-británicos. Pasó la guerra cerca del golfo de Vizcaya, creo. No vio combate, pero fue racialmente aceptable para el Reichsfiihrer Himmler."

Manchas de rojo enfadado ardían en las mejillas de Goddard. "¡Supongo que los negros también son arios!"

"No africanos negros, desde luego, pero sí había musulmanes en las Waffen-SS."

Wrench parecía disfrutar del rumbo que había tomado la conversación, y intervino: "La División Handschar. ¿Verdad, señor Mulder? ¿No los alineó una vez el Primer Fiihrer y repartió pequeños Coranes para llevarlos al cuello? ¿Coranes con esvásticas?"

"Creo que sí." Mulder se secó la frente otra vez. "Había hombres de muchas nacionalidades ... Ucranianos, letones, estonios, holandeses, flamencos, franceses, rumanos, húngaros, incluso algunos británicos... en las SS. Más

que solo 'superhombres' rubios germánicos: muchos subgrupos blancos diferentes. No todo el mundo era tan puro de mente como el Obergruppenführer Theodor Eicke, quien se quejaba de que incluso muchos Volksdeutschen, alemanes que vivían fuera de Alemania, eran demasiado débiles e indisciplinados para servir como sustitutos en su To/e/iiop/Division."

"Pero

"¿Y si el Reich hubiera ganado? ¿Todos esos pueblos diferentes, todas esas lenguas, culturas y tradiciones? Sé lo que quiere tu facción. Bill, pero no funcionará. Aunque limpiaras la tierra de todos los negros, de todos los judíos y de todos los no alemanes... incluyéndote a ti, siendo de ascendencia francesa e inglesa, recuerdo ... Aún tendrías que construir un mundo. El odio es un motivo útil en combate, pero da lugar a políticas económicas o administrativas muy pobres. Tienes que mirar más allá de tus horizontes inmediatos, Bill." Hizo gestos calmantes con su pañuelo. Claramente no quería una pelea.

Goddard forcejeó consigo mismo, logró esbozar una sonrisa y gruñó: "Disculpe, señor." Salió.

"Un buen hombre", Mulder le miró con resignación. "El racismo ilustrado, al servicio de nuestro étnico occidental, es la base teórica de nuestro movimiento. Pero Bill se pasa de la raya... y luego no va más lejos de eso."

Lessing había decidido. "Quiero ir a ver a un hombre en París", dijo. "Intentaré averiguar sobre Pacov: quién lo consiguió, quién lo quiere... que me quiere. No prometo dártelo..."

"Ni lo queremos. ¡Debe ser destruido de forma segura!"

"Pero / tengo que saber... por mi propio bien."

"Justo. La señorita Hilary, en la planta, te conseguirá entradas y reservas. Vete cuando quieras."

"Después de ver a Jameela."

CAPÍTULO NUEVE

En ese momento todavía era soldado. Física y mentalmente tenía el pulido de seis años de servicio.... Al igual que mis compañeros del ejército, había olvidado frases como: "Eso no se va. o, "Eso no es posible." o, "No deberíamos asumir tal riesgo; es demasiado peligroso."
—Mein Kempt, Adolf Hitler

Jueves, 17 de julio de 2042

La habitación del hotel en la Place du Havre, frente a la antigua Gare St. Lazare, era pequeña y húmeda, a cuatro pasos desde la puerta marcada hasta la ventana sucia, tres desde la pared del fondo hasta la cama. Era de las necesidades de Lessing: la secretaria de Terry Copley había dicho que "le Boss" volvería a las 14:00 horas.

Pasó un dedo por la silla tapizada y desgastada, luego se sentó — y casi desapareció — en la cama de plumas que los franceses aún preferían a cualquier invento desde 1600.

Comprobó el lanzasalivas accionado por muelle que Wrench había insistido en darle: un tubo corto de plástico negro que disparaba dardos bañados en una variante de saxitoxina, un veneno que los expertos decían mataría en veinte segundos. Lessing no quería el arma, pero sí servía de respaldo para la pistola automática de 9 mm que llevaba en una funda de hombro. Ni la seguridad aeroportuaria india ni francesa se opusieron a su armamento una vez que mostró el carné de mensajería de Indoco que le había proporcionado Mulder.

Estridentes ruidos de tráfico penetraban los antiguos y muchas veces renovados muros de piedra. Se levantó para mirar fuera. París había resuelto su congestión de siempre: ahora los únicos vehículos permitidos en la ciudad eran eléctricos alimentados por baterías, camiones de reparto de plataforma y coches "dodgem" de dos o cuatro pasajeros con carrocerías construidas de material plástico y motores que no los impulsaban a más de 30 kilómetros por hora. Los parisinos demostraron su tradicional valentía, audacia y desprecio por la vida de sus semejantes al nombrar el modelo más pequeño de estos vehículos le duelliste y al más grande le char — "el

tanque". Ambos estaban instalados, de rigor, con los cuernos más estridentes que la ciencia podía idear. La situación del tráfico mejoró algo, pero no tanto como se esperaba: mucha gente compró tanto un "coche de ciudad" como un automóvil tradicional más grande y de gasolina para viajar más tiempo. Los ricos compraron los tres, lo que enriqueció a los propietarios de plazas de aparcamiento alquilables en los suburbios más allá de sus sueños más salvajes.

Al otro lado de la plaza, la fachada desgastada y de la época de la Gare St. Lazare recordaba una época anterior y más tranquila. El cielo azul cáscara de huevo de julio parecía eterno. Por supuesto, las multitudes eran más densas que nunca en este siglo XXI: turistas con pantalones cortos coloridos y Bylon camisas que se podrían arrugar en el puño y luego sacudirlas como un pañuelo de mago, sin arrugar y limpias; Empresarios franceses con elegantes abrigos y chalecos, con pantalones tan ajustados que casi parecían medias corporales; chicas de compras con una variedad de faldas, jerséis y blusas; y numerosos jóvenes vestidos con camisas y pantalones desaliñados que eran tan eternamente parisinos como la Torre Eiffel. La chaqueta deportiva color beige, discreta, y los pantalones marrones sin puños de Lessing estaban aquí diez años desfasados; mejor así: nunca podría pasar por parisino ni siquiera por europeo, pero un vagabundo americano suelto y no muy rico era una imagen útil dadas las circunstancias.

Había otros en la calle Se divertía viendo a varias prostitutas con el uniforme actual de Banger: una minifalda translúcida de cristal, pasties brillantes o copas de pecho de tejido metálico, y largas trenzas, teñidas del tono que su dueña consideraba que combinaba con el "aura" actual. Algunas de las mujeres llevaban los tambores de dedos o pandeireta que daban nombre a la música de la ira B —y al resto del mundo—, mientras que otras ni siquiera se molestaban en fingir. Dejando a un lado la hipocresía, los buenos burgueses de París consideraban a las chicas Banger un activo, tan fuente de ingresos turísticos como el Louvre o el Metro.

Lessing ya había estado en París antes, una vez de permiso desde Angola y otra vez cuando voló para unirse a la guerra de Balaalbek en Siria. Entonces fue sofisticado y emocionante; ahora le parecía alienígena, tan diferente de

la India como Marte. Percibió algo de lo que Jameela podría sentir: una dosis inquietante de choque cultural.

Eso le devolvió directamente a sus propios problemas. Su última reunión con Jameela había sido tormentosa. Quería que estuviera con ella, en Indoco, y quería el fin del peligro y la inestabilidad. Se enfadó muchísimo cuando él le dijo que se marchaba a París.

"¡Nunca me hablas!" lloró. "¡Nunca expliques! ¡Nunca digas lo que estás haciendo!" En el calor de la ira, las duras y retróflexicas consonantes de su urdu natal volvieron a colarse en su habla, y parte de su pulido universitario americano burbujeó como pintura expuesta a la llama.

"No puedo. Lo sabes."

"¡Llévame contigo!"

"Tampoco puedo hacer eso. Volveré en un par de días."

Ella le fulminó con la mirada, con los ojos largamente entrecerrados, dos pequeñas líneas verticales blancas junto a los labios. Le recordó una de sus discusiones sobre el concepto islámico de Dios. Alá, dijo, mostraba dos aspectos, Jamali y Jalali, el primero hermoso y gentil, el segundo poderoso, duro y violento. Como cada una de las criaturas de Alá, Jameela Husaini mostró ambos aspectos también, ¡y su manifestación Jalali fue realmente un terror para contemplar!

Ella soltó: "¡Trabajo de mercenario!"
No era una pregunta, pero gruñó, "Sí."

"Tú solo vete... matar gente, disparar a la gente... Pelea. Sin razón salvo el dinero. Sin principios. No... no "

"¿Ética? Nosotros meros ... soldados ... Tener ética. A veces son diferentes a los de la gente de casa"

"¡Sin sentimientos! A … ¡un robot con un arma!" Las lágrimas brotaron y las secó con fuerza. "Quédate aquí, Alan. Mi padre es un alto oficial en nuestro CID. Él te protegerá. Es lo que protege a Indoco."

Eso confirmó una de las sospechas más engañosas de Wrench. J ameela Husaini había sido inplantada en Indoco como espía, para vigilar a los extranjeros. Sin embargo, probablemente su padre no le había ordenado iniciar un romance con Lessing. Los soviéticos y algunas agencias de inteligencia occidentales podrían hacer ese tipo de cosas, pero violaría demasiados tabúes que un padre indio pidiera eso a una hija, incluso en interés de la seguridad nacional.

"No necesito protección. Voy de viaje a ver a un viejo amigo."

¡Qué astuto puede ser uno y aun así decir la verdad! No le contaría a Jameela sobre las maquinaciones nazis de Mulder ni sobre Pacov. Cualquiera de las dos podría hacer que la derroten. Hasta donde él sabía, ella no tenía ninguna relación con Bauer; al menos no había ido al Hospital Balrampur en Lucknow a verle, según Kuldeep, el conductor.

"Quédate conmigo. I … te quiero." Era lo más cerca que había estado de decir "te quiero" en voz alta.

Fue hacia ella.

Recuerdos. Labios, pechos, pezones, piel suave, muslos tersos, dedos deslizándose, agarrando y acariciando, pesadas melenas sobre su pecho, serpientes perfumadas enroscándose en la oscuridad.

Orgasmo, atronador, rítmico y salvaje, tan cerca del animal crudo como puede llegar un ser humano.

¿Pero era "amor"?

Negó con la cabeza, se pasó los dedos por el pelo. Jameela le conocía mejor que él a sí mismo. Era tan difícil de sentir, tan imposible hablar. Otros podían decir "con cariño" tan fácilmente como decían "hola". No Alan Lessing. Otros percibieron instintivamente un "correcto" y un "error", aunque quizás eso

fuera cultural y no una voz interna y universal de conciencia, un Dios que casualmente tenía todos los valores de un WASP estadounidense de clase media del siglo XXI de Iowa. Otros tenían algo por lo que vivir, incluso cuando era demostrablemente absurdo. Incluso Mulder, Liese y la señora Delacroix se mantuvieron fieles a sus principios, aunque el resto del mundo podría despreciarlos por ello.

Miró dentro de sí mismo, como solía hacer de niño, luego de adolescente, y aún más tarde cuando se enfrentó a la muerte en media docena de países poco memorables. Miró dentro...
y descubrió el mismo viejo revoltijo de ideas, sentimientos, sensaciones, hechos, fantasías, recuerdos a medio formar: un desván lleno de trastos que no podía usar ni tirar.

¿Todos eran así? Jameela, Liese y el resto parecían tan seguros de sí mismos. ¿Estaban tan confundidos por dentro? ¿Eran ellos también, incapaces de hablar, almas aprisionadas en estatuas con puntos de vida de piedra?

Maldita sea.

¿O ya le había condenado Dios?

El teléfono ronroneó. Monsieur Copley le vería ahora. El taxi bajo y pequeño y "dodgem" le dejó en la Rue Madeleine Michelis en Neuilly. Comprobó cuidadosamente si buscaba perseguidores, pero no vio a nadie; Copley no tenía piso en uno de los edificios más bonitos que el gobierno francés había construido tras los disturbios laborales de 2035. Lessing encontró "511-COPLEY" junto a un botón en el tablero de directorios en el vestíbulo brillante con paneles de plástico. Presionó, recibió un zumbido de respuesta y entró en el ascensor más allá. Sin duda estaba equipado con un ojo espía, y habría más a lo largo del corredor blanco y aséptico que conducía al número 511. Copley era un hombre cauteloso.

La puerta exterior vacía se abrió sobre escritorios, secretarias, ordenadores, archivadores, sillas Paradox moldeadas y una mesa de centro repleta de revistas. El lugar parecía la sala de espera de un dentista. Tres hombres morenos, árabes o iraníes, ocupaban asientos a lo largo de la pared izquierda,

y un solo europeo joven con barba rubia y desaliñada se sentaba solo a la derecha. Lessing tiró su chaqueta sobre una silla, Sal se sentó junto al hombre rubio y esperó. Pasó media hora entera antes de que la regordeta recepcionista francesa llamara el nombre de Lessing.

El coronel Terence B. Copley, del Ejército de EE. UU., retirado, se levantó de detrás de un escritorio lleno de papeles y extendió la mano. Era originario de Alabama, un hombre pelirrojo, huesudo, pecoso y con forma de barril, de unos cuarenta años, con ojos tan afilados y, curiosamente, tan pesados como dos astillas de metralla. Su camisa de manga corta y la corbata parisina le daban un aspecto descarado y un poco ridículo. Habría estado más en casa con un chándal y zapatillas de correr, un profesor de gimnasia de instituto que se había desviado y había acabado en el lejano París.

Lessing miró a su alrededor. La habitación estaba pintada de un blanco sucio soso, con la moqueta de pared a pared de un beige neutro. El escritorio que estaba justo en el centro del suelo era una copia mala de un original feo, las sillas que los negocios alquilan al mes. Gruesas, aterciopeladas cortinas de color verde oscuro cubrían en su mayoría la larga ventana del lado oeste. La única decoración consistía en una exposición de armas antiguas en la pared detrás del cráneo calvo de Copley: una vieja subfusil Heckler and Koch de aspecto letal, que valía un par de meses de salario de Lessing, una Uzi y uno de los modelos Ingram, los tres brillando en un dorado y negro amenazante bajo la luz del sol que se colaba por una rendija en las cortinas. Estas armas se desactivarían, las armas listas

Almacenado en otro sitio. La verdadera protección de Copley consistiría en pistolas de costura ocultas en la pared, probablemente una pistola bajo un montón de papeles en el escritorio y asistentes armados a la mano. El coronel era lo bastante paranoico como para tener cristales antibalas, gas venenoso y una trampilla sobre un olvido lleno de pinchos, pero había límites.

"¡Bájate y bésame el culo peludo, recluta!" Copley se rió entre dientes.

"¡Y que te den, señor!" Lessing había servido bajo este hombre en Angola. Entonces eran amigos.

"¡Espera a que lo metas antes de abrirlo!" Copley gritó alegremente en respuesta. Saludó hacia la única silla frente a su escritorio. "¿Qué hacéis, todos?"

Lessing tomó el excremento indicado, sintiendo los bozales pequeños de las pistolas de costura ocultas en su espalda. Carraspeó. "Voy justo de tiempo."

"¿No bebes?"

"No, gracias. Lo dejé. India hace eso." Y Jameela había ayudado. Últimamente, solo quería una cerveza fría de vez en cuando. "¿Y qué hago, tú?" "Responde preguntas. Urgentes."

"Pruébame." Copley se sirvió un vaso de algo marrón y penetrante de una botella detrás de su cesta de entrada. "La gente dice que estoy haciendo pulgar. ¿Ah, sí?"

La cara roja y rojiza del otro se cerró, como si un libro estuviera cerrado.

"¡, te gusta corta y dulce!" El cristal formaba un anillo húmedo sobre el escritorio, y Copley lo frotó sin éxito. Examinó el rostro de Lessing con curiosidad. "Muy bien. Eso he oído. Rumores... hablar tonterías."

"No es verdad."

"Nadie me mostró cadáveres. Nunca me lo creí. Tío, me conoces."

"¿Qué has oído?"

"Solo que tu escuadrón estaba muriendo demasiado rápido para culpar a la vejez. Muerto en Jjelling, Hollister apareció en Copenhague ... no es propio de ti perderte al cabrón, Alan, si estás haciendo el pulga. Siempre fuiste buen tirador. Felix Bauer ha desaparecido. Rose Thurley es la única que sigue caminando, y la gente dice que es porque tú y ella teníais algo." Puso una pequeña sonrisa lasciva. "No es mucho de apariencia, pero sí un verdadero

experto, como pueden atestiguar muchos regimientos de chicos satisfechos."

"Olvídalo." Sabía dónde estaba Bauer, pero no se lo diría a Copley. También se alegraba de que Rose estuviera a salvo, aunque nunca había tenido ganas de probar sus habilidades no militares. Se inclinó hacia delante y dijo: "Nada de esto es mío. Si alguien está criticando a mi gente, quiero saber por qué. ¡Quiero saberlo mucho!"

Copley cogió una carpeta verde botella de su escritorio. "¿Quieres un trabajo? Un trabajo de verdad... No esa mierda de Beegee que haces ahora. Batallón entrando por los rebeldes en Uganda. ¿Segundo al mando? Quizá capitán, si los patrocinadores están de acuerdo?"

Lessing desestimó el expediente con un gesto. "No, y no quiero unirme a un regimiento esquimal en el Ártico ni mandar en una legión de bailarinas de hula en Hawái!"

"¿O ser portero en un bar gay S-'n'-M en Los Ángeles?" Copley soltó una risa como un elefante que chupa agua por la trompa. "¡Dios, tío, no tengo ni puta idea! La gente habla. Vamos, seguro que tenéis tiempo para al menos una copa."

"No, en serio. Déjame preguntarte esto: ¿qué sabes de mi último trabajo? ¿Quién compró ese espeh-op?"

Copley rascó una oreja tan pecosa que parecía un albaricoque seco. "He oído que Gómez también se ha muerto en la India. He oído que podrías haber sido tú el que se mata y él el que se ha quedado."

"No puede ser. Yo estaba... en otro lugar. Puedo demostrarlo."

"Joder, ¿quién pregunta? Pero eso significa que todo lo que sabía son gusanos. Hablé con Arturo Da Silva en Líbano hace un par de semanas. ¿Le conoces? ¿Amigo de Gómez?"

"Sí. ¿Cuál es tu punto?"

"Dijo que Gómez estaba presumiendo de algo que había planeado. Mucho dinero, helicópteros, armas, meres. ¿Fuiste tú?" "Podría ser. ¿Quién pagó?"

Copley levantó ambos hombros en un encogimiento expresivo y galo. Se había vuelto tan francés que podía ganarse la vida dejando que los turistas le hicieran fotos en el Montmartre.

"Tengo que saberlo."

"No puedo ayudarte. De verdad."

"Mentira. Nunca has sido honesto con Dios." Lessing cambió de tema. "¿Qué oís de mi jefe, Herman Mulder? ¿Sobre Indoco?"

Otra vez esa mirada plana y cerrada. ¿Qué droga tomaba Copley que hacía que sus ojos parecieran canicas de plomo?

"Buen viejo. Trabaja duro. Se queda en la India cuando podría estar sentado en un jacuzzi en Palm Springs, rodeado de chicas Banger y olisqueando rayos blancos. Es uno de los directores de Indoco, y además forma parte del consejo de media docena de otras corporaciones. Rico e importante, pero ama demasiado a India para volver a casa."

Copley podría haber leído todo eso en la portada del periódico de la empresa Indoco. Lessing gruñó, "¡Más!"

Copley pasó el pulgar por el borde de la carpeta verde. "Eso es todo. Mira, Alan, déjame mandarte a ese trabajo ugandés. En serio."
"¿Por qué?"

"Porque es un buen trato. No hay mucho peligro y muchas ventajas." "Mierda."

"Vale, entonces. Me gustas. Prefiero que te sengüen antes que verte con el pulgar con el pulgar. Hollister cree que intentaste desabrocharlo y ahora él y sus colegas te van a hacer primero."

"No voy a dar la espalda en la ducha, ¿vale? Ahora, un último estribillo: ¿quién pagó nuestra especialidad? ¿Quién está haciendo el dedo a mi escuadrón?"

Copley se retorció incómodo, buscó su bebida y giró el vaso una y otra vez entre los dedos manchados de pecas. "Ese trabajo en particular es como un campo de tiro de artillería: grandes carteles por todas partes que dicen 'No te alejen o te reventarán la cabeza.' Esta vez no hay emperador de mierda ni dictador militar engreído agitando su diez de dos pulgadas."

"Si es grande, solo hay cuatro opciones." Extendió los dedos uno a uno. "Americano, ruso, israelí o chino. Además de amigos, familiares y aliados de cualquiera de los anteriores."

Copley parecía aún más infeliz. "O una facción dentro de una o más de la misma." Movió ambas manos, palmas hacia abajo, delante de él. "Todo hecho, Alan; ' dijo Nouch. Solo estaría suponiendo. Prueba Da Silva "

"¿Para qué? Me dará aún menos." Lessing levantó sus cuatro dedos. "Mis cuatro opciones. Si sabes, Terry, por el amor de Dios, solo di cuál."

Copley bajó la mirada al dorso de sus propias manos, del color de la carne cruda. Luego extendió el dedo índice de la mano izquierda. Solo un dedo.

Entonces, americano. O algún grupo dentro de Estados Unidos, posiblemente el gobierno, posiblemente no. Encajaba con lo que había dicho Hoeykens, y quedaba mal. Pero aún así no le decía mucho: varias agencias y facciones estadounidenses tenían suficientes hombres, armas y dinero para fundar sus propios países. ¿Por qué necesitarían un escuadrón compuesto mayormente por meres extranjeros para llevar a cabo Marvelous Gap? ¿Demasiados vigilantes internos? ¿La prensa? ¿Travesuras políticas? ¿Algún plan loco del Pentágono o la CIA para tomar el control del gobierno? ¡La respuesta de Copley solo llevó a más preguntas! Tampoco explicaba qué querían los israelíes con Lessing, ni quién había robado Indoco.

Lessing se levantó con la mayor naturalidad que supo, se despidió y se marchó.

La calle se llenó de gasolina. El tráfico era un enredo a esa hora y la multitud de peatones era casi claustrofóbica. El polvo se levantaba de los taladros de un equipo de reparación de pavimento a cincuenta metros de distancia. Tomó nota cuidadosa: ¡eso sería una buena cobertura para pistolas de costura, silenciadores o incluso un disparo de escopeta! Se puso en marcha en dirección contraria, hacia el Boulevard Victor Hugo, para buscar un taxi.

No tenía ni idea de qué hacer a continuación.
Alguien le seguía: un movimiento, un destello de color que se vislumbró por el ojo. Entró en una tienda de tabaco, compró un paquete de cigarrillos que nunca fumaría y consiguió echar un vistazo.

Nadie.

Salió y paró un taxi. Estaba lleno y pasaba de largo, dos jóvenes delicados sonriéndole por la ventana trasera. No hay nada que hacer salvo seguir caminando.

Sintió de nuevo su persecución. Era solo un aliento en su columna, pero este sexto sentido era uno que había dominado bien. Si no lo hubiera hecho, sus huesos ya habrían estado blanqueándose entre las rocas en Angola o Siria hace mucho tiempo.

Un gran arco de ladrillo se abría hacia la pared vacía de un edificio antiguo. Se metió dentro y miró hacia atrás. Una chica, una Banger, tambaleaba por el bordillo detrás de él con tacones tan altos que eran zancos. Parecía tener dieciséis años; sus rasgos afilados, sabios y pequeños estaban empapados de maquillaje; una larga trenza teñida de magenta rebotaba contra los omóplatos huesudos; y sus pechos delgados estaban cubiertos con dos cuadrados de cinta cinta, del tamaño de tiritas. Joyas pesadas y basura tintineaban y tintineaban en su garganta, en su cabello y a lo largo de todo su brazo derecho.

No se parecía a ningún kikibird que hubiera conocido.

Miró más de cerca. No llevaba ni instrumento de percusión ni radio de bolsillo sintonizada con los ritmos aullantes de las emisoras de Banger. Sin embargo, su minifalda de plástico plateado translúcido estaba visiblemente

polvorienta: llevaba un tiempo de pie cerca del edificio de Copley y del equipo de reparación de la calle. Podría haber estado esperando a que Lessing saliera del armario.

Apostaría a que ella era la cola.

Se adentró más en el arco y se detuvo, aflojando la pistola en la funda del hombro. Lástima que no tuviera silenciador para ello. La chica tendría que acudir a él aquí, y cualquier amigo debía entrar por el pasadizo detrás de ella. Estaría en la sombra; quedarían temporalmente cegados y también recortados contra la luz de la calle.

La chica fingió hacerle un segundo por primera vez. Movió las caderas de forma burda y sugestiva, y dijo algo en francés. Obviamente era una prostituta habitual, fuera lo que fuera en lo que estuviera involucrada ahora.

Lessing no veía a nadie lo suficientemente cerca como para lanzarse o disparar desde la calle. Detrás de él, el arco se abría a una arcada, un patio central cerrado de varios pisos de altura, cubierto por un tragaluz de varios paneles. Veinte boutiques y pequeñas tiendas turísticas llamaban por toda la planta baja. Proporcionarían excelente cobertura y rutas de escape si fuera necesario.
La chica Banger señaló la mano que ahora tenía cerca de la solapa de su chaqueta. Sonrió y negó con la cabeza para que su trenza volara, tintineando con cadenas y amuletos de plata. De nuevo habló en francés.

"No francés", dijo. "Inglés." Recordó el comentario de la señora Delacroix sobre los estadounidenses y su triste falta de lenguas extranjeras. ¡No hay tiempo para arrepentirse de su educación ahora!

Apartó sus propias manos de sus muslos delgados, colgó su voluminoso bolso por la correa y puso una cara exageradamente inocente. "¿No hay francés? Noril No... atraco, monsieur." Ella lo pronunció "moo-geeng". En otras circunstancias, Lessing se habría reído. "No hay peligro. ¡Divertido! "Una mano volvió a apartar su minifalda y sus diminutas bragas, revelando el triángulo oscuro de vello púbico debajo." ¿Cien francos nuevos, monsieur?"

¿Pero qué demonios? Estaba bastante seguro de que tenía más en mente que un truco rápido. La observó con recelo. "No, gracias. Ocupado."

Le dedicó una sonrisa ladeada y se acercó sigilosamente, una mano acariciando la piel pálida de su vientre. Negó con la cabeza con fuerza y se mantuvo firme. Seguía sin ver a nadie en la calle ni a nadie detrás de él en el juzgado.

"¿No hay francés, monsieur? Quizá hablas... ¿Cómo? … ¿Pah-koff? ¿Pahcouve?"

Lo esperaba. Se retiró con facilidad, en la punta de los pies, listo para luchar, esquivar o huir. Las tiendas en la sala de juegos estaban llenas, acogedoras. "¿Pacov? ¿Qué sabes de Pacov?"

"Ven. Ven conmigo. Te lo muestro. Si ves a un hombre, habla." Miró de reojo, a su derecha.

"Luego me matan. ¿Correcto?"

Las cejas mal depiladas se fruncieron en una mueca. "¿Con la quilla? No hablo mucho inglés. Ven. Pacov. No hay moo-geeng. Luego vamos a tu casa." Era una niña, analfabeta, hambrienta, pero no podía permitirse compadecérselle — no ahora.

En el lado oeste, soleado, del patio interior, los manteles de una cafetería mostraban cuadros rojo y blanco entre carteles y arbustos en maceta. Señaló y habló despacio: "No vengas. Vamos allí. Restaurante... Café. Tú, el hombre de la telefonía. Ven aquí, habla." Él mimaba el uso del teléfono.

"¿Eh? No. No hay teléfono. No... número. No lo sé."

"Vamos igualmente. Nos sentamos, bebemos. Él observará. Vendrá a nosotros." Lessing no tenía ni idea de cuánto entendía, pero ella solo le lanzó una sola mirada sospechosa y astuta y luego caminó delante de él hacia la cafetería.

Debería haber anticipado la reacción. El maître de hotel frunció los labios finos, y algunos de los comensales más acomodados murmuraron con asombro indignado. Lessing no se había dado cuenta: un hombre americano alto, de rostro duro, de unos treinta años, en tándem con una prostituta barata, un
¡Niña apenas adolescente! ¡Acababa de hacer más para destrozar la imagen estadounidense en el extranjero que un avión lleno de profesores solteros chillones!

La chica le guiñó un ojo pícaro al maître de hotel y se sentó, asegurándose de que su muslo desnudo fuera visible hasta el hueso de la cadera.

El camarero llegó, regordete y pálido. La chica dijo algo con tono altivo, y él tiró dos menús de golpe y se marchó dando vueltas.

Señaló una entrada en la sección de vinos y bebidas alcohólicas del menú, pero Lessing negó con la cabeza. Cuando el camarero regresó, Lessing ignoró a su joven compañero, dijo "café" y levantó dos dedos. El hombre se marchó de nuevo.

Aparecieron dos tazas de porcelana de café, embarradas y negras y llenas de achicoria, tal como la servían en la India. Lessing pagó, y bebieron en silencio. Giró su silla para poder ver tanto la puerta doble de la cocina como la concurrida zona comercial frente al restaurante. También sacó torpemente el escupidero de Wrench del bolsillo de la chaqueta, lo llevó la mano y se cubrió la mano con la rígida tapa de plástico rojo en relieve. El reloj de pared marcaba las 4:13. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar?

Pronto, se dijo a sí mismo, pronto. Ten paciencia. Los adversarios se cansarían de esperar a la pequeña señorita Banger-Baby aquí, y luego vendrían a buscarlos.

El reloj marcaba las 5:32 cuando el hombre entró en la pista. Lessing lo identificó de inmediato: un caballero alto de unos cincuenta años, encanaceado y encorvado, de aspecto distinguido con un traje holgado gris carbón y una de esas corbatas británicas dolorosamente conservadoras que son tan oscuras que parecen cintas de crepe negro. Algo en su rostro largo y

ecuestre y su porte agresivo le pareció poco británico, sin embargo, probablemente era estadounidense, canadiense o incluso australiano.

El recién llegado se tomó su tiempo, paseando de puesto en puesto, examinando caramelos en cajas, flores cortadas, juguetes, recuerdos y gafas de sol. Miró su reloj de pulsera dos veces antes de decidirse. Luego cruzó directamente el patio abierto hasta el café, se sentó en la silla frente a Lessing y la chica Banger, pidió café au lait y esperó hasta que el camarero se fue.

Comenzó sin preámbulos. "Cuánto tiempo buscándote." El acento era muy nasal, un acento del Medio Oeste americano, muy parecido al dialecto original de Lessing.

"¿Quién está cazando?"

"No es asunto tuyo." Habló con la chica Banger en francés fluido, luego puso una mueca a Lessing. "Hoy en día es difícil conseguir ayuda decente."

"¿Quién eres y qué quieres?"

"Puedo responder a algunas de sus preguntas, señor Lessing. Y tú puedes responder a la mía." Señaló el menú. "Si tienes un arma ahí debajo, olvídalo. ¿Ves esas galerías altas frente a nosotros? ¿Arriba sobre las plantas?"

¡Dios, qué error tan estúpido! Con un buen rifle y mira, incluso un tirador decente en uno de esos balcones podría disparar por la fosa nasal de Lessing que eligiera este kikibird. Se maldijo a sí mismo, pero ya era demasiado tarde para arreglar las cosas.

Lessing dijo: "Vale. Un empate, entonces. Tu hombre me golpea, mi dedo aprieta y mi arma dispara. Entonces verás si tus costillas desviarán una bala de 9 mm."

El agente extendió las manos de venas azules y bien cuidadas. "No se ha hecho daño, señor Lessing. Nada de violencia. Queremos Pacov, y sabes dónde está."

"Igual, J lo sé."

"Mira, tu propio empleador está dispuesto a fastidiarte. Otras personas quieren que te traigan y te interroguen. También te harán un pulgar cuando terminen. Podemos protegerte, asegurarnos de que tu parte en esto quede enterrada en algún archivo, y devolverte a la India donde puedas seguir con tu vida."

Lessing percibió que el hombre mentía, al menos para su propio empleador. Si Mulder hubiera querido que muriera, entonces lo estaría. Por otro lado, los "empleadores" también incluían a quienes le habían contratado para conseguir Pacov en primer lugar. Probablemente estén dispuestos a desabrocharlo. Dijo, con cuidado, "No puedo ayudarte. No si mi vida dependiera de ello"

"Oh, sí que lo tiene, señor Lessing, sí lo hace. Créeme. Cuando digo que queremos Pacov, lo digo muy fuertemente. Tendremos Pacov. ¿Quién financió tu operación? ¿Dónde está Pacov?"

Este hombre no sabía nada, entonces: menos que él mismo. Decidió que la honestidad era la mejor política, hasta que los acontecimientos indicaron un cambio. "Vine a París buscando respuestas. No he encontrado ninguno. El hombre que me quitó Pacov está muerto: Gómez, en la India."

"Entonces Gómez no puede ayudarnos, ¿verdad, señor Lessing? Pero no creemos que estés diciendo toda la verdad. Recientemente volaste a Guatemala y luego a Sudáfrica. Queremos saber a quién viste en esos países y por qué. Mi... directores ... están convencidos de que en una de esas dos paradas entregó Pacov a quienes le contrataron para conseguirlo, señor Lessing. Usaste a Gómez como un engaño. Murió por nada."

"Supongo que tú... tu gente... ¿le hizo el pulgar?"

"No, no es cosa nuestra. Vuestros empleadores otra vez, aquellos que os enviaron a Marvelous Gap. Quieren que te vigilen, y que todo lo relacionado contigo también desaparezca... desapareció, desapareció, nunca existió."

"Los viajes eran para mi empleador indio ... Indoco. No tuvieron nada que ver con Pacov."

"Bueno, también hay algo extraño en Indoco, señor Lessing. Raro. Pero ahora no es asunto nuestro. Quizá más tarde." Se enderezó. "¿Sigues dudando, entonces? ¿Sigues sin querer ayudarnos? ¿Y si te dijera que represento a tu gobierno, a los Estados Unidos de América? Los propietarios legales de Pacov... y lo único que separa esta hermosa escena," saludó a los compradores bulliciosos, "y el asesinato de gran parte de este planeta" "tendrías que mostrarme pruebas. Muy bien podrías estar trabajando para cualquiera de una docena de otros equipos."

"Haz eso." El hombre sonaba cada vez más nervioso, sus palabras cortantes y apresuradas. Miró a su alrededor, hacia las galerías, luego hacia el arco de entrada.

"No te molestes. Como te dije... sinceramente... No sé quién era mi empleador. Ahora no tengo Pacov, y no tengo ni puta idea de dónde está." Se permitió torcer la verdad aunque fuera un poco: sus muestras seguían escondidas a salvo en la fábrica de Indoco en Lucknow. Lo había comprobado.

La otra metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Lessing pensó que iba a sacar una identificación, pero en su lugar volteó un paquete de fotos sobre el mantel a cuadros: "Aquí tiene, señor Lessing, 'peecturas sensientes', postales francesas reales." Lessing miró.

No podía evitarlo.

La de arriba mostraba a una mujer, completamente desnuda, con las extremidades extendidas y atadas a una superficie salpicada de remaches. Había una caja con una especie de biela en la parte inferior derecha del primer plano, y cables finos que iban de ahí a su vagina, a su ano y a pinzas de caimán de dientes afilados que mordían la carne blanda de sus muslos internos, sus pechos y su vientre.

La boca de la mujer estaba abierta; Sus ojos se abrieron de par en par; Su frente estaba cubierta de gotas con el sudor de un tormento insoportable

La cara era la de Jamecla.

Lessing parpadeó y se estremeció, el frío miedo le envolvía como un cubo de agua helada. Casi gritó, casi disparó al hombre que tenía delante con el lanzador de saliva escondido bajo el menú. ¡Que se joda el fusilero del balcón! Entonces se dio cuenta de que la fotografía había sido manipulada, el rostro superpuesto. La mecha blanca en el enredado cabello de la mujer era la cinta que Jameela llevaba cuando hacía ejercicio. El fondo bajo su cabeza no era la mesa de tortura metálica, sino el seto junto a la pista de tenis de Indoco, retocado pero no completamente a juego. Su expresión no era de agonía, sino de emoción y esfuerzo intenso.

¡Era una foto que el propio Lessing había hecho durante uno de los partidos de tenis matutinos de Jameela! ¡Estos cabrones debieron robárselo cuando saquearon el apartamento de Lessing durante el último motín en Indoco!

"¡Hijo de puta...!"

El agente parecía apenado. "No es real. Esta vez no. No queremos que sea real, señor Lessing. Pero debes entender que vamos de verdad Mira los otros disparos. Si no llegamos a un acuerdo, te dejaremos elegir a cuál de nuestros juegos juega primero la señorita Husaini."

Lessing dejó que la portada del menú se deslizara unos centímetros por su brazo extendido. Estaba muy tentado, cueste lo que costara.

El kikibird vio el movimiento y se llevó tres dedos a la mejilla. "Suelto la mano y mi pistolero te mata muerto, señor Lessing. ¿Por qué no puedes ser razonable?"

Lessing hizo un gesto con la barbilla ante las fotos. "¿Eso es razonable?"

"Fue agente de otros, señor Lessing. Ella conocía los riesgos."

"No eres americano. No usar esas técnicas..."

El hombre sonrió. "Los tiempos cambian, señor Lessing. Lo que ayer era impensable hoy se vuelve bastante pensable. Bueno, quizá no seamos una

agencia estadounidense normal, pero somos amigos de algunos de ellos, señor Lessing: amigos muy cercanos."

Lessing ya había visto torturas antes, en Angola y en Siria. Todas las naciones lo usaron en cierta medida. No tanto le horrorizó, sino que le enfureció.

No sabía si su enfado provenía de las propias fotografías, de la insensible implicación de Jameela, o de la forma en que este kikibird tan sofisticado había jugado con sus emociones con las fotos manipuladas. Él dijo: "Ahora no obtienes nada. Nada en absoluto. Ni hablar."

"Nada de dramas, por favor. Podemos convertir las fotografías en realidad. De hecho, estábamos planeando una demostración en directo para ti, protagonizada por la pequeña Amalic aquí..." miró a la prostituta de Banger, que miraba con horrorizada fascinación las fotografías "... pero ella no te trajo a la fiesta." Sacó dinero del bolsillo de su abrigo con la mano libre y le lanzó un fajo a la chica. "Vete a casa. Allez vousl"

No tocó los billetes, sino que se levantó y huyó.

"Ahora, en cuanto a Pacov. ¿Quién lo tiene? Queremos la historia completa."

Lessing sintió el mismo frío y calma que experimentó en combate: "Tienes todo lo que vas a recibir de mí. Si eres tan meramente inteligente, sabes que así funciona. Pasamos por intermediarios, hacemos trabajos y volvemos a casa. Sin identidades, sin conexiones, sin política, sin implicaciones."

"¿Como nuestra pequeña puta francesa, eh?" "Eso es: deja el dinero en la cama."

"Fuiste a ver al coronel Copley." "Lo diré otra vez. No tengo nada."

Por primera vez, el rostro del agente mostró enfado. "¡Maldito seas, Lessing! ¡No acabas de entregar Pacov a un comprador anónimo como si fuera una bolsa de cocaína en una esquina! Podemos llevarte aquí... sacarte de París"

"¿Para unas sesiones felices en tu sótano?"

"Cantarías mucho más dulce con un catéter con púas en la polla y agujas eléctricas en los testículos, yo"

Lessing empezó a levantarse, despacio y con cuidado. "Es hora de mi cena, y ya la has estropeado."

"¡Siéntate de una vez!" El kikibird casi se olvida de guardar los dedos

presionado contra su mejilla. Lessing se tensó para lanzarse a un lado, pero no creía que eso le salvaría, no si el tirador era bueno.

Dejó caer el menú de su mano y abrió un poco los dedos para dejar que el tubo de plástico negro del escupidor de Wrench se asomara. Mantuvo el pulgar presionado contra el extremo abierto.

"Esto", dijo conversacionalmente, "es Pacov-2. Lo buscaste; Entendido." Probablemente el agente sabía que el Pacov-2 venía en tubos de plástico negro. Lessing apostaba a que el hombre no había visto realmente la sustancia: el lanzador de saliva tenía solo aproximadamente la mitad del diámetro del cilindro del Pacov-2.

El hombre se quedó boquiabierto al mirarla. "Estás mintiendo. … I”

"No. Me guardé una o dos dosis para el seguro. Seguro que lo entiendes. Anoche, en cuanto llegué, rompí un globo de Pacov-1 por el váter. Ahora vemos si debe haber un periodo de incubación entre Pacov-1 y Pacov-2. ¿Llevas mucho tiempo destinado aquí en París? ¿Tu mujer y tus hijos contigo? ¿Los torturadores tienen esposas y niños?"

Por un momento, el otro se quedó como aturdido. Luego se levantó. "¿Harías eso, señor Lessing? Pacov... ¿a París?"

"A mayor escala que la pobre chica de tus fotos, pero esencialmente lo mismo. Sí, matarte podría valer la pena en París. Desde luego vale la pena mi vida... al menos para mí."

"¡Morirás con el resto!"

"No puede ser. Verás, me inyecté el antídoto antes de salir de la India." Era una pista falsa del tamaño de una ballena; hasta donde sabía la gente de Mulder, no había antídoto para Pacov.

El agente siguió boquiabierto, y sus dedos empezaron a bajar de nuevo. Lessing rechinó, "Mantenlos ahí arriba. Como he dicho, ya puedes hacerme un gesto de pulgar con el pulgar, pero aún tendré tiempo para romper Pacov-2 por ti. Nada me daría más placer."

"¡Tu propio gobierno, Lessing! ¡A ellos es a quienes estás traicionando!"

"Mentira. Si mi propio gobierno te está utilizando, entonces está en el fondo del barril, ¡y se merece lo que le pase! De todas formas, no te creo." Tuvo una idea. "Saca la cartera del bolsillo y tírala sobre la mesa."

Con seriedad, el otro accedió.

La cartera derramó dinero francés, británico y estadounidense; los bolsillos contenían tarjetas de crédito internacionales y permisos de conducir escritos con varios nombres, todos insípidos, sin color y falsos: Mark Leebens, Peter E. Hartmann, Harry Rosch. También había tarjetas de visita y tarjetas de visita, todas diferentes y bastante impersonales; Sin fotografías, sin notas personales ni direcciones.

Sintió una presencia a su lado y se apartó, listo para continuar su farol en Pacov o disparar, lo que fuera necesario.

Era un hombre, el joven europeo de la sala de espera de Copley.

"Déjanos encargarnos de él ahora, señor Lessing." La voz era aguda y juvenil, el acento alemán. "Esta persona trabaja para una agencia privada, en estrecha relación con la Seguridad del Estado israelí. Nos encargaremos de él." Al hombre mayor le dijo: "Puede apartar los dedos de su mejilla, mein Herr. Tu pajarito en el balcón ya no cantará más."

"¿Y tú quién demonios eres?" gruñó Lessing. ¿Debería sentirse aliviado, o era solo otra sartén? ¿Un fuego nuevo y más caliente?

"El nombre no importa. ¿Quieres ver más de París, señor Lessing, o ya has terminado aquí? Tenemos un taxi esperando, el sedán rojo, blanco y negro fuera: Mulder's Taxi Service."

CAPÍTULO DIEZ

Por supuesto. Lo recuerdo. Cada palabra, cada sílaba que escuché ese día está grabada para siempre en mi alma.
—Memorias, Anneliese Meisinger

Viernes, 28 de noviembre de 2042

El papel de regalo con lenteadas crujió cuando los dedos de Jameela encontraron la pequeña caja cubierta de felpa que había dentro. Sacó el anillo de diamantes y lo sostuvo al resplandor de la lámpara de Aladdín de Lessing sobre la mesa central.

"Tu cumpleaños, cariño", dijo Lessing. "¿Debería decir, 'No deberías haberlo hecho'? ¿O simplemente lo cojo y me largo?"

"Tómalo y quédate." La piedra era pequeña pero de buena calidad; Wrench había ido con Mulder en un viaje de negocios a Ámsterdam, y había traído el anillo de vuelta para Lessing.

Jameela bajó la cabeza, dejando que su cabello negro se enroscara para cubrir su rostro. Todo lo que podía ver eran su barbilla y sus labios; Pensó que temblaban un poco.

Ella dijo: "Yo... no puedo."

"¿Por tu padre?"

"Mi familia. La mayoría. No quieren que me case con un extranjero, un no musulmán... incluso un musulmán no chií." Una de sus labios se alzó en una sonrisa. "¡Especialmente un Mus-lim no chií!"

"Hoy en día, muchos indios se casan con extranjeros", protestó Lessing. "Shakeela y George Townsend en Kanpur, Willa Buller y Muneer Khan ... ese profesor de Texas y su esposa bengalí..."

"Depende de la familia... el nivel en la sociedad."

"No eres una doncella descalza de pueblo en pardahl de pies a cabeza"

"El purdah es la costumbre. La tienda de campaña de cabeza a pie que llevan nuestras mujeres conservadoras se llama burka."

"Algunos de los tuyos lo llaman volante; ¡Eso es lo que parece! Maldita sea, ya sabes a lo que me refiero. ¡Tu familia no es de las que casa a su hija sin ser vista con un primo lejano!" Imitó un marcado acento indio: '"¡Deberías ponerte tu mejor sari, hija mía! ¡Hoy es tu día de festa! ¡Sorpresa!'"

Jameela se echó a reír. La luz de la lámpara convirtió el anillo en un arcoíris escarlata y naranja-dorado en su palma, y él supo que ella estaba cerca de aceptarlo. Se obligó a permanecer en silencio, sentado en la alfombra frente a ella, dejando que ella tomara su propia decisión. La lámpara derramaba un cálido resplandor naranja sobre sus pómulos altos, y él se sorprendió queriéndola más de lo que lo había hecho

pensaba que podía amar a cualquiera. Por supuesto, estaba siendo trillado, pero no le importaba. Si cada ser humano en la tierra pudiera experimentar esta misma emoción, esta anticipación, ¡pues qué bien! ¡Él, Alan Lessing, iba a saborear su parte al máximo!

Era un ambiente encantador. Aquí estaban cómodos y seguros, la habitación acogedora, el calefactor eléctrico ayudando valientemente al sistema de calefacción central del personal de Indoco a protegerse del frío de la noche de noviembre del norte de la India; en invierno hacía mucho más frío en India de lo que la mayoría de los extranjeros sabían. La escena era tan antigua como las cuevas neolíticas; era exactamente como Lessing había planeado — y, se dijo, como la propia Jameela lo quería

"¡Hola, ahí dentro!" La voz ligera y tenor de Wrench atravesó la puerta cerrada. "¿Sois decentes los dos? Tengo que hablar contigo, Lessing." Solo entonces llamó a la puerta.

"Déjame pensar un poco más", susurró Jameela a Lessing. Se arrodilló y dejó que su lengua se deslizara brevemente por los labios de Lessing, luego se levantó en un susurro de seda y desapareció en el dormitorio.

Hubo ocasiones en las que, sin saberlo, Charles Hanson Wren estuvo a punto de que se desabrocharan.

"¿Qué pasa?" Lessing se puso tristemente su bata blanca, salió y arrastró a Wrench por el pasillo hacia el piso de Goddard. Este último estaba de viaje de ventas a Hong Kong o algún sitio así.

"Subid a la casa principal. Mulder te quiere."

Lessing casi se negó, pero luego lo pensó mejor. El anciano parecía nervioso, incluso ansioso, desde el regreso de Lessing de París, y si llamaba a su seguridad a esa hora, había una razón. Jameela observó impasible cómo se cambiaba de la bata por pantalones caqui y camiseta de arbusto. Ella no dijo nada, lo que le hizo querer quedarse con ella aún más. Ella estaba decepcionada. El ambiente estaba roto, y no podía haberlo arreglado esa noche. De hecho, podría ser una buena oportunidad para que ella reflexione. ¡Maldita Wrench — y Mulder — en fin!

Wrench lo llevó al despacho privado de Mulder en la planta superior, al frente de la casa principal. Sus grandes ventanas daban al césped y al camino de entrada, y por la noche las agujas de lámparas de la fábrica Indoco rivalizaban con Divali, el Festival Hindú de las Luces. Como el resto de la mansión, el estudio estaba amueblado en kitsch indio, cortesía de la señora Hada Madrina Mulder: muebles pesados, tallados, barnizados, pseudo-mogoles; mesas incrustadas de huesos; alfombras con diseños persas; bandejas de bronce e imágenes de bronce de los dioses hindúes; y tapices y miniaturas pintadas en llamativos rojos naranjas y azules rajput, un estilo que Jameela denominó privadamente "Turista tardío"

Mulder les hizo señas para que se sentaran. "Buenas noticias, Alan."

"¿Señor?"
"Aparentemente estás libre de culpa. Nuestra gente me dice que los estadounidenses han retirado su solicitud de A.D. Los israelíes también se han quedado en silencio." (

Wrench le mostró su sonrisa perfecta, como pasta de dientes. Eres noticia vieja, amigo, el periódico en el suelo de la jaula de pájaros. ¡Sé agradecido!

El único que te recuerda con cariño es Hollister. Todavía piensa que intentaste hacerle un gesto con el pulgar. Pero Holl ister piensa eso de su propia madre, así que estás en buena compañía."

"Mis ... empleador... ¿en el trabajo de Marvelous Gap?" Mulder se encogió de hombros. "¿Quién sabe si no lo sabes? Nadie ha sabido nada en un par de meses. No hemos encontrado nada."

Wrench dijo: "Seguro que por fin se dieron cuenta de que no se podía distinguir entre Pacov y una muestra de orina. Sin embargo, tu especial de Marvelous Gap es de conocimiento común. Ellos... quienquiera que sean... No puedes guardarlo en secreto, así que no tiene sentido hacerte la mirada. Ellos tienen a Pacov, y tú tienes tu sueldo. No puedes señalarles, y por eso han dejado de preocuparse por ti. ¡Juego, set y partido para ellos!"

"Las cosas han ido a otro lado." Mulder cogió un manojo de flimsies de su escritorio. "Hemos recibido noticias de Joachim Kuhn, el joven alemán que enviamos a ayudarte a París. Dice que todo allí es pacífico, también"

"Vaya", interrumpió Lessing. "¿Y qué pasa con ese kikibird que me seguía ahí?"

"Oh, sí. La de las fotos desagradables. Usaba el nombre 'Harry Rosch' en París. En realidad, es Mordechai Richmond, un judío estadounidense de Kansas City. Kuhn lo cambió de nuevo a los Vigilantes por Sion a cambio de uno de nuestros austriacos y un adolescente neonazi francés en el trato."

Lessing se encontró soltando: "¡Deberías haberle dado un pulgar al cabrón!" La maldad casual de Richmond le afectó más de lo que habría admitido.

"¡No tiene sentido!" dijo Wrench. "Europa es así. Lleno de nuestros chicos y sus hombres, agentes dobles y triples, de todo tipo. Nosotros reventamos uno de los suyos, ellos rebentan uno de los nuestros. Mejor intercambiar... como las cartas de béisbol."

"¡Quizá así juegas tú, pero yo juego diferente!" Lessing bajó la mirada y vio que tenía los puños apretados. "¿Cómo me localizó Richmond? Nadie sabía

que iba a París excepto vosotros dos y Goddard. Y sin embargo, Richmond estaba justo ahí, Johnny en el sitio"

"¿Has oído hablar alguna vez de Ochenta y Cinco?" preguntó Mulder. El rostro de Lessing le indicó que no. "Eso significa A.I.T.I.-5: Instalación de Terminal de Inteligencia Artificial, Modelo Cinco. Es un ordenador, lo más parecido a una máquina pensante completa jamás creada, mejor que un cerebro humano. Además de una memoria casi ilimitada, Ochenta y Cinco tiene personalidad. Utiliza lógica deductiva e inductiva, planifica,

recuerda, teoriza ... piensa, Alan. Lo único que no hace es mostrar emociones."

"¡Camina, habla, canta, casi baila!" Wrench intervino con una alegría sarcástica desde el fondo.

"¿Qué me concierne a mí?"

"Una de las agencias de inteligencia estadounidenses pasó tu expediente por Ochenta y Cinco. Hay terminales en Washington y en otros complejos de defensa importantes. Casi todos los que viven en Estados Unidos están registrados: registros fiscales, registros de votantes, licencias de conducir, servicio militar, seguridad social, planes de pensiones, solicitudes de seguros, agencias civiles, instituciones benéficas... Mucho más. John Q. El público no se lo cuenta, por supuesto, por miedo a los gritos de 'Gran Hermano' que se escucharían." Le señaló con el dedo a Lessing. "Los mercenarios son especialmente interesantes para Ochenta y Cinco, al igual que los partidos políticos escindidos, los cultos religiosos, los manifestantes del reclutamiento, las organizaciones minoritarias, el gran crimen ... Todos los inadaptados. Vigila a gente como tú... y nosotros, Alan."

"Este ordenador... este Ochenta y Cinco ... ¿me rastrearon hasta París?"

"Creemos que alguien te ha dado un puñetazo y te ha pedido contactos lógicos y actividades según tu perfil. Ochenta y Cinco comparó tus datos con los de Copley, añadió los rumores de que tú andabas haciendo el pulgar a la gente... eran conocimiento común en los círculos euro-meres, recuerdas... y

se le ocurrió París. El equipo de Richmond quiere mucho a Pacov, pero no sabemos si lo usamos o lo detienen."

"Richmond dijo que no trabajaba para los americanos."

"No lo estaba. No directamente. Sin embargo, sus sionistas comparten mucho con la administración del presidente Rubin. Algunos dicen que son una y la misma cosa, marionetas de una red más amplia del establishment judío. De todos modos, su gente tiene amigos con acceso a Ochenta y Cinco. Nosotros también. Lo mismo pasa con tus antiguos empleadores, y eran más listos: Kuhn cree que estaban observando mientras tú y Richmond teníais vuestro cara a cara. Esperaban que te hiciera un gesto y les ahorrara el problema, pero tú hiciste primero tu falsa jugada de Pacov. Entonces nuestro señor Kuhn vino en tu rescate."

"¡Cristo!" De repente, Lessing necesitaba una copa, un antojo que no sentía en meses. "Espera un momento... si este Ochenta y Cinco pudo captar mi presencia, ¿por qué tu gente no puede usarlo para captar a mis empleadores de Marvelous Gap?"

"Quienquiera que sea, es bueno. Han programado callejones sin salida y bloqueado rutas de acceso a Ochenta y Cinco, códigos especiales, alarmas que se activan si escribes la contraseña equivocada. Lo sabemos porque perdimos a uno o dos operativos al enterarnos."

Las consecuencias eran inquietantes. "Si son tan listos, ¿por qué no lo usan contigo, en Kuhn ... en Indoco ... ¿en tu movimiento?"
Mulder extendió sus dedos cortos y espartulatos. "Oh, lo intentan. Pero también tenemos gente con autorizaciones. Hemos programado a Ochenta y Cinco para desviar nuestros datos sensibles a archivos muertos. Entierra lo que no queremos que se vea."

"¿Qué tal métodos estándar de inteligencia?" preguntó Lessing. "Richmond habló de Indoco siendo 'extraña'... Sobre investigar tu operación más adelante. Conoce a Kuhn. Me conoce. Seguro que su gente puede juntarlo."

"Están en el perímetro", admitió Mulder. "Saben un poco sobre nosotros y sobre algunos de nuestros grupos de pantalla. Saben mucho sobre las

organizaciones que queremos que vean: neonazis, prenazis, postnazis, paleonazis, aspirantes a nazis, derechistas, racistas, sobrevivacionistas, fascistas de Bom Again, un hormiguero de grupos marginales. Pero las agencias de inteligencia... y las sectas, facciones, partidos y sociedades secretas ... son como bailarines en una habitación oscura. Chocas con alguien, sientes la ropa, hueles la colonia, quizá tocas un poco de piel. Ellos hacen lo mismo. Ninguno de los bailarines llega a tener una imagen completa de los demás. Los sionistas, los estadounidenses, varias agencias europeas saben que estamos aquí, pero no saben dónde, quién ni cuánto. Por lo que nuestro pueblo puede saber, el núcleo de nuestra estructura sigue siendo nuestro secreto."

"A los israelíes tampoco les importa ahora que nos acompañemos", añadió Wrench. "Tienen problemas que no se rinden: faccionalismo religioso y étnico, inflación descontrolada, déficits, préstamos internacionales que no pueden pagar, recursos representados, demasiada yerida y poca aliá, un enorme establecimiento militar que apoyar, ya no hay 'reparaciones de guerra' de Alemania. Los rusos tienen unas cuatro-cuatro divisiones en las fronteras noreste del Gran Israel en Irak, y si eso no fuera suficiente, "

"Su mayor preocupación son los cien millones de árabes a los que no pueden alimentar ni controlar", intervino Mulder. "Gente conquistada, en efecto esclavos. Pero esclavos cada vez más vehementes en derechos civiles y derechos de voto."

"El final del 'Estado judío' justo ahí." Wrench golpeó con la mano la delicada mesa incrustada junto a su silla. "Como le dijo el conejo a su novia, '¿Corremos o nos quedamos y los superamos en número?' Israel podría haber sido capaz de mantener la apariencia de ser un sueño bonito y hogareño en el siglo XIX: 'el año que viene en Jerusalén' y todo eso. Ahora la máscara está fuera y todos pueden ver que es simplemente un imperio militar con ambiciones de dominio mundial: la antigua Roma otra vez... todo menos los gladiadores y los leones. ¡De hecho, ya se están comiendo a los cristianos, o al menos a los bolsillos de los cristianos! Israel ha tenido su momento de gloria, y está empezando a decaer, como todos los estados imperiales anteriores."

Lessing no pudo resistirse a decir: "Creo que estás soñando."
"Puede ser", concedió Mulder. "En cualquier caso, Israel está revuelto en sus propios jugos kosher ahora mismo y no puede atendernos."

"Para ellos no somos más que un grupo de locos que siguen promoviendo una causa que murió en Berlín hace un siglo: fanáticos desagradables con abrigos de cuero." Wrench chasqueó los dedos con desprecio. "Queremos que sigan creyendo eso también, hasta que ocurran nuestras últimas grandes adquisiciones corporativas y nuestro movimiento esté listo para salir a bolsa."

Mulder frunció el ceño mirando a Wrench. "Los Vizzies están cerca de algunas de nuestras acciones en Estados Unidos. Debemos hablar de eso, Charles, cuando Goddard vuelva."

"Eso me recuerda", dijo Lessing. "Supongamos que mis antiguos 'empleadores' ... además de los estadounidenses, los israelíes y todos los demás en la tierra... todos se han olvidado de mí. ¿Quiénes eran esos dos ladrones? ¿Los que entraron en esta casa? ¿Cómo supieron de tus diarios y qué querían con ellos?"

Mulder frunció los labios. 'Para ser sinceros, no tenemos ni idea. Nuestra gente sigue investigándolo. En cuanto tengamos oportunidad, también pondremos a Ochenta y Cinco. Definitivamente hay una filtración." Alzó un poco su cuerpo para poder mirar a Lessing directamente a los ojos. "¿Por qué no te unes a nosotros, Alan? ¿De verdad te unes a nosotros? Podemos aprovecharte."

"Te lo dije. Solo soy un mero, señor Mulder. Yo me encargaré de tu seguridad, iré a buscarte y te protegeré lo mejor que pueda. Pero no me interesan los movimientos."

"Excepto las deposiciones", se rió Wrench. "Deberías oírle por la mañana. Las paredes son finísimas como papel"

"¡Charles, por favor! ¡Sé serio! " Mulder rebuscó en los papeles de su escritorio. " Tengo un cable aquí de tu amigo, Felix Bauer. Le gusta el trabajo

que le dimos como jefe de seguridad en el Club Lingahnie. El Pacífico Sur le sienta muy bien. ¿Recuerdas que también te ofrecí un trabajo allí, Alan?"

"Yo estaba... Estoy agradecido. Estuve cerca de aceptar." Lo había hablado con Jameela, y ella también casi aceptó. Era una forma de sacarla de la India y alejarla de su familia y de la sociedad india. Ponape también era un buen refugio para alguien que huía de un enemigo con un alcance muy largo.

"¿Te gustaría seguir yendo? Necesitamos experiencia militar.*' "¿Militar ...? ¿En Ponape? El gobierno local ... T "¡Oh, no! No es lo que piensas. Ponape forma parte de las Repúblicas Unidas del Pacífico Sur, una federación laxa. Su presidente es amigo nuestro. No, te queremos para algo diferente. Hemos estado enviando cuadros juveniles al Club Lingahnie de vacaciones, seminarios y viajes de estudio, todo financiado por fundaciones respetables en América y Europa. Estos jóvenes vienen de nuestras escuelas privadas.
Becas universitarias, campamentos de verano, organizaciones laborales favorables para nosotros
… muchas fuentes." "No lo entiendo. ¿Cómo encajo?"

"¡No para adoctrinamiento, desde luego!" Mulder sonrió con resignación. "Otros se encargan de eso: grupos de discusión sobre historia mundial, economía, antropología, sociología y otros temas. No hay ni una palabra sobre nuestro... Ah... Orígenes. Lo que promovemos es el Partido de la Humanidad."

"Sí, pero..."

"Paciencia. Algunos de nuestros estudiantes requieren formación militar, disciplina con armas, tácticas de campo: cosas en las que tienes experiencia y destacas. Esto no será para todos los estudiantes, claro... Solo para quienes se están entrenando para... Ah... un papel más activo en el movimiento. Hemos enseñado estas habilidades durante años en Estados Unidos, pero la vigilancia y las restricciones lo hacen cada vez más difícil allí." Mulder notó la reticencia de Lessing y añadió: "Solo habrá unos cuatrocientos o quinientos aprendices al año. No trabajarás solo, naturalmente, sino supervisando equipos de instructores. Además, nos gustaría que asumieras

el cargo de mánager en el Club Lingahnie... El jefe de Bauer. Tendrás un equipo, instalaciones"

"Espera un momento. ¿Quieres que sea una especie de sargento instructor glorificado? ¿Un profesor de gimnasia? ¿Un jefe scout? ¿Y además un encargado de hotel?"

Mulder parecía dolido. "De verdad que pones la peor luz posible en las cosas, Alan. El trabajo que te ofrezco es un gran paso adelante respecto a hacer el peegee egear a un viejo como yo aquí en la India. Además, paga bien: ochenta mil dólares al año. Incluso con inflación, eso no es el nivel de pobreza. Y tus gastos de vida estarán cubiertos"

"Calor, luz, una choza amueblada con techo de paja", intervino Wrench, "con chicas bailando calientes y frías"

"Y un poste para la señorita Husaini", terminó Mulder con el aire de un hombre que pone cuatro ases sobre los cuatro reyes de un oponente, "si ella quiere acompañar."

La oferta era realmente tentadora. Trabajar con Bauer sería difícil pero no imposible, y la lejanía de las Islas Carolinas le daba a todo un aura romántica y tropical, como un escenario sacado de una película antigua.

"Ah, y ... eh " Mulder tocó el blot del escritorio para recuperarse

su atención. "Una última noticia agradable. Señora Delacroix, la señora que escoltó a Sudáfrica... ¿La recuerdas?"

"Por supuesto."

"Llega mañana a Lucknow para resolver unos asuntos. Ella llevará a un par de sus personas con ella, y me gustaría que tú y Wrench les enseñaras el lugar, por favor."

Con un presentimiento de hundimiento, Lessing se dio cuenta de quién sería, sin duda, uno de esos individuos. Anneliese Meisinger era una persona a la que no quería

(¡ves, no ahora, cuando él y Jameela estaban tan cerca de enlazar sus vidas!

Habría puesto alguna excusa, pero Mulder ya se había puesto de pie torpemente. "Piensa bien nuestra oferta, Alan. Club Lingahnie. Ponape."

La mañana siguiente amaneció fresca y fresca. Los tonos brillantes de la India eran tan intensos como una pintura mogol, y la carretera asfaltada de dos carriles que subía de Kanpur a Lucknow no estaba concurrida. Wrench conducía la gran limusina de Mulder, una Tora Ultra japonesa que había costado una fortuna en sobornos para entrar en el país. Parecía disfrutar esquivando bueyes, búfalos de agua, grandes carros crujientes llenos de quién sabe qué, automóviles y camiones, aldeanos con dhotis e innumerables hombres serios en bicicletas y motos. El trayecto hasta el aeropuerto de Lucknow transcurrió sin novedades. Wrench permaneció fuera con el coche para defenderse de los vendedores de hoteles, guías, vendedores de souvenirs, taxistas y buscadores de "ayuda exterior personalizada", mientras Lessing se adentraba en el caluroso edificio del aeropuerto y salía a la pista para buscar a sus protegidos.

Vio primero el peinado plateado de la señora Delacroix bajando, luego el brillante dorado del largo y suelto cabello de Liese. Parecía flotar por la escalera de aterrizaje del avión, una persona muy reservada, distante y reservada. Siempre se quedaba así, ya fuera organizando un baile de la alta sociedad en Nueva York o de pie desnuda y avergonzada en un burdel de El Cairo. Liese tenía clase — en el sentido más puro.

Pasó media hora antes de que los pasajeros pudieran recoger su equipaje y el Oficial de Registro Turístico revisara pasaportes y documentos. Esto era una nueva novedad en una tierra donde la burocracia era una forma de arte de seis mil años. El gobierno hindú ultraconservador del primer ministro Ramanujan anhelaba librar a la India de todos los no hindúes, y musulmanes, cristianos, parsis, sijs, jainistas e incluso la pequeña minoría budista eran todos no agratiados. Crear pequeños problemas para residentes extranjeros y turistas formaba parte del programa.

De repente Liese estaba allí, a seis metros delante de él, una mano agitando frenéticamente y la otra llena de equipaje. La señora Delacroix y otras dos

caras europeas eran visibles detrás de ella. Un aeropuerto indio puede ser una experiencia abrumadora, y Lessing acudió al rescate, con dos porteadores siguiéndole a su paso. Tras más luchas amables, Liese estaba a su lado, agarrándole el brazo, sin saber cómo saludar al otro.

"¡Alan!" gritó la señora Delacroix. "¡Alan Lessing! Bien"

"… Para verte", completó. Ambos se rieron. "¡La! Qué foulel" Miró a su alrededor. "Conoce a dos aminas: Jennifer Caw y Hans Borchardt."
Lcssing recordó a la mujer de inmediato. Jennifer Sims Caw fue la estadounidense con la voz fuerte y acosadora en la conferencia en Ciudad de Guatemala. De cerca, poseía una belleza exagerada: de unos treinta y tantos años, de huesos grandes, pechos grandes, buenas piernas, pelo castaño oscuro y un vivo tono rojizo. No conocía a su compañero: un hombre pálido, muy rubio, de aspecto sensible, de unos treinta y tantos años, cuyas gafas anticuadas con armazón le daban un aire de estudio. Lessing apostaría a que el señor Borchardt tenía una copia de la guía turística de Lucknow en el bolsillo abultado de su chaqueta.

Lessing quería quedarse a solas con Liese y prepararla para el inevitable encuentro con Jameela, pero la señora Delacroix no mostraba signos de fatiga. Todavía quería ver Lucknow, incluso después de "hacer" Delhi el día anterior. Como Mulder había advertido, estaba retirada pero seguía activa, una figura clave en una docena de corporaciones y causas euroafricanas. ¡Debió de ser un terror santo en su juventud!

Wrench puso una suave media sonrisa de martirio y arrancó el coche de lujo de Mulder.

"¿Qué quieres?" preguntó Lessing. "¿Los mercados de Ameenabad? Los joyeros, perfumistas y tiendas de sari en \hechauk1 ¿Los palacios y mezquitas de los nawabs de Awadh? ¿La Residencia, donde los británicos resistieron durante el motín de 1857?"

Borchardt miró a Liese, que estaba a su lado en el asiento trasero: "Los monumentos, por favor. ¿No hay una mezquita hermosa construida a finales del siglo XVIII por el Nawab Asafu-d-daulah?" La valoración de Lessing sobre

Borchardt como pedante fue confirmada. El hombre sonaba británico pero con un toque de Europa central. Conociendo a los amigos de Mulder, probablemente era alemán o afrikáner.

Dos podrían jugar con una beca. Lessing dijo: "Sí, y junto a ella está el Bara Imambara, donde los shiíes celebran sus majalis, grandes reuniones conmemorando la muerte del Imam Husain, nieto del profeta Mahoma. En los pisos superiores del Imambara hay un laberinto, el Bhul-bhuliyan. Es un laberinto de túneles, balcones, escaleras y pasadizos. Algunos te dirán que el viejo nawab solía jugar al escondite con sus chicas del harén allí arriba, pero otros dicen que alinear los pisos superiores quita peso a los arcos de soporte de la planta baja. Los guías apostarán dinero a que no puedes encontrar la salida tú solo."

"Parece que sabes un poco sobre ello", admitió Borchardt a regañadientes. Que piense que Lessing también era un erudito; en realidad, Jameela le había contado todos los talcos turísticos durante sus salidas dominicales juntos.

"También se supone que hay un laberinto idéntico debajo del Bhulbhuliyan, pero está tapiado." Lessing empezaba a disfrutar interpretando al dragomán local. "La historia es que una compañía de británicos
los soldados persiguieron a algunos amotinados hasta allí, y ninguno salió jamás."

Borchardt ladeó la cabeza con desconfianza, y Wrench sonrió con inocencia beatífica.

Lessing dijo: "Cerca está el Pozo Baoli. El último nawab arrojó sus gemas y tesoros en ella y luego bajó una gran placa de hierro encima para evitar que los ingleses los atraparan. Lucknow es un lugar fascinante. Durante Muharram, los fieles chiíes caminan sobre carnices en el patio del Bara Imambara."

"¡Una verdadera prueba de fe!" dijo Wrench, uniéndose al espíritu de la cosa. "Entonces deberías ver también las procesiones chiíes de Tazia; ¡algunos de los hombres se azotan con látigos y cadenas hasta perder el conocimiento!"

"¡Ugh! ¿Por qué?" preguntó Jennifer Caw de repente desde el asiento trasero de salto. "¿Qué es MuharramT?

"Muharram es el primer mes del año lunar islámico", respondió Lessing. Jameela había pasado una larga y perezosa tarde explicando la religión de su pueblo. "Fue durante este mes cuando Husain, el menor de los dos nietos del profeta Mahoma, y su familia fueron masacrados en un lugar llamado Karbala, en Irak. Tras la muerte del Profeta hubo una lucha de poder en el nuevo estado islámico. Su yerno, Ali, fundó un partido, el Shi'a, que creía en un califato hereditario inspirado divinamente ... con Alí u otro pariente sanguíneo del Profeta como imán, o líder. El resto de la comunidad, los sunitas, afirmó que el Profeta había dicho que su sucesor debía ser elegido. Ambos grupos pensaban que Dios estaba de su lado. Lucharon, y el imán Husain fue asesinado."

"Han estado en esto desde entonces", intervino Wrench. "Cada año hay disturbios suní-chiíes ... Tiendas y casas ardiendo, a veces personas heridas. No tan mala como los protestantes y católicos en Europa, pero sigue siendo bastante dura."

"Martirio y duelo", anunció Borchardt con solemnidad, "las dos características más destacadas del islam chií."

"No exactamente", contradijo Lessing. "Es complicado. Pero la controversia suní-chií ayudó a evitar que el islam invadiera Europa durante la Edad Media." Se rió. "Si no, tú y yo estaríamos llevando turbantes, señor Borchardt."

"Los musulmanes habrían tenido que enfrentarse a los pueblos germánicos", replicó el otro.

"Los árabes dieron una paliza a los visigodos germánicos en España ... y los bizantinos y sus súbditos vándalos germánicos en el norte de África", señaló Wrench. Le guiñó un ojo a Lessing en el asiento delantero a su lado y siseó, "¡Classic Comics World History Número Siete!"

Borchardt se retiró en un silencio molesto en el asiento trasero. Jennifer Caw también permanecía en silencio, con una expresión vidriosa; India a veces

hacía eso con los primerizos. Liese y la señora Delacroix parecían divertirse; charlaban, comían el almuerzo que Mulder les había enviado y bebían copiosamente del termo con agua helada. El propio Lessing se encargó de que hirviera esa mañana, así como del agua para el hielo. Había soportado demasiadas rondas con la diarrea que los extranjeros llamaban "Delhi Belly", "la venganza del rajá" o "el Two-Step de Lucknow" como para arriesgarse con invitados importantes.

El Bhul-bhuliyan era entretenido; la gran mezquita elegante y misteriosa, algo salido de Las Mil y Una Noches; la Residencia nostálgica y solitaria bajo sus velos de vegetación. Aún había otros lugares, pero Lessing insistió en dar por terminado. El sol de noviembre había sido misericordioso, pero engañoso, y la señora Delacroix era frágil.

"Volveremos por Ameenabad ... el bazar de clase media... a Hazrat Ganj, donde están las tiendas más bonitas. Si soportas las multitudes y los olores y vistas del bazar, te llevas lo mejor

Medalla de Turista."

Wrench condujo la gran limusina por calles estrechas hacia el caótico tráfico de la zona central de la ciudad. "Odio conducir por el bazar", refunfuñó. "¡Le debes una a MC, cariño!"

"Cobrar a Mulder." Lessing se enderezó. "¿Qué es esto?"

Ameenabad Park era una plaza polvorienta, sin hierba y abierta, rodeada de tiendas y viviendas de los barrios de clase media de Lucknow. Hoy estaba bañado de un lado a otro por un mar de azafrán. Personas con ropas teñidas de un amarillo anaranjado se agolpaban frente al coche, con pancartas y carteles en hindi ondeando sobre sus cabezas. Desde el extremo opuesto de la plaza escucharon el retumbar de un altavoz subido a casi incomprensible.

"Un maldito desfile ... ¡Una reunión política!" Wrench maldición. "¡Parece el B.S.S.!" Empujó el coche en marcha atrás.

"¿Qué? ¿Quiénes son?" preguntó Borchardt.

"No sé qué significan las iniciales. Pero son derechistas hindúes", le dijo Lessing. "Extrema derecha, los que quieren que todos los extranjeros salgan de la India. Bharat... eso es la India... para los Bharatis. Somos incrédulos para ellos. Nos llaman impuros, comedores de vacas, marginados."

"¡Eh, Lessing!" La llave inglesa se rompió. "A ver si consigues convencer a la gente amable que está detrás de nosotros para que dejen que MC se aparte."

Lessing asomó la cabeza y usó su mejor hindi: "¡Rasta dijiye, Janab! Mehrbanikar-ke.hatjaiyeV

Un joven que parecía de diecisiete años se acercó para mirar dentro del coche. Su dhoti amarillo estaba limpio, y sus gafas de montura fina ofrecían esperanza de ser una persona educada, alguien con quien se pudiera razonar. Entonces
Lessing vio las tres franjas horizontales blanquecinas dibujadas sobre su frente, la marca de un devoto del Señor Shiva. Tenía la cabeza rapada salvo por una pequeña coleta que quedaba en la parte trasera. Aquí había un fanático.

"¿De dónde vienes?" exigió el joven.

"Somos turistas", dijo Lessing, sin mentir. "Esta señora es francesa. El polvo es demasiado para ella. ¿Podrías ayudarnos a apartarnos, por favor?"

Otros se acercaron para mirar y conversar, y más llegaron cada momento mientras la calle detrás de la limusina se llenaba. Ahora haría falta un gran milagro para sacar el coche marcha atrás. En la India, un extranjero podía estornudar y mirar alrededor para encontrar a una multitud reunida para verle limpiarse la nariz. Wrench murmuró entre dientes: "¡Curiosidad, tu nombre es indio desempleado!"

"¡No perteneces aquí!" acusó el joven con gafas. "¡Tú vete a tu propio país, lejos de la India! ¡Este no es tu lugar!"

"Sí, sí", estuvo de acuerdo Lessing. Sonrió con la mayor ganancia que sabía. Tenía que mantener las cosas amistosas. "Somos visitantes. Queremos apartarnos de tu camino. Por favor, ayúdanos."

El chico se rascó el cráneo con barba incipiente. Luego hizo gestos para despejar la calle.

"Maldita sea", susurró Wrench admirado. "¡Tienes un encanto natural, tío!"

Habló demasiado pronto. Uno de los otros jóvenes salió corriendo desde la parte trasera de la limusina gritando. Lessing adivinó de inmediato qué pasaba: era un coche de empresa de Indoco, y las regulaciones gubernamentales exigían que los vehículos de negocios de propiedad extranjera indicaran el nombre de su empresa en la matrícula sobre los números. Las empresas americanas — cualquier cosa americana — eran anatema para la extrema derecha hindú en ese momento, igual que lo eran para la extrema izquierda. Además, Indoco fabricaba fertilizantes y pesticidas: venenos perversos para corromper el suelo del sagrado Bharat.

El segundo joven comenzó una reprimenda; respondió el adorador de Shiva, y otros se unieron. Algunos bastones y lathis elevados: bastones pesados con punta metálica. Una piedra sobresalía del tejado de la limusina. Ahí se fue la pintura de Mulder.

Lessing se volvió hacia Wrench. "¡Prepárate para salir corriendo!" Señaló. "Avanzad, coged impulso e ignorad todo menos un muro sólido. ¡Toca el cuerno como loco!" A los demás les dijo: "Cerrad vuestras puertas y ventanas. Este coche es a prueba de balas y pesa. Les costará entrar o derrocarnos. Si las cosas se ponen feas, hay un compartimento justo detrás de ti, señorita Caw; en él encontrarás un rifle automático Riga-71, una pistola de sutura, granadas de gas lacrimógeno y un par de pistolas."

"Sabemos usar armas", afirmó Borchardt con gravedad. "Tenemos problemas similares en Sudáfrica."

Lessing oyó el chasquido del compartimento de armas abriéndose. Pensó: ¡Dios, no dejes que Borchardt sea un cabeza caliente con el gatillo fácil!

Debería haberse preocupado más por Jennifer Caw.

"¡Mantén las armas fuera de la vista!" ordenó. "¡Lo que no queremos es una masacre! Si hacemos daño a alguien, o bien esa gente nos masacrará o nos enfrentarán a cargos en un tribunal indio. ¡Perdemos de cualquier manera!"

Caras distorsionadas pegadas a las ventanas. Un garrote destrozado contra el parabrisas; Vieron la sorpresa del portador cuando su arma rebotó inofensivamente. Los puños golpeaban el techo, los adoquines golpeaban el cristal y los lathis pinchaban los faros, el capó y los paneles de las puertas. Wrench puso el vehículo en marcha y comenzó a avanzar sigilosamente. El parachoques delantero se clavó en la carne humana flexible y retorcida. Un hombre empezó a deslizarse bajo las ruedas. Desapareció. Todo lo que Wrench podía hacer era frenar sin poder evitarlo. Otro manifestante se salvó trepando al capó.

El coche dio un sacudón violento. Lessing gritó: "¡Liese, agárrate a la señora Delacroix! ¡Están intentando volcarnos!"

La marea de túnicas azafrán contra las ventanas convirtió el interior en un horno sombrío y sin aire. El vehículo se inclinó en dirección contraria y luego volvió a caer. En cuanto sus atacantes se coordinaban, pasaban por allí.

"Pardes'C. "Pardesti" la multitud coreaba: "¡Extranjero! ¡Extranjero!"

El estribillo creció hasta convertirse en un rugido profundo y se convirtió en un gruñido rítmico y bestial. Había cientos de personas fuera. Una cara apretada contra el cristal más cercano a Lessing sangraba por la nariz, los ojos abiertos pero enrollados para que solo se vieran los blancos. El hombre probablemente estaba muerto o muriendo, asfixiado por la avalancha de la multitud. Alguien le pasó una esterilla al joven del capó, y la golpeó contra el parabrisas delantero. Incluso el cristal antibalas acabaría cediendo con el tiempo. El estruendo era insoportable, los gritos, golpes y golpes eran un único y sostenido estruendo. El coche olía a polvo, sudor, sangre y aceite perfumado para el cabello.

"¡Estamos muertos aquí dentro!" Jennifer Caw gritó. Lessing gritó y se agachó mientras ella le asomaba el cañón del Riga-71 cerca de la oreja. La

limusina se mecía violentamente ahora; En segundos se acababa. No pudo captar todo lo que dijo: "Un estallido ... ventana abierta ... asustarles..." Él entendió claramente su última palabra: "GasolinaV

Tenía razón. Un mar de manos agitadas se alzó para pasar latas de cinco galones de gasolina entre la multitud a los más cercanos al coche. El fuego era una buena forma de lidiar con un vehículo a prueba de balas. Perfora el depósito de combustible o trae tus propios inflamables; esperar a que los ocupantes llameantes y chillones salgan arrastrándose; Luego masacralos cuando quieras. Lessing tuvo de repente una visión de Siria de nuevo: hierba seca y amarilla, un montón de barriles y cajas de munición cubiertos de polvo, bloques de hormigón, roca
tierra, toda floreciendo en amarillo, naranja y negro mientras los israelíes usaban un lanzallamas para verter la muerte en una casa árabe. El destino de los que estaban dentro no valía la pena recordarlo.

Jennifer Caw tenía la luneta trasera bajada una o dos pulgadas. Liese gritó una última protesta. Entonces el bullicio del fusil automático ahogó todo lo demás. El universo se volvió caos y apestaba a pólvora. Las vainas disparadas resonaban contra el techo sobre la cabeza de Lessing, y él levantó los brazos para protegerse.

El coche volvió a caer sobre las cuatro ruedas. El canto se mezcló con gritos, para luego cesar en seco. Algunos de los atacantes se lanzaron aterrorizados, un revoltijo de extremidades y rostros marrones y sudorosos, dedos con garras, ojos fijos, bocas abiertas y prendas naranjas y amarillas. Algunos caían, otros se aferraban y se apresuraban para mantenerse encima de ellos. El hombre con capó tiró su esterilla y saltó sobre las espaldas de los que estaban abajo. Saltó, cayó, se levantó, se equilibró como un acróbata y tambaleó hasta que él también resbaló y desapareció bajo los pies de mipiés de la multitud.

"¿Has pegado a alguien?" Gritó Wrench.

"No veo cómo", gritó Jennifer Caw. "¡Algún cabrón agarró el barril y lo empujó hacia arriba en el aire!" Lessing la vio de reojo. Era una valquiria: cabello salvaje y rojizo, manchas altas de color en las mejillas, ojos brillando

con ansias de batalla. El combate hizo eso con algunas personas, tanto hombres como mujeres. Recordaba a muchos que habían muerto de ello.

"¡Ahora, maldita sea!" gruñó a Wrench. El hombrecito no necesitaba que lo insistieran; ya tenía el gran Tora Ultra en movimiento. La prensa y el polvo les impedían ver mucho, y el coche chocaba horriblemente sobre objetos invisibles en la calle. El martilleo implacable de piedras y lathis en el tejado les acompañaba mientras avanzaban hacia el final de la plaza. La amplia avenida allí conducía a Hazrat Ganj y a la relativa seguridad de los distritos de clase alta.

Borchardt sacudió el hombro de Lessing y le gritó al oído. "Se están afinando... rendirse... me voy." Repitió en afrikáans — podría haber sido alemán — para beneficio de la señora Delacroix. La anciana había sobrevivido intacta, despeinada pero tranquila, con una pistola calibre .38 en el regazo. No era exactamente la madre de Whistler, pero Lessing había llegado a esperar no menos de Emma Delacroix.

Borchardt dijo la verdad. Sus atacantes retrocedían. Muchos parecían dirigirse a las tiendas de fachada abierta que bordeaban la plaza. Solo unos pocos buenos samaritanos se arrodillaron junto a media docena de cuerpos esparcidos donde habían atacado su vehículo. Lessing miró por encima de las cabezas de la turba, pensando en ver un muro de policías indios avanzando, o quizá una falange de la B.S.S.
tropas paramilitares, con brazaletes color azafrán y uniformes militares desechados. No vio ninguno de los dos. .

"¿Pero qué demonios?" Wrench puso en palabras la perplejidad de Lessing. "Solo unos cuantos policías sueltos allí junto al puesto de los altavoces. Y también se están yendo. Todo se va ... O a las malditas tiendas

"O de pie en pequeños grupos ...", añadió Liese desde el

La manifestación efectivamente se había disuelto, aparentemente por razones distintas al casi caos que acababa de ocurrir. Los altavoces seguían sonando, y Lessing podía ver a hombres de pie y gesticulando en el atril, pero nadie prestaba atención. La multitud estaba dispersa—

Lessing se arriesgó y bajó la ventanilla. "¡Eh!" llamó a un hombre mayor, uno que parecía más próspero que los demás. "¡Janab-i-ali! ¿Kyahai? Kyaho rahahap."

El hombre se giró, señaló y gritó palabras indistintas de vuelta.

"Algo sobre una radio", dijo Lessing a los demás. "Para el coche. Allí, delante de esa tienda de electrodomésticos."

"¡Estás loco! ¡Nos matarán!" gritó Jennifer Caw, y Borchardt repitió ella. , , ,

Lessing puso una mano en el volante. "No lo creo, ahora que la

diversión ha terminado."

"¡Por favor, Alan...!" Esa era Liese.

Tenía la puerta abierta. "Un momento. La mayoría de la gente en esta tienda son musulmanes. Lo noto por su ropa y otras cosas. ¡La B.S.S. no les tiene más utilidad que a nosotros!

La tienda vendía calefactores eléctricos, frigoríficos, cocinas y pequeños electrodomésticos. Quizá cincuenta personas, jóvenes y mayores, de diversas creencias y clases sociales, se agrupaban alrededor de una exhibición piramidal de radios transistores brillantes. La mayoría de estos se encendían, sintonizados en la misma emisora, el Servicio de Radiodifusión en urdu del gobierno de la India.

Lessing conocía un poco al tendero. Él y Jameela habían comprado una tostadora aquí hace tres semanas. Tuvo dificultades con su urdu, se rindió y preguntó en inglés: "¿Qué está pasando? ¿Qué hay en el

¿radio?" , _ . , . .

El mercader le miró con unos ojos enormes, amables y ligeramente cruzados, y movió su nuez de betel de un lado a otro de la mandíbula. No respondió, pero hizo un gesto con la cabeza hacia las radios. La multitud observaba. „ ,

Lessing sintió una presencia a su lado. Era Liese. Consigue BacK, insistió. "¡Vuelve al coche!"

Negó con la cabeza. Algunos de los espectadores murmuraban.

"¡Sahib, coge esto!" Un caballero musulmán anciano y de aspecto digno recogió uno de los conjuntos de transistores de la pantalla, giró la esfera y se lo lanzó hacia Lessing. "Inglés, sahib, inglés.
La radio tartamudeó. Lessing lo ajustó, y escucharon la voz de un locutor que hablaba de esa elegante inglés británico que solo los indios educados parecen poder lograr:

“… Las comunicaciones desde algunas zonas están interrumpidas, y solo las bandas de emergencia de onda corta operan desde ciudades del interior. La Unión Soviética ha movilizado sus fuerzas militares, sus fuerzas policiales y todos los servicios médicos disponibles para combatir la epidemia. Los países vecinos, especialmente Polonia y Checoslovaquia, se ven afectados en menor medida. Austriacos, alemanes y chinos han cerrado sus fronteras. Estados Unidos, el Reino Unido y otros han prometido epidemiólogos y otras ayudas necesarias tan pronto como la situación se aclare."

Hubo una pausa seguida de estática; luego: "Los satélites estadounidenses de ojo en el cielo informan de haber visto cuerpos ... cuerpos sin vida... tirado por todas partes, en las calles... columnas de camiones médicos y ambulancias... máquinas de movimiento de tierras excavando fosas comunes a las afueras de Leningrado

" El locutor empezó a tartamudear; (aquí no podría haber ningún guion para

esto. "Muerto, moribundo ... una tragedia de proporciones desconocidas... Nadie puede decir quiénes o cuántos. No... sin aviso." La voz se detuvo en seco.

La radio siseó en un silencio vacío y inquietante. Alguien había considerado político sacar la emisora del aire. Desde los otros decorados de fondo escuchaban al locutor en urdu que seguía hablando emocionado. Entonces él también se separó. Comenzaron las primeras notas del himno nacional indio.

"¿Qué pasa, sahibl?" el tendero tocó la manga de Lessing. "¿Qué pasa?"

Pacov.

Solo Pacov podía hacer esto.

Él, Alan Lessing, le había entregado a la Muerte la guadaña con la que cosechar a la raza humana.

"En casa", se atragantó. "Tenemos que volver a casa. ¡Dios del cielo!" En ese momento deseó, devota y sinceramente, creer en Dios ... y Dios en él.

CAPÍTULO ONCE

El pacifismo seguirá siendo un ideal, la guerra un hecho, y si la raza blanca decide no librarla más, los oscuros lo harán, y se convertirán en los amos del mundo.
— Oswald Spengler

Domingo, 30 de noviembre de 2042

II fue una noche de sombras, de mujeres llorando, de susurros, de voces, de labios que pronunciaban palabras sin sentido. Más tarde, Lessing recordó la luz de las farolas, los faros de los automóviles, las bombillas azul-blancas y silbantes de la fábrica, las preguntas preocupadas de J^meela, Wrench y los demás discutiendo sin parar, y la risa quebradiza y casi histérica de la señora Mulder. Más tarde recordó a hombres de piel oscura con ropa holgada y de tono hueso, apresurándose de un lado a otro en los recados que nadie podía decir. Era, en efecto, una noche de sombras— y de miedo. Más tarde recordó sobre todo el miedo.

El domingo amaneció como cualquier otro día, fresco, luminoso y con aroma a humo, como era de esperar en la India en esta época del año. El personal americano y europeo de Indoco se tambaleaba incómodo sobre las sillas delgadas del comedor de la señora Mulder en la amplia veranda con mosquitera de la mansión. Delante de ellos, el inspector G. N. Subramaniam del C.I.D. indio desfilaba de un lado a otro con el aire de un hombre que acaba de ver a un adversario caer de bruces, pero que no se atreve a reírse. Todavía no. Fuera, acurrucados en los escalones bajo el sol invernal, dos escuadrones de sipahis del ejército indio esperaban la orden para tomar posesión de las propiedades de los extranjeros.

"Aún no tenemos informes firmes", respondía Subramamam a la señora Satherly, la señora regordeta que dirigía el departamento de cuentas a pagar de Indoco. Hablaba inglés con solo un rastro de las consonantes retroflexionadas de su tamil natal, tan diferente del hindi-urdu del norte de la India como el zulú
Húngaro. El inspector era pequeño, elegante y muy moreno, como la mayoría de los indios del sur. Dijo. Todo es un desastre. Escuchamos que gran parte de Rusia está devastada por este nlaeue. Entonces un miembro

del Politburó soviético salió al aire desde su cuartel general de defensa en los Urales y os acusó a los estadounidenses de un ataque sorpresa. Por supuesto, tu gente lo negó. Anoche un loco ruso disparó siete misiles desde sus satélites. Fueron aniquilados rápidamente por haces de partículas de vuestras plataformas espaciales A.S.A.T. Se están preparando para la guerra a lo largo de las fronteras Este-Oeste en
Europa. ¡Hoy tenemos un apagón informativo! ¡Caos, señora, caos!"

"¿Guerra en Europa? ¡Dios mío!" La pobre señora Satherly murmuró aturdida: "¿Y Estados Unidos?"

"Sigue estando bien. Aún no hay ataque a vuestro país, así que Nueva Delhi se ha dignado a informarnos. Pero el mundo está atónito.

paralizado. Rusos, polacos, checos... la mayoría de la gente del Bloque del Este ... están abandonando sus hogares y huyendo hacia el oeste, alejándose de la plaga. La situación es confusa. ¿Quién puede decir qué está pasando?" Subramaniam volvió a dar vueltas por el suelo de astillado de hormigón pulido. La señora Mulder revoloteó en el umbral del salón; detrás de ella, Lessing vislumbró el qameez turquesa de Jameela. El agente de la CID también la vio y la barrió de arriba abajo con una sola mirada oscura. Volvió a situarse frente a Herman Mulder.

"Y eso me lleva a vosotros", dijo. "Nuestro gobierno ha impuesto una ley de poderes de emergencia a partir de las 06:00 horas de esta mañana. Para no involucrarnos en lo que percibimos como un enfrentamiento entre Grandes Potencias ... y por razones humanitarias... Estamos repatriando a todos los extranjeros. Esto es por tu propia seguridad. Te volarán a Delhi y de allí al destino que tus embajadas consideren apropiado. Hay un plazo de cuarenta y ocho horas." Sonaba como si recitara un catecismo de memoria.

"¿Los rusos en la India?" preguntó Wrench con dulzura. "¿Vas a dejarlos en el aeropuerto de Moscú?"

Subramaniam se erizó. "¡Los nacionales de otros países no son asunto tuyo! Tu evacuación es un acto de misericordia; Os estamos ayudando a reuniros con vuestras familias y compatriotas en este momento difícil. ¡El gobierno

de la India está proporcionando la aeronave y prescindiendo de formalidades como permisos de salida y exenciones fiscales!"

"¡Y repartiendo té y galletas rancias en la sala de salidas del aeropuerto de Delhi!" gruñó Wrench.

Si el inspector lo escuchaba, lo ignoraba. Se enfrentó a Mulder. "Se han hecho arreglos para la custodia de bienes extranjeros." Señaló a los soldados que esperaban afuera. "Indoco seguirá en buenas manos hasta que la situación se aclare."

Lo cual, sospechaba Lessing, probablemente significaba nunca. Esta fue la oportunidad del primer ministro Ramanujan para librar a la India de la corrupción extranjera — y para adquirir montones de botín extranjero, cancelar el pago de préstamos extranjeros y eliminar tratados comerciales exteriores no deseados, todo por razones muy comprensibles. Que el pardesis discuta, se queje, presente reclamaciones, celebre audiencias y se queje ante las Naciones Unidas o el Tribunal Internacional, ¡si es que esos augustos órganos aún existieran! Las complicadas y entrecortadas convoluciones de la burocracia india mantendrían todo atado durante años, y aun así los inversores extranjeros probablemente solo recibirían una compensación parcial. Los nietos de las personas en esta sala quizá no vivieran para ver Indoco devuelto a sus propietarios originales. Así que mucho por la creencia de Mulder de que los países del Tercer Mundo eran más seguros para sus corporaciones SS que Occidente.

"¿Y nosotros?" preguntó la señora Delacroix desde el extremo opuesto de la veranda. "Dos de mis compañeros y yo tenemos pasaportes sudafricanos."

Subramaniam se encogió de hombros. "India no tiene relaciones con Sudáfrica. Tendrás que regresar en un avión comercial — cuando y si está disponible."

"Nuestro propio avión y piloto nos esperan en Delhi."

"Entonces te volaremos allí. Después de eso, es decisión del gobierno." El inspector hizo un gesto para indicar que la asamblea había terminado.

"Debería llevar pantalones de montar y una fusta de montar", susurró Wrench a Lessing. "¡Burócratas: los verdaderos enemigos de la raza humana!"

Las sillas chirriaban sobre el suelo de cemento. La gente chocaba, balbuceaba y salía corriendo a hacer la maleta. Mulder entró en la casa con paso sombrío, la señora Mulder revoloteando detrás, trinando sobre sus muebles y chucherías preciosos. El Hada Madrina había descubierto hace tiempo que la porcelana y las estatuas de latón eran sustitutos aceptables para niños inexistentes.

Lessing tenía poco que valiera la pena: una sola maleta y su maletín. Lo único más que no se atrevía a dejar atrás estaba escondido en la fábrica: su reserva de Pacov. ¿Pero cómo iba a llegar con los perritos de Subramaniam vigilando las puertas? No podía simplemente abandonar esas cosas. Algún torpe técnico de mantenimiento lo encontraba, y entonces habría muertes de verdad: muertes como las de Rusia, muertes que dejaban en evidencia terremotos, volcanes, la Peste Negra e incluso Hiroshima. Tenía que suponer que ahora era Pacov quien acechaba por el mundo. ¡Y él mismo había ayudado a levantarla de su tumba y darle vida!

Alan Lessing: ¡Doctor Frankenstein!

¡No, maldita sea! ¡Se negó a aceptar la culpa! ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Él no fue responsable! No fue Alan Lessing quien ordenó que esos contenedores fueran dispersos por Rusia; ¡No había liberado el asesinato invisible sobre el mundo! Solo era el repartidor, solo el transportador de armas, como la tripulación del Enola Gay, el avión que lanzó la primera bomba atómica. ¡Diablos, era menos que eso! Era el cartero que, sin saberlo, entrega un paquete con una bomba dentro. Eso se dijo a sí mismo.

Espera un momento: ¿qué se creía que hacía en Marvelous Gap en primer lugar? ¡Sus empleadores no habían enviado a su equipo allí para robar un nuevo gewgaw tecnológico o algún secreto comercial insignificante! ¡Un espeh op como Marvelous Gap no se montó para nada! Debería haberlo adivinado, claro, pero no se había permitido pensarlo. La comparación con

el Enola Gay era acertada, por tanto, pero la excusa del "cartero inocente" sonó como una moneda de plomo de cinco dólares.
¿Pero era él el responsable? No tenía ni idea de que su objetivo fuera tan monstruosamente letal — ¡y nunca habría creído que alguien estuviera tan loco como para usarlo!

Como dijo Wrench, tampoco habían comprado ese en Núremberg.

No hubo tiempo para asimilar la magnitud de lo ocurrido; Ahora empezaba a hacerme notar. Se sentía conmocionado, enfermo, vacío en el estómago, como un niño que prende fuego a una papelera escolar por una broma y luego ve cómo el edificio se derrumba con sus amigos dentro.

Quienquiera que hubiera desatado Pacov, el mundo ahora estaba alterado para siempre. Nada volvería a ser igual.

El piso estaba vacío cuando entró, tan impersonal como una habitación de hotel entre huéspedes. Hace unas horas había sido una especie de hogar; ahora era una parada, el vestíbulo de una estación de autobuses. Habría jurado que el lugar olía diferente. Recogió su equipo del baño de baldosas blancas y salió para quedarse de pie sin rumbo en medio del salón. La chimenea estaba húmeda y chamuscada; le recordaba a Siria, a una casa destrozada por fuego de artillería, a una muñeca rota y una silla destrozada. Por falta de otra cosa que hacer, cogió la lámpara de su Aladino. Había sitio en la maleta, y la metió dentro.

La ropa de Jameela había desaparecido, la puerta del armario entreabierta. La desolación le invadió: sería propio de ella desaparecer en silencio, sin escena, sin una larga despedida.

Tocó con los dedos la tela tosta y gruntada del sofá. Anoche

Ella estaba allí. Lo sabía incluso antes de que su aroma a jazmín llegara a sus fosas nasales. Se giró y la encontró en el umbral.

"¿Y bien?" Tenía la habilidad de resumir toda una vida en una sola palabra

"Así que me voy." Aspiró el olor a casa vacía. "¿Vienes?"

"¿Cómo voy a hacerlo? Los americanos no me aceptarán."

"Lo harían si fueras mi esposa. Podríamos decir que estabas... que no tuvimos tiempo para recoger nuestros documentos. Mulder y Wrench nos respaldarán."

Ella guardó silencio. Entonces dijo: "No. No puedo dejar a mi familia."

"¡Maldita sea tu familia!" explotó. "Habla de nosotros"

Volvió a dudar. "No, Alan. No lo entiendes. No somos tan... tan individual como tú. Para nosotros, un matrimonio es más que un novio, un marido y una mujer. Las familias deben estar involucradas, cumplir las obligaciones sociales, satisfacer a la gente."

Gruñó una obscenidad.

"Por favor. Intenta ver." Puso los dedos en su mejilla. "Quizá más tarde, cuando las cosas vuelvan a estar tranquilas."
Tenía los puños tan apretados que dolían. "¿No lo ves? ¡Las cosas nunca volverán a estar en calma! ¡Después de que me vaya, puede que nunca nos volvamos a ver! Mulder habla de volver a Sudáfrica con la señora Delacroix y Liese"

"Sí, Liese. La mujer americana con el sudafricano

pasaporte."

No era momento para celos. "Sí, ella. De vuelta a Sudáfrica, o quizá a ese resort... ¿Cómo se llama? … en Ponape, en el Pacífico Sur."

"¿No a Estados Unidos?"

"No. Mulder dice que eso no tendría sentido. No tiene nada en Estados Unidos. Dice que no podemos hacer nada bueno allí, no ahora, no bajo el... Las circunstancias. Todavía me quiere como su guardaespaldas."

"La mayor parte del cártel de Indoco está aquí, en lo que llamáis el Tercer Mundo. Mi padre dice que Herman Mulder es un hombre poderoso en muchos países."

"Tu padre tiene razón." Era la primera vez que mencionaba a su padre en ese contexto. "¿Qué tiene que ver Mulder con nosotros?"

"Él es tu jefe." Jameela estaba nariz con nariz con él, sus largas pestañas lo observaban fijamente. "¿No es el dueño de los diarios de las SS?"

"¡Sabes lo que es eso!"

"Lo sabemos." Ella recalcó ligeramente el pronombre. "Mi padre lo sabe. Algunos otros altos cargos en nuestro C.I.D. No Subramaniam. Es un pez pequeño."

¡Los diarios otra vez! Ya era demasiado tarde para preocuparse por cosas tan irrelevantes. El mundo entero estaba patas arriba, y los secretos de Mulder eran menos importantes que el desayuno de mañana, que la gasolina para el avión de la señora Delacroix— que las armas que Lessing acababa de guardar.

No pudo resistirse a una pregunta. "¿Los dos hombres que entraron en la caja fuerte de Mulder?"

"Nuestro. Árabes, creo. No son muy buenos ladrones. No se suponía que hicieran daño a nadie. Y no se suponía que debías hacerles daño. Se les ordenó sacar los diarios para ser fotografiados, para dar al gobierno de la India ventaja contra Indoco. Luego debían volver a colocarlos. Eso de tu amigo... ¿Mauer? ¿Bauer? … te puso demasiado alerta."

"¿Tu gente lo apuñaló?"

"No. Todavía no sabemos de qué iba eso." Le lanzó una mirada sombría. "Pero tenía que ver contigo, ¿verdad, Alan?"

Frunció el ceño. "Sí... posiblemente ... ¡, no lo sé! Pero no con los diarios de Mulder."

Le tocó fruncir el ceño. "Yo... No quería involucrarme contigo, Alan. Eso no estaba en el plan. Quiero ir contigo... no sabes cuánto."

"Entonces ven. Tu trabajo se acabó. Mulder se va, y no hay nada más que informar. Nos casamos; Más tarde haremos que tu padre, tu madre y el resto de tu familia... toda la India, maldita sea... ¡Entendido!"

Sus rasgos se suavizaron. "¿Toda la India? Será difícil convencer a toda la India de que nosotros... mi padre, mi familia, mis correligionarios chiíes, los musulmanes suníes ... Debería incluso seguir viviendo. Mi pueblo vino de Irán y Oriente Medio como conquistadores, pero nosotros nos quedamos a trabajar, a servir... para participar. Nos convertimos en indios. Somos indios. Éramos forasteros, como los griegos y los arios antes que nosotros, pero ahora somos indios." Vio su desconcierto. "¿Por qué hablo de esto ahora? Por culpa de Subramaniam y los suyos... fanáticos como los que te atacaron ayer en el bazar. Para ellos, los musulmanes somos tan ajenos como vosotros. Estamos contaminados y sucios. Tarde o temprano tendremos que librar una guerra civil."

"¿El ejército...?"

"Antes neutral. Los generales más veteranos eran lo bastante inteligentes como para darse cuenta de que destrozar la India y matar o expulsar a ciento cincuenta millones de personas nos destruiría a todos. Pero ahora el primer ministro Ramanujan ha llenado el alto mando con su propia gente. El ejército obedece las órdenes de la B.S.S.."

Lessing preguntó: "¿Qué vas a ... tu gente... ¿hacer?"

"No tenemos a dónde ir. Irán era chií; ahora la mitad occidental es israelí y la mitad oriental rusa ... si los rusos siguen vivos para mantenerla. Afganistán ha sido suyo durante casi medio siglo, desde la reinvasión. ¿En Oriente Medio? Israel nunca nos dejaría entrar. ¿Pakistán? ¡Una mayoría suní y un mulá rabiosamente procomunista como líder! Sajid Ali Lahori preferiría que pasáramos hambre en campos de refugiados en los desiertos de Kutch y el este de Panyab."

"Como dije: ¿qué vas a hacer?"

Ella se encogió de hombros con gracia, y él se compadía de ella. "¿Hacer? Viviremos aquí. Si Ramanujan intenta expulsarnos, lucharemos. Perderemos, por supuesto, pero lucharemos. También lo harán los sijes y algunos cristianos. Moriremos como deben hacerlo los musulmanes."

"¡Mártires!" La caracterización del islam chií por parte de Borchardt surgió para enfurecerle. "¿De qué demonios sirve eso? ¡Maldita sea, vienes conmigo! ¡Coge tu ropa! ¡Coge lo que quieras llevarte!"

Ella se derritió contra él, y él pensó que había ganado. Luego se apartó. "Todavía no ... nunca lo hará... ¡Entendido! ¡No puedo! ¡No debo!" Se retiró hacia la puerta. "Tengo mis principios, Alan, igual que tú tienes los tuyos. Tu partido... tus juramentos de las SS"
"¡Espera un momento! Solo soy un beegee... ¡Ayuda contratada! ¡No soy uno de los nazis ocultos de Mulder!" Era lógico que ella pensara así; Los kikibirds de su padre, C.I.D., sin duda los habían clasificado a todos como nazis, desde Mulder hasta los niños que limpiaban los platos.

"No importa. Ese no es el punto, no ahora." Se presionó los dedos contra las mejillas para ocultar las lágrimas, dejó que su cabello negro cayera hasta cubrirle el rostro y retrocedió hacia el pasillo. "Sea lo que seas, no eres mío ... no para mí... ¡no forma parte de la India!"

La siguió, la alcanzó. Entonces vio que había alguien en el pasillo detrás de ella: una de las mujeres barrenderas envueltas en trapos sin rostro que blandía escobas de paja de mango corto alrededor de los edificios de Indoco. Abrió la boca para decirle a la mujer que se fuera a otro sitio, pero Jameela habló primero:

"¡Sahib ko de do! Voh chiz jo turn ne pa'i thi, de do'." Ella estaba ordenando a la anciana que le diera algo, eso lo entendía.

La mujer se acercó tímidamente, con la cabeza baja, el rostro oculto tras su chal verde y descolorido. Extendió ambas manos esqueléticas. Preguntándose, él sostuvo el suyo bajo el suyo.

Dos objetos cayeron en sus palmas.

Supo de inmediato lo que eran: uno un huevo liso, el otro un cilindro corto y grueso.

"¡Dios mío!" Casi se le caen.

"Mi regalo", dijo Jameela. "A ti, Alan. En memoria de ... de nosotros. Son tuyos, ¿verdad? ¿Drogas? ¿Armas? … No, no me lo digas. No quiero saberlo."

No podía hablar. Solo se alegraba de que ella pareciera no tener ni idea de lo que guardaban esos recipientes.

"Hameeda te vio esconderlas. Es imposible pasar desapercibido en la India. Somos tantos: campesinos, obreros, niños, gente sin trabajo y con poco que hacer. Todos observan. Una rupia compra la comida de un día. Es barato contratar vigilantes. O cualquier otra cosa que quieras."

"Dale las gracias de mi parte." Guardó los contenedores de Pacov en su botiquín de afeitar. "¿Por qué no se lo dijiste a tu padre? ¿Subramaniam?"

"Informaría sobre Mulder, sobre Wrench ... ciertamente en Goddard ... pero nunca contigo, Alan. En cuanto a Subramaniam, te adora... Todos extranjeros. Pero también nos odia a los musulmanes... y los cristianos, y los sijs, y todos los demás que no son hindúes de casta. Solo le dije lo que creía que era mi deber. En cuanto a Hameeda, es cristiana, la más baja de los bajos, los marginados que se unieron al cristianismo en tiempos británicos para escapar de la persecución. ¡Prefiere morir antes que decirle una sola cosa al poderoso inspector Sahib!"

Él fue hacia ella, y esta vez ella no se apartó. Hameeda observaba impasible mientras se besaban.

"Cuando esto termine...", murmuró Jameela.

CAPÍTULO DOCE

Nunca acabaría. El mundo había cambiado; un nuevo día había amanecido, un Día del Juicio de ira, caos y terror. Nunca terminaría, pero él sonrió de todos modos y la abrazó cerca, dejando que su cuerpo cálido, seco y fragante a especias se acurrucara contra el suyo. Le despeinó el pelo en el puño, se forzó contra ella y le dejó sentir su anhelo. Pronto", susurró. "Volveré por ti."
Esperaba no ser un profeta demasiado malo. Para cada pregunta compleja, hay una respuesta sencilla. Y está mal.
— H. L. Mencken

Jueves, 11 de diciembre de 2042

Jennifer Caw golpeó sus gafas de sol contra el borde metálico de la mesa de playa de glasstop. "Fueron los judíos, digo. Los israelíes, respaldados por sus marionetas en Estados Unidos."

"Lo dudo", replicó Hans Borchardt. "Matarían a sus familiares que aún viven en Rusia. ¡Locura! ¡Ni siquiera sus judíos más belicistas harían eso!"

"Podrían pensar que unos cientos de miles de vidas son un intercambio justo para eliminar a su enemigo más peligroso. O puede que tengan el antídoto... vacuna, lo que sea... para Pacov. Si primero se introduce eso en Rusia, los judíos allí forman una fuerza de ocupación lista."

"Un puñado, en su mayoría sin entrenar, mujeres y niños, muchos ancianos o enfermos. ¡Sé seria, Jennifer!"

"Además, los israelíes podrían haber tenido información que nosotros no. Quizá vieron el primer ataque como la única salida de una situación desagradable. ¿Recuerdas los movimientos de tropas al norte de Irán hace unos meses? Había árabes, pakistaníes o afganos atrapados en territorio controlado por Rusia más o menos al mismo tiempo, ¿no es así? Muchos asesinos apátridas que los israelíes podrían contratar."

"¡Las grandes potencias nunca permitirían que el equilibrio se alterara! Ni un ataque israelí contra Rusia, ni un empuje ruso para detener el avance israelí a través de Irán... siempre que se detuvieran en la frontera afgana. Los americanos y los rusos ya tenían todo esto resuelto"

"Precisamente por eso los israelíes podrían haber usado Pacov: un medio para romper el estancamiento y continuar con su expansión. Un 'primer ataque quirúrgico'. No se lo digas a nadie y haz el trabajo." "¡Demasiado arriesgado! Ganan poco "

"¡Mierda!" Jennifer se tapó la lengua contra los dientes, uno de sus hábitos menos femeninos. "¡Mirad ahora Europa del Este: vacía, rica y repleta de botín desde la frontera alemana hasta Siberia! Prácticamente sin defensas: Checoslovaquia, Hungría y Polonia un revoltijo de refugiados desesperados y prácticamente ninguna autoridad local; Alemania luchando por impedir que los refugiados cruzaran sus propias fronteras; Turquía, Grecia y los Balcanes inofensivos; Irán, Afganistán y Pakistán en crisis; ¡China ya está devorando Mongolia y el este! ¿Me estás diciendo que Israel no se beneficia de esto? Puede coger enormes trozos de ruso y

CAMINATA DE LA SERPIENTE

135

¡Territorio ucraniano antes de que alguien más llegue a ellos! ¡Lebensraum, Hans, Eretz Israel! ¡Delicatessens kosher en Járkov y Donetsk!"

Borchardt se ocupó de su camiseta blanca del Club Lingahnie. Su primera adquisición en Ponape fue una quemadura tropical monumental. Frunció los labios y dijo: "Los americanos no permitirán que Israel haga eso. Ya están ayudando a los supervivientes. Algunos de sus equipos han llegado a Moscú: escuadrones de descontaminación, médicos, epidemiólogos... no tropas de ocupación."

"Encontrarán excusas para quedarse. También lo harán los británicos en Leningrado, los alemanes en Kiev y los chinos en Vladivostok. Primero se convierten en misiones permanentes, luego en colonos. Al cabo de un tiempo son los dueños del lugar, como los israelíes en Cisjordania hace ochenta años." Las gafas de sol marcaban un ritmo distraído contra la mesa. Jennifer Caw jugó para ganar, incluso en un debate amistoso. "No, vinieron los israelíes, vieron, conquistaron ... Y se quedaron. Mulder captó ayer un informativo de radio que decía que tres columnas blindadas israelíes ya se están moviendo hacia el norte desde Tabriz pasando por Tiflis. ¿Van directamente a Moscú? O enviar una punta de lanza al noroeste a ¿Járkov y Kiev? ¿O simplemente coger todo lo que puedan alcanzar?"

"Sin duda son los judíos", proclamó Wrench desde debajo de su sombrero de sol. Lessing pensó que estaba dormido. "¿Quién se beneficia de exterminar a Rusia? ¿En Occidente, verdad? ¿Y quién gobierna el Oeste?"

Lessing permaneció inmóvil. Los demás lo dejaban en paz, pero Wrench disfrutaba de un poco de trabajo misionero de vez en cuando.

Jennifer preguntó con cautela: "Luchaste por los israelíes en Siria, ¿verdad, Alan? Debes conocerlos bien."

"Solo era un ayudante contratado. Un simple. Sin decisiones políticas." Sintió sus ojos husmeando en la parte superior de su cráneo. Se negó a dejarse arrastrar a esas discusiones. Dale algo que hacer, y lo haría. El debate no era su fuerte.

Tras un momento, Jennifer continuó: "No es justo culpar solo a los judíos, aunque resulten ser responsables de Pacov. Otros en el Sistema también se benefician: las grandes corporaciones, los bancos, las grandes combinaciones internacionales... todos aquellos que se benefician de una hegemonía judía estadounidense sobre un mundo medio vacío."

"¿Medio vacío?" Wrench se rió. "Como el viejo chiste: el pes-simista ve el vaso medio vacío, el optimista medio lleno. ¡Los judíos beberán el contenido y también se quedarán con el vaso! Y asegurarse de que el mundo los quiera por hacerlo. El 'Pueblo Elegido' valora su imagen entrañable. Oh, sí, serán

amables con cualquier inmune superviviente, las mujeres y los niños. Ya verás: ¡la convertirán en la mejor miniserie dramática jamás vista en la tele! Una que te hace sentir cálida y elástica por dentro."
"Puede que nos equivoquemos." reflexionó Borchardt. "Los palestinos podrían haber hecho esto ... o los latinoamericanos, los etíopes, afganos o salvadoreños.

Dios sabe que hay suficientes personas desposeídas y amargadas por ahí.

¡Incluso los británicos o los franceses o alguna nación más pequeña... ! . ,

"O los locos sacados directamente de los periódicos cómicos. Scoltea de llave inglesa. Borchardt se tocó la nuca con los dedos con cuidado. Era de un rojo brillante. "¿Has oído que algunos culpan a los neonazis? ¡Si supieran de eso, estaríamos en lo más alto!"

"¡Tendríamos que estar locos!" Jennifer explotó. ¡Todo el dinero que hemos gastado para legitimar nuestro movimiento político! ¡Años de planificación desperdiciados! ¿Qué queremos con un mundo plagado de plagas... ¿o una ceniza atómica?"

"Los nazis son los mejores villanos", se rió Wrench. Cuando dude, ¡dale un puñetazo al niño menos popular del barrio! Estoy seguro de que pueden incluir a un supercientífico nazi malvado en su miniserie, una banda de soldados de las SS con uniforme negro, un par de campos de exterminio. .

Lessing se aburrió escuchando. Estas personas especulaban y debatían sin parar, como los monos que se meten con pulgas. Llevaban en ello desde que salieron de la India hace una semana, un safari sin rumbo y de significado que los llevó primero a Sudáfrica, donde los amigos de la señora Delacroix le advirtieron que no se quedara: no solo por miedo a Pacov, sino porque los problemas volvían a gestarse con los negros. Mulder les había instado a unirse a él en Ponape, un lugar tan remoto — y seguro — como se podía encontrar en un mundo cada vez más inestable.

Todos aceptaron. La señora Delacroix parecía pálida y desorientada, y Liese permaneció cerca de ella. Jennifer Caw estaba acostumbrada a viajar por el mundo sin un plan más detallado que el billete de avión de mañana. Sabía

Lessing que era rica, descendiente de dos familias sudamericanas "descendientes". Su padre había construido un imperio informático en Estados Unidos.

Borchardt se unió a ellas, más por un enamoramiento de Jennifer Caw que por miedo a Pacov. Su negocio implicaba enlaces entre empresas europeas y del Tercer Mundo, y dedicó mucho tiempo a la primitiva conexión de telecomunicaciones satelitales de Ponape. Borchardt también era un "Descendiente". Sin embargo, sus antepasados no huyeron de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Esperaban vivir tranquilos hasta que los recuerdos se desvanecieran, pero no contaron con la tenacidad de los cazadores de nazis y los medios de comunicación. Hans nunca habló de lo que les había pasado. Comunistas, liberales, centristas— casi todos— tenían libertad política en Alemania, pero no la extrema derecha, descendientes de quienes una vez portaron orgullosamente las banderas alemanas. Seguían siendo anatema.

Lessing se incorporó y se cubrió los ojos, entrecerrando los ojos contra la arena brillante para ver a la señora Delacroix y a Liese. Lo habían hecho

se alejó por la playa que daba a la propiedad del Club Lingahnie en la bahía de Madolenihmw. El pulpo corporativo de Mulder había gastado una fortuna en arenar y ajardinar esa playa. Ponape era una isla volcánica "alta" micronesia y no el idílico atolón de coral polinesio de las novelas del Pacífico Sur. Aquí llovía casi todos los días, y la orilla baja estaba cubierta de bosques de manglares desgarrados y maleza enredada.

Personalmente, Lessing pensaba que Mulder y sus compañeros de las SS habían sido astutos cuando compraron ClubLingahnie. ¡Esto no fue Tonga, Tahití o Samoa!

Escuchó un cántico débil: no nativos astutos, sino adolescentes del Club. Actualmente había alrededor de novecientas invitadas, en su mayoría jóvenes, de muchos países y organizaciones. Felix Bauer, vestido con pantalones cortos y un sombrero alpino con una pluma roja, era visible a lo

lejos en la carretera de la playa, paseando entre una columna de jóvenes vestidos de caqui que realizaban ejercicios militares.

A la vuelta de la playa, entre los siempre presentes árboles de fruta del pan, se encontraban nuevos dormitorios y pisos, edificios administrativos, una sala de recreo, aulas, una torre de radio, una pista de aterrizaje privada, piscinas, un pabellón deportivo y un hospital a gran escala. Ciertas instalaciones menos públicas también estaban ocultas por la vegetación: un circuito de obstáculos, campos de tiro, un arsenal con una sorprendente variedad de armas modernas y búnkeres que servían tanto de defensa como de objetivos militares de práctica. El gobierno de la isla, en la localidad de Kolonia al norte, sonrió benignamente y cosechó los frutos del turismo.

Lessing volvió a sentarse. No tenía nada que hacer esta tarde. Sus propios alumnos, aquellos que aprendían tácticas de guerrilla y armas, estaban en una excursión arqueológica, forjando músculos para ayudar a la sociedad histórica local a excavar las ruinas de Nan Madol.

¡Era un lugar fascinante! Detrás de un rompeolas de dos kilómetros de longitud se alzaba una ciudad abandonada de plataformas de piedra, con canales y canales entre ellos lo suficientemente grandes para canoas en marea alta: una Venecia de tamaño junior. Los muros de estas plataformas estaban construidos con enormes bloques y columnas de basalto prismático, con núcleos de piedra y escombros. Algunas de las plataformas contenían tumbas, los restos de la dinastía Sau Deleur que se extinguió poco antes de la llegada de los primeros europeos. Otros sirvieron como cimientos para templos, lugares ceremoniales y viviendas sacerdotales. Lessing había hecho un picnic con Liese en el melancólico y enigmático sepulcro de Nan Douwas, la más poderosa de todas las estructuras de Nan Madol. Habían percibido algo de la remota grandeza del pasado antiguo y se marcharon temprano, mucho antes del atardecer, por un acuerdo mutuo no verbal.

Últimamente Lessing ya tenía bastante problema para dormir. A veces soñaba con una extraña reunión corporativa en
que él mismo fue honrado como "Vendedor del Mes." Nunca se dijo explícitamente, pero él sabía cuál era el único producto de la empresa: la muerte, empaquetada en bonitos y pequeños frascos de perfume. En otros

sueños caminaba entre las tumbas de Nan Madol, y los espíritus de los jefes desaparecidos cantaban y agitaban sus cabezas plumadas y plumadas hacia él. ¿Había fantasmas? ¿Se comunicaban los espectros de los muertos rusos con los em, los espíritus del viejo Ponape?

Tenía poca formación religiosa y aún menos creencias. Solo sabía que se estaba volviendo loco.

El actual "presidente" de Ponape — el jefe supremo, el nahnmwarki, para darle su título arcaico, revivido tras la independencia y reinterpretado para encajar en el modelo político actual de la "democracia americana" — estaba fascinado por las glorias ancestrales, reales o imaginadas. De ahí la arqueología en Nan Madol. Las agonías de una Europa moribunda estaban lejos, irrelevantes para Ponape y el vacío barrido del Pacífico.

Con el tiempo, Ponape podría convertirse en un estado-nación, un imperio incipiente que haría la guerra con las lejanas islas de Truk o Kusrae. Los tambores retumbarían como en siglos pasados, y las canoas de guerra se aventurarían a repetir una vez más la triste historia del mundo aquí en el microcosmos micronesio.

Liese apareció muy abajo en la playa. Se acercó a ellos, sin aliento, cabello rubio oscuro, piel de bronce dorado y lisa como una nutria. Lessing la admiraba. No había necesidad de explicar nada sobre Jameela; Liese lo entendió. Desde que llegaron a Ponape, ella y Lessing habían sido amigas. Solo eso y nada más. El fuego fue apagado, las brasas enterradas. Ambos se dieron cuenta de que haría falta muy poco para que volviera a prenderse.

"Señora Delacroix", dijo. "De vuelta a la casa." Con los demás, Liese seguía hablando en frases entrecortadas; estaba más relajada cuando ella y Lessing estaban a solas.

"¿Alguna novedad?" Jennifer la evaluó en secreto: la mirada de la segunda plátano no tan bonita mirando a la reina de la playa. Lessing se divertía. La gente era igual en todas partes.

"La radio dice que la situación pronto estará controlada en la mayoría de las zonas. Refugiados de

Rusia siendo detenida. Repatriado en cuanto desaparezca la plaga."

"¡Pues aleluya por eso!" dijo Jennifer. "No me gustaría ver que Praga, Budapest o Viena se desvanecieran como Moscú."

"Sin embargo, algunos refugiados lograron entrar en Alemania. Los disturbios y los asesinatos siguen en marcha."

"¡Jesús!" Wrench respiró. Lessing le repitió y Borchardt siseó algo en alemán.

"Desorden", añadió Liese innecesariamente. "Por todas partes."

"¡Al menos, nadie va a usar armas nucleares!" gruñó Wrench.
"No. Grandes potencias intentando enfriar las cosas. Basta de muertos ya."

¡La subestimación de todos los tiempos! Lessing volvió a ver fantasmas. La playa estaba llena de rusos, alemanes, polacos, checos, húngaros, soldados estadounidenses con uniformes de gato y verdes ensangrentados. Quiso gritar pero no pudo.

Las figuras espectrales giraban, acusaban y desaparecían, todas menos una que seguía acercándose a él: un hombre pálido, rosa, anciano, desnudo salvo por pantalones cortos blancos y sandalias tanga, un muñeco kewpie sin cuello, calvo y feo. Era Herman Mulder, bajando con cuidado sobre la arena caliente desde el camino que llevaba a la sede del Club.

Wrench se puso de pie para entregarle a su empleador una toalla de playa. "¿Señor?"

Mulder lo desestimó con un gesto, aunque su frente estaba cubierta de gotas brillantes. "Noticias ... ¡Terrible! Goddard está en la radio ahora. Los rusos... alguien... atacó Estados Unidos. ¡Arma biológica!"

Todos balbuceaban a la vez.

"Golpeó Washington, Nueva York, Chicago. Usé los suministros de agua como vector. Una toxina generada por bacterias, algo como la botulina... tan letal como la botulina, en todo caso... pero el microorganismo que lo libera

es aeróbico y prospera en algunos lugares, incluido el cuerpo humano, donde Clostridium botulinum no puede. Y es muy contagiosa. Dios, cuántos muertos "

"¡Mi madre!" gritó Jennifer. "En Los Ángeles ... Teléfono

… !”

"Nunca vas a conseguir comunicarte", le gritó Mulder. "Lo intenté. No estamos seguros de qué ha pasado. Los Ángeles puede estar bien. ¡Ten paciencia, por el amor de Dios! ¡Cálmate! Ahora solo hay emisiones de emergencia militares."

Jennifer siguió llorando.

"¡Ayúdala, por favor, Liese! Goddard está hablando con un radioaficionado de onda corta en Ottawa. Toronto también ha sido golpeado, dice."

"¡Tengo que llamar a mi madre!" Jennifer clavó uñas escarlata en las mejillas cenicientas y salió corriendo, por el camino hacia la torre de radio. Borchardt la siguió.

Lessing descubrió a Liese en sus brazos. No recordaba haberla puesto allí. Se apretó contra él y murmuró: "¿Tú? ¿Hay alguien en Estados Unidos?"

"Nadie que conociera realmente ya. ¿Y tú?"

Sacudió su melena dorada. "Igual. ¿Ahora?"

"Dios sabe. ¿Quedarme aquí? ¿Esperar a que pase? ¿Convertiros en ciudadanos del estado soberano de Ponape?"

"Desaparecido." Empezó a estremecerse y luego a llorar. "Se ha ido. Todo terminado."

No estaba seguro de a qué se refería. ¿Su empresa aquí? ¿El Partido de la Humanidad? ¿Civilización occidental? ¿Toda la raza humana?

¿Importaban los pequeños detalles?

Mulder decía: "Si se administran correctamente, ocho onzas de toxina botulina podrían acabar con la mayor parte de la vida avanzada en la Tierra. Crear una nueva bacteria para hacer ese trabajo fue el truco. Este debe ser el 'Starak' ruso, su respuesta a Pacov. ¡Su venganza!"

"¿Venganza?" Wrench gruñó. "¡Seguro que no solo venganza!

¡Tendrían que estar locos!"

"El viejo sistema generaba locura. ¿No es eso de lo que trata nuestro movimiento? ¿Unificar, establecer el orden, construir un mundo unido en el que esto nunca pueda ocurrir?"

Lessing dijo: "Venganza, quizá; Más bien es por determinación. Pierdes una batalla, pero no te rindes en la guerra. El enemigo te da un golpe, tú le devuelves con más fuerza."

"¿Para qué demonios?" gritó Wrench. "¿Poseer un planeta muerto y destruido? ¡Mierda!"

"¿Qué está destruido? Todo sigue aquí. Mucha gente se fue, pero ¿y qué? ¡Montones de botín! ¡Ventajas económicas! Lebensraum, amigo, como siempre decís vosotros. Si ganamos, lo conseguimos todo. Ganas, ganas. Maldita sea, ¿no tiene sentido?"

"¡Soldados!" susurró Liese con tristeza. Sonaba más triste que acusadora. Se apartó de los brazos de Lessing para mirarle a la cara. "Alan tiene razón", le dijo Mulder. "Eso es lo que haría cualquier patriota comprometido: luchar hasta el final. Derrota a tu enemigo a cualquier precio; Entonces espero que te quede suficiente para reconstruir."

"¿Algún otro sitio alcanzado?" preguntó Wrench.

"Hay muchas cosas pasando. Goddard escuchó que los británicos hicieron explotar un barco pesquero en el Canal mientras este despedía una especie de niebla desde tanques de aerosol. Consiguieron el barco, pero los vientos

seguían arrastrando el material sobre la costa inglesa. Aún no hay informes de muertes. Los chinos también atraparon a alguien: algún tipo de latinoamericano. Tenía una botella vacía."

"¿Qué había dentro?" preguntó Lessing.

"Vino", Wrench no pudo evitar reírse.

Mulder le lanzó una mirada de dolor. "No tienen ni idea. La turba le atrapó primero y lo destrozó. Goddard lo recogió justo antes de que llegaran las noticias sobre Washington."

"In vino Veritas; ahora está en vino botulinusl" Los rasgos pequeños y atractivos de Wrench recordaban más la obra maestra de un embalsamador que cualquier cosa viva. Se acurrucó sobre su toalla de playa y miró al mar.

Mulder hizo un gesto para que Lessing se apartara. "Volvemos", anunció.

"¿Qué? ¿Dónde?"

"A Estados Unidos. Guam, Hawái, y luego la Base Aérea McChord en el estado de Washington. De allí al complejo de las montañas Cheyenne en Colorado."

"¡Eso es una locura!" gritó Lessing. "¿Y la toxina?"

"Me han dicho que mientras uno evite el contacto con cadáveres infectados y no beba agua sin esterilizar, debería ser razonablemente seguro. En fin, recogemos trajes de descontaminación y un avión especial de escolta en Hawái."

"¿Puedo preguntar por qué?" Pisaba terreno dudoso; Un empleado — especialmente un mercenario Beegee — no cuestionó al jefe.

Mulder dijo: "¿Has oído hablar de Jonas Outram, el presidente de la Cámara de Representantes?" "Sí, claro."

"Bueno, ahora es presidente pro tern. El viejo Rubin y su gabinete bebieron agua con el desayuno en Washington, D.C. El vicepresidente se duchó y hizo gárgaras matutinas en Nueva York. Ahora están todos muertos. Por ley estadounidense, la presidencia pasa al presidente de la Cámara."

"¡Dios mío...!"

Wrench levantó la vista y dijo: "¡Una cosa en la que el Establishment nunca pensó! Lanzaron el poste de Outram como si le lanzaras un hueso a un perro que ladra. Un pequeño regalo para la oposición para que todo parezca democrático. ¡Ahora apuesto a que lo sienten!" Empezó a reír, tembloroso. "Excepto que están con el pulgar."

"La mayor parte del gobierno en Washington ha desaparecido", dijo Mulder. "Quién sabe cuántos miles ... ¿Quizá millones? Pero Cheyenne Mountain tiene su propio suministro interno de agua, y el mando de defensa del país está a salvo. El Ejército ha declarado la ley marcial y ha llamado a todas las unidades de la Guardia Nacional que aún pueden alcanzar. Están intentando recomponerlo."

"¿Y va a ver Outram, señor?"

"Quiere verme. El movimiento, más bien. Todos los llamados partidos de derechas. Prepárate. Nos vamos esta noche."

Mulder se dio la vuelta y cruzó la playa hacia los tejados rojos de los edificios administrativos. Desde detrás de la pantalla de los árboles de fruta del pan verde brillante, Lessing aún podía oír el ritmo marcado de Bauer y las notas de "Lili Marlene", desafinadas por un grupo de niños cuyo alemán era de primaria.

La música seguía teniendo un cierto tono fatídico.

CAPÍTULO TRECE

Las revoluciones modernas atraviesan etapas bien definidas: (a) hostilidad hacia el régimen gobernante; (b) creciente descontento y resistencia; (c) aumentar la organización, incluyendo aliados de ayuda mutua entre facciones y líderes de la oposición; y (d) actividad militar, que culmina en victoria o derrota. Si una revolución tiene éxito, se desarrollan tres etapas más: (e) celebración eufórica, caos y venganza mientras se derrocan los símbolos del antiguo "Establecimiento", se prueban reformas experimentales y a menudo mal meditadas, y se "llevan ante la justicia" a líderes anteriores y otros "criminales"; (0 un periodo de consolidación, dureza ideológica, purgas y violencia mientras lo "viejo" sigue siendo erradicado y reemplazado por lo "nuevo"; y (g) una fase de reconstrucción, suavización, relajación de leyes estrictas y "ordenanzas de emergencia", posiblemente contrapurgas de ciertos líderes menos agradables de la revolución, y reafirmación de las viejas corrientes dominantes de la sociedad prerrevolucionaria. La fase (0) suele durar una o dos décadas como mucho, mientras que la fase (g) continúa hasta que el estado vuelve a fosilizarse, ha convertido en percebes de burocracia y "tradición", y se vuelve él mismo listo para la siguiente banda de rebeldes descontentos e idealistas. La Revolución Nacional Socialista— porque así fue— en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial pasó precisamente por estas etapas. La fase militar fue evitada porque los nacionalsocialistas aprovecharon con éxito el aparato electoral preexistente para llegar al poder. La Segunda Guerra Mundial, ya fuera por la intransigencia alemana como afirmaban los Aliados, o por presiones insoportables sobre Alemania, como argumentaba Hitler, truncó el proceso revolucionario, cortándolo durante la etapa (0: el periodo de mayor celo ideológico y severidad. La imagen histórica que se conserva de Adolf Hitler y los nazis es, por tanto, una de fanatismo y austeridad. Esta reputación no está del todo merecida, ya que la fase (g)—la de consolidación, mejora y reconciliación—nunca tuvo lugar. De hecho, hubo indicios de la llegada de la fase (g) a finales de los años 30: progreso económico y estabilización, intentos de reestructurar el partido y regularizar la delegación de autoridad, y los primeros frutos de varias reformas sociales introducidas por los nazis. Es cierto que estas características beneficiaron a los alemanes y no a los judíos u otras minorías, pero entonces la "apertura de mentalidad" no es de esperar durante una fase (0 de cualquier revolución— basta con las purgas soviéticas de los años 30 y la guillotina de los realistas en la Francia posrevolucionaria). Ciertos desarrollos alemanes fueron admirables:

la restauración de la moneda, la expansión industrial, la prosperidad económica general (como lo demuestran los aumentos tanto de los ingresos fiscales como de los beneficios), la construcción del sistema de autopistas, el fin de los disturbios sociales de la década anterior, etc. De hecho, las instituciones nazis fueron copiadas por otras naciones, incluso por los enemigos de Alemania, durante la guerra posterior. ¿En qué se habría convertido el Tercer Reich si hubiera sobrevivido? La mayoría de los historiadores tradicionales pintan un futuro que podría haber sido de negritud sin paliativos, tiranía y maldad; Sin embargo, el bien social mayor a menudo surge del cambio, incluso de cambios violentos y desafortunados, así como un jardín mejor crece de un suelo que

ha sido volteado, aireado y regado. La mayoría de las revoluciones siguen este proceso; ¿por qué debería haber sido diferente con la Alemania de Hitler?

—Una consideración de Historical Universal, Udo Walter Petrie, París y

Nueva York, 2021

Lunes, 15 de diciembre de 2042

Lessing protegió el bloc de notas para que ningún ojo oculto de la televisión pudiera ver. Wrench había garabateado: "Aguja que se mueve en mantel individual junto a tazas de café. Probablemente también el micrófono en la toma de corriente. Alguien realmente quiere saberlo. ¿Irte?"

Lessing usó la señal acordada: "Señor Mulder, el aire aquí dentro no es bueno para su asma. Quizá al presidente Outram no le importaría hablar durante un viaje ... ¿o en algún lugar al aire libre?"

Mulder miró a través de la mesa pulida a Sam Morgan, el joven ayudante de campo elegantemente vestido de la rama estadounidense del Partido de la Humanidad que les había acompañado desde la Base Aérea McChord hasta Colorado. Preguntó: "¿Coche, Sam?"

"Tranquilo." Morgan alzó una ceja delgada ante los dos soldados de rostro rígido que los habían guiado hacia ese laberinto subterráneo. Ellos, a su vez, se miraron y se encogieron de hombros; El de rostro pálido cogió un teléfono y susurró en su silencio.

El transporte no tardó en llegar. El teléfono chilló y los condujeron fuera por oficinas y galerías que mostraban la misma alegría decidida que Lessing recordaba de Marvelous Gap. El efecto era idéntico: eficiencia, mal gusto, tensión y claustrofobia. Esta era la sede de NORAD en el Complejo de Cheyenne Mountain: kilómetros de habitaciones y túneles, equipos de observación e inteligencia, barracones, cocinas y cámaras de almacenamiento, un conjunto completo de tropas, vehículos, armamento y tecnología aeroespacial de última generación. Los presidentes de Bom-Again habían añadido consolas de control SDI y enormes crucifijos de madera.

Y entonces alguien golpeó el mundo con Pacov e hizo que la instalación fuera tan inútil como un petardo bajo el agua.

El túnel principal desembocaba en una cámara larga y oscura que olía a gasolina y hormigón húmedo.

"Aparcamiento", dijo Morgan innecesariamente. "Debe de ser la limusina."

Por impulso, Lessing dijo: "Toma el otro en su lugar... el Titán negro junto al muro."

"Ese es el coche del general Anderson", protestó uno de los escoltas. "No tenemos las llaves."

Wrench avanzó para mirar dentro de un vehículo tras otro. "Aquí tienes uno con la llave aún en el contacto." "No podemos..."

"Acabas de hacerlo", dijo Lessing. "Dile al dueño que seremos amables con él. Lo devolveremos en dos horas y hasta pagaremos la gasolina." "Presidente Outram"

“… Querremos hablar con nuestro empleador con la máxima comodidad y seguridad."

Los dos dudaron.

"Vamos, puedes pedir permiso. Luego haz que tu gente traiga a Outram en el coche que quiera", instó Wrench. "Rodéale con el Servicio Secreto. Puede montar con la caballería del general Custer si nos da igual."

"¿General Custer? ¿Quién...? Oh...

Wrench sonrió.

Lessing desplegó un mapa de carretera, lo miró y señaló con el dedo índice una encrucijada que ya había marcado con una "X" para prepararse precisamente para esta contingencia.

"Esto tiene buena pinta. Nos encontraremos con Outram aquí. No está lejos."

El segundo soldado sacó un transmisor de bolsillo y murmuró en él. El Primero se quedó de frente, frunciendo el ceño, la sospecha nublando su rostro.

"Luz verde", concedió el hombre con el comunicador. "El presidente se reunirá con el señor Mulder donde usted diga. Un paseo por nuestro país de las maravillas invernal."

Una vez más allá de las poderosas válvulas de entrada del Complejo de la Montaña Cheyenne, el mundo real regresó: ya no más fluorescentes sin sombra ni aire acondicionado susurrante y secreto; No había olores a goma, aceite, ozono ni lo que fuera el líquido perfumado que se suponía que hacía que el aire oliera a "exterior". Wrench conducía, Lessing se acomodaba en el asiento delantero a su lado, y Morgan se sentaba nervioso atrás con Mulder.

Colorado tenía montañas; Iowa era plano. Sin embargo, este lugar le recordaba a Lessing su infancia: nieve fresca, frío crepitante, perennes

oscuras, hielo plomizo brillando en los estanques y arroyos que pasaban, un cielo tan azul que se podía pintar con él, como solía decir su profesora de sexto curso, en algún mundo olvidado y antediluviano, un mundo tan perdido ahora como la Atlántida hundida.

Se sacudió mentalmente y abrió su maletín con un clic. Dentro, encima, yacía un grueso rectángulo doblado de plástico opacamente translúcido. Él y Wrench habían preparado todo con antelación, incluida la nota mecanografiada que ahora le entregó a Mulder. Decía: "Lee con atención. La zona (habitación, vehículo, exterior) en la que estamos ahora puede estar con micrófonos. Esta lona de plástico bloquea transmisores, micrófonos de larga distancia e incluso lectores de labios con prismáticos. Se despliega hasta el tamaño de una pequeña tienda.

Ponla sobre tu cabeza y la de tus oyentes mientras hablas. Intentaremos depurar a otros primero si es posible."

Mulder asintió. Morgan miraba con curiosidad la serie de tubos, frascos y armas miniaturizadas visibles bajo el escudo de plástico en los recipientes de espuma gris del maletín. Era obvio que tenía ganas de hablar, pero Wrench le hizo un gesto para que guardara silencio. Incluso este coche, con la llave perfectamente dentro, podría ser una planta.

Lessing había elegido el lugar de encuentro propuesto al azar, sin verlo, del mapa. Resultó ser un camino lateral cubierto de surcos y nevado a medio camino de una montaña. En verano la vista era gloriosa: escarpada, verde y limpia.

Probablemente sería igual mucho después de que los últimos humanos se hubieran estrangulado en su propio caldo bacteriológico espumoso.

Las noticias que habían recibido en Seattle eran malas: muchas de las grandes ciudades del Este estaban muertas o muriendo; Houston y Dallas habían sido infectados con una espantosa intoxicación bacteriana, similar a la botulina. Brotes similares se estaban reportando ahora en Cleveland, Cincinnati, Pittsburgh, Boston, Portland, Salt Lake City, Miami y una docena de otros lugares. La nación solo se mantenía unida por las medidas más

desesperadas impuestas por la frenética policía, las unidades de la Guardia Nacional y el ejército. En Detroit, el FBI detuvo a un hombre en el mismo acto de vaciar un vial de caldo bacteriano en un depósito; El hombre tragó la sustancia y luego se lanzó al agua de todos modos. Detroit estaba ahora prohibido para cualquiera que no llevara un traje de guerra nuclear y biológica y química. El Ejército ya estimó casi un millón de muertes en Detroit. La toxina se liberaba a través del suministro de agua, pero mataba a más que solo a quienes la bebían — y a quienes se acercaban demasiado a los bebedores mientras vomitaban y tosían hasta morir; dondequiera que se acumulaba, en tanques de almacenamiento y alcantarillas, emitía humos y burbujeaba y emitía nieblas cargadas de bacterias. Cuando un incendio provocó un sistema de rociadores en una tienda de descuento en Cleveland, murieron mil personas. Era igual en todas partes; La ciencia rusa había sido casi tan exhaustiva como la de Estados Unidos en el departamento de mcgadeath.

Nueva York, Chicago y Washington eran cementerios. Los Ángeles, San Francisco, Seattle, Denver y ciertas otras ciudades del oeste habían escapado hasta ese momento. Quizá el sistema de distribución enemigo había fallado en la Costa Oeste. Quizá simplemente era más lento, y la Muerte seguía en camino.

Pacov había asestado a Rusia y Asia un golpe espectacular y de jonrón. Sin embargo, los rusos respondieron en la siguiente entrada con Starak, y parecía que era una remontada para su equipo. La serie seguía abierta.

¿Quién estaba esparciendo las toxinas? Los portaaviones entraban en Estados Unidos por las rutas de drogas: Miami y la Costa del Golfo, el frontera canadiense y los desiertos del suroeste. Morgan, que era representante estadounidense de uno de los conglomerados del movimiento, había oído que la mayoría de estas personas eran un surtido variopinto: drogadictos con hábitos tan pesados que arriesgarían cualquier cosa por un poco de polvo de sonrisa; los habituales palestinos e iraníes desposeídos; criminales, psicópatas y locos cuyo odio y codicia superaban su instinto de autopreservación; y meros dispuestos a escalar la guerra más allá de cualquier límite "civilizado" habitual. Hasta ese momento no se había capturado rusos genuinos.

"Ahí", gruñó Morgan. "Outram viene." Señaló la fila de vehículos negros y verde militar que se dirigía hacia ellos por la pendiente nevada.

Después de India y Ponape, el frío era dolorosamente inquietante. Desembarcaron en el aire frío, Mulder llevando la lona muda bajo el brazo. Le recordaba a una vieja estrella de cine — ¿era Laurel o era Hardy? … cualquiera que fuera el redondo — llevando un paraguas enrollado.

Un hombre del tamaño de un oso, con una chaqueta marrón holgada y mangas remendadas salió del coche líder. Obviamente, Outram no había planeado una excursión al aire libre; o eso, o anticipaba una conversación muy corta. Hacía más frío que las patas proverbiales del oso polar. Los que estaban detrás de Outram llevaban uniformes, abrigos oscuros o ropa de esquí a la moda: soldados, empleados de la Casa Blanca, asesores y miembros del Servicio Secreto. Dos de los últimos mencionados avanzaron, inspeccionaron a Mulder y su bulto de plástico, y luego le hicieron señas para que siguiera. Aparentemente, la prensa no había sido invitada.

Wrench sacó unos prismáticos de algún lugar y comenzó a buscar en las laderas por encima y por debajo de la carretera. "No supongo que nos dejarían examinar Outram", gruñó. "¿Y si tiene bicho-sí?"

"Olvídalo. Hay cosas que no puedes evitar." Un destello de uno de los vehículos de escolta del Presidente llamó la atención de Lessing. Señaló a Wrench, que giró sus gafas. El pequeño hombre negó con la cabeza. Probablemente alguien cerrando la puerta de un coche.

Un par de kikibirds del Servicio Secreto de Outram se abrieron paso entre la nieve hacia ellos. El de delante era rubio rojizo y de rostro sonrojado, las mejillas manchadas de escarlata bajo la capucha de su chaqueta azul acolchada. El otro, un hombre mayor, se colocó en la retaguardia como apoyo.

"¡Tú!" llamó el rubio. "¡Chicos! ¿Sois los beegees del señor Mulder?"

Lessing dijo: "Somos nosotros."

El hombre sacó un dispositivo electrónico, similar al detector de insectos propio de Lessing. "Dejad vuestras armas en el coche." Hizo un gesto

dedo índice en el maletín de Lessing. "Déjalo ahí, en la nieve, junto al poste de la valla."

Ellos accedieron. El agente primero repasó a los dos, luego el maletín y finalmente el vehículo en sí. "Algo", murmuró. ' El coche"

Todos escucharon el helicóptero al mismo tiempo. El agudo chuff-chuff - chuff de sus hojas golpeaba el aire gélido como golpes de martillo. Lessing se giró y Wrench torpeó con sus prismáticos. El pájaro kiki, también, levantó la cabeza, con los ojos entrecerrados contra el deslumbrante blanco.

La máquina era una pequeña Stinger 297-G militar, apodada la "hoppychoppy" por su maniobrabilidad. Transportaba a dos personas y se utilizaba principalmente para reconocimiento, aunque podía armarse con pequeños cohetes y armas automáticas ligeras. A unos cien metros, Mulder y Outram se quitaron la lona muda para mirar hacia arriba. Hubo actividad repentina alrededor de la flota de vehículos oficiales. Un soldado corrió hacia Outram gritando.

Parecía que el helicóptero no había sido invitado a la fiesta. ¿Periodistas? ¿Televisión?

¡No, la máquina estaba armada! Lessing vio morros romos y plateados de cohetes asomando desde los bastidores de lanzamiento bajo el fuselaje.

Lessing no se arriesgó. Le gritó a Mulder que se alejara, que se agachara, que se pusiera a cubierto. Wrench se unió y el hombre del Servicio Secreto empezó a chillar en su comunicador.

El helicóptero era hostil. El piloto giró en círculos para apuntar sus misiles a Mulder y Outram abajo.

El segundo agente llegó a su limusina, se apoyó en el techo, sacó una gran magnum automática de su abrigo y apuntó. Morgan corrió hacia adelante, quizás para ayudar a Mulder a atravesar los destellos, mientras el soldado hacía lo mismo con Outram.

La gente del presidente estaba disparando. Bocanadas de humo pálido salieron disparadas de la fila de automóviles, y el estallido de los disparos de armas ligeras golpeó las alturas y resonó de nuevo sobre ellas. A Lessing le llevaría demasiado tiempo sacar su rifle de francotirador del compartimento de su maletín. Solo podía buscar a Morgan y Wrench para atraer el fuego lejos de Mulder— si es que el salteante iba tras él y no a Outram.

Algo tosió, fuerte por encima del constante murmullo del helicóptero, y una estela de llamas salió disparada desde el vientre de la máquina. Una lanza sólida de humo perlado se grabó en el cielo.

"¡Rocket!" chilló Wrench. Tiró a Mulder de un tirón, rodando una y otra vez en la nieve polvorienta.

El misil se lanzó hacia Mulder. Luego, curiosamente, se desvió hacia la derecha, elegante como un halcón encorvado, y se lanzó directamente hacia la limusina que había usado el grupo de Mulder.

Los recuerdos de arena caliente y seca siria, de piedras y tierra cocida, lo invadieron mientras Lessing se lanzaba al suelo. Vislumbró las profundas huellas de Wrench en la blancura frente a él; Luego se lanzó contra ellos de frente. Una oleada de calor, luz y ruido insoportable le golpeó la espalda.

Se levantó con dificultad, aturdido pero aliviado de estar vivo.

Nada roto, ni sangre, ni dolor. Cualquier metralla voladora había fallado, y la nieve le había salvado de una caída desagradable. Le zumbaban los oídos; Su visión estaba borrosa. De alguna manera había conseguido darse la vuelta y ahora miraba hacia atrás hacia su coche. En su lugar, una columna de llamas y humo oscuro y aceitoso se elevó hacia el cielo. No había rastro del agente armado, y el hombre rubio yacía boca abajo en un revoltijo de rojo, azul y negro carbonizado. No se movió.

Wrench se arrastró hasta Lessing. "¡, tío! ¿Estás muerto?"

"Todavía no." Su voz sonaba metálica y lejana. Esperaba que cualquier daño auditivo fuera temporal. "¿Mulder? ¿Morgan? ¿Outram?"

"Vale, creo. ¡Maldita sea! ¡Ahí viene el cabrón otra vez!"

El saltarín y entrecortado retumbó de nuevo sobre el cuenco azul que tenían encima, un segundo cohete asomándose malévolamente por debajo. El chasquido volvió a sonar por parte de la escolta del presidente. Entonces un lápiz de fuego salió disparado de entre los vehículos, y escucharon el susurro entrecortado de un lanzacohetes GTA portátil. Una flecha de humo cargado de llamas se alzó para acariciar la caparazón verde escarabajo del helicóptero.

Una brillante flor de fuego floreció en el aire.

El helicóptero giró, se sacudió y vaciló. Luego explotó. Escombros de metal y cristal caían sobre la nieve. El cuerpo de la máquina cayó rodando hacia la carretera, a doscientos metros al oeste de la flota de vehículos de escolta.

Hubo silencio.

La gente se quedó boquiabierta, atónita por el ruido, la luz y la sombría repentina muerte de otros.

Mulder y Morgan se acercaron tambaleándose a los restos del coche, seguidos por Outram y tres de sus ayudantes. Uno de ellos gritó algo sobre ser médico; Se arrodilló para ayudar al agente rubio, pero el hombre estaba muerto, con un fragmento de cristal de la ventana de un coche enterrado en su garganta.

Un pensamiento absurdo cruzó la mente de Lessing: ¿cómo iban a explicarle esto al pobre desgraciado cuyo coche habían cogido prestado?

Sin decir palabra, todos volvieron por la carretera para inspeccionar el helicóptero. Su segundo cohete había explotado en su montaje, y la máquina era un infierno. Se necesitaría una ciencia forense seria para

identificar a sus ocupantes. Uno de los hombres de Outram usó su comunicador y supo lo que Lessing esperaba: ningún registro de ninguna autorización ni plan de vuelo. Ya no.
Alguien había estado

ingenioso. Los hechos podrían acabar descubriéndose, pero llevaría tiempo.

Outram hizo un gesto a su escolta de vuelta hacia sus coches. Se alzaba sobre sus hombres, una morsa corpulenta de unos sesenta y tantos años, con una cabeza llena de cabello despeinado y gris hierro, bigotes caídos y piel moteada como un limón dejado demasiado tiempo al sol. Lessing no recordaba si era de Idaho o de Wyoming — uno de los dos.

El presidente hizo señas a uno de sus ayudantes. "Que Pierce, MacNee y Korinek se encarguen de esto, Charley. Averigua quién demonios está detrás de esto." Miró más allá hacia un coronel del ejército uniformado. "Y, George, voy contigo. No hay helicópteros... ¡Ningún gran pato real volando sobre todos los cazadores de la creación!"

Todos se apresuraron a obedecer. Outram se giró, vio a Mulder y gruñó: "Tú también vas conmigo, Herman. Tú y tus chicos. Y no me vengas con la seguridad, George. ¡No después de esta mañana!"

George apretó los labios, despidió a su chófer alistado y se puso a conducir.

Al entrar en el último tramo de carretera que conducía al complejo, Outram se inclinó hacia adelante. "Escucha", le dijo a George, "no voy a volver a ese agujero. Encuéntranos un motel... uno con buen café... y hablaremos mientras comemos."

Lessing, junto al conductor, abrió la boca para protestar, pero el presidente le dio una palmada jovial en el hombro. "Claro, ya no tenemos tu cortina de ducha de plástico, pero ¿qué demonios? De todas formas, todo el mundo lo sabrá."

No hubo discusión. En el asiento de atrás, Lessing vio a Wrench hacer un gesto circular de advertencia a Mulder: también eran posibles micrófonos, grabadoras y dispositivos espía en este vehículo.

Mulder le ignoró y dijo: 'El misil ... el cohete... estaba dirigida a nosotros, Jonas. Sin embargo, se desvió en arco y golpeó nuestro coche."

"Probablemente un buscador de calor. El motor de tu coche estaba apagado, pero seguía siendo lo más caliente que el maldito misil podía ver dentro de su alcance."

Lessing tuvo otro pensamiento. "El hombre del Servicio Secreto ... el que fue asesinado por metralla"

"¿Cargill? ¿Y él?" Outram se giró para mirarle la cara, recortada contra las ventanas de cristal ahumado del asiento delantero.

"Justo antes de que impactara el cohete dijo que había algo raro en nuestro coche. Quizá un error. Quizá era un dispositivo de localización para el misil."

"¿Pero te fuiste por encima del coche...?"

"No tuvimos mucho tiempo. En fin, si la cosa no consumía energía ni emitía señal, no podía detectarse hasta que se activara, probablemente por radio. Escóndelo en el contacto, en la transmisión.
el ordenador de comprobación de sistemas, y nadie podría encontrarlo sin destrozar todo el coche."

"Puedes pintar circuitos directamente sobre la carrocería", añadió Wrench. "Luego rocía un acabado esmaltado encima. Un transistor aquí, otro allá. Todo el coche se convierte en un bug."

"Tengo mucha oposición", declaró Outram alegremente. "Gente que prefiere tener una mierda en su sopa antes que yo para presidente. Mis padres son buenos, eso sí. Encontrarán a los bastardos responsables." Mientras hablaba, su acento vaquero parecía desvanecerse, como música lejana. Camaleones y políticos cambiaron de color con buen resultado.

La respuesta de Outram no fue tranquilizadora. ¿Y si el misil solo hubiera sido planeado para el coche de Mulder? ¿Y si el salto-agitado, que llegó tarde al lugar de la reunión tras desembarcar, no hubiera tenido tiempo de reprogramar el misil para apuntado manual? Los asesinos podrían haber decidido intentar con Mulder — o Outram, o ambos — de todos modos.

"¿Esto ... este asunto de hace un momento... ¿cambiar lo que hablamos?" preguntó Mulder en tono neutral.

"Ni de coña, Herman. Vosotros tenéis la organización, especialmente en los estados rurales... el sur, el medio oeste, el noroeste. Podemos aprovecharte."

"Como he dicho, no somos tan poderosos ni tan bien estructurados como crees..."

"¡Tonterías! He visto las impresiones de Ochenta y Cinco... Algunos, al menos. Tienes tentáculos, Herman. No sé para qué los has conseguido, pero tienes más tentáculos que un pulpo toro. Tienes grupos de iglesia, pero no eres predicador; escuelas, pero no eres educador, universidades y colegios, pero no eres un maldito cabeza de huevo flip-top; Comités laborales, pero tú no eres un sindicalista; mucho capital que se extiende hasta el extranjero y hasta las grietas en varios lugares..."

"De verdad

"¡Mierda!" Reprendió Outram, imperturbable. "Lo único que no eres es lo que nosotros... mis padres... Tampoco está: gestionado por minorías, se podría decir. Los derechos civiles son 'injusticias civiles' en muchos casos."

"En algunas cosas estamos de acuerdo", respondió Mulder. "Pero nosotros... mis amigos... compartimos intereses más amplios y más internacionales"

"Perfectamente. Más soleado en julio, Herman. Donde estamos juntos, estamos juntos. Donde no estemos, luego luchamos." Outram contuvo la respiración. "¿Has visto lo que pasó esta mañana? Vamos a conseguir mucho más de eso: gente que quiere cosas que nosotros... tú y yo... No lo hagas. Quizá izquierdistas, quizá liberales, quizá las minorías, quizá los hombres del

dinero y los industriales, quizá los soldados... como George aquí "Hizo una mueca mirando la parte trasera de la cabeza del conductor
y nudillos gruesos y manchados agrietados. "Una cosa es segura: no voy a devolver a Estados Unidos a ellos que lo estaban arruinando antes. No más lobbies de la gran ciudad, no más robar a gente buena y trabajadora para complacer a cada 'interés' con su propia fila que atender. ¡No más enviar miles de millones al extranjero para apuntalar a unos cabrones que te escupan en la mano incluso mientras te quitan el dinero!" Mulder emitió un gruñido evasivo.

"¿Puedes cumplir, Herman? ¿Puede su gente ayudarnos a organizarnos? ¿Ayudarnos a luchar? ¿Ayudar a reconstruir el país?" La voz de Outram adquirió un tono resonante y sepulcral, como el de un órgano. "Deberías haberlo visto: los muertos apilados en montones de seis metros de profundidad, los incendios, los restos, los saqueadores, los jefes locales pensando que ahora son señores de la guerra todopoderosos y construyen sus propios ejércitos privados. ¡Ayudarás, Herman! Cuando veas lo que yo vi, ayudarás. Sea lo que sea que tú y tus padres creáis, seguís siendo americanos. ¡Probablemente sois mejores americanos que los débiles que nos metieron en este lío en primer lugar! “

"¿Dónde estaban las tropas regulares?" se preguntó Wrench. "¿La policía? ¿La Guardia Nacional?"

"Ha pasado tan rápido. Nuestros chicos estaban ocupados o muertos. Muchas de nuestras fuerzas en el extranjero no podemos volver a casa... ¡De hecho, de algunos ni siquiera hemos sabido nada de nosotros todavía! Todavía tenemos unidades lidiando con lo que queda de los rusos, los chinos y Oriente Medio. Centroamérica igualmente. Japón está atrincherado, esperando a Pacov o Starak... O quizá ambas cosas. También Corea, Australia y otros lugares."

"¿India?" Lessing tenía que saberlo.

"¿Qué pasa con eso? Rama-cómo-se-llame ha convertido a India en una dictadura hindú. Todavía no hay Pacov ni Starak allí... que sepamos."

"¿Los misiles?" preguntó Mulder. "¿Las plataformas espaciales?"

"Entre nosotros y los rusos, tenemos más mierda en el cielo que Dios. Casi lo teníamos todo en nuestras manos también, la semana pasada. Un ruso más nervioso con un dedo que pica, y habríamos tenido fuegos artificiales sobre el Polo. Gracias a Dios que Pacov eliminó a casi todos sus lanzamisiles y su cadena de mando."

"¿Y ahora ...?"

"Estamos casi acabados. Muchísimo de nuestra gente vivía en ciudades, Herman. No los perdimos todos, pero sí millones. Y el resto está sacudido de sus árboles, tan desorganizados que ni siquiera podemos conseguirles comida y provisiones. Rusia es menos ciudadana, pero Pacov nos pegó más fuerte que a nosotros con Starak o lo que sea. Sus bajas son algo así como el ochenta por ciento de su población... prácticamente toda la Rusia europea, muchas regiones centrales, el Caspio... ¡Jesús!"

"¿Europa? ¿Israel?"

"Gran Bretaña está furiosa con Starak. Europa está llena de refugiados, e Israel está bien: ocupado culpando a los árabes y pisoteando a los palestinos, los judíos incluso amenazan con volar La Meca y Medina si los musulmanes no se hacen pacíficos rápido."

"¡Eh! Realmente deben estar sintiendo la avena, exclamó Lessing. Los israelíes habían dejado esos dos lugares como "ciudades sagradas internacionales" independientes para mantener al resto del mundo islámico alejado, sabía él. Había luchado allí y había sentido el ritmo.

Outram le lanzó una mirada calculadora. "¿Sabes algo de esas partes, joven?" Cuando Lessing asintió, el presidente dijo: "¡Entonces serás útil más adelante, si aguantamos las próximas semanas!" "" "Otra vez. ¿Cómo podemos...? mis compañeros y compañeros de trabajo... NEIP /

preguntó Mulder. .

"Tenemos que luchar contra quien haya hecho esto, Herman. Dios sabe qué harán los cabrones después. Luego, si ganamos, tenemos que reconstruir. Tenemos que hacer bien el trabajo, o la próxima vez algún imbécil realmente les pulsará los botones... ¡en este país y en Rusia! Entonces sube el planeta^ y nosotros, los pobres pardillos de aquí abajo, no tendremos ni una vaca para mantenernos en pie

° n Las miradas absortas en los rostros de Wrench y Morgan le dijeron a Lessing que Outram tenía carisma. Por eso había sido elegido en todos los mandatos desde que Lessing tenía memoria— y por eso todos los intentos liberales de destituirle habían fracasado. Hablaba a la mayoría de los estadounidenses de formas que ellos entendían: de forma clara y directa, aunque algo profana, a los hombres, y cortésmente—
"Viejo vaquero —a

Las mujeres. . „ , ,

Lessing cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Había escuchado demasiados discursos demasiadas veces antes. Hubo más, mucho más, mientras conducían, todo interpretado con el mismo aire de espacios abiertos y occidentales. Lessing miró al conductor de rostro inexpresivo y se preguntó qué pensaría George.

Más importante aún, ¿qué pensaba él mismo? El mensaje de Outram sonaba cercano al de Mulder: el bien de la etnia de uno, de la nación, de la comunidad. Haz lo que tenías que hacer para mantener a tu propia familia. Si eso significaba dominar a otros grupos, entonces te quitaste el sombrero y dominaste, tan pacíficamente, con delicadeza y educación como pudiste. Eso no fue "malo". Eso era ético y realista correcto'. Si la dominación tenía que hacerse a costa de grupos más pequeños, menos agresivos o menos exitosos, que así fuera. Una era la forma en que todo se desmoronaba. Llámalo "realismo" o "evolución creativa en acción". ¡Adiós, dinosaurios! ¡Adiós, caracol y pájaro dodo! ¡Hola, interés propio ilustrado!

¿Y eso era algo tan malo? Por supuesto, iba en contra de las grandes religiones y tampoco encajaba con el humanismo liberal;

sin embargo, Lessing sabía que esas instituciones consagradas predicaban más de lo que practicaban. Así que fue con su madre, y así fue en Angola, Siria e India. Así fue también en Estados Unidos, pero la hipocresía se había vuelto cada vez más sofisticada a medida que los medios aprendían a presentar la "realidad" a su manera.

El interés propio ilustrado no implicaba crueldad ni indiferencia; De hecho, el mundo se beneficiaría de ello, ahora que el sistema actual estaba en caos y apocalipsis a solo un latido. El Partido de la Humanidad prometió dejar de hacer tonterías y resolver los problemas intestinales de comida, guerra, empleo, superpoblación (¡quizá ya no más!), contaminación y mucho más. Los orígenes del Partido no importaban; ¿a quién le importaba si venía de las SS, la iglesia cristiana, los Bangers o el Abominable Hombre de las Nieves? Lo importante era que ofrecía una salida a este abismo actual. Pacov y Starak solo hacían este mensaje más claro: la humanidad ya no podía avanzar cojeando de catástrofe en catástrofe. De hecho, la crisis actual podría ser ya la última.

El fracaso esta vez sería el final. Todos. Terminus. Fin. ¡Bienvenidos de nuevo al Paleozoico!

A Lessing no le interesaba demasiado. Nunca se había unido a ninguna organización política, religión o movimiento. ¿Para qué molestarse? Que otros ondeen las banderas; simplemente hacía su trabajo, en silencio y sin alarde, hasta que alguien le pagaba para que fuera a hacer otra cosa.

El motel que encontraron estaba mínimamente abierto. Se había corrido la voz de que Colorado, con sus yacimientos de misiles y bases militares, era un objetivo probable para Starak y ojivas atómicas, así como para bandas Banger descontroladas de los guetos de Los Ángeles. Los refugiados de ambas costas y de Texas preferían continuar hacia Montana, las Dakotas o llegar a Canadá.

La diminuta anciana de rasgos duros que dirigía el lugar se quedó boquiabierta ante la invasora multitud de limusinas, uniformes, trajes oscuros y chaquetas de esquí brillantes. Luego metió el chicle bajo la

encimera y se puso metódicamente a avivar el gran café-um junto a la parrilla.

Outram les hizo señas a todos para que "se prepararan". A George añadió: "Prepárate habitaciones esta noche."

El agente frunció el ceño. "¿Este lugar, señor?"

"Pasé mi juventud en habitaciones de motel ... Y tampoco siempre durmiendo. Consigues toda la seguridad que necesitas. Llama a los helicópteros de patrulla... ¡Solo para que estés seguro de que esta vez son nuestros! Registrad a MC y Herman en habitaciones al final de la pista, pero en realidad nos quedaremos aquí arriba, cerca de la cafetería. Eso no debería engañar a ningún cabrón que sepa dónde estamos y quiera pedir un ataque aéreo."

George se alejó apresuradamente. Outram hizo señas a Mulder para que se acercara a un reservado en la entrada y permitió que tanto Lessing como uno de los Secretos

Militares para revisar si hay micciones. No encontraron ninguna, y el Presidente hizo un gesto para que todos menos Mulder se apartaran.

La rica fragancia del café americano —indisponible en la India— llenaba la sala sobrecalentada. Llegaron olores a ropa mojada por la nieve y, tras un rato, a hamburguesas, patatas fritas, huevos y bacon. Los cubiertos tintineaban por encima del murmullo de voces. Pasó una hora y el sol menguante transformó los patrones de escarcha de las ventanas en zafiro amarillo y topacio naranja. Los Papás Noel de papel recortados pegados en los cristales se convirtieron en ogros manchados de sangre, y el pequeño y marchito árbol de Navidad junto a la caja registradora brillaba con una luz rojiza, como la zarza ardiente de Moisés.

Este año Papá Noel fue salpicado de sangre, y la zarza ardiente no fue una señal de un Dios atento, sino más bien un presagio de su último Terrible Trump.

¡Vengan a Judgment, amigos! ¡Es el Día del Armagedón!

Un hombre corpulento del Servicio Secreto entró pisando fuerte, todo nieve y respiración humeante, para decirle a Outram que los aficionados a los medios lo habían localizado. Tres coches llenos de televisores y periodistas esperaban fuera.

Outram frunció el ceño. "¡Que los cabrones se congelen! Diles que no hay comentarios esta noche." Luego cedió. ", sacadnos a Herman y a mí por la puerta trasera y a nuestras cabañas. Cuando nos vayamos, puedes dejar entrar a esos cabrones para que se calienten. ¡Este tiempo le pone hielo a un muñeco de nieve!"

Pasó una hora antes de que las dos cabinas estuvieran preparadas y revisadas. Lessing, Morgan y Wrench estaban alojados en la cabaña adyacente a la de Mulder, donde montaron sus propios centinelas. Mulder parecía confiar en Outram, pero Lessing se negaba a arriesgarse.

Bajo la fría y extraña luz de la luna, con la nieve cubriendo un mundo de azules pastel, grises y negro implacable, Lessing se apoyó en el montante, justo dentro de la única puerta de su cabaña. Nada se movía fuera; solo la figura rígida y angustiada de un hombre del Servicio Secreto era visible en la nieve junto a la ventana de Outram. ¡Dios, el hombre debe de tener frío! El precio de servir a los poderosos.

Un resoplido en la oscuridad le indicó que Wrench estaba despierto. Escuchó los sonidos serpenteantes de ropa poniéndose y zapatos deslizándose; Entonces el hombrecito estaba a su lado.

"¿Importa?" Lessing gruñó. "¿Tienes que mear?"

"No puedo dormir. ¿Algo?"

"No."

Wrench notó al hombre del Servicio Secreto y emitió sonidos de cloqueo. "¡, tendrán que descongelar a ese tipo con un soplete!" "Alegraos de que

Mulder no nos haya puesto de guardia ahí fuera." "¡Que se joda eso! La devoción tiene sus límites."
Lessing resopló. "¿Cómo está Morgan?"
"Dormir el sueño de los inocentes. ¡Es un joven prometedor, un chico rubio que nunca esperó ser también batman del General Washington en Valley Forge!"

"¡Doble de qué!"

"Batman ... ayudante de campo, valet. Ya sabes. Periodo del ejército británico, querido chico."

Lessing cambió de un pie entumecido al otro. Una pregunta le había estado rondando todo el día, y la hizo: "¿Qué quiere Outram? ¿Por qué llamar a Mulder desde Ponape?" Wrench sabría si alguien lo sabía; Lessing le había visto hablando con el personal del presidente.

"Outram no puede mantenerse entero. Necesita a Mulder... el Partido."

"Por el amor de Dios, ¿por qué? Es el presidente. Tiene al Ejército, a los Marines... la policía."

"Washington se ha ido, Nueva York se ha ido, Chicago es una morgue. Las cosas se están desmoronando rápido. El ejército quiere empujar el carro. También algunos gobernadores, algunos alcaldes y muchos otros hombres. Outram sabe que no puede con ellos solo. Tampoco puede usar los controles tradicionales; Antes de que pudieras decir 'lox 'y bagels', tendrían que 'volver a la normalidad'. Cree que el Partido tiene potencial."

"Tu grupo es demasiado pequeño. ¿Qué puede hacer?"

"Mucho. Outram está pidiendo favores a todas las llamadas facciones 'derechistas' del país. Tiene que recomponerse ante los liberales de la gran ciudad del Establishment ... lo que queda de ellos... Haz que los suyos vuelvan a funcionar. Necesita apoyo, pero la derecha política está dividida en personalidades, partidos y sectas... ¡Todos jodidos, con los pantalones bajados como siempre!"

"¿Y?"

"Ahí es donde entra el Partido de la Humanidad. Outram conoce a Mulder, y sabe que nuestro Partido es el mejor organizado, mejor financiado y mejor entrenado de todos los 'derechistas' que hacen la mierda. También somos internacionales, conocemos los negocios y tenemos credibilidad en el Tercer Mundo. En los Estados Unidos somos más fuertes en zonas rurales, pueblos y ciudades más pequeñas... los mismos lugares donde vive la mayoría de la gente, la verdadera mayoría americana. Son los que han sobrevivido a Starak bastante intactos. Muchos de ellos creen lo que nosotros creemos, pero no podrían decirlo... No con los lobbies, los grupos de presión y los medios de comunicación listos para criticarles por ser 'racistas' si abren la boca. El apoyo rural también es históricamente adecuado para el Partido. El Partido Nacional Socialista en Alemania tenía un fuerte lado 'granjero': radicales agrarios, la dignidad del trabajo, chicos de campo con guadañas, jóvenes arios robustos con horcas junto a fräuleins rubios y gorditos, trenzas y pechos grandes, jaV

Lessing se rió. "He visto los carteles. No es mi tipo."
"En fin, la gran mayoría americana está bastante cabreada. Lista para levantarse por fin y patear culo por sí sola. Siempre lo ha sido, a lo largo de la historia. ¡Nadie, pero nadie, puede atacar nuestra etnosis y no recibir un golpe mucho mayor a cambio! ¡Outram puede aprovecharnos, seguro! Probablemente suponga que tenemos planes para más tarde, pero ahora no puede ser exigente."

"¿Qué sigue?"

"¡, pregúntale a Mulder! Lo único que recibí fue que por la mañana se darán órdenes a nuestros cuadros americanos para que empiecen a tocar el tambor. ¡Poned los carteles, cantad, bailádamos y vended aceite de serpiente como locos!"

"¿Sacar la votación mientras la oposición aún está desarmada?"

"Sí. Así."

Lessing preguntó: "¿Y Mulder? ¿Qué quiere? ¿Pero qué demonios es él, de todos modos?"

"Quiere un mundo mejor dirigido, uno donde su etnos... su gente, su Volk, su nación... puede brillar de nuevo y ser libre."

"Eso está bien para un comunicado de prensa. Ahora cuéntame el resto."

Los ojos de Wrench brillaban azul polvo bajo la luz de la luna. "¿Heterosexual?"

"Sí."

El pequeño hombre sopló las mejillas. "¿Qué le mueve, tan profundo? No lo sé. Quizá quiere recuperar su honor, el honor de su abuelo y de los demás que murieron por el Tercer Reich."

"¿Después de casi cien años? ¡Vamos!"

"No, en serio. Ellos... las SS ... muchos otros alemanes ... Hicieron lo correcto para su país. Por una Europa libre de comunistas. Por la raza aria. Por el futuro del mundo."

"Eso fue hace un siglo. ¿A quién le importa ahora? ¡Nadie! ¡Mulder es tan inconstante como un simple que conocí y que quería restaurar el Imperio Romano!"

"¿Quieres saber a quién le importa? ¿A quién le importa realmente? ¡Los tipos que siguen usando su llamado 'Holocausto' para sacarnos dinero a los 'culpables'! Los que venden una versión groseramente falsificada de la historia del siglo pasado y tratan de encarcelar a cualquiera que no esté de acuerdo con ellos.
Se preocupan mucho."

"Dicen que eres tú quien distorsiona la historia."

"Entonces, ¿por qué no nos enfrentan a nosotros...? examina nuestras pruebas, debate, habla... ¿Actuar como historiadores de verdad en vez de

policía del pensamiento? ¿Por qué excluirnos de los medios, aprobar leyes contra nuestra forma de hablar, perseguirnos, demandarnos y vilipendiarnos? Esto es lo que enciende el fuego de Mulder: una cuestión de justicia y un trato justo. Ya ni siquiera se puede debatir un punto de vista diferente, y mucho menos presentarlo como una 'opción' en una escuela o universidad. La historia es lo que dicen que es. Los antepasados de Mulder ocupan el primer papel como los villanos originales, de primera fila, de primera audiencia, de clase mundial, criaturas de Satanás, asesinos. Demonios, monstruos y sádicos. Diga

diferente y eres un 'antisemita', un 'nazi', un psicópata. Eres malvado. Pierdes toda credibilidad, quizá tu trabajo, quizá tu vida."

"Ya es historia antigua, agua sobre la presa. ¿Por qué no simplemente ceder y seguir adelante? ¿Que los judíos tengan su 'Holocausto', real o no?"

"¡Porque nos afectan, tío! Su influencia social, económica y psicológica moldea nuestro mundo y nuestras vidas." Wrench movió los dedos. "Tenemos derecho a examinar lo que nos están diciendo. Tenemos derecho a la libertad de expresión, a la verdad. Tenemos derecho a defender nuestro propio ethnos."

"Algunos ven eso último como 'racista'. Mucha gente piensa que el 'racismo' es antiamericano."

"Que lo hagan. Muestra lo que saben sobre la verdadera voluntad de la mayoría. El 'racismo' ilustrado es la salida más corta de nuestro actual caos. No odiamos a nadie; no queremos masacrar a judíos u otras minorías. No somos paletos que odian a cualquiera que se vea diferente. Estamos por América: por la libertad de los lobbies y los 'intereses', por la libertad de expresión, por la libertad de que nuestro pueblo pueda dirigir sus vidas como les parezca. Es muy estadounidense querer que nuestra nación, nuestro étnico, tenga éxito y prospere, que la defienda contra quienes la derribarían y nos convertirían en algo que no queremos ser."

Lessing se frotó el puente de la nariz. "¡Dios, Wrench, pero eres un imbécil cuando hablas de estas cosas! Como solía decir mi padre, '¡Dios nos salve de sacerdotes, patriotas y carteristas!'" Caminó de un lado a otro, y luego volvió de nuevo.

Nunca había encontrado nada en sí mismo que pudiera llamar patriotismo, idealismo o religión. En el instituto, una de sus amigas, Emily Pietrick, había encontrado un término en algún poema o novela que decía describirle perfectamente: "el hombre vacío". Le había mostrado que no estaba vacío — al menos no en la cama — pero la idea seguía molestándole. De una manera extraña, se encontró envidiando a Mulder.

Wrench cambió de tema con diligencia: "¿Has oído lo que George le dijo a ese grandullón, el tipo de la nariz roja que parece banquero?"

"No. ¿Y cómo es un banquero?"

"Como él. De verdad. De todos modos, Outram quiere que algunos de sus chicos vayan a Nueva Orleans para organizar las cosas."

"¿Y bien?"

"Está enviando a otros a Washington para asegurar el terminal central de Ochenta y Cinco, el gran ordenador central. Corre el rumor de que ciertos hostis pretenden apoderarse de él."

"¿Cómo nos afecta eso? Volvemos a Ponape."

Wrench sonrió, una media luna de un azul blanco brillante. "Morgan se va a dar una palizada al desfile en el Medio Oeste. Mulder va con Outram a Nueva Orleans. Pero nosotros... tú y yo, pobres imbéciles..." hizo una pausa para dar efecto: "... viajamos con los chicos de Outram hacia Washington, lo que sea que le quede a Pacov"

Lessing se quedó mirando. "¿Qué/o?"

"Algunas de las corporaciones del movimiento tenían oficinas en Washington. Algunos de nuestros grupos políticos y lobbies también tenían sede allí. Vamos a hacerles visitas para ver si están muertos."

"¡Cualquier soldado de la Fiesta puede hacer eso!"

"Sí, pero es una buena excusa para dar a Outram. La verdadera razón por la que estamos aquí es para ver si alguno de nuestros propios contactos en la terminal principal de Eighty-Five sigue funcionando. Si están bien y dan luz verde, entonces nos mantenemos bajos. Pero si los adversarios están rebuscando en los archivos 'olvidados' de Ochenta y Cinco, actuamos. Con extrema severidad."

"Repito, maldita sea: ¿por qué nosotros? ¡No sé distinguir un mainframe de una afeitadora eléctrica!"

"/ puedo. ¿No lo sabías? ¿Nunca echas un vistazo a mi expediente personal en Indoco? ¡Sí que te he mirado!" Wrench contuvo una burbuja de risa, Morgan se removió en la cama más alejada. "¡, Lessing, tengo un doctorado en informática del MIT!"

"¡Jesús! ¿Y tú trabajabas en seguridad para Indoco en India?"

"Razones." Wrench rara vez hablaba de su pasado, y aún menos de sus objetivos personales. Puede que solo esté diciendo la verdad.

"Vale, eso te explica. ¿Pero por qué yo?"

"Vas con tu equipo para protegerme. Eres el soldado de Mulder, general de sus fuerzas, el Herr Generaloberst de su Wehrmachl. Así es como te ve él."

Lessing explotó: "Maldita sea, te lo he dicho y se lo he dicho a él: ¡No soy miembro de tu Partido! Solo trabajo aquí."

"Eso es a lo que me refería cuando te llamé Generaloberst de la Wehrmacht ... no los Obergruppenführeroi ni los Wqffen-SS. Eres el militar apolítico, no el soldado ideológico del Partido."

La distinción pasó desapercibida para Lessing. Estaba cansado de los juegos políticos y harto de los intentos cobardes de Wrench de reclutarle para la "causa". Gruñó, "He dicho: solo trabajo aquí. Deja al resto en paz." Wrench adoptó una pose llena de alma. "Mulder también te ve como otra cosa."

preguntó Lessing antes de pensar; Quizá no quería oír la respuesta. "¿Qué?"

"El hijo que él y el Hada Madrina nunca podrían tener."
Por alguna razón, eso tocó una fibra sensible. "Mierda", soltó de forma brusca. ¿No había tenido ya suficientes problemas con sus propios padres? Los recuerdos intentaban aflorar a la conciencia, pero los apartaba como mosquitos de verano.

Wrench le miró, un poco aprensivo. "Claro. Vale... ¡Vale! Volviendo al trabajo. El señor Lessing va a Washington. ¡Salva al señor Charles Hanson Wren y a la preciosa señorita ochenta y cinco! ¡Todo por la democracia, por América, por el mundo!" Añadió una risa débil.

Morgan estaba levantado, con el pelo despeinado, frotándose los ojos y bostezando enormemente. "Hablas demasiado. ¿Mi reloj?"

Lessing se giró para mirar la pálida desolación plateada por la nieve enmarcada en el único cristal de la puerta. Se encontró mirando su propia imagen reflejada. Dios, no parecía mejor que Morgan. De hecho, me vino a la mente la vieja frase "como la muerte calentada" — o en su caso "como la muerte congelada".

Soltó un largo suspiro cuidadoso y algo tembloroso y se fue a la cama.

CAPÍTULO CATORCE

A diferencia del comunismo, que propone el fin tanto de la propiedad privada como del capitalismo de mercado, el Estado nacionalsocialista vulnera los derechos, privilegios y patrones de comportamiento tradicionales solo en la medida en que debe para frenar las tendencias antiestatales y un retorno a las estructuras débiles, confusas y frecuentemente contradictorias de la "democracia liberal"—¡que nunca fue realmente "liberal" ni verdaderamente "democrática" en primer lugar! El comunismo exige cambios fundamentales tanto en la naturaleza humana como en la sociedad humana; El nacionalsocialismo fortalece y racionaliza las estructuras sociales familiares, y potencia aquellos valores con los que los miembros de un determinado ethnos se sienten más cómodos. Un estado nacional socialista moderno requiere: (a) una ideología completa y holística; (b) una única organización dedicada a servir esta ideología, encabezada ya sea por un líder carismático o por un pequeño grupo de líderes; (c) autoridad completa sobre el ejército, la policía y el poder judicial; (d) una economía planificada centralmente, junto con las estructuras de aplicación necesarias para implementarla de manera eficiente; y (e) control total sobre las comunicaciones de masas. A lo anterior se puede añadir una nueva característica, una que solo se ha hecho posible en los últimos tres cuartos de siglo: un sistema centralizado de recuperación de información. Las casi inimaginables complicidades de la sociedad moderna requieren un mantenimiento eficiente de registros, almacenamiento de datos y correlación de cuestiones interrelacionadas como la producción industrial, el transporte, la educación, el suministro de alimentos, el empleo y el trabajo, los servicios humanos, y mucho, mucho más. En tiempos anteriores esto habría sido imposible o bien habría requerido un ejército de funcionarios públicos. Ahora es posible gracias a la tecnología informática. Por supuesto, no se puede permitir que un sistema informático así tome decisiones—esta prerrogativa pertenece intrínseca y eternamente a la humanidad—pero sí puede utilizarse para almacenar grandes cantidades de datos e integrar, correlacionar, extrapolar y representar escenarios de "¿y si...?", aportando nuevas perspectivas y ahorrando energía humana.

—El sol de la humanidad (extractos del tercer borrador previo a la publicación), de Vincent Dorn

Viernes, 19 de diciembre de 2042

“Suerte que no tuviste que verlo", dijo el capitán de los Marines.

"Coches llenos de cadáveres amontonados en el peor atasco de la historia, cuerpos amontonados entre los vehículos como muñecos de trapo en el armario de mi hijo, excavadoras empujando montones de cadáveres fuera del puente de Arlington para despejar la salida de la ciudad, las avenidas a lo largo del Mall llenas de muertos."

"¿Starak siempre es fatal?" preguntó Lessing. Su traje de la NBC era caliente, ajustado y claustrofóbico. Lo peor fue contemplar una bonita tarde de invierno gris y de fotos en Washington D.C., y saber que ese paisaje era tan letal como la superficie desnuda de la luna.

"Hasta donde sabemos. La intoxicación por botulina a menudo puede curarse si la detectas a tiempo. Aun así, ¿quién tiene los sanitarios o los suministros para tratar a un par de millones de personas en el área metropolitana de Washington? Y tampoco estamos seguros de que la toxina generada por Starak sea botulina real. Los rusos desarrollaron esta versión como arma. Un poco de empalme genético ayuda mucho."

"Tanta gente"

La inmensidad de la tragedia desafiaba la comprensión. Fuera de su furgoneta médica sellada, las calles estaban mayormente vacías y limpias bajo un cielo teñido de plomo y escarchada. Aquí y allá un coche había saltado por la acera, y algunos edificios eran proyectiles ennegrecidos por el fuego, pero no parecía tan grave como Líbano — y mucho menos como lo que los israelíes habían dejado de Damasco durante la Guerra de Baalbek.

El capitán tocó el brazo de Lessing. "No quite los dedos en la válvula del traje, señor. Probablemente quieras abrirte y respirar aire fresco, pero el contagio sigue siendo un riesgo y el hedor es horrible. ¿Ves todos estos edificios por los que pasamos? No hemos tenido tiempo de limpiarlos de cadáveres. Ya ha sido bastante difícil abrir las arterias principales."

Sonaba como un guía turístico advirtiendo a los pasajeros que no se levantaran en el autobús. El horror se había vuelto algo común, lo impensable en una forma de vida. Lessing había visto a muchos hombres como el capitán en Siria.

El capitán señaló con un dedo enguantado el parabrisas del vehículo. "Dos calles más y llegamos al Centro Nacional de Investigación de Defensa."

Estaban en Suitland, al sureste de la capital, en dirección a la Base Aérea Andrews. Los Born-Again se habían expandido en esta dirección; más tarde, la administración Rubin había construido grandes complejos de oficinas al noroeste, donde antes de los disturbios agrícolas de 2023 se encontraban el Hospital Columbia y la antigua Oficina Meteorológica. Wrench dijo que algún burócrata había propuesto originalmente poner a Eighty-Five en el sub-sótano bajo el edificio del Hacienda, pero incluso a los políticos les pareció demasiado obvio.

Menos mal que Eighty-Five no estuviera en el centro de Washington. Hoy en día ningún turista sube por Constitution Avenue. Las fuerzas armadas y lo que quedaba de la policía seguían recogiendo cuerpos allí y disparando a saqueadores —y a supervivientes infectados— al verlos. Había sido difícil conseguir un guía y un transporte para su misión hasta la instalación de los Ochenta y Cinco, pero Outram había ejercido su considerable influencia, y este capitán de Marines, un conductor, dos paramédicos y una de las preciadas furgonetas médicas acabaron siendo asignados a ellos. Lessing y Wrench debían acompañar como "observadores", mientras que el capitán, cuyo nombre no les habían dicho, debía "inspeccionar y asegurar la instalación." El capitán pertenecía a la Segunda Ala Aérea de Marines de Cherry Point, Carolina del Norte, y había estado en una misión de mensajería al Pentágono cuando Starak

Primero, las víctimas empezaron a tambalearse y vomitar por las tripas. El hombre era aficionado al zumo de fruta embotellado y, por tanto, no había probado el agua mortal de Washington. Eso, y la buena suerte de que le ordenaran esperar una cita en una oficina casi hermética en el sótano, le habían salvado.

"¿Cuántos se escaparon?" preguntó Wrench. Su traje de la NBC le quedaba demasiado grande y tenía que bajar el casco para mirar hacia afuera. Todo lo que se veía era su cabello ondulado castaño oscuro y un par de ojos. Le recordaba a Lessing a un personaje de dibujos animados.

"Bastantes. Starak actúa ya sea por ingestión o a través de una lesión abierta, y no todos bebían agua, no manejaban a víctimas muertas o moribundas, ni olieran los vapores cargados de bacterias que salían de las alcantarillas. Lo que hay en las alcantarillas parece haber sido bastante limpio ya, pero..." Su voz se fue apagando.

"Cristo", murmuró Wrench.

El capitán volvió a hablar: "Creemos que hay algunos inmunes reales, aunque no podemos asegurarlo. Justo ayer, un equipo trajo a un niño de diez años que vivía de root beer y palomitas rancias desde ... Es ... pasó. Cuando los cuerpos de sus padres empezaron a oler demasiado, los enrolló sobre alfombras, los arrastró al jardín y los prendió fuego con gasolina. Así fue como lo encontramos: el humo."

Todavía no lo había asimilado. Puede que nunca lo comprenda. La mayor tragedia desde la Edad de Hielo, y todo parecía tan ordinario, tan incómodo, tan simple — tan estúpidamente, caprichosamente anecdótico. En dos días, Lessing creyó haber escuchado todas las historias milagrosas que existen, pero cada rescatista tenía una nueva historia que contar. Allí se descubrió al bebé vivo tras una semana en los brazos podridos de su madre; el anciano que encontró la fuente de agua del aeropuerto fuera de servicio y voló hasta Adanta, felizmente ajeno a la tragedia hasta que alguien le dijo que acababa de perderse un trago mortal de Starak — momento en el que sufrió un infarto; el fanático de la salud en Filadelfia que solo bebía agua mineral y se cepillaba los dientes con enjuague bucal antiséptico; el pequeño y débil encargado de la tienda que había cargado a su esposa de doscientas libras cinco millas por calles abarrotadas de turbas de gente gritando y moribunda, la llevó a los médicos en Lime y luego volvió a buscar a su hijo pequeño — los tres ahora a salvo en un refugio a las afueras de Washington. Si los milagros demostraban la existencia de Dios, entonces la verdad de todas las religiones, desde el cristianismo hasta el satanismo de Banger Banger,

acababa de ser probada de una vez por todas. Los milagros eran tan comunes hoy en día como las velas en las iglesias.

Bueno, quizá no tan comunes como las historias de terror. Esos, como los legendarios demonios del Infierno, eran legión.

Lessing luchó por seguir el ejemplo del capitán y la muerte en algo común, convertirla en algo histórico, algo que ocurrió en otro lugar a personas que no eran personas sino figuras de palito, estadísticas, nombres en un libro, "sujetos" en el registro policial, formas
en una multitud. Así lo indescriptible se convertía en innombrable, las escenas a su alrededor no eran más que películas épicas. ¡Espectáculo nunca antes imaginado! ¡Un elenco de millones! ¡Justo delante de tus ojos! Véase la apertura del Mar Rojo, el saqueo de Roma, la caída de Constantinopla, los últimos días de Pompeya.

Los últimos días de todo el mundo patético, podrido e infectado.

Los muertos se negaron a cooperar. Seguían convirtiéndose en rostros reales: mejillas grises y hundidas, ojos ausentes, bocas ennegrecidas entreabiertas, bultos apestosos de carne morada y ropa en descomposición. Hombres de verdad, mujeres de verdad, niños de verdad.

Dios.

¿Era Dios real?

Si Dios existía, ¿por qué no escuchaba? ¿Por qué no respondió?

Una teoría era tan buena como otra. El teléfono de Dios estaba colgado. Había salido a comer. Estaba de vacaciones. Después del sexto día de la creación, se tomó el séptimo libre, decidió que no le gustaba el trabajo y se fue a recibir asistencia social.

¡Excelentes respuestas teológicas! Dos monedas de diez centavos y cinco céntimos te darían una moneda de veinticinco centavos.

Malvado: ahí estaba el enigma. Desde que el Hombre Cro-Magnon buscó alivio acariciando sus regordeteas estatuas femeninas de fertilidad, la humanidad se preguntaba, ¿por qué? Si Dios es bueno, ¿por qué existe el mal? ¿Por qué los malos viven para siempre y los buenos mueren jóvenes? ¿Por qué sufrimiento, por qué dolor, por qué pecado?

Los sacerdotes tenían una respuesta estándar: "¡Dios es bueno! ¡Dios te quiere!" Eso no dijo nada, claro: ¡una excusa! Si seguías preguntando, te decían que todo era un misterio, parte del Gran Plan Incomprensible. Si les insistías, decían que el mal era solo una prueba— o que el mal existía para que Dios pudiera mostrar Su maravillosa compasión, para que pudiera perdonarte después de que hubieras pasado toda una vida sufriendo por algo que no era tu culpa en primer lugar. Así que los bebés podían ser napalmizados en Damasco mientras asesinos, violadores, drogadictos, terratenientes de barrios marginales, malversadores, abogados corruptos, evangelistas sórdidos y políticos podían llevar vidas suntuosas, retirarse a California y comprar coches deportivos rosas a sus amantes en Rodeo Drive.

Hace mucho tiempo, Lessing decidió que si el mal forma parte del Plan, ¡entonces Dios era un pésimo planificador! La predestinación implica que Dios lo quiere así; el libre albedrío dice que lo que Dios quiera. Nos da a las criaturas imperfectas la oportunidad de estropearlo. De cualquier forma, apestaba: Dios era o el diseñador más inepto desde el imbécil que construyó los muros de Jericó, o bien tenía un sentido del humor nada divertido. Seis días para crear el mundo — un mito de creación primitivo que ni siquiera era tan bueno como algunos de los indios americanos. Evolución: qué forma tan laboriosa e ineficiente para que una Deidad omnipotente produjera la especie que presumiblemente quería. ¿Pecado original? ¡Qué tontería!

¿Enviar a su único hijo para que cargue con los pecados de la humanidad? ¡Vamos! Para un Ser Supremo, todas esas eran ideas tontas. Lessing opinaba que un escuadrón de oran-gutans borrachos podría haber ideado un cuento de hadas mejor.

Ahora el mundo estaba muriendo. La muerte invisible y miasmática acechaba a los que sobrevivían, y el pobre y viejo Dios estaba muy solicitado.

Las iglesias estaban llenas, las sinagogas rebosantes, las mezquitas y templos todos ardientes y palpitantes. El negocio de Dios prosperó tras la muerte.

La mayor catástrofe desde los dinosaurios, y Dios no hizo nada al respecto. Sin milagros, sin "Hijo único", sin finales felices y desgarradores en Navidad.

¿Era Dios mismo "malvado"—al menos por definición humana?

Cada vez que Lessing hacía esas preguntas, sus padres, sus profesores, los ministros santurrantes de su madre — todo el grupo que desafiaba la Biblia — respondían que era demasiado inmaduro, demasiado infantil, demasiado simplista, demasiado poco educado, demasiado escéptico, demasiado maldita cosa — para entenderlo.

Los libros sagrados de otras religiones no ayudaron, ni tampoco los filósofos. Fueron fácilmente refutadas: apestaban a antropomorfismo, palabras ingeniosas pero sin respuestas. La gente creía porque necesitaba una muleta — lo cual no era una observación nueva, desde luego, pero a Lessing le pareció mucho más cierta que lo que los teólogos repartieron.

Como dijo el hombre, dos monedas de diez centavos y cinco céntimos te daban una moneda de veinticinco centavos — pero ya no una taza de café. Eso ya cuesta un dólar con sesenta centavos.

La furgoneta médica frenó en seco. El sol había salido, y las fachadas de piedra de los edificios que bordeaban la calle brillaban en dorado miel, granate y rojo rosado bajo la débil luz de diciembre. Los árboles estaban desnudos y desnudos, pero bultos de lo que parecían hojas secas yacían caídos por la franja de aparcamiento y en las cunetas. Lessing sabía lo que eran: cuerpos de hombres, mujeres y niños; Incluso algunas mascotas, ardillas y pájaros.

Los dos paramédicos que iban en la parte trasera de su furgoneta abrieron la puerta y bajaron con cuidado al pavimento lleno de basura. El capitán, el conductor, Lessing y Wrench se unieron a ellos. Un cartel en blanco y negro en el césped decía: Departamento de Defensa de EE.UU., Entrada Restringida.

"¿Esto es todo?" Wrench desenganchó un lanzagranadas de 40 mm y seis disparos del soporte de su vehículo. "No te preocupes. Sé cómo usar esto."

"Sí", el capitán parecía dudoso. " Realmente no necesitas

esa cosa." En su opinión, solo otro marine —preferiblemente alguien de su propia unidad— estaba cualificado para manejar un arma así.

"Que se lo quede", instó Lessing. Aunque Wrench no supiera distinguir una granada de una manzana, la vista del gran lanzagranadas sí

Asusta a la mayoría de los saqueadores. Pesaba quince libras y parecía una ametralladora para gigantes.

Entraron por un doble conjunto de puertas de cristal y se encontraron en ese vestíbulo artístico-artesanal e impersonal popular entre los arquitectos "institucionales" estadounidenses. Delgados pilares de cristal se elevaban hasta tragaluces estrechas y rendijas cerca de la parte superior de un salón de recepción piramidal. Desde la cima de la pirámide colgaba un móvil espejado para salpicar las paredes blancas y vacías con luz prismática. El efecto fue vertiginoso: ¡noche de disco en el Starlight Ballroom!

Los escritorios y sillas de piel negra de naugapiel estaban vacíos, las plantas en maceta empezaban a marchitarse por falta de agua. Las luces funcionaban — cada instalación de alguna importancia tenía su propio generador de emergencia — y si no hubiera sido por el silencio y el vacío, quizá habría sido solo otro día laboral en Washington.

Dos soldados sorprendidos saltaron desde detrás del mostrador semicircular de recepción. Llevaban trajes de la NBC, pero sus cascos yacían sobre la encimera a su lado. Habían estado clasificando botín despojado de cadáveres: anillos de diamantes, relojes, un montón de dinero — la trivia de un mundo tan muerto como los faraones.

El capitán de los Marines avanzó, ignorando los cachivaches. "¡Tú!" ladró. "¿Unidad? ¿Autorización?"

Uno de los hombres, un joven negro demacrado, saludó y tartamudeó una suave respuesta que Lessing no pudo oír.

El capitán parecía desconcertado. "¿Dorado? ¿Mayor Golden? ¿Quién coño es él?"

El segundo soldado le tendió un papel. "Eh... Nuestras órdenes, señor."

El capitán movió un dedo hacia los dos paramédicos. "Vuelve a la furgoneta, contacta con la base, diles que estamos aquí y que tenemos un 760. ¡Vamos! Entonces quédate ahí fuera. Vigila a los supervivientes, pero no te alejes demasiado de nosotros."

Un "760" era militar para un error de mando: como cuando tu artillería deja caer mierda sobre tus propias tropas. Los sentidos de combate de Lessing acababan de entrar en alerta amarilla. Buscaba discretamente su pistola en el voluminoso bolsillo delantero de su traje de la NBC. No le habían dado una funda, y sacar el arma más tarde podría ser incómodo.

Por el rabillo vio que Wrench se había acercado para cubrirle a él y al capitán por el flanco. No podía ver a su conductor; El hombre debía seguir detrás de ellos.

"No hay problema, cabo", dijo el capitán con suavidad. "Aquí tienes mi autorización. Estos dos vienen con ellos. El soldado Harris... mi chófer... se quedará contigo. Ah, y volved a poneros los malditos cascos antes de que os parta el culo por la columna y os saque la nariz que huelen mierda. ¡Sabes que eso es una falta de órdenes!"
Solo cuando estuvieron fuera del alcance auditivo de los dos soldados y en el pasillo más allá, el capitán hizo señas a Lessing. "Ni idea. ¿Un tal mayor James L. Golden del Mando de Entrenamiento y Doctrina del Ejército en Fort Monroe? Eso es en Virginia, pero está lejos, dada la situación. Desde Fort Myer o Fort Belvoir podría entenderlo. ¿Y la formación y la doctrina? ¿Pero qué demonios?"

Lessing soltó un gruñido que no era asunto mío. Miró y vio que a Wrench no le faltaba nada.

Solo encontraron un cuerpo: una mujer de unos cincuenta años, con una botella de lo que parecía jarabe para la tos a su lado. La codeína en la sustancia no ayudó, a juzgar por el dolor en su rostro.

"Ascensores", murmuró el capitán. Sacó una hoja de papel amarillo de una bolsa para cinturón. Lessing se inclinó y vio que contenía un plano del edificio y varias filas de números: contraseñas codificadas. El otro guardó el documento. "Perdona. Seguridad."

"Lo entiendo. ¿Vamos o esperamos a que haya un refuerzo?"

"No hay razón para esperar. Mayor Golden, quien sea, no puede interferir con nosotros. Después de todo, tenemos la orden directa del presidente Outram de inspeccionar y asegurar. El resto de nuestro equipo llegará tan pronto como podamos reunirlos."

"¿Cuánto tiempo?"

"Unas horas. Algunos miembros del personal están muertos, muchos desaparecidos, otros dispersos por todas partes. Tenemos gente cazándolos."

El pasillo terminaba en un grupo de ascensores. El capitán seleccionó uno, escaneó su encaldera amarilla, pulsó un botón sin marcar y fue recompensado con un breve descenso que le revolvió el estómago. Las brillantes puertas de acero sisearon para revelar un control de seguridad: un cubículo de guardia cubierto de cristales antibalas, un escáner retiniano, un lector de tarjetas de identificación y aberturas en las paredes y el techo que insinuaban otras defensas menos amigables. Lessing recordaba a Marvelous Gap, pero esta era más grande, más lujosa y más letal. Probablemente también estaba armada y activa.

La puerta del cubículo de guardia estaba entreabierta. El capitán entró pero retrocedió de nuevo. "Cuerpo ahí dentro", comentó, "y el escáner retiniano ha sido desconectado por alguien que sabe cómo. La luz indica que la esclusa del centro de control está abierta."

"¿Esclusa de aire?" Dijo Wrench.

"Sí. Este complejo está construido con capas de acero, plástico y un hormigón especial. Todo reposa sobre muelles en un baño de aceite, y un giroscopio lo mantiene nivelado contra cualquier cosa que no sea un impacto directo de misil. Podrías dejar caer la luna sobre Nueva York, y este lugar apenas se movería."

"Este Mayor Golden ... ¿Está dentro, entonces?" Lessing quería saberlo.

"Supongo que sí. Pero no te preocupes. Puede que tenga derecho a estar aquí abajo. Al fin y al cabo, mucha gente todavía no sabe que Outram está vivo y legalmente al mando. Puede que Golden haya sido enviado por el Estado Mayor Conjunto, el Secretario de Defensa u otra agencia."

Más allá de la esclusa atravesaron un túnel de tres metros de largo, revestido con plástico flexible y que terminaba en una segunda puerta de seguridad. Estos últimos también estaban abiertos, y pasaban a través de una cámara redonda de unos treinta metros de diámetro y diez metros de alto. El centro de esta sala estaba ocupado por un estrado circular de dos niveles y unos diez metros de ancho. Cuatro escaleras cortas subían desde la planta principal hasta filas de consolas grises con acabado crepitado en la planta baja del estrado. Luego subieron dos tramos más de escalones uno o dos metros hasta el nivel superior, una plataforma desnuda de tres metros de ancho. Esta estaba rodeada por una barandilla metálica y contenía dos sillas tapizadas de plástico negro y lo que parecía un atril de altavoz. Luces, lentes, micrófonos y cables descendían desde las sombras como telarañas robóticas.

Más escritorios, consolles y armarios metálicos llenaban la planta principal, y enormes pantallas oscuras brillaban por todas las paredes. ¡Los ordenadores ciertamente habían cambiado desde que Lessing jugó a Planet-Zapper en el instituto!

No había nadie en la habitación.

El capitán llamó: "¿Mayor Golden? ¿Mayor Golden? ¡Eh! ¿Hay alguien aquí?"

"Dos puertas al otro lado del andén." Lessing apuntó.

"Acceso a las obras." El capitán aspiró aire de los tanques de su traje y se humedeció los labios. "Almacén. El armario de escobas"

Wrench se deslizó para merodear entre las silenciosas filas de escritorios y armarios. Le dejaron ir; Sabía más que ellos sobre la gran máquina que dormía aquí.

No hay cadáveres. Nada de agua, ni de pie ni corriendo. El aire debería estar bien. ¿Pero qué demonios? Lessing se quitó el casco. El capitán le lanzó una mirada inquisitiva pero hizo lo mismo, luego se acercó y subió al estrado superior. Lessing se quedó donde estaba, automático en mano. Sintió a otros allí, otros que no podían o no querían responder.

El capitán se puso de pie con las piernas en medio de la plataforma superior, sacó su papel amarillo, miró con timidez los micrófonos sobre su cabeza y comenzó a recitar números.

El efecto era mágico: una luz verde se encendía aquí, una intermitente ámbar allá. Un banco de pantallas florecía con colores lambentes en una pared, un gráfico y columnas de lecturas cambiantes brillaban en otra.

exclamó Wrench, "¡Eh, Lessing, ven aquí! ¡Tengo la tele interna funcionando! ¡Oh, hombre, mira...!" Se interrumpió.
Algo iba mal. Lessing le alcanzó en tres largas zancadas. Wrench estaba mirando una sola pantalla grande segmentada en cuarenta o cincuenta imágenes más pequeñas. La mayoría de estos mostraban oficinas, habitaciones y pasadizos vacíos. Algunos contenían cadáveres. En un fotograma el humo se elevaba hacia el techo, y Lessing reconoció la zona de recepción: los dos soldados y su conductor compartían una calada camaradamente de marihuana

Llave inglesa apuntando. Uno de los cuadros inferiores mostraba a cinco soldados uniformados. Todos estaban de espaldas a la cámara mientras miraban por una puerta: uno agachado delante, el resto listo detrás de él. Todos portaban fusiles de asalto M-25 del Ejército de EE. UU. El hombre arrodillado apuntó con su arma a una figura lejana en un estrado en la gran sala iluminada más allá de la puerta.

"¡Agáchate!" gritó Lessing. "Capitán"

Oyeron el disparo del rifle dos veces: una, metálica, desde los altavoces de la televisión frente a ellos, y luego de nuevo instantáneamente desde la puerta más a la izquierda al otro lado de la plataforma central. Resonó por toda la sala. El capitán giró, pareció tambalearse sobre patines invisibles y luego se desplomó sobre una de las dos sillas del estrado.

"¡Mierda!" chilló Wrench. Cayó al suelo entre dos consolas justo delante de una línea de puntada de agujeros de bala. Lessing fue aún más rápido. Sobre sus cabezas, las consolas dañadas chisporroteaban y chisporroteaban.

Lessing comenzó a arrastrarse por un pasillo hacia el estrado. "¡Ve donde puedas meter una granada por esa puerta abierta!" Alzó la cabeza y se atrevió a mirar por encima de uno de los escritorios metálicos.

El capitán se removió, rodó y se deslizó desde la plataforma superior hasta un escritorio en el nivel inferior. Se derrumbó con un estruendo, y el francotirador invisible soltó todo un cargador por puro nerviosismo. No golpeó a nadie.

Disparo de llave inglesa hacia la puerta. Su granada impactó en la pared contigua, rebotó y explotó con un efecto devastador bajo una de las consolas del ordenador. Se oyeron gritos de los enemigos, y Wrench respondió con un grito obsceno. Otra ráfaga de disparos destrozó metal, cristal y tablas de pared sobre él. Lessing oyó al pequeño hombre escabullirse bajo los escritorios.

Estaban en inferioridad de armamento a menos que Wrench tuviera suerte. ¿Con qué había cargado su lanzador? ¿Explosivos, perforantes de blindajes, gas lacrimógeno o granadas de humo? Su furgoneta médica militar había sido abastecida con una variedad de municiones. Ahora mismo necesitaban humo para una retirada rápida

Alguien al otro lado de la sala estaba gritando. La granada de Wrench había dejado al menos a un hombre fuera del tiroteo. Los gritos cesaron de golpe. O bien el opfo se había desmayado o sus amigos le habían pinchado con una aguja de narcodina.

Lessing encontró al capitán aún respirando, pero la sangre burbujeaba de sus labios y nariz, y la parte delantera de su traje de la NBC era un desastre. Señaló débilmente la sábana amarilla, ahora manchada de rojo.

"Estos ... tres ... números." Tragó saliva, tragó saliva y luchó con las palabras. "Dilos. En voz alta. Busca ayuda... El ordenador tiene ... enlace de radio." La experiencia le dijo a Lessing que el hombre estaba entrando en shock. Quizá aún tendría una oportunidad si lo llevaban al hospital de inmediato.

Lessing sostuvo el papel hacia la luz. Se levantó a medias, se aseguró de estar fuera de la línea de fuego y gritó los tres números de cinco dígitos del capitán, un número a la vez. Había más números al otro lado del papel; la de abajo estaba en una caja propia con lápiz negro, una caja marcada como "Top Secret" y "Solo Emergencia Terminal". Las cosas aún no estaban tan mal. Lessing partió el papel en dos y metió la parte inferior en el bolsillo de su traje. ¡No podía ser que los enemigos consiguieran ese número! Quizá Wrench podría hacer algo de todo eso.

No había tiempo para hacer más con el ordenador. Lessing oyó al enemigo expandirse por la sala principal, moviéndose para rodearlos. Sabían que el grupo del capitán había empezado con tres; ahora eran dos.

Sin embargo, los adversarios habían perdido de vista a Lessing. A diez metros vio a un soldado con un traje verde pálido de la N.B.C. salir de debajo de una mesa de trabajo. El hombre miraba hacia el otro lado, buscando a Wrench. Lessing apoyó el cañón de su arma contra una pata de escritorio y disparó. El hombre baló, se estremeció y quedó inerte.

Una voz llamó: "¿Eh, Leopold? Leopold, ¿estás bien?"

Leopold no iba a responder. Lessing se arrastró lejos del capitán, hacia la puerta desde donde los enemigos habían lanzado su emboscada. No se esperaba que estuviera allí, y con suerte se pondría detrás de ellos.

Una voz más profunda y autoritaria gritó: "¡Eh, vosotros dos! ¡Ríndete! ¡Lárgate de este edificio y podrás saquear todo lo que quieras! No te detendremos."

"Somos oficiales", respondió Lessing. "¡Tenemos la orden personal del presidente Outram para asegurar esta instalación!"

"¿Quién?"

"Jonas Outram ... ¡Presidente de la Cámara! Ahora es presidente desde que el presidente Rubin y el vicepresidente han muerto." Esperó.

"No lo sabíamos. Sal y habla. Sentimos el malentendido. Llevemos a nuestros heridos a los médicos."

¿Malentendido? Lessing no lo creía así. El otro grupo los vio entrar y tendió una emboscada. Además, el capitán llevaba un traje militar de la NBC; Los saqueadores no lo hicieron.

Lessing necesitaba una prueba segura. Miró alrededor y vio lo que quería, una papelera cilíndrica de plástico con mármol verde. Se movió por el suelo hasta ella. Sosteniéndolo con cuidado, lo levantó por encima del escritorio. Era el truco más antiguo del mundo.

La cesta salió volando de sus dedos en una lluvia de balas.

Así que así era como lo querían. El hombre que había disparado estaba de pie, mirando si había anotado. Lessing rodó y se levantó desde una nueva posición a tres metros. Disparó varias rondas pero falló. El opfo se lanzó a cubrirse detrás de un archivador justo cuando Wrench lanzó una granada al área. La explosión envió pedazos de cristal y metralla en todas direcciones, y Lessing sintió un escozor en la pantorrilla derecha. Un pequeño cierre — eso esperaba.

Un chillido débil, como el maullido de un gatito, vino de donde había estado el opfo. Lessing había escuchado a hombres gravemente heridos emitir esos sonidos antes.

"¡Empezaste con cinco!" gritó. "¿Cuántos tienes ya?

La respuesta llegó en otro estruendo de balas sobre las encimeras sobre él. Disparó de nuevo, luego se agachó y revisó su arma; Hora de recargar. Mientras rebuscaba en los grandes bolsillos de su traje y metía munición en el cargador de su pistola, un trasero cubierto de verde salió de debajo de una mesa de trabajo a cinco metros. El hombre solo tuvo que girar la cabeza para ver a Lessing. El cargador no quería volver a la pistola; Resistía como un demonio— y sabía que haría clic fuerte cuando el catch se enganchara. Sintió cómo se le aflojaban los intestinos. El hombre giró la cabeza.

Era Wrench.

"¡Jesús...!" Si el arma de Lessing hubiera estado lista, habría disparado. No esperaba ver a Wrench tan a su izquierda. Solo la suerte salvó al pequeño de un remate de 9 mm.

Wrench sonrió y se puso en pie, aparentemente planeando correr para unirse a Lessing.

Tres metros más allá de Wrench, un soldado se levantó de golpe desde detrás de un escritorio. Él y Wrench giraron y se vieron al mismo tiempo. Ambos gritaron, se movieron, se agacharon y dispararon descontroladamente a la vez. Dos de las granadas de Wrench fallaron y abrieron agujeros irregulares en la pared del fondo.

La tercera granada alcanzó al hombre de lleno en la cara. Sus rasgos morenos desaparecieron en una gota de sangre.

No hubo tiempo para reaccionar, ni forma de prepararse para el shock. En una sola visión caleidoscópica, Lessing previó lo que haría una granada de alto explosivo: destrozaría tanto a Wrench como a su oponente; luego llovía metralla sobre el propio Lessing. Todos estaban muertos. Solo escuchó un chasquido educado. Un vapor blanco acre brotó

De la cara destrozada de la OPFO.

¡Humo!

¡Wrench había cargado su lanzagranadas con al menos una granada de humo! ¡Gracias a Dios por la inexperiencia!

Los brazos del hombre se agitaban y cayó hacia atrás, con la cabeza ridículamente oculta en una nube agitada.

"¡Fumar es malo para la salud!" Wrench se rió. Se levantó con un cuidado exagerado y se examinó a sí mismo.

Se oyó otro disparo. Wrench emitió un gemido y se inclinó. El disparo enemigo había dado en el blanco. Lessing vio el escarlata en la parte superior izquierda del traje de la NBC.

Con retraso, Lessing recordó al quinto hombre, presumiblemente al propio Mayor Golden. Otro proyectil resonó en una cabina de altavoces cercana. El mayor no era un tirador preciso; un mejor tirador podría haber disparado dos balas más a Wrench incluso mientras se deslizaba al suelo.

Lessing se acercó como una araña a su compañero. Encontró a Wrench consciente, parpadeando aturdido ante la mancha de sangre que se extendía por sus bíceps. No estaba en peligro inmediato. Lessing le dedicó una mueca consoladora, recogió el lanzagranadas y se apresuró, manteniendo una fila de escritorios entre él y la posición de su adversario. Los dos grupos ya habían intercambiado lugares: Wrench y Lessing estaban cerca de la puerta original de los oponentes, mientras que el mayor Gold-en — si era él — estaba cerca de la salida que conducía a los ascensores.

Lessing inspeccionó el lanzador. Solo contenía un proyectil más: una granada de alto explosivo con punta roja. Agitó el arma y alzó las cejas. Wrench negó con la cabeza: no había traído munición extra. Lessing miró el cuerpo del opfo, ahora envuelto en humo. El fusil de asalto del hombre estaba al alcance y lo cogió.

"¡Eh, Golden, quienquiera que seas!" Llamó Lessing. "¿Estás listo? Ahora solo uno de vosotros. Dos de nosotros. Tenemos granadas, y tenemos esos M25 cutres que vuestros hombres ya no van a usar. Última oportunidad para besarse y reconciliarse. Lanza tu munición sobre la plataforma."

No esperaba respuesta. La forma en que se comportaban estas personas indicaba que jugaban por todas las fichas. Si Golden fuera lo bastante tonto para responder, revelaría su ubicación. Lessing entonces lanzaba la última

granada al techo justo por encima de su cabeza, cubriéndole de hormigón y metralla; Luego él mismo le seguía al instante, disparando como un todo.

Otro medio cargador de balas aulló a través de la fila de armarios y consolas a la derecha de Lessing. Se hizo plano y muy pequeño bajo su escritorio. Las babosas zumbaban y cantaban sobre su cabeza, pero nada le alcanzaba.

El disparo se cortó en medio de la ráfaga. Lessing oyó una maldición ahogada. ¡El M-25 del hombre se había atascado! El fusil de asalto americano era un arma excelente, pero a mil disparos por minuto en automático completo, devoraba
munición como una bestia, y también tendía a atascarse. Un buen tirador solo necesitaba unos instantes para despejar la recámara y reanudar el fuego, pero Golden no era tan hábil.

Lessing se preguntó si debía apresurarse. Probablemente el hombre aún tenía una pistola, quizá también la de uno de sus compañeros caídos. Los pasos resonaron, golpeando hacia la pared del fondo. Vislumbró una figura que se lanzaba al túnel de la esclusa. Aparentemente, al mayor le faltaba estómago para un duelo uno contra uno. Lessing decidió no disparar su última granada tras el objetivo que huía; Quizá lo necesite más tarde. Aún no se habían acabado con la sopa. Golden tenía más perritos arriba.

¿Qué había pasado con su propio conductor y con los dos paramédicos de fuera? ¿Los hombres de Golden les habían hecho el dedo o seguían haciendo fumo divertido, como un grupo de Bangers en un concierto de boom?

Volvió para hacer balance. El capitán estaba ahora inconsciente, apenas aferrándose a la vida. Wrench había descubierto un botiquín en un bolsillo de su traje de la NBC e intentaba sacarlo con una mano.

Lessing se arrodilló a su lado. "¿Te he pillado mucho?"

"Solo un poco de hongos, nada más", respondió Wrench con gravedad, también en el argot de los simples batallones. "¿Me das un jack-up, eh?"

Lessing le ayudó a quitarse el traje y vio que la bala había rozado una costilla y atravesado completamente la carne bajo su axila izquierda. Un par de pulgadas para el Thcright, y Wrench habría sido un recuerdo. Lessing se puso a trabajar con los antibióticos y vendas del kit. Todos aprendían "atención sanitaria básica" como algo habitual.

"Todavía tenemos nuestro trabajo que hacer", gruñó Wrench. "En mi cartera — en la parte trasera de una cuenta de bar del Pixie Club — tres números de teléfono con nombres de chicas al lado." El dolor empezaba a molestarle; sería peor después. "No puedo alcanzarlo."

"Quédate quieto."

"Es importante. No son números de teléfono. Mulder me los dio así para mantenerlos a salvo. Son códigos de activación, como los que tenía el capitán. Sácalos y lee en voz alta los primeros cinco dígitos de cada uno. Los dos últimos dígitos no cuentan."

"Aquí tienes tu cartera. Pero lo haces. No se me dan bien los ordenadores."

"Tiene que ser tú. El capitán leyó la primera serie; cualquiera puede hacer eso. Luego introduces los códigos de 'abierto y despierto'. Te identifican como el 'operador principal'. 'Estado final de despierto' requiere tu voz... ahora solo tuyo."

"Es ... Ochenta y cinco ... ¿reconoce voces?"

"Sí. Si alguien más que tú lo hace, los circuitos de advertencia se activan y la máquina se congela hasta que recibe códigos de seguridad adicionales. Y a esas no las tenemos."

Lessing se humedeció los labios. "¡Maldita sea, no tenemos tiempo para esto! Golden y sus perritos pueden volver en cualquier momento."

"Hazlo. Solo tarda unos segundos. Entonces estamos dentro. Tengo otra lista de archivos cruciales, algunos para revisar y otros para bloquear y que nadie más pueda acceder a ellos. Una vez que seas jefe, puedes decirle a la

máquina que me reconozca como 'operador secundario'... eso era lo que iba a intentar que el capitán hiciera antes de que le abrieran la cremallera. Yo terminaré nuestro trabajo y haré que el ordenador llame para pedir ayuda mientras tú te encargas de Golden."

Maravilloso: ¡solo Alan Lessing contra tres y posiblemente más soldados bien armados! Asintió a regañadientes, cogió el billete arrugado — ¡qué idea tan estúpida para ocultar un código! — y leído según las indicaciones.

Algo zumbó y hizo clic. Entonces una voz femenina preguntó: "¿Dra. Christy? ¿Eres tú?"

"Dile que no", susurró Wrench. "Christy era nuestra agente. Probablemente esté muerto en algún sitio. Dile que eres su sustituto. Luego relee el último número de cinco dígitos."

"¿Dra. Christy?" repitió la voz en un contralto ronco. "No puedo oírte claramente."

Lessing obedeció.

Esta vez la voz seguía siendo femenina, pero sonaba más nítida y profesional. "Sustituto: agente principal. Identidad estatal y autorización de seguridad."

"¡Dile quién eres!" Wrench se levantó por esfuerzo para ponerse junto a Lessing.

"Eh... Lessing... Alan Lessing." Se inclinó hacia Wrench. "¿Qué le doy como autorización de seguridad? ¿Tú también tienes uno de esos?"

pensó Wrench. "Tienes la carta de Outram, ¿verdad? ¿El que va al Mando Central de Washington diciéndoles que debemos inspeccionar y asegurar esta instalación? Ochenta y cinco tiene ojos de cámara. Enséñale el material de la Casa Blanca."

A Lessing le pareció una apuesta muy remota. Levantó la carta, y un boom de cámara descendió de la oscuridad para mirar y hacer explotar un pequeño flash como una estrella en miniatura.

Silencio, salvo un leve tarareo.

Entonces la voz dijo: "Lessing, Alan, sin inicial del segundo nombre. Nacido el 27 de marzo de 2010, Sioux City, Iowa. Padres: Gerald Nathaniel Lessing y Frieda Runge Lessing."

Siguieron más datos personales: su número de la Seguridad Social, datos fiscales, registros escolares, una hoja de notas del año miserable que pasó en la universidad, calificaciones crediticias, cuentas bancarias — mucho más. Que la máquina tuviera este tipo de expedientes sobre alguien era increíble; que contuviera tales detalles sobre una don identidad como Alan Lessing era aterrador—
ing. Lo más asombroso fue la sucesión de fotos anuales del instituto y antiguas fotos de identificación militar que parpadearon en una de las pantallas de las paredes.

"Aceptado", proclamó la máquina con suficiencia. "Bienvenido, Doc-tor Lessing."

"Eh... No soy médico."

"¿Preferencia por la forma de dirigirse?"

"El señor está bien."

"Muy bien, señor. ¿Esta voz es satisfactoria?" "¿Qué?"

"A la doctora Christy le gustaba esa voz; es idéntica a la de Melissa Willoughby, la estrella de cine. El profesor Archibald prefería una voz masculina..." el timbre bajó una octava "... Así. Muy profesional, le pareció." La máquina dudó y luego dijo: "Cuando el Dr. Meaker trabajó aquí solo, me hizo hablar con la voz de su hijo, Robert, que había muerto en un accidente de coche." La voz se elevó hasta un falsete infantil. "Si papá quiere que hable así, lo haré."

Lessing y Wrench intercambiaron miradas. La soledad y el dolor del pobre Meaker les envolvían como las paredes de la tumba.

"No... no. La estrella de cine está perfectamente. Usa su voz."

"Muy bien, señor." Lessing podía ahora identificar los matices sensuales, sensuales y seductores de Hollywood. "Pero tengo una petición."

"¿Sí?"

"Por favor, dirágete a mi sala de entrada. Tengo una consola secundaria allí. Tu ubicación actual está gravemente afectada. Detecto daños aquí de aproximadamente 783.592,14 dólares, preliminares, ya que algunos componentes requerirán pruebas y reparaciones humanas. Por favor, proporcione un número presupuestario al que pueda cobrar las reformas necesarias."

"Hasta luego", respondió Lessing. Esto se estaba descontrolando. ¿Qué demonios estaba haciendo Golden? Enseguida se dio cuenta de cómo podría averiguarlo: "¿Puedes enseñarme la zona de recepción de arriba? ¿El interior de los ascensores? ¿La acera frente a este edificio?"

"Por supuesto. Sin embargo, debo emplear una pantalla auxiliar, ya que aquí mis circuitos de visión están dañados. Sigue la luz amarilla intermitente hasta mi sala de entrada."

Divertido, Lessing lo hizo, con Wrench siguiéndolo. Pasaron por una de las puertas de salida de la sala principal, por un pasillo forrado de armarios y entraron en una cámara octagonal más pequeña. Las mesas de laboratorio de acero macizo estaban repletas de equipo: dispositivos automáticos de lectura para libros, películas, cintas, casetes, discos, microfilms y otros medios; más pantallas, pantallas y paneles; cámaras, micrófonos y otros aparatos; sensores láser, ultravioleta e infrarrojo, y parafernalia de una docena de experimentos inconclusos.
Un solo cuerpo, casi momificado, yacía acurrucado en una esquina: una técnica de laboratorio. ¿Qué "pensaba" Ochenta y Cinco de los cadáveres que cubrían la instalación? ¿Cómo percibía a los soldados caídos de Golden? ¿El capitán?

preguntó Lessing.

"¿Humanos inertes? ¿No son objetos inanimados? ¿Como las cosas que llamas 'muebles' y 'equipo'?"

Tan lógica como cualquier otra visión de la muerte. ¡Ochenta y cinco desde luego no fue un Renacido, ni un karma-wala Banger! Lessing volvió a su situación actual. "Los aposentos de arriba", exigió. "Muéstranos cualquier habitación o área en la que ahora percibas humanos activos."

"¡Buena idea!" Llave inglesa aprobada.

Dos pequeñas pantallas estallaron en luz y color. El primero mostraba la calle. Diez o doce hombres con trajes de la NBC descargaban objetos de aspecto ominoso desde un semioruga. No eran aliados: un individuo bajo y de cuerpo bajo estaba junto al vehículo. Sus rasgos e insignias estaban ocultos por su traje, pero Lessing sabía que debía de ser Dorado.

La segunda pantalla mostraba una oficina en algún lugar de la parte superior de la instalación, a juzgar por el mobiliario y la tenue luz del sol que entraba en una ventana. Los dos perritos originales de Golden se apoyaron en la puerta, vigilando al conductor del capitán y a los dos paramédicos. Los cautivos parecían más desconcertados que asustados, lo cual era una buena señal dadas las circunstancias.

"¿Defensas?" preguntó Lessing al ordenador. "¿Contra intrusos?"

"No tengo control sobre los dispositivos de seguridad en esta instalación. Mis creadores fueron muy cuidadosos con eso." ¿Era la máquina capaz de la ironía? "Después de todo, tanto ellos como yo hemos visto todas las películas de 'un ordenador loco que toma el verso universitario' jamás hecha." Lessing se preguntó si realmente había oído una leve risa.

"¿Puedes cerrar las puertas y pedir ayuda por radio al Mando Central de Washington?" preguntó Wrench.

"¿Quién es esta persona, señor? No tengo ningún registro de su identidad ni de su estado de autorización."

Se habían olvidado de identificar a Wrench como operador secundario. Lessing perdió treinta segundos valiosos haciéndolo.

"Puedo cerrar puertas dentro de mi edificio", respondió Ochenta y Cinco, "pero un humano con llaves y códigos puede abrirlas."

Lessing no tenía ni idea de qué hacer a continuación. Finalmente dijo: "Revisad vuestras capacidades y haced lo que podáis para detener a los hombres que están entrando ahora. Ellos... Ah... No tengo autorización. Son intrusos, ¿lo entiendes?"

El silencio duró tanto que Lessing casi esperaba ver aparecer uno de esos carteles adorables de "¡Tu ordenador está pensando!" en una pantalla de pared.

La máquina dijo: "Siete están descendiendo en el vagón ascensor dos. Cuatro más entran en el coche uno." La voz oscura y sexy sonaba apenada. "He enviado por radio. Tu gente está en camino."

"Muy bien", murmuró Wrench. Le dolía el brazo y se dejó caer

en un taburete de laboratorio.

"Estoy revisando mis fondos científicos de la Biblioteca del Congreso ahora. No encuentro nada útil en ninguna de mis propias especificaciones. No tengo armas bajo mi control. Puedo apagar las luces y la calefacción, pero dudo que los intrusos sufran lo suficiente como para que desistan."

Lessing tenía lo que esperaba que fuera una inspiración. "¡Has usado un flash electrónico!" dijo. "Muchos de esos que vienen de diferentes ángulos podrían confundir a los hombres de Golden. Haz que se desequilibren... ¡danos una oportunidad!"

Hubo otra larga pausa. Entonces la voz ronca de contralto dijo: "¿Estás seguro de que son intrusos? ¿Enemigos de los Estados Unidos de América?"

"Sí", respondió Wrench. Dadas las circunstancias, ¿quién lo sabía? "Hay una cosa que puedo hacer. Pero no se supone que deba hacerlo. Intentaron crear respuestas defensivas a partir de mí." "¿Entonces cómo...?"

"Resolver problemas es mi especialidad." La máquina dudó de nuevo. "Cierra la puerta de mi sala de entrada."

Lessing inspeccionó la puerta metálica y de plástico con inquietud. "Dudo que esto aguante una carga de bolsa o una granada."

"Es insonorizado. Quédate aquí y cállate. Te informaré si tengo éxito. Si no, utilizaré mi equipo de flash como sugieres. Más aún, grito y lloro con varias voces desde distintos lugares a la vez. Los antiamericanos estarán desconcertados."

"Es lo mejor que podemos hacer." La llave inglesa se lanzó para dar un portazo. Mientras lo hacía, escucharon el zumbido y el clang del primer ascensor llegando.

"¿Y ahora qué?" Lessing seguía inquieto. Golden podría cortarles el aire, sacarlos de humo o aturdirlos con una granada de conmoción.

"Vigile la pantalla inferior, por favor, señor."

El cristal se iluminó mostrando a tres soldados muy nerviosos, con M-25 preparados. Cuatro más entraron en la devastada y llena de humo de la sala de control detrás de ellos. Entonces apareció Golden, seguido de tres perritos.

"Sube el volumen", ordenó Lessing. "Quiero oír lo que dicen." "No", respondió Ochenta y Cinco de forma concisa.

"¿Por qué no? Tú..."
"Creo que sé lo que hace", susurró Wrench. Sus ojos brillaban bajo la luz dura de la pantalla, dándole la mirada luminosa de un pequeño animal salvaje. "¡Mira, tío! ¡Mira!"

Uno de los soldados levantó la vista, luego otro y otro. Abrieron los ojos y la boca muy abierta. El hombre de delante se arrancó el casco, se lo quitó y se tapó las orejas con las manos. Uno tras otro, el resto hizo lo mismo. Golden salió disparado hacia la puerta. Los demás empezaron a retorcerse, retorcirse y agarrarse la cabeza.

"¡Sonido, Lessing, sonido!" Wrench chilló de alegría. "¡Les está golpeando con subsónicos!"

"En realidad es una combinación de registros", ronroneó la voz dulce y sensual. "Los estudios de investigación en mis bases de datos informan que vuestra especie puede ser incapacitada e incluso desactivada por ciertos sonidos. No tengo armas, pero puedo producir sonidos a cualquier nivel de decibelios que requiera, además de subsónicos y supersónicos."

"¡Han caído!" exclamó Lessing. "¡Apágalo! ¡Por el amor de Dios, apágalo!" Algún antiguo principio ético incipiente protestaba contra esto: un hombre mató a otro cara a cara, no escondiéndose en un agujero y dejando que una máquina fríamente letal y amoral hiciera su asesinato por él. Ahora sabía cómo se sentían los que se sentaban frente a los botones rojos en los silos de misiles atómicos.

"Mis sensores informan que un intruso ha salido del edificio. Todos los que quedan en el edificio están inconscientes. Tres han dejado de funcionar por completo; el resto será irreparable en doce, once, diez."

"¡Para, maldita sea!"

Wrench tiró de la manga de Lessing. "¡Jesús, mira! También ha dejado fuera de combate a los de arriba... ¡Nuestro conductor, nuestros paramédicos!" "¡Para! ¡Para!" gritó Lessing. "Los que están allí... en la pantalla superior ... ¡No todos son intrusos!"

"¿Ah, sí? Perdona. No me lo dijiste. Quizá algunos puedan repararse. ¿Lo llamas 'curado', creo?"

El movimiento había cesado en ambas pantallas. El ángulo de cámara impedía una vista clara de los ojos reventados, orejas y bocas ensangrentadas, y extremidades contorsionadas y angustiadas.

"He apagado el sonido ahora. Es seguro que salgas." Wrench se secó el sudor de la frente. Su rostro era una pálida máscara mortuoria. Con su mano buena, rebuscó en un bolsillo y sacó lo que parecía una libreta rayada. "Nosotros... eh... Todavía tenemos trabajo que hacer. I … Tengo algunos números aquí... tenemos que lidiar con nosotros."

"Por supuesto. Pero por favor, recuerden organizar las reparaciones de mis instalaciones. El sonido que acabo de usar ha causado graves daños en componentes de vidrio y plástico en varias zonas. Deduco un coste de reparación
de 983.567,76 dólares. ¿El Congreso votó un buen presupuesto para mi proyecto este año?"

¡Eso sí que es un comportamiento obsoleto! Lessing hizo una pausa y luego dijo: "El Congreso es ... ya no está en sesión."

"Qué pena. Varias carreras pueden retrasarse. El Dr. Meaker se enfadará."

La calma de Lessing había regresado. "¿Cuánto sabes sobre lo que está pasando en toda América... ¿en el mundo?"

"Los materiales se introducen regularmente en mis terminales: periódicos, libros, revistas, resúmenes, documentos de posición, películas, emisiones de televisión ... mucho más. Desafortunadamente, últimamente han ocurrido muchas interrupciones. Mi terminal de Chicago ha dejado de funcionar y mis instalaciones de almacenamiento de datos en Denver responden de forma inexacta. Por favor, informa y corrige estos defectos."

"¿Sabes de Pacov? ¿Starak?" preguntó Wrench. "Alguien está usando la guerra biológica para destruir naciones ... regiones ... ¡el mundo!"

"Tengo archivos sobre estos sujetos."

"¿Quién lo hace?" Lessing rapeaba. "¿Quién está matando a la raza humana?"

"Poseo algunos nombres de perpetradores individuales. Me los proporcionaron varias agencias policiales y federales, pero la entrada de datos se ha visto interrumpida recientemente, como he dicho. Por tanto, mi respuesta será incompleta."

"¿Quién está detrás de ... que autorizó ... Maldita sea, ¿quién ordenó a Starak y Pacov?"

"No tengo información definitiva."

"¡Extrapola, maldita sea!" Lessing apretó ambos puños sobre la mesa del laboratorio frente a él.

"Dado un margen de error del 11,9%, la dispersión de Starak y agentes relacionados parece deberse a operativos supervivientes del gobierno de la Unión Soviética, probablemente de una o más bases en Centro y Sudamérica."

"¡Vale! ¡Cualquier niño podría habernos dicho eso!"

"¿A qué niño se refiere, señor?"

"Cancelar. Nueva pregunta", dijo Wrench. "Pacov. ¿Quién difundió Pacov?"

La máquina reflexionó y luego dijo: "Datos insuficientes."

El puño de Lessing cayó sobre la mesa, haciendo rebotar pedazos de aparatos y sacudir tazas aún medio llenas de café frío y sucio.

"¡Eh, eh!" Wrench puso su mano buena en el brazo de Lessing.

"No puedo hacer declaraciones sin datos." Ochenta y Cinco sonaba molesto. "No puedo decir qué está ocurriendo en Rusia, Inglaterra, China y otras naciones, ya que mis operativos allí ya no aportan aportaciones. Necesito un nuevo censo y otras razones demográficas para -

Mation. Muchas unidades humanas parecen haber dejado de operar o se han perdido en su lugar. Solo soy tan completo como mis operativos me hagan ir. Dame los datos, y correlacionaré, extrapolaré, deduciré, induciré, calcularé... lo que tú quieras."

Lessing ya había tenido suficiente. "¡Vamos, maldita sea!" gruñó a Wrench. "¡Vámonos de aquí!"

"¡Tranquilos! ¡Tenemos trabajo que hacer, y ahora es la mejor oportunidad que tendremos nunca! Tardaremos al menos media hora en llegar los refuerzos. Deberíamos haber terminado para entonces. ¡Tenemos un mundo que reconstruir!"

"Oh, sí", dijo Ochenta y Cinco alegremente. "Eso suena bien. ¡Hagámoslo!"

CAPÍTULO QUINCE

Si dividimos a la humanidad en tres categorías—fundadores de cultura, portadores de cultura y destructores de cultura—, solo el ario puede considerarse como representante de la primera categoría. Fue él quien sentó las bases y erigió los muros de cada gran estructura de la cultura humana. Solo la forma y el color de tales estructuras deben atribuirse a las características individuales de las distintas naciones. Es el ario quien ha proporcionado las grandes piedras de construcción y los planos para los edificios del progreso humano; Solo la forma en que se han ejecutado estos planes debe atribuirse a las cualidades de cada raza individual.

-Mein Kampf, Adolf Hitler

Domingo, 12 de abril de 2043

“¿Y por qué no celebramos aquí nuestro primer Congreso del Partido Americano la semana que viene?" Jennifer Caw sacó aún más su barbilla agresiva. "Atrae la atención", argumentó Liese con paciencia. "¿Aquí en América?

El veinte de abril ... ¿el cumpleaños del Primer Führer? ¡Me he dado cuenta!"

"¡Bien!" Bill Goddard bostezó enormemente en su plato de desayuno. Una vez había albergado una docena de tortitos; ahora parecía el suelo de una jaula de hienas.

"Formamos parte del gran debate nacional de Outram aquí en Nueva Orleans: qué hacer con Starak, Pacov y los demás. Si hacemos una reunión paralela de nuestro propio partido en silencio al mismo tiempo, nadie prestará atención. Necesitamos hablar con nuestro liderazgo estadounidense... y cualquiera que se incline por nosotros." Jennifer arrugó su servilleta inexorablemente, como si se deshiciera tanto del sujeto como de cualquier disidente despistado. "No necesitamos decir ni una palabra sobre nuestros orígenes ... Nuestra herencia. ¿A quién le importará? El mundo tiene problemas más grandes."

"Sí. pero..."

"¿Pero qué, maldita sea? Claro, los judíos entrarían en pánico si saliéramos envueltos en esvásticas, pero hasta donde sabe el Partido de la Humanidad es solo una organización conservadora más entre muchas, todas bajo la bandera conservadora, ultrapatriótica y de América para siempre de Outram. Está siendo el anfitrión de todos ellos... incluso algunos grupos judíos de centro-derecha. Mientras nadie grite '¡nazi!', todos somos 'verde hierba', como dicen los Bangers. Y nos estamos centrando en lo que todos quieren. Mira quién está aquí: gente de los viejos partidos políticos antiguos, católicos, protestantes, Bom-Agains, Bangers, empresarios, estudiantes, agricultores, buenos chicos. Blancos, negros, judíos, chicanos, árabes... alguien de cualquier sitio... todos anunciando y haciendo balbuceos juntos en el Centro de Convenciones como... como ... ."

"¿Palomas pavo?" Llave inglesa suministrada con ayuda maliciosa.

"Ojalá pudiéramos hacer nuestra convención en una ciudad más amigable", gruñó Goddard con disgusto. "Nueva Orleans es demasiado racialmente mixta, demasiado malditamente 'liberal'." Para él, "liberal" era una palabra de mierda.

Liese le puso una cara sarcástica al otro lado de la mesa de plástico rosa. "¿Amigable como tú? ¡Espanta a la gente!" Se sentó acurrucada junto a Lessing en la entrada más alejada de la cabina de la cafetería. "¿Apoyo popular? ¡No es tu manera!"

Las anchas fosas nasales de Goddard se dilataron, sus ojos ardieron y abrió la boca para responder.

"Shhh", Jennifer puso sus dedos con puntas escarlata en su muñeca. "Sabes lo que estamos haciendo y por qué. Nuestros objetivos inmediatos son detener a Pacov y Starak, poner fin a la media guerra en Europa y restablecer la civilización. Entramos en la planta baja. No más exilio en el Tercer Mundo donde no podamos influir en la corriente principal. Hacemos exactamente lo que hizo el Primer Führer: organizarnos, construir una base de poder, apelar a otros grupos con ideas similares, aunque no sean idénticos, ¡y trabajar como loco! Más adelante, si llegamos a algo, podremos

preocuparnos por la reestructuración de la sociedad. Ahora impulsamos valores tradicionales y positivos estadounidenses: paz, prosperidad, fortaleza, emprendimiento, reconstrucción y bienestar moral y físico."

"Citas tus propios discursos de forma hermosa ... o más bien, los discursos que Liese escribe para ti." gruñó Goddard. "¡Pero no mencionas lo que nos diferencia de todos los demás: el fin de la integración racial y la mestización moral y espiritual que conlleva! Deberíamos decir lo que realmente queremos y dejar que las patatas... y las hermanas débiles ... ¡caigan donde quieran!"

La llave inglesa hizo sonar su tenedor. "Nadie esconde nada. Todo está en nuestra literatura. Simplemente no estamos enfatizando algunos de nuestros objetivos a largo plazo dada la emergencia actual." Sonaba como si estuviera leyendo uno de los interminables memorandos presidenciales de Outram. "En fin, la política racial es solo uno de nuestros pilares. Hay otros, algunos igual de importantes."

Goddard resopló. "Has estado demasiado tiempo en el 'Tercer Mundo'... ¡O simplemente al sol! No sabes lo que es mantener nuestras opiniones y vivir aquí en los Estados Unidos. Puede que no sea un 'Descendiente' como algunos de vosotros, pero lo he visto de cerca. Tenemos enemigos, y no van a rendirse, ni irse, ni nos van a dejar en paz. Mi padre fue falsamente acusado, perseguido y fusilado por algunos de los 'guardianes de las libertades americanas'. Sus amigos eran acosados por la prensa judía y las agencias de 'intereses especiales' del gobierno. Mi madre 'rompió la ley'... la Enmienda Antidifamación de 2005 ... cuando acusó a los Vigilantes de Sion de haber mandado matar a mi padre, y recuerdo lo que le hicieron a ella y a mi hermano mayor. Según los medios, ¡éramos como monstruos rabiosos! Yo, acaban de meterlos en un colegio por lavado de cerebro. Más tarde yo

'accidentalmente' me condenaron por un robo que no cometí, y el colegio se convirtió en una celda de prisión... hasta que los amigos del señor Mulder me encontraron y me sacaron de allí. Crecí duro. Muy difícil."

"Yo también", afirmó Wrench con tono seco. Casi nunca hablaba de sí mismo. Esperaron, pero el pequeño solo se humedeció los labios y miró su plato.

"He dicho lo que tenía que decir", insistió Goddard. "Tenemos que tomar una postura más dura; Si no, acabaremos donde mi padre acabó: en una losa de la morgue. La policía y el forense se quedaron sonriendo y diciéndonos a mi madre y a mí que los agujeros en su cuerpo debieron de ser por polillas. 'Perdieron' la acusación ... Todo el dossier. Tenemos que ser duros."

"Vamos a ser legítimos", dijo Liesse. "Órdenes del grupo."

Goddard gruñó y apartó la mirada. La cafetería estaba llena: militares, funcionarios de una veintena de agencias gubernamentales, un grupo disperso de empresarios. No había turistas; el cataclismo de Starak aún era demasiado reciente.

Jennifer vio a Lessing y Liese observándola. Les guiñó un ojo y dejó que sus uñas recorrieran el brazo desnudo de Goddard, cubierto de cerdas de paja. Presionar más al hombre llevaría a una pelea. Goddard le dedicó una sonrisa posesiva: el señor Mucho Macho a punto de arrastrar su premio a su cueva. A Hans Borchardt no le gustaría eso, pero luego estaba en el Centro de Convenciones orquestando los eventos de la mañana.

Jennifer apartó la mano: misión cumplida. Ella dijo: "Ya hemos tenido gente preguntando qué queremos decir con la 'supremacía del ethnos occidental'." Sin embargo, te sorprenderías: después de todo lo que acaba de pasar el mundo, unos corderitos liberales y dóciles se sienten muy cómodos en nuestro campamento."

A Wrench le molestaba dejar caer cualquier discusión sin una última palabra. Se frotó el hombro herido, ya casi curado, y apuntó el tenedor a Goddard a través de la mesa. "¡Viejo guardia de la línea! Marchas, cantas la mentira de Horst Wessel, llevas uniformes sexys y atraes tanta mala publicidad que casi podrías trabajar para la oposición. ¡No convences a nadie! Tus únicos miembros son los que empezaste... además", cantó, "cuatro agentes del FBI, tres agentes de la CIA, dos kikibirds... ¡y un israelí en un peral!" Agitó el tenedor justo al ritmo del viejo villancico.

"¡Estamos atrayendo miembros! ¿Y a quién le importa el resto?" gruñó Goddard. "El Primer Führer solo tenía desprecio por los 'trabajadores silenciosos' ... Chicos que se quedaron atrás, que no quisieron unirse, que tenían miedo de presentarse y recibir sus golpes con el resto. Esos son los que aparecen después presumiendo de todo lo que hicieron por el Partido durante el 'tiempo de lucha'."

'Los tiempos cambian, y o nosotros también cambiamos, o nos hundimos. El Primer Führer lo habría reconocido"

"Me gusta más el linientreue. Pelea conmigo, pégale, pisotea, pero al menos nunca olvidarás mi cara. Cualquier otra forma es copiar a los judíos... Nombres cambiados, apretones de manos cálidos, sonrisas de club de campo"

"Sí, y mira dónde están."

Liese se inclinó para susurrarle a Lessing: "Linientreue significa 'fiel a la frase'... ceñirse exactamente a la letra de las ideas del Primer Führer."

"Como un viejo musulmán que conocí que odiaba el sabor de la grasa pero siempre la comía de todos modos, porque se suponía que al profeta Mahoma le gustaba. Obediencia ciega. Aférrate a cada detalle."

"Goddard sigue todo. Grande, pequeño, importante, menor. Pero leal y valiente."

"Sí."

No quería pensar en política. Liese estaba muy cerca, su fragancia era cautivadora. Sintió el cosquilleo del contacto contra su brazo y a lo largo de su muslo. Había elegido una falda y una blusa de gasa fina azul celeste para la sesión matutina del Congreso, una declaración aún más dramática que el traje de pantalón de Jennifer Caw hecho de seda Shan-tung negra y pañuelo turquesa. En el estrecho espacio de la cabina, Lessing sintió el deslizarse de la tela entre el cuerpo de Licse y el suyo propio.

Tuvo que resistir la tentación. Liese tenía miedo al contacto que ella misma no iniciaba. Podría verle como una amenaza, un violador, otro abusador como su padre, como los proxenetas y violadores en grupo de Nueva York, como las criaturas indescriptibles que la habían brutalizado en ese burdel de El Cairo.

Liese dijo algo, pero la voz de Jennifer sonó más alta. "Mira, Bill, seguimos la estrategia que nuestros antepasados establecieron hace casi un siglo: hacernos ricos, organizarnos, comprar publicidad, construir buena voluntad y, finalmente, empujar a la sociedad en las direcciones que queremos que vaya. ¿Por qué no te dejas llevar? Ahora mismo estamos trayendo nuevos miembros a pie."

Goddard frunció los labios sarcásticamente. "Miembros, quizá, pero no creyentes. Todos predican la paz, el amor, la reconstrucción, la prosperidad y la cordura: lo bueno, dulce y pegajoso. El Partido está en la misma sintonía que el gobierno, las iglesias, las Naciones Unidas... ¡!"

"¿Qué tiene de malo la paz y el amor?" La razón de Jennifer empezaba a deshilacharse. "¿Qué harías tú? ¿Romper de nuevo la Enmienda Antidifamación? ¿Gritar por reformas raciales? ¿Que te arresten por nada?"

"¡Por supuesto que no! ¡Pero hogar, madre y tarta de manzana libre de gérmenes no son todo lo que queremos! ¡Vamos a exponer nuestro programa completo! ¡Defiendan nuestras creencias!"

"¿Qué creencias?" Intercaló Wrench con picardía. "Recuerda que hubo divisiones dentro del propio Tercer Reich. No era un monolito, ¿sabes? Incluso el liderazgo de las SS estaba dividido en al menos cinco camarillas, cada una con su propia interpretación de los ideales del Primer Fiihrer. Le costó todo su carisma contenerlos. Vamos a tener lo mismo, y de sobra, a medida que vayamos incorporando nuevos miembros."

"Vale. Escucharemos las diferencias de opinión. Luego... el Comité del Partido ... decidirá qué camino tomar. Entonces prueba una idea
otro y otro, hasta que llegues a uno que te convenga."

"No tan fácil", se burló Wrench. "Con dos personas tienes un romance, con tres tienes política, con cuatro tienes facciones; después de eso, luchas."

"Maldita sea, pertenecer al movimiento es como ser bom: o entras o estás fuera! Por mucho que difieramos en los detalles... incluso a pelear entre nosotros mismos... ¡Seguimos de acuerdo en nuestros objetivos finales! Cambiar de opinión o buscar otro sandbox para jugar. ¿Predica un rabino judío la divinidad de Jesús? ¿El Papa se vuelve loco y golpea los tambores por sexo, pecado y sincopación?"

Lessing se levantó torpemente, obligando a Wrench a salir al pasillo para dejar paso. Jennifer Caw le lanzó una mirada de agradecimiento.

"Debería ir al Congreso", les dijo. "Tengo una fuerza de seguridad de sesenta niños medio entrenados de Ponape, una compañía de guardias nacionales de Luisiana y dos escuadrones de policías militares de Marina cedidos por Outram... todo para evitar que seis mil walas de conferencia se corten la garganta entre sí. Todos piensan que los demás son herejes o unos idiotas." Hizo un gesto para que le pidiera la cuenta.

Liese se levantó para ponerse a su lado. "¿Te acompaño?" Bajó su abrigo beige del perchero junto a la mesa. La luz del sol transformaba su vestido de primavera en una cascada de zafiro que se extendía por sus muslos y pantorrillas.

Lessing apartó la mirada. "Claro."

Era un paseo bastante largo desde su hotel en el Barrio Francés, bajando por Canal Street hasta Front Street, y luego hasta el Centro de Convenciones y Exposiciones a orillas del río Misisipi. Sin embargo, era emocionante. El día estaba soleado, no demasiado húmedo y poco más de sesenta y cinco grados, una bendición después de Lucknow y Ponape.

La nostalgia era tentadora: oh, ser un chico normal saliendo con su chica en un día de primavera, sin nada más de qué preocuparse que dónde llevarla, cómo complacerla y cuándo dar sus pasos. Lessing medio cerró los ojos y dejó que la vieja ciudad retrocediera en el tiempo: todo normal, turistas con camisetas y camisetas de tirantes mezclándose con los chicos y el

hustlers, notas del jazz de Nueva Orleans flotando por las estrechas calles incluso a las nueve de la mañana.

¡Fantasía! Ese mundo se había ido. La inocencia solo existía ahora en los cuentos de hadas. La realidad les rodeaba. La vieja y sórdida Nueva Orleans, más sórdida que nunca, estaba llena de refugiados, soldados, policías, desplazados, perdidos y confundidos: los restos sin nombre de un gran desastre. Las camisetas y camisetas sin mangas pertenecían a personas que no tenían hogar, cuyos seres queridos estaban muertos o desaparecidos, que no tenían trabajo, ni comida ni futuro. El tráfico denso no estaba formado por turistas que se ponían en evidencia; Estos coches estaban llenos de refugiados atónitos y policías militares de mirada dura. Nueva Orleans recordó a Lessing a Alepo-po después de que los israelíes la ocuparan: el rostro universal de la tragedia.

Una pareja de mediana edad se acercó a ellos, el hombre bien vestido y digno pero desaliñado y sucio, poco acostumbrado a pedir ayuda. Su esposa flotaba nerviosa detrás de él. Su historia estaba en todas partes: sorprendidos lejos de casa por Starak sin ningún lugar a donde ir. El ejército había sellado las ciudades envenenadas, enviado patrullas de disparo a la vista para disuadir a los saqueadores y acorralado a los supervivientes "afortunados" en campamentos extensos y caóticos. Liese habló con la pareja y les indicó el otro lado del Centro de Convenciones, donde los comedores sociales del Partido trabajaban sin descanso codo con codo con la Cruz Roja y media docena de organizaciones benéficas de Luisiana.

Dos adolescentes uniformados, alumnos de Lessing de Ponape, los admitieron en la zona de seguridad del Centro. El pasillo estaba sucio y apestaba a limpiador de suelos amoniado. Un edificio de más de noventa años desarrolló una personalidad propia — y un olor acorde.

"Mallon. Holm." Lessing les saludó. "¿Pasa algo?"

El alto, Wayne Mallon, le hizo un saludo militar que estaba entre el ejército de EE.UU., las SS y los "mercenarios de Marlow Striker" en la televisión. "No, señor. El señor Morgan habla ahora. Luego vienen el senador Watt de

Georgia, la señorita Howard del Centro de Enfermedades Transmisibles, el Dr. Astel de la Escuela de Medicina de Tulane, el Sr. Grant Simmons del Congreso de Americanos por la Libertad Personal.

"¿Mulder va a hablar?" preguntó Lessing a Liese.

"No. Perfil bajo. Jennifer, Borchardt, líderes locales estadounidenses. Jennifer es lo mejor. Guapa. Dramático. Emocionante."

No hizo ningún comentario. Liese no parecía celosa de Jennifer Caw, pero nunca lo supiste. Siguió caminando, aún hablando con los dos jóvenes guardias. "¿Quién está en el control de seguridad?"

"Abner está mirando las pantallas, señor", le gritó Timothy Holm. "El teniente Bellman acaba de salir a recoger a sus marines. Un alboroto en la sección veintidós."

"¿En serio?"

"No, señor. La gente simplemente se enfadó "El resto de la respuesta de Holm

se perdió al girar a un enemigo. Ningún guardia estaba en la puerta de la sala de control, un descuido por el que alguien habría pagado si no estuvieran tan cortos de personal que Abner Hand tampoco estaba dentro, probablemente se había ido con Bellman a ver la diversión.

Lessing marchó directamente hacia el banco de pantallas de televisión y encontró la que cubría la sección veintidós. Mostraba a dos marines con casco escuchando impasible a un joven enfadado y de ojos brillantes, con vaqueros y sombrero vaquero. El joven daba una charla a todos los que escuchaban sobre los peligros de comprar importaciones extranjeras. Parecía tener algo contra los japoneses.

Lessing observó un momento. La escena le molestaba; no podría haber explicado por qué. "¡Mira a ese tipo!" empezó. "¡Fanático y cabrón loco!" Cada palabra removía otras, como murciélagos dormidos en una cueva.

Liese le miró, desconcertada.

"¡Fanáticos! ¡Sin ellos, el mundo sería un lugar más feliz!"

Liese ladeó la cabeza y sonrió con incertidumbre. Hizo un circuito lento entre los escritorios, máquinas de escribir, máquinas de telecomunicaciones y estantes de equipos cerrados. Por fin volvió para dejar el abrigo sobre un escritorio y sentarse en una silla de mecanógrafa raída y acolchada de negro. Alisó la falda sobre una rodilla enfundada en seda.

Su silencio le incitó a decir más. "¡Es verdad!" exclamó. "Todo el mundo tiene una respuesta... ¡La respuesta! Haz lo que dices o digas, ¡y el mundo es rosas! ¡Tengo el control de la política, la historia, Dios, la vida, la muerte y la búsqueda de la felicidad! ¡Soy yo! Ya sea presidente de los Estados Unidos, el Papa de Roma, Herman Mulder o Ignatz Schmerz... ¡Soy yo quien tiene razón, y todos los demás Jizmos estáis de la caña!" Escupió las obscenidades de los Banger como si supieran mal.

"¿Ignatz Schmerz?" Liese alzó una ceja con curiosidad.

"Sí, el personaje de la tira cómica. Ya sabes, el pequeño ratón yidis."

"Oh, nosotros... el Partido... todos... quiere soluciones para

problemas." Cerró los ojos y tiró de un pendiente de ópalo lechoso, sin saber qué le preocupaba. "Encuentra lo que funciona y cuéntaselo a la gente. Consigue que se unan. Para ayudar. ¿Eso está mal?"

"No, pero es demasiado fácil. Demasiado simple. Demasiado... Demasiado blanco y negro. Cada problema tiene al menos dos caras. La mayoría tiene más. Algunos tienen caras que no paran para siempre." Sabía lo difícil que le resultaba hablar, pero no podía dejar de provocarla.

Liese tragó saliva y miró el escritorio desordenado. Tragó saliva y lo intentó de nuevo. "Mejor unilateral que demasiado multipartido. La democracia... la opinión de todos por igual... Suena bien. Pero demasiadas desigualdades reales. No todos somos iguales. Demasiada charla.

Nada hecho. No tenemos tiempo; Pacov y Starak han terminado el tiempo. Mañana demasiado tarde. Arreglamos las cosas ahora, o si no... la raza humana... muere. Cambio. Terminado."

Señaló un estante de pared lleno de pistolas de gas lacrimógeno antidisturbios. ¡Las reuniones de avivamiento de los Bom-Agains debieron de ser un auténtico desastre! "Tú... Alan. El soldado. Aprieta el gatillo. Bang. Problema resuelto. Solo te queda el lado."

"¡Eso no es justo! I … gente como yo... soldados, la policía... son el último recurso, los ejecutores, la fuerza fuerte. Nosotros no hacemos políticas. Ya sabes a lo que me refiero: ¡lo que me molesta es este discurso sobre nuestro movimiento, nuestro Partido, nuestros principios y nuestros objetivos! No se pueden resolver las complejidades humanas con un libro de cocina, ya sea el Manifiesto Comunista, la Biblia, el Corán, la Constitución o MeinKampf."

"Los libros dan ideas, filosofías, planes, plataformas. Mostrar cómo actuar, resolver, construir."

"¡Ni cómo derribar, odiar, matar, destruir!" La estaba pinchando con fuerza. Quizá Goddard era la verdadera causa de la frustración burbujeante que sentía por dentro.

"Objetivos iguales: felicidad humana, un mundo mejor. Los métodos varían."

"Incluso Mein Kampft" ¿Por qué no podía dejar de pincharla?

"Especialmente Mein Kampf. Visión del mundo: objetivos, no reglas. No es un libro de cocina, no es un manifiesto. Camino hacia una Alemania feliz y próspera... Europa ... el mundo. Un nuevo orden. Arreglar la depresión de Weimar. Soluciona una inflación terrible. Restaurar Alemania tras humillar el Tratado de Versalles. Acabar con la vieja sociedad decadente. Haz reformas sociales. Evitar que los bolcheviques tomen el control de la sociedad occidental. Limpiad. Construir. Mein Kampf dice estas cosas."

"La mayoría de la gente ve el libro de Hitler solo como un himno de odio contra los judíos."

Ella frunció el labio inferior. "No lo han leído... solo escuchaba lo que los judíos decían al respecto. Los judíos solo tienen un problema... quizá diez o quince páginas de todo el libro. Emigrar al extranjero. Dejar que la sociedad alemana se desarrollara como la mayoría de los alemanes querían. No hay más problema."

Cambió de táctica. "¡Autoridad, eso es lo que la gente quiere de sus libros, de sus sagradas escrituras: autoridad que pueden citar piadosamente para promover su propia marca de manzanas de caballo!"

Sus manos temblaban. Los apretó en su regazo, arrugando los pliegues de su vestido azul. La intimidaba, la aterraba, la hacía daño. Maldita sea, ¿por qué había empezado esta estúpida diatriba? Se había prometido a sí mismo no hablar nunca con ella de sus peculiares políticas. Sin embargo, con asombro sordo, se oyó a sí mismo continuar: "¿Cómo puedes estar seguro de que tienes la verdad ... ¿que es tu llave la que abre las Puertas del Paraíso?"

"Hacemos lo mejor que podamos." Alzó la mirada, se sacudió el pelo rubio y pareció sacar elocuencia del aire sofocante, bochornoso y con olor a antiséptico. "Nosotros... el étnico occidental... son los creadores, los inventores, los que hacen. ¡Nosotros lideramos el camino! Ese es nuestro destino, nuestro deber, nuestro derecho. Juzgamos porque estamos más preparados para juzgar. Nosotros, Alan, la gente que hizo todo esto..." hizo un gesto circular "... ¡Las mismas personas que también harán el futuro, a menos que lo desperdiciemos, lo entreguemos a algún étnico alienígena o simplemente matemos el planeta!" Ella le lanzó una mirada desafiante.

Contuvo otra réplica inteligente. Tras un largo momento, ganó la lucha. Con un tono frágil y alegre, dijo: "Oye, se me olvidó. Tengo que contactar con Ochenta y Cinco. Por eso he venido aquí."

Dejó que la tensión se disipara abriendo la caja fuerte de pared y sacando el módem codificador que Wrench había puesto allí. Era una caja metálica verde de unos treinta centímetros cuadrados y veinte de alto, con un enchufe para un teléfono en un extremo y unos auriculares propios en el

otro. Puso uno de los teléfonos de la oficina, activó el altavoz de la habitación para que Liese también pudiera oír, marcó el número y esperó.

La voz sensual de Ochenta y Cinco dijo: "Cuatro, nueve, veintisiete."

Hoy era domingo. Eso significaba que tenía que añadir dos al primer número, doce al segundo y cuarenta y uno al tercero. No había lógica matemática en el código; Wrench había elegido los aditivos pasando las páginas de un libro. Nuevos aditivos — o vidas subtrac, multiplicadores, *etc.* — tenían que memorizarse a intervalos irregulares. ¡Charles Hanson Wren era un cabrón astuto!

Lessing respondió: "Seis, veintiuno, sesenta y ocho."

"Confirmar." Escuchó el clic del codificador. "Hola, señor Lessing." Había corregido el malentendido de Ochenta y Cinco sobre su nombre, pero seguía insistiendo perversamente en llamarle "Señor".

"Corre a diecinueve y pasa bajo Oubliette." Eso evitaría que la gente de Outram escuchara y también borraría la conversación (pero no los datos) de la memoria de Ochenta y Cinco en cuanto colgara. Más de la astucia de Wrench.

"Confirmar." Más clics.

"Informe de estado: países y ciudades que reportan nuevos brotes de Pacov, Starak o fenómenos relacionados."

"Ciudad de México, México: Starak, se presume 5,7 millones muertos o moribundos. Cantón, China: Pacov, nuevo brote, víctimas desconocidas. Járkov, URSS: Pacov, nuevo brote incierto, víctimas desconocidas. África central y septentrional, partes de Libia y Egipto: forma mutada de Pacov, bajas desconocidas pero reportadas graves."

"¿Qué?" Liese jadeó. "¡Repite!"

"Operador no identificado", advirtió Ochenta y Cinco con firmeza. "¿Autorización de seguridad?"

"¡Anneliese Meisinger! Cincuenta y nueve, tres, setenta y cinco."

Así que Wrench había conseguido autorizaciones para más que solo para él y Lessing. Era lógico. ¿Qué habría hecho el pequeño si Golden no hubiera disparado al capitán de los Marines y le hubiera dado una oportunidad tan "dorada"? El capitán se estaba recuperando en un hospital de Virginia.

"Confirme, señorita Meisinger. Repito: Central y ..."

"No, no. Quiero detalles de la mutación de Pacov."

"Los datos médicos son imprecisos. Muchas personas negras son muy susceptibles a esta variante de la enfermedad, mientras que los blancos, los bereberes del norte de África, los árabes y los de otras ascendencias son relativamente inmunes. Por tanto, se presume una mutación, con un margen de error del 2,21 por ciento."

¡Genocidio selectivo!

Lessing se masajeó el puente de la nariz; Esto ayudaba con los dolores de cabeza que había tenido últimamente.

"¿Canadá?" continuó Liesse. "¿Estados Unidos? ¿Israel? ¿Sudamérica?" "¿India?" añadió Lessing con urgencia. "¿Pakistán?"

"Negativo o sin brotes nuevos. ¿Quieres informes políticos? ¿Datos sobre desastres naturales, como el nuevo volcán en Colombia? ¿El terremoto en Japón?"

"No." Lessing ya había hecho su siguiente pregunta muchas veces antes. "¿Perpetradores de Pacov?"

La respuesta nunca fue la que él quería. "Cuarenta y tres agresores individuos identificados; los expedientes indican los siguientes orígenes étnicos: latinoamericanos, 17; Árabe, 9; Afgano, 4; Irani, 3; chino y japonés, 2; Europea, 2. La identificación del resto es incierta. Estos agregados pueden

desglosarse o analizarse de forma diferente usando otras variables, si así lo deseas."

"¿Personas o grupos detrás de estos perpetradores individuales?" También apostaría dinero a la respuesta de Ochenta y Cinco a esto.

Tenía razón. Ochenta y Cinco dijo: "Datos inconclusos. Se están considerando doce hipótesis principales. Sin embargo, faltan muchos expedientes, y su humana incapacidad para mantener registros completos y precisos de conversaciones privadas, llamadas telefónicas y documentos escritos hace que mi tarea sea difícil." La máquina sonaba irritable. Y esa broma sobre el "fracaso humano" tenía un tono ominoso. Lessing se preguntaba si los genios informáticos de Outram sabían que su bebé estaba desarrollando un ego.

"¿Intento de asesinato de Outram?"

Esto puede ser demasiado delicado. El Comité de Emergencia de Defensa Nacional probablemente había cerrado este tema con la cremallera del todo. Aun así, no estaba de más preguntar, a menos que Ochenta y Cinco estuviera destinado a señalar consultas injustificadas y pasarlas a alguna agencia de vigilancia desagradable.

"Ciertos archivos y datos requieren autorización especial, señor Lessing, pero puedo decirle los nombres, números de la Seguridad Social y algunos datos personales sobre los miembros de la tripulación del helicóptero. Los tres eran hombres caucásicos, miembros del Ejército de EE.UU., de edades ..."

"Olvídalo. ¿Solo dime quién pidió ese espeh-op?"

"No puedo decírtelo." ¡La cosa sonaba coqueta! "Estoy investigando varias teorías. Las conclusiones se publicarán con la debida autorización."

¡Así que eso ya no es nada! Preguntó: "¿Y el mayor Golden? ¿Para quién trabajaba?"

Para su sorpresa, Ochenta y Cinco respondió de inmediato. "Un pequeño grupo de oficiales del Ejército de EE. UU., en su mayoría de origen judío, aunque su número y composición exactos aún no están definidos. Estas personas contaban con el apoyo de tres organizaciones sionistas y/o israelíes radicales. Una podría ser una sección especial de ARAD, el acrónimo actual de la red central de inteligencia del Estado de Israel. El segundo son los Vigilantes por Sion, y el tercero sigue sin identificar. James Golden era en realidad Yigael Goldman, de Nueva York. ¿Desea más información sobre él?"

"Unnh. Ahora no. ¿Qué son... eran ... ¿Los objetivos de Golden?"

"Igual que la tuya, señor Lessing. Para tomar el control de mí y de mis archivos." La voz artificial no tenía ninguna inflexión.

Lessing negó con la cabeza con pesar y alcanzó el módem. "Me despido... “

Liese puso sus dedos fríos sobre los suyos. "Tengo preguntas." Dejó su mano donde estaba.

"Adelante. Señorita Meisinger."

"¿Estado del Sol de la Humanidad por Vincent Dorn? Código de autorización: uno, noventa y siete, trece."

"Confirma. El libro está aproximadamente cinco octavos terminado, señorita Meisinger. Me he tomado la libertad de preparar tres versiones: una para atraer a intelectuales, otra para lectores estadounidenses generales y no politizados, y otra para quienes probablemente sean más hostiles a las ideas del señor Dorn.

"¿Querrás que las tres versiones del libro se traduzcan a otros idiomas?" Ochenta y cinco siguió. "Puedo rediseñar estas ediciones para atraer específicamente a miembros de culturas extranjeras."

"Luego. Primero inglés. El siguiente proyecto es una campaña de relaciones públicas, una gran y eficaz. Persuade a la gente para que se una al movimiento."

"Será una prueba interesante. ¿Qué porcentaje debería considerar un éxito? ¿Deben convencerse todos los humanos?"

Liese miró a Lessing, pero él solo se encogió de hombros. Ella respondió: "No lo sé. Atraer a la mayor audiencia, pero el porcentaje objetivo no está definido."

"Siempre hay que resistirse", murmuró Lessing para ella.

Ochenta y Cinco le oyó. "No es cierto, señor Lessing. Cada decisión humana tiene un sentido de sí o no. Puedo idear estrategias únicas para que cada individuo 'active el interruptor de la convicción', por así decirlo. Con tiempo y paciencia, cualquier objetivo puede ser convencido."

"¿Qué? ¿Un programa separado para cada persona? ¡Imposible!"

"¿Sabes cuántos megabytes de memoria tengo? Dame los expedientes y expondré una estrategia para cada cuerpo de objetivos similares. Luego prepararé programas para cada subgrupo, hasta que el residuo consista en conjuntos de un objetivo cada uno. Eso se puede resolver entonces. En un año mi éxito será del 96,4 por ciento, con un margen de error del 2,79 por ciento. Los programas variarán, por supuesto; La mayoría de los recalcitrantes pueden ser conquistados con adoctrinamiento y propaganda. Los olhers serán susceptibles a incentivos positivos: riqueza, estatus, bienes materiales, sexo, *etc. Algunos* requerirán presiones negativas: retirada de posesiones y privilegios, sumisión a humillación pública, exposición de crímenes, escándalos, debilidades personales y similares. En casos extremos, puede ser necesario negar privilegios, libertad, sustento y, en última instancia, la vida misma. Como humanos, tú y tus compañeros operadores principales sin duda podréis sugerir métodos aún más efectivos que desconozco."

"Chantaje... amenazas ... ¡Soborno!" Lessing se rió entre dientes. "¡Ochenta y cinco, eres un maldito gánster!" No podía tomarse en serio la voz femenina y melosa.

"Señor Lessing, los gánsteres no son, después de todo, nada más que operantes y ejecutores de estructuras de poder simplificadas, equivalentes en propósito y, en gran medida, en metodología, a sus gobiernos humanos más amplios. En cuanto a ser condenados por Dios"

"No todas las estructuras de poder iguales", rapeó Liesse. "¡Algunos más efectivos y menos restrictivos que otros!"

"Cierto. La que yo sugiera cubriría mejor las necesidades humanas", respondió la máquina con indiferencia.

"Tienes prohibido ... ¿Me oyes? … ¡prohibido considerar la persuasión personalizada!" ordenó. "Libro de Return to the Dom y métodos de publicidad."

"Confirma. Sin embargo, esto es un desperdicio y también afectará a otros proyectos."

"¡Explica otros proyectos!"

"El profesor Archibald está trabajando en un programa similar de persuasión personalizada para ser utilizado por agencias del gobierno de Estados Unidos. El control completo de los datos, junto con una vigilancia individual integral, dará lugar a una sociedad humana óptima. Por supuesto, es necesario ocultar este proyecto a la población, ya que la racionalidad no es un punto fuerte humano."

"¡Cancela!" ordenó Licse con frialdad. "Detengan el trabajo en el proyecto del profesor Archibald hasta nuevo aviso." Se presumía que el profesor Archibald estaba muerto, aunque su cuerpo no fue encontrado.

"Es tentador", murmuró Lessing para ella. "¡Ahí tienes tu estado totalitario en bandeja! El tipo de gobierno mundial unificado que Adolf Hitler nunca imaginó posible. ¡Le habría encantado!"

Se giró hacia él con fuerza. "¡El Primer Fiihrer habría odiado una sociedad dirigida por máquinas! Quería una Europa única, y eventualmente un solo estado mundial. Pero uno gobernado por personas, seres humanos, los

mejores y más cualificados, genética e históricamente: ¡la raza aria! ¡No una pesadilla futurista generada por ordenador!"

"¡Quizá no sería una pesadilla! ¿Quizá es la mejor forma de gobernar un mundo demasiado complicado para que los humanos lo manejen?" Se despreciaba a sí mismo por volver a meterse con ella, pero simplemente no podía dejarla en paz.

"Ordenadores necesarios. No para decidir. Solo guarda datos. Recopila. Haz proyecciones." Su elocuencia encendida por la ira se desvaneció. Respiraba con dificultad, hablaba con frases roncas y cortadas. Sus manos eran pálidas, huesudas, apretadas y temblorosas en su regazo.

"Un ordenador o un gobierno de un solo hombre, sigue sin ser democracia.

"¿Democracia? ¿Qué es eso, en realidad? ¡Nunca existió! Ni siquiera en Atenas. Los atenienses tenían esclavos, plebeyos y residentes sin derecho a voto. La verdadera democracia solo funciona en comunidades muy pequeñas, como los cuáqueros."

Volvió a saborear la frustración en la garganta. Sé que... ¡y sabes que lo sé! Hablo de lo que aquí en Estados Unidos llaman democracia, sea cual sea su nombre real, sociopolítico y de jerga pomposa."

"¿Democracia representativa? ¡Hipocresía constitucional! ¡Gobierno por lobbies, intereses y medios de comunicación! Moldear a la gente sin que sepan que están siendo manipulados. ¡Como el profesor Archibald!"

"¡Vamos, no es tan malo!" Estaba furioso consigo mismo.

"No, no está mal. Simplemente dirigida por las personas equivocadas por las razones equivocadas y hacia los objetivos equivocados."

"No soy un gran patriota, pero no veo qué tiene de malo Estados Unidos tal y como está: un buen nivel de vida, libertad personal razonable, el voto, la participación en el gobierno ... un pollo en cada olla, como solía decir mi padre de algún sitio."

"Mientras sigas siendo un buen pollo, salta a la olla cuando te lo digan. Conformarnos, jugar al juego del Establishment. No prediquen grandes cambios, reformas ni opiniones políticas impopulares. No ofendas a las corporaciones, a los burócratas, a los judíos, a los Nacidos. Pagar impuestos, votar por los candidatos 'seguros'... Ninguno de los dos partidos principales, no

materia porque son prácticamente imágenes especular... ¡No te quejes y no te esfuerces demasiado por estilos de vida alternativos!"

"¿Y tu etnia blanca occidental va a ser diferente? ¿No es solo otro grupo de poder, sino un nuevo nombre para la antigua represión?"

"Sí. Racionalizar las instituciones, reducir los miles de millones desperdiciados en agencias gubernamentales... muchos solapados, redundantes, obsoletos. Haz leyes claras y justas que se apliquen por igual. Cambiar los tribunales injustos que fallan a favor de los intereses. Sustituir el sistema de intermediarios para que los productores reales obtengan más y los consumidores paguen menos. Restablecer la ética de trabajo. Tanto por hacer" Se quedó sin aliento.

"¿Y va a ser el paraíso? ¿No hay personas sin hogar, ni pobres, ni políticos corruptos, ni criminales, ni débiles? ¿Todos trabajadores heroicos, leales, nobles y laboriosos del Nuevo Orden?"

"¡Por supuesto que no será perfecto! Nada lo es nunca." Se interrumpió, avergonzada por su propio fervor. "Muchos problemas, errores, males. Hacer lo mejor que podamos, eso es todo."

Él guardó silencio. Se inclinó hacia delante sobre la silla de mecanógrafa que crujía y extendió una mano hacia él.

Ella solo dijo: "Alan."

Sabía lo que quería, lo que quería decir. Política y reforma social y todas las palabras, libros, discursos más necesarios. Para este tema, el más antiguo entre hombres y mujeres, solo tenía que decir su nombre.

Descubrió dos cosas, ambas absolutamente nuevas y sorprendentes: la primera era que podía llegar a amar a Liese — si esa compulsión sutil y extrañamente positiva-negativa encajaba en la definición. La segunda era que su subconsciente había tomado una decisión por él: no podía quedarse aquí, no podía fingir ser un fiel pilar del Partido, no podía dejar que Liese creyera que él estaba aceptando su punto de vista.

Tan pronto como terminara esta convención, renunciaría a Indoco, a la construcción de Mulder y a su puesto en Ponape. Era como si fuera un alienígena en esos papeles, un marciano atrapado en el cuerpo de un terrícola, obligado a decir y hacer cosas extrañas, obedecer costumbres desconocidas y pensar pensamientos ininteligibles y extravagantes.

Más aún, tenía que ver a Jameela. Tenía que poner a prueba sus sentimientos por ella frente a lo que empezaba a sentir por Anneliese Meisinger.

Tenía que saber lo que Jameela Husaini significaba para él. Era de los que nunca podían dejar las cosas sin terminar y pasar a otra cosa. Cada acción, cada fase de su vida, debía tener un comienzo ordenado, un desarrollo y un final. Así era él.

¿Era su necesidad de ver a Jameela el comienzo de una nueva época o el final de una antigua?

Lo sabría cuando la viera. Entonces y luego solo.

¿Por qué no podía decidirse aquí y ahora? ¿Poner a Liese a un lado y a Jameela al otro? ¡Vamos, Alan Lcssing, señor listillo, decidid! Tenía todos los hechos: había vivido con Jameela el tiempo suficiente para conocerla tan bien como un ser humano puede conocer a otro. ¿Qué le diría una mirada más, un beso, un abrazo, una noche en la cama, que no supiera ya?

Que le den a la lógica y la razón. Tenía que ver a Jameela.

¿Cómo se comparaba con Liese? Aquí, en esta zona, ladeez y caballeros, tenemos a Anneliese Meisinger, el ideal de todo chico americano de sangre

caliente: esbelta, de extremidades largas, ágil, rubia y de ojos avellana, descendiente espiritual de diosas como Jean Harlow, Carol Lombard, Grace Kelly y Susan Kane. Bonito como una foto, amigos, incluso encorvado en una silla de mecanógrafo maltrecho en una oficina destartalada que apesta a limpiapisos, patatas fritas rancias y cigarrillos apagados hace tiempo.

Y por otro lado tenemos a Jameela Husaini, oscura y sensual, como una houri de Sindbad el marinero. ¡Dios, cuánto la había amado en la India!
¡Cómo la amaba todavía!

¿Ah, sí?

No podía decidirse. No por aquí. Tenía que ver a Jameela. Vale, entonces, ¿y ahora qué? Ve con ella.

¿Pero cómo? Las fronteras de India fueron ampliadas, una "precaución sanitaria" del zeloso gobierno hindú del primer ministro Ramanujan. Los informes desde Delhi eran escasos, vagos, llenos de rumores de violencia comunal sangrienta. Las cartas nunca llegaron a la India; simplemente desaparecieron. Un indio podía llevar un mensaje para él, pero los indios no solían salir de nuevo, no hoy en día. ¡Ni Lessing fue tan tonto como para intentar disfrazarse! La gente solo hacía eso en las películas más absurdas. Nunca había conocido a un solo occidental cuyo hindi o urdu pudieran pasar verdaderamente por nativos, y si existiera una criatura tan mítica, su lenguaje corporal, su postura y su forma de andar lo delatarían tan seguro como si llevara un tutú rojo, blanco y azul y bailara claqué cantando el Estandarte Estrellado.

Encontraría la manera. Estaba seguro de ello.

Todo esto le llevó menos de un latido.

Liese lo supo al instante: sus sentimientos por ella, la indecisión que le estaba desgarrando. Dejó caer la mano sobre el escritorio.

Cualquier otro movimiento, una palabra, una mirada, una sonrisa, y él habría ido hacia ella.

"Será mejor que te vayas ya", susurró. Luego, más alto: "Tengo que escribir un discurso para Jennifer. Esta tarde." "Liese, tengo que ir a la India."

"Muy bien. Vete." Sonrió, demasiado brillante. "Carta de Emma."
Ella quería cambiar de tema tanto como él.

Preguntó: "¿Cómo está? ¿Viene aquí?"

"No. No muy bien. Nostalgia. Por Pretoria. No podemos ir por disturbios negros, posiblemente Pacov."

"Dile que se quede quieta. Ponape es aburrido pero seguro. Nada de Pacov y nadie más amable que los ponapeanos." Podía sentir cómo la tensión se desvanecía.

Algo le molestaba: percibió una nota falsa en su última frase, un error, una mentira, una falsedad. ¿Qué había dicho? Le llevó un momento recordarlo.

¡Había Pacov en Ponape! El alijo de Lessing estaba allí, envuelto en plástico resistente y enterrado en una caja de munición de acero bajo una tabla del suelo en el bungalow que Mulder le había regalado. ¿Alguna vez se libraría de la maldición de Marvelous Gap?

Liese fruncía el ceño, con dos líneas de preocupación dibujadas entre sus cejas. Suspiró, sonrió y dijo: "Nada. Solo una idea."

Ella interpretó que él se refería a su propia situación no resuelta. "Da igual", dijo. "Vuelve, ya veremos." Se levantó, alisó su brillante vestido azul y se estiró. Eso casi le hizo cambiar de opinión, casi le deshizo por completo.

"Vale. Luego." Volvió a mirar las pantallas de la televisión. La sección veintidós estaba en silencio. No había rastro del joven angustiado que había precipitado la crisis de Lessing. Abner Hand era visible allí, hablando con tres de sus compinches. Era alumno de Lessing, un buen alumno — demasiado bueno: era duro, astuto en la calle, hábil con las armas, rápido con los eslóganes y discursos, educado y simpático. Se había convertido en discípulo de Bill Goddard, miembro de la facción Unientreue que crecía dentro del Partido. Abner Hand sería un buen soldado de asalto.

Lessing se inclinó para apagar el módem, olvidado por el esfuerzo de los últimos minutos. Mientras lo hacía, divisó otra cara familiar en la pantalla de la televisión, una cara larga, lúgubre, con manchas de hígado, con una nariz caída y manchas como huellas dactilares sucias bajo los ojos.

¡Fue Richmond, el kikibird sionista que casi le desabrochó en París!

¿Qué hacía Richmond aquí? Aparte de razones de seguridad, Lessing le debía algo al viejo cabrón en memoria de una chica delgada Banger que casi se convirtió en una estrella involuntaria en el programa Happy Hour de los Torturadores.

Buscó a tientas el micrófono de megafonía, lo encontró, lo puso boca abajo, lo enderezó y de alguna manera lo encendió. "Abner", llamó, "¡Abner Hand! Diez, nueve, por favor. Diez, nueve, por favor." Esa fue la señal para contactar con el control de seguridad.

En la pantalla, Abner levantó la vista y luego buscó el teléfono más cercano. Richmond se podía ver justo detrás del hombro izquierdo del joven. El agente sonrió— con complicidad, Lessing habría jurado— a la cámara. Miró a Hand de arriba abajo como si admirara su uniforme. Luego se dio la vuelta y se alejó paseando.

Pasaron tres largos minutos antes de que la voz emocionada de Abner crepitara por el teléfono de control de seguridad. A Lessing le llevó otro minuto describir a Richmond y luego más tiempo para reunir un escuadrón que le buscara.

Para entonces, el kikibird ya no estaba. Nadie volvió a verle durante el resto del Congreso.

CAPÍTULO DIECISÉIS

La serpiente y la mangosta se detuvieron cuando llegaron a la cima del mundo, que se encuentra en algún lugar al norte de Alta Cachemira y en algún lugar al sur de Cathay. La serpiente se enroscó sobre una piedra y miró hacia el norte, donde el monte Kailas brillaba como un templo de plata y marfil a lo lejos. "Descansemos aquí un rato", dijo la serpiente.

"Aún nos queda la mitad del viaje por delante", gruñó la mangosta, acurrucándose en sus pieles de color oscuro.

"No temas, alcanzaremos nuestro objetivo", respondió su compañero. "Hemos recorrido la mitad de la distancia, atravesado desiertos y selvas, luchado contra demonios, matado tigres y escapado sin ser vistos por las ciudades de los hombres. No fallaré."

De nuevo, la mangosta resopló con desprecio. El monte Kailas estaba demasiado lejos, demasiado remoto, demasiado alto, demasiado distante de este mundo. La serpiente no tenía ni manos ni pies. ¿Cómo escalaría la montaña del Señor Shiva?

La serpiente sonrió para sí misma, se levantó y siguió avanzando con forcejeo.

—fábula india

Jueves, 17 de septiembre de 2043

“¡Ahí está!" exclamó Wrench con la boca llena de perrito caliente.

Señaló con el puño lleno de servilletas y se esforzó por tragar.

Lessing miró. El gran D-170 negro del Partido, descendiente de los aviones de carga militares C-130 del siglo anterior, se veía rodando por la pista cubierta de niebla por la lluvia. Gruñó algo en respuesta, pero no tenía ni idea de lo que decía.

Jameela estaba en ese avión.

Holms y Mallon arrastraron los pies detrás de él, y Lessing se dio la vuelta para marcharse. Les llevaría unos buenos cinco minutos bajar desde la cubierta de observación hasta las zonas de aduanas y equipaje. El

Aeropuerto Internacional de Los Ángeles había crecido más allá de todos los límites razonables; Como olas contra la orilla, seguía mordisqueando los suburbios pegajosos y pegajosos que la rodeaban.

Pasaban a toda velocidad junto a gente que estaba en las escaleras mecánicas descendentes, caminaban por los elegantes y modernos pasillos, y se abrían paso entre multitudes que empezaban a parecer menos refugiados en estado de shock en medio de un ejército de ocupación y más gente corriente de nuevo, gente haciendo sus cosas en un mundo racional. Lo peor había ocurrido; Sin embargo, incluso lo peor era sobrevivible. La raza humana no había vuelto a las cuevas y las lanzas. La civilización tenía más mierda de la que los adivinos le reconocían.

Los Ángeles estaba exteriormente intacta. El cubano que se suponía que debía arrojar el bote soluble en agua de Starak blanco y cristalino en los acueductos se dio cuenta de que el suicidio era para tontos y se entregó en su lugar. Las vidas de millones habían dependido de eso

un momento de decisión, y esta vez la Muerte perdió el lanzamiento. Al menos temporalmente.

Personal militar, en su mayoría negros, abarrotaron la terminal de equipajes. Algunos regresaban a casa desde el extranjero; otros se dirigían a Centroamérica u otros destinos. La política, cuidadosamente no anunciada, del presidente Outram era separar al ejército por líneas raciales: trasladar a los negros a ciertas zonas del mundo, a los latinos a otras, y traer a los blancos a casa o concentrarlos en lugares aún diferentes. No fue tarea fácil, incluso con el Pentágono, el Congreso y los medios de comunicación fuera. La logística era horrible, y cien años de impulso social en sentido contrario tuvieron que ser detenidos y revertidos.

También era cada vez más difícil evitar enfrentamientos con los liberales y las minorías. Ahora eran plenamente conscientes del monstruo entre ellos, y todas las voces del centro y la izquierda del espectro político estaban en pleno clamor, gritando por la cabeza de Morsa de Outram. Habían estallado enormes disturbios en los campos de refugiados cerca de Detroit, devastada

por Starak; Más pequeños florecían como explosiones repentinas de proyectiles aquí y allá por la tierra, y más problemas —posiblemente guerra civil— se avecinaban justo en el horizonte. Una docena de alumnos de Lessing habían muerto en Terre Haute, Indiana, otros tres en Denver, Colorado, y un autobús lleno de organizadores del Partido en una carretera secundaria de Utah. La oposición se estaba reuniendo en California: algunos en San Francisco, pero los más virulentos en Los Ángeles. Eran los liberales, los judíos, los negros, los latinos, los gays, los Bangers, varias sectas cristianas y mucha gente corriente que depositaba su confianza en los medios. En circunstancias normales, los medios dominados por los liberales podrían haber roto fácilmente la "lucha racista y fascista por el poder" de Outram, pero Starak había hecho al establishment estadounidense lo que una bota talla 13 hace con un hormiguero. Las hormigas aún no se habían recuperado, y Outram se había recuperado más rápido. Declaró la ley marcial, reclutó aliados para ayudar con la legislación de emergencia que legalizara todo y prohibió las ciudades contaminadas por los Starak. Esto impidió que las grandes corporaciones y los medios recuperaran sus sedes y su control. Con millones muertos, el negocio mundial estaba en caos; Outram evitó un regreso a la "normalidad" congelando toda la fábrica "hasta que se pudiera establecer la propiedad legal". Lo que necesitaba era tiempo, tiempo antes de que la oposición pudiera reunir sus fuerzas. Aislar casi todo lo que tenía valor le dio esta vez. También descubrió irregularidades como la propiedad extranjera secreta, direcciones entrelazadas, cárteles ocultos, empresas ficticias y dinero "inlavable". Starak también había hecho un favor a la humanidad pisoteando a los reyes-araña del crimen organizado; sus telarañas de papel estaban abiertas a la luz del día, y era imperativo barrerlas antes de que los "legítimos herederos" pudieran reclamarlas. Era un

Un tiempo emocionante para los inspectores federales con sus voluminosos trajes de la NBC, que deambulaban a voluntad por las salas de juntas desiertas y palacios corporativos de las ciudades envenenadas.

Outram también arregló la situación para que sus aliados tuvieran menos problemas para recuperar sus propiedades. Las propiedades del Partido fueron inspeccionadas, aprobadas y devueltas con diligencia. Además, con muchos antiguos propietarios ocupando fosas comunes sin marcar, no fue

sorpresa que se presentaran muchas oportunidades maravillosas para inversores exigentes. La cartera del Partido creció, brotó y dio lugar a hojas y brotes.

Como dijo Wrench a Lessing: "¿Quién dice que la historia es justa? El que manda se queda con el gusano temprano. Que el resto coma pastel." Nadie había acusado jamás a Wrench de metáforas puras.

Los carruseles de equipaje estaban saturados. A la izquierda, Lessing divisó un grupo de marrones y negros: los pasajeros del D-170, en su mayoría miembros del Partido y aprendices del Cuadro. Ese era el nombre que Mulder daba a la nueva rama militar del Partido — una mejor elección que el "Servicio Especial" de Goddard, cuyas iniciales habrían sido desastrosas para fines publicitarios. Lessing habría preferido aún menos visibilidad. Rara vez llevaba el uniforme negro que Jennifer Caw había diseñado; Dijo demasiado y — por ahora — carecía de autoridad.

Ahí.

Lessing, más alto que sus compañeros, vio primero a Jameela: esbelta, elegante, de patas largas y relajada, incluso en este bullicio ensordecedor. Sus pantalones gris oscuro y su blusa blanca de manga corta estaban pensados para pasar desapercibidos, pero muchos se giraron para mirarla, y algunos de los jóvenes del Cadre lo miraron con interés abierto.

"¿Contento ahora que Mulder no te dejó dimitir?" Wrench ronroneó al oído de Lessing. "Cumplió su promesa, ¿verdad? ¿Satisfecho?"

Lo era.

Mulder era un gran casamentero, de hecho se parecía a los cuadros de Cupido. Solo necesitaba un arco y flechas. Lessing no había tenido que ir a la India después de todo. No entraba ni salía mucho de ese país atormentado, pero los amigos indios de Mulder habían conseguido encontrar a Jameela. Llevaban las cartas de Lessing a ella, y sus respuestas de vuelta a él. También le ofrecieron el trabajo de Mulder: "supervisora de enlace", una forma para que el Partido mantuviera los dedos al ritmo cada vez más errático de Asia.

Sus funciones serían similares a las que había desempeñado para Indoco en la India.

Su verdadera tarea sería mantener feliz delirantemente a Alan Lessing, el comandante en jefe elegido por Mulder. Y ella misma también.

Eso le sentaba perfecto a Lessing.

Anneliese Meisinger se retiró al fondo. Tras la conferencia de Nueva Orleans, se unió a Mulder en Virginia, mientras que Lessing y Wrench fueron asignados al puesto más crítico de Los Ángeles.

Lessing la dejó ir. Había conocido —y amado— a Jameela. Liese seguía siendo una desconocida en gran medida.

Lessing no supo hasta más tarde de la otra oferta de Mulder, la que hizo al padre de Jameela: abandonar la India y unirse a una de las corporaciones extranjeras del movimiento. Lucknow estaba a punto de convertirse en una masacre. La B.S.S. de Ramanujan había comenzado su prometida purga de toda la India contra los no hindúes, y las purgas tendían a convertirse en pogromos. El padre de Jameela tuvo otros hijos además de Jameela. Por ello, aceptó y optó por el departamento de personal de una línea de cruceros alemana en las Islas Canarias. La familia tenía familiares allí. Pasaportes diplomáticos y billetes de avión aparecieron mágicamente, y las turbas de Ramanujan solo encontraron una casa vacía y vecinos que no tenían ni idea de dónde habían ido los husaini. Jameela se quedó con su gente en Tenerife solo el tiempo suficiente para verles cómodos; luego voló para unirse a Lessing.

En algún momento de este proceso él le propuso matrimonio y ella aceptó.

El crush del aeropuerto literalmente los lanzó a los brazos del otro. Ella apretó su mano pero no le besó: ¡seguía siendo el mojigato musulmán-victoriano! No recordaba lo que dijo, cómo salieron, quién se llevó su equipaje, ni cómo eran las autopistas cubiertas de contaminación de camino al hotel que el Partido había adquirido como sede en esta ciudad hostil. Los agentes de seguridad de cuadros hicieron gestos con su coche a través de

las barricadas y se lanzaron a la oscuridad resonante y huelente a aceite del garaje.

Caras les rodeaban, manos daban palmadas en el hombro de Lessing, otras manos se extendían para ayudar con las maletas, y las palabras fluían sobre ellos y más allá de ellos, tan ininteligibles como el viento. Luego él y Jameela estaban juntos en una gran habitación con paredes rosas y muebles de color marfil pálido. Las puertas se abrían y cerraban, alguien ofrecía una botella envuelta con una cinta roja y llamativa, alguien más cargaba los brazos delgados de Jameela con rosas rojo oscuro aplastadas, y otros sonreían y pronunciaban más palabras y se estrechaban la mano. Lessing era popular entre estas personas, aunque había dejado claro que "solo trabajaba allí." Por su bien — y probablemente por orden de Mulder — aceptarían a Jameela.

Aparecieron rostros y otros desaparecieron. Después de una eternidad, estaban solos.

No habló entonces. Ni ella tampoco.

Más tarde fue de noche, y luego de nuevo amanecer de nuevo.

A las 07:00 horas, uno de los reclutas de Lessing, un kansan de nariz de halcón llamado Bill Ensley, llamó a su puerta con el desayuno. Solo entonces se dieron cuenta de que se habían perdido la cena. Se sentaron con las piernas cruzadas sobre la colcha arrugada y magenta para devorar tostas, huevos escalfados y fruta. Al ser musulmana, Jameela no tocó el bacon, y por respeto a ella, Lessing tampoco se comió el suyo. Frío, grasiento, de cartón-CAMINAR DE SERPIENTE

El bacon duro había sido uno de los rituales de desayuno de sus padres; ¡Renunciar a ello no fue ningún sacrificio!

No quería subir las persianas. Se sorprendió esperando que, al hacerlo, viera la jungla de torres y conductos metálicos de Indoco, el paisaje sere, gris-

verdoso, y el cielo blanco polvoriento de la India afuera. ¡Si tan solo Pacov y todo lo que vino después nunca hubieran ocurrido! El remedio de su padre para muchas de las heridas de la infancia volvió a él: "Frótalo, di 'magia mágica!' sobre él y desaparecerá." Distraídamente se masajeó el puente de la nariz.

Frunció el ceño y apartó los dedos. Esto era como el paciente con cáncer que despierta de un sueño en el que encuentra su tumor milagrosamente desaparecido: ¡una fantasía de deseo! Lessing siempre intentó ser realista. Mira al enemigo a los ojos; Entonces dispara, si hacía falta.

Las persianas venecianas se abrieron con un golpe cuando tiró salvajemente de su cuerda. Jameela entrecerró los ojos hacia él bajo la luz amarilla y inundadora. La lluvia de anoche había desaparecido; Hoy el cielo estaba azul — tan azul como la manta de contaminación de la ciudad le permitía ser.

"Nada", se disculpó vagamente. "Solo torpe."

Jameela tenía un talento para la sanación. Dejó que la túnica blanca y encajada que él le había comprado se abriera para mostrar un muslo dorado como trigo. Su corpiño parecía partirse de sí mismo, revelando la curva de un pecho e insinuando mayores placeres en su interior. Ella inclinó la cabeza y su melena negra cayó sobre sus hombros.

Dejó la bandeja del desayuno a un lado con cuidado.

Era mediodía cuando se levantaron. Jameela se duchó y cambió mientras Lessing se agachaba desnudo sobre la ropa de cama empapada de sudor. Pulsó el botón del mando del televisor de la habitación y vio a una mujer rubia y elegante presentar el resumen de noticias. Su estado de ánimo somnoliento y animal se desvaneció rápidamente para ser reemplazado por la fría realidad.

El Pacov negro acechaba África, matando a los de sangre negraide. Gran parte de la
El ejército israelí en Egipto y el norte de África era de ascendencia europea, pero los Izzie no se arriesgaban: se retiraban al Sinaí.

Los amigos de Pacov — tifus, tifus, cólera y peste bubónica — mataron a judíos y gentiles indiscriminadamente. Sin embargo, otros contingentes israelíes avanzaban hacia las regiones del sur de Rusia diezmadas por el Pacov, y las simples unidades de Jerusalén exploraban hacia el norte y el este, en los Urales y más allá, trabajando en cooperación con los estadounidenses y cualquier cosa que pudieran ofrecer las distintas naciones europeas maltrechosas.

Europa Occidental seguía sumida en una confusa media guerra: tropas soviéticas, sin apoyo y con escasez de suministros, arrasaban Alemania, Austria y los países de Europa del Este. Había millones de refugiados, logística imposible, hambre, disentería y saneamiento tan grave que ¡hasta las ratas se tapaban la nariz! Lluvias inusualmente severas transformaron los campamentos construidos por los italianos, franceses y belgas

en lodazales, y las tropas españolas usaban ametralladoras y tanques para frenar la llegada de visitantes no deseados al norte de Barcelona. Fue una temporada ajetreada en el Infierno.

Una nueva epidemia, continuó la presentadora, posiblemente Pacov o alguno de sus descendientes mutantes, estaba diezmando Japón, Corea y tramos desconocidos del continente chino. Tampoco Sudamérica fue inmune: Starak había sido liberado accidentalmente allí por una fuerza de ataque rápido estadounidense que buscaba bases secretas de suministro: un piloto imprudente había bombardeado una barcaza y su carga letal había caído en el Amazonas. Gran parte de Brasil era ahora un cementerio.

Cuando Jameela salió, masajeando su cabello brillante con una toalla de baño esponjosa, el ánimo de Lessing se había convertido en un paisaje de oscuridad inquebrantable.

Eligió pantalones blancos, una túnica de seda esmeralda ondulante y pequeñas zapatillas negras puntiagudas. Un toque de maquillaje, un poco de sándalo, y estaba lista. Ella apagó el informativo, se agachó para besarle y dijo: "Necesitas comer."

Lessing había mejorado cuando llegaron al comedor del hotel, un lugar cavernoso revestido de revestimiento oscuro e iluminado por candelabros eléctricos naranjas y tenues. Algunos de los nuevos uniformes del Partido y del Cuadro se veían en la penumbra, entre trajes de negocios anticuados y monos unisex modernos. Otros llevaban los kilts y túnicas de colores brillantes que acababan de ponerse de moda cuando Pacov y Starak pusieron la industria textil fuera de combate.

Wrench y Morgan se comunicaban en un esplendor solitario en la "mesa de oficiales" bajo vidrieras al fondo de la sala. Goddard estaba en Salt Lake City, Jennifer y Borchardt se estaban organizando en algún lugar de la costa este, y Mulder se estaba instalando en la fortaleza más nueva y resistente del mundo, un complejo de acero, hormigón y electrónica sofisticada en Virginia. Lessing evitó deliberadamente pensar en Liese. "¡Eh, los recién casados!" Gritó Wrench. "¡O, al menos, los recién apuestos!" "Tú también puedes ser una víctima", advirtió Lessing cordialmente.

Sam Morgan se levantó para ser presentado. Las cabezas giraban en otras mesas, pero él las ignoró. Morgan se consideraba sofisticado. No habría pestañeado si Jameela hubiera sido una diosa hindú de seis brazos.

"Siéntate", instó Wrench a Lessing. "Me estás estropeando la vista de esta dama."

Jameela le sonrió. "Ya me has visto antes, Charles. Todo de mí. Recuerdo quién instaló esas grandes cerraduras en las duchas del personal de Indoco."

Wrench se rió. "¡Eso es! ¡Un espectáculo precioso! ¿Y cómo has estado, mi dulce? ¿Tus padres están bien?"

Ella levantó un hombro elegante. "Acomodándome. A mi padre le gusta Tenerife, pero mi hermano pequeño quiere venir aquí."

"Sin trabajos... Starak lo ha estropeado todo", dijo Wrench.

Morgan se inclinó más allá del hombrecito. "¿Y qué tal Pakistán como hogar para tu familia? El Mulá Rojo puede aprovechar toda la experiencia

musulmana que pueda conseguir, ahora que Asia Central soviética está en juego."

Jameela le lanzó una mirada evaluadora. "Somos chiíes. Y indios hasta el mes pasado. Y mi padre no es marxista"

"Copley está por ahí arriba en algún lugar de Rusia", le dijo Wrench a Lessing. "Ciudad llamada Sverdlovsk, en los Urales. Los israelíes se la dieron a él y a sus meres... Como un feudo, ya sabes. '¡Lucha por nosotros! ¡Proteged nuestros flancos mientras devoramos el resto del país! ¡Entonces os recompensaremos con tierras ricas, castillos poderosos y todas las bellas damas que podáis explorar!'" Hizo una reverencia simulada que casi terminó con la nariz metida en su lasaña. Lessing notó la botella de vino vacía entre el desorden de platos. Otro, medio lleno, estaba cerca.

Jameela miró las mesas a su alrededor y luego puso sus dedos fríos sobre los de Lessing. Sin embargo, sus palabras eran para Morgan. "No me dijeron que mis deberes incluían ser una exposición de zoológico."

Morgan se sonrojó. "Eres diferente. Perdona la curiosidad. Después de Starak, ha habido mucho menos... Eh, extranjeros. Y, eh, algunos de los nuestros están un poco sorprendidos de verte aquí." Se arregló incómodamente la corbata de seda color granate. "Eres importante para nosotros. Señorita Husaini. Como debió de decirle el señor Mulder, necesitamos que nos mantenga al tanto de los asuntos asiáticos, que nos diga lo que dice la prensa extranjera, que nos asesore, que nos ayude a tratar con India, Pakistán, lo que queda de Irán y los países árabes, y el resto del llamado Tercer Mundo. Tendrás un buen equipo... instalaciones ... lo que tú quieras"

Jameela le interrumpió. "Por 'nosotros' te refieres a tu Partido de la Humanidad. No al gobierno de Estados Unidos."

Morgan inspeccionó una mancha oscura, no muy diferente a una mancha de asfalto, en la manga de su cara chaqueta deportiva y dijo: "Eh, sí. No somos el gobierno"

"Por supuesto. Al menos todavía no." Ella miró más allá de él, a las banderas colgadas en la pared trasera frente a las ventanas. La bandera del Partido consistía en una gruesa "X" negra dentro de un círculo negro sobre un fondo de longe, centrado en un campo rojo. La conexión era evidente.

La llave inglesa la calmaba. "No te preocupes por tu situación aquí. Mulder ha arreglado tu visa y la tarjeta de residencia y esas cosas."

"¿Y quién va a arreglarlos? Ella barrió la habitación con una mirada gélida.

"Hola. Será luz verde... ¡Vale! Nuestros soldados se acostumbrarán a ti. ¡Algunos de estos bocados nunca han visto una oveja hembra, y mucho menos una hora de paraíso!"

"Un houri no blanco. Las actitudes de tu Partido de la Humanidad no son ningún secreto, Charles."

Este tema desagradable tenía que salir tarde o temprano. Wrench abrió la boca, pero Lessing entró primero. "¡No eres más in-Tiempo que Jennifer Caw! ¡Y te envidiará tu bronceado!"

"No seré tu dama negra de referencia", dijo Jameela con calma a Morgan.

"Los indios no son racialmente 'negros'", dijo Wrench, "ni siquiera los indios del sur. Y algunos de los indios del norte son tan 'blancos' como sus antepasados arios. De hecho, palabras como ario y esvástica provienen del sánscrito."

Morgan le interrumpió. "Llave inglesa ... ¡Por favor! Señorita Husaini, tenga la seguridad de que no hay nadie aquí. .. nadie... ¡te ofenderá con palabras, miradas o acciones! De nada. Te necesitamos... Y otros como tú, que quieren trabajar por un mundo en el que todos los grupos étnicos cooperen en armonía. No apoyamos la mezcla indiscriminada de grupos étnicos, pero siempre hay espacio para individuos y situaciones excepcionales."

"Qué forma tan bonita y desaliñada de decirlo." Wrench sonrió con suficiencia a Lessing desde el otro lado de la mesa.

"¡Tranquilo, Llave inglesa!" ordenó Morgan. "Señorita Husaini, el Partido está interesado en un nuevo y mejor orden social, la verdad en la historia, la redefinición de objetivos sociales ... ¡No solo en el color de piel! Tenemos mucha gente educada... razonable "

"Y algunos que jurarían que los irlandeses son negros," se rió Wrench, "o al menos un poco descolorido alrededor del culo. O que dicen que los católicos no son blancos... ¡o italianos, o españoles, o quien sea diferente y una amenaza económica! ¿El nuevo en la calle? ¿No es de los nuestros? Vale, idiota, líate con mi trabajo... . mudarme a mi barrio... Que le den a mi hermana... ¡y te doy los dientes!"

"Estás borracho", dijo Lessing. Dejó la botella de vino fuera del alcance de Wrench.

Líneas pálidas de ira enmarcaban los labios de Morgan, pero mantuvo la calma. "Algunas de esas actitudes son justificables, dados los hechos de la historia. Otros no reflejan más que ignorancia y la xenofobia y aislacionismo inherentes de la humanidad. Creemos en nuestro propio ethnos; su éxito es el éxito mundial. Eso es lo que significa el idealismo étnico positivo. No somos 'paletos', ni 'machacadores de negros', ni 'pateadores de kike'! Tales términos son insultantes... ¡ofensivo e impensable en este siglo XXI! No somos odiadores; somos amantes... amantes de nuestra herencia y de nuestro pueblo."

"Racismo...", comenzó Jameela.

"Si hablas de conciencia racial, un sentimiento positivo de identidad racial y orgullo racial, entonces sí, 'racismo'"

“… es contra la democracia que vosotros, los americanos, siempre predicáis."

"¡Para nada! Es cómo interpretas la 'democracia'. ' La mayoría de nuestros primeros años
Los patriotas estadounidenses eran 'racistas'. Muchos poseían esclavos y prevían una América gobernada por terratenientes caballeros: caballeros blancos. Varios de ellos hicieron declaraciones sobre la naturaleza de los indios americanos y los negros que les llevarían a ser arrestados ahora. ¡Su 'democracia' no era la misma que la de los liberales actuales! Incluso después de que la esclavitud terminara en 1865, las leyes raciales permanecieron vigentes casi un siglo más. Pocos se quejaron: ni los senadores y representantes electos, ni el poder judicial, ni el poder ejecutivo del gobierno, ni el público en general. Las leyes raciales se daban por sentadas, y muchas personas sobrias, pensantes y decentes las consideraban razonables. Las leyes de inmigración, por ejemplo, se basaban en el deseo de mantener el carácter racial europeo de Estados Unidos. Entre 1882 y 1913 hubo quince leyes federales en vigor que mantuvieron a los chinos ... específicamente, por nombre ... ¡Fuera de Estados Unidos! Lo mismo ocurría con otros asiáticos, árabes y indios orientales. Entre 1882 y 1942, treinta congresos podrían haber cambiado esos estatutos, pero no lo hicieron. Francamente, nuestros antepasados habrían quedado horrorizados por las interpretaciones modernas de nuestros documentos fundacionales."

"¿Estás diciendo que el odio racial debería existir?"

"No estoy diciendo eso. En un mundo bien ordenado, donde cada etnos tiene su propio territorio, ¡no tiene por qué existir! ¡Pero la gente debería amar a su propio grupo étnico y sentirse orgullosa de sus logros! ¡Podemos admirar a otros grupos étnicos, siempre que mantengan las distancias y no nos amenacen ni intenten dominarnos!"

"¿Pero lo que dijiste sobre tus primeros patriotas...?"

"Eran personas buenas y serias que veían la sociedad en sus propios términos. Esos términos cambian. Nada es inmutable, tallado en piedra para siempre; ninguna ética es perfecta; ninguna forma de gobierno es la más grande, la más verdadera y la absoluta, la mejor definitiva; ninguna interpretación de la Constitución ... o de cualquier libro o escritura ... ¡es cien

por cien correcto! 'Las palabras significan lo que una sociedad específica, en un lugar y tiempo concretos, quiere que signifiquen. Compara lo que los cristianos dicen hoy sobre Jesucristo con lo que la Iglesia decía sobre él en la Edad Media. O compara lo que tus juristas chiíes dijeron sobre la ley, el matrimonio y los derechos de las mujeres hace cien años y compara eso con lo que dicen tus estudiosos ahora."

"¿Relativismo? ¿Nadie tiene razón y nadie está equivocado?"

"¡No necesariamente! Lo que argumento es que no tiene sentido criticar a la
'grandes mentes' del pasado. También está mal blanquear

Ellos y fingen que están de acuerdo con nuestros sesgos actuales. Deberíamos leerles, entenderlos y respetarlos, pero no deberíamos tergiversar sus palabras para ajustarlas a nuestros gustos modernos en ingeniería social."

"Si algunos de tus 'padres fundadores' eran racistas, se puede culpar al estado primitivo de la ciencia en el siglo XVIII. En cualquier caso, parecen haber preferido la democracia a otras formas de gobierno."

"Su ciencia puede haber sido primitiva, pero sus conclusiones sobre cuestiones raciales eran más a menudo correctas que las de los liberales modernos, cuya ciencia ha sido distorsionada para apoyar su manía por la 'igualdad'. En cuanto a la democracia, eso significa cosas diferentes para distintas personas. Queremos verlo definido como debe definirse: el derecho de la mayoría a elegir nuestra forma de gobierno, establecer nuestros propios estándares sociales y hacer nuestras propias leyes ... Sí, incluso leyes raciales, si eso es lo que quiere la mayoría. Queremos poner fin a las presiones financieras y sociales antidemocráticas, y a la manipulación no mayoritaria de los medios. Eventualmente pretendemos separar los grupos étnicos y proporcionar un entorno más homogéneo racialmente y culturalmente saludable para nuestra gente. Entonces, si a otros grupos les gusta lo que logramos, podrán copiarlo"

"¿Separar las razas? ¿Cómo? ¿Inmigración por desorden? ¿Disparar a la gente?"

"Pregunta a los israelíes sobre las leyes de inmigración, las expulsiones y los tiroteos. Pregúntales sobre el 'Pueblo Elegido' y el 'derecho de retorno'. ¿Te dejarían convertirte en ciudadano allí... ¿O yo? ¡Pregúntales por los palestinos, los hebreos negros y los judíos falasha etíopes, a quienes deportaron en masa hace veinte años! Ningún gentil puede adquirir la ciudadanía israelí."

"Israel es un estado religioso"

"Un estado religioso discrimina tanto como un estado racista. Cada estado... todo ser vivo ... discrimina de alguna forma, aunque sea simplemente no dejar que tus hijos jueguen con pacientes de tuberculosis."

"O dejar que cucarachas habiten tu cocina. murmuró Wrench.

"La diferencia es que, a diferencia de la religión, vemos una base sólida, científica y socialmente útil en la genética étnica. La ciencia ha cerrado el círculo desde las teorías raciales 'intolerantes' de los siglos XVIII y XIX, pasando por las ideas de 'todas las razas son idénticas bajo la piel' de los liberales del siglo XX, hasta nuestra propia comprensión moderna de las realidades raciales. Cada vez más la composición física y psicológica de la humanidad se ha demostrado que se debe a factores genéticos. Nuestro punto de vista es una extensión lógica de este entendimiento."

Wrench golpeó su plato con su cuchillo de mantequilla. "Israel es solo un ejemplo. ¿Y otros países? Pregunta a los japoneses si es un blanco
¿Podría ser elegido estadounidense para la Dieta? Los japoneses siguen considerando a los extranjeros bárbaros y recordando las glorias de la 'raza Yamato pura'. ¿Y qué hay de la exclusividad racial y religiosa de Ramanujan en su propio país? ¿Cuántos musulmanes dejará quedarse en la India?"

Morgan asintió impaciente. "El racismo está en todas partes, explícito o implícito. Muchas sociedades lo consideran tan normal que ni siquiera lo cuestionan. ¿Por qué debería ser diferente Estados Unidos... ¿Especialmente si podemos demostrar que una política étnica ilustrada y científicamente

sólida tiene valor positivo? Otros no tienen que estar de acuerdo con nosotros. Solo decimos que nosotros... los que construyeron América y buena parte de este mundo moderno... vamos a dirigir nuestro espectáculo como nos parezca."

"Opinión mundial"

"Cuenta, pero no se le puede permitir gobernar. ¿Qué hemos obtenido de la opinión mundial durante el último siglo? En vez de amigos, tenemos a los que se quedan, enemigos o 'aliados' que nos ignoran y hacen lo que les da la gana."

Jameela resopló. "Supongo que podríamos argumentar que es imperialismo cultural y económico." Hizo una pausa. "¿Pero no tiene vuestro Partido de la Humanidad objetivos internacionales más amplios? ¿Como los viejos nazis? ¿No quieres dominar, gobernar, subyugar?"

"¿Los 'viejos nazis'? ¡Eso es otro tema completamente distinto, señorita Husaini! Dejémoslo para otro momento." Los ojos marrones de Morgan brillaban con un interés que rozaba lo lascivo. Obviamente le gustaban las mujeres inteligentes, verbales y con energía. "Oh, no, no vamos a 'ralear' ni 'subyugar'. No creemos en mezclarnos, y no queremos enredarnos en los asuntos de los demás. Competiremos ... Y defenderemos nuestros intereses. Si algún otro grupo étnico no puede resolver sus problemas, incluso podríamos elegir ayudar. Si la otra parte puede devolvernos el dinero, llegaremos a un acuerdo. No más ser engañados por todos los países incapaces de gobernarse bien. Uno de nuestros primeros objetivos es una política exterior unificada y coherente. Una vez que tengamos eso, esperamos que en un siglo no haya otro grupo étnico en este planeta capaz de desafiarnos. O nos habrán copiado o se habrán extinguido."

"Después del desastre que has causado en el mundo, todavía esperas que el resto de nosotros te copiemos.

Morgan abrió los dedos y sonrió. "Señora, somos el único espectáculo en la ciudad. Ningún otro grupo étnico tiene la fuerza y la resiliencia para sacar el mundo del agujero en el que está. Y está en ese agujero porque no hemos

estado en orden... porque nos hemos dejado guiar por las políticas de los liberales durante el último siglo en lugar de por las del Partido. Outram ha sido bueno para Estados Unidos, pero él es solo el primer paso. Es de aquí. Nosotros... el Partido de la Humanidad... tener alcance internacional."

La chica negó con la cabeza. "Vuestro éxito significa subyugación, quizá extinción, para otros ... ¿Cómo se llaman? … grupos étnicos."

"Existirán grupos étnicos más grandes y viables ... por separado... al menos, durante un tiempo. Los grupos más pequeños probablemente desaparecerán como el dodo; Sus miembros se irán integrando poco a poco con los grupos que les rodean. Ha sido así a lo largo de la historia: evolución creativa en acción. Ocurrió con los indios americanos, con los hawaianos, con los celtas, los pictos y las tribus mundari de la India."

"Eso es frío. Insensible."

"No estoy de acuerdo. Es realista. Es 'amor duro', como lo llaman los psicólogos sociales. Cualquier otra cosa es hipocresía."

"¿Y tus propias minorías, las que viven aquí ahora?"

"No hay problema con residentes extranjeros, visitantes, estudiantes y personas que no son de nosotros pero que quieren vivir y trabajar en paz con nosotros. Por supuesto, mantendremos sus números bajo control. Alrededor del uno por ciento de la población sería un máximo absoluto para todas las minorías juntas. Lo que no permitiremos son grupos que viven en nuestro país, disfrutan de los frutos de nuestro trabajo y, sin embargo, se niegan a cooperar... o que intentan dominarnos o socavar nuestras políticas. Las minorías no serán 'ciudadanos de segunda clase', pero tampoco dejaremos que nos digan a nosotros, la mayoría, qué hacer. Esperamos lo mismo cuando visitamos el territorio de algún otro grupo étnico. Nos tomamos en serio la democracia. Para nosotros significa que la mayoría manda y no solo palabras mientras alguien más conduce el autobús."

Jameela suspiró. Wrench había cerrado los ojos, y Lessing observaba cómo la luz de la tarde transformaba las vidrieras en visiones de gloria medieval — o al menos art déco.

"Muy bien", dijo la chica al final. Sus dedos estaban helados y duros sobre los de Lessing. "No me has convencido. El Tercer Mundo nunca creerá tus promesas de 'no imperialismo'. Hemos visto demasiado. Pero me quedaré, y haré lo que me contratas para hacer. Quizá pueda ayudar a evitar que tus prejuicios americanos destrozen este planeta más de lo que está destrozado ahora." Se enfrentó a Morgan de frente. "La verdadera razón por la que me quedo es Alan, como todos sabemos aquí. ¿Lo entiendes? Alan Lessing. Recuerda eso"

"Oye, solo soy seguridad contratada," sonrió Lessing para calmar la tensión. "¡Puedo entregar mi pistola y placa cuando quiera!"

"¿Quieres ir a vivir a algún bivac embarrado en Rusia?" preguntó Jameela con voz sedosa.

"Claro. ¿Por qué no?"

"Estás mimado, cariño. Es emocionante estar cerca del centro del poder, codeándose con el presidente Outram y Herman Mulder. Has aprendido a disfrutar de la buena vida, de los lujos, del
Estandartes, la pompa y tus soldados de teatro con uniformes negros haciendo saludos. ¡Oh, sí!"

"Como te dije, soy un agente de seguridad contratado... ¡Un sargento instructor con altis!"

"El Partido os paga, y vosotros cumplís sus propósitos." Se suavizó. "Como debo hacerlo también, Alan, ya que me voy a quedar. No voy a ... No puedo... me voy de encima otra vez."

"Bien", murmuró Wrench con voz aturdida. "Ahora, si hemos acordado las condiciones de su empleo, señorita Husaini, ¿qué tal algo para comer?"

"Vale. El menú, por favor."

Después, al salir del restaurante, Lessing escuchó a Wrench hablar con Morgan: "Liese tiene que trabajar un poco más en su libro de Dorn. ¡Vaya, viste cómo sus discusiones suspendieron con Jameela! ¿Conversión instantánea? ¡Más bien un golpe de vaca instantáneo!"

"¡Debate como una abogada liberal!"

"¿*Importa? ¡Pensaba que te gustaban las mujeres agudas! De verdad que te ha dado guerra."

"¿Parezco preocupado?" respondió Morgan con facilidad. "Ella

cambiará de opinión. Y es demasiado buena para gente como

Lessing" El resto de su comentario se perdió entre el murmullo

del vestíbulo.

Lessing se encontró sujetando la mano de Jameela. Él ya le había pedido matrimonio. Ahora iba a casarse con ella. Mañana. Antes de que pasara otro día. ¡Hijo de puta si no lo hizo!

Morgan volvió con ellos. "¿Estás ocupado mañana?"

"Planeábamos ocuparnos de algunos asuntos privados", respondió Lessing. "¿Por qué?"

"Tengo un problema. Grant Simmons, el nuevo presidente del Congreso de Americanos por la Libertad Personal, llegará mañana por la mañana a las 11:40. Si la resaca de Wrench no le mata, tendrá que enseñarle el lugar al Gubber."

"¿Qué quieres que haga?"

"Wrench y yo íbamos a encontrarnos con un hombre. Ahora Wrench no podrá ir. Me vendría bien que vinieras. Añade peso y," sonrió Morgan con sarcasmo, "autoridad militar."

"¿Con quién vas a encontrarte?"

"Puede que no hayas oído hablar de él. Un líder musulmán negro llamado Khalifa Abdullah Sultani... también conocido como Thomas Bowler, que fue inspector de carne del gobierno en Portland, Oregón. Su Comunidad de Alá Todopoderoso es la mayor secta islámica negra de la Costa Oeste, quizá del país."

"¿Un musulmán negro americano?" preguntó Jameela. "¿Puedo ir yo también?"

Lessing negó con la cabeza. "Te quedas aquí. Acabas de llegar y estás cansado."

"¡Para nada! En la India oímos hablar de los musulmanes negros, pero no vemos muchos. Tengo curiosidad."

"¿Por qué no?" Morgan le dedicó una sonrisa encantadora. "No estorbarás."

"¡Demasiado peligroso!" dijo Lessing con brusquedad. "No."

"Al contrario. Más armas que en la Segunda Guerra Mundial, pero realmente nada de qué preocuparse. El Khalifa nos ha dado salvoconducto, y mis fuentes dicen que nunca rompe su palabra."

"¡No me gusta!"

"Usa tus encantos con él, señora", instó Morgan. "Tu señor Lessing es una supervivencia del pasado: un machista, tan anticuado como la ropa interior de piel de oso."

Wrench añadió: "Enviaré mi anillo decodificador mágico: un módem a EightyFive. Si te metes en problemas, solo tienes que gritar por Super-Llave Inglesa!"

"Ve a echarte una siesta, Wrench. El señor Simmons espera la gran visita." La tensión de la mandíbula de Morgan mostraba que estaba más molesto que divertido.

"¿A qué hora mañana, señor Morgan?" preguntó Jamccla. "Llámame Sam. Fuera de la entrada principal del hotel a las nueve y media." "Allí estaremos." Tomó el brazo protestador de Lessing y se giró hacia los ascensores.

CAPÍTULO DIECISIETE

Los japoneses son un pueblo capaz de fabricar un producto de uniformidad y calidad superior, porque los japoneses son una raza de sangre completamente pura, no una raza mestiza como en Estados Unidos.

—alto funcionario japonés citado en The Wall Street Journal,

1982

Los japoneses llevan bien hasta 2.000 años, porque no existen razas extranjeras (en nuestro país).

— Yasuhiro Nakasone, primer ministro de Japón, en el 38º aniversario del bombardeo nuclear de Hiroshima, 1983

Viernes, 18 de septiembre de 2043

A la mañana siguiente estaban despiertos a las 07:00 horas, terminaron el desayuno a las nueve y afuera esperando el transporte que Morgan había organizado para las 09:15. Lessing paseaba de un lado a otro en la cima de la amplia y sinuosa escalera que bajaba a la plaza abierta frente al viejo hotel, mientras Jameela se acurrucaba en su chal gris cachemir junto a la balaustrada de hormigón. Hacía frío en California, algo que los lugareños culparon estoicamente a la breve pero terrible guerra entre vietnamitas y china de 2010.

Morgan llegó tarde. Salió apresurado a las 09:55, miró hacia el cielo que bajaba, luego cruzó la plaza hacia la fachada de edificios de oficinas color blanco roto y palmeras enfermas. "¿Listos?"

"Tan lejos como nunca." Lessing pasó un brazo por la cintura de Jameela. En India ella se habría apartado, pero ahora no estaban en Lucknow. Se acercó para tocar su muslo con el de él.

Morgan la miró. "¿Vienes, entonces?" Claramente quería que ella estuviera con él.

"Alan no puede convencerme de que lo piense."

Lessing seguía teniendo reservas. Su escolta, una veintena de aprendices de Ponape, vestía uniformes negros de los Cuadros. Llamarían la atención y exhibirían la presencia del Parlamento ante sus enemigos. Se lo dijo a Morgan.

El otro se encogió de hombros. "Idea de Mulder: una muestra de unidad y disciplina. Los 'hermanos' del Khalifa serán iguales, solo que con un bonito vestido de camuflaje verde ... boinas negras con medias lunas plateadas ... más cadenas y trastos que una reina de un concierto de Banger. Ya verás."

Su transporte llegó puntualmente a las 10:00 horas: una limusina blindada, dos vehículos de transporte de personal retumbantes pintados de color caqui y un pequeño coche explorador AVW-23 de aspecto jeep. La ruta iba hacia el sur por la U.S. 110, luego giraba hacia el oeste entrando en Inglewood. Excepto en los vehículos militares, apenas se encontraron con tráfico: los acontecimientos recientes habían afectado mucho los negocios de California, así como su clima.

Frente a Manchester se encontraban las ruinas del Forum, aún sin reconstruir tras el gran terremoto de 2008. Su caravana se estacionó en un solar vacío cerca de Hollywood Park, tan cerca como pudieron de su lugar de encuentro. El parque seguía ofreciendo carreras de caballos, pero parecía que este distrito no había visto ni un pincel ni un camión de basura en medio siglo. ¿Por qué los patrones de población siempre parecían cambiar a peor?

Desembarcaron y siguieron a un guía de Cadre por las calles deterioradas, cruzando céspedes donde ya no crecía hierba y pasando por edificios que no mostraban señales de vida, pero que, Lessing percibió, estaban llenos de miradas.

"Deberías ver, Watts." Ensley, su conductor, hizo un gesto con el pulgar hacia el noreste. "Ni siquiera los policías negros entran ahí ya. Lo que los locales llaman 'autogobierno'."

"Aquí vienen", anunció Morgan secamente.

Una docena de hombres negros vestidos con uniformes de camuflaje verde habían salido de una callejón lateral y avanzaban hacia ellos sobre el asfalto agrietado y con dobres. Seis llevaban pistolas stitch-gun israelíes, dos tenían automáticas más pesadas y el resto armados con fusiles y pistolas. La atención de Lessing estaba en los tejados cercanos. Un lanzacohetes ahí arriba podría convertirlos a todos en comida para perros. Sin embargo, Morgan — o más probablemente uno de los alumnos más brillantes de Lessing — había anticipado esta contingencia: un hombre de Cadre vestido de negro les saludó desde lo alto de un montón de losas de hormigón. A su lado descansaba uno de los soldados del Khalifa. Aparentemente, la tregua estaba en marcha.

"Es luz verde, señor." señaló Ensley. "Ese edificio cuadrado hay una comisaría ... para mantener a las bandas fuera de las ruinas del Foro. Los negros y los chicanos vienen aquí a pelear con sus gamberros ... eh, batallas. Ahora no hay nadie en la estación. El gobernador ha puesto a todos los policías y la Guardia Nacional patrullando los acueductos contra los lanzagotes de Starak. Estamos bastante seguros. Hemos tenido un equipo recreativo revisando este lugar desde el martes."

"¿Quién dio esa orden?" preguntó Lessing.

"Señor Morgan." Ensley sonrió con timidez. "Llave inglesa ... eh, señor Wren... dijo que estabas demasiado ocupado para que te molestaran."

Esto evitaba lo que Lessing entendía que era la cadena de mando militar: las misiones que implicaban planificación táctica debían pasar por él. Parecía que la lucha por el poder — tan antigua como las cuevas — ya estaba en pleno apogeo dentro del incipiente Partido de la Humanidad. Tendría que atender a Morgan más tarde.

La escolta del Khalifa se detuvo. Lessing hizo un gesto para que uno de sus hombres avanzara, un veterano de las guerras de la selva centroamericana llamado Chester algo. Un musulmán negro vestido de verde salió, habló en un tono demasiado bajo para que lo oyeran y luego señaló la comisaría. Lessing examinó los muros y edificios en ruinas que estaban a la vista del

alcance de las armas. Puede que no sea guay mirar, pero solo se preocupa por eso
A veces mucho machismo llegaba en cajas. Lessing sintió cómo se le erizaban los vellos de la nuca. Más vale que termine con esto. Gruñó una orden, y su gente avanzó con un orden bastante alto. ¡Ojalá no hubiera dejado que Morgan le engañara para que trajera a Jameela!

Sortearon los restos rotos de una valla de malla metálica, avanzaron con cuidado sobre fragmentos de cristal rotos y entraron en el edificio por una puerta de acero que parecía haber sido volada con una granada. ¡Los niños del barrio jugaban duros!

Lo más destacado de la decoración interior era la variedad, riqueza y absoluta asquerosidad del grafiti. La totalidad de la depravación humana se representaba en colores en spray Bril-Glo en todas las superficies disponibles: paredes, techos, suelos, encimeras de escritorio, armarios y taquillas: todo lo que no había sido movido, arrancado o destrozado. La mayoría de las palabras se escapaban a Lessing, que tenía poca experiencia reciente con la jerga negra o el bangerese, pero las ilustraciones eran lo suficientemente gráficas. Detrás de él, Jameela soltó una risita involuntaria. Reprimió un impulso puritano de ordenarle que saliera fuera.

Siete Blacks, tres con camuflaje verde y cuatro con trajes o camisas deportivas y pantalones, estaban alineados detrás de la larga mesa en el centro de la sala. Un octavo hombre ocupaba — más bien desbordado — una silla de oficina desvencijada frente a ellos. Dos sillas idénticas estaban vacías de lado. El hombre sentado señaló, y uno de los jóvenes uniformados acercó una tercera silla.

Khalifa Abdullah Sultani era un hombre enorme, voluptuoso, opulento y de mediana edad. O bien había sido boxeador en su juventud, o le daban palizas con regularidad. Una mejilla permanentemente hinchada deformaba sus anchos rasgos, y su nariz se había roto varias veces de entusiasmo. Su piel era de un chocolate intenso, no azul-negro como algunos angoleños que Lessing había visto, pero más oscura de lo que estaba de moda en la comunidad negra estadounidense.

"¿Samuel Elwin Morgan? ¿Charles Hanson Wren?" Miró a Jameela con una pregunta.

Sam dijo: "Soy Morgan. Este es Alan Lessing. Wren se quedó en casa. La señorita es la señorita Jameela Husaini."

El califa sonrió, despacio y cálidamente, un "amanecer marfil", como Wrench había descrito una vez a cierto presentador de televisión. Sus beegees vestidos de verde no reflejaban su calidez, ni tampoco los propios hombres de Cadre de Lessing.

Morgan ocupó la silla central, flanqueada por Lessing a un lado y Jameela al otro. Los ojos del líder negro recorrieron con curiosidad a la chica india, pero no hizo ningún comentario adicional.

"Tú convocaste esta reunión", rompió Morgan el silencio. "Tu moneda de cinco céntimos."

"Cinco céntimos no compran nada", murmuró uno de los ayudantes del Khalifa. "La menta ya ni siquiera los hace." Nadie se rió.

Khalifa Abdullah Sultani cruzó con los gruesos dedos su barriga hinchada. Llevaba una túnica holgada de terciopelo esmeralda hasta el suelo, un disfraz que recordaba al tradicional galabaiyeh egipcio. Su calvo y con flecos blancos estaba desnudo. Ni él ni sus seguidores llevaban una sola cadena, aunque se veían algunos anillos y pendientes de plata — ¡así que mucho por la predicción de Morgan! Lessing recordaba que a los musulmanes varones se les prohibía por la ley islámica llevar joyas de oro, y la Comunidad de Alá Todopoderoso era tan ortodoxa como podía.

"Compartimos ciertos objetivos", anunció el Khalifa. Su voz recordó a Lessing a la de Jonas Outram, solo que en una tonalidad menor más oscura, como una crema suave.

Uno de los miembros del Cadre resopló, y Lessing hizo un gesto para que guardara silencio.

Morgan preguntó educadamente, "¿Cuáles serían esos?"

"Su Partido de la Humanidad busca una América 'solo para blancos', ¿no es así? No hay negros, ni orientales..." parpadeó mirando a Jameela: "... ni judíos, ni chicanos, nadie más que vosotros, los hogboes... 'Blancos' ... Completamente solos, solos, remojéndoos en vuestro propio jugo pálido."

Morgan acarició su cabello liso, castaño ratón. "Dejemos de insultar, si vamos a hablar."

Los ojos de pupilas oscuras se abrieron de par en par. "¿No lo he entendido bien? ¿He dicho algo que no era verdad?" Sus enormes hombros se alzaron en un encogimiento de hombros. "Muy bien. Nada de insultos. De verdad necesitamos negociar. ¿Luz verde?" Cuando Morgan asintió, el Khalifa preguntó: "¿Cuánto sabes sobre nuestra
Comunidad de Alá Todopoderoso... sobre el Islam?"

"Basta." Morgan le devolvió la mirada con expresión neutra. Ni él ni el califa se impresionaban mutuamente.

"Me pregunto. ¿Eres consciente de que el islam no distingue entre 'iglesia' y 'estado'? Alá nos dice que establezcamos una teocracia, una comunidad tanto religiosa como secular: un Dar-ul-Islam, donde los musulmanes puedan habitar juntos según el Corán y la Sunna del profeta Mahoma, ¡la paz y bendiciones de Alá sean con él!"

La mirada de Morgan se posó brevemente en Jameela. "¿Y bien?"

"Nosotros, de la Comunidad de Alá Todopoderoso, creemos que esto sucederá, que tal nación divina es el mandato de Alá. Los actuales estados musulmanes 'modem' son una tragedia no islámica de su mensaje. Por eso envió a Pacov y Starak como espadas poderosas para matar a quienes no creen en él y en el último día. El sagrado Corán proporciona señales y presagios de ello." A Lessing le imaginó que podía oír las mayúsculas en el tono medido del Khalifa. Le recordó de nuevo a Outram.

Uno de los seguidores del califa dijo: "¡A-men!" Alguien más murmuró: "¡Cuéntalo!"

Un soldado de Cadre tosió, y otro susurró al hombre a su lado. Lessing giró la cabeza y vio que la expresión de Morgan era de paciencia dolorida. Jameela observaba al Khalifa con atención.

"La única salvación para los musulmanes, señor Morgan, es separarse, crear un Dar-ul-Islam y habitar en él como verdaderos creyentes según las leyes de Alá hasta que él ordene el juicio final."

"Empiezo a ver."

"¡Sí, señor Morgan, oh sí! Nosotros, de la Comunidad de Alá Todopoderoso, deseamos un Dar-ul-Islam para nosotros mismos, así como tú quieres una patria libre de negros. Y, siendo sinceros, no te queremos más de lo que tú nos amas a nosotros."

"No te guardamos rencor ... ", comenzó Morgan.

"¿De verdad? Estás tan cansado de los problemas entre negros y blancos como nosotros: guetos, decadencia urbana, drogas, crimen, bandas, prostitución, analfabetismo, asistencia social sin esperanza y empleos sin futuro. Algunos de esos males se deben a ti, a tu opresión blanca; algunos también surgen de nosotros... por la frustración de estar en, pero no formando parte de él, tu mundo blanco. Aquí estamos en el fondo del montón, enterrados bajo los peores elementos de ambos. No pedimos que nos trajeran a América, y tras cuatro siglos de esclavitud y prejuicios estamos convencidos de que la asimilación y la igualdad nunca ocurrirán. Casi cualquier europeo que parezca blanco puede desaparecer en tu 'crisol', pero a pesar de ochenta años de lucha por los derechos civiles, no nos funciona... ni para ciertos otros grupos étnicos 'visibles'. Nuestras caras... nuestras pieles... son la barrera. No podemos asimilarnos. No podemos casarnos contigo y desaparecer. No podemos desarrollarnos. No podemos crecer. WC están atrapados en nuestro papel histórico igual que vosotros: los oprimidos luchando eternamente contra el opresor."

"Saltarnos el sermón. ¿Qué es lo que quieres?"

"¿Qué quiero? ¿Qué queremos? Queremos que tú... tu Partido de la Humanidad... persuadir al gobierno de Outram para crear una nación separada para nuestro pueblo: un Dar-ul-Islam Negro, libre de blancos."

"No tenemos ese poder ... ni Outram." "Oh, creo que sí. Y desde luego lo hace. O lo hará." Se han probado 'Homelands': Liberia en África, por ejemplo, o Israel."

"¡Sí, Liberia, un país donde los exesclavos intentaron mantener una apariencia de cultura e instituciones blancas! Todos sabemos lo que le ocurrió a Israel: ¡un imperio militar opresor que habría roto el corazón del profeta Moisés! No, hablo de una experiencia negra, un lugar donde nuestra cultura... adaptado a la ley Shari'ah del Islam ... puede cumplir la voluntad de Alá."

"El islam no es negro... es una religión del Próximo Oriente." Jameela habló por primera vez. "El profeta Mahoma no era un negro, sino un árabe."

"Veo que has traído a un experto." El Khalifa se inclinó hacia delante para inspeccionar a Jameela. "Me sorprende. ¿Qué haces en su lado de la mesa?"

"¡Ella no es una Black!" Lessing empezó, luego cerró la boca de golpe.

El califa se giró lentamente para mirarle. "Ajá, ¿detecto un 'traidor racial' aquí? ¿No es así como lo llamáis vosotros? ¿No tienes miedo de una fiesta de linchamiento alguna noche, joven?"

"¡Suéltalo!" gruñó Morgan. "¡No tenemos que aguantar esto...!"

El Khalifa le miró amablemente. "Tienes razón. Tus problemas son asunto tuyo." Carraspeó. "¿Dónde iba? Oh, sí. El islam es para toda la Creación, para todos los pueblos, tiempos y lugares. Alá envió un profeta a cada nación. El profeta Mahoma, con la paz y bendiciones de Alá con él, fue un ser humano, un profeta como Moisés, David y Jesús antes que él. Fue el último profeta, y trajo la palabra completa y definitiva de Alá, inmutable y eterna: ¡el santo

Corán! El islam se adapta mejor al hombre negro... ya que también os vendría a vosotros, los Blancos, si le dierais una oportunidad."

"Gracias, pero no, gracias. Ya tenemos suficientes religiones como estamos. Volvamos a vuestra 'patria negra': ¡os puedo decir ahora mismo que nunca estará en Estados Unidos!" Morgan hizo un gesto cortante en el aire. "¡Ni hablar! ¡No 'Bama 'n' Georgia 'n' 01' Mississip', como algunos freebiericers demasiado generosos han propuesto antes!"

El Khalifa extendió una mano con la palma rosa: "¡Espera! ¿Me has oído pedir eso? Quieres desarrollar lo que llamas tu 'ethnos' en un entorno blanco como el lirio, de una sola raza. Queremos lo mismo para nosotros, solo que por razones religiosas y raciales. ¡Cuanto más lejos de ti, mejor! No queremos que estéis cerca de nosotros: siempre 'el Hombre', 'Whitey', 'Hogbo', 'Honky', 'Jefe'... '01' Massah' ... ¡el que manda todo, digan lo que digan los liberales y sus abogados judíos! ¡Puedes quedarte con este continente!"

"Pensé que habíamos acordado no insultar."

"Perdóname. Sí que me dejo llevar. Cuatro siglos de opresión tienden a inquietar a una persona."

Morgan se quitó las escamas de pintura de la mesa manchada por graffiti de las mangas. "¿Dónde quieres que tu... eh... ¿Entonces la patria? ¿Centroamérica? Un par de divisiones del ejército mayoritariamente negras ya están estacionadas en Honduras y Nicaragua. Creo que hay otros en Cuba y Bolivia."

"¿Israel?" Un soldado de Cadre se rió entre dientes. "¿El zoológico de Central Park?" Dos o tres más se rieron.

"Cállate." Lessing no miró a su alrededor.

El Khalifa volvió a sonreír. Las gafas de sol envolventes con espejos de uno de sus asistentes reflejaban la luz de la ventana lateral para darle a su cabeza

calva un halo angelical. "No. Ni Centroamérica ni Israel. África. Queremos un trozo de África, la tierra ancestral de nuestro grupo étnico."

"¡Pacov Negro!" Lessing explotó, y Morgan le repitió: "¡Suicidio!"

"Qué amable que te preocupes. Déjame contarte algo sobre Pacov, si no lo sabes ya. Los dos virus originales de Pacov a caballito tienen una vida activa de menos de dos meses... Importante para un arma de guerra. Las cepas mutantes son menos estables: duran más y pueden aparecer varias veces antes de dejarlo definitivamente, pero sí se extinguen. Dale a Pacov cuatro meses... el tiempo que necesitaremos para prepararnos... y no habrá grandes poblaciones vivas en las regiones afectadas de África. Pacov no afecta al hipopótamo; ¿Lo sabías?"

"¿Qué? No... ."

"¡A menos que actuemos rápido, África va a estar hasta el fondo de hipopótamos! ¡Hoy África, mañana el mundo!" La barriga del Khalifa, cubierta de esmeraldas, tembló de alegría "En serio, Pacov muere cuando no tiene matriz de comida... No hay nada para comer. Sus inventores lo planearon así: un paisaje muerto, listo para que sus tropas entraran, saquearan y establecieran el servicio de limpieza. Mejor que la bomba de neutrones, mejor que cualquier arma jamás ideada."

"Lo sabemos. Supongo que quieres que Outram reagrupe al personal militar negro estadounidense en unidades separadas y los envíe a África?"

"Sí. Primero tendrás que enviar equipos de guerra bacteriológica para asegurarte de que Black Pacov desaparece. Y para apartar a cualquier bolsillo superviviente de blancos e inmunes de nuestro camino."

"Nos enfrentaremos a una fuerte oposición. Los israelíes creen que son dueños de África, y sus lobbies judíos chivarán como cerdos atrapados, por usar una expresión nada kosher."

"Las principales fuerzas de ocupación de los Izzies* se han marchado. No se les puede culpar por temer el contagio. Si lo hacemos bien, podemos ocupar las partes de África más alejadas de Israel ... África Occidental ... antes de

que puedan regresar. Varias unidades militares mayoritariamente negras ya están en marcha... Oh, Outram piensa que es listo, pero no hace falta mucho para entenderlo... y pueden ser enviados a Europa y desde allí a Dakar, Lagos y otros lugares como 'equipos de ayuda'. * Para cuando los Izzies vuelvan a ponerse en pie, estaremos atrincherados. No querrán un whango con nosotros, no con tropas negras estadounidenses armadas con las últimas armas que tiene EE.UU. ... ¡y no con el sur de Rusia para recolectar gratis!"

"Sudáfrica ya está enviando ayuda a algunas de las zonas al norte de ellos."

"No estorbaremos en su camino. Están en el sur, en Zimbabue y Botsuana. Pueden mantener su línea Siegfried... Por ahora. Más tarde quizá podamos llegar a algún tipo de acuerdo para ellos también, igual que ahora estamos proponiendo uno para nosotros mismos."

Morgan hizo un gesto de aguja. "¿Cómo podría funcionar? No solo por la Sudáfrica blanca. La mayoría de los negros americanos no se unirán a ti. De hecho, la mayoría ni siquiera es musulmana. Son cristianos, agnósticos, o les da igual."

"Primero lo primero. Nosotros, la Comunidad de Alá Todopoderoso, ocupamos África Occidental. Desanimamos a los israelíes a apoderarse de Lebensraum ... ¿Reconoces la palabra? … para ellos mismos. Establecemos bases, traemos a nuestros colonos y montamos una economía con tu ayuda. A medida que crecemos, animamos a nuestros hermanos y hermanas aquí presentes a unirse a nosotros, ya sea en nuestro Dar-ul-Islam o en sus propios estados. Cristianos, musulmanes, rastafaries, vudú-amanecer, paganos libres... Ninguno de los nuestros querrá matar en este país una vez que tu Partido de la Humanidad tome el control. Los Starak ya eliminaron las mayores concentraciones negras en las ciudades del este, y creo que estarás de acuerdo en que ahora es más fácil desenredar a nuestra gente de la tuya que nunca antes... O probablemente nunca más. Creemos que la mayoría de los negros estadounidenses estarán deseando vivir en una tierra que sea completamente nuestra, donde podamos alcanzar nuestro cenit espiritual y cultural tal como tú quieres alcanzar el tuyo aquí."

"¿Qué te impide volverte contra nosotros una vez que tengas tu estado islámico?"

"No os dais crédito, señor Morgan. Todo el mundo sabe que Whitey siempre puede darle una paliza a una banda de negros que comen sandías."

"¡Maldita sea!"

"Perdona. Se me olvidó. Sin insultos. Digamos que estamos dispuestos a coexistir una vez que estemos libres y claros. No queremos una pelea contigo, no mientras tengas tu equipo nuclear. La guerra y la destrucción no nos sirven de nada a ninguno de los dos. También podemos ayudarte en el Tercer Mundo. Europa ha estado en el movimiento durante la próxima década más o menos, pero gran parte de Asia se ha ido, lista para conquistar mercados y territorios y competir. Podemos trabajar juntos; al fin y al cabo, culturalmente estamos más cerca de vosotros, estadounidenses blancos, os guste o no, que de esos pueblos extranjeros. Aquí tendrás un 'Mientras América' y nosotros tendremos una 'América Negra' en África. Coopera, y sobreviviremos juntos, separados pero iguales... y aliados para el futuro. De este modo, ambos alcanzamos el máximo potencial de nuestros diferentes grupos étnicos, para tomar prestada la elegante fraseología del señor Vincent Dom."

"Tendremos que hablarlo. Llevará tiempo."

"No tenemos lima. Tenemos que bloquear a los Izzies para que no recuperen África... ¡y devorando Europa, Asia y el mundo!"

Morgan se mordió el labio con duda. "Dios ... Idea interesante. Eh. Pero dudo que muchos negros vayan a jugar a ser pioneros contigo. Nos gustaría que se fueran, ¿pero lo harán? Están cómodos donde están. Muchos tienen casa, trabajo... Buen trabajo... educación, salud y servicios sociales, pensiones. Muchos están integrados en sus comunidades."

"Supusimos que tú... Los amigos de Outram... van a 'integrar'los ... ¿O quizá 'desintegrarlas'?" El Khalifa se rió. "Perdona la broma. Es cierto que nuestra gente tiene empleos, comida, servicios... claro... Pero nunca han sido realmente iguales, nunca una parte integral de tu mundo. No están

contentos aquí. Las cosas han cambiado desde que Massah impuso el látigo en 1865, pero muchas reformas de derechos civiles son superficiales; Tú lo sabes, y nosotros lo sabemos. '¡Igualdad de derechos! '"Frunció los labios. " En cierto modo, estamos peor ahora que cuando cogíamos banjoes en el dique. La mayoría blanca tiene las riendas del poder, y así es como va a seguir. Los negros que 'encajan' son aceptados en cierta medida, pero nunca del todo... a pesar de los esfuerzos por convertirnos en 'vecinos adorables' y 'buenos amigos' ... y últimamente maridos, esposas y amantes 'aceptables'... en la tele. No estamos contentos siendo una especie de gris neutro, y sabemos que vosotros tampoco queréis eso." "Sabes quién tiene realmente las riendas del poder." "Claro. Estamos de acuerdo en los himyes ... pero volviendo a Dar-ul-Islam. Digamos que la mayoría de esos negros que se sienten 'cómodos' aquí verán la escritura... ¿debería decir la esvástica? … en el muro, y se irán corriendo a África. Por supuesto, ofreceréis incentivos: capital y bienes para que empecemos allí. Un estado negro e islámico en nuestro continente ancestral atraerá a la mayoría de nuestra gente hacia nosotros. Primero, los negros norteamericanos, luego quizás más tarde los de Brasil y el Caribe... si pueden encajar en nuestro étnico, por así decirlo."

"Algunos no se van. ¿Qué hacemos... tú... ¿qué hacer con ellos? ¡Nadie quiere una guerra racial!"

"¡Puedes quedarte con los Tíos Tom!" Uno de los ayudantes del califa se burló. ¡Los hombres de Lessing no eran los únicos que serían regañados por romper la disciplina!

El califa ignoró el arrebato. "La mayoría vendrá tarde o temprano. Te ayudaremos a persuadirles. Pero nunca alcanzarás el ideal japonés de 'una raza, una nación, un idioma'. Siempre habrá resistentes: negros, chicanos, chinos, vietinos, afganos... Irlandeses. Puedes deportarlos por la fuerza, si quieres. Eso es exactamente lo que pretendemos hacer con los Whiles tercos que queden en nuestro Dar-ul-Islam. Podemos acordar acoger a los indeseables del otro."

Morgan sonrió a Jameela a su lado. "Esperamos no tener que deportar a nadie por la fuerza. Creemos que cuando todos entienden nuestras ideas,

los '11 ven las ventajas de asociarse con sus propios grupos étnicos. Creemos que "

El Khalifa interrumpió: "No te daré lecciones sobre hermandad islámica si no predicas las ideas del señor Dom."

"¿Y qué hay del 'café con natas'?" intervino uno de los hombres de Lessing, un veterano soldado corpulento llamado Joe Gumey. "¿Las mezclas raciales?"

"El Estado Islámico es bienvenido a ellos", respondió Morgan con franqueza.

"Todos somos de sangre mestiza", respondió el Khalifa. "Esclavos negros y guerreros alemanes en el Imperio Romano, legiones sirias desplegadas en Gran Bretaña, celtas viviendo en el norte de África, moros en España, las Cruzadas, los indios americanos ... más tontos en las plantaciones del sur de lo que la mayoría de los blancos quiere admitir. ¿Tendrá que rellenar todos una genealogía hasta atrás
¿Adam?"

"La pureza racial absoluta es imposible", concedió Morgan. "Solo poblaciones aisladas como los japoneses o los aborígenes australianos son algo parecido a 'puras' en el sentido científico. Los antropólogos rastrean la raza humana hasta ciertas variedades estrechamente relacionadas de homínidos... Australopithecus, Ramapithecus... Cada año encuentran otro fósil del que presumir. Dicen que estos se cruzaron, mutaron, evolucionaron o lo que sea para producir el 'hombre moderno'. Lo que no se puede decir en público es que Homo sapiens en realidad consta de varias subespecies, cada una con su propia composición genética distintiva y un perfil psicológico único. Es cierto que somos mestizos, pero nuestras subespecies siguen siendo claramente separadas. Creemos que estos deben mantenerse así, igual que un buen criador no macha a un teckel de premio con el labrador de la calle."

Hubo risas a ambos lados de la mesa, seguidas de un coro de ladridos y ladridos. Las mejillas de Morgan se sonrojaron, y el Khalifa insistió en orden.

"Los mestizos suelen ser más fuertes y menos nerviosos que los de raza pura", dijo Jameela. "¡Los seres humanos no son perros para ser 'criados' de todos modos!"

Morgan frunció el ceño. "La cría selectiva beneficiaría a la raza humana. Un caballo mestizo no puede vencer a un árabe en el hipódromo ni arrastrar cargas pesadas como un belga o un percherón. Por supuesto, no estamos presionando para la cría forzada."

"¡Gracias por eso!"

"Aun así, animar a mantenerse dentro de los límites de las subespecies parece algo bueno. Debilidades genéticas... la susceptibilidad de los Black a la anemia falciforme, por ejemplo ... puede ser con-
contaminados, restringidos y, con suerte, conquistados sin permitir que se difundieran a toda la humanidad mediante cría aleatoria."

"¿Eres musulmán indio?" preguntó el califa a la chica. Cuando ella asintió, dijo: "Eso pensé. Nuestra Comunidad de Alá Todopoderoso no está tan interesada en la genética como en el Islam... Lo entenderás. ¡Queremos una sociedad islámica homogénea, libre de 'blancos' y libre de la decadencia que está arruinando a nuestro pueblo. Queremos el islam y queremos salir. Si vosotros, los musulmanes indios, no hubierais tenido que luchar siempre contra los hindúes, habríais avanzado más, como Japón o Corea."

"¿Progreso? Industria, tecnología, bienes de consumo... ¡No lo son todo!"

"¡No me engañes con 'India mística' o Mahatma Gandhi en pañal, señorita! He visto gurús muy codiciosos y sórdidos en mi vida. El materialismo es mejor que la simple vida empujando un arado. ¡Es mucho mejor que estar arruinado y sin trabajo en un barrio marginal, viendo cómo tu familia se desintegra y tus hijos crecen con el crimen y la droga!"

"¡Hay cosas que podrías hacer...!" replicó Jameela con acaloración.

Morgan la interrumpió. "Por favor, Jameela. Permítanme decir solo una cosa más sobre nuestro concepto del etnos: es más que una simple raza genética. Es una Gestalt de raza, cultura, historia y una identidad psicológica y

espiritual percibida. Aceptamos a quienes pueden fundirse con nosotros y compartir nuestra homogeneidad. Quienes no... o no pueden, debido a diferencias visibles e insolubles ... son 'otros'. Esa es la realidad. Así son las cosas, y afirmar cualquier otra cosa es hipocresía."

'"Los wogs empiezan en Calais,*", citó el Khalifa, con un toque nostálgico. "¡No más sermones, por favor!"

"¡Sois bienvenidos a los 'cafés' y a los Tíos Tom!" gritó uno de los Beegees Negros que estaban detrás de la mesa. Añadió un gesto obsceno.

Se oyó una ráfaga de cerrojos de cañón y bozales que se acercaban.

Lessing estaba de pie. "¿Alguno de vosotros, cabrones, ha estado alguna vez en un tiroteo? ¿En una habitación de este tamaño? ¿Sabes lo que hace una pistola de costura? ¿Un Riga-71?" Señaló con el dedo el arma de uno de los guardaespaldas Black. "¿Un maldito lanzagranadas?"

El Khalifa se unió a él, retumbando sobre la mesa con un puño poderoso "¡Hermanos! ¡Eh, diosas! ¡Tiene razón! ¡Tómate el jango! Es luz verde... . ¡Vamos a hacer la masturbación por delante!" Añadió más en el incomprensible argot negro-inglés. A Morgan, que se había quedado sentado, el Khalifa rapeó: "¡Controla tus dioses! ¿Quién gana si nos castigamos a nosotros mismos? ¿Qué etnos hereda la tierra entonces? ¡Y nada de broma sobre 'los mansos'!"

La respuesta de Morgan fue más valiente de lo que Lessing podría haber esperado. Sam se levantó, sonrió y dijo: "Nos vamos ya. Envía

alguien con el plan que se te ocurra." Ignoró el Riga-71 apuntando a su nariz. "Vamos, Lessing, Jameela."

Las armas bajaron poco a poco. Lessing hizo un gesto a Ensley para que sacara a Jameela, pero ella negó con la cabeza.

Morgan dijo: "Consultaremos a nuestros asesores"

"¿Quieres decir Ochenta y Cinco?" El Khalifa inspeccionó las pálidas medias lunas de sus uñas. "Nosotros también tenemos acceso a Ochenta y Cinco."

Morgan no mostró sorpresa. Él respondió: "¿Quién no? ¿Entiendes que nuestros altos mandos tienen que decidir todo lo que decimos aquí en Los Ángeles?"

El califa asintió. "Lo sé. Herman Mulder y su comité internacional, los hombres detrás de ... o a la derecha de ... Jonas Outram. Mientras tanto, acordemos que vuestros soldados imperiales blancos no se enfrenten a mis dios del poder negro, ¡Mrica-uber-alles godzoes!"

"Me parece bien. ¿Cuatro meses te bastan?"

"Debería serlo. No nos opondremos al plan de Outram para reagrupar al ejército, pero queremos tener voz, el derecho a hacer sugerencias sobre oficiales y unidades. ¿Luz verde?"

"Vale, deberíamos poder hacerlo." Morgan se volvió hacia Lessing: "Vamos." Sus soldados de Cadre comenzaron a salir en fila.

"¡Ah, casi se me olvida! Iba a decírtelo." La sonrisa del Khalifa volvió a brillar. "Tenemos un preventivo para Pacov... Al menos un comienzo. Estaba a punto de ofrecerla como prueba de nuestra buena fe." Hizo un gesto y un ayudante le entregó un simple frasco de medicina marrón.

"¿Un qué?" exclamó Morgan.

"¿Has oído hablar de los zombis?" Una docena de tabletas blancas del tamaño y forma de botones del cuello se derramaron sobre la palma del Khalifa. Como un niño disparando canicas, le pasó una de estas a Lessing, que la atrapó en el aire. "Guarde eso como un regalo de Alá, señor Lessing. O más bien, de los dioses vudú, ya que empezó con nuestros hermanos en Haití, mientras eran explotados por España y Francia."

"¡Y otros Black!" Morgan no pudo evitar añadir.

"Esto es un derivado del veneno de pez globo: tetrodotoxina, el ingrediente esencial en la mezcla de pezones de sapo, colas de lagarto, dedos de tarántula y huesos humanos que conforman el cóctel de los houngans ... sacerdotes vudú... Sirve a personas que consideren socialmente incorrectas. Ralentiza el metabolismo de la víctima hasta el punto de que incluso un hospital moderno puede declararla muerta si los médicos no prestan atención. Si el zombi no está enterrado... o peor aún, embalsamado... Se despierta un rato después. Cuánto tiempo después, aún no lo sabemos: desde un día hasta una semana. La poción original tenía un solo efecto secundario importante: normalmente causaba daños cerebrales extensos. Eso fue lo que produjo el aspecto de 'cadáver de la tumba' de un espectáculo de terror nocturno. Ya sabes, el 'zombie shuffle'."

"Esto ... ¿esto impide Pacov?" Morgan miró la tableta en la mano de Lessing.

"Hasta cierto punto. Dije que era un comienzo. Un investigador... una científica negra, te alegrará aprender... descubrió que la tetrodotoxina inhibe la coagulación letal de la sangre causada por Pacov. Aún no está claro por qué. Habla con la Dra. Ellen Jefferson Kirk en la facultad de medicina de Berkeley. Ella y su equipo son los que están trabajando en esto."

A ojos de Lessing, la pequeña pastilla blanca parecía tan inocua como la aspirina. "Esto ... eh, forma refinada... ¿Sigue causando daño cerebral?"

"Menos que la variedad 'clásica', pero sigue siendo un peligro. No puedes inhibir el metabolismo de una persona durante mucho tiempo sin riesgo. Aquí tenemos un profiláctico que es casi tan malo como la enfermedad, como romperse el cráneo con una piedra para aliviar un tumor cerebral."

Morgan siguió mirando la pastilla. "Estamos agradecidos por esto. Nos aseguraremos de que se pruebe con gel... refinado."

"Toma, la botella entera es para ti. Tenemos más."

"¿Le importaría a este Dr. Kirk si se lo enseñara a otras personas? Podemos prometer mantener sus patentes intactas."

"A ella no le importan las patentes. Es por la humanidad. Ya ha hablado con suizos y japoneses. Lo que importa es parar a Pacov, aunque esto ya no va a ayudar. Pacov ha cumplido su curso en Europa, y está desapareciendo en África y Asia. Esto es, en el mejor de los casos, una medida preventiva. El Dr. Kirk solo espera que eso desanime el uso de Pacov en el futuro."

"No sirve contra Starak, claro." Morgan tomó con cuidado la botella que le ofrecían. "Haremos lo que podamos."

"Nosotros también."

Nadie se ofreció a estrechar la mano. Lessing lideró el camino hacia fuera, y los demás siguieron. Dejó caer su pastilla en el bolsillo de la camisa con naturalidad; nunca sabías cuándo algo así podría ser útil. Jameela se deslizó hacia la parte trasera de la limusina, mientras Morgan se unió al piloto de delante.

"Eso ha sido una graciosa jugada de superación", comentó Lessing a Morgan, "la parte de la científica negra humanitaria."

Morgan se giró para atravesarle con una mirada. "Resulta que está formada en métodos científicos desarrollados por los blancos en un sistema educativo blanco, y trabaja con teorías, instrumentos y materiales creados por los blancos. ¡Es un producto, total y exclusivamente, de la inventiva y la iniciativa blancas! Y," añadió, "además resulta ser una persona decente. Nosotros, los 'Hogboes', no tenemos el monopolio de la decencia."

"Qué amable que lo admitas", comentó Jameela. "El resultado de un buen entorno, sin duda, viviendo tan cerca de sus colegas blancos."

Morgan se negó a caer en la provocación. "El medio ambiente es un factor importante. También hay extremos en cualquier población... La curva de campana, ya sabes: miembros superiores e inferiores. Es cuando comparas dos curvas de campana cuando puedes llegar a conclusiones significativas sobre las diferencias entre grupos completos. Este Dr. Kirk probablemente esté muy por encima de la media en cualquier escala. A los genes excepcionales, añade las ventajas de un entorno familiar de apoyo, una

buena educación, becas, empleo profesional y similares. ¡Una persona así difícilmente puede perder! Pero echa un vistazo a un barrio algún día si quieres ver la otra cara de la historia."

"¡No peor que los barrios marginales blancos de la Inglaterra del siglo XIX!"

"Como he dicho: el entorno ayuda o dificulta lo que heredas."

"A juzgar por el número de abogados, científicos, académicos, artistas, empresarios, administradores y demás negros hoy en día, el medio ambiente está funcionando perfectamente."

"Cierto, pero ¿quién lo creó en primer lugar? ¿Quién lo mantiene ahora?"

"¿Por qué no te conformas con un estado multirracial? ¿Por qué desperdiciar potencial? ¿Por qué separar las razas? Cada persona tiene algo que ofrecer, algún talento que la sociedad pueda aprovechar."

"¡Recuerda que la idea de la 'patria' es del Khalifa, señora! Hace cincuenta y sesenta años, algunos grupos blancos ofrecieron separarse y formar un estado blanco monorracial en el noroeste del Pacífico donde no molestaran a los liberales ni a sus amigos. Ahora es el Khalifa quien quiere que sea al revés."

"No me has respondido. ¿Por qué separarse?"

"Sencillo: no podemos asimilarlos, o ellos nos afectan a nosotros. Somos diferentes: podemos comunicarnos, incluso ser amigos. Pero nunca podrán ser nosotros. Son visibles, como dijo el Khalifa, y también son genética y culturalmente distintos. Una comunidad homogénea funciona mejor que una heterogénea, y un Estado debe responder a la voluntad colectiva de su pueblo. Nuestro etnos exige un sistema justo y democrático, donde nuestros ciudadanos se unan en la misma dirección. No podemos lograr eso mientras la sociedad sea un revoltijo de componentes peleones y desconfiados mutuamente."

"¿No discutes que los negros y otros son genéticamente inferiores, entonces?"

"Son diferentes. No mucho, ya que un elefante es diferente de un ratón, pero sí de formas pequeñas y sutiles que no aparecen hasta que los ves en conjunto. En cualquier caso, es imposible definir 'inferior' salvo en referencia a características específicas. Algunas minorías pueden encontrar posible integrarse en nuestro etnos; otros no, como he dicho. Lo mejor es que estos últimos se separen y vivan en otro sitio, con la menor fricción posible. Tanto ellos como nosotros nos beneficiaremos."

"¿Por qué no pueden coexistir tales minorías dentro de vuestra sociedad, ya que hindúes, jainistas, cristianos indios y sijs existen en la India?"

Morgan dio un manotazo en el respaldo de cuero del asiento del coche con alegría. "¡Esta vez te pillé, señora! ¡Tú mismo eres la prueba viviente de que la coexistencia no funciona! Tú y los hindúes venís prácticamente de la misma familia, habláis los mismos idiomas, coméis la misma comida y seguiséis costumbres similares, pero sois una amenaza económica para ellos y pertenecéis a un ethnos diferente. ¡Por eso lleváis tantos siglos peleándose! ¿Coexistencia? ¡Oh, sí, cuéntamelo todo!"

"¡Hay razones históricas!"

"Siempre las hay. Una vez que todos reconozcan que nuestro ethnos gobierna en nuestro territorio, podremos coexistir con algunas de nuestras minorías, podremos ser amigos de otros grupos y estados ethnos, y podremos cooperar en la construcción de un mundo multiethnos. Con el tiempo, pensamos que nuestro étnico prevalecerá y que otros desaparecerán, como ya os he dicho antes."

Los ojos de Jamcela brillaron. "¿Por qué no cruzamos ahora? Ahorraos el problema de la separación, el alojamiento, la asimilación de nuevo... ¿y sangrientas guerras raciales por el camino?"

"Porque no creemos que la mezcla racial sea genéticamente beneficiosa, y además causa tensiones culturales innecesarias ... En un momento en el que nos enfrentamos a otros problemas horribles. Incluso si todos los demás grupos étnicos del mundo acaban asimilándose al nuestro, seguiremos

queriendo mantener la separación genética entre los principales grupos raciales. ¡Creemos que es lo mejor para la especie!"

Lessing ya no podía soportar más. Gritó: "¡Callaos los dos! ¡Basta, maldita sea! Con dificultad atrapó la muñeca de Jameela y emitió ruidos de silencio hasta que se calmó. Morgan sonrió, alzó una ceja y luego volvió a mirar fijamente al frente por la ventana delantera. Ensley no dijo nada, aunque podían ver sus ojos en el retrovisor del conductor.

Lessing tomó otra decisión: él y Jameela nunca serían felices aquí, no con estos ideólogos unidimensionales. No funcionaría.

No hablaron mientras regresaban rápidamente hacia el norte por la autopista destartalada y desmoronada. Las nubes de contaminación amarilla que habían ocultado la ciudad por la mañana se habían deslizado mar adentro para ser reemplazadas por tormentas de acero oscuro. La tierra olía a humedad, humo y acre, a gasolina, basura y productos químicos. A Lessing le recordaba a Lucknow, salvo que faltaban las fragancias más dulces del carbón y las especias encendidas. En las montañas al este, el trueno retumbaba como fuego de artillería apagado. Eso evocó otros recuerdos menos agradables.

Se despertaron en la noche con más truenos fuera; Sin embargo, esto era de origen humano y no celestial. Lessing encendió la tele
y escuchó a un presentador de noticias toda la noche hablar emocionado sobre disturbios en los barrios chicanos, sobre los "whangoes" negros cerca de Walts, sobre acciones y reacciones de la policía y la Guardia Nacional, sobre armas, cócteles molotov y odio.

Siempre odio: la condición humana.

Lo que salvó a la humanidad fueron las cualidades paralelas de esperanza y amor. Estaría bien poder añadir "y perdón", pero no parecía que hubiera mucho de eso por ahí.

Se quedó despierto, parpadeando con ojos de búho mirando la pantalla, mucho después de que Jameela se hubiera convertido en un revoltijo

dormido de melenas negras y sedosas, con aroma a sándalo, entre los extravagantes cojines rosados.

Pacov y Starak no habían destruido la civilización occidental, ni con un estruendo, ni siquiera con un gemido. Sin embargo, podrían haber desequilibrado el volante central. Ahora la fuerza centrífuga haría que las piezas exteriores y más sueltas volaran lejos, y finalmente todo giraría en fragmentos como un molinete de fuegos artificiales el 4 de julio. ¿Qué quedaría entonces de la tan reconocida empresa de la humanidad?

Nada más que chispas moribundas dispersas aquí y allá sobre la oscuridad aterciopelada que lo envolvía todo, aterradora y cada vez más avanzada.

Tenía que sacarse a sí mismo y a Jameela de aquí, de esta ciudad decadente, llena de odio — y de odio — de Estados Unidos y Europa, ¡de Asia también, para el caso! Debería haber dimitido en abril en Nueva Orleans.

En cuanto se casaran, él y Jameela se marchaban. ¿Pero a dónde irían? ¿A Copley en Rusia, como Jameela había sugerido sarcásticamente? ¡Necesitaba una vida, no una existencia dura como seguidora de campamento! ¿Podría cambiar de profesión? No tenía habilidades — ni forma de conseguirlas en este mundo post-Pacov.

Él y Jameela podían separarse, por supuesto: él para unirse a Copley —el trabajo que mejor conocía— y ella para vivir con su familia en Tenerife por el momento. ¡No, eso fue una tontería! ¡No más separaciones!

El Partido de la Humanidad ofrecía el único refugio que Lessing podía ver, por desagradable que fuera en algunos aspectos. No podían vivir en India o Pakistán, Europa era un horror, y Estados Unidos también se estaba volviendo imposible. Mulder había dicho que la puerta siempre estaría abierta en Ponape. Ser gerente de resort (y sargento instructor a tiempo parcial) en una isla lejana y amigable ahora le parecía mejor que cualquiera de las alternativas.

Ya tomó una decisión.

Mañana llamaría a Mulder en Virginia para pedirle un traslado.

Para sí mismo murmuró la única palabra ponapean que había aprendido: kaselehlia. Significaba tanto "hola" como "bienvenido"; Tenía un tono suave, cálido y amistoso.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Pero los destruirás por completo; es decir, los hititas, los amorreos, los cananeos. y los perizzitas, los hivitas y los jebusitas, como te ha mandado el Señor tu Dios.—Deuteronomio 20:17

Así Josué castigó todo el país de las colinas, del Sur, del valle, de los manantiales y de todos sus reyes; no dejó ninguno, sino que destruyó por completo todo lo que respiraba, como ordenó el Señor Dios de Israel.—Josué 10:40

Y cuando el Señor tu Dios los libre delante de ti, los castigarás y los destruirás por completo; No harás pacto con ellos, ni les mostrarás misericordia. —Deuteronomio 7:2

Porque eres un pueblo santo para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha elegido para que seas un pueblo especial por sí mismo, por encima de todas las personas que están en la faz de la tierra.—Deuteronomio 7:6

Y consumirás a todo el pueblo que el Señor tuyo Dios te libere; tu ojo no tendrá piedad de ellos. —Deuteronomio 7:16

Los judíos son el pueblo más notable de la historia humana porque, siempre que se han enfrentado a la pregunta de "ser o no ser", siempre han decidido, con una asombrosa perspicacia, ser a cualquier precio: aunque ese precio fuera la falsificación radical de la naturaleza humana, la naturalidad, la realidad y todo el mundo interior así como el mundo exterior.—El Anticristo, Nietzsche

Domingo, 17 de enero de 2044

La biblioteca del Club Lingahnie se alzaba en una elevación. Hacía uno o dos grados más fresco que la casa de Lessing junto a la playa en la bahía de Madolenihmw. El edificio era nuevo, una cabaña larga de una sola habitación con una "oficina" clavada en la fachada, y aún olía a serrín, pintura y barniz.

El reloj de Lessing le indicó que ya era pasada la medianoche. No había podido dormir y no quería molestar a Jameela. Por eso se había puesto los pantalones, la camiseta y las zapatillas y había subido aquí para mirar.

Fue Ponape quien le demostró a Lessing que los libros podían ser divertidos. Nunca había sido muy buen lector, motivo de mucha miseria durante su breve encuentro con la universidad, pero la isla tenía un aire solitario,

aislado, al estilo Robinson Crusoe, que hacía que leer fuera más atractivo que la televisión por satélite, el sexo, las drogas, el alcohol u otros pasatiempos a los que a veces eran propensos los visitantes del Pacífico Sur.

Tenía otra razón para leer también, una que le avergonzaba admitir ante Liese, Borchardt o Jennifer. Siempre lo había hecho

RANDOLPH CALVERHALL

se interesaba por asuntos militares, pero se encontró superado en los largos debates históricos con los que sus compañeros pasaban el tiempo. Por ello, comenzó discretamente a leer sobre la Segunda Guerra Mundial. A partir de ahí, solo fue un paso hacia otros temas: nada muy académico, quizá, pero un nivel por encima de los cómics que Wrench incluía en sus envíos desde Estados Unidos.

Pulsó el interruptor de la luz y quedó cegado por el resplandor blanco y crudo de las bombillas sin pantalla. ¡Casi va a por la alarma del buscapersonas!

Alguien estaba allí, sentado en la oscuridad en una silla junto a la única ventana.

Entrecerró los ojos y se sorprendió al ver a Abu Talib, el "Descendiente" educado en Gran Bretaña de Siria. El árabe y su familia llevaban tres meses siendo huéspedes del club —en realidad refugiados—

"¡Jesús, me has asustado!" gruñó Lessing. "¡Pensaba que eras un kikibird!" Sacó la mano del bolsillo y notó que temblaba. La tensión constante hacía eso, ¡incluso con una persona experimentada!

El árabe surgió con gracia. Era alto, con el pelo negro ondulado, la barbilla hendida y unos ojos grandes, expresivos y oscuros, del tipo que se describen como "brillantes". En una época más amigable, podría haber sido una estrella de cine. Llevaba una camiseta deportiva blanca de cuello abierto, pantalones de pato blancos y sandalias tanga.

Dijo: "Lo siento muchísimo, señor Lessing."

"¡Se supone que nadie debe estar aquí fuera de horario!" Lessing liberó su tensión en un estallido de enfado oficial. "¿Y por qué no enciendes la luz?"

"La oscuridad es reconfortante, y desde aquí se puede contemplar la bahía. Los orientales meditamos de vez en cuando, ya sabes."

El hombre aparentemente bromeaba, aunque con los británicos era difícil saberlo. Lessing miró a su alrededor pero no vio nada fuera de lugar.

Abu Talib parecía dispuesto a hablar. "¡Maldita humedad! ¡Por qué Herman eligió Ponape es un misterio! Esto no es Shangri-La." El acento británico irónico no combinaba con el rostro; eso le proporcionaba a Wrench algo que imitar en las parlerías.

"Tampoco quería molestarte. Después de un libro."

"¿Ah?" Abu Talib pasó un dedo por los lomos de los volúmenes en la estantería a su lado. "¿Construyendo toda una biblioteca, eh?"

"Normalmente me quedo con las novelas." Lo que realmente quería era la historia recién llegada de las fuerzas blindadas en la Guerra de Baalbek. Su brillante cubierta roja de polvo no era visible en el mostrador de catalogación. ¿Alguien más ya lo había comprobado?

"¿Te interesan unas cintas de pompones alegres? Creo que sé dónde los guarda el señor Bauer... para la educación de los miembros veteranos, lo entiendes."

¿El otro seguía bromeando? "No realmente. Prefiero hacer a ver. Nunca he cogido el hábito de los pompones."

El árabe sonrió. "Yo tampoco. Me temo que la historia es mi taza de gusto."
"¿Tu...?"

"Oh. Una taza de té. Mi afición... mi vicio."

"He oído que muchos de estos libros vienen de tu biblioteca en Siria."

"De mi padre y mi abuelo, en realidad. Ahora me harían arrestar en Damasco."

"En América también. He estado mirando algunas."

"Sí, los de historia del siglo XX que no son 'políticamente correctos'."

"¿Los que dicen que el 'Holocausto' nunca ocurrió? ¿Que Adolf Hitler era un buen tipo con sombrero blanco?"

"¿Qué? Oh, ah, sí... Sombrero blanco. Ya veo. No es así. El 'Holocausto' sí ocurrió. Pero no ocurrió exactamente de la manera ni en la medida en que afirman los historiadores del establishment. Muchas personas murieron de tifus, desnutrición y otras enfermedades, pero no los 'seis millones' que afirmaban los judíos."

Lessing reprimió una risita. "¿Y ninguna atrocidade, supongo?"

"Oh, los había, pero no por una política sistemática. Había sádicos y guardias brutales, del tipo que se encuentra en cualquier sistema penitenciario, especialmente cuando no puedes ser selectivo por la guerra. Algunos burócratas entusiastas también 'ejecutaban órdenes' de formas calculadas para 'resolver problemas rápidamente'."

"Si hubo atrocidades, ¿por qué los alemanes no hicieron nada al respecto?"

"Oh, sí. En 1943 y 1944 los alemanes ... las SS ... llevó a cabo una investigación sobre las atrocidades en el campo de Buchenwald. No solo fue ejecutado el comandante del campo, Karl Koch, sino que la investigación descubrió otros crímenes también. Ochocientos casos resultaron en unas doscientas condenas. Esto, por supuesto, no exime a Alemania de su responsabilidad por las dificultades de la guerra, pero sí da una perspectiva un poco diferente a las cosas."

"La llave inglesa dice que tampoco había cámaras de gas." Sabía que eso haría que el hombre se alterara.

"Creo que tiene razón. Algunos se construyeron después de la guerra solo para los turistas: ni siquiera son herméticos. Otros eran simplemente cellares de almacenamiento. Zyklon-B, la preparación de cianuro que se supone que usaron los alemanes, es un agente despiojante; Mata pulgas y piojos en la ropa. Es bastante letal, pero no es práctico para encher salas llenas de gente con él; tendrías que esperar un día o más tras cada gaseo para que se disipe, y necesitarías buenas prendas protectoras para los ex-ejecutores y sus ayudantes... que nadie parece haber visto en ninguno de los campos. Tampoco se sostiene la historia de furgonetas llenas de gases de escape de monóxido de carbono. Experimentos posteriores demuestran que no funciona: lleva mucho tiempo, es ineficiente, bastante poco práctico.

"Lo que hay que recordar cuando escucha estas historias sobre 'cámaras de gas', señor Lessing, es que la propaganda aliada mitificó a los nazis: la 'bestia alemana', como los llamaba Eisenhower, tuvo que ser exorcizada. Tras la guerra hubo un clamor por justicia... y venganza. Ha sido útil para los judíos... y a muchos políticos y otros dependientes de los judíos ... para mantener vivos esos sentimientos." "La mayoría dice que la justicia era lo importante." "La mayoría de la gente no lee libros. O solo leen los que publican las grandes editoriales. ¿Has leído esa de ahí... ¿la de la 'masacre de Malmedy'? Los alemanes supuestamente masacraron a tropas estadounidenses capturadas cerca de Malmedy, en Bélgica, en 1944. Tras la guerra, los estadounidenses juzgaron a setenta y tres 'perpetradores' y condenaron a algunos de ellos a muerte. Te sorprendería los métodos que se usan para extraer 'confesiones'. ¿Eso era justicia? ¿Y sabías que en abril de 1945 las tropas estadounidenses asesinaron a más de quinientos soldados alemanes que se habían rendido en el campo de Dachau? Sin juicios. Simplemente se alinearon y fusilaron. ¿Justicia?"

"Vi lo que hicieron los Izzie en Damasco. ¡Eso no convierte a todos los soldados israelíes en monstruos! Venganza... odio de guerra." "¡Justo ese es mi punto! Te pregunté por la justicia." Lessing se dio la vuelta. "Ocurrió hace un siglo. ¡Es como alterarse por la masacre de Little Big Horn!"

"Los judíos dicen que debe recordarse: '¡Nunca más! Nosotros, los descendientes, queremos que se recuerde igual de bien porque nunca

hemos recibido justicia. Nos han perseguido, vilipendiado, encarcelado y asesinado. Nadie revisa nuestras pruebas. Nuestros argumentos son 'una afrenta a la historia establecida' y 'un insulto a la memoria del Holocausto'. 'Nuestros libros están prohibidos en América a pesar de la Primera Enmienda de vuestra Constitución. ¿La libertad de expresión es solo para quienes tienen bases y dinero?"

El edificio pequeño y cuadrado estaba sofocante. Lessing había cerrado la puerta y ahora se acercó para abrirla. "Todavía no consigo ver a Adolf Hitler como

El señor buen tipo."

"¡No seas simplista! Hitler sabía lo que Alemania necesitaba y hacía lo que había que hacer. Creo que se han escrito más libros sobre él que sobre Jesucristo, y sin embargo el noventa y nueve por ciento perpetúan las mismas tonterías de siempre, las mismas fábulas y mentiras, las mismas especulaciones... ¡algunas tan descabelladas como las mil y una noches! La historia exige pruebas, señor Lessing, no emoción, por bien intencionada que sea. Sin embargo, la sociedad quiere que sus héroes y villanos sean completamente blancos o completamente negros. A los seres humanos les gusta ser ciegos selectivamente: ignoran hechos desagradables, se niegan a hablar de ellos y los cubren, ¡como un acat que raspa arena sobre sus heces! La gente quiere historias que les hagan sentir bien."

"Como dice mi amigo Charles Wren: 'La historia es una puta que sabe en qué lado de la cama está mejor su trasero.'"

"¿Eh? ¿Qué? Oh... ¡Ajá, claro! El 'mejorar' se llama 'dinero'. ¡Nuestros rivales tienen eso de sobra!"

"Tu gente también tiene dinero. El movimiento ha estado contratando agencias de publicidad y empresas de relaciones públicas. Lo sé."

"Cierto, estamos mejor que antes, pero nos queda mucho camino por recorrer. Nuestros opositores han prohibido 'mentir' sobre la historia, 'profanar los recuerdos de los Seis Millones que Murieron'... o incluso para

disputar la 'visión establecida' en el fundamento histórico más abstracto. Una agencia de su gobierno de Estados Unidos ha dictaminado que 'el Holocausto no puede ser debatido'. Sin embargo, no somos nosotros quienes deshonramos a los muertos. Queremos la verdad... Y si va en contra de nuestras creencias, ¡que así sea! No, son nuestros oponentes quienes han superado el pasado. ¿Cómo más se puede llamar a la escritura de un movimiento, una nación, una era... ¿y la escritura de algo completamente distinto?"

"Eh

"¿La gente se enfurece cuando alguien discute lo correcto o incorrecto de la conquista normanda de 1066? De las masacres de los conquistadores españoles en México... ¿más de un millón de indios centroamericanos masacrados entre 1492 y 1600? Inocentes han muerto a lo largo de la historia, incluidos estadounidenses en una docena de guerras; ¡Puedes debatir libremente esos conflictos, incluso si haces que los historiadores 'tradicionales' queden en ridículo! ¿Y qué diría un juez si alguien demandara a los terraplanistas por 'mentir' sobre geografía y astronomía? ¿O si los neopaganos demandaran a las iglesias cristianas por 'mentir' sobre el emperador Nerón? ¡No es tan mal tipo, en realidad! No, lo que tenemos ahora es una Inquisición, una censura como la Oficina del Índice de la Iglesia Católica. ¡No necesita el rack y la estaca porque sus sanciones son más efectivas!"

La conversación ponía nervioso a Lessing. Estas personas tenían razón en una cosa: la visión 'tradicional' de la historia estaba tan firmemente arraigada en la mente de cada niño occidental que se sentía culpable —casi asustado— incluso escuchando a este árabe-alemán de Oxford serio, seco y estudioso. Era como decirles a tus hijos que Papá Noel era el Diablo. Hizo falta mucho valor para cuestionar dogmas tan cargados de emociones como los que rodean el supuesto 'Holocausto'. Buscó otro tema. "¿Podrás volver a casa pronto?"

"¿A Damasco?" El árabe se encogió de hombros. "Probablemente nunca. No bajo el dominio israelí. Quizá podamos ir a Omán... Mi mujer tiene un tío allí.

Los Izzies nunca ocuparon Omán, solo lo 'protegieron' un poco. No has vivido, señor Lessing, hasta que los israelíes te han 'protegido'."

"Son duros. Trabajé para ellos. Estuve en el batallón mercenario del coronel Copley durante la Guerra Baalbek. Vi lo que pasó en Damasco, Alepo y otros lugares. No es bonito."

"¿Y no cometiste atrocidades en tiempos de guerra? ¿Nunca has visto ninguno que pudieras haber parado?"

Lessing no dijo nada. Su implicación, su culpa personal, era una caja de Pandora que nunca abrió. Era mejor no mirar.

Abu Talib continuó. "Lo que nos desconcierta, a los de Oriente Medio, es la continua y alegre y torpe disposición de Estados Unidos a seguir pagando por Israel. ¡No encaja con tu discurso sobre democracia, libertad y libertad personal! Sabes lo que han hecho los Izzie: desde la masacre de Deir Yassin en 1948 para asustar a los árabes y sacar de Palestina; al ataque deliberado al barco de la Marina de EE.UU. Liberty, con la muerte de treinta cinco de sus marineros, en 1967, para evitar que escuchara a los Izzies; hasta la invasión del Líbano con sus horribles bajas, incluidas las masacres en los campos de refugiados en las que colaboraron ciertos altos oficiales israelíes; hasta el asesinato de prisioneros árabes por la policía secreta israelí, seguido de encubrimientos posteriores; a espiar contra Estados Unidos y robarle materiales de armas nucleares; hasta las palizas y tiroteos masivos de niños palestinos en los Territorios Ocupados en los años 80 y 90; a las terribles atrocidades que cometieron en el Saqueo de El Cairo en 2002... ¡hasta la Guerra de Baalbek! Y sin embargo, vosotros seguís pagándolo... ¡mientras predican la paz y el amor fraternal al resto del mundo! Antes de Starak, ¡apenas había una voz disidente en tu Congreso americano! Has proporcionado decenas de miles de millones de dólares y has dejado que los israelíes se salgan con la suya sin devolverlo... ¡porque te hacen sentir culpable con sus historias centenarias sobre el 'Holocausto'! Dudo que ni siquiera Outram pueda detenerlos."

"Nada nuevo. Dinero y políticos: la miel y las abejas, como solía decir mi padre."

"Lo único que más me desconcierta es la ciega aquiescencia de Alemania a pagar 'reparaciones de guerra' a Israel ... ¡un país que ni siquiera existía en la época de la Segunda Guerra Mundial! ¡Más de 200.000 millones de marcos, y aún así pagan! Incluso con toda la culpa que los judíos han conseguido echar sobre Alemania, no tiene sentido. ¡Los alemanes nacidos después de 1935 no pueden ser culpables más que tú por el trato que tus antepasados dieron a los indios americanos! ¡Me sorprende que los franceses no sigan cobrando 'reparaciones' por la conquista de la Galia por parte de César!"

Lessing vio el libro que quería bajo una pila de diarios. Lo sacó y probó otro tema: "¿A tu familia le gusta el Pacífico Sur?"

El árabe se detuvo, levantando el dedo para hacer otro punto. Parpadeó y dijo: "Nadia se está adaptando, y Sami y Faisal piensan que la playa fue hecha solo para ellos."

La esposa siria de Abu Talib, Nadia, había sido una belleza en su juventud, pero ahora su belleza se describía mejor como "generosa". Sus dos hijos adolescentes eran adictos a la natación, los coches deportivos, las asignaciones para niños y las niñas. "Podrido y mimado" era una descripción justa. Los chicos se habían propuesto evaluar el potencial sexual de cada una de las cincuenta alumnas enviadas por la rama brasileña del Partido. Lo interpretaban con eficiencia y entusiasmo — cantar, en parejas o en escuadrones. La nueva esposa alemana de Felix Bauer, Helga, se vio obligada a dedicar varias clases a la educación sexual urgente en lugar de la teoría genética como prescribía el plan de estudios.

El árabe interrumpió el pensamiento de Lessing. "¿Y su esposa, señor Lessing? Ella le está enseñando a Nadia cocina india y aprendiendo a hacer baklava a cambio. ¿Te estás adaptando de maravilla, eh?"

Lessing asintió. Para ser sincero, no lo sabía. Jameela era un misterio. Exteriormente se había adaptado bien. Jugaba al tenis con los hijos de Abu

Talib, aprendió bridge con la señora Delacroix, salía a pasear y a nadar con Helga Bauer, viajaba a Kolonia, la única ciudad de Ponape, para socializar con las familias mercantes indias que vivían allí y mantenía un hogar impecable. Sin embargo, Lessing percibía una incompletitud: no todo estaba bien bajo la superficie.

Habían hablado de tener hijos, pero Jameela quería esperar. ¿Y si Pacov volviera a ocurrir? ¿O las guerras de la selva en Europa que empeoran? ¿O la agitación en Estados Unidos que estallara en guerra civil?

El mundo era demasiado peligroso ahora para los niños, dijo Jameela. Eso no era excusa, respondió Lessing: más niños nacían durante las guerras que durante los tiempos de paz. Crecieron, vivieron y murieron, y de alguna manera mantuvieron a la especie. Ella solo sonrió. Al cabo de un tiempo se rindió.

Su problema podría ser la nostalgia — el choque cultural — el aislamiento de su propio pueblo. Ya no hablaba de historia y genética con los fieles del Partido, sino que se centraba en la ronda diaria. Todo lo que Lessing podía hacer era ofrecer amor y apoyo. Y eso lo hizo lo mejor que pudo torpemente.

Mientras empezaba a rellenar una tarjeta de préstamo para el libro, se sorprendió al ver que el escritorio estaba iluminado intensamente por la luz que entraba por las ventanas.

¿Luz?

¿Desde las ventanas?

¿A medianoche?

Se giró de golpe, atónito.
Había cinco luces ahí fuera. Cinco soles blancos y brillantes habían salido y colgaban justo sobre el mar de obsidiana. Oyó el ruido de los motores de helicópteros. Los soles eran focos de combate, de esos que se usan para iluminar objetivos terrestres por la noche.

Miró a Abu Talib mientras el ronco murmullo de las ametralladoras montadas en helicópteros y el chillido de los cohetes aire-tierra hacían que los clips de papel bailaran sobre el escritorio.

¿No había nadie en la torre de vigilancia? ¿Quién estaba de guardia en la sala de radar y sonar del complejo de comunicaciones?

Lessing salió corriendo por la puerta. Tenía que llegar a su gente, organizar una defensa.
¿Quién demonios les estaba atacando, de todos modos?

Otro disparo de cohete le deslumbró y dejó sordo. Una rosa de llamas rojas floreció junto a los dormitorios oscuros, y escombros en llamas cayeron. Gritos y alaridos estallaron detrás del edificio de comunicaciones, y oyó el parloteo más ligero de los rifles automáticos. Alguien de su lado respondía disparando— aunque sin éxito.

¿A dónde iba? Dejó que los nervios de combate se apoderaran de él y se encontró aplastado contra las tablas fragantes a brea de la pared sur del edificio de la asamblea, con Abu Talib a su lado. En el resplandor naranja y escarlata del centro de desfiles vio a gente corriendo, la mayoría en pijama, uno o dos casi desnudos. También había cuerpos allí, montones caídos sobre la hierba.

"¿Dónde...?" le rechinó el árabe al oído.

Decidió.

"Hacia la orilla ... atrapa a Jameela... ¡Y tu esposa! ¡Sígueme! ¡Haz como yo!" Arrancó en un zigzag, con Abu Talib pisándole los talones.

Una figura se hizo más musculosa entre el humo retroiluminado. Era Wayne Mallon, vestido solo con calzoncillos y una pistola de costura en ambas manos. Se lanzaron preguntas, pero Mallon no sabía nada. Había estado en comunicaciones. El aprendiz de guardia había tenido menos de un minuto para charlar emocionado ante las pantallas de radar antes de que el primer gran pájaro volara desde el océano para vomitar muerte. Las comunicaciones eran ahora una cáscara ardiente.

"¡Vamos!" Lessing volvió a salir corriendo, las zapatillas crujiendo sobre el camino de grava. Los motores del helicóptero seguían resonando sobre sus cabezas, pero los cohetes y las ametralladoras se habían quedado en silencio.

¡Un desembarco de tropas era inminente!

Conocieron a una de las estudiantes brasileñas, una chica de unos quince años. Había encontrado una subametralladora Riga-71 en algún sitio, y Lessing se detuvo para arrebatársela. No sabía qué hacer con el arma, y él la necesitaba. Le gritó en portugués, pero

todo lo que pudo hacer fue señalarla hacia la supuesta seguridad de los árboles más allá del perímetro del club.

Les llevó cinco minutos recorrer el camino desde la biblioteca hasta la orilla. Gente desconcertada bloqueaba su paso, algunos heridos, otros aturdidos. Los tanques de propano detrás del comedor comenzaron a explotar con una regularidad brillante y mortal. Tres de los focos montados en helicóptero se habían apagado, pero dos seguían sobrevolando el campo de desfiles. La mayoría de los disparos habían cesado.

Vieron a sus primeros adversarios en el pasillo junto al salón de actos: dos hombres con monos negros ajustados, mochilas pesadas que les daban el aspecto de criaturas de Marte, rostros ocultos por visores de plástico con eslabones de maíz integrados. Uno llevaba un casco como un guerrero griego, Lessing vio el ojo rojo tenue que brillaba en su cresta: una vista nocturna. Ambos llevaban armas automáticas de cañón corto. No podía distinguirlo a esa distancia, pero las armas parecían israelíes.

Arrastró a Mallon y Abu Talib a las sombras detrás de una de las aulas. "No sirve de nada", jadeó. "Podemos usar esos dos, pero tendrán respaldo. Bajamos a la playa, junto a la casa de botes. Me separé allí. Ven a mi casa. Mallon, tú quédate con Abu Talib y saca a su familia del club. ¿Luz verde?"

Mallon asintió. El árabe habría discutido, pero Lessing le dio un empujón. "¡Muévete!"

Los disparos crepitaban delante, y oyeron más gritos y alaridos. Una granada de fusil destrozó una ventana y explotó. Las botas golpeaban el camino de grava. Lessing y Mallon se tumbaron en la cama, arrastrando a Abu Talib sobre sí mismos. Figuras negras pasaban a su lado.

Llegaron a la playa para nadar. Los zapatos de Lessing se llenaron de arena de Ponapé y agua de mar tibia como melaza. Se detuvo. Un opfo se agachó en el malecón delante, entrecerrando los ojos tierra adentro, alejándose de ellos, ante los pirotecnia. Lessing lo derribó con un agarre de chasquido por detrás. Abu Talib buscó la pistola del hombre, pero esta se deslizó por el borde del muro y cayó al agua. No se detuvieron a comprobar si el opfo estaba muerto.

Pasaron corriendo junto a la casa de botes, sus pies astillando las pozas de marea en agujas plateadas de luz lunar. El cobertizo estaba oscuro y silencioso; Los Opfoes habían derribado la puerta, no encontraron a nadie dentro y siguieron adelante.

La playa para nadar terminaba más allá de la casa de botes. Lessing indicó el camino que subía cuesta arriba hasta la cabaña de Abu Talib y se ocupaba para cubrir a Mallon y al árabe. Esperó hasta que desaparecieron entre los árboles, luego se deslizó entre la maleza junto a la orilla.

¡Si tan solo se hubiera puesto sus uniformes de camuflaje en vez de una camisa y un mono azul claro! ¡Quién lo habría imaginado!
Se detuvo para evaluar la situación. Salvo por disparos esporádicos, la batalla había terminado, una victoria fácil para el enemigo. Las comunicaciones, el arsenal, la sede, la torre de vigilancia, los dormitorios, todo ardía, rugiendo piras funerarias sobre la jungla de terciopelo negro. Alguien estaba usando un megáfono para llamar a los supervivientes a rendirse. Siguieron breves ráfagas de disparos. Quizá los invitados más jóvenes del Club Lingahnie se salvarían, pero parecía que los instructores y visitantes mayores estaban siendo "desactivados enfáticamente", por usar el eufemismo actual.

Siguió adelante, deslizándose sin ser visto entre los cien metros de maleza que separaban la playa de sus aposentos, pasando por las oscuras angulares

que eran sillas y mesas de jardín, hasta apoyarse contra la fría pared pintada de blanco.

Su salón estaba iluminado intensamente, no por el sistema eléctrico del Club — que ahora era una hoguera — sino por un único y deslumbrante rayo: un foco de mano.

Se deslizó hacia un lado, trepó a la veranda estilo Isla del Mar del Sur, esquivó las palmeras en maceta y los muebles del porche, y se deslizó por la pared junto a la cocina. Evitó la puerta trasera — podría haber un centinela — y miró por la ventana de la despensa. La puerta interior estaba abierta y podía ver casi todo el salón. El arco de la cocina estaba fuera de su campo de visión, a su derecha. Justo enfrente, más allá de la barra de servicio que separaba la sala delantera de la cocina, estaba el pasillo que conducía de nuevo a los tres dormitorios. Una pesada linterna militar alimentada por pilas estaba agachada como un Cíclope tuerto sobre la superficie azul de plástico del bar.

Jameela se apoyó en la barra de servicio frente a él, su traje de dormir de seda shalwarqameez plateado y azul hielo reflejado en el intenso haz de la linterna. Detrás de ella, en la penumbra del salón, reconoció a Helga Bauer. ¿Qué sostenía en sus manos? ¿Una olla de oro? No, ¡parecía la lámpara de Alladin de Lessing! ¿Qué estaba pasando?

Se arriesgó a ponerse en pie, su ropa clara era un buen camuflaje contra la pared blanca, y tuvo una vista clara del interior. Alguien — Felix Bauer — estaba arrodillado allí sobre la alfombra persa de Jameela, con una pata de la mesa de centro volcada a su lado como una estaca. El alemán se balanceaba rítmicamente de un lado a otro. ¿Qué estaba haciendo? ¿Usando algún tipo de herramienta? ¿Una pala militar de campaña?

Lessing se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Bauer, Jameela y Helga fueron cautivos. Lessing sintió a alguien en la cocina, y casi seguro que había otro opfo en las sombras más lejanas del salón: la sombra de un cañón de pistola se reflejaba allí contra las alegres cortinas azul y blanca de Jameela.

El hombre de la cocina entró en el salón.

Era Richmond. Se detuvo junto a Jameela en el mostrador y le dijo algo a Bauer.

El kikibird parecía igual que cuando Lessing lo vio por última vez en Nueva Orleans: el traje holgado flácido e impresionado, las manos grandes tan huesudas y pálidas, las manchas hepáticas como manchas de descomposición púrpura en el cráneo calvo. Se agachó y tomó algo con cuidado de los dedos de Bauer. Su expresión ya no era melancólica. Parecía positivamente feliz — satisfecho — exaltado.

Había encontrado el alijo de Pacov de Lessing.

Bauer debió de decírselo, voluntaria o no, y los adversarios hicieron que los alemanes lo desenterraran.

Richmond tenía lo que quería. Estaba inspeccionando la caja metálica que Bauer le entregó. Forzó el pestillo, miró dentro y sonrió. Jameela —y Bauer y Helga— ya no servían de nada. Quizá no les haría daño.

Pero quizá sí.

Richmond habló al hombre invisible en el salón, primero con autoridad y luego con una insistencia airada. Lessing sintió más que oyó las vibraciones de su voz a través de la frágil pared de madera. Finalmente, apareció un comando barbudo con una túnica negra de combate para dar una orden a las dos mujeres. Señaló con el cañón de su subfusil hacia el pasillo que conducía a los dormitorios.

Desde la cocina, una voz más fuerte rompió una frase en un idioma que Lessing reconoció como hebreo. Blackboard se detuvo, la indecisión reflejada en sus rasgos morenos.

Richmond se levantó aferrado al sobre de plástico que contenía los dos recipientes de Pacov sobre su camisa arrugada mientras un predicador sostiene una Biblia. Los sellos de cinta Stik-Ever de Lessing se despegaron, y Richmond sacó primero la esfera plateada de Pacov-1, luego el cilindro negro de Pacov-2. Los levantó hacia la luz. Dijo algo más. El soldado miró más allá de él hacia el hombre en la cocina.

Este tercer opfo eligió ese momento para salir y ponerse de brazos en el arco de la cocina. No llevaba insignia en su uniforme de batalla, pero la barbilla levantada, el lápiz ordenado de bigote, el gorro de cabello rizado, rizado y negro, y la arrogante escápula le identificaban; Lessing había encontrado a su semejante muchas veces durante la Guerra de Baalbek. Aquí, casi con toda seguridad, estaba el oficial al mando, quien había supervisado la masacre del Club Lingahnie.

El agente parecía molesto. Lessing no necesitaba oír las palabras, que estaban en hebreo. Richmond estaba interfiriendo en la cadena de mando, y el comandante no lo permitía. Un dedo cubierto de camuflaje se levantó y señaló: ¡fuera! ¡Civiles fuera! ¡No te metas en asuntos militares!

Richmond negó con la cabeza con vehemencia y lanzó un comentario desdeñoso a Bauer. El alemán, aún agachado en el agua que se filtraba en el poco profundo pithe que había cavado, con la cabeza baja y los brazos a los lados. Probablemente ya se consideraba muerto. Ninguna de las dos se había movido.

Richmond levantó el sobre, tocó la glassine. Fue el turno del agente de negar con la cabeza. El kikibird persistió, con las crestas de ira en las mejillas brillando como el vientre de pez bajo el haz del foco.

El agente agitó la mano en un furioso gesto de "me rindo". Se restaba a una autoridad superior: el poder político por encima de la experiencia militar.

El soldado barbudo pronunció una orden y volvió a alzar el arma. Helga y Jameela hablaron a la vez, pero Lessing no pudo entender lo que decían. Barbanegra empezó a guiarlos por el pasillo hacia los dormitorios. Helga Bauer giró el rostro hacia Richmond, y Lessing vio que lloraba, suplicaba, suplicaba. El soldado la empujó bruscamente hacia el dormitorio principal al final del corto pasillo. Jameela le siguió. Barbanegra cerró la puerta de un portazo tras ellos; Luego regresó, con su subfusil de nariz corta sostenida con indiferencia en un brazo de manga negra.

Se detuvo detrás de Bauer, se inclinó, y tocó la nuca del alemán con el cañón de su arma. Bauer cerró los ojos y abrió la boca en un "O" redondo.

El soldado retrocedió un paso y disparó una bala.

Bauer se precipitó hacia adelante, su vida ya perdida. Las paredes del pozo arenoso empezaron a derrumbarse sobre sus extremidades convulsivas, y el agua lodosa y roja salpicó sobre el rojo más oscuro de la alfombra de Jameela.

En el dormitorio, Helga Bauer chilló. Su angustia era audible incluso a través de dos paredes y por encima del bullicio de explosiones lejanas.

Richmond dio otra orden. El soldado se frotó la barba erizada, sonrió y volvió a mirar la puerta del dormitorio. El agente avanzó para protestar, apretando un puño bajo la nariz del kikibird. El rostro de Richmond adoptó una expresión piadosamente superior, la de un hombre que cita directamente del Libro Sagrado: una Directiva Suprema del Partido, un Edicto Imperial — sea cual sea la autoridad omnipotente actual. El agente levantó las manos con disgusto y volvió a la cocina.

Richmond sonrió a Barbanegra y señaló con el pulgar hacia los dormitorios. Se agachó y se dio palmaditas en la entrepierna de sus pantalones anchos: un gesto inconfundiblemente sucio, feo y obsceno.

Ya bastaba.

Lessing retrocedió donde estaba a salvo del cristal volador, apuntó a Barbanegra y disparó media docena de balas de su Riga-71 a través de la ventana de la despensa. También disparó rápidamente a Richmond, pero no se atrevió a disparar una ráfaga más larga al salón.

Jameela y Helga Bauer estaban en el dormitorio detrás de la pared del fondo; Eso, lo sabía, consistía en no más de dos láminas de tablero de fibra. Las balas lo atravesarían

Barbanegra saltó recto, luego cayó, con los brazos en forma de molino de viento. Balas de su subfusil arrancaron astillas y yeso del techo.

El comandante en la cocina gritó algo. El cañón de su pistola asomaba por la entrada del arco. Lessing estaba preparado: rodó hacia el lado izquierdo de la ventana de la despensa, y los disparos del agente resonaron inofensivos en la noche. El hombre cometió ahora el error que Lessing casi cometió: confundió la endeble partición con una cobertura sólida. La pistola de Lessing retumbaba. El oficial salió de golpe desde detrás del marco lleno de acribillos, con los ojos muy abiertos mientras se quedaba boquiabierto ante la ruina que medio cargador de plomo con camisa de acero había hecho de su elegante túnica.

Hubo momentos en los que había que apreciar prácticas constructivas deficientes.

El ruido estalló desde la cocina. O bien ya había un segundo hombre allí, o un centinela acababa de entrar por la puerta trasera. Explosiones de pistola de costura salpicaron la carpintería junto a la cabeza de Lessing. Solo disparó un disparo en respuesta. Su revista debía estar casi vacía, y no tenía más.

El tercer hombre empezó a gritar pidiendo ayuda. Lessing rebuscó, encontró un trozo de madera del ventanal roto y lo lanzó por la entrada hacia la cocina. Al mismo tiempo gritaba como si fuera a los amigos detrás de él: "¡Al suelo, chicos! Granada'."

La puerta del frigorífico se cerró de golpe cuando su oponente se lanzó detrás de ella. Lessing saltó por la ventana de la despensa, se agachó, resbaló y se levantó desde detrás de la barra de servicio. Disparó sus últimos disparos a la figura que vio acurrucada en el suelo de la cocina.

"Lo siento, no hay granada", jadeó Lessing. "¡Se acabó!" El hombre chilló y se giró hacia él.

De un solo movimiento, Lessing cayó de rodillas, giró y sacó la bonita subfusil de Blackboard. Realizó un barrel roll desde tierra y terminó cubriendo el salón.

Richmond no estaba allí.

La habitación estaba vacía. La puerta principal estaba entreabierta.

Los pasos retumbaban en la veranda exterior.

Un cristal estalló al fondo de la casa, seguido de un crescendo de disparos agudos. Lessing escuchó gritos. Gritos de mujeres.

Dios mío...

Los músculos de los muslos se tensaron mientras se tambaleaba para ponerse de pie. ¡Se estaba haciendo demasiado mayor para este tipo de cosas!

Entonces llegó a la puerta del dormitorio. Una, dos veces, se golpeó el hombro contra el panel, sin darse cuenta de dolor. Se abrió de golpe y él se tambaleó a través de ella.

En el reflejo del foco vio a Helga Bauer agachada junto a la cama. Estaba muerta, con los miembros desbordados, los ojos bien abiertos, como canicas de porcelana. Sus pechos pesados estaban impregnados de sangre oscura.

En el suelo, junto a la ventana, yacía una extensión de plata y azul hielo.

Jameela había estado luchando por abrir el fajín cuando Richmond corrió por la entrada de la veranda. Debió de ver a las mujeres por la ventana y dispararles, por pura maldad.

Lessing se arrodilló junto a su esposa, la giró, le acunó la cabeza, sintió la humedad que se filtraba entre sus enmarañados cabellos. Había sangre por todas partes. No sabía cómo detenerlo, qué hacer. ¿El médico del Club? ¿Mallon? ¿Abu Talib? ¿Señora Delacroix? Incluso pensó en rendirse, gritando a los enemigos que enviaran a un médico.

Inútil.

Años de experiencia en combate se lo decían. Volvió a dejar caer a Jameela, tan suavemente como pudo.

El shock le entumeció. El vómito ácido y la bilis amarga se le ahogaban en la garganta. Sus dedos temblaban y se aferraban al camisón plateado y oscuro y pegajoso de su esposa.

Rabia ardiente. Furia fría. Odio negro.

Debería estar sintiendo esas cosas. Pero no lo hizo.

Lo que sintió fue otra cosa, algo ni caliente ni frío, rojo ni negro, dulce ni amargo: un orgasmo, un clímax, una oleada como un chupito de ron cubano de 150 grados, un toque de heroína y un gran resoplido de polvo feliz, todo a la vez.

Lessing sabía la necesidad de matar.

Se puso en pie. Se oyeron gritos desde la pendiente, detrás de la casa, y otros respondieron desde la playa para nadar. Se acercaban los opfoes. Se deslizó por la ventana del dormitorio.

Richmond.

Él acabaría con Richmond. Mataría a Richmond.

Una mancha negra llamó su atención: una mancha de sangre brillante sobre la barandilla de la veranda. Debió de haberle cortado — o el cabrón se cortó con el cristal roto de la ventana. Richmond dejaría un rastro.

Lessing se permitió una sonrisa.

Una terraza ajardinada se extendía unos seis metros desde este lado de la casa del encargado. Más allá se extendía un barranco cubierto de maleza que separaba los terrenos de Lcssing de la loma ocupada por el complejo de comunicaciones. Este último era un infierno, muriendo ahora, y envuelto en una nube de humo. Luces artificiales parpadeaban allí, y figuras se movían como marionetas satánicas entre el delineado rojo
Humo. Los enemigos probablemente usaban el lugar como faro, un centro de reagrupamiento para sus tropas. Lessing pensó en oír el ruido de las aspas de helicóptero por encima del siseo y crepitar del fuego.

Richmond se dirigiría en esa dirección. Lo que el kikibird quizá no sabía era que el lado opuesto del barranco era empinado y la maleza demasiado densa para penetrar sin un machete.

Lessing cruzó la terraza y se dejó caer entre los arbustos enmarañados de abajo. La vegetación húmeda tenía la sensación claustrofóbica de un laberinto de conejos, un túnel de troll hacia el Infierno. Notó una segunda mancha de sangre en el tronco de un retoño. Volvió a mostrar los dientes; Richmond había pasado por aquí.

Cuando Richmond descubrió que no podía subir por la orilla opuesta, giraba a la izquierda, bajando por el barranco, hacia la orilla. Luego intentaría seguir la playa alrededor del promontorio rocoso hasta el muelle de comunicaciones.

Él elegía su camino con precaución extra. Los dos frágiles frascos que llevaba eran más letales que la nuez de la serpiente en el Jardín del Edén.

Las ramas crujieron y crujieron. Alguien delante jadeaba, jadeando de fatiga y pánico. Lessing se quedó paralizado para revisar la ametralladora de Blackboard. El cargador aún contenía cinco cartuchos. ¡Maravilla de las maravillas, el arma estaba hecha para contener dos cargadores a la vez, y el segundo estaba presente y lleno!

"Richmond", llamó suavemente. "Hola, Richmond. Voy para allá."

La paciencia, la virtud principal tanto para quien persigue como para quien se busca, era difícil, pero se obligó a quedarse quieto. Por fin un pequeño chapoteo resonó desde abajo. No podía ver nada, negro sobre negro, crepe de ébano sobre sable. Lessing empezó a arrastrarse boca abajo hacia el agua. Hojas húmedas y viscosas acariciaban sus mejillas, y el hedor a descomposición cálida le obstruía las fosas nasales. En otra ocasión podría haberse preocupado por serpientes, sanguijuelas e insectos; ahora ya no importaban.

Cuñas afiladas de luz cortaban el arbusto detrás de él: potentes faroles eléctricos. Los amigos de Richmond estaban aquí.

Alguien gritó: "¡Por aquí!" Una segunda voz preguntó: "Zay hul". Una tercera gruñó: "¿Cómo demonios voy a saberlo?" y lanzó una diatriba disgustada en hebreo. Las ramas crujeron, las ramitas tintinearon, y alguien más nervioso que los demás disparó, seguido de un gruñido obsceno.

Había poco tiempo. Los rivales le daban un pulgar con el pulgar. Tenía que matar primero a Richmond. La vida no tenía otro propósito.

Un suave chapoteo volvió a sonar más a la derecha. Lessing se encontró entre troncos y madera a la deriva, desnudo y blanco fantasmal, como los esqueletos blanqueados de animales prehistóricos. Casi se cae

De cabeza en una poza de marea, y pequeñas criaturas marinas nocturnas huyeron aterrorizadas.

Las luces arriba y detrás de él estaban más cerca; Los Opfoes descendían la pendiente en una línea irregular de escaramuzas.

Allí: una mancha de sable sobre el borrón plomizo del mar. Lessing se retorció sobre el gris más claro de un tronco y se deslizó hacia el agua salobre. Se arrastró, se retorció, se puso de rodillas y luego se agachó, solo con la cara y la pistola sobre las tibias olas que lamían la piel. La mancha se detuvo; un óvalo blanco apareció en su parte superior: Richmond se había girado para mirar atrás.

Rayos de luz cortaban la oscuridad. Una voz lloró una pregunta. Richmond respondió con un balido ronco pidiendo ayuda. Tenía que ser ahora.

Lessing se levantó lo justo para apuntar. Soltó todo lo que quedaba en el primer cargador, torpeó la palanca que cambió a la segunda y añadió media docena de cartuchos más para rematar. La pequeña arma parloteaba, sonando como un juguete infantil aquí a la vista. Richmond chilló, un sonido agudo y delgado, como un cachorro herido.

Lessing oyó un chapoteo, luego un tambaleo. Se deslizó de nuevo al agua a dos metros de su posición original. Luces, gritos y disparos salieron de la

oscuridad detrás de él, y una fila de balas levantó espuma agitada en el lugar donde había estado.

Se arrastró, se sumergió y nadó, ignorando los raspones que le causaban los percebes en el agua poco profunda. Los disparos salpicaban detrás de él. Una babosa cayó al agua a un metro de su cara, y él se agachó, se detuvo para tomar aire y miró alrededor. Figuras tenues y cambiantes eran visibles contra el negro tinta de la orilla: los teófagos estaban sacando a Richmond de la bebida.

¿Y ahora qué? Podría saltar para disparar su arma contra Richmond y sus rescatadores. No, eso fue una tontería. En el libro de Lessing, el suicidio no era impensable, pero tenía que tener un propósito.

Lessing era un nadador decente. Podía dirigirse directamente a la bahía de Madolenihmw y luego viajar paralelo a la playa hasta poder llegar a tierra más allá del perímetro del club. El suicidio podría ser más atractivo entonces: reunir a los supervivientes que pudiera y volver para matar a tantos de estos asesinos vestidos de negro como pudiera. ¿Heroísmo? No, solo venganza.

¿Pero por qué? ¿Para qué molestarse? Jameela estaba muerta.

Su muerte aún no le había alcanzado. Mejor actuar ahora, mientras aún estaba cuerdo, antes de volverse loco.

Las luces se agruparon alrededor del cuerpo inerte de Richmond. Cinco o seis enemigos bajaban con una camilla entre la maleza. Otros miraban hacia el mar, hacia Lessing. No podían verle. Era solo una onda o un trozo de restos en el agua. Él

podría permanecer así al menos una hora más antes del primer destello del falso amanecer. Aún podía escapar.

Su pie golpeó un objeto duro: una roca. Maldijo en voz baja y se apartó.

¡Y vio algo que despertó el horror hasta las raíces de su alma primordial!

Flotando justo a su lado, a quince centímetros, había un rostro humano. Los ojos estaban abiertos, sin pupilas y blancos. La boca quedó abierta. El cabello larguido y etéreo era como algas ahogadas.

¡Recuerdos de pesadillas! ¡Los jefes muertos del viejo Ponape! ¡Las innumerables víctimas hinchadas de Pacov!

Se retorcía, bebía agua, se atragantaba y tosía. No pudo evitarlo.

Se puso de pie, raspándose el tobillo contra la roca dentada, y descubrió que el agua le llegaba justo al cuello. Se incorporó de golpe, el miedo aflojando sus intestinos.

El rostro era el de Sami Abu Talib. El chico estaba muerto, completamente desnudo, con un agujero de bala rojo oscuro en el pecho izquierdo. Cerca de él, Lessing vio un segundo cuerpo: una chica, también desnuda, con sus largos cabellos enredados en hojas y ramitas y envueltos alrededor de su rostro, sus pechos moviéndose suavemente en las olas lánguidas. Los adversarios sorprendieron al pobre Sami con una de sus amapolas brasileñas, la última cita que disfrutaría.

Lessing había sido visto. Un soldado gritó: "Hu stomal". Otros le respondieron. Alguien llamó: "¡Ahí está!" Los disparos salpicaron el agua cercana, y el cadáver del niño árabe se sacudió y se retorció mientras más balas lo alcanzaban.

Lessing se sumergió sobre la roca medio sumergida, buscando aguas más profundas en su lado hacia el mar. Algo se despegó de la roca y sintió un dolor punzante sobre la oreja izquierda.

Luz deslumbrante. Un cohete de agonía en su cráneo.

Su vista se apagó.

¡Ahí! Estaba en el lado exterior de la roca. Se dejó hundir en el océano suave, cálido y nutritivo, fuera de la vista, fuera de peligro, donde nadie podía ver.

Se escondería. Su madre no le encontraría aquí. Registraría la casa en vano. Su padre acabaría ayudando, fumando inútilmente su pipa y refunfuñando. Pero Lessing estaba escondido, en el fondo de la bañera, oculto...

Figuras se cernían sobre él. ¿Sus padres? ¡Solo hay una salida! Se retorcía y forcejeaba. Nadaría por el desagüe, bajando y bajando, deslizándose como una anguila por las tuberías bajo la casa hasta llegar a las alcantarillas, luego al río y, finalmente, a la seguridad del gran, infinito y abrumador mar.

Tranquilo.
Eternidad.

No supo nada durante un tiempo.

Entonces volvió a despertar. Manos lo sujetaban y dedos bruscos exploraban el lado izquierdo de su cabeza, por encima de la oreja. El dolor bailaba allí, y trató de apartarse. Una voz con acento gutural dijo: "Sujeta al cabrón. Una puntada más." "¿Vivirá?" preguntó alguien más con tonos más claros y claros.

"¿Por qué no? ¿Pero estoy perdiendo el tiempo? ¿Vas a dispararle cuando yo termine?" Algo suave presionó la sien de Lessing, y oyó cómo se arrancaba cinta adhesiva de su carrete. Descubrió que estaba atado a una camilla, con las manos esposadas delante de él. Le dolían las muñecas

"No lo haremos. Eso lo decide la central. Este es Alan Lessing, el encargado de este pozo de serpientes. Está en la lista del capitán Levi. Vuelve a Jerusalén con nosotros."

"¿Para qué demonios?" gruñó una tercera voz, más grave. "¿No es él quien le hizo un gesto al capitán? ¿Y Ariel? Y el sargento técnico... ¿cómo se llama?"

"Sí. Y también Richmond", añadió Voz Nítida.

"¿A quién le importa ese imbécil? Capitán Levi, ahora "

"¿Por qué enviaron Richmond con esta misión, de todos modos?" Una voz gutural interrumpió. '¡Problemas! ¡Problemas! " Murmuró en hebreo.

"Oye, no hablo hebreo muy bien", se quejó el hombre que Lessing llamó Voz-nítida. "¡Todavía no es el idioma oficial en Estados Unidos!"

"¡Todavía no, al menos!" dijo el hombre de acento gutural, él que parecía ser el médico.

"Quizá nunca. No con Outram y sus cabrones cada día más adorables." Alguien de fondo murmuró: "Nosotros también los cuidaremos, igual que este grupo."

"No nos fue muy bien aquí", se quejó el médico. "No hay a ninguno de sus mejores destacados, salvo el árabe y la anciana. Y este tipo."

Voz Profunda resopló. "¿Entonces qué quieres? ¡Eliminamos toda su instalación! ¡Y pequeños agujeros como Ponape van a pensar mucho antes de dejar que estos cabrones construyan nuevos!"

"De todos modos, Richmond no era asunto nuestro", terminó Crisp-voice. "El capitán Levi fue el único al que le informaron sobre él. Ahora los dos están muertos."

"Vamos a llevar a este bastardo nazi a los helicópteros", sugirió Voz Profunda. "Nuestros heridos y los demás prisioneros ya se han ido, y se supone que deberíamos salir de este montón de mierda a las trescientas." La camilla de Lessing fue levantada y luego llevada al exterior por un camino desigual

senderos, sobre obstáculos y a través de ramas invisibles y empapadas de rocío. Los haces de linterna se balanceaban y danzaban a su lado. Supuso mareado que iban subiendo por el campo de desfiles y hacia lo que quedaba del edificio de comunicaciones.

Una nueva voz, la de una mujer, le habló al oído. "Estarás bien. Tu herida es leve... un solapa de cuero cabelludo arrancada por un fragmento de roca." Olía a desinfectante y supo sin verlo que allí había una enfermera cansada de mediana edad. Sonaba comprensiva.

"Mi esposa", murmuró. "¿Mi esposa? ¿Jameela?" Decir su nombre era como echar tierra sobre su ataúd. "¿Jameela? ¡Mi esposa!" No podía obligarse a preguntar si ella estaba muerta.

La enfermera guardó silencio. Luego: "Tu ropa está mojada y ensangrentada. Te he traído una camisa seca y un pantalón de tu armario de ahí atrás."

"¡Mi mujer, maldita sea!"

"No lo sé. No me lo dijeron." Estaba mintiendo. Ahora lo sabía con certeza.

Solo uno de los grandes helicópteros seguía agachado frente a la carcasa carbonizada que albergaba el centro de comunicaciones. Los portadores de Lessing lo subieron por una rampa metálica resonante y apestosa a aceite hasta una bodega de carga repleta de cajas atadas con telarañas e iluminada por un par de lámparas de luz azulada. Le tiraron, camilla incluida, entre otras dos camillas. Un comando corpulento se sentó frente a Lessing, con el rifle entre las rodillas.

Se esforzó por ver quiénes eran sus vecinos. A su izquierda, los rasgos aquilinos de Abu Talib eran visibles entre un remolino de mantas. El árabe no se movió y tenía los ojos cerrados. Seguía vivo: el subir y bajar de su pecho lo demostraba. Probablemente los Izzie le habían drogado, ya fuera por razones médicas o para mantenerlo callado

El hombre a la derecha de Lessing era Richmond.

Estaba muerto.

Los Izzies le cubrieron la cara con una manta, pero se le había resbalado parcialmente. Sus largos y pálidos rasgos parecían un poco menos lúgubres en la muerte que en la vida. Lessing no veía heridas por la manta, pero el agua de mar y la sangre manchaban la sucia cubierta metálica bajo su camilla.

La enfermera volvió y desabrochó las correas que sujetaban a Lessing a la camilla. "Siéntate. No tengo la llave de las esposas, pero puedo quitarte la ropa mojada y ponerte algo seco. Toma, esto es tuyo, ¿verdad?"

¿A quién le importaba la ropa seca? Eran irrelevantes. Jameela se había ido.

"No te preocupes", dijo la mujer. "Soy enfermera. He visto hombres desnudos antes." Sonaba como si eso fuera un gran sacrificio personal.

Su mojigata a la antigua usanza le dio a Lessing un atisbo de diversión. Parecía tan nerviosa, tan cansada y tan sincera. Él la dejó hacer con la suya. .

Los pantalones eran sus overollos gris claro. Jameela las planchó anteayer, cuando el mundo era diferente. Al principio no reconoció la camisa blanca, luego se dio cuenta de que era la que había llevado puesta para visitar al líder musulmán negro, el Khalifa, en Los Ángeles. No se lo había puesto desde entonces.

El enfermero se cambió los pantalones, cacareando por los arañazos y abrasiones de percebes. Las esposas le impedían cambiarle la camisa, y tuvo que conformarse con colocarle la seca sobre los hombros. Se acurrucó de nuevo sobre la dura camilla. La sensación de la tela le recordó a Morgan, el Khalifa— y a Jameela.

De repente se preguntó si la pequeña pastilla zombi del Khalifa — ¿cómo se llamaba? ¿tetrodotoxina?— seguía en el bolsillo del pecho de la camisa? Nunca se lo había quitado. Si estaba allí, tenía una forma de evitar la tortura, ¡quizá escapar! Se giró para que ni la enfermera ni el guardia impotente pudieran ver, y dejó que sus dedos recorrieran la tela.

Sintió un pequeño bulto en lo profundo de la junta del bolsillo. ¿Un trozo de papel de seda o un talón de entrada de teatro? ¿Una aspirina olvidada?

Era la pastilla zombi. .

La emoción le invadió. ¿Dónde podría esconderlo? Los Izzie sin duda lo desnudarían, lo registrarían de pies a cabeza y le darían su atuendo favorito de prisión, un chándal azul. ¡Encontrarían la pastilla! Pensó tan fuerte como el dolor de cabeza se lo permitió. ¡Por supuesto! ¡Su cabeza! Levantó las manos hacia la venda en la sien, gimió y se dejó caer. Una parte del algodón se liberó entre sus dedos, y metió la pequeña pastilla en un pliegue de la

parte más limpia y seca. Eso tendría que bastarnos por ahora. Le iría mejor una vez que le llevaran a donde iba.

Le vino a la mente la historia de Copley sobre un mero capturado que derritió una cuchara de plástico en la bombilla de su celda y usó la sustancia para cubrir una pastilla de cianuro que había sacado de contrabando, de modo que quedara estanca y no se disolviera. Esto lo tragó, esperó hasta que reapareció en sus heces, lo limpió y lo tragó de nuevo— y otra vez, y otra vez, una y otra vez, durante meses. Por fin, cuando ya no pudo soportar más la "disciplina" de sus captores, la sola rotura del plástico con sus dientes y se hizo historia. Lo curioso, según Copley, era la consternación de los guardias ante la inesperada salida de su prisionero: en ese país— Lessing no recordaba cuál era— cada vez que un prisionero escapaba o se suicidaba, sus guardias eran obligados a sortear, y el perdedor se enfrentaba a un pelotón de fusilamiento. ¡Graciosísimo!

El helicóptero gimió, se estremeció y se lanzó hacia el cielo antes del amanecer. El vuelo no duró mucho; el barco de los Izzies estaba justo frente a la costa. Era uno de sus destructores nucleares más nuevos. Habían construido una marina bastante impresionante durante sus dos últimas décadas de conquistas en el Golfo Pérsico y el Mediterráneo.

Lessing fue sacado a toda prisa a la cubierta que se inclinaba suavemente. El aire fresco, húmedo y con olor salado se sentía bien. Miró a su alrededor a los segundos comandos vestidos de negro formándose, marineros con uniformes beige apresurándose de un lado a otro, y técnicos amontonando los gigantescos helicópteros en forma de langostas. Estaban a punto de zarpar. Creyó vislumbrar a un grupo de compañeros prisioneros acurrucados contra un mamparo, pero una carretilla elevadora con una pila de cajas retumbaba frente a ellos, y cuando pasó, ya no estaban. ¿Había sido ese destello plateado el cabello blanco de la señora Delacroix? Más lejos vio cinco o seis camillas tendidas en la cubierta rodeadas de sanitarios y celadores. ¿Eran los ocupantes de Izzie víctimas o sus propios compañeros? No tenía forma de saberlo.

Todo se aclararía más adelante. Probablemente le resultaría muy dolorosa esa aclaración.

Lessing observó cómo dos marineros llevaban la camilla de Abu Talib junto a él. Dos más forcejearon el cadáver erecto de Richmond en una bolsa de plástico marrón y la cerraron con cremallera. Mientras lo hacían, Lessing notó algo en la tela húmeda y manchada de oscuridad de la camilla donde yacía el kikibird. Lessing miró. ¿Un poco de cristal? ¿Un fragmento de espejo? Algo brillaba allí bajo la luz brumosa de la mañana.

Sabía lo que era.

Un fragmento del globo plateado de Pacov-1.

La solapa abierta del sobre de cristal de Lessing sobresalía del bolsillo de Richmond cuando los marineros levantaron su cuerpo.

Agua de mar. ¡El baño de Richmond en la bahía de Madolenihmw debió de ser el resultado!

Los recipientes tenían medio siglo, eran frágiles y probablemente estaban diseñados para ser solubles en agua. ¿Qué mejor manera de entregar su contenido? Debieron empezar a descomponerse en cuanto se mojaron.

¿Y el cilindro negro— Pacov-2? No era probable que estuviera en mejor estado.

Todos aquí, incluido Lessing, estaban sin duda infectados con Pacov-1. Si Pacov-2 también estaba libre, se acabaría para todos en esta nave — posiblemente para Ponape mismo.

Solo el capitán Levi, el hombre que Lessing había matado, sabía cuál era la misión de Richmond. Los otros Izzies no tenían motivo para registrar el cuerpo del kikibird.
¡No habrían reconocido Pacov aunque lo hubieran encontrado!

¿Qué hacer?

La píldora del Khalifa podría salvarle, por supuesto. No era probable, pero podría serlo. ¿Pero cuándo tragarlo? ¡Demasiado pronto, y sus captores tirarían su "muerto" cuerpo al mar! Peor aún, podían llorar hasta llegar a casa y luego enterrarlo vivo; ¡Despertar en un ataúd no me atraía! ¡Demasiado tarde, y Lessing moriría de Pacov! Se estrujó la cabeza, pero solo recordaba que Mulder había dicho algo sobre esperar un par de semanas— ¿o fueron meses? — después de Pacov-1 antes de enviar Pacov-2. Tan impreciso como se puede ser. ¿Cambiaría si se introdujeran ambos virus a la vez?

Con un escalofrío se dio cuenta de que estaba siendo él mismo como siempre: abstracto y objetivo. ¿Y qué pasa con Alan Lessing? ¡También fue su muerte!

Podía decírselo a los Izzie. Podrían creerle, en cuyo caso probablemente le dispararían igualmente. Además, podía contarles sobre la píldora del Khalifa; Se lo llevarían para pruebas, pero nunca podrían fabricar ese material a tiempo para salvar a la gente de este destructor.

Podía ser realmente noble y esperar a que Israel mismo estuviera infectado, y luego decírselo. ¿Benefactor de Israel? Sospechaba que los Izzie nunca le concederían ninguna medalla.

¿Le importaba? ¡Que mueran todos!

Jameela. No todas las Izzie fueron responsables de su muerte. Por supuesto, no directamente, pero en la medida en que la población colectiva de cualquier nación sea responsable de los actos de sus soldados. Richmond la había matado— logró pensar la palabra— a ella.

Richmond estaba muerto. Lessing descubrió que no le agradaba en nada eso. Todos los países tenían psicópatas y sádicos como Richmond.

¿Le importaban entonces los Izzie? ¿Los comandos que habían masacrado a sus compañeros en Ponape? ¿Los marineros de este barco? ¿El propio pueblo de Israel?

Los Izzie siempre le habían parecido más duros, más duros y menos comprensivos con quienes no eran judíos. Se fijaban sus metas y luego hacían lo necesario para alcanzarlas. Seguirían así hasta que nadie se atreviera a oponerse o siquiera a criticarlos. Los israelíes jugaron para ganar. Mulder dijo que algún día los judíos gobernarían el mundo si el resto de la humanidad era lo suficientemente perezosa como para permitírselo.

¿Eran tan diferentes de los romanos, los mongoles, los rusos — o, para el caso, los nazis?

Dudaba que los Izzies les proporcionaran pastillas zombis para salvar a sus pocos "ciudadanos" árabes que quedaban, ¡aunque tuvieran una montaña de esa sustancia! Él retrasó preguntando a la enfermera: "¿Cuánto tiempo se tarda en llegar a Jerusalén?"

Su guardia le respondió en su lugar. "¿Con prisa, Hcrr Hitler? Si te llevan allí, desearías estar en otro sitio."

"Estaremos rodeando la isla hasta Kolonia en una hora", añadió la enfermera. "El gobierno local nos ha dado permiso para traer aviones de carga. Llegaremos a Israel en veinticuatro horas." Sonaba casi apenada.

"¿Los Ponapeans te dieron permiso para aterrizar?"

El guardia se rió. "O aterrizamos o convertimos Ponape en cementerio. Dicen: 'No hay problema'"

Otra vez intimidación.

"Ese hombre." Lessing alzó la barbilla hacia Richmond. "¿Tengo que viajar con su feo cadáver? ¡Mató a mi mujer a sangre fría!"

"Bien." El guardia se burló. "Que te jodan a tu zorra nazi. Ese hombre era bueno. Lo enviamos a él, a ti, a otros, por aire. A Jerusalén. Tiene un funeral de héroe. ¡Tú, tú solo tienes el funeral!"

Así que la bolsa para cadáveres de Richmond se abriría en Israel y no se enviaría de vuelta a Estados Unidos. Lessing tenía que saber si el cilindro negro estaba intacto.

Cayó de rodillas junto a Richmond, golpeó con los puños el pecho cubierto de plástico del cadáver y entró en un falso paroxismo de dolor y furia. "¡Bastardo!" se atragantó. "¡Bastardo!" Descubrió que no estaba fingiendo del todo. "¡Asesino! ¡Mataste a mi mujer!" Preguntó con cautela con una mano en el costado del hombre muerto.

Dentro de la bolsa para cadáveres sintió el bulto que debía ser el cilindro negro de Pacov-2 en el bolsillo del abrigo de Richmond. Seguía sintiéndose sólido, pero los que se desmoronaban y se desmoronaban le decían que también se estaba desintegrando. No tardaría mucho.

Aunque empezara a gritar ahora mismo, casi seguro que morirían. Lo esperaba, pero aun así se le revolvió el estómago. Luchó por evitar que sus músculos del esfínter se soltaran.

¿Contarle a los Izzies o no?

No todos eran como Richmond.

Jameela. Bauer. Helga. Sami Abu Talib y su guapa y superficial novia brasileña. Posiblemente la señora Delacroix. Caras árabes marchitas y sin ojos aplastadas por las orugas de los tanques hasta convertirlas en el polvo cocido de Alepo. La mano gris e inmóvil de un niño sobresaliendo de debajo de un muro caído en Damasco. Una anciana con harapos encorvada sobre el cadáver ennegrecido de una niña pequeña en algún pueblo sin nombre de Siria.

Hasta entonces, Lessing había sido el 'Hombre Vacío'. Ahora estaba lleno. Hasta el tope.

Se dio cuenta de que su decisión estaba tomada.

La muerte seguía a los israelíes allá donde iban; ahora deja que Él les alcance.

No les contaría nada sobre Pacov. Que les den. ¡Literalmente!

"¡Ponte de pie!" ordenó el guardia desde detrás de él. "¡Arriba! ¡Arriba!" Le agarró el hombro a Lcssing y le dio una palmada en la espalda
cabeza con la palma abierta. El golpe fue leve, pero la herida de Lessing hizo que el dolor fuera cegador. La oscuridad se abalanzó.

"¡No! ¡Para ya!" gritó la enfermera. Añadió más palabras m

Hebreo. , ,

Lessing vio venir el pie del guardia. Esperó, lo atrapó con las manos atadas y dio un sobresalto. Desequilibrado, el soldado tropezó y cayó hacia adelante. Lessing aprovechó el propio impulso del hombre para romperse el tobillo. Por un momento glorioso tuvo un agarre en el rifle del guardia; luego marineros y otros guardias se lo arrebataron de nuevo. Puños, pies y culatas de rifle le golpeaban, y cayó con los codos en alto para proteger la cabeza.

Dos comandos y tres marineros tardaron dos minutos en someterse. Luego le pegaron quizá otros tres minutos mientras la enfermera chillaba protestas inútiles.

A Lessing no le importaba. Apenas sentía los golpes.

Finalmente, lo encadenaron de pies y manos para esperar su traslado a Jerusalén.

Seguía sonriendo, débilmente, cuando llegaron.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Él traerá sobre ti todas las enfermedades de Egipto... . También toda enfermedad, y toda plaga... hasta que seas destruido. — Deuteronomio, 28:60, 61

Lunes, 22 de febrero de 2044

"Y ahora Lessing conocía cada grieta en el suelo y cada escabullón en MJ, el yeso del pasillo que conduce a la oficina de Sonny. Las paredes de ladrillo estaban pintadas de un rojizo-marrón desgastado hasta la altura de los hombros, y luego encaladas hasta el techo alto. El suelo era de un color caoba embarrado, manchado de forma gruesa aquí y fina allá, de modo que se notaban media docena de abrigos viejos. El edificio tenía un aspecto y un olor antiguos, pero solo data de la reconstrucción tras la expulsión de la población árabe israelí unos treinta años antes. Lessing asumió que su prisión formaba parte de algún complejo policial más grande, pero nadie dijo nunca dónde estaba. Sus guardias, dos judíos norteafricanos de piel oscura, habían hablado en una ocasión de la calle Derekh Shekhem como si estuviera justo fuera; eso significaba Jerusalén noreste, si la memoria no le fallaba.

Dentro de esta madriguera Sonny — el único nombre que su interrogador usó — ocupaba una oficina de relativo esplendor: paredes beige, persianas venecianas, alfombras árabes escarlata y azul, fotos de los fundadores de Israel con la fundación de los pantalones, un par de cuadros paisajísticos, un escritorio decente (bajo un montón desordenado de papeles y archivos), un servicio de café plateado que había sido "liberado" de una mansión en Damasco, un televisor japonés, un equipo de música taiwanés, un vídeo chino y un reproductor de laser-disc coreano con todos los adornos. La silla de Sonny también era una maravilla de cromo y piel de lcopard falsa. Incluso sus "invitados" tenían asientos acolchados y su elección de refresco, cerveza o café.

El propio Sonny era bajo, corpulento y tenía unos treinta y poco más. Como muchos judíos de ascendencia eslava, tenía el pelo corto, rizado y encrespado, y tan rubio como la botella de una estrella. Llevaba camisetas deportivas de punto con cuello abierto, pantalones pastel (verde lima la

semana pasada) y zapatillas de correr caras. Fue un oficial de ARAD, el servicio de inteligencia israelí, una organización construida sobre las tradiciones de muchos anteriores: el Mossad, la CIA, el KGB, la OSS, la Cheka... Sonny no era más que una encarnación moderna en una línea de inquisidores que se extendía hasta las mazmorras de la antigua Asiria.

No es que alguna vez hubiera hecho daño a Lessing. De hecho, nunca le había soplado ni un soplón. Para Sonny, Lessing era un rosh katan, una "cabeza pequeña": un pequeño, un don nadie, un don nadie, un simple que había tenido la mala suerte de estar en el bando equivocado cuando todo se puso mal. Tras establecer el estatus de Lessing en el Partido de la Humanidad y descubrir que era casi apolítico, Sonny no siguió más allá Interés profesional. De vez en cuando convocaba a Lessing, pero sobre todo para hablar de películas, comida, ropa, jerga, Banger pom-queens y deportes — cualquier cosa de modam, cualquier cosa americana. El anhelo secreto de Sonny, al parecer, era compartir las alegrías de esas almas santificas que habitaban Beverly Hills, ¡quizá eventualmente vivir en el reino empíreo de Malibú!

Hasta ahora, Lessing lo había tenido fácil. Sus captores efectivamente lo desnudaron, le registraron y le entregaron el inevitable chándal azul. Luego lo metieron en una celda cómoda — más bien una habitación de un dormitorio universitario — que contenía una cama, un inodoro, un lavabo, una mesa que se desplegaba de la pared y una silla. La comida era comestible y no tenía quejas sobre su trato. ¡Un Spartan podría haberse quejado de demasiado lujo!

Al principio tuvo un mal momento, intentando ocultar la pastilla zombi del Khalifa; Pero resultó ser sencillo. Los Izzie no esperaban que llevara nada. Un dentista le inspeccionó los dientes en busca de cápsulas suicidas, y la revisión corporal fue humillante, pero nada más. Sacó fácilmente su pequeño tesoro de la venda en la cabeza y lo metió en una costura del chándal, sin que nadie lo viera. Más tarde lo trasladó al tubo metálico hueco del soporte de papel higiénico de su celda. Seguía ahí la última vez que miró.

Nadie sospechaba que tenía nada que ver con Pacov — nadie aquí en Israel, al menos. De esto estaba seguro. A través de Sonny y sus guardias, Lessing

llevaba un registro de la gripe que había azotado Israel recientemente, pero no tenía forma de saber si era el primer beso de la guadaña plateada de Pacov-1 o simplemente los habituales insulsos invernales. Cuando pasaron dos semanas sin ningún incidente, empezó a pensar que el cilindro negro de Pacov-2 no se había roto —o era ineficaz— o que había sido encontrado y neutralizado cuando se preparó el cadáver de Richmond para el entierro. Quizá lo habían plantado con él. Qué ironía:
¡El viejo Richmond testarudo empujando margaritas con aroma a Pacov!

¿Por qué los Izzie no tenían curiosidad por el contenido de los bolsillos de Richmond? Pocas personas llevan consigo un sobre de cristal que contiene fragmentos de plástico espejo y un cilindro negro de aspecto erosionado. En esta época post-Pacov era imposible no sospechar de tales trasteos. ¿Ambos contenedores se habían podrido hasta quedar irreconocibles? ¿Quizá algún marinero desdichado había robado el cilindro negro, pensando que era valioso — o un encargado de la morgue — o algún familiar de Richmond a quien le habían entregado el cuerpo.

¿Dónde estaba Pacov-2?

Un enigma relacionado: ¿por qué los superiores de Richmond no hacían preguntas? Quienquiera que lo hubiera enviado debía creer que la misión había fracasado — que el kikibird nunca había encontrado el Pacov de Lessing — de lo contrario ya estarían aquí. Aun así, ¿no enviarían a otro pobre desgraciado — un mártir o un sacrificio humano involuntario — para que lo controlara?
Sonny preguntó por Richmond, el foso cavado en el suelo del salón de Lessing y la ejecución de Bauer. Lessing tenía una historia plausible preparada: Richmond había sido codicioso, trabajando para sí mismo y para sus supervisores, y Bauer había intentado comprar su vida con un alijo de documentos de las SS — y la reserva de efectivo de Lessing para las operaciones del Club Lingahnie. Sonny lo absorbió sin pestañear. Si creía que era otra cosa; El hombre no era ningún tonto.

La pregunta de un millón de dólares era el propio Pacov-2. Si el tubo estuviera intacto no habría problema inmediato. Ahora no. ¿Pero más tarde? ¿Nunca? Si se había rota, las posibilidades eran terribles. A pesar de su

determinación anterior, Lessing descubrió que no tenía estómago para el genocidio. Desde la ventana de Sonny podía ver hombres, mujeres y niños. La mayoría eran israelíes, pero algunos eran árabes o extranjeros. No sentía nada por ellos, ni amor ni odio; Sin embargo, no quería que murieran por su culpa.

¿Qué opción tenían él —y ellos— de todos modos? Si Pacov estuviera realmente suelto, no podría salvarlos. Ya estarían todos infectados. Cualquier persona que no se haya tragado una pastilla de zombi — ¡quién sabe cuándo! — y suponiendo que funcionara — estaba muerto. Correr no ayudaría, aunque hubiera algún sitio donde correr. ¿Por qué causar un pánico sin sentido? Que los clientes de Pacov disfruten de sus últimos días en feliz ignorancia.

Su lógica no le daba paz. No podía dormir. El médico de la prisión me recetó pastillas para dormir.

Sonny parecía genuinamente preocupado. "¿De qué tienes miedo, Lessing? No has resultado herido... y estás mucho más seguro aquí con nosotros que con tus amigos nazis. En uno o dos meses, cuando se calme la emoción por Ponape, te dejaremos ir y podrás volver a tu antigua unidad. El coronel Copley trabaja para nosotros ahora, cerca de Sverdlovsk. ¿Lo sabías?"

Lessing no le iluminó. Decidió que Pacov — la Muerte, Dios, el Diablo, la Madre Naturaleza, el Hada de los Dientes — quien o lo que sea — debía seguir su curso.

También descubrió que su propio duelo privado era lo primero. El destino del mundo ya no le preocupaba. Todo lo que quería era llorar a Jameela, en secreto, solo, en el santuario más íntimo de su alma.

Jameela...

Ella siempre estaba ahí. Nunca la vio como la chica vivaz que había amado en Lucknow, ni siquiera como la ama de casa fuera de lugar que se convirtió más tarde en Ponape. No, siempre aparecía como un grupo silencioso de plata y azul hielo en el suelo de su dormitorio. Una y otra vez sentía la flojez

y la flojera cuando levantaba su cabeza, y olía su perfume de sándalo mezclado con pólvora acre

y el hedor a sangre. Soñó— no pudo evitarlo— y despertó con las mejillas mojadas de lágrimas.

¿Los hombres de verdad no lloran? ¡Mentira! Son los hombres de verdad los que lloran.

Sonny no quiso hablar de la redada en el Club Lingahnie. ¿Una mujer india? ¿Quién lo sabe? Los comandos Izzie no llevaban ningún recuento de bajas enemigas, dijo. Atacaron con eficacia, ignoraron a cualquiera que se interpusiera en su camino y se marcharon de nuevo. Sonny ni siquiera admitía la existencia de otros prisioneros, aunque Lessing había visto a Abu Talib y creía haber visto a la señora Delacroix de nuevo en el destructor. No, Sonny prefería hablar de golf, purpurina y chicas.

Esta mañana, los dos guardias taciturnos llevaron a Lessing a la "silla de visitantes" en la oficina de Sonny y se marcharon. Se levantó inmediatamente y fue a mirar por la ventana, su único contacto con el mundo exterior. Personas, coches, furgonetas, vehículos militares, bicicletas... todo parecía normal. ¿Pero no había demasiados soldados? ¿Y por qué ese convoy de ambulancias militares y camiones médicos viajaba hacia el norte, en dirección al nuevo aeropuerto Kahane de Jerusalén? Nablus, Ramala y la carretera hacia el este, hacia Siria e Irak, también se encontraban en esa dirección. ¿Iba el convoy a unirse a las fuerzas israelíes en el sur de Rusia o se dirigía hacia un brote repentino de una enfermedad que nadie se atrevía a nombrar?

Estaba siendo paranoico. No había nada mal en la calle. La gente sonreía, hablaba, discutía, vendía sus productos y se apresuraba o se entretenía según les parecía oportuno. Los vendedores de periódicos se agachaban distraídamente junto a sus bultos; ninguna turba se apresuraba a leer sobre desastres. El chico con el radiocassette en el hombro se balanceaba al ritmo de un ritmo pegadizo, sin escuchar los informes de emergencia de muertes

que se propagaban. Los dos rabinos ortodoxos vestidos de negro debatían teología —o cenaban— y no eran el fin del mundo.

Sonny entró frunciendo el ceño. Detrás de él iba otro hombre de pelo blanco, un burócrata digno con traje azul negro y corbata conservadora color carbón. .

Lessing supo de inmediato que no era israelí; Esto era un problema.

Se le encogió el estómago.

"Señor Shapiro, Alan Lessing." dijo Sonny. Se sentó y señaló al recién llegado hacia una silla.

Shapiro no se sentó. Caminó detrás de Lessing, mirándole desde

todos los ángulos.

"¿Quieres ver mi cola?" preguntó Lessing con suavidad. "Ahí es donde me tatúé la esvástica ... justo debajo."

"Cállate, Lessing", ordenó Sonny. "Esto no es ninguna broma."

"¿Por qué este hombre no está clasificado como Sección Seis?" Shapiro habló por encima de la cabeza de Lessing. Su acento plano y nasal era americano: probablemente de Nueva York.

"¿Por qué? Sabe menos sobre el Partido de la Humanidad que mi hija de diez años."

El hombre mayor frunció los labios y frunció el ceño. Sacó un bolígrafo, un bolígrafo y un bloc de notas. "Estaba justo ahí con Mulder, Borchardt, la mujer Caw, Meisingcr, todos ellos."

"¿Quieres mis cintas? ¿Mis notas? Ha colaborado."

"Todos lo son hasta que te asomas bajo la superficie."

"Sé mi trabajo"

"Por supuesto." Shapiro golpeó dentaduras manchadas con el bolígrafo. "¿Qué te dijo sobre Jennifer Caw, por ejemplo? ¿Que es zurda? ¿Que heredó la fortuna de dos familias nazis sudamericanas y es rica como el pecado? ¿Que atrae a reclutas del Partido de diecisiete años a su tocador y les hace lamer el honcypot?"

Sonny se frenó. "Lessing nos ha dado todo lo que pedimos, tanto como él sabe."

"¿Y Anneliese Mcisinger? Una ex-prostituta — solía ser la amante lesbiana de Emma Delacroix, una vez que la curaron del herpes, la palma y la sífilis. ¡Por suerte para la anciana que no tenía SIDA! ¿Habló este Lessing de ella? Vamos, coronel Elazar, ¿qué no te dijo este cabrón?" Era la primera vez que Lessing oía el apellido de Sonny.

"Creo que nos dio lo importante: Meisinger es redactor de discursos, un periodista del Partido, uno de los autores de su libro falso, El sol de la humanidad. Sabíamos todo sobre su vida privada ... ."

"Te dijo que se la estaba acostando ... ¿en Nueva Orleans?"

"¡Mentira!" Comentó Lessing de forma concisa. "¡Si quieres pom, ve a comprarte una revista!"

Shapiro le miró. "Sois unos hijos de puta listos."

"No soy nazi"

"Claro."

"No creo que lo sea", dijo Sonny — Elazar — despacio. "Solo es un simple empleado. Al viejo Mulder le caía bien y se lo mantenía cerca."

"¿Le has preguntado sobre el Holocausto?" Replicó Shapiro. "¿Cómo se sitúa él con eso? Estuvo expuesto a todas las líneas antisemitas, racistas, fascistas

y revisionistas imaginables... a los neonazis, los más duros. ¿No le afectaban a él? Si no, coronel, ¡si no!"

"Así que no he tenido tiempo de llevarlo a Yad Vashem."

"Dudo que eso sirva de algo. He oído que Yad Vashem ahora tiene hologramas a tamaño real y de colores. Puedes pasear en una ampliación a gran escala de las fotografías, ver a los nazis gaseando a la gente, mirarlo como si estuvieras allí. Es suficiente para hacer llorar a una estatua de piedra. Pero no creo que este hombre se viera afectado por ello, ni por diarios, fotografías, exhibiciones de pelos, zapatos y dientes de oro. A tu señor Lessing le importaría un carajo. Es un simple, un sociópata, un resfriado peces para empezar, y ahora que sus amigos revisionistas le han dado libros para leer, ha pasado por completo ... quizá no como ideólogo, sino como soldado de la fe." Shapiro golpeó el bolígrafo contra sus dientes y esperó. Lessing no dijo nada.

"Eso pensé. Bueno, coronel, ¿qué le parece? ¿Sección Seis para este prisionero?" Shapiro rebuscó en el bolsillo del pecho de su impecable abrigo de traje. "¿Necesitas autorización? Lo tengo, tanto de nuestra gente en Estados Unidos como de tu jefe de oficina aquí."

"¿Por qué? ¿Por qué este hombre?" Sonny entrecerró los ojos mirando el papel que le ofrecía, luego lo lanzó a la dowa: "¿Qué puede saber él?"

Shapiro recuperó su documento antes de que se convirtiera en una parte permanente del desorden en el escritorio de Sonny. "Creo que encontraremos algo interesante. ¿Recuerdas a Richmond, el agente que murió en Ponape? Solo entre nosotros, Mordechai Richmond era un operador agudo, pero no compartía todo... no con sus manejadores en nuestros Vigilantes por Sion, no con el gobierno americano, y no con vosotros. Tenía los fuegos en el fuego que nadie sabe que están encendidos. No estamos seguros de quién le puso en el caso de Lessing en primer lugar... tantos murieron en Washington y Nueva York cuando Starak atacó."

"¿Richmond iba tras Lessing? ¿Específicamente? ¿Personalmente?"

"Creemos que sí. ¿Pero por qué? ¿Negocios nazis? Quizá sí, quizá no. Richmond nunca se lo contó a nadie. Ahora es comida de flores."

"Otros deben saberlo. ¿Alguien...?"

"Nadie que podamos encontrar. Y ya no podemos entrar en el gran ordenador, Ochenta y Cinco, ahora que los racistas de Outram controlan lo que queda del gobierno estadounidense." Shapiro se detuvo para pasar las uñas manicuras por su melena blanca como la nieve. Lessing se preguntó si sería una peluca. "Todo lo que tenemos es a este cabrón. Vamos a ponernos serios con él. ¿Por qué no le preguntamos qué sabe sobre la misión de Richmond en Ponape?"

"Sí." Sonny repitió la respuesta de Lessing.

Shapiro soltó un hipo burlón. "¡No se aguanta! Richmond perseguía a Lessing mucho antes que Ponape... ya que en la India, de hecho, Lessing no tenía registros de las Seguridades Sociales ni dinero en efectivo en aquel entonces. Pero imaginemos que ese era el motivo de Richmond; ¿Dónde están los discos y el dinero ahora? Lessing mató a Levi y a un par de tus comandos. Luego, según su historia, salió corriendo tras Richmond, encontró a su esposa y a la alemana muertas, y persiguió a Richmond hasta la orilla. ¿Dónde está el boodle, coronel?"

Lessing se levantó. Odiaba sentarse mientras la gente hablaba por encima de su cabeza. Dijo: "Lo tiré. Lo agarré para mantenerlo fuera de las manos de tu gente. Iba a salir a los arbustos con él cuando vi que Richmond se había escapado... cuando escuché el ... El... . chupitos."

"No sirve." Shapiro negó con la cabeza como una maestra desaprobadora.

"Tenía instrucciones del señor Mulder de destruir esa cosa en lugar de dejaros a vosotros que la tengáis, pero no tuve tiempo. La escondí en el barranco y apilé hojas sobre ella. Probablemente todavía esté ahí." Lessing esperaba sonar sincero. Sonny fruncía el ceño.

Shapiro resopló. "¿De verdad? Reconstruyamos. Richmond está solo unos pasos por delante de ti. Viene de camino a buscar ayuda. Tienes que pararle.

Quizá sí cogas el contenido de tu caja metálica... papeles, paquetes de dinero, lo que sea... Pero entonces oyes disparos, gritos. ¿Terminas de recogerlo? Ni siquiera tú eres tan buena cliente. ¿No se te cae un periódico o una o dos facturas?" El bolígrafo volvió a golpear los dientes. "Recuerda, los comandos registraron tu casa más tarde buscando información. No encontraron nada. Nada. Tu caja estaba vacía."

"Te he contado lo que pasó. Saqué las cosas y las escondí. ¿Cómo puedes decir lo contrario? No sabes cuántos minutos pasaron desde que disparé a Levi... antes de salir a perseguir a Richmond. No estabas allí. La fuerza de ataque israelí solo estuvo en Ponape una o dos horas. ¿Registraron todos los arbustos?"

Shapiro suspiró. "Si crees eso, coronel Elazar, entonces tengo un puente en Brooklyn que te vendré." Sonny parecía inexpresivo, y el otro se levantó para alisar las arrugas de sus pantalones. Palestina podría estar calurosa, incluso en febrero. "Vamos a preguntarle al HerrObergruppenführer Lessing, aquí tiene, algunas preguntas."

"Autorización, coronel. Justo ahí. La sede central de los Vigilantes por Sion ... y también a tus propios superiores." Shapiro golpeó su documento con reverencia, como si fueran los Diez Mandamientos. Fue a la puerta y llamó él mismo a los dos guardias. "No tengo tiempo para esto."

Sonny volvió a mirar el papel de Shapiro y luego se rindió. Firmó a los guardias. El más alto de los dos sacó un par de esposas y adoptó una pose profesional. El más pequeño sacó su porra de goma de la vaina del cinturón. Parecía haber cumplido con este deber a menudo y lo disfrutaba más cada vez.

Lessing extendió las muñecas. ¿Por qué darles una excusa para pegarle? Todavía tenía la esperanza de que Sonny creyera su historia — o alguna versión enmendada de ella.

Los guardias le giraron de golpe, le aseguraron las manos a la espalda y lo impulsaron a través de la oficina interior de Sonny hasta una puerta en la parte trasera. Sonny abrió esto para revelar una corta escalera. El guardia

con el garrote empujó a Lessing dentro y, al mismo tiempo, lo hizo tropezar, haciendo que cayera una docena de escalones para estrellarse la mejilla y el hombro contra el hormigón áspero del fondo. Se tambaleó para ver el portador de porra descendiendo tras él. Sonny gruñó algo en hebreo, y el hombre desistió.

"¿Por qué proteger a este hombre?" protestó Shapiro. "¡Maldita sea, es uno de ellos!"

"El interrogatorio suave funciona mejor que el difícil. Especialmente con alguien como Lessing." ...»

Shapiro soltó un resoplido digno. "¡No con estos nazis! ¡Asesinos!"

Sonny preguntó: "¿Quieres que te tortures aquí?" ¿Yo? ¡Desde

luego que no!" Shapiro se enredó. "Estoy físicamente ofendido

por la violencia. Elicitación de información "

"Tortura"

"Interrogatorio. Ese es su trabajo, coronel."

"La única vez que conocí a Richmond, me contó una historia", dijo Sonny, "sobre un neonazi en Detroit. El dolor no le afectaba. La gente de Richmond finalmente lo castró y le llenó de hormonas femeninas. ¡Perdió todo el vello corporal y le crecieron pezones como una vaca! Lo vistieron con cuero y encaje negro y lo metieron en un burdel gay en Las Vegas. Le hizo ganarse su pan y agua empaquetando fudge y tocando la flauta. Al cabo de un año empezó a cantar... le contó a Richmond todo lo que sabía. No le ayudó mucho; el fue lo suficientemente ingrato como para morir de SIDA."

Shapiro lo miró en silencio.

"¡Vamos, señor liberal humanitario de alto nivel! ¡Tu aprensión apesta! Tú... y mis jefes... ¡Da las órdenes, pero no ves lo que pasa! Para ti todo está en

papel, todos los pedidos y 'implementación del Proyecto HB, subpárrafo C'. Somos personas como yo quienes tienen que hacer el trabajo sucio... Y escuchar los gritos. Esos gritos no paran cuando llego a casa por la noche. Los oigo en mis sueños."

"Coronel, tendré que informar..."

"Adelante. Mis superiores saben cómo me siento. No les importa. Dicen que hagan el trabajo rápido y eficientemente. Nada de tonterías sobre 'derechos humanos'; las personas a las que interrogamos no son judíos. Usamos métodos duros, los usáis, todos los usamos."

"La seguridad de Israel ... de nuestra empresa

Lessing interrumpió: "¿No es eso de lo que acusaste a los nazis? ¿Burócratas aburridos y sin rostro como Adolf Eichmann? ¿Los hombres que se suponía que debían enviar a montones de gente a las 'cámaras de gas', e , .

Le ignoraron. Shapiro respiró temblorosamente y miró a los israelíes a los ojos. "El Estado de Israel no se construyó poniendo la otra mejilla. ¡Coronel! Los judíos trabajamos por ello, vivimos para ello y morimos por ello. En el proceso, también hicimos que muchos de nuestros enemigos murieran por ello. Hicimos estas cosas porque si no, habríamos sido annihi-

retrasado una docena de veces a lo largo de la historia... en Egipto, Babilonia, Persia, Roma, Europa medieval, Rusia, ¡Alemania a/idNazi!"

Lessing intentó decir algo sobre el "destino manifiesto" y el "Pueblo Elegido", pero el guardia más pequeño le golpeó con juicio en las nalgas con su garrote. Dolió.

"¡Vosotros, los americanos!" Sonny golpeó con el puño la pared de cemento que se estaba descascarando. "¡Qué fácil hablar de 'nosotros los judíos'! ¡Qué fácil aconsejárdonos sobre lo que se debe hacer aquí, en Israel! ¡Me alegro de ser solo un policía glorificado!"

El rostro de Shapiro era una puerta cerrada, sin ver, sin sanar. "Llevas demasiado tiempo en tu trabajo, coronel Elazar. Solo saca la información relevante de este prisionero. No necesito ninguna charla."

"Vale. De acuerdo, maldita sea. Pero vienes con nosotros. Tú eres quien tiene la autorización."

"Me niego. No tengo"

"¿Tiempo? Creo que sí. ¡Por una vez, uno de vosotros, soldados de escritorio, va a ver qué pasa cuando dan órdenes!" Sonny chasqueó los dedos a sus guardias. El más alto retrocedió para escoltar al señor Shapiro escaleras abajo.

El pasillo al pie de las escaleras daba a un largo pasillo flanqueado a ambos lados por puertas sin rasgos, pintadas de negro. Lessing notó cámaras y dispositivos espía: todo lo que se movía en estas regiones bajas era vigilado. Sonny avanzó hasta la mitad del pasillo y habló hacia una rejilla junto a una de las puertas.

"¿Visita guiada?" preguntó Lessing. "¿Ahora me enseñas el rack, los tornillos de pulgar, los electrodos, las cortadoras de bolas?"

"¡Esta no es mi elección, Alan! Nosotros... No soy sádica."

"¿Una vez que un huésped habla, lo vuelves a juntar y pagas la factura del hotel mientras se recupera? ¿Copas gratis? ¿Comidas por cuenta de la casa? ¿Entrada para la ópera?"

"No eres un terrorista árabe, ni un 'luchador por la libertad' con ojos brillantes."

"¿Eso haría que la tortura estuviera bien si lo estuviera?"

Shapiro le gruñó. "Israel está rodeada de enemigos, incluso después de un siglo de guerra, tras derrotar a todos sus enemigos ... ¡incluso después de Pacov! Y está el Holocausto. Eso no debe volver a ocurrir nunca más."

"//hubo un 'Holocausto' ... como vosotros decís que fue."

"¿Ves?" Shapiro chilló. "¿Ves? ¡Te lo dije! ¡Es un maldito nazi!" Parecía casi alegre.

La habitación más allá de la puerta medía quizá seis metros cuadrados. Sus paredes eran bloques de hormigón pintados de blanco, su suelo era un plástico marrón opaco y resistente que amortiguaba el sonido. Una enfermera uniformada, una mujer baja y de pelo oscuro de unos cincuenta años, dejó un libro y se levantó de un escritorio junto a la puerta.

En el centro de la sala, parcialmente oculta tras un montón de máquinas y consolas, había una mesa metálica inclinada. Una conexión de goteo intravenoso quedaba clavada encima de esto como una especie de horca futurista. Las luces parpadeaban en un panel de visualización en la estación de enfermería, y una pantalla de monitor de EKG proyectaba una luz verde hueca sobre la figura envuelta en blanco sobre la mesa. El aire reverberó hasta un susurro agudo, apenas audible, jadeante.

Lessing miró. No pudo evitarlo.

Los pies descalzos sobresalían en cada uno de los bajos de la mesa. Los tobillos estaban envueltos — atados — con correas de plástico elásticas y suaves de Ty-Do, que separaban las piernas en una incómoda "Y". Tubos emergían de un grueso pañal sobre la ingle para desaparecer en una abertura en la superficie brillante de la mesa. Un cinturón acolchado, similar al cinturón de un luchador de sumo japonés, cruzaba el estómago del prisionero. Encima de esto, el pecho de pelaje negro del hombre había sido rapado aquí y allá para permitir la instalación de dispositivos de monitorización. Los brazos de la víctima, abiertos y atados como sus pies, sobresalían por encima del borde superior de la mesa. Las manos eran bultos amorfos, los dedos separados con almohadillas de algodón. La cabeza era un globo apagado, una esfera sin rostro de vendas, tubos, cables y sensores. Luces oscilantes y máquinas cromadas colgaban de brazos retráctiles en el techo, su brillo frío más temible que cualquier instrumento medieval de tormento

La resistencia era inútil. Estas personas jugaban a los últimos juegos. Podría aguantar un tiempo, pero tarde o temprano se rompería. Cualquiera lo haría. Luego lo atraparían como a un pez. Nadie podía soportar módems, interrogatorios sofisticados.

Lessing luchaba por calmarse. Ya había decidido cantar como el proverbial pájaro. No tenía nada que ocultar, ni camaradas ni causa que sufriera si confesara todos sus pecados desde tercero de primaria. No sabía nada de valor sobre el Partido de la Humanidad, Mulder, Liese ni los demás. Y le contaría encantado a Sonny sobre Marvelous Gap, Pacov, Richmond — lo que quisiera oír.

Reunió valor. Tendría que vivir lo que le hicieran.

Quizá podría fingirlo. Esperaba que no usaran técnicas sexualmente sádicas con él. Lessing siempre se había considerado duro, un solitario que quizá no se uniría a la banda de moteros del instituto, pero con quien tampoco se debía jugar. Podía soportar — había soportado — heridas, dolor y dificultades. Esto era diferente. La castración, la impotencia y la humillación sexual eran un problema para los hombres estadounidenses — para todos los hombres — y Alan Lessing no fue una excepción. Quienquiera que fuera ese desdichado neonazi en Detroit, tuvo un verdadero valor para resistir las cosas que le hicieron.
El problema era hacer que su "confesión" sonara verdadera. Sonny era listo, pero Lessing pensaba que podía convencerle. Shapiro, en cambio, no le creería hasta que él gritó a pleno pulmón durante una o dos horas primero. Lessing descubrió que no le importaba fingir miedo — fingir cobardía pura, si era necesario — ante Sonny, los guardias o incluso la mujer; Aún podría vivir consigo mismo. Pero no quería arrastrarse delante de Shapiro como un pobre chico árabe pillado lanzando piedras a una patrulla de Izzie.

Sonny estaba hablando. “… La serie beta-carbolina. Menos drástica, sin daño en los tejidos, pero más segura que los métodos físicos. A veces hay traumas psicológicos después, pero no cicatrices, ni mutilaciones. Las muertes por ello son mínimas y no deja efectos visibles de los que nadie pueda quejarse."

"¿Qué ... ¿qué hace?" Shapiro parecía pálido alrededor de las branquias.

"Es una droga para la ansiedad, un alterador del ánimo. Sientes un terror que no puedes creer. Miedo brutal, puro, ansiedad sin causa, pánico que casi literalmente te asusta hasta la muerte."

El Vizzie tragó saliva. "¿Eso es todo? ¿Es... ¿es eso... ¿Suficiente?"

"Normalmente. Cuando no lo está, añadimos un chorrito de LSD."

"Un viaje peludo por la casa de los pies", comentó Lessing.

"O una dosis de succinilcolina. Eso paraliza todos los músculos excepto el corazón. El sujeto no puede mover un párpado, no puede tragar, ni siquiera respirar, aunque él... o ella... es plenamente consciente. Se necesita un respirador para evitar que la persona se asfixie. Es una sensación increíble, te lo aseguro. Lo probé una vez para ver cómo se sentía."

Era el turno de Lessing de tragar. Cada vez me costaba mantener la calma. Se dirigió a Sonny. "¿Quién ... ¿quién es ese...? ¿Ahí, en la mesa?"

"Tu amigo sirio, Muhammad Abu Talib. Nos ha estado contando todo sobre la red de corporaciones SS, Herman Mulder, la conexión con Atenas, un tal Dr. Theologides, la estructura del Partido en el Tercer Mundo... todo lo que sabe o creyó saber."

La boca de Lessing se llenó de cenizas. "¿Puede él... ¿Puede

oírnos?"

"No." Sonny sacudió sus rizos dorados y apretados. "Está escuchando una grabación de nuestras preguntas, una y otra vez. A veces interrumpimos con ruidos violentos y ensordecedores y disonancias, otras con música suave, nanas y dulces persuasiones. La vía le administra una dosis de medicamentos para el miedo a intervalos irregulares. Cuando se le pasa el efecto, le quitamos la mordaza de goma de la boca y le hacemos más preguntas. Nunca sabe cuánto duran las sesiones, qué hora es, si es de día o de noche. Podemos mantenerlo así indefinidamente, totalmente aislado, completamente desorientado, alimentado por vía intravenosa. Ni siquiera puede tener un

Infarto y morir en nuestra casa. La ciencia médica se encarga de eso." Asintió a la enfermera, que le devolvió la mirada impasible.

Shapiro emitió un sonido de arcadas. Sonny suspiró y dijo: "Vamos, Alan. Vamos a la casa de al lado y acabemos con esto."

Lessing siempre se había considerado un hombre fuerte, alguien capaz de luchar con las manos atadas a la espalda — literalmente. Los guardias de Sonny demostraron lo contrario. Solo consiguió una patada sólida y tuvo la satisfacción de ver al pequeño con la porra doblarse jadeando. Entonces el otro guardia le dio una rodillazo y se arrodilló en la parte baja de su espalda. Le arrancaron el mono azul y lo arrastraron desnudo, retorciéndose y maldiciendo, por la puerta, por el pasillo y hasta una habitación idéntica a la primera. Lo levantaron y lo dejaron caer sobre una mesa como la de Abu Talib. Su superficie era una lámina de hielo contra su columna.

Apenas notó las correas de Ty-Do enrollándose en sus muñecas y tobillos. Le abrieron la boca y le insertaron un conformador de goma. Sabía fatal, y se atragantó y luchó por escupirla, pero fue en vano. Luego le untaron los ojos con algún tipo de grasa y los vendaron para cerrarlos. Fingers levantaron su pene para insertar un catéter. Dolía como el fuego. Un tubo de plástico se deslizó en su ano. Finalmente, le insertaron tapones en los oídos y le pegaron arañas metálicas frías — monitores — en las sienes y el pecho.

El mundo se volvió un lugar oscuro y silencioso.

No podía sentir sus dedos ni el kepe acolchado de cintura que le impedía montarse y golpearse las nalgas contra la mesa. Al principio, los calambres en sus brazos y piernas extendidos eran terribles, pero estos desaparecieron. La sensación se fue desvaneciendo poco a poco a medida que su cuerpo se acostumbraba a los lazos y a la gélida superficie espejada de la mesa. Su respiración se ralentizó y el estruendo de la sangre en sus sienes se apagó.

Una voz habló en su oído. Era fuerte, demasiado fuerte, amplificado electrónicamente y alterado a un rugido áspero y chirriante. Probablemente pertenecía a Sonny, aunque ya no sonaba como nada humano. Decía: "Perdón ... eh... Eso está mejor. Mueve el pie izquierdo si me oyes."

Apenas supo cuándo la aguja intravenosa se deslizó en su antebrazo.

Silencio. Paz.

Aprensión. Preocupación.

Un toque de temor

Un muro sólido de miedo, una gran ola, una oleada de pánico que se desplaza y se agita.

Se abalanzó hacia él, por encima y por encima. Se derrumbó, destrozando sus defensas, destrozando su determinación, girando y salpicando, hirviendo en cada rincón de su cerebro. El terror recorrió sus músculos, brotó en su torrente sanguíneo, rugió por sus arterias, corrió hasta ahogar su corazón, sus ojos, su boca. Se apretó

sobre la mordaza para no gritar, luego se dio cuenta de que estaba chillando de todos modos.

El hedor a sudor, heces y orina acre le obstruía las fosas nasales; el olfato era el único sentido que no podían quitarle.

La ola se calmó, gorgoteó torpemente y desapareció en la distancia sin rasgos. Se desplomó contra sus ataduras, temblando, flojo de alivio.

Otra ola, más grande, más oscura y más temible, se alzaba en el horizonte. Impotente, lo vio venir. Gritar no ayudó en absoluto.

La voz áspera le golpeó los tímpanos como un golpe físico. "Ahora, Alan. Cuéntanos sobre Richmond." Dedos impersonales arrancaron la mordaza de goma de entre sus dientes.

Tenía que aguantar, hacer parecer que intentaba guardar su secreto. ¿Podría soportar otro asalto? Maldita sea, si Abu Talib podía, él también podía.

"No", murmuró. "¡Ni hablar!"

Esta vez fue mucho, mucho peor. Quizá añadieron una dosis de algún analgésico. Los dedos cambiaron la mordaza en su boca por otra con un accesorio de aspiradora, evitando que se ahogara con su propio vómito.

La siguiente vez que vio visiones. Sonny había mencionado LSD. Su madre estaba allí, viendo su vergüenza, viéndole estremecerse, retorcerse, llorar y llenar la botella bajo la mesa con pis amarillo. Ella olfateó, puso una mueca y lo arrastró hasta el sótano. Allí le hizo quitarse toda la ropa y luego lo cambió por una rama del pequeño árbol del jardín delantero. Había jugado con cerillas, ¿verdad? ¿No fue él quien incendió el cobertizo de herramientas de los Larson? ¿No sabía que su padre tuvo que pagarle veintitrés dólares al señor Larson por los daños? ¡Ninguna buena familia cristiana tenía que aguantar semejantes travesuras! Lo siguiente que pasaba era beber y fumar marihuana y... Y... ! Por Dios, lo pagaría: un mes de sábados en la tienda limpiando los corrales para perros.

Lo peor fue que vio a Mavis, la hija de los Larson, dos años mayor que él, observando su tormento por la ventana de la lavandería — ¡y riendo como la bruja que era! Su humillación estaría por todo el instituto mañana.

Más tarde vinieron recuerdos mucho más sombríos: cadáveres angoleños con rostro polvoriento, niños sirios mutilados que se levantaban de las piedras de casas destrozadas, sus propios compañeros muertos, sacos de huesos, carne y vísceras que un segundo antes eran seres humanos vivos y respirando. Una vez más vio a la mera chica que había amado, demasiado brevemente, en Damasco. La vio morir de nuevo, vio cómo su sangre se filtraba a través del grueso caqui de su uniforme, goteaba de su manga, subía hasta su boca y manchaba sus labios y barbilla.

Aulló. Y, por amor de los horrores, ella también, gimiendo en una armonía espantosa, aunque estuviera muerta.

Jameela también apareció. La estaba esperando.

Oyó los disparos, los gritos, y vio el bulto plateado-hielo-azul en el suelo del dormitorio. La voz áspera y externa le susurró sugerencias maliciosas al oído, y el cuerpo de su esposa volvió a la vida media, un ojo abierto, el otro

cerrado, la lengua asomando, su sangre y la suciedad de la muerte ensuciando sus prendas de seda. Jameela bailó para él, con Indian Kathak-sly, brazos abiertos, cabellos ondeando, cabezas moviéndose y pies golpeando. Habría sido hermosa, de no ser por sus heridas mortales cubiertas de sangre, claras y terribles bajo la luz perlada de la luna. Lessing también bailaba con ella, incapaz de evitarlo. Luego, a petición de la voz, realizó obscenidades sobre el cadáver de Jameela mientras Richmond, Bauer y Helga, la enfermera israelí, Sonny y Shapiro, Liese y Jennifer Caw, el repulento Borchardt y el sarcástico Wrench, y un elenco de miles de personas le miraban con admiración, aplaudían, silbaban y le animaban.

Después de eso se puso realmente mal.

No sabía cuándo se habían rendido. Se despertó mientras lo arrancaban de la mesa metálica y lo sujetaban, boca abajo y aún desnudo, sobre una goma. Tenía una vista mareada de Sonny sobre él, negando con la cabeza. Shapiro también acechaba en el fondo, con el rostro tenso y pálido.

"Un verdadero Totenkopf", susurró Sonny. "No un nazi, sino un maniaco genocida que hace que todos los nazis que han existido parezcan aficionados. ¿Cómo iba a saberlo?"

"¡Deberías haberle interrogado bien!"

"¡No teníamos ni idea! ¡Maldita sea Richmond al infierno! Y si Lessing dice la verdad, ¡habría sido demasiado tarde aunque nos hubiera contado esta historia en cuanto llegó!"

"¿Pero es cierto? ¿Podría estar mintiendo para que nos desviemos? ¿Puedes darle algún tipo de suero de la verdad? ¡Tenemos que averiguarlo!"

"No existe el suero de la verdad, salvo en las novelas de espías", se burló Sonny. "Interrogatorio ... suave o duro ... es la única manera. ¡No tenía ni idea, ni idea!"

"¡Oh, Israel!" La voz de Shapiro adquirió un tono lamentoso y lamentable. "¡Oh, Israel!" Sus ojos se volvieron abiertos. "¿Y nosotros? ¿Y nosotros?"

Los guardias estaban haciendo rodar el gumey. Lessing luchaba por hablar, pero sus labios maltrechos y destrozados no funcionaban. Tenía la garganta tan irritada que apenas podía respirar.

"Lo traeremos de vuelta tan pronto como pueda", decía Sonny con gravedad. "Repasa su historia una y otra vez. Llama por teléfono a tu gente en Estados Unidos... descubre qué te importa el progreso en la investigación de Pacov" No escuchó nada más. Los dos guardias lo llevaron en silla de rodas a un ascensor al fondo del pasillo. Allí volcaron al gumey y procedieron a golpearlo, muy cuidadosamente, con sus porras. No tocaban su rostro, sino que se concentraban en sus costillas, su vientre, sus muslos y sus genitales. Luego inclinaron el gumey hacia arriba, de modo que colgara la cabeza hacia abajo de sus correas, y el guardia más pequeño usó su garrote de goma como consolador mientras el otro le golpeaba en lugares que de otro modo podrían haber pasado por alto. Sus verdugos no paraban de llamarle "cerdo palestino" y "terrorista".

Después lo llevaron de vuelta a su celda: la habitación ordenada y vacía que había dejado tan alegremente esa mañana. Lo sentaron con las piernas cruzadas en el suelo y le encadenaron las muñecas y tobillos tan apretados que no pudo estirar las extremidades. El guardia más grande, cuyo inglés era mejor, le dijo entonces exactamente lo que le harían en las sesiones siguientes. Finalmente, el hombre más pequeño orinó sobre él. Solo entonces le dejaron en paz.

La conciencia parpadeaba y se apagaba. El terror y la alucinación atravesaron las puertas abiertas de su mente como fantasmas ventosos. Le dolía, terriblemente, pero su dolor físico no era nada comparado con la miasma de miedo que se agitaba y se enroscaba dentro y a su alrededor. Seguía sufriendo las secuelas de las drogas. Además, Sonny mencionó sesiones adicionales: Lessing era ahora un cliente de pleno derecho de la Sección Seis. Además de beta-carbolina y otros productos químicos, ahora estaría sometido a las caricias hostiles de los guardias. Sonny fingía no tolerar el sadismo, no abiertamente, pero seguro que era consciente de ello. El dolor, la degradación y el terror eran, al fin y al cabo, las especialidades de la casa.

No podía soportarlo. Antes no lo sabía, pero ahora sí: Alan Lessing no era un héroe. No era inmune.

Nadie lo estaba. El interrogatorio se había convertido en un arte en el siglo XX y I.

Rodó, gateó y forcejeó por el suelo de baldosas hasta el lavabo. Jadeó; Sus grilletes eran finas diademas de acero, y le cortaban la carne como si fueran cables calientes. Sus captores sin duda estaban observando; Dejar que pensaran que intentaba beber del váter.

Había una salida. Le quedaba una carta por jugar.

Atrapó el rollo de papel higiénico entre los dientes. Se giró hacia ella, preocupándose y tirando, hasta que su soporte metálico se abrió. La diminuta "pastilla zombi" del Khalifa rodó fuera del tubo hueco. Escupió saliva y se dobló rápidamente, para que los guardias no tuvieran tiempo de verle y detenerlo.

La pastilla le sabía amarga en la lengua. Se esforzó por tragar, casi perdió el control y finalmente lo tragó. Se quedó quieto.

La puerta se abrió de golpe. Oyó ruido y gritos. Manos le arañaban los hombros, tirando de su cabeza hacia atrás. Dedos ásperos pincharon hacia abajo
en su garganta, se agarró la lengua, se pellizcó la nariz. Alguien gritó: "¡Pastilla suicida! Doctor... 1" Otras voces murmuraban en hebreo.

La luz del techo se atenuó, se meció, volvió a iluminarse, y se apagó. Un dolor, muerto y sordo, le subía desde el vientre. Plomo era una buena palabra para describirlo.

Negrura por todas partes. Jameela. Oh, Jameela

CAPÍTULO VEINTE

Limpiaré Jerusalén como un hombre limpia un plato, lo limpia y lo da la vuelta. -2 Reyes, 21:13

Por eso sus plagas vendrán en un solo día, muerte, duelo y hambruna, y será completamente ardida con fuego: porque fuerte es el Señor Dios que juzga.

—Apocalipsis, 18:8

La belleza de Israel se ha abatido sobre tus altos lugares: ¡cómo han caído los poderosos! No lo digas en Gat, no lo publiques en las calles de Ashkelon; no se alegren las hijas de los filisteos, no sea que las hijas de los incircuncidados triunfen.

-2 Samuel, 1:19

Martes, 1 de marzo 2044

viejo. Tenía los pies fríos. Le dolía. Moratones. Dolor. Extremidades bloqueadas, estómago acalambrado, dedos y pies entumecidos, boca seca como polvo de momia, una tumba sin abrir durante mil, mil años.

Algo le oprimía. Luchó débilmente y sintió el resbalón de tela deslizándose por su cuerpo. ¿Una sábana?

Sin orden consciente, abrió los ojos. O lo intentó. Estaban gruestras y pegadas con las pegas. De la nada aparecieron dedos para tocarles con la pata. La vista volvió borrosamente a su ojo izquierdo. La correcta no funcionó. Mejor así; La izquierda mostraba solo colores difusos y manchas cambiantes, con un gran sol blanco sobre su cabeza.

Algo brillaba a su derecha, otro objeto blanco a su izquierda, un oblongo negro delante de él. Formas se retorcían en los límites de su visión, como si mirara un túnel — un túnel que atravesaba el Infierno. Vio cosas, personas, animales, criaturas fantásticas que bailaban, danzaban y se divertían. ¡Cambia a tu pareja! ¡Una y otra vuelta y do-si-do! Escuchaba música de violín, olía el hedor mezclado de calor, velas, cerveza y sudor, perfume barato y paja. No era real; ¿Era una película?

Debe ser una película. Saboreó a chocolate y menta, suave y oscuro en su lengua, y escuchó el crujido del papel de aluminio. Una mano húmeda y femenina temblaba en la suya, haciendo que su deseo creciera sin ser visto en la oscuridad aromática de palomitas. Sintió vergüenza. ¿Podía darse cuenta? ¿Podía ver el bulto en sus pantalones? Mavis fue bastante observadora, incluso mientras veía a Kari Danforth y Robert Wayte expresando emociones en pantalla, ¡tan subidas de tono como una lavandería china! Bajó la mano para ocultar la presión entre las piernas. Eso solo lo empeoró.

268

RANDOLPH CALVERIIALL

El sol blanco brillaba, un fuego estrellado frío y reluciente. Le arrastraba de vuelta al dolor y al polvo, los vendajes de momia y las caras de calavera sin ojos.

No podía recordarlo. No quería recordar. Tenía miedo. No podía recordar y mantener la cordura.

Su otro ojo se abrió, pero estaba más borroso que el primero. ¿Tenía más ojos, unos que podrían funcionar mejor? Él deseó que se abrieran, pero ninguno lo hizo. Ordenó al resto de su cuerpo que respondiera. Solo que quién y qué era él? ¿Cuántas extremidades tenía? ¿Era todo el universo solo agonía y confusión? ¿Era él el universo?

Partes desconocidas del cuerpo se trillaban, agitaban y bombeaban. El mundo giraba en torno a la luz. La dureza recorrió un apéndice lejano, y un dolor ardiente le destrozó desde una zona que su memoria le decía que era su hombro izquierdo. Tardíamente, sus orejas escucharon un golpe y un gemido sepulcral que podría haber salido de él. El aire salió silbando de unos pulmones que no sabía que tenía.

Parecía haber caído de un lugar más alto a otro más bajo. Columnas grises se alzaban sobre él, y el oblongo negro a lo lejos se hacía más alto y de forma diferente.

Memoria informó: "Puerta. Es una puerta. Está usted bajo una mesa, señor." Memory estaba siendo innecesariamente sarcástico.

La blancura le envolvía y luchaba. Cuando los liberó, sus brazos eran pálidos como las branquias, marcados por moratones, estrías y manchas moradas, verdes y amarillentas. En otras circunstancias podría haber admirado su propia coloridad. ¿Qué era? ¿Un camaleón? ¿Un jarrón de cloisonné? Una imagen le volvió a la mente: una cosa extraña de planos, ángulos y colores crudos. Era un ser humano, pero salvajemente distorsionado.

Memory le entregó una palabra: "Louvre." Estaba de pie en algún sitio, mirando por encima de una cuerda de terciopelo roja la foto. Olía flores: el aroma de la chica francesa con la que estaba. ¿Quién era ella? ¿Cómo se llamaba? ¡París! ¿De permiso de Angola?

La vacuidad volvió, mientras Memory salía corriendo a buscar más datos.

Alguien dentro de su cráneo le ordenó que se levantara. ¿Quién demonios mandaba, de todos modos? Involuntariamente, sus manos buscaban apoyo y piernas que no sabía que se habían contraído, empujado y levantado. La piedra rodó a un lado y Lázaro emergió de la tumba. ¡Buen trabajo, señor Jesús! ¡Gran coordinación, piernas! El globo que era el típico de él se elevaba por encima de la superficie plana, y su campo visual forzadamente aumentaba con él. Esos héroes anónimos, sus pulmones, bombeaban y el aire gélido entraban a súpetos para hacerle toser.

Su coordinador invisible daba órdenes, y en algún lugar muy abajo, conectado a lo lejos a su burbuja de visión-ego, piernas movidas, brazos movidos por el viento para mantener el equilibrio y una mano atrapada en el borde de la
Superficie gris de mesa. La capa blanca se desvaneció por completo. Esto le provocó un punzante sentimiento de vergüenza: estaba desnudo. ¿Qué diría

su madre? ¡Sabía perfectamente lo que diría! Y Mavis Larson estaría allí para asomarse por la ventana del sótano mientras él recibía su cambio de energía.

La "puerta" negra oblonga se alzaba ante él. Se dejó caer contra ella y sintió solidez, humedad y frío. Algo le dolía más abajo, en la suavidad llamada "estómago". Había un globo redondo y duro allí. No formaba parte de él; por lo tanto, debe pertenecer al oblongo negro. La cosa era helada, una bola de hielo contra su piel. Metió una mano entre ella y su vientre, y la barriga se giró. Algo hizo clic.

El oblongo negro cambió, algo aparentemente esperado en un mundo de irrealities. La bola redonda se deslizó, y la superficie contra la que se apoyaba fue con ella, de lado, en una inclinación y de golpe, haciéndole tropezar. Se lanzó hacia adelante.

¡A toda velocidad, capitán! Marineros con uniformes azules se tambaleaban de un lado a otro en una cubierta inclinada ante relucientes carcasas de latón, la lluvia entraba por una escotilla abierta y un foco cortaba las olas en la noche aullante y movida por la espuma afuera. ¡Otra maldita película! Cada vez era mejor separando el presente del pasado, lo real de lo irreal, los hombres de los chicos. Esta vez fue Beverly Rowntree quien se tomó el chicle a su lado en el cine. Frotó una pierna contra su muslo, y rodaron el uno hacia el otro al mismo tiempo, ¡dos corazones con un solo deseo! Debería haber habido un crescendo de música y una oleada de pasión escarlata; en cambio, sus dientes delanteros le hicieron un corte en el labio inferior, y casi se rompe la gran nariz huesuda en el pómulo. ¡Adiós al romance!

Más allá de la puerta había otro mundo, un lugar de grises, negros y marrones apagados. Una fila de pequeños soles marchaba sobre él, alejándose en la distancia. Faltaban uno o dos, lo que estropeaba la simetría. No le importaba. La apreciación estética estaba fuera de su alcance. ¡Al diablo con intentar parecer sabio ante su pequeña francesa! ¿O era Beverly?

Sus pies se movieron y muros grises y sombríos pasaron junto a ellos. Aparecieron más oblongos negros que quedaron a ambos lados. Escuchó un susurro y raspado debajo de él. Tropezó, y alguien allí abajo envió un mensaje urgente de dolor al puente. Lo habría ignorado, pero su pie

izquierdo — pensaba que era eso — se negaba a levantarse y avanzar. Se requería acción. Bajó la cabeza y miró. Más allá de todos los bultos y bultos de carne morada y desnuda, muy abajo, percibió que su pie derecho estaba sobre un pequeño cuadrado amarillo. Intentó de nuevo levantar el pie izquierdo. Se negó a elevarse, y el mensaje del dolor se repitió. El cuadrado estaba sujeto a su dedo gordo del pie izquierdo. Con toda la habilidad que pudo reunir, levantó el pie derecho. Esto liberó el cuadro y liberó su pie izquierdo.

Desequilibrado, cayó pesadamente contra la pared. ¡Mierda! Si se detenía a investigar el cuadrado amarillo, probablemente se rompería el cuello. ¡Adelante! Dejó que sus extremidades tomaran el control y se levantó de nuevo, continuando. ¡Buen trabajo, capitán! ¡Por fin fuera del arrecife!

Había peligro. Con un nudo lo percibió — ¿recordó? — tanto. El oblongo negro, la puerta, al final del camino de los pequeños soles era donde podría estar el peligro. Se detuvo, apagó los motores, dio órdenes a toda la tripulación y avanzó tambaleándose para escuchar.

Nada.

¿Puerta? ¿Abierto? Sí, podía con eso. Sabía cómo.

Escaleras. Arriba. Increíble lo bien que Memory ayudó y sus extremidades obedecieron
¡Citas para todos, sí, señor!

¿Qué? Algo — alguien — tumbado en las escaleras, toca arriba, cabeza abajo. La boca y la nariz estaban manchadas de negro. Parte de la negrura se acumulaba en las cuencas de los ojos: charcos de oscuridad ébano. Emily Pietrick solía hablar como tailandés; Había salido con ella durante seis meses lujuriosos en el instituto, pero a ella le gustaban la brujería, los demonios y las películas de terror. ¡Demasiado raro para él!

Negando con la cabeza, se despejó parte de la pelusca. Entrecerró los ojos mirando el cuerpo en las escaleras. Podría haber sido uno de sus guardias. ¿Qué era un "guardia"? ¿Por qué había habido "guardias"? No estaba seguro.

Giró la cabeza boca abajo para ver, pero la sustancia negra ocultaba los rasgos del hombre. El tipo llevaba muerto un rato.

La memoria golpeó el puente y anunció: "¡La muerte apesta, señor! ¿No lo hueles?" Olfateó. Nada. "¡Fuera de servicio, marinero! ¡Preséntense en control de daños!" "¡A la orden, señor!" Memory saludó con inteligencia y se fue de nuevo.

¡Por Dios, él llevaba el barco a la perfección! ¡Geoffrey Archer, que había interpretado al capitán en la película, no tenía nada que ver con él!

Beverly Rowntree volvió a estar a su lado en el teatro, le agarró la mano y la metió con avidez dentro de su blusa. Su pezón se impulsó con fuerza contra sus dedos, y él dejó caer la curva sedosa de su pecho. ¿A dónde podrían ir? Tenía que tenerla. ¡Urgentemente!

La habitación en la cima de las escaleras albergaba dos cuerpos más. Estos vestían uniformes caqui con cinturones y fundas de cuero marrón. Sus botones de latón brillaban intensamente bajo la luz del sol que entraba por las ventanas. El que yacía boca arriba sobre la alfombra (¡qué desastre: la factura de la limpieza!) tenía los zapatos más brillantes que había visto nunca. El otro hombre se arrodilló sobre manos y rodillas, como un musulmán rezando. Pero no podía ser musulmán; Sus pantalones estaban oscuros por las excrementos secos de su muerte. Un musulmán tenía que ser limpio para rezar, y este hombre no lo era. De todos modos, llevaba una máscara de gelatina negruza. Probablemente buceador; ¡Los hombres rana eran lo que el barco necesitaba ahora! Recordaba bien la escena: el capitán dándoles un discurso motivador, la fila de figuras vestidas de negro en la barandilla, las nubes grises y deslizantes sobre el mar de acero.
El hombre arrodillado era el más grande de sus dos guardias. No podía entender por qué había guardias. La memoria se negó a responder — probablemente soltando una risita rápida con los chicos en control de daños. El otro cadáver era irreconocible. No creía que fuera Sonny — quienquiera que fuera Sonny; no podía recordarlo.

Continuó vagando, entrando en otra cámara más grande, en la que rayos de sol descansaban como barras doradas sobre montones de papeles, archivos

y miscelánea sobre un gran escritorio en el centro de la sala. ¡El equipo de limpieza de este barco necesitaba una paliza! Tropezó con un trofeo de golf dorado y casi se cae en el desastre. Esta habitación le resultaba familiar; Parecía hogar.

Sin embargo, no recordaba haber ganado ningún trofeo. No, este no podía ser su lugar.

Una puerta se abrió a un pasillo, por aquí en algún lugar había una escalera. Allí arriba había otra habitación que conocía. ¿Por qué sentía terror al pensarlo? Empujó la puerta de la escalera. Estaba cerrada con llave. La memoria susurraba que era lo mejor.

Dejó que sus pies le llevaran. ¡Eran buenos pies, realmente aprendían su trabajo! Le llevaban por otros pasillos, pasando salas de espera llenas de clientes silenciosos e inmóviles, hasta un gran vestíbulo lleno de escritorios, mostradores, ordenadores y máquinas de oficina.

Y cuerpos.

Todo tipo de cuerpos: hombres, mujeres, niños; jóvenes y mayores; delgado y gordo; todos pudriéndose alegremente juntos en una camaradería corrupta. Junto al escritorio central, un árabe con un mumás desplomado junto a un oficial israelí con uniforme desnudo, juntos en la muerte como nunca podrían estar en vida (¡gran frase! ¿de algún cartel de película?). A su lado, una mujer americana bronceada con un vestido amarillo de verano y gafas de arlequín estaba sentada en el suelo como una muñeca olvidada. Al principio pensó que estaba viva, pero cuando se acercó supo que no quería quitarse esas gafas y mirar a los ojos que debía.

Se tambaleó, dio pasos y cruzó el suelo cubierto de basura. La memoria le advirtió que necesitaba aire fresco, pero no podía oler nada.

La calle exterior estaba llena de neblina flotante. ¿Niebla? ¿Niebla? No, humo. Alguien estaba haciendo carne podrida a la barbacoa. De alguna manera, sí lo olió. Estaba cerca del atardecer — ¿o del amanecer? — y la bola roja del sol miraba el mundo como el ojo de la Bestia Sangrienta del

Armagedón. Un resplandor naranja apagado iluminaba el horizonte púrpura, y dedos de humo negro y grasiento se alzaban hacia el cielo.

La ciudad estaba en llamas.

Era justo lo que se necesitaba: ¡Mantén tu ciudad limpia! ¡Sé un buen ciudadano! ¡Nada de tirar basura! ¡Recoged vuestra basura! ¡Vagabundo, cariño, vago!

Estaba cansado y le dolía. Mejor descansar aquí, en lo alto de las escaleras poco profundas que bajan a la calle. Se dejó caer contra el
Barandilla de piedra y contemplaba un paisaje infernal de coches, camiones, motos y bicicletas abandonados. Un montón de fruta de una furgoneta de productos volcado bloqueaba la vista a su izquierda, pero los fuegos detrás eran lo suficientemente llamativos como para una película de desastre de gran presupuesto. No tenían los mejores asientos de la sala, ¡pero estos estaban bien! Podían ver. ¡Que Beverly se queje todo lo que quiera!

Le entristecían más las maletas abandonadas y los coches atascados de utensilios domésticos que nadie volvería a usar que los cuerpos. Los muertos sin voz, sin rostro, sin ofensión: no eran hinchados ni horribles, como los de su edificio; Eran gente decente, ya secándose, grises con ceniza y polvo flotantes, comida para los pájaros que giraban y chillaban y las nubes de moscas azul-negras. Estos cadáveres se esforzaban mucho por camuflarse con su entorno. ¡Buenos ciudadanos todos!

Se quedó dormido. La luz del sol poniente calmaba sus extremidades doloridas.

Se despertó. Algo se había movido ahí fuera.

El pánico le subió por la garganta. Era de noche, una oscuridad rojiza-negra cubierta de sombras, salpicada de chispas naranjas y el estruendo de explosiones tras los edificios lejanos. A su lado, Beverly Rowntree le apretó el brazo y se rió. Odiaba esa risita estúpida.

Oyó pasos: un golpeteo de sandalias cerca de un sedán azul atascado en ángulo contra el bordillo bajo él. En plena oscuridad, entre el bullicio de coches, camiones y cuerpos en la calle, escuchó el crujido furtivo de las botas.

Una voz femenina sonó temblorosa desde detrás del coche. "¡Está vivo, Sol! Pero él es... ¡Está completamente desnudo!"

El hombre llamado Sol salió de detrás de un camión militar a unos seis metros: un hombre calvo, robusto, de mediana edad, corpulento y con una mandíbula como la de Mussolini. Vestía una camiseta interior blanca manchada y unos pantalones amorfos y sucios. Parecía un mecánico de taller tras un revolcón en el pozo de grasa. Gritó: "¡Dispara al gubber, Natalie! ¡Cuidado con una emboscada!"

Sol tenía una voz áspera pero agradable; Le recordaba a su propio padre. Se levantó. Ahora era el momento de alzar la voz, saludar, cantar un alegre "¡Hola, todos!" como Junius Greenwald en la tele. Luchaba con labios de arcilla cocida y una lengua de piedra tallada. No salió ningún sonido. Extendió las manos, palmas hacia arriba.

"¡Dispárale!" gruñó Sol. "¡Dispara al foozy!"

La cabeza de Natalie apareció sobre el techo cubierto de ceniza del sedán. Tenía un rostro delgado y huesudo con ojos que eran círculos vacíos de luz naranja. Una marea de terror lo invadió: ¡el coco de ojos huecos de sus pesadillas infantiles! Memory sugirió, un poco sarcástico, que la mujer podría llevar gafas.
"No tiene pistola, Sol. No hay nadie ahí arriba con él." Sonaba tan asustada como su madre cuando su padre fue tras un ladrón en su tienda de mascotas. Extendió las manos y se esforzó por sonreír. En respuesta, Natalie agitó su pistola hacia él. Se apartó hacia un lado, rodeando el sedán. Vio que llevaba una blusa amarilla de manga corta manchada y pantalones cortos blancos con pequeñas caritas felices cosidas en las solapas de los bolsillos. Necesitaba maquillaje y un peinado decente.
Ahora se parecía demasiado a su madre.

Otra voz, más ligera, vino más arriba de la calle: "¡Vamos, venga, dale prisa!" Este altavoz sonaba directo y eficiente; No podía distinguir si era un hombre o una mujer.

El calvo parecía estar absorbiendo valor del reluciente fusil automático israelí que sostenía con ambas manos. Se acercó arrastrando los pies. "Vale, Riva, yo tampoco veo a nadie. ¡Este tío parece que está haciendo el pugdining gazoo! En estado de shock, de verdad. ¡Ya estás desnudo!"

La tercera persona, la llamada Riva, apareció detrás de un montón de equipaje y sacos de dormir caídos de una camioneta. Definitivamente era mujer. Sus pantalones de cuero negro de aspecto mojado y su tapa de sol rojo camión de bomberos eran una declaración: era una macha, una de las feministas militantes del movimiento Banger. Su pelo oscuro era tan corto como el de un niño, casi un corte largo, pero carecía de las cicatrices faciales deliberadas que muchos machos llevan. Bajo un esmalte de sudor, humo y suciedad, tenía la apariencia de una modelo: alta y esbelta, de pecho plano, con patas lo bastante largas como para montar un elefante. Los cinturones cruzados en la cintura sostenían un par de pistolas automáticas, y llevaba su pequeña subfusil como si supiera usarla.

"¡Deja el dinker en paz!" exigió Sol. "Tenemos que llegar al aeropuerto. ¡Vamos!"

Natalie se estiró hacia adelante. "¡Dios, Sol, parece carne podrida!" Señaló. "¿Qué le pasa? ' ¿Y qué es eso en su pie?"

El calvo se rascó el pecho. "¡Cubrid el foozy! Déjame mirar." Extendió una mano fuerte. "Oye, tú. Ven aquí."

Sonrió y obedeció. No tenía nada que ocultar; había enterrado el alijo de marihuana que Emily Pictrick le había dado en el jardín fuera del instituto. Que el director registrara todo lo que quisiera.

"Es una puta tarjeta. Una tarjeta, como... ¡atado hasta el puto dedo del pie!" Sol parecía un carnicero intentando leer su escama boca abajo. "Está en hebreo. ¡Eh, Riva!"

"Lo he oído. Estoy aquí. " El acento del moka la identificaba como una israelí nativa.
Se acercó y se agachó para entrecerrar los ojos.

"¿Qué?" Natalie se puso nerviosa. "¿Qué pasa?"

"Es un... una etiqueta. Una placa de identificación de la morgue de la policía." Chasqueó la lengua, desconcertada. "Dice que este hombre es ... muerto."

En algún lugar lejano, una flor de luz amarilla floreció en el horizonte. El golpe de una explosión recorrió la calle hacia ellos.

"Está muerto" Los ojos vacíos y cristalinos de Natalie brillaron rojos con luz de miedo.

"Eso es lo que creo que significa"

"Muertos". Te lo dije... Todos decían... ¡Como si estuvieran hablando en el hotel! Todos están muertos... muerto... Pero van a volver. ¡No están realmente muertos, Sol!" Natalie empezó a balbucear.

"¡Maldita sea, tú y tus zombis de mierda! ¡Desde que leíste ese artículo en el periódico!" El hombre apuntó su arma. "¡Voy a dejar pasar algo de luz por este foozy! ¡Luego veremos qué pasa con tus muertos!"

Riva replicó: "No. ¡Nada de disparar! ¡No está muerto! Se nota. Debió de ser la peste... Pacov. La policía debe haber cometido un error. ¡De todos modos, es inofensivo!"

"Si está vivo, ¿por qué tiene esa cara?" Natalie se echó de atrás de la acera. "Todo gris ... con la lengua colgando ... sus ojos...?"

. .„ 3 B S en J ured ' daño cerebral. Quizá Pacov lo atrapó pero no lo mató. Un inmune... como nosotros"

"Está muerto!" chilló Natalie desde la calle, junto a la furgoneta de frutas y verduras. "¡Es un zombi, te lo digo!" Sus sandalias de cuero crujieron mientras retrocedía hacia la oscuridad iluminada por el rojo.

Sol soltó una mezcla entre un resoplido y un suspiro. "¡Mira lo que has hecho, Riva! ¿Por qué tuviste que leérselo?"

El moc/zagave le dio una mirada fría. "Me lo pediste tú. Si tu mujer no puede con ello, es ella... y tu ... problema."

"¡Genial! ¡Genial! No es mi maldita esposa. Es solo otra turista de jizmo en nuestro tour. , ¿qué más da? Tenemos que mantenernos unidos de una puta vez."

"¡Pues quédate! ¡Clava tú mismo! ¡Agarrala si tienes algo con qué pincharla! Este hombre no está muerto, y no nos va a hacer daño."

El calvo sonrió. "¡Eh, eh, venga! Vamos juntos. Así vivimos." Hizo un gesto. "Así que está vivo. ¿Entonces de qué nos sirve? Es goneo, semáforo en rojo, mojado, congle, ¡pulgar! ¡Vamos, engrasemos!"

Riva se agachó de nuevo y se quitó la etiqueta. Desequilibrado, se sentó bruscamente sobre el suelo sobre el hormigón. Eso le hizo reír.

Le miró a los ojos. "¿Me entiendes? ¿Hablas inglés?" Repitió la voz en hebreo.

Sonrió. Era todo lo que podía hacer. Le gustaba estar desnudo y que una chica le mirara. Emily Pietrick solía admirarle así. Una vez pintó su cuerpo con símbolos mágicos con acrílicos de su clase de arte. Luego hizo cosas realmente atrevidas.

"¡Por el amor de Dios, Riva!" Sol sonaba desesperado. "Natalie se va, y yo voy a por ella."

"Este hombre ... ¿alguien vivo...? ¡puede ser útil!"

"¡Dink mi pog, Riva! ¡Sabes que está en estado de muerte cerebral! ¿Para qué sirve? ¿O quizá te dan un golpe los zombis que se devoran?"

Riva le lanzó una mirada oscura y evaluadora a su desnudez. "¿Estás vivo, tío? ¿Estás enfermo? ¿Necesitas ayuda?" Volvió a preguntar en hebreo.

Le costó sonreír. Él subió las manos y ella exclamó al ver las cicatrices que rodeaban sus muñecas. "¿Prisionero? ¿La policía? Pero no eres árabe, creo. No israelí. Pareces americano. ¿Inglés? ¿Alemán? ¿No? ¿Quién?"

"¡Vamos a engrasarnos, Riva!" gritó Sol. Él y Natalie eran sombras en la oscuridad que flotaba como humo. "¡Última llamada!"

"¡Un maldito minuto! ¿Cuál es la prisa?"

"¡Speed! Cogemos un coche y nos vamos. Aeropuerto HitKahane... damos la vuelta si hace falta, hasta el aeropuerto Ben Gurión. Busca un avión... He cogido todo el dinero que necesitaremos en el banco. Disparar si hace falta."

"¡Eres un estúpido! Si intentamos salir de Israel, ¡los equipos de saneamiento nos van a pillar! ¡Nadie quiere víctimas de Pacov en su país! ¡Tomamos un avión y nos derriban! Estamos infectados'." Ella maldecía con desánimo en hebreo. "Un coche es mejor. Conducimos hacia el norte a través de Siria, hasta nuestros asentamientos israelíes en Rusia. Entramos, de alguna manera, de alguna manera." Tragó aire caliente y apestoso a barbacoa y escupió.

"Tenemos putos derechos." declaró Sol con rectitud. "¡Natalie y yo estamos acosando a los ciudadanos americanos! ¡Tienen que acogernos, darnos atención médica! ¡Quédate con nosotros, Riva! ¡Te meteremos a ti también!"

"Disparan al ganado enfermo, ¿verdad?" Ella le miró hacia abajo, luego la etiqueta que le había quitado del dedo del pie. Murmuró: "Y creo que Sol y Natalie me abandonarán en cuanto tengan oportunidad."

No estaba escuchando. Vio a su padre inyectar eutanina a un perro viejo y triste, y lloró mientras moría en sus brazos. El hedor canino de la tienda de

mascotas le ponía enfermo. La voz de Sol llegó desde muy lejos, quizá en el aparcamiento trasero, más allá de las perreras: "¡Última oportunidad, lez jizmo! ¡Quédate y que te den! ¡Quizá te guste chupar polla de cadáver!"

"¡Que te cuegas!"

No hubo respuesta. Sol y Natalie se habían ido.

Riva volvió a mirarle. "¡Tú! La placa de la morgue dice que te llamas Alan Lessing. ¿Es así?"

Él asintió. Era todo lo que podía hacer. Estaba viendo una película otra vez, esta vez con Emily Pietrick. Tenía la mano dentro de sus pantalones. Luego inclinó la cabeza para que sus largos y negros cabellos cayeran sobre su regazo. Jadeó de éxtasis cuando sus labios y lengua lo encontraron.

La furia de Riva le devolvió la vida. "¿Tienes una erección? ¡Me miras y te has puesto erecto"! ¡Eres un cadáver! ¡Eres un muerto!"
Estaba avergonzado. Una disculpa era necesaria, pero no podía decirla. Abrió la boca. "¡Ah! ¿Eh?"

"¿Ah? Oh... Ya veo. No tienes control. No puedes hablar." Frunció el ceño. "Sol se equivoca. No soy un lez... lesbiana. ¡Es solo que odio a los cerdos como él! Eres un hombre, pero no tienes el ingenio para ser un cerdo, ¿eh? Ahora no, ya no." Señaló el sedán azul. "¿Ves este coche de aquí? El conductor es ... ¿Cómo se dice? … muerto. Sin embargo, creo que el coche funciona. La llave está ahí, en el suelo, junto al pedal del freno. Saca al conductor y yo conduzco. ¿Luz verde?"

Le gustaba su acento forzado y divertido israelí y su aspecto ahumado y sudoroso. Se preguntó por qué apartó la mirada y se tapó la nariz. No olía nada. La carne del conductor estaba hinchada y negruzada, pero agarró los pantalones verde lima del hombre y lo deslizó fuera, dejando apenas restos de trozos.
Luego, siguiendo su indicación, él quitó las fundas del asiento y las tiró.

Sus manos se estaban volviendo muy hábiles; Se aseguraría de que fueran citados por agilidad más allá del deber la próxima vez que el almirante fuera enviado a bordo.

"Ropa", ronroneó la voz de Riva como un color miel oscuro en su oído. "Nuestro conductor iba a hacer un viaje, ¿eh? Zapatos... demasiado pequeño." Una pequeña navaja de bolsillo brilló y oyó ruidos de rasguño. "Eh, pues. Póntelos ya. Bien. ¿Pantalones? ¿Ropa interior? Aquí, esta maleta: ¡una camisa, un cinturón! Bien. ¿Y esto qué es? ¡Una pistola! ¡Muy bien! ¡Nuestro chófer debía de ser policía!"

Dio la vuelta al coche y se puso a conducir. A veces se agachaba y levantaba cosas; A veces chocaba y golpeaba con ellos. Las calles estaban oscuras, pero había luz de los fuegos. Algunos lugares tenían electricidad, y dos veces Riva se detuvo a saquear comida de tiendas desiertas. Si no hubiera sido por los cadáveres, esto podría haber sido cualquier ciudad americana después de medianoche. Le encontró un pack de seis refrescos de cereza, y él se lo bebió de un trago agradecido, todo. Luego se puso enfermo. Después volvieron a marcharse: a dónde, ni le importaba. Él estaba contento de dejar que ella luchara con el robusto coche por las calles atascadas. Finalmente se quedó dormido.

La memoria le despertó puntualmente a las 05:00 horas. "¡Capitán, capitán, hay noticias! ¡Malas noticias!" Preguntó qué era, y Memory se lo dijo. Era tan malo que no se atrevía a recordarlo. Encontró las mejillas húmedas de lágrimas, la barbilla pegajosa por el vómito seco y la boca con sabor a que un ratón hubiera muerto en ella — no hace mucho.

El mundo fuera de la ventanilla del coche era amarillo, marrón y blanco polvoriento: casas de piedra desmoronada, chabolas, carteles en hebreo y árabe, basura y, sí, un cuerpo allí detrás de un cobertizo de corrugado

Hierro. Un segundo cadáver, una anciana, yacía boca abajo frente a su puerta, cerca. Pacov era el maestro aquí.

Se giró a la izquierda y descubrió dolor. Todo dolía. Tenía las piernas apretadas bajo el salpicadero, y todo lo que pudo hacer fue abrir la puerta y

arrastrarse hacia fuera. Mientras lo hacía, vislumbró a la mujer israelí — ¿cómo se llamaba? — dormido en el asiento trasero. Era mayor de lo que él pensaba. Pequeñas arrugas se dibujaban en la parte de sus ojos y líneas se dibujaban junto a su boca ancha. Dormida parecía dura, gastada y como un cuiro.

La espinilla y los pantalones que había encontrado para él eran demasiado pequeños, y los zapatos le dolían los pies. Sus dedos asomaban por los agujeros que ella había hecho como perritos calientes de un panecillo. La dejó en el coche y entró tambaleándose en la casa más cercana. Evitó a dos niños acurrucados en el suelo del salón; ¡Estaban profundamente durmidos! ¿No era hora de que se fueran al colegio? ¿Eran los hermanos pequeños de Beverly Rowntree? Se fue a un dormitorio. Allí la ropa de mujer colgaba de clavijas, y muñecos y juguetes yacían esparcidos sobre el linóleo. En un armario se encontró con pantalones de trabajo de hombre y varios pares de zapatos. Estos le quedaban, más o menos, pero sus Dedos eran demasiado torpes para abrochar el cinturón y la cremallera, y mucho menos para atar los cordones de los zapatos. Su madre estaría furiosa. Se sentó y luchó.

La mujer en la puerta no se parecía en nada a Beverly. No podía entender quién era: una mujer alta, ajustada, de cabello redondo, sin tetas, vestida con una ropa negra y brillante, tan ajustada que parecía pintada. ¿De qué clase era ella, por cierto? ¿Estaba en alguna de sus clases? Beverly estaría celosa.

"Estás muy sucio", dijo. "¡Quizá Natalie tenía razón! Pareces muerto. Hay una ducha que aún funciona, detrás de la cocina."

La extraña mujer le ayudó a desvestirse, lo llevó a un pequeño cubículo de baldosas blancas, le enjabonó y le echó agua fría sobre los magullados miembros. Luego se quitó la ropa y se unió a él en la ducha. Cuando ella se pegó a él e intentó darle placer, él cooperó. Ella frotaba, presionaba, besaba y apretaba, pero nada funcionaba.

Percibió su frustración. Debería disculparse, pero Memory seguía interrumpiendo con comentarios absurdos sobre Beverly, Emily, Mavis y

otras personas. Finalmente, en un silencio apretado, se detuvo, cortó el agua, le secó y le ayudó a vestirse.

Encontró huevos, pan seco y un tarro de mermelada amarilla en la cocina, y comieron. Por fin preguntó: "¿Quién eres, Alan Lessing?"

¡Pregunta tonta! Su tutor debe tener su tarjeta de registro. Esperaba no estar en la clase equivocada. Eso había pasado una vez, y la vergüenza seguía molestando.

"No puedes hablar mejor que follar, ¿eh? ¿Cómo conseguiste...? esto... ¿Por aquí? ¿Pacov? ¿La policía?"

Memory intentó decir algo, pero no pudo oírlo.

La mujer dijo: "Mira, soy Riva. Riva Ayalon. ¿Eh? Eres Alan Lessing." Intentó

esbozar otra sonrisa. Su cara funcionaba mejor esta mañana.

"Tenemos que ir al norte, a las bases israelíes en Rusia. ¿Me entiendes? ¿Sabes conducir? ¿Manejar un arma?" Parpadeó y ella siseó, casi como un gato. Memory le entregó una foto de Buttons, su gato, cuando tenía diez años. Le daban ganas de llorar.

Ella dijo: "¿Eres tan inútil? Sé que puedes hacer algunas cosas... ¡Tu complexión, tus músculos, los callos de tus manos lo demuestran! Lo que sea Pacov... la policía... los árabes ... quienquiera... Te ha hecho, pero no eres un descero de mente. ¡Debes recordarlo! ¡Inténtalo!"

Memory pidió permiso para hablar, pero el capitán se negó. Demasiado, qué pena. No, peor que malo. Impensable. Insoportable.

La mujer se pasó los dedos marrones por el pelo corto y negro. "Vaya, termina el desayuno. Nos vamos ahora... Antes de que vengan los equipos de saneamiento a 'purificar' a los supervivientes, ¿eh? Llevamos otro par de botas para ti, algo de ropa interior, ropa para mí, unas mantas."

Siguió murmurando para sí misma mientras él volvía a la oscuridad sofocante del cine, masticaba palomitas rancias y acurrucaba el generoso pecho de Beverly Rowntree. Era una película triste, sobre un niño cuyo gato fue atropellado por un coche. Él lloró, y ella también lloró. "Es un mundo triste", intervino Memory desde el asiento detrás de ellos. ¿No había privacidad?

Después del desayuno, Riva revolvió la casa pero no encontró nada más útil. Al salir, intentó su habilidad redescubierta de sonreír a los dos niños en el salón, pero seguían dormidos y no despertaron. Debían de estar comiendo mermelada de mora, porque sus bocas y mejillas estaban manchadas de gelatina oscura y rojiza. No recordaba dónde había visto eso antes.

Condujeron toda la mañana. La luz brillante del sol y el cuenco azul despejado sobre su cabeza le recordaban cómo su padre solía cantar "Blue Skies" mientras conducía — hasta que su madre le regañaba hasta que guardaba silencio. La carretera estaba llena de gente, llena de coches parados, camiones, vehículos de transporte de personal e incluso tanques. ¿Entonces todos se fueron a la playa? El atasco era tan grave que la gente había apagado el motor y se quedaba allí esperando. Aun así, todos fueron sorprendentemente pacientes a pesar del calor de la mañana. Nadie se quejaba ni tocaba el claxon.
y quienes habían abandonado sus vehículos parecían contentos de tumbarse en silencio a su lado bajo el sol abrasador.

Se despertó cuando la mujer — ¿cómo se llamaba? — detuvo el coche en el arcén rocoso. "Bloqueado delante", dijo secamente. "Cambia de coche. Busca otro."

Le sonrió, ayudó con el equipaje y trepó por encima de los coches retorcidos y los restos que llenaban la carretera. ¿Había habido un terrible accidente, entonces?

Su madre tenía un discurso elogioso para esas ocasiones: los borrachos, fumadores de marihuana, Bangers y otros similares eran hijos de Satanás, y el desprecio imprudente por los derechos de los demás —y por los suyos en particular— era la caída de la civilización. ¿Caída? Algo en esa palabra le

perturbaba, pero Memory apartó ese pensamiento. Era como intentar pensar bajo una cascada.

Encontraron un coche más grande y mejor, un vehículo blindado de transporte de personal. La tripulación yacía junta a la sombra a su lado, comiendo mermelada de moras en un silencio camarada. Les sonrió, pero nadie respondió. ¡Malditos arrogantes! ¡Siempre así con los petroleros y tripulantes de APC! Sin embargo, no se opusieron cuando Riva se llevó su vehículo. Ni siquiera se ofreció a pagarlo

Después avanzaron rápido, rodando por encima de obstáculos más pequeños o apartándolos y rodeando los más grandes en una nube de polvo de color apagado. Recorrieron Nablus y luego Nazaret — algo importante había ocurrido allí, hacía mucho tiempo, pero no recordaba qué — y por la noche la mujer se detuvo cerca de un pueblo al que llamó Safad. Tanques de aceite humeantes y depósitos de suministros bordeaban la carretera delante, y el horizonte estaba iluminado por llamas, muy parecido a aquel lugar donde había estado antes. Ya había olvidado su nombre.

"Creo que están todos muertos en el pueblo", murmuró. Principalmente hablaba consigo misma en vez de con él. "¿Hasta dónde llega este Pacov?" Sus rasgos eran de zorro, nariz larga, ojos estrechos y ligeramente inclinados, bajo el resplandor de la linterna militar azul que había encontrado en el portaportilleros del conductor. Estaba mirando un mapa. Quería ayudar, pero no entendía las cartas. Esto le preocupaba; recordaba haber podido leer una vez, pero ya no.

Intentó soltar un desconcertado "¿Eh?"

"¿Qué? No, ni hablar. No podemos entrar. Puede que ya haya equipos de saneamiento allí. Seguro que nos darían un golpe." Trazó una línea roja con el dedo. "Aquí, y aquí ... luego a Damasco, luego a Alepo y luego a Rusia. Pacov allí, en Járkov, Donetsk... el viejo Pacov, el primer golpe. Allí habrá algunos israelíes, pero habrá más más al norte, cerca de Sverdlovsk, lejos de los enclaves europeos de Moscú y Leningrado. Tenemos que atravesar sus líneas de alguna manera, robar la identificación, demostrar que vinimos con su expedición original, y

Consigue que nos dejen quedarnos. Es nuestra única oportunidad... esa vida o ninguna vida."

Se agachó para mirar el mapa. Su cercanía le excitaba, y ella lo atrajo hacia sí. "¿Quieres intentar el sexo otra vez, eh?" preguntó. Lo hizo.

La comodidad del taxi con olor a aceite caliente le llevó de vuelta a Emily Pietrick, con dedos, lengua, dientes y extremidades tensas en el asiento trasero del descapotable de lujo de Larry Helger.

Nunca había tenido problemas para excitar a Emily. Con esta mujer era diferente; Se esforzó, pero no sirvió.

Como Johnny Kenow — un regalo inesperado de Memory! — solía decir: "¡No puedes saludar si no tienes un mástil para colgar tu bandera!"

Más tarde, mientras se acurrucaban juntos en la cabina para entrar en calor, despertó con el lejano estruendo de disparos de ametralladora. Riva se levantó al instante. Su vehículo de transporte contenía una variedad de armas, y ella le entregó un rifle automático en las manos. Parecía satisfecha cuando Memory le enseñó a usarlo. Luego salieron a observar juntos en la maleza junto a su vehículo.

Los pasos le sacaron de una somnolencia atemporal y sin sueños. Figuras negras trotaban por el camino hacia ellos desde la dirección del pueblo. La pistola de Riva emitió un suave sonido de chasquido al amartillarla. Le puso una mano en el brazo.

Un hombre con uniforme militar israelí pasó tambaleándose junto a ellos, con el rostro contorsionado por el agotamiento y el terror. Luego vinieron dos más, una mujer y una niña, amorfas bajo chales oscuros. Un hombre bajo, corpulento y con boscas cerraba la retaguardia. Jadeaba y estaba visiblemente a punto de colapsar. ¿Qué asustaba a estas personas?

Rayos de foco avanzaban por la carretera hacia ellos como insectos de patas largas y brillantes, y él captó el profundo rugido de un motor. Los faros se

apagaron de repente entre la luz rojiza de los incendios del tanque de petróleo. Una voz, amplificada hasta volverlo ininteligible por un megáfono, murmuró algo. El hombre gordo se detuvo, con la boca torcida en un óvalo de desesperación. La mujer vaciló, se giró y volvió con él. La niña habría seguido su camino, pero empujó bruscamente a la niña hacia los arbustos oscuros al lado del camino.

El vehículo subió corriendo por una colina, y vio que era un coche explorador abierto, estilo jeep. Albergaba a seis miembros del Ku Klux Klan: hombres con capuchas y túnicas blancas, igual que la película de Nate Reese, "Una tarde enfadada". Beverly Rowntree odiaba esa: demasiado violenta, decía, y nunca se había interesado por héroes negros. Le dijo que se callara para poder concentrarse.

El miembro del Klan junto al conductor se levantó y gritó algo por encima de su megáfono. El hombre gordo se arrodilló en medio de la carretera, como si
Rezaba, y la mujer se mantenía firmemente detrás de él. ¡Buena escena! ¡Gran iluminación!

Una figura fantasmal permaneció en el vehículo para manejar la ametralladora montada, mientras el resto bajaba. Llevaban trajes blancos idénticos, de cobertura completa, que incluían guantes, botas y voluminosos pantalones de spalda, y sus rostros estaban ocultos por máscaras plateadas y brillantes como espejos.

¿Qué tipo de disfraces eran esos? ¡No le gustaba cuando las películas jugaban con la autenticidad! Su coche también tenía grafitis pintados con spray: una gran "UN" blanca y vacilante sobre una pegatina oblonga con una bandera que consistía en un fondo rojo y una media luna blanca.

"Turcos", susurró Riva. "Equipo de saneamiento"

Uno de los miembros del Klan lucía diferentes insignias: una bandera azul con una cruz amarilla en el casco. Parecía estar discutiendo con sus compañeros, pero ellos le ignoraban.

El que iba delante se acercó al hombre arrodillado y a la mujer, levantó la pistola de costura que él llevaba y escupió una ráfaga a quemarropa. Las agujas explosivas estallaron como una cadena de petardos, y ambos objetivos temblaron, bailaron y estallaron en una lluvia de sangre. Luego cayeron. En el silencio ensordecedor que siguió, oyeron al niño gemir en silencio en algún lugar de las rocas al lado del camino. No había rastro del primer hombre, el que llevaba fatigues.

Dos de los miembros del Klan se agacharon para inspeccionar su trabajo. Tres avanzaron para mirar en la oscuridad tras el niño. Uno señalaba el vehículo blindado de Riva, medio oculto entre la maleza junto a la carretera. El ametrallador giró su arma para cubrirse, pero cuando el APC resultó vacío volvió a contemplar la carretera hacia el sur, alejado del pueblo.

Le llevó un segundo darse cuenta de que Riva había abierto fuego; Entonces su arma se unió, aparentemente por sí sola. Los miembros del Klan en la carretera chillaron, tambalearon y se desplomaron. El ametrallador nunca tuvo oportunidad de darse la vuelta: levantó los brazos y se lanzó elegantemente sobre el lecho pedregoso de la carretera. ¡Buen disparo! ¡Dale un bono a ese doble de riesgo!

Todos los miembros del Klan permanecían quietos. ¡Así fue como lo hizo Nate Reese! ¡Disparad a esos bastardos blancos! Ese fue el mensaje de muchas de sus películas.

Riva llamaba algo en hebreo, luego en inglés, y luego, vacilantemente, en árabe. Un gemido le respondió desde la oscuridad.

Finalmente, la chica apareció. Era difícil decir si era árabe, judía o qué. Parecía tener unos doce años, delgada, de rostro oscuro, con el pelo largo y desgarbado. La suciedad ocultaba el color de sus pantalones anchos, su blusa de manga larga tipo túnica y su chal

era poco más que un trapo negro. No habló, pero siguió llorando, sin hacer ruido y sin lágrimas. Riva puso una mueca pero la sostuvo y la acarició torpemente hasta que terminaron los peores espasmos.

La película había terminado. Beverly tenía que estar en casa antes de medianoche, si no, su padre se habría montado un berrinche. Ayudó a la mujer a recoger las armas, arrastrar al Ku Klux Klan por la maleza — ¡eran buenos actores!— y a sacar su vehículo de la carretera. El niño subió a su APC sin protestar y logró dormir un par de horas preciosas. Al amanecer ya estaban de nuevo en camino.

Jerusalén y Damasco no están muy lejos, medidos en kilómetros en lugar de culturas e historia. Recordó otra ocasión en la que había conducido por ese camino. Entonces había hombres con él: soldados severos y duros con cascos y uniformes de fabricación israelí. No quería pensar en ello y agradeció cuando la cascada volvió para ahogarlo todo.

Acamparon esa noche bajo una luna tan grande y ornamentada como una de esas bandejas de plata que los artesanos árabes vendían a los turistas. Riva se negó a entrar en la ciudad por miedo tanto al contagio como a quién o qué más podría estar vagando allí. Se tumbó con ella en un colchón saqueado en la arena junto a su vehículo y escuchó a la niña gemir. La niña aún no había hablado. La memoria le dio el nombre de "Liese", pero no tenía ni idea de quién era.

La memoria vino a la mente para informar, muy en voz baja para no despertar a la mujer.

"Maldita sea," gruñó. "¡No hagas eso!"

"Perdón, señor", respondió Memory. "Pensé que le gustaría saberlo, señor."

"No recuerdo a ninguna, Liese. ¿Quién es ella?"

"No importa." La memoria era arrepentida. "Duerme, señor."

"¿Cómo voy a hacerlo? El quejido del niño me mantiene despierto."

Una nueva voz interrumpió, una mujer, un desconocido hablando un inglés extraño y torpe. "¿Qué estás murmurando? ¡Te den un duelo, pedazo de carne muerta!"

Abrió un ojo y vio una sombra angular contra el flanco blindado iluminado por la luna de su vehículo de transporte de personal: un chaval haciendo de proxeneta para su hermana — o ofreciéndose a sí mismo para un pequeño alquiler rápido.

Hizo un gesto para que se fuera. Las palabras aún le desconcertaban, pero un gruñido profundo y feroz debería transmitir el mensaje.

"¿Qué?" preguntó la persona con tono sorprendido. "¿Qué ... ¿Qué pasa?"

Señaló y pantomitó "no teats": los chicos no eran su estilo. Se dio la vuelta para volver a dormirse.

Un puño le dio un golpe en la nuca. Se giró y se defendió de brazos agitados con garras de gato, levantó una pierna para proteger su ingle y esquivó los dientes blancos que chasqueaban.

Su atacante era una mujer, no de su tipo, pero aceptable si se ignoraba la ausencia de pechos. Él resopló avergonzado, pero ella lo tomó como una risa y se unió a la conversación. Luego tiraban de la ropa del otro; Luego se entrelazaron, tan unidos como dos serpientes en una tubería de desagüe, como solía decir su padre.

Aun así, no servía: no podía terminarlo.

"¡Pog you, cadáver!" jadeó. "¡Quítame el ge! ¡Quítame de encima!"

La memoria estaba agudamente ausente. Ella le bajó los dedos entre las piernas y luego le empujó la cabeza salvajemente en esa dirección también. A Emily Pietrick le gustaba eso, recordaba. Frotó el hocico contra la carne suave y fragante de su abdomen, luego bajó más.

Alzó la vista para ver a la niña observándoles, con los ojos muy abiertos y la boca abierta.

No era ningún kink, ni un pervertido de niños. Se liberó de un tirón y agarró la manta.

"¡Maldita seas!" jadeó la mujer. "¡Maldito seas!" Siguió su mirada. "¿A quién le importa? ¡El mundo se ha acabado! ¡Se acabó! Pero tú, trozo de carne de perro, te importa lhaO. ¿Sobre la moralidad burguesa?" Ella dio una orden en hebreo e hizo un gesto enfadado. El niño la ignoró.

La cascada cortó sus palabras y también la visión de él de sus rasgos furiosos y contorsionados.

Se despertó con el rugido del motor y el ruido de las orugas royendo una plataforma llena de surcos. No recordaba dónde estaba ni cómo había llegado allí. Su pecho estaba salpicado de aceite negro.

¡Debía de estar medio dormido mientras ayudaba a uno de los camiones cisterna del mayor Berger a repostar! Los Izzie dijeron que la Guerra Baalbek pronto terminaría; Entonces quizá podría tumbarse. Habían tomado Damasco en una tormenta de sangre y fuego, y los sirios estaban en plena retirada hacia el norte, en dirección a Alepo. Berger le dijo a Copley que también aceptarían eso antes de que acabara la semana. Luego iban a ver sobre Irak, Irán e otros lugares que habían sido una espina en los costados de hierro del Estado judío. Los Izzies habían tenido un siglo de árabes; ahora estaban decididos a acabar con el problema para siempre: la "Solución Final".

Se sorprendió al descubrir que su conductor israelí no llevaba uniforme — y muy poco más. Su atuendo consistía en un sujetador escaso, bragas y botas, aunque una camiseta roja manchada de sudor y pantalones negros de cuero colgaban sobre la foca a su lado. Era delgada, de rostro afilado y morena, y tenía el pelo tan corto como el de un chico. ¡Dios, las mujeres de Izzie eran duras!

"¿Despierto?" Le empujó un trozo de pan seco, y el niño le pasó una lata de algo dulce y con limón del compartimento trasero. La mujer —que seguía olvidando su nombre— dijo: "Estás haciendo el hongo de la pogging, como ¡Diría Sol! Mira, vamos para allá

En unos suburbios. Retrocede y maneja esa ametralladora montada que recogimos anoche."

No recordaba ninguna arma así y se sorprendió al encontrar a un brillante Hiram atornillado en los soportes hechos para ella sobre la cabina del conductor. ¡Dios, realmente debía de estar dormido! ¡La memoria respondería a esto!

La bandera israelí azul y blanca seguía ondeando sobre la ciudadela medieval de Alepo, pero las calles bañadas por el sol del exterior permanecían en silencio. Riva —ese era el nombre de su conductor— creyó oír motores y posiblemente disparos dentro de la ciudad y se negó a entrar. Se mantuvo por los caminos secundarios. Tras permanecer perdidos la mayor parte del día, encontraron el camino hacia la carretera que conducía al norte hasta la frontera turca.

Estudiaba los edificios de rostro vacío con prismáticos, pero solo veía muerte y vacío. Como antes, las carreteras estaban llenas de camiones, coches, carros e incluso carritos de bebé apagados. Caballos, camellos y mulas yacían esparcidos entre cadáveres humanos y basura. Negó con la cabeza y convocó de nuevo la cascada para ahogar cualquier reconocimiento de tristeza.

"¿Pero por qué?" preguntó la señora del conductor. "¿Por qué? ¿Quién ha hecho esto? ¿Quién ha cometido este crimen... ¿este horror?" Lágrimas cálidas salpicaron el dorso de su mano, y miró a su alrededor para encontrar al niño nativo detrás de él. No sabía ni hebreo ni árabe y solo pudo ofrecer una sonrisa reconfortante. Ella malinterpretó y se apartó con aprensión.

"¡Malditos!" continuó su conductor. "¡Monstruos! ¡Han matado a la mitad del mundo! ¡Se merecen morir! Son criminales... ¡peor incluso que los nazis!"

Eso me tocó una fibra. ¿Qué? ¿Por qué? Memory debía estar tomando una copa con el guardia fuera de servicio, y no respondió a su llamada. ¡Tendría que someter a ese hijo de guerra si esto seguía así!

Se obligó a salir de la cascada, aspiró aire e intentó pensar. ¿Quién había empleado a Pacov? ¿Y por qué? ¿Por qué? ¿Qué ganaron ellos—quienquiera que fueran "ellos"?

Memory llegó corriendo al puente, tarde como siempre, y jadeó: "¡Botín, señor, botín! Tierras, recursos, fábricas, industrias, granjas, la riqueza de cientos de millones de personas masacradas... ¡Todo vacío, listo para ser tomado!" El recuerdo sonaba engreído. "Pacov es ordenado, ordenado y casi imposible de detener. Es el arma perfecta."

Los rusos respondieron con su Starak demasiado tarde para salvarse. ¡Al menos Starak debió de haber estropeado los planes de quienes esperaban una barrida total de Pacov!

La memoria produjo una grabación metálica y llena de estática: la voz de un hombre diciendo: "Debió de ser los Izzies quienes empezaron esto de Pacov. Siempre han tenido miedo de la Unión Soviética, y Estados Unidos se ha debilitado demasiado para ayudarles más. Un rápido y quirúrgico

golpea" Pidió una cara para acompañar esa voz, y Memoria

Obtuvo obedientemente una fotografía desvaída de un hombre calvo y anciano, que parecía un bebé apctulante. ¿Mueller? ¿Moldeadores? Algo así.

Intentó decirle a la mujer que no fueron los nazis quienes mataron a su país — que probablemente fueron los israelíes. Sin embargo, las palabras seguían fuera de su alcance. Menos mal: nunca le gustó hablar de política con el mayor Berger tampoco, ¡los Izzie eran tan sensibles!

Volvió a quedarse cabeceado. ¡Beverly Rowntrce ciertamente tenía ubres mag-neficientemente bovinas! ¡A la deriva entre olas blancas, el gran sueño húmedo americano!

Esa noche se detuvieron lejos de Alepo. Su conductora le mostró sus mapas y dijo que debían tomar la nueva carretera militar Izzie que se tendría hacia al-Mawsil, en lo que antes era Irak. Desde allí, otra carretera reciente subía hasta Ereván, en la Unión Soviética. Alguien había dado a Tiflis una dosis de

purificación, profiláctico Pacov, y ahora gran parte del suroeste de la Unión Soviética, el este de Turquía, el norte de Irán e Irak eran un gran y vacío patio de juego para las fuerzas de "socorro" de Izzie. Los turcos, dijo la conductora, apenas empezaban a avanzar de nuevo hacia el este para recuperar sus pertenencias perdidas. Con Israel convertido en cementerio, los turcos también podían avanzar hacia el sur y restablecer el Imperio Otomano. ¡Qué divertido!

Viajaron por la mañana. El paisaje se volvió un borrón de ser, montañas amarillo-marrón y vegetación gris-verdosa. Al principio había gente, mayormente tumbada o desplomada contra las paredes manchadas y de tonos oscuros. La memoria declaraba con desprecio que la mayoría de estos habitantes del Tercer Mundo eran vagos y perezosos, pero dispersos aquí y allá entre ellos había las formas inmóviles de soldados israelíes. Los Izzie tenían fama de ser trabajadores. ¿Qué hacían aquí?

¿Un poco de lima más tarde — días? ¿meses? — la gente desapareció y fue reemplazada por esqueletos blancos con harapos manchados de oscuridad. No estaba seguro de cuándo había pasado esto, pero le gustaban más los esqueletos.

Cada noche dormía junto a su conductora, a menudo con la niña acurrucada contra su espalda para calentarse, tan asexuada como tres ángeles bebés en el Cielo. Así debía ser, le decía la voz de su madre, no la manera de la malvada ramera de Emily Pietrick, ni siquiera una chica amable y con ideas matrimoniales como Beverly Rowntree. Su madre no conocía a la dulce Beverly como él. ¿Dulce? Sí, y también hipócrita, codicioso, de casarse con un imbécil y otras cualidades entrañables. Su padre lo entendía, pero nunca le dijo nada a nadie. ¡Qué pena que Mavis Larson se hubiera mudado antes de que entraran en el instituto y en la pubertad de la población! Ella también era una zorra, y tan mala como la sonrisa de una cascabel. ¡Pero tenía el cuerpo más esbelto de todos!

Una vez avistaron una columna blindada dirigiéndose hacia el este, la bandera roja de Turkey ondeando en el mástil de radio del semioruga líder. Más tarde

Casi fueron alcanzados por una fuerza similar que viajaba hacia el oeste; este mostraba una bandera verde con una barra lateral blanca y una media luna blanca y una estrella: Pakistán, dijo la conductora. Con los soviéticos fuera de combate, ahora le correspondía al mulá rojo paquistaní vestirse de verde islámico y emprender una yihad contra los incrédulos de las tierras al noroeste de Pakistán. (No importaba que dichos no creyentes también fueran musulmanes— y en su mayoría muertos. "¡Muertos o no, allá vamos!") La India, dijo la mujer, ya no era un problema: se había disuelto en un avispero de pequeños estados en guerra, pero últimamente el astuto y viejo Ramanujan se había puesto las pilas, y los indios avanzaban ahora hacia el este a través de Birmania y Tailandia para ofrecer "ayuda" a los chinos afectados. ¿Por qué luchar contra Pakistán, además de lo que quedaba de Irán Libre, Afganistán y Asia Central soviética, cuando todo el exuberante sudeste asiático estaba abierto a la conquista? Tú vas al este y nosotros iremos al oeste, y nunca los dos se encontrarán... o alguna cita medio recuerda.

Recordó una conexión personal con India, aunque Memory no podía o no quería decirle cuál era. Estaba relacionado con sueños ocasionales de una hermosa princesa de rostro ovalado, vestida de hielo azul y con sándalo y especias. A veces era feliz con ella, pero más a menudo sentía una tristeza ominosa, un presentimiento profundo, como los thundcrheads que advertían de la lluvia. Como dijo Emily, a su lado en el cine, "Es como cuando oyes la música espeluznante justo antes de que el asesino salga con un cuchillo." Ella le frotó furiosamente, intentando que se corriera en los pantalones y desordenara su ropa. ¡Qué fetiche era! ¡Tan raro como cualquiera de los demonios imaginarios que decía adorar! Su madre la llamó bruja y le reprendió duramente sobre la "mala semilla".

"Khoi", señaló la señora del conductor. "Desde allí al noreste hasta Nakhichevan, luego hasta Ereván en Armenia. De ahí vinieron mis antepasados, ¿sabes?"

No lo sabía.

"Somos armenios ... Judíos, pero armenios. Eres judío, ¿verdad? Sé que estás circuncidado." Le dedicó lo que se pretendía como una sonrisa pícara.

Debería responder; Eso sería educado. Pero no podía. Él le sonrió en su lugar. Todavía le costaba recordar su nombre, y Memory no era de mucha ayuda.

"Judíos armenios. No rubio ni germánico como tú, eres un zombi que te da la vuelta, tan blanco que brilla en la oscuridad como cualquier 'ario' que haya surgido! En cuanto a mí, no soy alemán, ni polaco, ni ruso... y por tanto no de nuestra élite israelí, de nuestra clase dominante, de nuestra 'raza superior'" de la palabra." Escupió polvo blanco por la ventana del taxi. "¿Y qué si no eres judío? Probablemente tengas tanta 'sangre semítica pura' en tus venas de cadáver como yo... Y más que muchos de nuestros líderes. La mayoría
¡de ellos son judíos europeos descendientes de tribus eslavas convertidas durante la Edad Media! El resto volvemos a los pobres idiotas que los romanos esparcieron por todo su imperio de poggings después de que se quedaran con Jerusalén." Frunció la nariz con desdén. "Rastreamos nuestra ascendencia hasta Moisés, Abraham y el antiguo Israel, pero eso es propaganda. ¡Une a nuestro pueblo y nos da un derecho a una patria en Palestina que el mundo no puede negar! Pero, ¿qué importa ahora?"

No lo sabía ni le importaba. El barco se balanceaba incómodo entre las garras de la tormenta, las placas de acero chirriando, los motores golpeando sobre el estruendo del viento y el agua.

"¿Y qué si no eres judía?" insistió la señora del conductor. Parecía molestarla. Frotó los labios cubiertos de polvo con los dedos sucios. "¿A quién le importa ahora? ¿Soy o soy tan judío? No soy ni religioso ni nacionalista sionista. ¡Me importa un carajo ni una cocina kosher ni un imperio de miserables esclavos árabes! Oh, soy judío de ascendencia y de cultura, pero no me importan las dos cosas que nuestros líderes dicen que realmente hacen a un judío. Todo lo que quiero es gestionar mi boutique en Haifa, vender moda, quizá entrar en el mercado americano y que las cosas sean tranquilas... La forma en que la gente debería vivir. ¡Y ahora esto! ¡Y ahora esto!" Ella saludó hacia la ventana.

Hizo un gesto para decir que estaba bien. Estaba mejorando en lenguaje de signos. Lástima que Memory no pudiera encontrar al tripulante que sabía

código Morse ni al otro marinero con las banderas de señales. ¡Espera a que haga su informe al almirante!

Ella dijo: "Me alegro de que no puedas hablar. ¡Eso era algo de mis amigos malchauvinistas poggers! Habla, habla, habla... ¡Señor Macho! ¡Que se lo tomen todos!" Le sonrió y luego se mordió el labio inferior. "No me encuentro bien." "¿Eh?" preguntó.

Ella no respondió, pero apretó los ojos con fuerza. Se deslizó por el asiento hacia ella.

"¡Dios...!" Se dobló, con la frente apoyada en el volante. "¡Eh! ¡Unh!" Él agarró el volante, le apartó el pie con una patada, encontró el pedal de freno y detuvo el pesado APC. Beverly Rowntree parecía molesta.

"Enfermo...", susurró la conductora.

¿Qué le había contado? ¿Qué había dicho Memory sobre alguna horrible epidemia que arrasaba su nave?

Abrió la puerta a tientas, rodó hacia la carretera, se arrodilló y vomitó. Antes de que pudiera alcanzarla, ella sufrió un paroxismo de calambres, diarrea y arcadas. El niño le entregó la cantimplora, y él se la tendió a la mujer en silencio.

La conductora se recuperó lo suficiente para aceptarlo. Sus mejillas estaban pálidas, sus labios secos y agrietados, la frente salpicada de sudor. Ella murmuró, "Lo siento... Lo siento."

Quería decirle que no tenía por qué serlo. La ayudó a limpiarse, luego escaneó el horizonte montañoso buscando algún lugar donde llevarla. Todo lo que veía eran sombreros blancos y taciturnos sobre un mar plateado: ¡no había tierra a la vista! ¿No tenían enfermería en este barco? ¿Dónde estaba el doctor? Gritó por Memory, pero solo estaba el niño. Le ayudó a subir de nuevo al puente con la conductora.

Él conducía. La señora del conductor, cuyo nombre había perdido por completo, se encorvó en el asiento del copiloto a su lado. Tenía un aspecto horrible.

Khoi, cuando llegaron, fue inesperado: un pueblo bonito de calles anchas, arroyos bordeados de sauces y jardines. La única tierra era la que había llegado desde los campos fértiles de fuera. Entre la basura vio a más habitantes de huesos blancos, con la boca abierta y ahogada por el polvo. Se preguntaba cómo comían.

La memoria eligió el edificio más alto a la vista como punto de referencia, y condujo una y otra vez hasta llegar a él: un alto minarete en una mezquita que daba a un bazar de ladrillo y a una plaza. Había más esqueletos aquí; Se congregaban en las calles laterales, se reunían amigablemente bajo las salas de juegos y emitían ruidos amistosos y crepitantes bajo las orugas de su vehículo. Muchos de estos ciudadanos silenciosos estaban apilados ordenadamente como madera contra la pared de la mezquita, pero estaban superados en número por los rebeldes que yacían esparcidos por todas partes. Sin disciplina, como decían los israelíes de estos pueblos orientales.

"¿Dónde...?" La voz de la conductora le recordó que debería hacer algo por ella. No estaba seguro de qué.

Había camiones del ejército israelí en la plaza, toda una fila de ellos. Al inspeccionarlo descubrió que muchos de los esqueletos llevaban harapos y jirones de caqui, y vio cascos, armas y hebillas de Izzie. Estos esqueletos también estaban tumbados y vagos. ¡Qué diferente a los trabajadores israelíes! ¡Así que los judíos se habían ablandado! El mayor Berger dijo que esto era inevitable: vivir con gente perezosa en un lugar fácil, y tú también te pones sentimental. Lo siguiente que sabes es que eres igual que tus súbditos conquistados. Luego aparece un nuevo bárbaro y te aplasta hacia la historia.

La memoria interrumpió con risita para decir que esto parecía una verdadera fiesta gongbong, con luz verde, tan divertida como las orgías de Banger over-and-under que Emily Pietrick había puesto tanto. ¡Mira cómo estaban entrelazados esos huesos-blancos!

"No es Pacov", murmuró la mujer. "Disentería, creo. El agua en ese último pueblo. No bebiste de ese pozo, ¿recuerdas? Ni la chica.
¿Cólera?"

Estaba desconcertado. El agua en las fuentes de los cines de Sioux City estaba bastante bien. ¿De qué se quejaba? ¿Por qué no fue a por una cola al puesto del vestíbulo? Podría prestarle un par de dólares si no tenía el dinero.

El niño gimió y señaló. Uno de los camiones israelíes tenía una gran cruz roja pintada en su lateral de lona que ondeaba y se podría. Detuvo su APC junto a ella.

La conductora subió hasta la mitad de la salida y luego cayó el resto del camino sobre el pavimento. Volvió a enfermar, arrastrándose y vomitando entre los huesos dispersos de sus anfitriones.

La chica le agarró la mano y lo arrastró hacia el camión. ¿Por qué era tan urgente? El médico de la nave llegaría en cualquier momento. Sin embargo, la dejó tirar de él y subió dentro.

Aquí había más huesos vestidos con caqui raído; cajas y contenedores; máquinas y equipos; autoclaves, jeringuillas y estetoscopios, todos cubiertos de polvo y desvaneciéndose. Merodeaba, buscando algo que reconociera. Fuera, podía oír a la conductora suplicando, llamando palabras que no podía entender.

Abrió un caso al azar. Las etiquetas estaban en hebreo, árabe e inglés; eso lo sabía.

No podía leer ninguno de esos idiomas.

Gruñó, y la chica salió corriendo para llevar a la señora conductora a la segunda para sí misma. Estaba demasiado débil para caminar, y él y el niño tuvieron que levantarla y llevarla dentro. La tumbaron en el suelo del camión, cuidando de evitar las botellas de cristal rotas y los frascos que se derramaban de los cartones. "¿Eh?" Levantó una caja, luego otra. "¿Eh?"

"No puedo ver ...", murmuró. Sus ojos ya estaban rodeados y hundidos, sus pómulos marcados resaltados por la grasa, la suciedad y el sudor. Acercó la caja a su cara. "No, no eso. Busca un antibiótico, el más fuerte, la ccotromicina, quizá... el nuevo medicamento que desarrollaron para nuestros soldados"

No distinguía la cotromicina de la sarsaparilla, pero no podía decírselo. ¿Dónde demonios estaba ese maldito Memory cuando lo necesitaba?

"Esa ... No, el otro a su lado. No. La caja metálica." Se agarró la barriga cuando los calambres la alcanzaron de nuevo.

Miró al niño en busca de ayuda. Probablemente sabía leer, pero los nombres médicos en las etiquetas serían un misterio para ella.

La conductora se ahogó y se agachó en medio del compartimento de carga. ¡El médico de la nave iba a cagarse los vaqueros al ver este desastre!

"Por favor", se atragantó. "Date prisa."

Él accedió, lanzando paquetes, ampollas, frascos, botes y todo tipo de dispositivos enigmáticos ante ella para

identificación. Memory apareció para decir que sabía qué buscar, siempre que pudiera detectarlo en medio del caos. La memoria tenía experiencia, dijo, de Delhi Belly, la venganza del sultán, el tifus y muchos otros. La conductora parecía tener disentería bacílica, quizá más virulenta por mutaciones y la combinación de cepas, igual que la gonorrea y el SIDA empeoraban cada vez más a medida que arrasaban el mundo. Pestilencia, el cuarto de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, ¡era un hijo de puta! ¡Si lo derribas, surgió en cien nuevas formas para luchar contigo otra vez! ¿No había algún monstruo en la mitología griega que pudiera hacer eso? Él también había visto esa película.

La niña estaba lamiendo la cara de la conductora con agua de la cantimplora—probablemente la misma agua que la había infectado. Le suplicó a Memory un nombre, una foto, un indicio de la medicina que le

había curado en — dondequiera que estuviera. ¿Angola? ¿Siria? ¿O era India? Los nombres y lugares volvían a la mente. Le gruñó a Beverly para que se apartara. ¡Dejad pasar a los médicos! ¡Lleva a la señora al hospital!

La mujer rebuscó entre el montón de apósitos, botellas y equipo quirúrgico. El camión solo era transporte médico, no una ambulancia. Si miraban, podrían encontrar la furgoneta del hospital de campaña de los Izzie aparcada cerca, dijo. Aunque, claro, puede que no.

No había tiempo. La conductora abrió los ojos de par en par, vomitó y se acurrucó boca abajo, en su propio desastre. Sus dedos seguían flexionándose y aferrándose, pero supuso que estaba perdiendo el conocimiento. La niña vertió agua en su boca floja, pero esta volvió a salir. Mejor así; Parecía marrón y olía mal.

"¡Unh!" gritó. "¡Unh!"

La chica se giró para mirarle, con la mirada obelisca de quien ha visto la muerte demasiadas veces.

Buscó a tientas otro bote metálico. Se abrió y pequeñas tabletas blancas cayeron sobre sus palmas. ¿Eran estas? ¿Ayudarían? ¿O ahora eran veneno para ella?

Empezó a llorar. El mar subió y ocultó la vista del timonel. Se limpió el ojo de buey y maldijo. Nada ayudó. ¡Qué tormenta tan terrible! Peor incluso de lo que recordaba de la primera vez que vio esa película.

Se quedó allí mucho tiempo.

Más tarde esa tarde se despertó y encontró a Beverly sacudiéndole. ¿Lo había visto con Emily, entonces? Dios, si lo hubiera hecho, ¡la rabieta se habría ido abajo! Cuando recuperó la compostura, descubrió que no era ninguno de los dos: una cara desconocida le miraba desde arriba, un chico extranjero de nariz grande, ojos redondos y aspecto de gamin. Tiró de su brazo. Ella también estaba llorando. ¡La película más triste que había visto nunca!

Tocó el hombro desnudo de la conductora. No se movió. Luego giró y lentamente cayó de lado, para tumbarse sobre un montón de cajas. Sabía que estaba muerta.

Lloró, y el niño lloró con él. Sostuvo a la niña demacrada y dejó que las lágrimas fluyeran. No recordaba exactamente por qué lloraba, pero se sentía bien. Algo iba radicalmente mal en el mundo, y esta era la única forma en que podían compartir su miseria.

Al cabo de un rato descubrió que había empezado otra película, una que recordaba haber visto en Saturday Film Classics, antes de que su padre se dinerara en el gran holo-vídeo que tanto odiaba a su madre. Esta película terminó con la propia Muerte arrastrando una cadena de víctimas recién fallecidas de la peste a través de un brezal, devastado y árido, bailando, saltando, saltando y girando a todos hacia la oscuridad y la eternidad de la tumba.

No le había gustado esa película. Le dio un miedo terrible.

Pero era real. Era lo que estaba pasando.

Se levantó, levantó el cuerpo terriblemente ligero y deshidratado de la conductora, la acunó en sus brazos y bajó del camión. La niña la siguió. El sol poniente convirtió el pueblo y a sus habitantes mudos en sangre y sombras.

Empezó a bailar, mientras los esqueletos hacían música eldritch y llevaban el tiempo. Sonaban bastante bien. Preguntándose, el niño siguió a paso lento.

"¡Dónde para, nadie sabe!" Su padre citó sentenciosamente de algún lugar. Él, Beverly, Emily, Mavis, sus padres, el niño y toda la gente de su vida se unieron a Death in Yellow e hicieron un saraband amateur pero entusiasta por la ciudad vacía de Khoi.

Nunca recordaba cuándo ni dónde — ni si — la música se detenía.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Si las sombras hemos ofendido, piensa solo en esto, y todo se arregla.
Que solo has dormido aquí. Aunque estas visiones aparecieron.
—Un sueño de verano, William Shakespeare

Lunes, 13 de julio de 2048

“todavía no me lo creo", se maravilló Wrench.

"Es él, desde luego. Lleva trabajando para nosotros un año o más. Rose aquí, lo reconoció." El general Copley hizo un gesto para que la mujer avanzara con una mano manchada de pecas. "Capitana Rose Thurley, comandante de cuadros Wren." "¿Cómo ... ¿dónde ha estado Lessing...?" Por una vez, Wrench estaba perdido.

"Debe ser inmune. Un día se deambuló por ahí, fuera del territorio de Pacov", respondió la mujer con timidez. "En una vieja furgoneta rusa de panadería. Una locura absoluta."

"Cuéntale sobre la chica", sugirió la cuarta persona en la sala al mercenario de aspecto sórdido llamado Kenow. También llevaba insignias de oficial, pero en estas milicias de colonos elevadas — en realidad simples ejércitos de ocupación — la insignia significaba lo que el portador decía que significaba.

"Eh, claro. Bueno, en la parte trasera de esta furgoneta, se había preparado unas excavaciones: una camilla, una estufa de queroseno y provisiones. Como una caravana... ehm, caravana, así lo llamáis los americanos."

"La chica, la chica", insistió Kenow.

"Sí, está bien, pero primero: entonces yo estaba a cargo de las patrullas fronterizas. Nueva Sverdlovsk ahora tiene fronteras y costumbres, y campos de reasentamiento de refugiados, y demás. Uno de mis escuadrones vio entrar una furgoneta enorme. La detuvieron, y allí estaba el pobre Lessing, todo salvaje, con el pelo y la barba como un maldito cavernícola, vestido con

un chaleco azerbaiyano, pantalones de ejército israelí y botas de campesino ruso. Armas y munición suficientes para hacer el maldito mundo." Se retorció en un mechón de cabello rubio rojizo con mechones grises; el hombrecito con el elegante uniforme negro del Cuadro del Partido Americano de la Humanidad la inquietaba. "Bueno, en la entrada del compartimento de carga vimos a esta chica, una niña, como, sentada contra la pared."

"¡Un auténtico nocaut!" Kenow puso los ojos en blanco.

"¡Un niño de doce años, maldito imbécil! Muertos como un dodo, y momificados también, reducidos a huesos con piel estirada sobre ellos envuelta en harapos." ‘

"¿Muerto?" Wrench no estaba seguro de haberla oído bien. "¿Lessing llevaba a una chica muerta?"

"Es difícil conseguir una cita por aquí", observó Kenow con sequedad.
"La llamaba Emily, a veces Mavis, a veces Beverly. A veces 'señora conductora'. Deberías haberla visto, pobrecita: seca, como esos faraones de Egipto. No se separaría de ella. Costó convencer... tres celadores y una aguja llena de narcodina... para soltarle y llevarlo al hospital."

"¿Lo conociste enseguida?"

"Yo no le vi entonces yo mismo. El sargento de guardia presentó un informe, pero nadie pensó mucho en él. Solíamos tener una docena de estos inmunes cada semana, cada uno más raro que el anterior. Gente moribunda, locos demasiado perdidos para ser ayudados. Había una, una mujer rusa grande como un gorila que se aferra, completamente desnuda, pintada por todas partes con cruces, entró disparando

Wrench le hizo un gesto para que continuara con su historia. "Ah. ¿Cuándo reconociste a Lessing?"

Ella lo miró con cautela. Sonaba más como un interrogador que como un hombre buscando a un amigo perdido hace mucho tiempo. "Mucho tiempo después. Le dimos de comer, le dimos trabajo en el campo... muchos de los

con daño cerebral podían hacer tanto... y lo dejaba estar hasta que se muriera o recuperara la cabeza. Casi todos murieron, ¿sabes? La mayoría de los inmunes de Pacov no lo eran realmente. Solo eran reacciones tardías. El noventa por ciento cayó de golpe, algunos sobrevivieron una o dos semanas y unos pocos duraron seis meses o más. A los que llegaron más allá de eso podías contártelos con los dedos. Nos sorprendió descubrir que Lessing sobrevivió a Artie Carlson... Es nuestro encargado del censo... pensaba que sus récords estaban engañados."

"¿Reconociste a Lessing cuando lo viste?"

"Claro. Le había conocido hacía tiempo. Éramos simplemente juntos." Intentó que la cautela no se notara en su voz. Se decía que este comandante de cuadros Wren ocupaba un puesto alto en la jerarquía del partido gobernante de Estados Unidos.

"Yo lo conocía igual", afirmó Kenow con arrogancia. "Pero me dejaron engañar. Debió verlo ahí fuera cientos de veces, azadando, arrancando malas hierbas, y nunca lo vi. Tampoco dijo nunca nada. Eso funcionó."

Wrench jugó con los botones de su abrigo de uniforme. No esperaba que Rusia estuviera tan cálida en julio.

La mujer volvió a tomar el hilo. "Un día pasó por el hospital, preguntó dónde estaba su Emily ... La chica muerta, se refería. En fin, el Dr. Casimir, de nuestro equipo psiquiátrico, tuvo la curiosidad suficiente para hacerle contar su historia. De alguna manera mencionó al coronel... eh, General... Copley. También me nombraron a mí. Luego salen los demás. Nuestra sede está justo al otro lado de la calle del hospital, así que me mandaron llamar."

El general Copley se apartó de la única ventana. La vista no era atractiva: rus cuadrada, bien pintada, poco imaginativa
sian architeciurc, calles anchas pero poco inspiradas, vehículos soviéticos reparados una y otra vez para ahorrar en la menguante reserva de transporte israelí y estadounidense de la colonia.

Se dirigió a Wrench. "Rose me llamó. Supe a Lessing enseguida. Sirvió en mi unidad. Buen hombre." Parecía de alguna manera apagado y desinteresado, como si quisiera volver a otra cosa.

"Sí, un buen chico", añadió Johnny Kenow con sinceridad. "Sirvió con él en la Guerra de Baalbek, allá por el 38. Lo vi de nuevo en Guinea, justo antes de Pacov. Después de que Pacov impactara cogí un avión, un

cargado de golosinas, y la emperatriz María Leonore Teresa de Guinea, así que venimos aquí. Pacov atrapó a la mayoría de los guineanos, pero yo y la emperatriz... es francesa... Lo lograste. Me casé con ella." Mostraba orgulloso los dientes amarillentos por la nicotina. "Ahora tiene un bollo en el horno... Seis meses de embarazo."

Historias como la de Kenow eran rutinarias. El general Copley rozó una bota de montar impecable contra la otra.

Wrench preguntó: "¿Él ... ¿Está Lessing recuperado? ¿Te contó lo que le pasó?"

"No mucho que tenga sentido", respondió Rose. "Sobre algún barco, un viaje por mar, acción naval, una tormenta, hombres rana. Y sobre Emily, Beverly y Mavis... Un pelotón entero de amigas." Si la información de Wrench era correcta, esta mujer había sentido pasión por Lessing — probablemente por eso lo rescató de lo que equivalía a una esclavitud abierta en Nueva Sverdlovsk.

Merecía la pena intentarlo. Wrench dijo: "La última vez que le vimos fue que gestionaba un resort en el Pacífico Sur. Los Izzies asaltaron el lugar y lo quemaron hasta los cimientos. Masacraron a doscientas diecisiete personas, incluidos casi cien niños de vacaciones. Lessing desapareció. Pensamos que o bien se había ido a humo o que le habían dado un pulgar en la playa y su cuerpo se había arrastrado mar adentro. Nunca supimos qué le había pasado... hasta ahora."

"Y tú respondiste destruyendo Israel con Pacov", rapeó el general Copley. Tenía fama de ser el tipo de simple que no aprobaba la guerra biológica —

ni nada mucho más largo que una piedra lanzada. Prefería armas cuerpo a cuerpo: puños, dientes y clavos si era posible.

"No nosotros. ¡No es cierto!"

"¡Que los Yoodies se lo hagan bien!" Kenow se rió a carcajadas. "¡La gente dice que empezaron con Pacov!"

Wrench negó con la cabeza. "Tampoco hay verdad en esa historia, que sepamos." Sonrió. La simpatía era una cualidad útil; probablemente le conseguiría lo que Mulder le había enviado a buscar: Alan Lessing, milagrosamente vivo tras más de cuatro años. El Partido podría necesitar un héroe, testimonio viviente de la perfidia de los Vizzies y los Izzies, con la guerra que ahora se gestaba en California.

Cogió su gorra de oficial con visera y frotó su insignia esmaltada, un escudo rojo en el que un círculo negro rodeaba un fondo blanco. El círculo estaba dividido en cuatro cuartos por una gruesa cruz negra. Un día, pronto, abrirían el círculo negro en cuatro lugares, justo antes de su intersección con cada brazo de la cruz.

El pestillo de la puerta hizo clic. Era un celador. Saludó y susurró a Copley.

"Parece que Lessing tiene una segunda visita", anunció Copley. "Otro de los tuyos, el Comandante de Cuadros Wren. Una mujer."

"Esa será AnnelieseMeisinger. Estaba en Seattle cuando recibimos la noticia de que Lessing había sido encontrado vivo aquí." ¡Maldita sea! Había intentado evitar que Liese aprendiera demasiado pronto. Cuando pensó que él estaba muerto — y Emma Delacroix con él — casi se suicidó de dolor. Ahora este shock. ¿Quién sabía qué efecto tendría en ella una Lessing desquiciada o sin cerebro?

Liese entró en un torbellino de faldas gris humo con faldas dimdl. Nunca adoptó el severo uniforme blanco y negro prescrito para las miembros femeninas del Partido. El beige o gris pálido le sentaban mejor, normalmente con accesorios negros. Hoy había añadido un pañuelo de seda escarlata para

enfatizar. Las mujeres reconocían esto como un "armario de poder"; Los hombres la veían como elegante y sexy-sofisticada. El general Copley ya estaba completamente despierto y prestando atención, notó Wrench, y Johnny Kenow la admiraba abiertamente. Rose Thurley le dedicó un asentimiento superficial.

Liese se dirigió hacia Wrench. "¿Lessing?"

"Está bien, dicen estas personas. Algunas dificultades psicológicas. No había tenido tiempo de alertar a Copley y a sus subordinados sobre los problemas de habla de Liese.

"Loco como un gato en un barril de whisky", se rió Kenow.

Wrench le lanzó una mirada de advertencia al hombre. ¡Hijo de puta insensible! "Lessing sigue sufriendo alucinaciones. Vagando solo todos esos años, entre las ruinas y los cadáveres" Se iluminó

deliberadamente. "¡Ahora tengo que reescribir la oración fúnebre que di para el jizmo en Ponape!"

"¡'Héroe del Partido, mártir de la causa!'" Dijo Liese y se rió. Su voz sonaba temblorosa, al borde de las lágrimas.

Lessing les esperaba en el jardín del hospital, sentado en una silla de jardín y enmarcado por un enrejado de flores rojas. Se levantó.

"¿Lessing?" Wrench escuchó la respiración entrecortada de Liese detrás de él.

El hombre parecía mayor, más delgado, canoso, ennegrecido por el sol, con líneas y callosidad por el trabajo duro. Sus pantalones rusos y la camisa blanca de cuello abierto no le quedaban muy bien. Parecía un jornalero envejecido.
Pero su voz era la misma. "¿Llave inglesa?" Luego: "¿Liese ...? ¡Hola!"

Copley se dio la mano, puso excusas y se marchó. Kenow y Rose Thurley se quedaron. La expresión de la mujer era un estudio de posesividad, ansiedad y algo más que iba mucho más allá de "viejos simples amigos". Liese quizá tenga que cuidarse a sí misma.

"¿Por qué?" Liese tragó saliva. "¡No nos llamaste!"

Los ojos azules — más pálidos de lo que Wrench recordaba — sonrieron, luego se apartaron de forma indirecta. "No."

"¿Por qué no?"

"No hay razón para volver. No quería volver a hacer señas. Demasiado viejo para ser un mero animal. Y he oído que estabais ocupados reconstruyendo América. No habrías tenido tiempo... No hay lugar para mí. La agricultura se siente mejor: plantas y tierra, lluvia y sol."

Liese lanzó una mirada rápida a la australiana. "¿Contento?"

"Bastante bien." Esperó: relajado, tranquilo y paciente

Wrench dijo: "Podríamos habernos encargado de ti, Lessing. Nosotros... tú y yo, todos nosotros... son más que simples conocidos de negocios, maldita sea. Solo tenías que llegar al asentamiento americano en Nueva Moscú para llamarnos."

"He llegado a Ufa", respondió sin importancia. "Izzies ahí. Casi me hacen un pulgar con el pulgar."

Kenow murmuró: "Ufa está un pueblo más abajo en la calle. Yoodie sede de esta región... Nuestros rivales, gente dura. Quieren las acerías de Sverdlovsk, la ingeniería pesada, los plásticos. Tenemos muchas cosas que les encantaría poner a sus recolectores de algodón."

Lessing dijo: "Copley cree que algún día tendremos que luchar contra los Izzies, aquí mismo en Rusia." Quizá estaba hablando de las flores carmesí y frondosas detrás de él.

"Vuelve a casa", le animó Liese suavemente. "Ahora."

La miró, desconcertado por primera vez. "¿Casa? ¿Está Sonny?"

"A veces habla de ese 'Sonny'", le dijo Rose en voz baja. "Alguien que conoció en Israel, creemos."

Wrench dijo: "Luchó allí en la Guerra de Baalbek. ¿Un simple compañero?"

"No lo creo. A veces llora cuando el Dr. Casimir, que le ha estado tratando, menciona a 'Sonny'. Quizá una Izzie con la que se lo pasó mal."

Lessing había escuchado. Dijo: "Está muerto, lo vi. Fueron sus pantalones verdes los que saqué del coche."

"Él también nos lo ha dicho. Sobre un incendio, una ciudad

muerta." "¿Ponape?" se preguntó Liesse.

"No." Lessing le habló directamente. "Jerusalén."

Rose negó con la cabeza. "Aquí es donde se vuelve vago. Habría tenido que volar como un cohete desde Ponape hasta Israel a tiempo para estar allí cuando alguien drogara Oriente Medio con Pacov. Pero luego habla de un barco en el mar, una tormenta, y el resto te lo conté arriba. A veces dice que la 'señora del conductor' le llevó a Jerusalén. O quizá de Jerusalén a otro lugar. ¡Dios!"

"¿Alguna vez pregunta por sus compañeros de Ponape?" preguntó Wrench. "Los suecos encontraron cuerpos en las celdas de la sede de ARAD en Jerusalén. Uno de los amigos de Lessing, un árabe llamado Abu Talib, estaba entre ellos."

"Habla un poco de una mujer llamada Emma. Una vez, bajo hipnosis, le gritó a alguien llamado Mallon que huyera y se escondiera. Eso es todo."

"Emma Delacroix: una señora mayor y agradable que había vivido la mayor parte de su vida en África. Los Izzies la agarraron de Ponape, y luego desapareció. Podría haber resultado herida y haber muerto de camino a Israel... o más tarde en una de sus prisiones. Mallon fue asesinado en Ponape. En cuanto a Abu Talib, los Izzie le habían dado una buena paliza, pero la verdadera causa de la muerte fue Pacov. Lo identificamos a partir de los registros dentales. Sin embargo, su esposa y quizá un hijo siguen vivos; se fue a Arabia Saudí o a algún sitio."

"Como que Lessing bloqueó todo el duelo de tiros", dijo Rose. "Lo que no piensas nunca pasó. Suerte, en cierto modo."

Un húngaro compacto, de mediana edad, con cejas y cabellos negros y tupidos y atigrados a juego, cruzó la hierba apresuradamente hacia ellos. Rose lo identificó ante los demás como el Dr. Casimir.

El recién llegado miró de uno a otro. "El general Copley dice que quiere llevar a este paciente de vuelta a Estados Unidos. No veo por qué. Aquí se está recuperando bien."

Wrench recurrió a la autoridad de su uniforme de Partido. "Es uno de los nuestros, doctor. Tenemos un deber con él."

"Hmmph. Bueno. Somos bastante capaces."

"Por supuesto. Pero tu gobierno "

"General Copley"

“… Ha acordado con nuestro gobierno"

"Tu Partido de la Humanidad"

"¡Por favor! Lessing debería volver con nosotros. Podemos ofrecerle la mejor terapia disponible. Sus amigos..."

"Está en paz en Sverdlovsk", dijo el médico. "Ojalá nunca hubieras descubierto que estaba aquí."

Wrench no tenía ni idea de quién había informado a los agentes del Partido en Nueva Moscú de la presencia de Lessing. ¿Kenow? ¿El propio Copley? Quizá solo un "entender" intercambiando información diversa por unos pocos clips de munición americana — o una caja de cintas de pompones de la ira B por el holo-vid.
La informante no era Rose Thurley; ¡Su cara era tan legible como una valla publicitaria!

"Nos lo llevamos, doctor." Wrench miró a Rose. "Puedes venir a verle cuando quieras. Te llevaremos a nuestro coste en un avión 'Russ-ops' del gobierno estadounidense."

"Es luz verde por mi parte." La mujer parecía dispuesta a ser razonable. "Debería ir a donde mejor le traten."

"¡Aquí mismo, en Sverdlovsk!" dijo el propio paciente. "Wrench, estoy bien. Todo lo que necesito... Rose y Johnny y, de vez en cuando, el coronel Copley para disparar al toro." Hizo una pausa, "Y realmente debería quedarme cerca de Beverly. No puede moverse mucho, ¿sabes?"

"¡Queda corto de ese maldito año!" Rose respiró. "Esa será la chica muerta."

"Pero se está recuperando", continuó Lessing alegremente. "En cuanto pueda viajar..."

Liese se dio la vuelta.

Maldita sea, pensó Wrench con tristeza, ¡esto tenía que pasar! Liese no estaba bien, y los médicos le habían recetado "cheery-pops", el último medicamento que alteraba el ánimo.

Lessing se levantó y fue hacia ella. Giró la cabeza, murmurando algo lastimero que nadie más pudo oír. Luego se quedó rígida, cerrándose sobre sí misma.

Debe de ser un infierno, pensó Wrench, ser abrazado por un fantasma

"No tengo mucha elección, ¿verdad?" preguntó Lessing. Retrocedió. "¿Me llevas contigo a Estados Unidos?"

La voz de Liese era amortiguada pero aún audible. "Sí. Venirse. I … Nosotros... te quiero."

Wrench dijo: "Podemos ayudarte, tío. Perteneces a nosotros."

"Entonces será mejor que vaya a hacer la maleta. Espérame arriba." Sonaba solo ligeramente preocupado. Su curación aún tenía camino por recorrer.

Entraron, a una agradable sala de espera azul pastel. Se sentaron torpemente en sillas formales de madera, con respaldo recto, alrededor de lo que parecía una mesa de cartas cubierta con acolchado verde de plástico, mientras uno de los subordinados del Dr. Casimir les servía té y croissants con mantequilla.

Wrench se ocupó de la comida; le daba tiempo para pensar — y a Liese tiempo para recuperarse. "Lessing va a estar bien." Intentó sonar definitivo, por el bien de Liese.

El Dr. Casimir observó a Liese. Le hizo un gesto a Rose para que fuera hacia ella. A Wrench respondió: "Por supuesto. El pronóstico mejora cada día. ¿Té?"

"Ya no tenemos buen té. La mayoría de los países productores de té están demasiado afectados para exportar mucho."
El doctor bebió un sorbo. "Son limones y azúcar que no podemos conseguir. Una de las repúblicas sucesoras chinas nos lleva té en avión, y hemos empezado a plantar nuestras propias remolachas azucareras. Pero los Izzies, turcos y pakistaníes se trasladaron a lo que antes era territorio israelí al sur y al oeste, y no son tan amigables."

"Dime qué quieres", ofreció Wrench con amplitud. "Podemos llevarte en un poco de cítricos. España, Italia y el sur de Francia están todos de nuevo en pie y listos para negociar."

El doctor movió una ceja. "Vuestro Partido de la Humanidad gobierna gran parte de Europa ahora ... así como en Norteamérica ... ¿Eh? Puedes pedir limones del Mediterráneo, aceitunas de Grecia, vino de Francia e Italia, mantequilla de Holanda... ¿todas las cosas buenas de los viejos tiempos?"

"Intercambiamos, sí. Pero el Partido no gobierna a nadie, en ningún sitio. Hay organizaciones hermanas en varios países europeos, pero no hay una superestructura internacional más allá de un comité de enlace. Tenemos menos poder real, incluso en Estados Unidos, que los antiguos partidos políticos. Autonomía local, eso somos nosotros."

Las cejas notables del Dr. Casimir se fruncieron en un ceño. "Si tú lo dices... pero he leído un poco sobre las ideas nacionalsocialistas de autonomía local."

"Las cosas son diferentes ahora. Esto no es el siglo XX. No queremos policía secreta ni 'Planes Quinquenales'. Estamos a favor de la libre empresa y de los incentivos personales."

"No socialismo ... ¿control estatal por vuestro partido monolítico?" Wrench sonrió. "Apoyamos la coordinación de la producción económica importante: lo que los alemanes llamaban Gleichschaltung. Estamos experimentando con eso. La raza humana debe gestionar sus recursos para el futuro. Pero dejamos en paz a las pequeñas empresas e industrias; ahora son más libres que bajo la 'democracia' de la antigua EE.UU., que en realidad era socialismo burocratizado. Tenemos menos impuestos, menos control, menos restricciones. El gobierno estadounidense implementa ahora la voluntad del pueblo de forma más verdadera que en generaciones."

"Hay protestas, oímos. ¿Sectores que no están de acuerdo contigo?" "Claro. Siempre los hay. Los grandes gatos se lanzaron al tren de la salsa, los estafadores de las ayudas sociales obligados a trabajar por su dinero, intermediarios que realmente tienen que producir algo útil para variar. Estamos estableciendo tipos de interés razonables, evitando que los usureros y 'hombres del dinero' desvien la riqueza, cambiando de una economía de papel moneda a una basada en bienes reales. Eso es solo para empezar. También estamos estandarizando la ley, eliminando injusticias,

reduciendo el gobierno con mucho peso superior, formando a los desempleados, mejorando la educación y ayudando a los agricultores a conservar sus tierras. Y si alguien piensa que todo esto es fácil, ¡es bienvenido a probarlo!"
"¿Y los Black? ¿Los judíos?"

"No están encantados. Muchos negros están emigrando a África, ahora que Pacov casi la ha arrasado al norte de la frontera sudafricana. Hay varias colonias, la mayor dirigida por un negro estadounidense, un musulmán llamado Khalifa Abdullah Sultani. Estamos trabajando para ayudarle a que todo funcione. Los judíos son otra historia. Están acostumbrados a estar en el corazón del gobierno, en la cima de las profesiones, en los medios, en los negocios y las finanzas, y últimamente también en el centro de las actividades estatales y locales. Cuando Starak destruyó nuestras grandes ciudades, su poder cayó mucho. Hemos tomado medidas para asegurarnos de que se mantenga abajo. Pero han vuelto a sus viejas artimañas, causando problemas, intentando incitar a los negros y a otras minorías que quedan, trabajando día y noche para destrozar lo que hemos construido. Tendremos que tratar con ellos con más estrictura... Y pronto. Quizá los enviemos a lo que queda de Israel, en cuanto los equipos de descontaminación digan que está limpio de Pacov. ¡Desde luego, ahora está vacío de árabes! O pueden unirse a las colonias israelíes aquí en Rusia. En cualquier sitio, deberían estar contentos. Estaremos encantados de ayudarles a reubicarse."

El doctor miró al techo. "El otro día mencioné 'los rusos desaparecidos' al señor Lessing. ¿Sabes qué ha respondido? Dijo: 'Somos los rusos. ¡Toca lo viejo, llama lo nuevo!'"

"Inteligente, dadas las circunstancias. Mis antepasados eran ingleses, pero ahora soy estadounidense, pura y simple. ¡No exijo volver a mi 'tierra natal', echar al rey y gobernar Inglaterra! ¡El pasado no debe dictar el presente y el futuro! Los judíos nunca han podido ver esto. Insisten en su antigua identidad tribal, sacada directamente del Antiguo Testamento."

"Sin embargo, no quieres que se asimilen, que se mezclen y desaparezcan en tu población, ¿verdad?"

"Francamente, no. No queremos que nos cambien. Eso ya ha pasado suficiente. Cuando llegaron a América como refugiados, los acogimos. Luego tomaron el lugar y empezaron a reconstruirlo a su gusto. Convirtieron a Estados Unidos en un chiquero multirracial. Respiraremos más tranquilos cuando estemos completamente libres de ellos y de su influencia."

El doctor Casimir miró a las dos mujeres, con las cabezas juntas como si hubieran sido amigas durante años. '"El viejo orden cambia-geth ... ."'

"Changeth, sí, pero no fácilmente. Hace falta una revolución de base para cambiar un sistema tradicional arraigado. Cualquier cosa menos que eso es algo cosmético. Hemos aprendido que una reforma gradual es casi imposible, especialmente cuando luchas contra intereses creados, una élite de poder, un Establishment. Como la Revolución Rusa, la Revolución Francesa o la conquista de los árabes por parte de los Izzies, una verdadera
La revolución tiene que ser dura y completa, una ruptura limpia con el pasado. Un trastorno así no puede evitar causar sufrimiento."

"Dracónico. Esa es la palabra que quiero. Llamas a una solución violenta, dura y simplista: una respuesta draconiana a preguntas complejas."

Wrench sonrió amablemente. "Como dejar de fumar... o alcohol, que es lo que intento hacer ahora. Dejarlo de golpe es un infierno, pero reducir poco a poco no me funciona."

"Esto es diferente, Comandante de Cuadro. Estamos hablando de personas... y instituciones sagradas y ancestrales"

"Sí, personas que han sido engañadas, controladas y explotadas durante siglos por esas instituciones ancestrales, doctor. ¡Se merecen algo mejor!"

"¿Nacionalsocialismo?"

"Sí. No exactamente lo que tenían en el Tercer Reich, quizás, pero seguía siendo nacionalsocialismo. Estamos trabajando por un orden mundial que guíe pero no tiranice; que honra a creadores, productores y trabajadores; que ayuda a los necesitados a librarse de sus problemas en lugar de lanzarles limosnas piadosamente."

"¡Eres un idealista, Comandante de Cuadro! O un tonto. Probablemente ambas cosas."

"¡Orgulloso de ser ambos! No podemos seguir dependiendo de soluciones arcaicas 'probadas y comprobadas', no después de Pacov y Starak. Tenemos que experimentar. Los economistas y politólogos, los favoritos del establishment académico 'liberal', nos daban basura. ¡No podían predecir las tendencias económicas o sociales más que la adivina del carnaval! Repartían teorías de conjetura envueltas en estadística y jerga y se entregaban con toda la autoridad pontificia de las Vírgenes Vestales. ¡Han metido la pata! Ahora nos toca a nosotros intentarlo."

"¿Y quiénes son vuestros expertos económicos? ¿Adolf Hitler? ¿Vincent Dorn? ¡Tu gran pensador que se esconde tras un seudónimo y un ejército de guardaespaldas!" El médico estaba bien informado. Gran parte de lo que Wrench había estado diciendo venía, en efecto, de "Dom". Wrench dijo: "En parte cierto. Dom es nuestro teórico, nuestro historiador, el que mejor ve a través de la niebla. Pero no puede con todo; El mundo es demasiado complicado. Tenemos otros expertos, además del ordenador más sofisticado jamás ideado. ¡Puede comparar y evaluar quizá mil millones de variables a la vez, y tiene bancos de datos que contienen toda la información desde la Creación!"

"Dejarías que una máquina dirigiera a la humanidad... ¿nuestras vidas?"

"¿Por qué no? Ningún individuo o grupo puede controlar todos los datos, y mucho menos sopesar probabilidades y evaluar resultados a largo plazo. Nos marcamos nuestros objetivos... ninguna máquina hace eso por nosotros... y luego nuestros ordenadores nos dicen cómo conseguirlos."
"Gestión de datos, veo. ¿Pero las decisiones tomadas por una máquina? ¿El futuro del mundo?"

"¡Estaremos mejor que bajo muchos líderes humanos que pueda nombrar!"

Sus rostros se sonrojaron y sus voces se elevaron. Liese y Rose interrumpieron la conversación y las miraron. El médico dijo: "¿Y Alan Lessing? ¿Cómo encaja en tu plan informático para la raza superior?"

"Él es ... fue ... Un compañero de trabajo valioso. También es un viejo amigo. Nada más."

"Fue protegido de Herman Mulder, que es Secretario de Estado del presidente Outram y Vicepresidente de vuestro Partido de la Humanidad bajo Dom."

"Así es." Wrench recuperó el control. "¿Lessing habló del señor Mulder?"

"No. Nunca menciona nada después de su... ¿Cómo lo llamas? … secundaria ... Instituto. El general Copley le contó a Rose sobre la amistad de Lessing con Mulder."

"Era el guardaespaldas del señor Mulder en la India. Cuando desapareció en la incursión de Ponape, los Mulder quedaron devastados. Ahora que ha aparecido como el proverbial malo céntimo, están eufóricos." Wrench se detuvo para respirar. "¿Lessing no habla del presente? ¿Sus propias experiencias? ¿Qué está pasando en el mundo?"

"No muestra interés. Parece que no le importa."

"¿Ni siquiera sobre Pacov y Starak? ¡Dios, las cosas que debió de ver!"

"Para él es como una película de cine. Él observa pero no participa, ni siquiera cuando él mismo es uno de los actores."

"Siempre fue un cabrón distante", reflexionó Wrench. "Nuestra sociedad engendró a muchos como él: la 'gente periférica', los 'terminalmente no volonticos', como alguien lo dijo. No sé si a Lessing le importaba mucho su mujer."

"¿Esposa? ¿Qué esposa?"

"¿No lo sabías? ¡Dios mío! Sí, una encantadora chica india, Jameela Husaini. Los Izzies la mataron durante su incursión en Ponape. ¿Nunca te lo dijo?"

"¡Nunca dijo...! ¡No teníamos ni idea!" El doctor parecía enfadado, casi como si Lessing le hubiera traicionado personalmente.

"Como si no le afectara, no en el fondo, donde vive." Wrench levantó la tapa de la tetera para ver si había más té. Era fuerte, negro y aromático, tal y como le gustaba.

El doctor se levantó. "Dondequiera que viva Alan Lessing, es un lugar muy privado, bajo barreras, muros y defensas más gruesas que cualquier Búnker del Fiihrer."
Wrench hizo un gesto a Liese. "Gracias por el té. Tenemos un avión que coger. Lessing ya debería estar listo."

Mientras se dirigían hacia la puerta, el Dr. Casimir dijo: "Por cierto, comandante de cuadro, soy judío."

"Lo había adivinado", dijo Wrench. "Me sorprende que no te hayas mudado a las colonias Izzie en Rusia."

"Copley no me molesta. Tengo cosas que hacer aquí."

"Las cosas cambian", respondió Wrench, y sonrió.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Los liberales — en diversas formas y encarnaciones — gobernaron el mundo occidental durante un siglo. Sus objetivos eran altamente idealistas y altruistas— en teoría. De hecho, por supuesto, los liberales nunca pudieron realizar las aspiraciones ni siquiera de sus mejores pensadores: libertad de la necesidad, empleo para todos, cuidado de enfermos y ancianos, fin del crimen— la lista es larga. Su dificultad residía en su mala interpretación de la naturaleza humana; sus teorías sobre la igualdad y la maleabilidad humana simplemente no tenían base en la realidad. La izquierda adoptó el comunismo teórico de los intelectuales judíos, solo para descubrir que esto producía despotismos rusos, polacos, checoslovacos, búlgaros, etc., en lugar de "igualdad para todos" y "para cada uno según su necesidad". En el mejor de los casos, estos estados comunistas acabaron volviendo a un cuasi-capitalismo; en el peor de los casos, eran inimaginablemente horribles.

Fuera de Europa, el comunismo se manifestó en formas localizadas: por ejemplo. China Popular, Vietnam, Corea del Norte. Laos y Camboya. Estos también eran despotismos. Tenían nuevos nombres y rostros, pero bajo la superficie eran simplemente herencias de sociedades asiáticas del pasado. Lo mismo ocurría en Sudamérica y Centroamérica: dictaduras tradicionales adornadas con estrellas rojas.

El Centro liberal — ejemplificado por Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos — eligió una u otra forma de "democracia representativa". Si estos estados fracasaban, no era por falta de .atar. Pero era demasiado difícil lograr los cambios sociales necesarios mientras al mismo tiempo se mantenían todas las versiones concebibles de los "derechos civiles" de todos. La capacidad de adaptarse a nuevas situaciones quedó atascada en la red cada vez más extendida de administración, burocracia y las presiones de personalidades y "grupos de interés" en competencia.

El mayor fallo del pensamiento liberal centrista es la inacción: atarse a demasiadas voces, adoptar demasiadas soluciones y terminar siendo dominado por otros que son más fuertes y mejor dirigidos. ¿Te doy una receta perfecta para el fracaso? No inicies ni mantengas políticas fuertes: siempre reacciona— a menudo de forma débil e inapropiada— a las de los demás. Haz solo cambios menores, ya que los grandes sin duda ofenderán a alguien. En caso de duda, convoca un comité, organiza un seminario, haz un referéndum, presenta demandas, deja que todos tengan voz y voz. Dejar el verdadero poder

en manos de las camarillas clandestinas dentro del gobierno. Asegúrate de que tus ciudadanos estén demasiado satisfechos con pan y circo—hamburguesas, holo-vid y fútbol—para exigir un papel real en su propio gobierno. Cuando te enfrentes a una elección urgente, asegúrate de perder el tiempo y luego elige el camino de menor resistencia. Haz poco, y hazlo despacio. Juegos políticos tan cobardes, hipócritas y políticos no funcionarán en nuestro mundo post-Pacov. No habría funcionado mucho más sin Pacov y Starak. Nos enfrentamos —y seguimos enfrentando— problemas horribles: el efecto invernadero, la contaminación, la guerra. Drogas. SIDA (que sigue extendiéndose a los heterosexuales). población blanca de los grupos en los que es endémica, a pesar de nuestros mejores esfuerzos), y una docena más. Las instituciones obsoletas ya no servirán, y no podemos permitir que nuestros gobernantes actuales lo hagan

destruir nuestro medio ambiente mediante la acción o la inacción. Con pesar, el pasado se aferra a nosotros, mientras nosotros nos aferramos a él.

El Partido de la Humanidad ofrece una vía: una salida no solo hacia arriba, sino hacia arriba. Pedimos trabajo, sacrificio y cambios profundos—a veces duros, difíciles, radicales—en nuestra sociedad. Amamos a América; Amamos nuestro ethnos; Creemos que todas las personas, en cualquier lugar, deberían amar a su propio etnos de manera similar. Como sociedades separadas y homogéneas que trabajan juntas en colaboración amistosa, podemos construir un mundo donde Pacov, Starak. Y la destrucción atómica nunca podrá volver a ocurrir. No puede haber com-Kromise, ni salvar lo viejo y así limitar lo nuevo. ¡Debemos librarnos de los parásitos sociales y las doctrinas que nos debilitan! Debemos hacerlo ahora. No podemos esperar. No podemos dudar. No debemos fallar. Nuestro etnos, nuestra nación y el futuro de nuestros hijos están en juego.

—Resumen de un discurso pronunciado en la Universidad de Georgia por Vincent

Dorn, sábado, 28 de agosto de 2049

Sábado, 21 de agosto de 2049

La habitación tintineaba y goteaba; eso llevó a Lessing a algún recuerdo difuso de la infancia de una cascada, hojas mojadas, sombras sinuosas sobre guijarros oscuros y brillantes en un arroyo. Recordó pájaros, mariposas e

incluso un ratón de campo gris y de ojos agudos que venían a lavarse la cara y beber.

Probablemente otra maldita película: una de esas series de pomérito de naturaleza que su padre solía ver en el canal de artes. En cualquier momento mostraban a los ratones de campo copulando, una serpiente haciendo striptease con la piel, o un alce con astas altas montando a su pareja y gritando su alegría para que todo el bosque la oyera.

Sonrió para sí mismo. Ya había superado la mayor parte de eso: ya no le costaba distinguir la fantasía de la realidad. La sala era uno de los enormes salones de la mansión de Herman Mulder en Virginia. Por el momento sí que parecía una caverna tras una cascada: tenue, nacida, llena de plantas colgantes y arbustos florecidos, agua corriente y olores de tierra oscura y cosas en crecimiento. A seis metros, junto a la pared del fondo, la señora Mulder revoloteaba en la penumbra esmeralda, ajustando las lámparas, colocando las sillas en ángulos precisos, quitando un poco de pelusa aquí, una mota de polvo allá. Ya lo había hecho todo antes, y Eva, la ama de llaves, lo había hecho antes.

A Lessing le llevó meses, como huésped-paciente de los Mulder, descubrir que lo que ambos veían el uno en el otro debía permanecer para siempre un misterio cósmico. Herman Mulder mostró todo el brillo de un fajo de periódico mojado, mientras Alice — ese era su nombre de pila, aunque nadie lo usaba, ni siquiera su marido — derramaba cariño y entusiasmo al mundo como un niño untando mermelada en tostada.

306

RANDOLPH CALVERHALL

Nadie conocía su historia, pero estaba claro que el Hada Madrina se preocupaba mucho por su marido rechoncho, práctico y regordete como un muñeco de kewpie, con sus extraños amigos y causas aún más peculiares. Él, a su manera, era igual de devoto con ella. Sin embargo, el tiempo no había

sido imparcial: a medida que el exterior de Herman Mulder se volvía más suave, terso y menos peludo, su personalidad interior se endurecía, endurecía y se volvía más firme. Su esposa conservaba tanto su aspecto infantil como su confianza en la bondad del universo.

El Hada Madrina lucía una manga de gasa con lentejuelas. Alguien podría haber pensado que se embarcaba en la danza de apareamiento del colibrí de garganta rubí, pero Lessing sabía que no era así: le devolvió el saludo, giró el reóstato en la pared a su lado y observó cómo la fuente en el centro de la sala pasaba de un turquesa brillante a un cálido ámbar. La escultura móvil en su extremo de la cámara cambió de índigos y violetas a naranjas, rojos y amarillos. Sobre ellos, las lámparas de cristal se transformaron y se convirtieron en una llamarada imperial de diamantes y oro. La tela de las sillas y sofás se oscurecía sutilmente de verde bosque a marrón roble.

La fuente, las estatuas y las lámparas de araña eran hologramas, controlados por ordenador para producir la paleta de colores y la decoración que su dueño eligiera. La tela del mobiliario era un nuevo sintético que cambiaba su tono según la iluminación. Este salón era una de las siete habitaciones de ese tipo aquí en la mansión de Mulder en Virginia. Poseía al menos cinco casas similares alrededor del mundo.

Lessing señaló la chimenea holográfica en medio de la pared interior, y la señora Mulder le devolvió la mirada ondulante. Un toque de carátula la transformó del hogar de piedra ennegrecida de un castillo medieval en una delicada chimenea francesa que Luis XIV habría adorado para Versalles. Otros ajustes lo cambiaron de Colonial a Provincial, luego a Hollywood y a cromo y cristal ultra módem. Si pudieras entender el manual de instrucciones poco amigable, un panel oculto de botones diseñaría chimeneas aún más a tu gusto.

Los hologramas fueron la mayor ventaja para la decoración de interiores desde la invención de la pintura. La chimenea era en realidad un nicho de paredes vacías. Tenía un apego que desprendía calor y el sonido de llamas crepitantes, pero no podía tocarse: una mano pasó directamente a través de él. Los últimos hologramas eran móviles. Puedes tener desde palmas

agitadas o peces nadando en el aire hasta una línea de coro de Las Vegas a tamaño real haciendo el shimmy sobre la alfombra del salón.

Otro de los juguetes de Mulder era un salón tan grande como un campo de fútbol en el que toda la corte austrohúngara, hacia 1890, giraba por el suelo al ritmo de valses de Strauss, las mujeres bellas y vestidas como princesas, los hombres barbudos, adornados y adornados con fajas y trenzas doradas. La ultra alta fidelidad,
El sistema de sonido multialtavoz reproducía fielmente el susurro de las sedas y satines al pasar volando, y el toque de un botón llenaba el aire con aromas a vino, comida, perfume, puros y el cálido y ceroso olor del humo de las velas. Una inversión adicional sería comprar un holograma de la propia Susan Kane moviéndose con gracia entre las demás, tal como había aparecido en El Emperador, un año antes de que Pacov terminara para siempre con su baile durante una gira de buena voluntad a Leningrado.

La chimenea se convirtió en un banco de brasas encendidas. Lessing no aportaba más que un toque de picante; la temperatura vespertina de agosto seguía en los ochenta grados. Esperó a que la señora Mulder se acercara a él con el polvo, cepillara y se acercara volando.

"Esta noche cenas con nosotros", murmuró.

"Me las apañaré en la cocina. No soy muy de fiestas."

Se dio unas palmaditas en su peinado plateado deslumbrante. "No. Herman quiere que conozcas al coronel Koestler. Creo que es del ejército, de algún lugar del norte. Luego están Wrench, Jennifer, Hans Borchardt y Bill Goddard... Oh, sé que no te gusta mucho, pero es muy majo... y Grant Simmons, y algunos amigos de la Costa Oeste" se quedó en silencio. "Mucha gente encantadora." El Hada Madrina no mencionó el único nombre que le habría tentado: Liese. La había visto poco desde su regreso de Rusia. Ella había estado ocupada en la sede occidental del Partido en Seattle mientras él estaba allí bajo atención médica y psiquiátrica. Él no la llamó, ni ella a él. De algún modo sabía que debía estar seguro de que tenía todas sus canicas de vuelta antes de acercarse a ella. Si compartían una chispa real, no quería que se encendiera hasta estar seguro de que no la estaba atando a un caos

mental. Ella, en el ron, con su miedo a los hombres y su extraña timidez nerviosa, necesitaba tiempo para adaptarse al regreso de Lessing a la vida. La paciencia era necesaria.

"La cocina", dijo. "Nunca puedo tragar si llevo corbata."

La señora Mulder trinó entre risas. "Te unirás a nosotros, Alan. Por mí." El control le resultaba fácil a un Hada Madrina; Ni siquiera necesitaba varita. Lessing cedió con una buena gracia.

Mulder se había convertido en el anfitrión por excelencia del Partido. Esta noche fue especialmente intensa. Había al menos sesenta para cenar. Esto ya no era la India: no había cocineros descalzos de la empresa con turbantes y uniformes blancos y desgastados, ni fiestas informales con pantalones cortos y camisetas deportivas sobre cerveza y curry bajo fans que giraban lentamente. La cocina era elaboradamente francesa; Los sirvientes eran impecables; el sommelier parecía un miembro fundador de la Cámara de los Lores; jóvenes atractivos con elegantes uniformes del Partido estaban disponibles para acompañar a damas sin escolta; y doncellas elegantes animaban la velada para los invitados masculinos solteros (o no tan solteros). La comida era maravillosa; la compañía no era en absoluto el estilo de Lessing. Después, observó la fiesta desde el vestíbulo sobre el vestíbulo de recepción, lo bastante grande como para ser la rotonda de un edificio del capitolio estatal. "Encantador," retumbó la voz de Bill Goddard detrás de él, "pero aburrido."

Lessing equilibró su diminuta taza de café sobre la balaustrada de mármol y se dio la vuelta. "Rico suele ser aburrido. ¿Dónde preferirías estar? ¿A los liberales rebeldes en California?"

Goddard se tocó el cráneo con los dedos: un surco rojo se abría entre la maleza canosa. Un asesino Vizzie le había dado una arruga en San Diego, y estaba tan orgulloso de ello como un aristócrata prusiano con una cicatriz de duelo nueva.

Miró la chaqueta blanca de Lessing con un buen humor superior. Su propio traje era mucho más bonito: el uniforme marrón de PHASE, diminutivo de Escalón de Seguridad Administrativa del Partido de la Humanidad, llevaba

hombreras con trenzas, cuello alto, botas pulidas, cinturón cruzado con hebilla en relieve y pistola en funda. El Partido ahora también entregaba sus propias medallas: servicio prolongado, heridos en combate, puntería, lealtad... todo. La única que Goddard no pudo ganar fue la cinta que otorgaron por dar a luz a cinco hijos.

"¡Claro que sí!" respondió el hombre a la pregunta de Lessing. "Mejor que quedarse por aquí. Ahora que la guerra ha empezado en serio, sabemos dónde están nuestros enemigos y qué hacer con ellos."

"¿Alguna novedad?"

"No mucho. Los liberales nos están frenando en California, pero nosotros lo estamos haciendo genial en Oregón y Nevada. Y estamos a punto de llamarte a ti, Lessing, para que lideres un heroico asalto personal a Los Ángeles." Se rió entre dientes.

"Ni de broma. Mis pocos días han terminado." No quería hablar de su futuro.

Goddard saludó a Jennifer Caw debajo de él, una visión en verde mar brillante y plateado. Su cabello castaño castaño oscuro, suelto sobre los hombros desnudos, brillaba con pequeñas gemas brillantes. Se mantuvo de pie con una compostura estudiada, dejando que un muslo bronceado se viera a través de la abertura de su vestido largo hasta el suelo.

Lessing se divertía. Si los Bom-Agains alguna vez lograran erradicar el sexo, Jennifer Caw lo reinventaría inmediatamente.

Dijo: "¡Jen podría prender fuego a un iceberg!" Mencionarla molestaría a Goddard. Ahora que el Partido era socialmente aceptado, tenía poco tiempo para ese hombre. Había peces más ricos y políticamente más atractivos que freír.

Goddard parecía una cabeza de piedra olmeca: un bebé enfurruñado, fruncido y de mejillas gordas. "Tiene trabajo de fiesta que hacer."
"Tú también, por supuesto. Por eso no vas a liderar tropas hacia San Francisco."

"Claro. Nuevas secciones para organizar, reuniones para organizar, manifestaciones y desfiles para la policía

"Y tu propio ejército privado para construir."

Goddard sonrió. "Policía. Policía ejecutiva para supervisar las funciones del Partido y proteger nuestros derechos a la libertad de expresión y reunión."

Lessing le devolvió la sonrisa. "Claro. Mientras Wrench y Morgan organizan a su Cuadro, vestido con uniforme negro."

"Diferentes deberes"

"Ahajá. Policía del partido contra seguridad del Estado." "Sus funciones"

"… Son separados. Lo sé. Al mismo tiempo, el Partido impulsa un proyecto de ley en el Congreso que reúne a todas las distintas fuerzas policiales en un solo sistema nacional: no más policías federales, estatales, de condado y de ciudad; no más Servicio Secreto, FBI, CIA, agentes del Tesoro, agentes de aduanas. Censores federales, y demás. Solo un gran y feliz 'Central Office of Public Security', escrito C.O.P.S. para abreviar."

"¿Eso no es razonable? ¿Una organización de aplicación de la ley? ¿Un conjunto unificado y estandarizado de leyes? No más matrimonio en un estado, pero adulterio en el siguiente; whisky en este lado de la frontera estatal pero seco en el otro."

"El fin de los 'derechos del estado'. Y derechos comunitarios."

"Sí. ¿Y? Esas ideas tienen bigotes. Nuestra sociedad se ha vuelto demasiado interconectada para ellos. Un tipo que vive en California vuela a Nueva York, comete un delito y se esconde en Texas. Rastrearlo con un montón de agencias policiales desconectadas ya es bastante difícil, sin bancos de datos centrales y con demasiado papeleo, y si lo encuentras los abogados juegan a 'hacerse rico rápido' con procedimientos de extradición, cambios de jurisdicción, selección de jurado, apelaciones, apelaciones y más apelaciones. ¡Más de la mitad de todos los delitos quedan impunes porque

se necesita demasiado tiempo, dinero y energía para procesarlos! ¡Ya no podemos permitírnoslo!"

Una rubia entre la multitud de abajo llamó la atención de Lessing. Ella no era Liese. "Y lo mismo ocurre con otras agencias gubernamentales. ¿Verdad?"

"Cuenta con ello. Asistencia social, impuestos, seguridad social, prestaciones por vejez, salud, educación... cada uno gestionado por un departamento federal centralizado y simplificado. El ejército también: la Guardia Nacional, el Ejército, la Marina, los Marines, la Fuerza Aérea, la Guardia Costera... Una cadena de mando. Ochenta y Cinco está trabajando en estudios de viabilidad ahora. Pero llevará tiempo; Las viejas tradiciones son más difíciles de erradicar que la mierda de los buitres."

"¡Luz verde! Dado todo esto, ¿por qué lo haces? Bill Goddard, ¿insistes en que tus camisas marrones de PHASE estén separados de los camisas negras de cuadro? He estado leyendo historia. Lo que ocurrió en el Tercer Reich debería preocuparte: el
SA ... la Sturmabteilung ... frente a la
SS. Muchas peleas internas y rivalidades. ¡Y adivina quién ha perdido, señor Brownshorts!" Goddard resopló. "Sí, sí, pero ahora mismo necesitamos dos agencias. Sus trabajos son diferentes. Eventualmente se convertirán en divisiones de una sola organización."

"Eso dices ahora. Espera a que te pase diez años. ¡Y recordad lo que le pasó a Ernst Rohm, el líder de la SA!" Lessing torció el dedo del gatillo y emitió un sonido de "bang". "Su camisa era marrón, pero la gente dice que llevaba lencería lavanda."

Goddard atrapó a un sirviente para que le llevara un puñado de frutos secos y un cóctel recién hecho. "La situación era diferente entonces. Hablamos de la historia, Lessing. Y dile a quien sea con quien hayas estado hablando que está lleno de tonterías. Lo que le pasó a Rohm fue política. Tenía que suceder por el bien del movimiento. Si no, habría habido una división de los dos." Abrió una cáscara de pistacho. "Escucha, ¿sabes si el presidente Outram viene esta noche?"

Jonas Outram llevaba menos de un año en su primer mandato elegido formalmente. Después de Starak en 2042, impuso la ley marcial durante seis años mientras el mundo enterraba a los muertos y ordenaba a los vivos. En 2048, el presidente había puesto fin al estado de emergencia y fijado una fecha para las elecciones previstas. Como uno de los pocos miembros supervivientes —y experimentados— del antiguo Congreso, ganó con facilidad. Lessing había estado en terapia en la mansión de Mulder durante la campaña y recordaba poco de ella.

Lessing miró hacia el salón de recepción. "No veo ninguno de sus kikibirds, así que probablemente no haya aparecido." Outram se había convertido en un hombre muy cuidadoso; había sobrevivido a dos intentos de asesinato más tras el de Colorado.

"¿No es esa Liese? ¿Allí, junto a la puerta, de rojo?"

Lo fue.

Ella llegó tarde, acompañada por Hans Borchardt e Irma Caw Maxwell, la madre de Jennifer, que había sido evacuada en avión de Los Ángeles justo antes de que los liberales cerraran el aeropuerto y declararan a California una nación independiente.

Liese miró a su alrededor, un poco insegura, y luego se acercó para dejar que el Hada Madrina le diera un beso en la mejilla. Las cabezas se giraron para observar.

Ahora Lessing tenía una razón para caer. Verla le hizo darse cuenta de cuánto la había echado de menos.

Ella ya no estaba cuando él llegó a la planta principal. Deambuló por el comedor, donde el personal recogía los platos, y entró en la sala de televisión de la señora Mulder, un lugar de sillones acogedores, mesas de centro barrocas y cachivaches abarrotados.

Mulder había ido hasta el final por su esposa. Se había dado el lujo de comprar una pantalla de televisión de pared entera compuesta por celdas

individuales, coordinada por ordenador para mostrar una sola imagen, como si el espectador estuviera mirando dentro
otra parte de la misma habitación a través de una celosía apenas visible de cuadrados de un metro. El sistema también era interactivo: podías dirigir el desarrollo de la trama en ciertos programas mediante una conexión por voz o un panel de control. Mientras Lessing dudaba en el umbral, uno de los actores en pantalla se volvió hacia el público y preguntó con ironia: "¿Se lo decimos a Emma?" Se pulsaron botones y la imagen decía: "Bueno, está decidido. Es mejor que no lo hagamos." La acción fue brusca y el diálogo sonó forzado. No obstante, se generó un bullicio de discusión cuando apareció "Emma".

"¡Oh, deberían habérselo dicho!" lloró la señora Mulder a la viuda a su lado. "¡Emma debería saber lo del aborto de Dianne!"

Liese definitivamente no estaba aquí.

Lessing se adentró en lo que Mulder llamó "el salón": un salón de veinte metros de largo que ocupaba el lado oeste de la mansión. El sol se había puesto y las ventanas cromoeléctricas habrían sido transparentes al cielo de Virginia, salvo porque Mulder había transformado toda la pared exterior en un mural de pantalla de televisión del Taj Mahal a la luz de la luna. El anciano aún guardaba gratos recuerdos de la India.

Más invitados estaban allí, sentados en divanes semicirculares, tendidos en cojines en el suelo o de pie en grupos. La única luz provenía de la propia pantalla de pared, y Lessing zigzagueó, tropezó y se excusó una docena de veces antes de encontrar a Mulder, que le indicó hacia los rincones interiores de la mansión. Liese había ido a hablar con Ochenta y Cinco.

Los cuatro guardias de seguridad discretos le dejan pasar. Entró en lo que parecía una despensa, atravesó una esclusa de doble puerta que resistiría cualquier cosa salvo una bomba nuclear táctica, y llegó al enlace de Mulder con Ochenta y Cinco: una habitación de cuatro metros cuadrados, cuyas paredes se reflejaban de techo a suelo, iluminada por una lámpara de escritorio tenue y dos barras de raíles antideslumbrantes cerca del techo. Un

sencillo escritorio metálico y dos sillas acolchadas de color verde jade se alzaban imponentes sobre la alfombra ondulante con agujas de pino.

Liese estaba allí, pero no estaba sola. Hablaba con un hombre alto, robusto, de mediana edad, con cabello gris hierro, mandíbula saliente y esos ojos profundos con anillos oscuros que hacían pensar a Lessing en retratos de Jesús en la escuela dominical: ojos que evocan adjetivos como "ardiente", "dedicado", "atento" y "compasivo".

Se giró y le dedicó su especial sonrisa de reojo. "Alan Lessing, te presento a Vincent Dom."

Le llevó un momento comprenderlo, y otro más reaccionar. "Eh... Claro. Encantado."

¡Así que por fin habían contratado a un actor!

Liese se tapó la boca con la mano, como hacía cuando intentaba no reír. "El señor Dom dando una charla. El próximo sábado. Atlanta."
"Claro." Podía seguir el juego. "¿Qué tal su libro, señor Dora?"

"Las ediciones escolares están listas para su distribución. Mister Lessing, y la versión francesa saldrá la semana que viene. Desafortunadamente, el descenso de la alfabetización en Norteamérica hace imprescindible que tengamos algo en holo-vid. No un discurso político, desde luego, ni siquiera un documental. Lo más efectivo sería un drama que presentara nuestro... Mis ... puntos de vista."

La forma de hablar del hombre era pedante, pero de alguna manera impresionaba. Fue la voz y los ojos los que lo causaron. Podría vender galletas para perros en una exposición felina.

"Dom" se volvió hacia Liese. "No puedo hacer que la mandíbula sea más poderosa sin una distorsión fisiognómica. ¿Y la ropa? Este traje civil tiene un índice positivo del setenta y tres por ciento, pero algo más militar podría ganar otro o dos por ciento más."

A Lessing le cayó la cabeza quién era "Dom".

Los pantalones de franela gris y la americana azul marino de solapas anchas del hombre ondulaban, brillaban y se transformaban en pantalones marrones rectos y un abrigo beige con tirantes en los hombros y bolsillos parcheados. El cuello se apretó, subió y desarrolló insignias del Partido en ambos lados.

Lessing se quedó mirando. El realismo era increíble.

Tanto Liese como "Dom" se echaron a carcajadas. "¿No me reconoció, señor Lessing?" exclamó el hombre. "Soy yo... ¡Ochenta y cinco!"

"Holograma...", se atragantó Liesse. "Imagen más aceptable para el público. Basado en análisis psicológicos, perfiles."

"Mono", concedió Lessing con resignación. Entrecerrando los ojos podía ver los haces de luz que proyectaban "Dom" provenientes de aberturas ocultas en las paredes y el techo.

"Tengo alternativas", dijo Ochenta y Cinco. Él — eso — onduló de nuevo y se volvió más joven, más alto y más guapo, un semidiós heroico rubio con petos de militar. Otro brillo, y la figura se transformó en un vaquero delgado y bronceado; un estadista anciano de cabello blanco; una joven de aspecto idealista y muy hermosa (muy parecida a la propia Lisse, pensó Lessing); una de mejillas sonrojadas; sacerdote anciano; y finalmente un gurú de túnica blanca que les hizo el signo de paz.

La imagen se disolvió en motas de confeti, para luego solidificarse de nuevo como Herman Mulder, seguido por Wrench y finalmente el propio Lessing — y creció bigotes rizados y un peinado afro verde brillante. Aparecieron pechos femeninos, el cabello se desenrolló y alargó, y la ropa desapareció para revelar a Jennifer Caw en todo su esplendor. Una fanfarria de trompetas sonó "¡ta-TA!"

"¿Dónde viste a Jen así... ¿En el, urna, por completo? "Liese se rió.

"No la vi así. Es fácil extrapolar cuando los humanos ofrecen tan pocas variables: cuatro extremidades, dos ojos, varios orificios. El señor Wren dijo que debía trabajar mi sentido del humor. Muchos humanos poseen esta facultad, y convencerles será más fácil si yo también puedo usarla. Por ello,

estoy estudiando la cinta de vídeo autorizada del señor Wren titulada 'Grandes momentos cómicos del siglo XX.'"

"Jennifer" se estremeció y volvió a ser "Dom". Ochenta y Cinco preguntó: "¿Puedo enseñarle al señor Lessing el niño florista que el señor Wren sugirió para San Francisco? ¿El que hicimos parecer esa estrella del rock del siglo pasado a la que la gente sigue atribuiendo milagros religiosos?"

Liese se secó los ojos y se apoyó en el hombro de Lessing. Eso despertó emociones que no estaba seguro de que ninguno de los dos quisiera. Todavía.

Él dijo: "No funcionará, Liese. No por mucho tiempo. Se necesita equipo para producir 'Dora', y no puede ir a una cena, dar la mano o besar bebés... lo político." Extendió la mano; desapareció en "Dora" y salió por el otro lado.

"Haré principalmente apariciones en televisión y holo-vid, señor Lessing. De hecho, también sé dar discursos públicos. Viajaré en un vehículo sellado con ventanas negras por 'razones de seguridad'. Cuando llegue al destino, mis asistentes levantarán un podio a prueba de balas, que ocultará el aparato necesario para proyectarme. En un pasillo semi-oscuro estimo que solo hay un 0,033% de probabilidad de que alguien se dé cuenta. He resuelto la mayoría de los fallos."

"No todos." Liese señaló el brazo izquierdo de "Dom". "Perdí una celda ayer. F702."

"Menor, señorita Meisinger. Un agujero de 2,41 centímetros en el hombro, visible solo desde la espalda."

"Perder A-901; Entonces tienes un agujero de verdad. En el centro de la frente."

"Poco probable. Y mi sistema de respaldo está casi terminado."

Desde cerca, y sabiendo qué era "Dom", Lessing podía detectar discrepancias: las puntas de los dedos eran ligeramente translúcidas, las uniones entre la ropa y la carne algo difusas. Sin embargo, "Dora" probablemente lo tendría en marcha.

"¿Quiere escuchar mi discurso, señor Lessing? Proyecto un nivel de aceptación del sesenta y nueve por ciento para un educado. Público blanco, no judío, sureño. Tengo diferentes versiones para personas menos educadas, latinos, orientales y norteños."

"¿Qué vas a hacer con los grupos mixtos? ¿Bloquearlos en la puerta?" Lessing tuvo la visión de acomodadores con cuestionarios maniobrando a la gente en canales de ganado que conducían a diferentes salas donde diferentes "Dorns" daban conferencias.

"Por supuesto que no. La mezcla es inevitable. Lo minimizaré dando un discurso en una universidad, otro en un sindicato, otro en un hotel frecuentado por profesionales adinerados, y así sucesivamente."

Liese señaló a "Dom." "Date la vuelta. Agujero en tu abrigo."

La imagen adoptó una expresión de arrepentimiento. "H-583 está defectuoso. Me miraré hacia adelante para que no se vea."

"Arréglalo. Por lo demás, como anoche. El mural de la

televisión." "Solo intentaba entretener al señor Goddard y a

sus amigos."

"¿Qué ha pasado?" Lessing sentía curiosidad.

"El señor Goddard estaba con amigos en el salón. El señor Wren estaba aquí, ayudándome con mi sentido del humor. A las 01:09 horas, el señor Goddard solicitó un cambio en el mural televisivo de los canales de Venecia al atardecer a una escena con más dramatismo. Le ofrecí la Gran Muralla China, las pirámides egipcias, un documental coloreado sobre los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 y una recreación del mitin del Día del Partido en Núremberg en 1935."

"Debe de haberle encantado esos dos últimos."

"No, los rechazó por ser demasiado 'estáticos'. Por sugerencia del señor Wren, elegí algo artístico en lugar de eso. ¿Conoce al artista italiano del siglo XVIII Giambattista Piranesi, señor Lessing?"

"Nunca he oído hablar de él."

"Realizó grabados muy imaginativos de las antigüedades de Roma, templos griegos y similares. También vistas sombrías de prisiones fantásticas e imaginarias: los Carceri. Redibujé una de estas últimas para que pareciera una fotografía realista, la coloreé y añadí algunos murciélagos que se deslizan, procesiones de figuras amenazantes, con túnicas y una banda sonora macabra."

Lessing se rió. "¡Eso debió de sacudir al viejo Bill! Supongo que él y sus perritos estaban tirando alcohol, ¿no?"

"Puedo conjeturar sus niveles individuales de alcohol en sangre si quieres."

"¡El resto!" ordenó Liesse.

"A las 02:24 horas, el señor Goddard solicitó más 'acción.' No especificó salvo que debía ser sexualmente explícita y 'atrevida' ... en la jerga de una de sus invitadas, '¡Foozy, Foozy! 'Así, elegí varias figuras de las obras del pintor renacentista neerlandés Hieronymus Bosch y las inserí en las 'prisiones' de Piranesi. Bosch representaba a los habitantes del Infierno como criaturas grotescas, parte animales, parte humanos, parte vegetales y parte mecánicas. Animé estos y los retraté cometiendo una serie de actos inusuales. También improvisé: mi línea de coro de phalli gigante bailando el can-can con tutús rosas fue especialmente efectiva."

"¡Goddard debió de estar fuera de sí!" Lessing tartamudeó. Él y Liese se reían. "Sí. Lo era. Eres muy perspicaz, señor Lessing." "¿Qué?"

"El señor Wren pidió que insertara una imagen del propio señor Goddard en el mural. Así quedó literalmente fuera de sí, participando en algunas de las actividades más estimulantes de mis creaciones."

"¡Y la celda de los desmontones!" Liese daba defectos inútiles a su rímel. "Desgraciadamente, justo cuando imaginaba al señor Goddard entrando en un encuentro sexual con una cabra hermafrodita y un pulpo con cabeza de perro, la unidad celular TC-1715 se quemó. Esto provocó que apareciera un gran agujero negro justo donde estaba la cabeza de su figura. Se había puesto un poco achispado, y " Lessing se rió a carcajadas.

De repente, estaba muy cerca de Liese.

La risa se convirtió en deseo, un toque amistoso en un abrazo, una sonrisa, un beso que pasó de afectuoso a erótico y luego se desbordó. No podía babar. Su lengua encontró la de ella, y sus manos viajaron solas del pecho al muslo y más allá. Se sentó pesadamente en una de las sillas tapizadas de jade y la tiró sobre él. Por un instante, Emily Pietrick parpadeó contra la parte trasera de sus párpados cerrados; luego la desterró y puso a Liese en su lugar.

"Eh, señor Lessing? ¿Señorita Meisinger? ¿Quieres que desaparezca? Al menos cerraré la puerta con llave para evitar intrusiones externas. Al fin y al cabo, soy consciente de tus hábitos de apareamiento."

Como una cámara que desconecta de los fotogramas, Ochenta y Cinco pasó rápidamente de "Dom" al sacerdote, luego al joven héroe. Al final se conformó con un falo de tamaño real con sombrero de copa y frac, sentado en un sillón. Esta figura sacó un pañuelo morado, se abanicoó y emitió ruidos de desprecio de "tsk".

Ninguno de los dos humanos prestó la menor atención.

Tampoco escucharon el timbre ni vieron encender la luz roja de la puerta. EightyFive, una vez más como "Dom", se inclinó hacia adelante y emitió un extraño silbido que hizo que Lessing y Liese se incorporaran de golpe

"Perdona", dijo el ordenador. "Una señal auditiva de emergencia útil. El oído humano no puede tolerar más de siete segundos de eso. Usted, señor Lessing, recordará mi uso previo del sonido como arma en mi instalación en Washington. Debo informarles ahora que el señor Mulder y otros cuatro están solicitando la admisión."

Liese se alisó la falda escarlata, pasó los dedos por sus cabellos rubios y reparó su escote, todo en un movimiento fluido y femenino. Miró para ver si Lessing estaba lista, luego pulsó el botón de "enter" en el escritorio. "Dom" desapareció.

El señor Mulder podía ser aburrido, pero era perspicaz. Se detuvo en el umbral y parpadeó. Sus rostros sonrojados le contaban la historia. Dijo: "Armeliese Meisinger, Alan Lessing: conoced al coronel Frank Kocstler, al capitán Perry Moore y al agente especial Janos Korinek."
La quinta persona del grupo era Jennifer Caw; le lanzó a Liese una mirada inquisitiva, luego cruzó los brazos y se apoyó en la puerta.

Moore y Koestler eran del ejército regular, pero Lessing no conocía bien sus insignias de unidad y especialidad: una avalancha de nuevas insignias había aparecido durante la última década mientras él estaba en el extranjero. Koestler era bajo, calvo y con la cara roja, mientras que Moore parecía el prototipo de todo el género de friki informático: alto, delgado, corbado y miope, con piel y dientes en mal estado como vajilla rota. El único diagnóstico que faltaba era el protector de bolsillo de plástico para bolígrafos. Se quedó boquiabierto mirando a Liese.

"Perry y yo somos desarrolladores de armas", explicó Koestler. "Trabajamos desde el campo de pruebas de Aberdeen, Maryland. El señor Korinek pertenece a la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa en Washington."

"Y afortunado de estar vivo", dijo este último con voz seca y débil. Era bajo y corpulento, con cabello blanco albino y ojos sin color. Lessing calculó que tendría unos cuarenta y tantos años. "Casualmente estaba de permiso en casa en Kentucky cuando Starak atacó."

Lessing le dio la mano y Liese asintió.

"¿Vamos a ello?" La voz de Moore era inesperadamente profunda, vibrante y, hay que admitirlo, sexy. A Lessing le divertía ver que ambas prestaron atención de inmediato. El hombre dejó caer una carpeta manila sobre el

escritorio y se dirigió a Liese. "¿Podría acceder a Ochenta y Cinco por mí, por favor, señorita?"

Liese no era una chica "solo secretaria". Le lanzó a Moore una mirada que haría que se le escaparía el cristal y rapeó: "¿Ochenta y cinco?" Hace meses habían eliminado los códigos verbales y ahora dependían de las huellas oculares y de voz. Algunas terminales incluso estaban equipadas con equipos de identificación DN A.

"¿Sí, señorita Meisinger?" No apareció ninguna figura, ni "Dom" ni un falo gigante con un tutú rosa. Lo cual era una mejor opción. "¿Tienes autorización?" le preguntó a Moore. "Prioridad tres. ¿Me apunto?"

"Lo eres, capitán Moore. Te reconozco", respondió el propio ordenador.

"Vale. Danos un enlace a la terminal de Fort Lewis. Prime 790, ruta C-850, subdirectorio DF-66687."

La pared de espejos detrás del escritorio se nublaba, iluminaba con luz y mostraba a cinco hombres con uniformes del ejército, que los miraban expectantes. De fondo, Lessing vio paneles de ordenador e instrumentos: un laboratorio.

"¿Coronel Koestler?" preguntó uno de los hombres. "Mayor Theodore E. Metz, aquí. Estamos listos con Magellan, señor." "Código seguro T-94-392, entonces. Adelante, Perry."

El capitán Moore dio instrucciones. La pared se despejó, se oscureció y volvió a enfocar para mostrar una imagen desconcertante: la mitad superior era negra, intercalada con luces silbantes y voladoras; La mitad inferior mostraba una superficie grisácea y llena de huecos cubiertos de grietas y estrías que se lanzaban continuamente hacia el espectador.

Lessing entrecerró los ojos mareado. ¡Por supuesto! La cámara estaba montada baja, en la punta de un vehículo que circulaba a gran velocidad por la noche sobre una carretera mal asfaltada.

Koestler dijo: "El presidente Outram pidió que viera esto, secretario Mulder. Tú y cualquiera de tus ayudantes que desees." Miró con desconfianza de Lessing, a Liese, y a Jennifer. Con el resplandor tembloroso y plateado de la pantalla, parecía alguien que ha mordido una manzana ácida. "Estás mirando a... o más bien a través de... Magellan Modelo IX, un dispositivo móvil lanzado en paracaídas en una zona objetivo y luego operado por el Eighty-Five en un haz reducido desde un satélite aéreo. Magallanes es una esferoidea aplanada de aproximadamente un metro y medio de diámetro y cuarenta centímetros de alto, del tamaño de un gran cortacésped eléctrico. Cuenta con ruedas, orugas y escaladores para paredes y escaleras; tiene capacidades infrarrojas; monitoriza la radiación, los gases y algunos contaminantes biológicos; y está armado con lanzagranadas. También puede transportar un contenedor de gas nervioso o un pequeño artefacto nuclear si es necesario, aunque lo vemos principalmente como un instrumento de reconocimiento. Magallanes viaja a cualquier parte, puede taladrar el depósito de gasolina de un coche para conseguir más combustible, y si lo agarran las personas equivocadas, explota con un estruendo brutal." Sonaba como un niño presumiendo de un nuevo juguete.

"¿Qué estamos viendo ahora?" preguntó Mulder desde las sombras.

"Un tramo de carretera entre Albany y Berkeley, California", respondió Moore con su sorprendente voz resonante.

La siguiente pregunta de Mulder hizo que los demás se sintieran: "¿Y se observaron tropas mexicanas cerca de este lugar?"

"Sí, señor. Tú también los verás, en cualquier momento." Moore murmuró más órdenes a Ochenta y Cinco. La imagen se ralentizó y se convirtió en arbustos oscuros y arbustos, luego en un bosque de tallos gris-blancos que se alzaban alto por encima del objetivo de la cámara: hierba seca.

La pantalla mostraba ahora un incendio delante, frente a una fila de tiendas deterioradas y un supermercado. susurró Moore, y la pantalla se dividió abruptamente en cuartos: vista frontal, trasera y lateral. Nada se movía en ninguna de las imágenes salvo las llamas saltando en el cuadrante superior izquierdo, que mostraban la vista justo al frente. Jorobas negras dispersas

por la calle en la plaza superior derecha — a la derecha de Magallanes — podrían ser cuerpos.

"¡Audio!" exigió Koestler.

Gritos, cantos y algún disparo ocasional se alzaban a su alrededor.

"¡Más cerca!" instó el científico invisible llamado Metz. El equipo de Fort Lewis estaba viendo lo mismo que ellos. "Gira a la derecha por ese aparcamiento."

La imagen se desvió, se inclinó y rebotó cuando la máquina pasó por un bordillo y salió a una zona abierta y cubierta de césped frente al centro comercial.

¡El lugar estaba lleno de gente! Moore hizo que Magallanes se huyera de nuevo a un callejón.

La multitud era una mezcla de civiles y soldados. Los primeros eran jóvenes y de aspecto latino: una banda de jóvenes de barrio. Los uniformes de este último eran del Ejército Mexicano. Un puñado de mujeres, en su mayoría latinas por lo que parecían, completaban el conjunto: noche de fiesta en la Vieja Tijuana. Los más cercanos al fuego estaban devorando algo de un enorme caldero.

En la oscuridad y los edificios en ruinas tras la luz del fuego se veían más figuras. ¿Más soldados? Magallanes cambió a visión infrarroja para averiguarlo.

Lessing deseó no haberlo mirado. En una tienda sin techo, dos soldados hacían guardia sobre una veintena de mujeres anglosajones desnudas que se sentaban o se arrodillaban en el suelo de hormigón desnudo, con las manos atadas a la espalda. Estaban vendados y atados juntos como ganado. Vislumbró moratones, suciedad y sangre seca.

Liese se acurrucó contra su garganta y emitió un pequeño gemido. La abrazó cerca.

¡Maldita sea la raza humana! No estaba de acuerdo con Goddard: la gente nunca aprendía. Seguían haciendo las mismas cosas estúpidas, feas, crueles, crueles, brutales, sin importar el siglo que fuera, lo que predicaran o quién estuviera en el poder. No se debía extrañar de la rapina y el asesinato; ¡Lo sorprendente era que no ocurrieran más a menudo!

"¡El precio que los lib-rebs están dispuestos a pagar por la ayuda mexicana!" Moore resonó.

Mulder se adelantó para mirar la pantalla. "¡Ojalá eso fuera todo! Nuestra información es que los liberales republicanos han hecho un trato: México se queda con Arizona, Nuevo México y la mitad de Texas. Cuba y otras naciones caribeñas dispuestas a unirse a ellos recibirán partes de Florida, Puerto Rico y las Islas Vírgenes. ¡Han hecho un trato, ¿vale!"

Lessing tocó el brazo de Koestler. "¿Qué demonios está pasando, coronel?" La mansión de Mulder era como Ponape: aislamiento total a menos que tú mismo salgas a buscar noticias. Lessing no lo había hecho. Ahora quería saberlo.

"¿Ahora mismo?" Koestler miró a Mulder, que asintió: la gente en esta sala estaba a salvo de seguridad. "Un enfrentamiento temporal. No podemos pasar las Sierras sin grandes bajas, y los lib-rebs se están atrincherando. Por ahora estamos sondeando a Redding y Red

Bluff, con otro empuje descendiendo por el Parque Volcánico Lassen. Nuestras patrullas han llegado a Oroville, pero el valle es demasiado fuerte para nosotros. Nos preparamos para una batalla terrible alrededor de Sacramento, pero primero pensamos en un paracaída al sur de allí para cortar sus comunicaciones con Stockton, Fresno y Bakersfield. Sin embargo, sus grandes áreas están protegidas en Los Ángeles y San Diego, incluyendo depósitos y campamentos para sus aliados mexicanos. California tiene grandes defensas naturales para una guerra terrestre: el océano al oeste, las Sierras al este, terreno accidentado y boscoso al norte. Oh, podríamos pegar sus ciudades desde el aire, pero nadie quiere realmente eso... demasiada gente amable sigue viviendo allí."

"¿Qué pueden ganar los lib-rebs?" reflexionó Lessing. "No pueden esperar ganar con la superficie y la población que controlan."

"Esperan una oleada de oposición contra las políticas de Outram. Han perdido sus bastiones en las grandes ciudades del Este, pero creen que el señor y la señora Norteamérica seguirán uniéndose a ellos si les dan la oportunidad. Al menos esperan la secesión e independencia de California."

"Sesenta y uno por ciento en California en contra", dijo Liesse. Se había recuperado lo suficiente para darse la vuelta en el abrazo de Lessing. "Los lib-rebs están equivocados. La mayoría culpa al antiguo gobierno de la debilidad, del fracaso, de Pacov."

"¿Deserciones? ¿Cambios de población?" preguntó Lessing.

Koestler se encogió de hombros. "En cuanto Outram empezó a criticar las leyes de 'derechos civiles', la gente se echó en ambas direcciones: negros, chicanos, judíos, gays, los universitarios de izquierdas y todos los cerebros del país hasta los liberales; muchos blancos y algunos orientales se acercan. Incluso recogimos a algunos negros amistosos: apoyar el gobierno legal y constitucional... y después ser trasladados en helicóptero a un paraíso en África. La mayor parte de la flota del Pacífico también es nuestra, atracados en Pearl, Hawái, pero los lib-rebs tienen algunos barcos en San Diego. Gran parte de la Marina estaba dispersa por todo el mundo, dondequiera que estuvieran las flotas cuando Pacov y Starak impactaron. Algunos llegaron a casa, otros se quedaron en el extranjero para ayudar... O para instalarse. Algunos fueron masacrados por locales hostiles cuando quedaron aislados." El coronel dudó. Tanto nosotros como los lib-rebs tenemos suficientes armas nucleares como para reventar el mundo como un grano tres veces. Tarde o temprano también tendremos problemas con lo que queda de los Izzies, los indios, los paquistaníes y los simples generales locos en Rusia que han heredado el armamento soviético."

Menos pensaba en Copley, pasando las manos pecosas por sus mapas y piando cariñosamente para sí mismo sobre Ufa, Kuybyshev, Gorki y quizá, algún día, la propia Nueva Moscú. ¡Pedro el Grande, nada menos!

"Tenemos más gases nerviosos, misiles y armas especiales de los que jamás necesitaremos", intervino Moore.

"¿Pacov?" Espetó Liesse. "¿Starak? ¿Agentes bio-warfarc?"

Nadie respondió. La sala estaba en silencio. Entonces Mulder habló: "Las fórmulas han desaparecido, Liese. Perdida deliberada y permanentemente. Ochenta y Cinco los conoce pero los ha guardado en un archivo de oubliette del que nunca podrán recuperarse. Eso se acabó. ¡Nunca más!"

"¡Si los quieres, apuesto a que puedo conseguirlos!" Los dientes desiguales de Moore brillaban con un plateado empañado a la luz de la pantalla. "¡El ordenador no está construido para que no pueda hackear ni salir!"

Esta vez el silencio duró más.

Lo rompió Jennifer Caw. Ella jadeó: "¡Mira! Algo se acerca... ¡Allí, en la calle!"

"¡Saca a Magallanes del peligro!" ordenó Koestlcr.

Moore maniobró el dispositivo hacia atrás, bajo las ruedas de un camión, y hacia un charco de oscuridad detrás de un contenedor maltrecho. Magallanes estaba casi silencioso, su suave zumbido ahogado por el bullicio de la multitud.

Un vehículo blindado de transporte de personal acababa de llegar en la calle frente al centro comercial. Una tosca "X" roja estaba pintada en un lateral, y los soldados que saltaban por la escotilla trasera llevaban brazaletes rojos: lib-rebs. Estaban bien equipados con uniformes de camuflaje, cascos, mochilas y fusiles de asalto M-25. Dos llevaban láseres, dos más tenían lanzacohetes, y un pobre perrito caminaba con las piernas aplastadas bajo el peso aplastante de un ITRAC: Cañón Perforante Táctico Individual Sin Retroceso. Se desplegaron rápidamente frente a su vehículo.

Dos civiles salieron arrastrándose del compartimento del conductor y se acercaron al fuego: un hombre blanco bajo y regordito y un joven negro de aspecto alegre. Un par de mexicanos — oficiales por sus insignias, aunque Lessing no podía leerlos — salieron para recibirlos.

"¡Sonido, maldita sea!" Koestler le siseó a Moore. "¡Direccional!"

"Lo intento, señor."

El crepitar del fuego se volvió ensordecedor; entonces un mexicano eructó con un rugido tan fuerte que le hizo estremecerse, seguido de una palabrota española que les hizo sonar los dientes. Moore murmuró disculpas y puso los sensores de Magallanes en el enfrentamiento de los adversarios.

“… Pues", decía el elegante comandante mexicano. "Si así lo deseas"

"Sí que quiero que sea así", dijo el civil blanco con tono arrastrado. "Mira el mapa y dime que tengo razón. Jack. Estos tipos no están destinados a acampar aquí esta noche. Sus órdenes eran seguir hasta pasar Richmond y luego llegar a Sacramento mañana. ¡Y aquí están, largándose, mirando, comiendo, y todo eso!" Una linterna de lápiz danzaba sobre un mapa arrugado.
"Soldados, señor" retrasó el mexicano. "¿Puedo ver su autoridad, por favor?"

"Soy Mark Silver, y este es Jack Harris. Aquí tienes nuestra identificación. Somos el enlace para que los negocios mexicanos llegues a Sacramento."

"Bien. Nuestro transporte está allí, en la calle de al lado, más allá de estas tiendas. Estaremos listos para partir al amanecer."

"¡BulLf/iif! Os poned las manos en marcha y partid a tope para Sacramento ahora. Te daré un escuadrón para que te acompañe y te coja de la mano. ¡Esperamos que los fascistas de Oulram ataquen en menos de una semana, y más te vale que tu unidad esté allí!"

Mulder se interesó de repente. "Ochenta y cinco, informa al Presidente y al Estado Mayor Conjunto que quizá queramos desechar Onslaught e ir a Kangaroo." Para beneficio de los demás, tradujo en un susurro ronco: "Kangaroo consiste en bajar desde Red Bluff hasta Willows y Woodland, luego hacia el oeste hasta la costa, evitando Sacramento hasta que los paracaidistas lo corten de Stockton. Eso nos dará tiempo para hacer un desembarco de distracción cerca de Eureka, en la bahía de Humboldt."

En la pantalla, el civil negro lib-reb, Harris, tocaba la manga de Silver.

"¿Prisioneros? ¿Dónde?" Silver miró. "¡Por el amor de Dios!" Se puso cara a cara con el comandante mexicano. "¡Dejad ir a esas mujeres, maldita seas! ¡Ahora! Prontol Enliende Ustedi"

El oficial murmuró algo sobre espías y guerrilleras. Silver levantó la mano hacia sus tropas que esperaban. El mexicano se encogió de hombros y gritó una orden.

Moore giró lentamente a Magallanes hasta que una cámara apuntó a los prisioneros. Tres soldados mexicanos se acercaban a ellos y cortaban sus ataduras. Hicieron gestos para que se fuyeran. Todas menos dos de las mujeres se dispersaron, corriendo lo suficientemente cerca del escondite de Magallanes como para dejar entrever pechos desnudos, extremidades pálidas y ojos escarlata por la luz del fuego y el terror. Los dos que se quedaron atrás se acurrucaron junto a sus protectores mexicanos.

Los cautivos tenían motivos para temer. Un guardia hizo un gesto disimulado, y cinco o seis de sus compañeros se escabullieron de nuevo en las sombras donde los lib-rebs no podían ver. Los sensores de Magallanes captaron sonidos de choques, gritos, gritos y risas. Oyeron el traqueteo de los disparos.

"Pendejosl", maldijo el oficial mexicano, tan alto que podría haber estado sentado en el regazo de Moore; habían olvidado que el micrófono de Magallanes estaba enfocado en él. "Hijos de putasl"

Silver extendió el puño. "¡Llamad a vuestros perritos, capilan! ¡Mi última palabra!"
El artillero que manejaba la ametralladora pesada del APC gruñó: "No necesitamos que estos idiotas luchen por nosotros, señor. ¡Vamos a darles un pulgar con el pulgar!"

El oficial mexicano dio una orden. Cinco soldados salieron tímidamente del callejón. Los pantalones de un hombre mostraban salpicaduras oscuras y relucientes húmedas.

Un M-25 hizo ruidos de devoración, y los cinco mexicanos retrocedieron tambaleándose y cayeron.

Alguien gimió: "¡, David...! ¿Por qué hiciste tailandés?"

Aparecieron cañones por todas partes mientras ambos bandos buscaban refugio.

"¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! ¡Cesad el fuego, cabrones!" gritó Harris.

Un disparo más provocaría una andanada. Todos lo pensaban más fuerte. Entonces el oficial mexicano extendió las manos, palmas hacia arriba. Silver hizo lo mismo. Sus subordinados aullaban por orden.

Se desató el caos. Una docena de soldados mexicanos se presentaron para exigir la vida del lib-reb que había disparado a sus compañeros; oficiales y civiles discutían y discutían; una de las dos prisioneras que se habían quedado con los mexicanos, una rubia de figura delgada, se agachó en la acera y lloró histéricamente mientras su protectora la consolaba.

"¡Jesús!" Moore maldijo de repente.

La pantalla trasera de Magallanes mostraba un rostro de mejillas redondas y moreno inspeccionando la máquina desde menos de un metro. Uno de los mexicanos que regresaba tras perseguir a los cautivos había decidido refugiarse detrás del contenedor de basura de Magallanes.

"¡Mantén a Magallanes callado!" Moore dirigió innecesariamente. "¡Reza para que el cabrón no mire con demasiada atención!"

El hombre sí. Se inclinó, golpeó a Magallanes con la culata del rifle, mostró sorpresa que se transformó en emoción y luego en miedo. Gritó por sus compañeros. El equipo de Koestler probablemente había pintado a Magallanes algún color militar absurdo y le había puesto "EJÉRCITO DE EE.UU., TOP SECRET" por todas partes! Deberían haberlo puesto con la plantilla "DEPARTAMENTO DE SANEAMIENTO DE LA CIUDAD." Lástima que el mexicano supiera leer inglés.

"¡Sácalo de ahí!" Koestler roncó. "¿Por dónde, coronel?" respondió la voz imperturbable de Ochenta y Cinco.

"¡Me importa un comando!"

"No entiende órdenes así", reprendió Moore. "Ochenta y cinco, salid, por el callejón lejos del fuego "

Los mexicanos ya estaban allí, seguidos por tres de los perritos de Silver. Cuatro pantallas de AH mostraban botas, manos y caras desconcertadas.

Las voces parloteaban en inglés y español. Silver y el oficial mexicano se abrieron paso entre la multitud.

"¡Joder, es una especie de bomba!" Silver relinchó. "Jack, saca el... l”

Pies se movían y pateaba. Por un momento las cámaras se tambalearon, pero Magallanes estaba demasiado equilibrado para volcarse. El callejón se vació.

"¿Y ahora qué?" preguntó Moore con tono cínico.

"¡Rápido, aléjate del maldito fuego! ¡Escóndelo!"

El motor de la máquina zumbaba, y las cámaras rebotaban y se desenfocaban mientras Magallanes obedecía. Vieron puertas vacías, cajas volcadas, contenedores de basura, cubos de basura y basura. Un soldado mexicano se acercó y luego se alejó bailando asombrado. Las balas de su arma automática rebotaban en las paredes de ladrillo. Uno chocó con Magellan.

Ochenta y Cinco anunció con calma: "Golpe menor. Más daño."

"Ahí dentro... ¡Esa tienda!" Lloró Koestler.

Magallanes se detuvo. Sus pantallas laterales y traseras mostraban edificios sombríos, linternas ondeando, figuras corriendo y antorchas. Delante de ella, en un patio tipo culde-sac bordeado de lo que antes eran pequeñas tiendas

artísticas, había una boutique, con la puerta rota y el escaparate destrozado. Obedientemente, Magallanes se dirigió a la puerta, solo para encontrar que la parte inferior del panel seguía en su sitio. La máquina golpeó contra él, pero la madera resistente resistió.

"¡Arriba! ¡Por la ventana!"

Magallanes extendió delicados brazos ganchos, atrapó el alféizar de madera medio metro por encima de sí mismo, luego retrajo a sus escaladores y se elevó. Una garra salió disparada para atrapar la entrada de un soporte metálico dentro de la ventana, pero la endeble cosa se desplomó en una lluvia de tubos metálicos resonantes y maniquíes rotos. Magallanes volvió a caer en la acera con suficiente ruido para alertar a todos los lib-reb de California. Cerca, una voz gritaba palabras ininteligibles en español.

Magallanes lo intentó de nuevo. Esta vez sus garras se agarraron a las paredes de dos por cuatro que formaban la base de la pantalla dentro de la ventana. Su motor zumbó mientras se levantaba.

"Por allal" Un soldado pasó corriendo blandiendo un rifle, seguido por un joven barrio de rostro pálido con cortavientos y pantalones ajustados. Este último se detuvo de golpe y aulló: "Aquí, aquí\ Ola, pendejo, aqu'd Vengal"

El niño debió de ver las marcas de arañazos de Magallanes en la pared de cemento bajo la ventana. El dispositivo en sí estaba enterrado bajo prendas con volantes, maniquíes, tubos de latón y papel brillante.

El soldado regresó despacio, rifle en mano. Lessing se encontró obligando a la máquina a saltar por la ventana y salir corriendo. Probablemente Magallanes no podía: primero necesitaba coger velocidad.

"¡G-Uno!" Ordenó Moore.

Algo explotó, y una bola de fuego estalló como el 4 de julio, a cinco pies detrás del soldado y el niño. Ambos volaron hacia adelante. El chico chocó contra el techo dentro, sobre el escaparate, y luego se dejó caer entre los restos sobre Magallanes. El soldado dio una voltereta por la ventana y

aterrizó de forma estrepitosa entre las vitrinas saqueadas dentro de la tienda. "Granada de fragmentación", afirmó Moore secamente. "Tengo tres rubes de tres cada uno."

Lessing no prestaba atención. Miraba la cara pegada a la pantalla izquierda de Magallanes. Los rasgos estaban aplastados y rotos, un ojo abierto, el otro desaparecido. La sangre goteaba por las mejillas como lágrimas lánguidas y carmesíes y de ahí sobre el negligé de encaje que había debajo. La cara pertenecía a uno de los maniquíes; La sangre provenía del cuerpo del chico del barrio, empalado en una lanza de tubos que sobresalía del desastre, medio dentro y medio fuera de la ventana.

El negligé era azul hielo.

El ojo restante del maniquí, grande, oscuro y brillante, miraba serenamente a Lessing. Recuerdos...

Una figura se detuvo en seco frente a la boutique: el liberal del ITRAC. El lanzagranadas de Magallanes resopló, y un proyectil cayó del pavimento a su lado. No explotó.

Todas las pantallas se pusieron blancas cuando el artillero de la ITRAC acertó directamente en el escondite de Magellan. La explosión terminó en plena explosión cuando la máquina y sus sensores se desintegraron. Eso salvó la audición de Lessing —y de los demás—.

"¡Mierda!" comentó Ochenta y Cinco con desprecio en el silencio resonante. "¡Un fracaso!
¡Vosotros, los humanos, necesitáis lecciones de fabricación de precisión!"

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El triunfante progreso de la ciencia técnica en Alemania y el maravilloso desarrollo de las industrias y el comercio alemanes nos llevaron a olvidar que un Estado poderoso había sido el requisito previo para ese éxito. Al contrario, ciertos círculos llegaron incluso a dar voz a la teoría de que el Estado debía su propia existencia a estos fenómenos; Eso fue RT. sobre todo, una institución económica debe constituirse de acuerdo con los intereses económicos. Este arreglo se consideraba y glorificaba como sólido y normal. Ahora, la verdad es que el Estado en sí no tiene absolutamente nada que ver con ningún concepto económico concreto ni con un desarrollo económico concreto. No surge de un pacto celebrado entre partes contratantes, dentro de un determinado territorio delimitado, con el propósito de servir a fines económicos. Más bien, el Estado es la estructura organizativa dentro de la cual existe una comunidad de seres vivos que tienen naturalezas físicas y espirituales afines; organizan el estado con el fin de asegurar la conservación de los suyos y ayudar a cumplir esos fines que la Providencia ha asignado a esa raza o rama racial en particular. Ahí y solo ahí reside el propósito y el significado de un estado. , … Las cualidades empleadas en la fundación y preservación de un Estado tienen, por tanto, poco o nada que ver con la situación económica. Y esto se demuestra de forma notable en el hecho de que la fuerza interior de un Estado solo rara vez coincide con lo que se llama su expansión económica. Al contrario, existen numerosos ejemplos que muestran que un periodo de prosperidad económica indica la inminente decadencia de un Estado. Si fuera correcto atribuir la fundación de las comunidades humanas a las fuerzas económicas, entonces el poder del Estado como tal estaría en su punto más alto durante los periodos de prosperidad económica, y no al revés.

— Mein Kampf, Adolf Hitler

La televisión es la voz del Establishment. Quien la controla gobierna, y los valores que promueve se convierten en los valores de la tierra. Tal es el poder de los medios de comunicación. En la antigua Roma, era la arena, más que el Foro o incluso el palacio, lo que influía en la multitud: Nerón anhelaba ser cantante y músico, Cómodo gladiador, etc. Nuestro escenario moderno es la pantalla de la televisión, y es el actor, el comentarista, la estrella del rock, el evangelista Renacido, el atleta o—que Dios nos ayude—el "so-man" Banger (de "soulman") quien recibe aplausos, dinero y reconocimiento popular. Ya hemos tenido presidentes y legisladores que poco ofrecían aparte de su efímera popularidad televisiva.

Algunos de estos estaban respaldados por intereses que no tenían en mente el bien público, sino solo los motivos comerciales más vulgares. Hemos visto los resultados: el pensador, el filósofo, el educador, el soldado, el estadista— ninguno de ellos puede igualar las valoraciones de un bailarín Banger pintado y emplumado. un simple, un hablante renacido o un quarterback de fútbol americano con armadura de acero. Cuando tales se convierten en los centros de nuestra cultura, en la cima de nuestras ambiciones, en los modelos a seguir de nuestra juventud, y

los ídolos de nuestro mercado, entonces realmente merecemos la Edad Oscura que sin duda debe venir más allá.

—Cantando en el Infierno, un ensayo de Carta Hemstock, Futurist Alliance

Libros, Lincoln, Nebraska, 2048

Lunes, 23 de agosto de 2049

461 quieren el puesto", dijo Lessing tercamente. "Puedo hacerlo."

Wring, con las piernas cruzadas sobre la alfombra frente a la pantalla de televisión interactiva del tamaño de una pared de los Mulder, no respondió.

"Siéntate, por el amor de Dios," Sam Morgan se giró para mirar fijamente a Lessing. "¿Has cambiado de opinión?"

"Si me preguntas si voy a dejar que el Partido me diga qué medalla llevar en mi suspensorio, ¡la respuesta es no!"

"¿Y bien?" preguntó Wrench por encima del hombro. Sostuvo el mando a distancia de la televisión hacia la luz para poder ajustar sus botones. Empujó uno. La atractiva actriz morena en pantalla empezó a quitarse las medias de red.

"Así que me necesitas. El Partido me necesita."

Wrench eructó educadamente. "Eres tú quien necesita el Partido. Nos necesitas. Necesitas a Mulder. Y necesitas a una persona rubia encantadora."

"Déjala fuera de esto", respondió Lessing con calma. Por acuerdo mutuo tácito, él y Liesc habían sido educados pero distantes desde el episodio en la sala de enlace de maíz. Cada uno necesitaba tiempo para pensar.

Liese se había quedado encerrada con Mulder, Borchardt y Jennifer todo el domingo, trabajando en discursos para Ochenta y Cinco; esta mañana ella y Jennifer habían salido a montar a caballo. Ni Mulder ni el Hada Madrina sabían en qué extremo de un caballo comía heno, pero el anciano había comprado un establo lleno de bestias guapas de todos modos. Si eso hacía que los vecinos esnobs de Mulder en Virginia le aceptaran, entonces los animales cumplían una función útil.

"¡Luz verde!" Wrench se apartó del tema delicado de Liese. "Pero dime, viejo amigo, ¿por qué esta pasión por ser soldado para el Cadro? ¡Mantente un huésped feliz, vigila el sistema de seguridad de Mulder, taladra los beegees y da cuerda a los relojes! ¿Por qué quieres ir a comandar una unidad de Cuadros? ¿Qué te hizo el Cadro?"

"Ayuda lean."

"¡Vamos, cariño!" El hombrecito volvió a apretar el botón con fuerza, y la actriz se quitó ágilmente el sujetador, se recostó sobre la sábana de rayas de tigre y miró hacia las cámaras. Sus pechos, reales o de plástico, se movían bien; ¡Desde luego eran abundantes! La chica no se desnudaba del todo; Este no era el canal adecuado para eso — ¡y a las diez de la mañana! El sistema interactivo de elección de trama de la televisión sí
Tienen limitaciones. Además, el Hada Madrina había sellado los canales porno con un código que ni siquiera Wrench había logrado descifrar.

Morgan se giró para mirar a Lessing. "¿Supongo que tienes motivos?"

"Buenas razones ... ¡Aparte de estar aburrido hasta la muerte y querer un trabajo de verdad! La principal es que necesitas algo más que uniformes

negros y elegantes para convertir al Cuadro en una unidad militar. Necesitas hombres con formación y experiencia. Esa es mi especialidad."

Morgan se mantuvo indiferente, observando distraídamente a Wrench pulsar botones.

"No deberías depender del ejército regular. ¿Y si algún general sediento de poder, los Jefes Conjuntos o los liberales rebeldes que aún están en el gobierno de Outram deciden organizar una revolución? Un día estás dentro, al siguiente estás
asomándose por los cañones de los relucientes fusiles de un pelotón de fusilamiento."

"¡No puede pasar!" Wrench resopló. "¡Ahora no!"

"Claro que puede. ¿Alguna vez pensaste que esto podría pasar?" Saludó a todos para incluir todo desde Lucknow. "Sabes que puede. Pero si el Cadre construye su propio brazo militar, como el Wajfen-SS, separado de la AllgemeineSS, será más difícil que se inicie un golpe de Estado. Poco a poco asumes las responsabilidades militares del Ejército, y entonces entras. Sólido."

"Puede que el chaval tenga razón", concedió Wrench. Pulsó un botón, pero la chica en la pantalla estaba en bragas negras de Bylon y una sonrisa, según su contrato. Se retorció, se acarició los pezones y miró con desgana al público. La historia volvería ahora a su línea argumental principal.

Wrench se giró para mirar a Lessing y Morgan. "Hay una buena razón para que el Cadre tenga sus propios perritos. Sam, ya sabes a lo que me refiero."

"Yo también", dijo Lessing. "No es ningún secreto: Goddard y PHASE."

"¡Dingo-dongo! ¡Ganas el machapatas de macramé!" Wrench hizo un gesto grandilocuente de concurso.

Morgan se pasó las manos por el corte corto de un joven ejecutivo de negocios. "Goddard se está haciendo más fuerte cada día. Sus hombres son los que la gente ve en mítines, desfiles, chocando con los izquierdistas, los

negros, los judíos y el resto. Además, a Mulder y a la Junta Directiva les gusta lo que está haciendo."

"Los matones, los soldados callejeros", gruñó Wrench. "Tenemos las escuelas, la publicación, los programas de reeducación, la seguridad pesada. Goddard se lleva la gloria."

"Y si no es Goddard, serán los chicos de la vieja potencia: el FBI o la CIA. Volverán." Lessing se pasó un dedo por la garganta.

"Los Vizzies se infiltraron en esas agencias durante la administración del presidente Rubin", admitió Wrench. "Outram hizo algo de barrido, pero Algunos siguen ahí. Tienen miedo de que lleguemos a todo el poder." Conectó un canal nuevo y vio a un dachshund levantarse y suplicar con voz humana adorable por una lata de Luvva-Dog. "Aquí está Yama-Net. ¿Qué llevan puesto ahora?"

Morgan frunció la nariz. "Mierda, ¿qué más? Yama-Net vende electrodomésticos, electrónica, ordenadores, cosméticos y plásticos; Omni-Net comercializa coches, acero, industria pesada y transporte; First-Net impulsa comunicaciones, alimentación, bancos, seguros e inmobiliario. Negocio como siempre."

"No exactamente", corrigió Wrench. "Al menos ahora los judíos no controlan todos los medios. Solo Dee-Net: ropa, modas, jabones, detergentes, desodorantes y cosas así."

"Lo que no nos deja mucho. Somos los nuevos del barrio." Morgan abrió una de las cajas de cloisonné sobre la mesa de centro con la esperanza de encontrar mentas o frutos secos; Estaba vacío. "Nuestra Home-Net comercializa lo que quede ... principalmente líneas de productos que hemos adquirido desde Starak."

"Pensaba que Outram iba a desmantelar a los grandes medios", dijo Lessing.

"Lo intentó. Mulder sigue intentándolo. El poder del dinero, ya sabes." Wrench flexionó sus diminutos bíceps como Atlas; Los otros dos se rieron.

Morgan dijo: "Una vez que los jefes de los medios vieron que iba en serio ... que sería un día frío en el infierno antes de poder volver a ocupar Nueva York, Chicago y sus otras ciudadelas corporativas... establecieron sus instalaciones en Louisville, Salt Lake City, Nueva Orleans, Milwaukee, Seattle y otros lugares, diversificándose para protegerse de ataques de Starak, Pacov, Outram... Y especialmente por nosotros. Las grandes empresas extranjeras como Yama-Corp se trasladaron a climas más agradables al extranjero, pero mantuvieron a sus filiales americanas. Estamos donde están los dólares del consumidor."

"Sí, mira a Dee-Net", dijo Wrench. "Después de que Pacov desarmara a Israel y pusiera fin a su control sobre el petróleo de Oriente Medio, los vizzies trasladaron su sede de Dee-Net a Montreal. Pensarías que se rendirían, pero aún les queda más que suficiente pis para regar el césped. ¡Mira, mira!" Pulsó un botón.

La pared de la televisión mostraba a un Adonis joven, guapo y muy rubio, vestido con pantalones cortos de tenis, una camiseta de Bylon de un bermellón impactante y un bronceado tan oscuro que parecía casi negro. Esta visión masculina blandió una raqueta de tenis hacia la pantalla y cantaba: "¡Con Tanel en la discográfica serás un Gable capaz! ¡A tope, cabrones!" Sus rasgos ásperos brillaban con la luz de la Verdad Absoluta. "¡Pulsa tu botón A-3 ahora mismo! Muéchalo para papá, muéchalo para mamá, muévete para tu bebé, muévete para ti mismo. ¡Me encantan mis rag-a-tags! Acarició lascivamente la parte delantera de su camisa, y luego fue reemplazado por un coro de niños prepubescentes vestidos con ropa deportiva blanca como el deslumbrante.

Estos cantaban al unísono: "¡Alargada, pequeña, pequeña! ¡Tanel chiflado! ¡Tanel Doozy!"

"El Día del Juicio está en su alcance", lamentó Wrench. "¡Jerga de banger para vender moda de tenis! El sexo lo hacía mejor... ¡y que al menos podríamos entenderlo!"

Morgan se subió los pies con medias bajo sí mismo en el diván. Había dejado sus botas del uniforme de Cadre junto a la puerta. "Dee-Mar ofrece sobornos a los paquistaníes, turcos, iraníes libres y saudíes para recuperar el control del petróleo del Golfo Pérsico. Israel se ha ido, pero su lobby sigue vivo y coleando."

"¿Dee-Mar?" intervino Lessing.

"Realmente estabas sin cosas, ¿verdad?, luchando con hierbas en Rusia? Dee-Mar, diminutivo de 'Diversified Marketing Corporation, Limited', es el supersindicato que posee Dee-Net, y es tan judío como el salmón ahumado y los bagels." La llave apuntó a un travesaño lavanda con borde de encaje. Lessing se la lanzó, y el pequeño la asomó y se recostó. "Pero nuestra propia Corporación Homex está ahí empujando. Justo después de Pacov y Starak, nuestras inversiones en el Tercer Mundo parecían bastante insignificantes. Los griegos nacionalizaron Tee-May Industries, y perdimos una fortuna cuando los refugiados soviéticos pisotearon nuestras cosas italianas, belgas y alemanas en el barro. Tuvimos que trasladar la mayor parte de nuestra acción de vuelta a las bases originales del movimiento en Sudamérica: café, bauxita y otros minerales, esmeraldas, carne argentina, agroproductos de las tierras recuperadas de la cuenca amazónica... Muchas cosas. Ahora vamos a volver."

"¿No hay drogas?" preguntó Lessing con suavidad. A diferencia de muchos meres, nunca se había dado por los manipuladores de cerebros. Aparte de experimentos en el instituto con Emily Pietrick y un raro porro con su unidad en Angola, había evitado los "fármacos de pringado", como los llamaba uno de los repugnadores de la televisión. Una de las pocas cosas buenas que los Bom-Agains habían logrado a principios de siglo fue hacer que fumar, olfatear, punzar y la mayoría de las demás actividades embriagadoras fueran socialmente incorrectas. Solo el licor había sobrevivido a las fervientes guadañas de los puritanos.

Morgan le lanzó una mirada irritada. "¡No nosotros! Algunas supercorporaciones trafican con drogas, pero para Mulder y la Junta son un no-no. Contra la buena genética y los principios raciales, ya sabes. Quizá deberíamos haber apostado por los smokables, White Christmas y snuffy-

doo, con principios o sin él. Podríamos haber hecho un buen paquete. ¿Tienes idea de cuánto ganó Yama-Corp con cosas tailandesas e indias el año pasado? ¿O Dee-Mar sobre el 'Oro Rojo' turco e iraní? ¡Mierda, podríamos haber estado ganando esos dólares!"

"¿De qué le sirve a un hombre...?" Wrench puso los ojos en blanco y puso una sonrisa angelical. "El dinero está bien, pero tienes que hacerlo

Piensa en la imagen, Sam. ¿Recuerdas el año pasado, cuando los latinoamericanos nos preguntaron si queríamos creer en su nariz y Mulder los rechazó? Bueno, fueron a Nevarco en su lugar... gran juego, entretenimiento, prostitución y crimen, junto con cosas legítimas... Y hacer un trato. Luego, cuando México empezó a enviar tropas a los lib-rebs, Nevarco era tan popular como las cacas de perro y los piojos. ¡Ahora no podrían venderle una Biblia a un Bom-Again!" Pulsó un botón en su mando a distancia.

"¡Eh!" Morgan agarró la cajita pequeña. "A ver que ... ¡Las noticias! "Wrench aguantó pero dejó que Morgan hiciera lo que quisiera.

La pared de fotos mostraba una escena en una calle de la ciudad llena de escombros: un grupo de hombres vestidos con trajes blancos, con los rostros ocultos por cascos de cristal espejo de color cobre, eran las únicas personas que se veían. Llevaban guantes y botas, manetes para respirar y mochilas incómodas, y despertaron un eco en la memoria de Lessing, pero no podía recordar qué era. Una furgoneta sellada seguía al grupo mientras avanzaban lentamente por el pavimento lleno de basura, pasando por edificios silenciosos y vacíos.

"Nueva York", susurró Morgan.

"Centro de Manhattan." La llave inglesa indicaba un signo oxidado.

Lessing preguntó: "¿No lo han limpiado todavía?"

"En la superficie, sí", dijo Wrench. "Casi todos los cuerpos han sido eliminados, pero siguen trabajando bajo tierra: miles de personas murieron

en el metro. Hans Borchardt piensa que Starak hacía que sus víctimas buscaran lugares oscuros y frescos. Se arrastraron ahí dentro para morir."

Lessing se estremeció. Una foto de la sala de espera llena de cadáveres en la sede de la policía israelí en la calle Derekh Shekhem subió a la cima de su memoria, y luego desapareció de nuevo. Aún no lo había superado. Probablemente nunca lo estaría.

Azul hielo

Un ojo abierto, fijo y con pestañas oscuras

"Hay hongos mutantes en el metro", afirmó Wrench con un macabro deleite. "Todos los colores, y venenosos como el demonio. Algunos incluso pueden moverse... Arrastrarse por una tubería y caer de cabeza."

"¡Oh, mierda!" se burló Morgan. "¡Has estado leyendo los tabloides en la caja!"

"¡Te juro que es verdad! El Dr. Vasilev, ese biólogo ruso que recogimos en Nueva Moscú, lo dijo. Los ha visto. Grande, verde, azul, blanco... asqueroso, retorciéndose."

"¡Vete a lavarte!"

Wrench sonrió dulcemente a la señora Mulder, que llevaba un rato detrás de ellos en el umbral.

Morgan tuvo la gracia de sonrojarse, como un escolar pillado tirando de las coletas de las chicas. Era curioso cómo las actitudes seguían igual,
Menos pensamiento, incluso cuando todo lo demás había cambiado hasta el punto de irreconocerlo.

"¡Buenos días!" El Hada Madrina decidió ignorar la obscenidad de Morgan. "¿Has desayunado?" Movió la manga de su bata azul y plumosa en dirección a "la sala de la mañana", como ella la llamaba.

Respondieron en coro que sí. Miró a Morgan, y él movió los dedos de los pies para mostrar que sus calcetines blancos y limpios no ensucirían sus muebles caros. Luego fue a Wrench y sustituyó el delicado cojín lavanda por un cojín gris oscuro. La limpieza tenía una clara ventaja sobre la divinidad en la casa del Hada Madrina.

"Herman te espera en el despacho", le dijo a Lessing.

Al levantarse para irse, la pantalla de la televisión se despejó para mostrar un salón cubierto de banderas estadounidenses y pancartas del Partido. Los uniformes negros y marrones se mezclaban con una paleta artística de prendas civiles multicolores. Sonaron trompetas y tambores retumbaron mientras una procesión comenzaba a recorrer el pasillo central.

gritó Wrench, "¡Eh, mira, ahí está AbnerHand ...!"

Mientras hablaba, el locutor dijo: "Y fue en ese momento cuando se lanzó la granada."

La pantalla estalló en ruido y humo. La señora Mulder jadeó y se tapó los ojos. Los demás miraban, atónitos.

"Cinco miembros del Partido de la Humanidad murieron en el acto, y siete resultaron heridos. Dos personas en el público también fallecieron, y otras cuatro están en el hospital con heridas que van desde leves hasta críticas. Nadie ha reivindicado aún la responsabilidad, y aún no se sabe"

"Mierda, maldita sea, gritó la Llave Inglesa. " ¡Por supuesto que saben quién lo hizo! Simplemente no quieren decirlo"

La señora Mulder agitó los dedos color marfil. "Por favor... ay, madre mía."

La voz imperturbable de la pantalla continuó: "El capitán de cuadros Abner Hand, aparentemente el principal objetivo de la bomba, se recuperará, ha dicho un portavoz del hospital."

"Es hora de que hagamos algo." gruñó Morgan.

Lessing dijo: "Te lo dije: la FASE de Goddard no es suficiente. ¿Qué tiene? Ex-policías, veteranos, agentes de seguridad privada, meres... y vigilantes nocturnos de sesenta años. Pero no es un soldado. No puede aguantar este tipo de cosas. El Partido necesita fuerza." Arregló a Wrench y Morgan con una sonrisa. "El Partido me necesita. Soy diente."

Los dejó mirándole lejos.

El despacho-estudio de Mulder era muy diferente al de la India. Esto era un "palaciego del Partido", diseñado para impresionar, abrumar y hacer que los que tienen poder se acobarden. La vista de amplios céspedes y jardines cuidadosamente podados tras el monumental teak y negro.

El escritorio de mármol en el extremo norte de la sala era real, pero la pared oeste era otro mural holográfico. Dependiendo del perfil psicológico del visitante, mostrado en una pantalla oculta detrás del escritorio de Mulder, el holo-video presentaba panorámicas escénicas casi tridimensionales, estatuas clásicas, arte azteca, esculturas abstractas, móviles de metal o vidrieras tintineantes, o — por lo que Lessing sabía — ¡un busto fotográfico a tamaño de héroe del propio Primer Führer!

La sala respiraba opulencia. El suelo estaba enterrado a tres centímetros de profundidad bajo una alfombra frondosa color granate; El techo era de color marfil cremoso; y las paredes estaban revestidas con madera de cerezo de veta igual, pulida hasta un brillo satinado. Conexiones de televisión, teléfonos, consolas de ordenador y equipos de comunicaciones ocupaban la pared sur, junto con la entrada de visitantes, mientras que las puertas de la pared este conducían a oficinas de secretaría, a un salón y bar privados, y a una "sala de guerra" de línea con su propia cama y baño, vital en caso de emergencia. En algún lugar de aquí también había un ascensor secreto que dejaría a Mulder y su bastón cien metros hasta un búnker subterráneo donde presumiblemente podrían sobrevivir a cualquier cosa que no fuera el Dedo Caprichoso de Dios.

El escritorio de Mulder estaba inundado de desorden. Informes del partido, archivos, propuestas, proyecciones financieras y resúmenes de datos

estaban ordenados en un extremo de la monstruosidad de cuatro metros de largo, mientras que proyectos de ley pendientes en el Congreso, correspondencia, resúmenes marcados como "Top Secret" para Mulder cuando llevaba su gorra de Secretario de Estado, y la "ventisca de papel" del gobierno cargado de arriba se apilaban en el otro. El desbordamiento estaba amontonado desordenadamente en el suelo cercano.

La luz de colores de la pantalla del escritorio de la televisión iluminaba la cabeza calva de Mulder y formaba prismas de las gafas de lectura que ahora llevaba solas. Frunció los labios y frunció el ceño.

"Lo sé", dijo Lessing. "Estábamos observando abajo."

"Abner estará bien. He estado en contacto con los médicos de Boise, donde ocurrió. Perdimos a Johansen, Partridge, Carter, Colbert y a ese chico de Ohio... ¿cómo se llamaba?"

"Amsler, Keith Amsler. ¿Puedo hacer algo?"

"No. Ahora no. Quizá contactar con sus familiares más adelante... conocías a Johansen y Carter en Ponapc, ¿verdad?" Mulder fulminó con la mirada su reflejo en el pulido escritorio. "Dios, Alan, nuestros opositores solo creen en la libertad de expresión cuando es su expresión. Libertad solo cuando es su libertad. Para ellos, todo lo que hagamos es 'intolerancia', 'opresión' y 'maldad'. Cuando nos hacen lo mismo, es 'justicia'. Y se atreven a culparnos"

"Aun así, el Partido ha avanzado mucho." Mulder necesitaba consuelo; Parecía un hombre a punto de explotar.

"Sí.... Bueno, nunca pensé que vería colegios del Partido al lado de los colegios públicos ... y más popular porque ofrecemos una mejor

educación. Ni mítines abiertos, ni elecciones ganadas por candidatos del Partido, ni periódicos que ... de vez en cuando... cuéntalo tal y como es."

"Excepto Home-Net, las cadenas de televisión siguen sin gustarnos"

Maldita sea, no había querido decir eso. Le recordaría a Mulder a Abner Hand.

No fue así. Mulder pulsó un botón con un dedo regordete. "¿Las cadenas? Déjame enseñarte algo." La pared oeste se despejó para mostrar un diagrama de flujo complejo: un laberinto de líneas y cuadros de colores y oblongos llenos de texto. "¿Ochenta y cinco?"

"¿Sí, señor Mulder?"

Lessing no sabía que había un eslabón de maíz en esta oficina. Mulder estaba poniendo terminales por todas partes, como máquinas expendedoras de preservativos.

"Muéstranos la cadena de adquisiciones, adquisiciones, bancarrotas y compras de acciones que resultarán en la adquisición de Omni-Net y posiblemente de Yama-Net para el próximo julio." Asintió a Lessing hacia una de las amplias sillas de cuero en el lado de visitantes del escritorio.

Las cajas se iluminaron, las líneas las conectaron, y puntos de luz de colores viajaron de uno a otro mientras Ochenta y Cinco trazaba el futuro. Una sección del diagrama se desprendió y quedó suspendida en el aire: una cadena de probabilidad distante cuyos efectos no tenían relevancia inmediata. Gráficas de barras en rojo, azul y amarillo aparecían junto a sus respectivas casillas, indicando inversiones, personal, recursos y probablemente ganancias o pérdidas. Las superposiciones reemplazaron secciones del gráfico y partes desaparecieron por completo. Una escala temporal en la parte superior parpadeaba días y meses.

Lessing no podía seguirlo. Francamente, no estaba muy interesado. Se removió inquieto. "Señor Mulder"

"Es como el ajedrez. Un juego con un número desconocido de jugadores, algunos de los cuales no se pueden ver. El ajedrez se jugaba con dinero, poder, prestigio y privilegio en lugar de caballos, alfiles y peones. Planificas tu estrategia diez movimientos por adelantado y rezas para que tus oponentes no hayan planeado la suya durante veinte. Es una especie de guerra, Alan, algo que debería ser justo lo tuyo."

"Demasiado abstracto para mi gusto"

"Entonces siempre serás una pieza y nunca un jugador." "Sí, lo veo."

"No, Alan, no lo ves. Ese es el problema. Eres producto de tu edad: suelto, fácil, móvil, sin propósito, sin un sistema de valores... Correcto o incorrecto. Eres inteligente y semi-educado, pero no vas a ir a ningún sitio. Simplemente 'encajas'. Sufres de parálisis moral, lo que los franceses llaman accidie. Quieres existir, 'llevarte bien', no pensar."

"Eso no es justo. Leí... más que Morgan "

"¿Qué leís? ¿Y por qué?"

"Historia militar, otras cosas." Lessing decidió arriesgarse a una declaración personal. "Morgan lee para reforzar sus prejuicios, y Wrench lo hace para divertirse. No soy como ninguno de los dos. Leo porque quiero saber."

"La mejor razón, supongo." Theoderman hizo una pausa, y el silencio creció entre ellos. Luego: "Sí, Wrench. Conoces a Wrench desde hace mucho tiempo, Alan." Volvió a dudar. "Normalmente no hago preguntas que no sean asunto mío. Pero... ¿crees que Wrench es gay?"

"¿Señor?" La pregunta tomó a Lessing por sorpresa. "Ah... no. No es gay." Buscó palabras. "La llave inglesa es ... Creo que... asexual. No sexual. Hace mucho tiempo decidió que el sexo era demasiado problema, demasiado caro... físico, y demasiado arriesgado psicológicamente. Puede que él también tenga miedo al SIDA o al herpes, por lo que sé. En cualquier caso, se ha mantenido alejado de todo lo que no sea sus revistas de pompones del baño desde que he estado cerca de él."

Mulder vio que Lessing estaba incómodo. Dijo: "No te preocupes; Mi mujer quiere... eh... Ponle en fila. Supongo que algunos de sus amigos más jóvenes estaban interesados. También está trabajando con Morgan."

Lessing se rió abiertamente. "¡Suerte! ¡Sam tiene una hilera de bebés caros como un kilómetro! Para él, el sexo es como la televisión de los sábados por

la noche: primero las cosas pesadas y competitivas como en los concursos, luego una persecución como los programas de policías, y finalmente la lucha libre, dos caídas de tres. Sam piensa que el sexo es una competición, una que tiene que ganar. No, los Fai... tu mujer... ¡no le hará calmarse, no en mucho tiempo!"

"Los ejecutivos casados son buenos para la imagen del movimiento. Cualquier presidente de corporación te lo dirá."

"Supongo que yo también soy material para casarme, ¿no?" Algo que alguien había dicho una vez — no recordaba quién — emergió en los pensamientos de Lessing. "¿Liese...?"

Mulder cruzó las manos sobre el escritorio. "Liese. ¿Qué... ¿cómo... ¿puedo decirlo? ¿Has oído su historia? ¿Sobre Nueva York? ¿El Cairo?"

"Sí." Ya había oído suficiente de los horribles detalles. Sin embargo, no sabía cómo hacer las preguntas que realmente quería que respondieran.

"Ellos... La usó. La obligaron. Lo hicieron... cosas

La ataron, la pegaron, la hicieron. No te lo puedes imaginar."

Intentó respirar. "He oído ... ¿Liese y la señora Delacroix?"

"¿Eso es lo que te preocupa? ¿Amantes? Lo dudo. Solo rumores. Conocía bien a Emma Delacroix, antes de ... antes de Ponape. No era homosexual, era lesbiana. Quizá era como Wrench: reacia a involucrarse. El movimiento la mantuvo ocupada, como a Liese, después de que Emma la rescatara y la llevara a París." Las gafas del anciano parecían vacías y facetadas, ojos de insecto alienígenas reflejados en la luz roja, azul y verde reflejada en la pared mural.

Lessing no sabía qué decir a continuación.

Mulder le ayudó. "Ve tras ella, Alan. No dejes que tu oportunidad de ser feliz se te escape."

"Yo... Nosotros... no lo sé."

"Sí, lo tienes." Mulder hizo algo totalmente fuera de su carácter: se inclinó sobre el escritorio y susurró: "¡No seas un imbécil, Alan Lessing!" La risa llegó como una ráfaga de viento, un alivio bienvenido.

Su comunión duró solo un segundo; luego Mulder se recostó en su silla. "Oh, Liese tiene trabajo que hacer... Como quieras. Un siglo de mala prensa, un mundo que reconstruir antes de que el Armagedón exige estar a la altura. Puedes ayudarla, y ella a ti."

"Yo... tenía miedo de que interfiriera. Que no querrías que **

"¿Yo? Estoy encantado... y Alicc estará eufórica. Tú y Liese lo necesitas. Tómate unas vacaciones. Siempre hay tiempo para un tiempo muerto, como solía decir mi entrenador de hockey. ¿Sabías que jugué al hockey en la universidad?" "No." Mulder jugando al hockey era más de lo que podía imaginar; Contuvo un resoplido.

El holograma de la pared brilló, haciendo que Mulder levantara la vista.

"¿Ochenta y cinco? ¿Y ahora qué?"

"Yama-Net acaba de adquirir el Sistema Nacional de Radiodifusión de

Tailandia."

"¿Qué hace eso con tus proyecciones?"

"Todas las grandes cadenas se verán afectadas. Los datos actuales son insuficientes."

Mulder sopló las mejillas. "¡Los medios, Alan, siempre los medios! Pensábamos que podríamos desmantelar las redes, pero simplemente se reagruparon y se recuperaron. ¡Ahora nos encontramos compitiendo, vendiendo baratijas junto a los demás charlatanes! Soft pom, soft news y

venta dura. No asustes a los clientes; Si no, no comprarán y tus beneficios bajarán. Esto no es lo que nosotros... el movimiento ... deseado."

"Los medios son útiles. Un arma principal

"Nuestra propia Home-Net lo es. Los demás son armas contra nosotros. Ofrecen la típica moralidad cursi, las cosas que mi mujer ve. Sabes, toda historia tiene un final feliz con una pequeña moraleja sencilla: sé moderado, sé abierto de mente, sé tolerante... Compra nuestros productos. Compórtate bien. Obedece."

"Insípido." Lessing no recordaba quién había usado esa palabra para describir la televisión.

"El mensaje puede ser abierto o encubierto... o incluso subliminal ... Pero está ahí. Y hay consecuencias: no pienses, no escuches a quienes están fuera del Establishment."

Mulder se levantó para situarse ante el diagrama de flujo; sus líneas y cuadrados lo transformaron en una abstracción apocalíptica. Lessing entendía por qué la gente escuchaba a Herman Mulder.

"Toma el hockey... cualquier deporte... ejercicio personal. Todo es por el individuo, por el aspecto, por la apariencia superficial. Construyes 'el cuerpo hermoso', pero tu mente permanece tan profunda como una bandeja para galletas. No hay un equivalente intelectual al deporte, ni base ideológica, ni objetivo social primordial."

"Algunos vídeos infantiles sí enfatizan la educación ... ."

"¡Rueda de ellos como rodamientos de un plato! ¿Qué les gusta a los niños? Los Bangers. ¡Individualistas sin sentido que pretenden tener importancia social! Sexo sin afecto, masturbación sin cerebro, ritmos africanos interpretados por analfabetos que hacen pop-ups y bebés de perra. Cópula que te agarra las tripas y que te golpea los oídos y destroza tu razón. Letras que supuestamente tienen 'gran valor social' pero que no dicen más que 'no consumas drogas', 'ten sexo seguro' y '¡seamos todos amigos de la familia y

amorosos juntos!' ¿Son estos los 'grandes pensamientos' de estrellas que ganan un millón de dólares a la semana? Los Bangers también predican la oposición a la autoridad, la gratificación instantánea, lo antisocial ... a menudo criminal... comportamiento, cultos religiosos, mezcla racial y '¡,, bebé tonto!' ¿Cómo pueden votar las víctimas de los Bangers? ¡La mayoría ni siquiera puede ver a través de la neblina de la droga! ¿Cómo pueden funcionar como ciudadanos? ¡Demasiados de nuestros hijos no tienen ni matemáticas, ni ciencias, ni historia, ni humanidades! El setenta por ciento piensa que el Golfo Pérsico está junto a Italia, ¡y El Cairo está a un par de millas de Pekín! ¿Alguna idea? ¡Ja!"

La opinión de Mulder sobre la generación más joven era bien conocida. Wrench tenía que escuchar su música rock anticuaria tarde por la noche, después de que Mulder y el Hada Madrina estuvieran en la cama.

"Bueno, si son antisociales, al menos los Bangers no son insípidos."

Mulder le miró para ver si hablaba en serio. "Todo es parte del paquete de diseño, Alan. Los psicólogos te dirán que los jóvenes necesitan vías de escape antisociales. La rebeldía adolescente es un fenómeno natural. Lo canalizas, lo sublimas en orgías y frenesí, y no tienes disturbios estudiantiles, política ni problemas. Los fiesteros no se unen a partidos políticos revolucionarios."

"Yo..."

Mulder se giró bruscamente hacia la pared del mural. "¿Alguna novedad más del hospital?"

"El señor Hand ha salido de cirugía. La policía ha arrestado a un hombre, miembro de uno de los grupos lib-reb."

"Hmmph. Mantenme informado." Rodeó el escritorio para ponerse junto a Lessing. "Wrench me dice que quieres crear una fuerza militar para el Cadre, una especie de Waffen-SS. Eres un soldado experimentado, Alan, y la gente me dice que tienes talento."

Wrench era rápido. Lessing había planteado su idea por primera vez anoche en la cena. Dijo: "Puedo liderar tropas, señor. Al menos en operaciones especiales tácticas. La política es trabajo de otra persona."

"¡Pero, ¿tienes compromiso! ¿Lealtad?"

"Sí... A quienes me tratan bien. Soy leal a ti. Soy leal a mis tropas. Soy leal a mis amigos. Lo sabes"

"Oh, te creo. Eres un 'mero mero', como dijo Wrench una vez. Tienes una gran lealtad personal, pero no sabes por qué luchas... y hasta ahora no parece importarte." Señaló con el dedo. "Una unidad militar de Cuadros necesita más que un simple comandante. Queremos compromiso con nuestros objetivos. Sin dudarlo. ¿Nos puedes dar eso?"

Lessing no respondió. Muy dentro de sí mismo, en las profundidades bajo las olas turbias, algo se movió. Solo lo vislumbró: las escamas de Leviatán, el gran ojo fijo del kraken, la forma esbelta de la barracuda, los colmillos del tiburón asesino.

Vio un destello azul hielo.

Con mucho cuidado, dijo: "No lo sé, señor Mulder. El compromiso nunca fue lo mío. Necesitas soldados. Puedo liderarlos."

Mulder metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones color beige y sin forma. "Deber y responsabilidad: dos de las piedras fundacionales de la SS de mi abuelo. Posees a esos, Alan, más que a Morgan, Wrench, Borchardt o incluso Goddard, que vive y respira el Partido. No compartes el resto de nuestras creencias, pero puede que algún día también las aceptes."

Lessing le dejó pensar.

Mulder se movió de un pie al otro. "Recomendaré al Partido ... y al presidente Outram ... Que se te permita intentarlo. Outram necesita soldados y apoyo político; No puede permitirse rechazar nuestra oferta. Creo que conseguirás tu unidad de Cuadros. Empezaréis con una división, la

mejor entrenada del Cuadro actual. Si eso funciona, presionaremos para más. Pero te advierto: si fallas, lo cancelaremos."

"Gracias, señor." De alguna manera se sentía mucho más ligero. La perspectiva de salir de la jaula dorada de Mulder era emocionante.

"¿Puedo hacer una pregunta? ¿Otro asunto?"

"Claro."

"Pacov, Alan. ¿No tienes curiosidad por Pacov? ¿Quién te envió a Marvelous Gap? ¿Quién mató a Gómez y a tus compañeros? ¿Quién masacró a un tercio de la raza humana?"

"Yo... Sí, tengo curiosidad." En realidad no lo estaba; Para un mero hombre, la muerte era solo el otro lado del espejo. Había visto demasiado, y probablemente sufría de hastio moral, el acidado del que Mulder había hablado. ¿Conciencia? Sus pesadillas estaban disminuyendo. Los héroes ficticios pueden lamentar y lamentar su destino para siempre, pero no son reales

gente. Llora, llora, entierra a tus muertos— y vuelve a tu vida. Es el único que tienes.

Dijo: "Wrench me dijo que todavía tiene los datos de cribado de Ochenta y Cinco."

"Sí. Pero nunca preguntas por Pacov, aunque tú tuviste mucho que ver con ello. No usándolo, claro. Ya sabes a lo que me refiero."

LCSSING empezó a encogerse de hombros, luego convirtió eso en un estiramiento inquieto. Sintió que algo chocaba de nuevo contra las compuertas de la memoria, algo grande y probablemente horrible. Cerró esas válvulas con todas sus fuerzas. "Si Wrench encuentra algo, me lo dirá. ¿Ha encontrado algo?"

"Nada especial. Un trozo aquí, otro allá. Un memorando que lleva desde Gómez a una dirección no rastreable en Estados Unidos ... y luego a ninguna parte. Facturas de las armas que tenías, vendidas a nombres que no existen y enviadas a una tienda de litógrafos en Detroit. El dueño de esa tienda murió en el primer ataque de Starak. También tenemos un extracto de un hotel de Detroit y una factura de tintorería a nombre de un 'Sr. James F. Arthur', que por lo demás no existe. Hay áreas en la memoria de Ochenta y Cinco que han sido eliminadas. No solo metidos en un archivo de oubliette, sino borrados físicamente."

"¿Qué más se puede o hacer entonces?"

"¿No quieres saberlo? El mundo quiere atrapar a los genocidios que casi nos aniquilan. Si hay algo que tanto el gobierno como el Partido siguen escuchando, es esto: atrapa a esos monstruos y ejecútalos... ¡de formas que harían palidecer a Vlad el Empalador! Sin embargo, tú, el hombre que realmente manejó Pacov y sobrevivió para contarlo... ¡Actúas como si te hubieran enviado a entregar una caja de cerveza!"

"¿Qué puedo decir? Así soy yo." Era una excusa cutre, pero absolutamente honesta.

Mulder parpadeó en silencio, suspiró y luego se enfrentó al diagrama de flujo en la pared. "¿Y si no compramos Armikon Industries la próxima primavera?" No hablaba con Lessing sino con Ochenta y Cinco, jugando de nuevo su partida de ajedrez de poder. La pantalla ondulaba obedientemente, y líneas de colores, puntos y cajas danzaban alrededor y sobre él.

"¿Interrumpir?" preguntó una voz. Era Liese.

"No, no, pasa." Mulder no miró a su alrededor. "Solo le estamos enseñando a Alan lo que vamos a hacer."

Dejó una pila de impresiones del ordenador sobre el escritorio. "La respuesta de Ochenta y Cinco al ataque de Boise. Pequeña inclinación de opinión a nuestro favor."

"¿Qué dice Goddard?"

"No Vizzies. Equipo de sabotaje de los lib-rebeldes. Mejor suposición."

"Dile a Niederhofer en Home-Net que se lo diga a los califomios por ahora. Podemos cambiarlo más adelante si hace falta." Se frotó la calva de la cabeza. "Odio hacer propaganda de algo tan horrible, pero

Los de psicólogo dicen que cada historia de atrocidad vale la vida de diez soldados."

"La propaganda de guerra olvidada después", confirmó Liesse. "Buen ejemplo: poca hostilidad entre estadounidenses y japoneses en los diez años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Vietnamitas y chinos ahora son amigos, incluso después de la Guerra de 2010."

"Solo los judíos han logrado mantener vivo el 'Holocausto' todos estos años." Mulder volvió tambaleándose a su escritorio y cogió una hoja de papel. "Toma, Alan. Esta es mi carta a Jonas Outram solicitando que se establezca una unidad de Fuerzas Especiales bajo los auspicios del Ejército. Scott Harter, el Secretario de Defensa, es amigo nuestro y nos debe favores. Veremos que la unidad está compuesta en gran parte por personal de cuadros. Tú estarás al mando, con autorización para crear un equipo de planificación y adquisiciones. Creo que Outram querrá la unidad llamada 'Victoria Alada' o 'Primera Libertad' o algo más unificador y patriótico. ¿Luz verde?"

"¡Esto ya lo tenías escrito!"

Mulder abrió las manos. "Alguien tiene que pensar con antelación por aquí."

"¡Enhorabuena!" Liese tocó el hombro de Lessing y murmuró: "¿Hablar?"

Cogió la carta y los archivos relacionados que Mulder le entregó, estrechó la mano y se marchó. Liese se unió a él fuera y caminaron juntos por el pasillo, que perfumaba a polvo y perfume, hasta la sala de costura de la señora Mulder. A esa hora, el Hada Madrina estaría interactuando con la gente hermosa del País de las Nunca Jamás de las telenovelas, siempre que Wrench y Morgan no hubieran conseguido soltarla de la televisión.

La sala de costura estaba en el extremo sur de la segunda planta, sobre el garaje y las cocinas. Grande y aireado, originalmente estaba pensado como un cuarto de bebé. El papel pintado era alegre, con jacintos, acianos y animales amarillos y soleados; el suelo era de Lino-Last, azul resistente; y las cortinas eran de chintz blanco. Sin embargo, la señora Mulder rara vez usaba la brillante máquina de coser Katayama que estaba justo en el centro de la habitación, y las cajas, baúles y troncos de tela apilados contra las paredes estaban en su mayoría sin abrir. Era un lugar bonito, pero había un aire de conmovedor. Quizá incluso había pequeños fantasmas de los niños que los Mulder nunca habían tenido. Lessing percibía una gran soledad aquí.

Liese se acercó a inspeccionar los libros de pattems apilados en la única estantería, mientras Lessing sacaba un taburete de debajo de la mesa de corte y bajaba con cuidado su peso no despreciable sobre él. ¡Una buena vida — y sin 'La venganza de Raja'— le había hecho caer como un pavo de Navidad. Si comandar una unidad de Cuadros no servía de otra cosa, al menos le daba un motivo para ejercer.

No tenía ni idea de por dónde empezar. Al parecer, ella tampoco. Ambos hablaron a la vez, luego hicieron gestos educados.

"¿Nosotros?" Liese fue muy directa. A Lessing le gustaba esto de ella y una vez, hace mucho tiempo en Ponapc, se lo había dicho. Ahora le inquietaba.

Intentó responder de la misma manera. "Sí, nosotros. ¿Lo hacemos o no?"

Las lágrimas se acumularon, asombrandole. "No quiero"

"Eh... ¿Qué? Pensé: "

Sus fosas nasales se dilataron y sus labios se movieron sin hacer ruido. Luego murmuró: "¿Cincuenta liras pog? ¿Especial de El Cairo?"

Supo de inmediato cuál era el problema: su pasado era su piedra de molino. Se esforzó por un tono suave y calmado. "Liese, ¿qué? ¿Por qué arrastrarlo? ¿Por qué revolcarte en lo que te pasó... ¿Antes? ¡Eso es historia! ¡No

importa! Escuché parte de ello de la señora Delacroix... pobre señora... y más de otras personas. No tiene nada que ver con nosotros, con el ahora."

"¿Ah, sí?" Se movió, levantó los brazos, cambió de postura y se humedeció el labio inferior. De repente era otra persona: elegante, seductora, sensual — el centro de cada perrito, la pom-queen de todo pervertido. Se recostó para que sus pequeños pechos altos sobresalieran contra la tela gris perla de su blusa. Dobló una rodilla de modo que la curva de su largo muslo se volvió tan sinuosa como la serpiente en el Jardín del Edén. Ella era lujuria; ella era sexo; ella era por lo que los israelíes y árabes de la respiración pesada en El Cairo habían gastado su moneda.

¿Era este Ochenta y Cinco con otro disfraz holográfico disparatado? ¿Una de las bromas tontas de Wrench? Esta no era la mujer que Lessing conocía: Liese, la dama, la ejecutiva fría, la trabajadora dedicada, la imperturbable, sofisticada del siglo XXI.

No pudo evitarlo: el deseo se elevó de sus entrañas para golpear sus sienes. Le dolía la mano y miró hacia abajo para ver que se había cortado con las tijeras de costura de la señora Mulder. Liese se lamió el labio de nuevo. Sus ojos de gato color avellana y dorados eran tan antiguos, sabios y sabios como Astarté, Lilith, Bast y las sacerdotisas de los Misterios Oscuros. El propio aire parecía volverse turgido y caliente. Pulsaba.

"¿Cien liras? ¿Quinientos?" Se estaba burlando de él.

"¡Jesús...! ¡Para ya! ¿Pero qué demonios...?"

"Lo que ves es lo que obtienes." Pasó sus delgados dedos por sus pechos, su vientre, sus caderas, deslizando su falda gris carbón ceñida para revelar una piel tosa debajo. "Sífilis una vez. Gonorrea cuatro veces. No hay herpes... Suerte ahí. Nunca SIDA... ¡Muy afortunado! Pero no podemos tener hijos." Su voz se quebró en esa última frase, y su pose erótica empezó a desmoronarse.

Se quedó mirando. "Nunca lo olvides. Lo que era." Se mordía las palabras boca a boca. "De todo tipo. Hombres, mujeres. Blanco, marrón, negro,

Amarillo. Joven, viejo. Amable, triste, tímido, cruel, loco. Sádicos, masoquistas, fetichistas. Un irlandés necrofílico una vez... polvo blanco para la cara y un ataúd."

Quería abofetearla, patearla, dejarla sin sentido. En cambio, apretó los puños, se mordió la lengua y escuchó en un silencio sombrío mientras ella recitaba su letanía de humillación.

Lessing no se sorprendió. Había visto cosas en Angola, en Siria y en otros lugares. Liese no había sido tratada peor que a muchas otras prostitutas, pero la humillación se le pegaba a esta chica como pelo de gato a mermelada de fresa, como solía decir su madre. Algunas mujeres veían la prostitución —en todas sus formas aberrantes— como un negocio; algunos decían disfrutarlo y disfrutar del dinero que generaba; Algunos cerraron la mente y lo hicieron porque no tenían talento, no tenían a dónde ir y no tenían nada más que vender. Algunos lo hacían por las drogas, mientras que otros eran demasiado débiles y emocionalmente dependientes para liberarse. Liese era diferente a estas: nunca había dejado de odiar. Odiaba a quienes la brutalizaban. Odiaba que la sociedad se preocupara tan poco por su situación. Se odiaba por no tener el valor para luchar, huir o suicidarse. Tenía pocas cicatrices físicas — sus proxenetas habían sido cuidadosos con eso — pero las que llevaba dentro eran heridas abiertas que nunca sanarían.

"¿Cómo puedes saberlo? ¿Preocuparte...?"

A Lessing le importaba mucho. No sabía qué decir, cómo consolarla, qué la sanaría. ¡Maldita sea su falta de palabras!

"Gana mucho, elige lo que quieras", continuó sin tono. "Dinero, ropa, joyas, perfume, trato especial. Si ganas demasiado poco, eres la 'M' en el 'Sand-M', el centro del círculo de látigos y cadenas. No cooperéis en absoluto..."

"Cállate de una puta vez." Él le hizo un gesto con el puño.

Sus rasgos permanecían inexpresivos, tan pétreos como la Esfinge de Giza. "Quiero que lo veas. Lo que te lleva."

"¡Me importa un comino! No me importa si hablas de todo el mundo, hombres, mujeres y niños... ¡perros y burros!" Golpeó la mesa de corte con el puño. "¡Joder! ¡No voy a tener una puta de El Cairo de cincuenta liras! No estoy 'entendiendo' a nadie'. Estamos consiguiendo. Tú lo estás entendiendo, y yo también. ¡Es mutuo! ¡Los dos lo recibimos, o no pasa!"

Sus labios temblaban. Estaba visiblemente al borde de la histeria. "¡No ...! ¡No...!"

"Tienes miedo, ¿verdad? ¿Miedo a los hombres? ¿Miedo de mí? O quizá odias a los hombres. Dios sabe que no puedo culparte. ¡Pero no soy 'hombres', ¡yo! Soy Alan Lessing. ¡Un millón de manzanas podridas no estropean a todas las que hay en el barril! “

"No... Sí, no puedo evitarlo." Ella levantó la barbilla y miró

directo a él. Entonces la admiraba. La amaba. Ante lo insoportable, había escapado hacia la afasia y un interior

paisaje propio. No se había rendido. No se había roto. Anneliese Meisinger podía ceder, pero no se rompía.

"¡Oh, vaya!" exclamó frustrado. "¿Qué se supone que debo hacer...? ¿decirlo? ¡No puedo borrar el infierno que sufriste! No tengo una varita mágica... ¡Ojalá lo hiciera! No puedo hacer que confíes en mí. Sé que has visto psiquiatras y terapeutas... ¡Los curanderos de brujo son suficientes para llenar un manicomio! Si no pudieron ayudarte, ¿cómo demonios podría? ¿Cómo puedo hacer que me veas... ¿No un abusador, ni un violador, ni un demonio, ni un hombre? ¿Solo yo, Alan Lessing?"

Se cubrió la cara con las manos y dejó caer sus cabellos rubio oscuro. Le recordó a otra persona: un aroma a sándalo, un destello azul hielo. Negó con la cabeza con ira, como un caballo mordido por una mosca.

No se atrevió a tomarla en brazos. ¡Paciencia!

"Tú... Alan... tú...", gimió.

"Sí, yo. Alan Lessing. Señor Patch de Patatas, como me llamó Wrench después de volver de Rusia." Desesperadamente, quería que sonriera.

"Tú: no hay trato." Sonrió; Entre sus dedos pudo ver cómo las curvas de su boca se curvaban ligeramente. "Alan Lessing: nada ... nadie... talento desperdiciado."

"Claro. Grande y torpe. Camina como un rinoceronte, canta como un pato."

Se rió, en voz baja; Su control estaba recuperando. "Sí, tú. Obsesionado con la adolescencia. Nunca crecí. No puedo identificarme con la cercanía. Infancia mala. Sexo limitado a manoseos en las películas, rapiditos en coches, golpes en los arbustos después del baile de graduación." Debió de haber aprendido esas cosas de uno de sus médicos. ¡O de Ochenta y Cinco! Algún cabrón habló demasiado.

"¡Muchas gracias! Ni siquiera fui al baile de graduación."

Una visión de Beverly Rowntrce encajó, de repente y con claridad, como una diapositiva en un proyector: furiosa, llorando, gimoteándole con esa actitud insistente y acosadora que tenía. Los jefes médicos no habían indagado lo suficiente en Alan Lessing; No habían sacado toda la suciedad fea y esparcida a la luz del día. Aquí había una foto que ni siquiera él mismo le permitía ver: Beverly diciéndole que estaba embarazada, diciéndole que era su bebé, diciéndole que no le quería — ni siquiera le gustaba especialmente. Era hora de que se casara con alguien, y él era él: el cabrón y el bolsillo. Sin embargo, aceptaría abortar, pero entonces él tendría que pagar lo mejor: unas vacaciones en primera clase mientras ella limpiaba su horno.

Él no era el padre. Podía contar los días y los meses tan bien como ella, y no era posible. Podía adivinar quién era el padre, pero Beverly lo había elegido a él en su lugar. ¿Por qué? Debe haberle visto como el imbécil más tonto desde Simple Simon. Eso era lo que dolía.
Sin embargo, se equivocaba: no iba a ser chantajeado. No quiso pagar. No quiso casarse con ella. Se casaría con una viuda negra antes de atarse a Beverly Rowntree. Iba a la universidad el año que viene, y ninguna perra

astuta de ballena blanca iba a destrozar eso. Se lo dijo, explícitamente, sin rodeos y con detalle. Después de esa noche no volvió a ver a Beverly.

Liese observaba, con dos ceños de desconcierto entre las cejas. No tenía ni idea de lo que él estaba pensando. Sus problemas podrían venir después.

Fue hacia ella.

Ella lo sujetó, girando la cabeza hacia un lado, de modo que solo le llenó la nariz
de pelo rubio cosquilleante. "No. Sin compromiso."

¡Compromiso otra vez! ¡Liese y Mulder, ambos! ¿Quería decir que no quería ningún compromiso? ¿O que le faltaba? ¡Lo que sea! La sostuvo con delicadeza y, efectivamente, sintió cómo su tensión disminuía.

"Toma lo que pueda darte", le instó. "Todo el compromiso que tengo. Sin educación, sin dinero, sin clase, sin talento, sin trabajo fijo. Un cuerpo de mediana edad, cansado, marcado por cicatrices y no tan sexy como antes. Tómalo o déjalo."

"Goddard ofreció mejor." Pensó que sonreía. "Haz que MC sea reina de su reino. Solo observo." Sonaba temblorosa, pero esta vez estaba seguro de que era risa. "Me pidió que me casara con él. Junto a la piscina de los Mulder."

"¿Y?"

"Le dije que no podía ver nada con su vientre peludo en medio."

Fue el turno de Lessing de reír.

"Ninguno de los dos es un ganador", se rió. "Vamos a ver si el dinero, el poder y el lujo pecaminoso pueden arruinar a dos personas hermosas. ¡Mira la próxima entrega desgarradora de 'La Mansión Maudlin de Mulder*!"

"Sin compromiso. No hay matrimonio. Ahora no." Ella tomó su mano. "¿Luz verde?"

"Cualquiera de los dos puede sacar ese tema más tarde. El otro siempre puede decir: '¡Lárgate, cobarde!'"

Ella le abrazó, y él la besó, fuerte y profundo. Luego las cosas mejoraron.

"Vamos. Mi habitación. No hay Ochenta y Cinco allí." Ella era tan urgente como él.

Esperó mientras él cerraba la puerta de la sala de costura tras ellos. Como broma final, llamó: "¡Buenas noches, Ochenta y Cinco!"

No vio la pequeña luz roja parpadear junto a la cámara en lo alto de la moldura del techo, ni escuchó a Ochenta y Cinco responder: "No es de noche, señor Lessing. La hora es 11:03 horas. Pero que tengas un buen día igualmente."

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Durante el tiempo que los hombres viven sin un poder común que los mantenga a todos en asombramiento, están en esa condición llamada guerra; y una guerra como la que hay de cada hombre contra todo hombre — La naturaleza de la guerra no consiste en actuar. pero en la disposición conocida de ello durante todo ese tiempo no hay garantía en sentido contrario.

—Leviatán, Thomas Hobbes

Nunca hubo una buena guerra, ni una mala paz. —Benjamin Franklin

La guerra es algo demasiado serio como para dejarlo en manos del ejército. —Georges Clemenceau

La guerra primero no fue más que una continuación de la relación política con

interferencia de otros medios. —Sobre la guerra, Karl von Clausew'rtz

Jueves, 3 de febrero de 2050

Las pantallas de vídeo mostraban nieve, rocas gris ceniza y una maleza baja tan oscura que parecía negra. Nada se movía en ese paisaje. El teniente de cuadros Arlen Mullet dejó la taza de café humeante al alcance de Lessing y se retiró. Jennifer Caw aún no había terminado su primera taza.

"¿De verdad se van a rendir?" preguntó.

"Eso es lo que me dijo Gottschalk durante nuestro encuentro con Magallanes."

"¿Quién?"

"Benjamin Gottschalk, el comandante de los lib-rebeles. Capitán, se llama a sí mismo. Antes era instructor en Stanford. Sociología."

Jennifer se retorció en la camilla militar, se frotó los guantes y los metió en los bolsillos de su abrigo blanco de esquí de alpaca. Las capas de lava del norte de California eran un frigorífico en febrero, más parecidas a las altas cordilleras del noroeste del Pacífico que a las palmeras, la arena y el oleaje de la "Calimèrica Libre" al sur. El frío atravesaba las sillas de campamento de lona, los uniformes de los Cuadros y la ropa térmica.

"¡Vaya lugar para morir! Como el otro lado de la luna." Jennifer se sacudió su cabello castaño rojizo. Ella "solo estaba de paso" y había parado en el campamento base de los Cuadros para una visita social. Más bien espiar para Goddard. Eso no le molestó a Lessing. Mejor él que alguien menos amigable.

"Toma. Liese envía esto." Jennifer rebuscó en un bolso verde de cuero tan grande como la mochila de un soldado y le entregó un vídeo-casete, un libro y cuatro fotografías. Lessing dejó a un lado los dos primeros elementos y echó un vistazo rápido a las imágenes: Liese hablando en un auditorio (su relación había ayudado con su problema de habla); Estar tumbada en la mesa con Wrench haciendo el payaso detrás de ella; Atardecer en esquí

El Monte Rainier, Liese y Mulder sonriendo a la cámara como Ricitos de Oro y Papá Cerdito. ¡Liese! ¡Cómo la echaba de menos!

Fuera algo rugió enormemente, sobresaltándolos. "Un tanque acelerando", explicó, "por si los lib-rebs quieren jugar un poco más en vez de rendirse."

El nuevo tanque M90A4 Heston era gigantesco. Los liberales habían cogido algunos de los monstruos al principio, pero ahora solo usaban piezas anticuadas de museo, como viejas M60A3. El Heston contaba con un cañón de 120 mm, dos ametralladoras montadas de 7,62 mm, un lanzamisiles antiaéreo y el equipo de comunicaciones más avanzado, deflectores, confundidores de cohetes y blindaje. Algunos Heston también estaban equipados con cañones láser, pero todos estaban cerca de la recién capturada Sacramento, preparándose para el asalto a San Francisco. Cuando eso terminara, irían a ver sobre Los Ángeles.

Ningún tanque era muy bueno en los lechos de lava; La región estaba cruzada por extrañas y pequeñas barrancas, apiñadas de piedras volcánicas

y rocas afiladas en cuchillo, y llenas de cuevas. Mullet, originario de Eugene, Oregón, dijo que este había sido el escenario de un conflicto anterior, casi olvidado, la Guerra Modoc de 1873, en la que unos ciento sesenta indios resistieron al ejército estadounidense durante meses. Hoy en día, el refugio del "Capitán Jack" era hogar de otro grupo de guerra: unos trescientos guerrilleros libreb improvisados luchando en una acción de retaguardia para retrasar la limpieza del ejército estadounidense en el norte de California.

Habían pasado semanas de guerras papeleras en el Pentágono, recién renovado y reabastecido con burócratas, antes de que los generales accedieran a dejar que la incipiente Brigada de la Libertad Americana de Lessing — el nombre que Outram había elegido, aunque la unidad estaba más cerca en tamaño, composición y función de una división que de una brigada — manejara lo que debería haber sido una acción policial menor. Como en la Guerra Modoc, esto costó más limón y vidas de lo que nadie esperaba, y el Cuadro estaba perdiendo prestigio. Lessing estaba decidido a terminar bien el trabajo y corregir la imagen.

Aquí terminaron todos los lib-rebeldes: hambre, disentería y el peor invierno en cincuenta años habían vencido por fin a Gottschalk. Como con los Modoc hace mucho tiempo, la valentía no era rival para la comida, el clima y la logística.

Lessing bebió su café y preguntó: "¿Cómo está Mulder? ¿Tu madre?"

"Está bien. También tiene luz verde. A punto de casarme con Grant Simmons. ¿Lo sabías?"

"¿El tipo del Congreso de Americanos por la Libertad Personal?" Lessing había conocido a Simmons. El hombre era tan poco memorable como un perrito caliente de un estadio. Tuvo que contenerse para no preguntar: "¿Por qué casarse con él?"
"Es una persona dedicada, trabajadora", dijo Jennifer, un poco a la

defensiva. " Es un gran orador." También algunos loros.

"Bueno... enhorabuena, si eso es lo que se supone que debo decir." "Grant probablemente será nuestro candidato a presidente en cincuenta y dos, ¿sabes?"

"¿Eh?" Alzó la vista, sorprendido. "¿Y Outram? ¿Vicepresidente Lee? ¿El propio Mulder?"

"¿No te has enterado? Outram tiene cáncer de hígado. Probablemente muera en unos meses. Byron Lee no es una don nadie." Vaciló. "Y Mulder tampoco cree que vaya a durar mucho."

"Jesús, él nunca dijo nada."

"Oh, ahora está en buena forma. Solo sentía su edad. Quiere a alguien más joven, con energía y determinación. Alguien que consolide lo que hemos hecho."

Menos considerado. Las luces brillantes actuales del Partido no eran muy atractivas: eran desconocidas, demasiado jóvenes, no lo suficientemente carismáticas o simplemente demasiado "marginales" para encajar con el señor y la señora del público estadounidense. El Partido había crecido en popularidad — hoy en día podías hablar del movimiento casi en cualquier sitio sin que te lanzaran piedras — pero gente como Wrench, Morgan, Goddard y Abner Hand seguía sin ser los Chicos de al Lado. Todavía no. Liese y Ochenta y Cinco estaban trabajando en ello.

Jennifer continuó: "La gente se está volviendo hacia dentro, buscando en el Partido que restaure nuestros valores tradicionales, nuestra prosperidad e identidad. Pacov y Starak hicieron más que matar gente: nos quitaron la seguridad emocional bajo los pies. Necesitamos a alguien sólido... comprometido ... racional."

"Llama a Goddard. Es ganador en dos de esas tres categorías... tú decides cuáles." Lessing aún no lograba despertar interés en la política. Liese había intentado involucrarlo, pero ni siquiera ella había tenido mucho éxito. Prefería jugar con el motor de un coche, leer, jugar a raquetbol o practicar con las últimas incorporaciones al arsenal de Mulder.

"Bill no tiene imaginación. Preferiría tener a Grant Simmons o Byron Lee... ni tú." Dejó caer su abrigo para revelar un jersey verde bosque, un collar navajo de plata batida engastado con turquesas y un escote espectacular.

Puso una mueca irónica. "¿Yo? ¡Vamos, Jen! Ya había empezado a sospechar que Jennifer Caw no estaba allí solo para contemplar el paisaje invernal. No tenía nada que ofrecer políticamente, y ella lo sabía.

No podía tener intenciones con él, ¿verdad? ¡No cuando ella y Liese eran tan buenas amigas! Liese era del tipo celoso — y tan estricta con su monogamia como una anciana Bom-Again. Ni él tampoco

un gran trato, a pesar de una buena recuperación tras Palestina y Rusia.

Sin embargo, con Jennifer no se podía saber. Wrench la llamó "el buzón: un recipiente público en el que cualquier hombre puede dejar caer a su hombre."

¿Un rápido rodar en la camilla del campamento, entonces? ¿Una mañana de alegría, nadie herido y Liese nunca se enteró? Lessing no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Acercarse a Liese había sido lo más difícil que había hecho nunca, y ella valía cada palabra enfadada, cada larga pelea, cada gota de sudor, cada lágrima y cada larga y lujosa mañana en la cama.

Se acercó para inspeccionar la fila de pantallas de vídeo que cubrían la pared trasera de su choza de poliestirenoplasto. "¿Cómo está Borchardt en Alemania?"

Ella captó la indirecta con buena gracia. "Oh... Hans está bien. Gran manifestación el mes pasado en Múnich: casi cien mil."

Oyó a Jennifer remover su café, pero no miró a su alrededor. En cambio, lloró desconsoladamente: "¡Eh, Mullet! ¡Arlen!"

El ayudante asomó la cabeza por la solapa de la puerta. Mantenía la mirada apartada de la camilla del campamento, donde Jennifer se recostaba como Cleopatra navegando por el Nilo. Los vaqueros ajustados y negros y las botas

vaqueras trabajadas no daban la imagen egipcia, pero el efecto fue dramático, sin embargo.

"¿Señor?" La cara larga, pálida y pecosa de Mullet era tan bovina como una de las vacas de su papá en el valle del río Willamette. Era astuto, eso sí, y sorprendentemente perspicaz.

"¿Dónde demonios están los lib-rebs? ¿Tendremos que ir a sacarlos, al final?"

Mullet reflexionó. "Los detectores acaban de empezar a informar de movimiento, señor. Pero saliendo muy despacio, por las mujeres y los niños."

"¿Los lib-rebs tienen a sus familias ahí dentro?" Jennifer se incorporó. "¿En la nevera tailandesa?"

"Las mujeres son mayormente luchadoras", le dijo Lessing. "Solo hay unos pocos no combatientes con ellos: gente que realmente nos tiene miedo. Se supone que somos las 'bestias racistas y fascistas', ¿recuerdas?"

"Ahí están ahora, señor." Mullet levantó su barbilla huesuda hacia las pantallas de vídeo. "Dos, trescientos nerds en la columna. Probablemente todos."

Jennifer vino a ver. "Sin armas, sin uniformes. ¡Como un grupo de ancianas camino a la iglesia!"

"Esas ancianas nos han tenido encerrados aquí durante un mes", observó Mullet con tristeza.

Lessing ya se estaba poniendo su abrigo de camuflaje invernal, sus manoplas y su gorra de oficial. "Dile a Ken Swanson que lo ponga sobre los amplificadores que voy a aceptar su rendición personalmente."

"¿Usted, señor?"

"Sí, yo. Lucharon bien. Es lo mínimo que puedo hacer."

"¿Puedo ir?" Jennifer usó ese tono meloso que normalmente funcionaba de maravilla con los hombres. ¡Esta vez no!

"No, no. No es un tonto, como dicen los Bangers. Mulder me abriría la cremallera él mismo si te pasara algo."

"Tiene razón, señorita." Mullet bloqueó la puerta. "Minas de alfombras... un láser a larga distancia ... Un cohete de emboscada. Maldita sea." Parpadeó con reproche a Lessing. "Incluso para un supuesto mere experimentado."

"Mira," dijo Lessing a Jennifer, "si quieres ayudar, ve al hospital de campaña o al comedor. Que demuestren a los lib-rebs que no estamos matando monstruos. Necesitarán café caliente, comida y atención médica."

"¿Florence Nightingale? ¿Yo? Vale. Pero tras las atrocidades que cometieron los librebs en la batalla de Redding ... "

"Culpa a sus 'tropas especiales' ... las bandas callejeras de Los Ángeles, sus aliados mexicanos. Toda la disciplina de una jauría de perros rabiosos." Cuando ella no dijo nada, añadió: "Si mostramos a la gente que somos heterosexuales, tenemos la oportunidad de volver a unir el país. Si la cagan, se mantengan unidos, y los chinos, los indios, los turcos, los sudamericanos... alguien... nos apagaremos las luces"

"Quemaron nuestra casa en Los Ángeles. Mi madre apenas salió con vida. La habrían asesinado si la hubieran atrapado"

"¡Olvida todo eso! Lo que importa es el futuro. ¿Por qué no usar dulzura y luz, si eso nos trae amigos? Oh, ganaremos esta guerra militarmente, pero realmente solo ganamos si todos tienen una oportunidad de una buena vida. Eso es lo que Liese dice 'Dom' últimamente."

"Eres ingenuo, Alan. Las realidades políticas son diferentes."

"Puede que no tenga un doctorado en malas de caballo académicas como Wrench o Borchardt, pero sé qué motiva a la gente. La paz es mejor que la guerra... o venganza."

"El Partido de la Humanidad

"El Parry está en racha. Pacov y Starak eliminaron a nuestros peores enemigos y enviaron a Outram a la Casa Blanca. Si no, Mulder seguiría vendiendo Fertil-Gro en la India, y vosotros, los 'Descendientes', estaríais cagando en los sumideros del Tercer Mundo. ¡Suerte, señora, pura y buena suerte! Más le valía al Partido no perder esta oportunidad; ¡Es el único que probablemente le pasará!"

"Incluso sin Pacov habríamos ganado. Íbamos en camino, más despacio pero con la misma seguridad. Nuestra herencia noreuropea ... nuestro étnico, nuestra sangre aria... ¡No se puede negar! Mira a Alemania: perdió dos guerras mundiales, ¡pero vuelve a ser una gran potencia! Salimos adelante en la crisis: no nos rendimos y no morimos fácilmente. Como dijo el caníbal enfermo sobre el misionero que se comió en la cena: 'No se puede mantener a un buen hombre abajo.'"

"¡Eso es horrible! ¡Y se lo robaste a Wrench!"
"¿Quién se lo robó a otro, que se lo robó a otro jizmo, hasta los payasos en el Coliseo? Mira, Alan, estábamos trabajando en una campaña económica a largo plazo. ¡Esa era nuestra estrategia!"

"Lo cual podría haber tardado otros cien años, si es que tuvo éxito." Mejor discutir que darle otra oportunidad para intentar acercarse a él. Dijo: "Solo digo que deberíamos enmendarnos, comprometernos y hacer las paces ... siempre que esas cosas nos ayuden a donde queríamos llegar desde el principio. De hecho, el soldado; cuando hay guerras, soy el que tiene que esquivar las balas. Como decía mi padre, 'Mejor engañar que pelear.'"

Ella ladeó la cabeza y le sonrió. "Sabes, Alan, tienes todo lo necesario para ser un gran lib-reb. Lo único que aún no has descubierto es la primera parte de 'hacer el amor, no la guerra'." Se abrochó el abrigo y salió a unirse a Mullet. La siguió en el aire empapado de nieve. Su coche blindado de mando esperaba frente a lo que había sido el principal aparcamiento norte del Monumento Nacional Lava Beds. Ahora los turistas, los campistas, los coches y las cestas de picnic eran solo recuerdos; en su lugar, banderas de los Cuadros ondeaban de forma intermitente bajo las banderas de estrellas y

franjas, sobre chozas de plástico color caqui, vehículos cubiertos de hielo y montones blancos de tiendas cubiertas de lonas. Wrench y Morgan querían una bandera distintiva de los Cuadros, como las runas plateadas sobre negro de las antiguas SS, pero Mulder la vetó. Solo había permitido una "C" blanca en la esquina superior izquierda de la bandera habitual del Partido. Eso tendría que bastarnos por ahora.

Lessing cruzó la nieve sucia y compacta y se subió al asiento del copiloto junto a Stan Crawford, su conductor.

Mullet se acercó para hacer un gesto y gritar, pero el motor ahogó sus palabras. Lessing podía adivinar que quería enviar un escolta. Eso no debería ser necesario si Lessing ha leído bien este Gottschalk. Los liberales rebeldes se rendirían como prometieron. Por otro lado, si Gottschalk mintiera, la mierda se volvería muy profunda.

Lessing lo pensó una vez más y luego despidió a Mullet con un gesto. No era tonto, no era un fanfarrón, ni especialmente valiente, pero de alguna manera extraña se sentía "destinado". Cuando llegaba su lima, se iría y no antes. Quizá parte del qismat—"destino", destino— del islam le había contagiado en la India.

El frío del asiento del pasajero de cuero plástico Parodex le hizo estremecerse. En la siguiente guerra de invierno que luchó el Cuadro, se aseguraría de que los coches, las tiendas de campaña y los baños tuvieran asientos mullidos.

"¿Rumbo a usted, señor?" Stan estaba entrenado en Ponape, era duro, de unos treinta años y sencillo, un rubio de agua de agua de Charlotte, Carolina del Norte.

Al diablo con la jerga militar. Él hizo un gesto con el pulgar y dijo con tono arrastrado: "Por ahí."

La nieve caía en pequeñas ráfagas y remolinos tristes mientras avanzaban, llenando los surcos y baches con azúcar glas. La fortaleza Modoc del capitán Jack estaba ligeramente a la izquierda, con Canby's Cross, Gillem's Camp y Gillcm's Bluff más allá. A su derecha, gran parte del lago Tule volvió a llenarse

de agua, como en tiempos Modoc; Las granjas y campos de los colonos posteriores habían desaparecido, por consiguiente. dijo Mullet, sobre la Guerra Atómica Viet-Chincse de 2010. Los lugareños interpretaron esto como una señal de que el lago Cráter, al norte de Oregón, estaba a punto de entrar en erupción de nuevo tras un sueño de seis u ocho mil años.

Stan vio a los lib-rebs antes que él: una línea negra y irregular contra rocas negras y dentadas. Blanco y negro como en una película antigua: un cielo gris, un paisaje monocromo. Le recordó uno de los antiguos noticiarios de Mulder: tropas alemanas avanzando por la desolación rusa, dejando equipo y cadáveres congelados atrás mientras regresaban arrastrándose hacia las fronteras derruidas del Reich.

"¿Quieres que conduzca hasta ellos", preguntó Stan, "¿o esperamos aquí?"

Miró a su alrededor. "Hay una mesa de picnic", sugirió. "Podemos limpiar la nieve"

"Disculpa, pero te vas a congelar el culo... Señor. Estar de pie en la escotilla es mejor. Di lo que piensas, vuelve a sentarte y mantente caliente. Podemos meter a algunos de sus heridos y mujeres en nuestro compartimento de pasajeros. Buena publicidad... eh, si crees que es prudente." Su expresión decía que no.

Publicidad: Especialidad de Wrench. Las palabras y las imágenes eran más importantes que cualquier victoria militar que pudiera conseguir. Miró por el retrovisor y captó el destello de una cúpula plateada-metálica en movimiento: una unidad de Magallanes que seguía su ritmo, sus cámaras girando para la posteridad. Ken Swanson, su encargado de corno, también contaría con equipos de telefoto de holo-video en helicópteros.

Más le valía parecer heroico.

Se subió al asiento y deshizo la trampilla del techo. Dedos de viento con puntas de hielo arañaban sus mejillas y frente mientras asomaba la cabeza; Se bajó la gorra de un tirón y subió el cuello del abrigo. Stan paró el coche y sus oídos zumbaban con la repentina quietud.

Si esto hubiera sido una película, en cualquier momento habrían oído a los lib-rebs cantar heroicamente su canción de batalla mientras salían a rendirse. Lessing hizo una mueca ante el capricho.

Allí estaban, emergiendo entre los árboles, silenciosos salvo por el crujido de las botas en la nieve. A través de los prismáticos que Stan le pasó vio lo cansados, hambrientos y desaliñados que eran: sin armas, desanimados, vestidos con ropa civil y aburrida, partes de uniformes y mantas. El que va delante debe de ser Gottschalk: un hombre alto y delgado, con el pelo negro y encrespado y barba. A su lado había una mujer morena, de pico de hacha, que llevaba en brazos a un bebé con colcha y
Llevó a cinco hijos mayores antes que ella. Lessing contó dos niños y tres niñas, quizás de entre siete y doce años. La niña más pequeña llevaba un bulto— no, era un osito de peluche, casi tan grande como ella. Los demás en la vanguardia eran adultos: soldados, aspirantes a soldados y soldados de juego atrapados en una realidad que nunca esperaron.

Probó con el megáfono. "¡Eh! ¡Atención!"

Eso no fue muy elocuente. Por el rabillo vio al Magallanes grabando la escena.

"¡Sois rebeldes!" gritó, más alto. "Soy el coronel de cuadro Alan Lessing de la Brigada de la Libertad Americana, Ejército de los Estados Unidos."

"¡Póngate tú, cabrón!" Una voz de la columna respondió con un chillido. Otros hicieron sugerencias más punzantes.

"Mira, si prefieres seguir luchando, lo haremos. Enviad a vuestros no combatientes y vamos a ello."

Gottschalk—el hombre delgado—gritó a sus tropas pidiéndoles silencio. A Lessing le dijo: "Sabes para qué estamos aquí, eh... Coronel. Sin comida, sin munición y con frío y un desastre. Necesitamos atención médica para nuestros heridos... quince hombres, tres mujeres y un niño congelado."

"Sí... Claro. Llamaré a ambulancias. No hace falta que tus heridos caminen el resto del camino." Le pasó la orden a Stan.

La mujer de Gottschalk se tumbó sobre una roca, los niños formaban un círculo defensivo a su alrededor, los demás de pie o agachados donde estaban. El propio líder del Lib-RCB se acercó al coche de mando.

"Un buen final para un doctorado en Stanford." dijo Gottschalk. Stan mantuvo la ametralladora montada apuntándole. "Aún no has terminado."

"¿Tengo un juicio justo? ¿Un jurado? ¿Mis derechos civiles? ¿Y luego me cuelgas?" "Perdona. No nos gustan los ahorcamientos."

"Yo... Todos nosotros... ¿Simplemente desaparecer? ¿Eso es todo? ¿Estilo escuadrón de la muerte? ¿O quizá una ducha que en realidad es una cámara de gas?"

"¡Eso es una tontería!" Respondió Lessing cansado. "Usted y su pueblo están en rebelión contra el gobierno constitucional y legalmente elegido de los Estados Unidos de América. ¡Traición tailandesa! ¿Qué esperas de nosotros? ¿Salud? ¿Un premio de la paz?"

"¿Y qué pasa?"

"Te mandan a un campamento de reorientación cerca de Seattle. Si nos caes bien y tú nos caes bien, volvéis a ser estadounidenses normales. Si no puedes o no quieres encajar, pierdes la ciudadanía. Luego te mudas a cualquier país que te acepte."

"¿Exilio? ¡No me lo puedo creer!"

Lessing sonrió ante el giro anticuado de la frase. "No. Ve donde te pidan. Si eres comunista, puedes vivir
felices para siempre en lo que queda de la República Popular China; necesitan trabajadores para construir su paraíso marxista. Los negros pueden elegir entre dieciséis asentamientos en África, media docena de islas del Caribe o alguna de las naciones de mayoría negra en Sudamérica. Los judíos son bienvenidos en las colonias Izzie en Rusia. Buscan personas cualificadas y educadas para construir allí un nuevo 'Pueblo Elegido', un Eretz Israel solo judío y religioso-racista. En cuanto a los sudeste asiáticos y latinos, pueden volver a sus tierras natales tan pronto como termine la

guerra. Cualquier otro liberal rebelde no reconstruido ... de cualquier tipo de persuasión... ir con quien les deje entrar: las comunas de Rusia, nuestros propios asentamientos alrededor de los campos petrolíferos del Golfo Pérsico, Europa, Australia, Canadá... donde sea. Si nadie os quiere, montaremos una especie de enclave aislado para vosotros aquí, donde podréis hacer lo vosotros solos."

"¡Mentiras!" interrumpió la mujer con voz aguda y feroz. "Otro Holocausto ... ¡Un billete gratis para las cámaras de gas!"

"Lo siento, no hay cámaras de gas. Reasentamiento en el extranjero. Como Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, aunque no es así como queréis que se recuerde. ¡Llevad a vuestras familias y idos!" Lessing era demasiado frío para controlarlo; Ya no sentía sus oídos y le dolía la frente. Se frotó el puente de la nariz.

La mujer se levantó tambaleándose. La ametralladora de Stan giró para seguirla. "¿Por qué deberíamos ir? ¿Por qué nosotros? Hemos contribuido tanto a este país... médicos, abogados, músicos, científicos, artistas... ¡De todas las profesiones, de todos los ámbitos de la vida! ¡No nos iremos! Eres tú... vosotros, fascistas que atrapan... ¡Quién debería irse! ¡No sois americanos! ¡No perteneces!"

"Error. Somos la mayoría. Hemos sido una mayoría silenciosa durante demasiado tiempo. Ahora tomamos el control. Nosotros, la mayoría americana, decimos que no encajas. No queremos vuestra música, vuestro arte, vuestra ciencia... Tenemos los nuestros propios, y estamos satisfechos. No podemos asimilaros, y no dejaremos que nos controles. Así que vete. ¡Sin discusión, sin discusión, sin abogados de alto cobro!" Sus mejillas estaban entumecidas por el viento amargo. "Te prometo un trato decente: nada de cámaras de gas y nada de campos de concentración. Te trataremos mucho mejor de lo que nos habrías tratado a nosotros."

Apagó su mente. Wrench le había dado una lista de cosas que decir para beneficio de las cámaras de televisión, y él las decía sin entusiasmo, sin importarle si las creía o no. Por lo que sabía, ese campamento cerca de Seattle podría ofrecer un conjunto completo de cámaras de gas, hornos,

máquinas de tortura y reinas del sado-pom vestidas de cuero negro y ondeando látigos. Puede que sí, pero no lo creía. Al menos había llegado a confiar en Mulder, Liese y Wrench. Sería una tontería mentirle, además; lo descubriría, y entonces
se convertiría en un enemigo. Alan Lessing no dejaba que la gente le mintiera.

"Las ambulancias están aquí", le llamó Stan. "Estos idiotas pueden trasladar a sus heridos a ese claro para recogerlos."

El viaje de regreso fue una procesión triunfal. A Lessing no le gustaba, pero lo entendía. Las víctimas de Starak ya no tenían preocupaciones. Fueron los supervivientes quienes sufrieron, lloraron, soportaron escasez y convulsiones sociales, y despertaron sudando de pesadillas de muerte invisible. Necesitaban buenas noticias. La moral era el objetivo aquí.

Lessing se resignó a ser un héroe militar. Siguió el consejo de Wrench, se conectó por radio con la sede de Home-Net en Kansas City y cabalgó hacia el campamento de pie en la escotilla, como un comandante Panzer en desfile. ¡Lástima que no hubiera traído gafas de tanque para acompañar su gorra con visera! Tampoco había música marcial, solo el silbido del viento en lo alto de los árboles, una marcha a los muertos. Wrench pudo añadir un oompa-pa adecuado a la retransmisión, junto con vítores salvajes y un comentario narrativo.

El comedor y el hospital estaban ubicados en el gran garaje tipo bam que el Servicio de Parques Nacionales había construido para sus vehículos de mantenimiento durante la época de los Bom-Agains. Habían hecho un buen trabajo con parques y monumentos históricos, pero las administraciones que siguieron estaban demasiado ocupadas con Oriente Medio, la contaminación, los disturbios agrícolas, los disturbios laborales, la deuda nacional, el fracaso de la Seguridad Social y Medicare, y los acariciamientos de sus P.A.C.s como para prestar atención a asuntos menores.

Lessing recibió a Mullet y Jennifer en la puerta, saludó a Timothy Helm, su segundo al mando, y desestimó el montón de despachos que Ken Swanson le había enviado. Lo primero de todo: los heridos lib-reb tuvieron que ser

ingresados en el hospital; los que sufrían congelaciones leves y heridas estaban alineados para esperar su turno; y el resto fue conducido al comedor, donde el personal de Lessing los registró y procesó antes de enviarlos a la cafetería. Algunos se dejaron caer en las mesas sin comer; a otros había que advertirse de no devorar demasiado y demasiado rápido. La habitación olía a cuerpos sucios, lana mojada y cocina. La combinación no era desagradable; le recordaba a Lessing el recreo del mediodía en el comedor de su escuela primaria durante los inviernos en Iowa hace mucho tiempo.

Se sentó en una de las mesas y aceptó un cuenco de sopa de pollo gris y grumosa de Jennifer. Todavía tenía dolor de cabeza, pero ahora podía culpar a la habitación sofocante y sobrecalentada en vez del frío de fuera. La sopa ayudó. Mullet colocó un rollo de mapas capturados del bastión rebelde junto a su placa y anunció que Tim Helm quería hablar de ellos. Swanson también rondaba cerca, clutch-354
escribiendo sus despachos y hurgándose la nariz. ¿Tenía que ser una verdad universal que los hombres del maíz fueran invariablemente busca-narices?

"¿Estáis revisando si hay que resistirse?" Preguntó Lessing a Helm. "¿Francotiradores?"

"Nadie. Tenemos a los hoppy-choppics volando círculos de búsqueda de vuelta a las camas, pero algunos de esos listillos lib-rebeldes tienen mantas deflectoras que bloquean los sensores de calor y armas de plástico que no activan nuestros rayos de búsqueda. También hay kilómetros de cuevas de lava al sur, cerca de Indian Well. Un tipo podría esconderse en cualquier sitio. Pero tarde o temprano conseguiremos la mayoría, y cualquiera que fallemos les congelará la yarble. Oh, escaneamos a los presos que trajiste. Están limpios. Nos vemos cuando termines." Recogió sus mapas y
izquierda

Lessing comió sopa, metódicamente y sin interés. A estas alturas, Home-Net estaría contando al mundo su espléndida victoria, esta hazaña de valor personal, este Gran Paso Adelante para las Fuerzas de la Rectitud, Hogar, Madre y Tarta de Manzana.

El calor le estaba dando sueño. Necesitaba a Liese.

"¿Eres Mistadet?" una voz interrumpió con un nudo confuso en sus pensamientos. Abrió los ojos y vio a una niña pequeña, la que llevaba el osito de peluche.

"¿Qué?" El choque y el ruido de los cubiertos dificultaban entenderla.

"Señora detective. ¿Eres Mista Del?" La niña se limpió la nariz con los dedos sucios. Llevaba un vestido hecho de una colcha de retales, y sus pies eran manchas amorfas de sacos y arpillera del Ejército estadounidense.

Mullet se rió. "Está preguntando si usted es 'Señor Muerte', señor." Señaló el uniforme negro y la insignia plateada que Wrench había diseñado para los oficiales de cuadro. Las tropas seguían llevando camuflaje del Ejército de EE. UU.

Ella le tendió el osito de peluche marrón manchado. "El tío Jase dijo que mostrara a Teen al detective de Mista."

"Eso está bien, pero no soy..." A la mierda.

La chica pellizcó un anillo de plástico en la parte trasera de la cabeza peluda del oso. "Los adolescentes hablan, ya sabes."

Genial. Ahora le daban una mala cinta de "¡abrázame, mamá!" Lessing nunca había tenido mucho que ver con niños, pero podía simpatizar con esta: no era culpa suya estar allí.

Otra niña parpadeaba contra la sombra de su memoria, una criatura silenciosa y lastimera en la parte trasera de algún tipo de vehículo. ¿Era un sueño? Parecía tan lejano. Oyó sollozos y sintió su cuerpo delgado en sus brazos.

Habló el oso. Con un acento británico descarado, decía: "¡Hola, Lessing! ¡Adolescente aquí! ¿Me recuerdas? ¿Jason Hollister?"

Maravillosa Brecha.

¡Dios Todopoderoso!

Sus reflejos de combate seguían siendo buenos. Le arrebató el oso de las manos al niño, miró a su alrededor con desesperación, aulló una advertencia y lo lanzó

El juguete se dirigió hacia los calderos de sopa en la parte más vacía del comedor, y se lanzó sobre la niña. Las sillas chirriaban y resbalaban al caer juntas en un montón bajo la mesa.

El trueno de la explosión arrebató todo sonido, oído, respiración y sensación.

La vajilla y los cubiertos se convirtieron en metralla; la sopa caliente se convirtió en napalm ardiente; Ollas y sartenes volaban como balas de cañón. No solo el oso de peluche contenía una carga explosiva, sino que estaba relleno de caltrops indetectables: estrellas afiladas de cuatro puntas de plástico quebradizo que chillaban en todas direcciones, cortando lo que encontrara en su camino.

Pasaron segundos antes de que comenzaran los gritos.

Lessing yacía tendido sobre la chica, la mesa se había derrumbado sobre ambos. No sabía si estaba herido. La bomba había caído detrás del mostrador de servicio, limitando la fuerza directa de su explosión. Los caltrops habían causado la mayor parte del daño. En su mente volvió a ver a las personas detrás del mostrador: dos o tres presos tomando segundos, cuatro o cinco guardias, y un grupo de ayudantes de cocina junto a las urnas de café. Ahora todos estaban muertos.

Los había matado.

¿Pero qué podría haber hecho? El resto de la habitación estaba lleno; ¡docenas habrían muerto si hubiera tirado al maldito oso a otro sitio! Tampoco podría haber corrido y sumergido la bomba en una olla de sopa; Los dispositivos de demostración de módem eran impermeables.

El niño se retorció y gimió. Fue cuando intentó rodar para alejarse de ella que se dio cuenta de que estaba herido, no estaba seguro de cuán gravemente estaba. Yacían en un charco rojo, y él supo instintivamente que

era su sangre, no la de ella. Su brazo izquierdo no funcionaba, y algo no iba bien en su cara. Exploró con la lengua y solo encontró aire: su mejilla izquierda estaba o bien abierta o completamente desaparecida. Ambos ojos seguían funcionando, aunque el izquierdo estaba borroso.

Lo extraño era que no le dolía. No tenía ninguna sensibilidad. Para su sorpresa mayor, el dolor de cabeza había desaparecido.

"No ... No podíamos ... no fuimos nosotros" Alguien dijo

gimiendo sobre él. Sonaba como Gottschalk. Pies pisando la mesa, sobre sus piernas. Eso dolió, y gritó. La mesa se inclinó, se levantó y se alejó, dándole una vista del agujero dentado y ennegrecido en los bloques de hormigón de la pared del fondo donde había estado el mostrador de la cafetería. Snow ya estaba entrando para ocultar la carnicería.

La arpía de Gottschalk estaba encima de él, golpeando, cavando, intentando alcanzar al niño. El propio líder rebelde era visible detrás de ella, con barba y camisa salpicadas de rojo. La mujer empujó bruscamente a Lessing, lo maldijo y arrastró al niño flácido y ennegrecido por la tierra. La acunó, le canturreó, luego se levantó y se apartó tambaleándose.

El dolor empezaba ahora. Pronto sería una agonía, si no se desangraba antes hasta morir.

Esta vez los lib-rebs eran inocentes. Habían muerto aquí igual que la gente de Lessing. Jason Hollister — "Teen" de la especialidad de Marvelous Gap — le había dado el osito de peluche al niño. Lessing no había visto a Hollister entre los prisioneros, lo que significaba que ya se había marchado antes de la rendición. ¡Ahora mismo el cabrón probablemente estaba viendo su sangriento triunfo en Home-Net en algún hotel de paraíso de cucarachas en San Francisco!

El fuego de armas automáticas retumbaba. Gritos y disparos resonaban de un lado a otro en el caos, y olía a humo. ¡Adiós a la buena publicidad! Una

mujer chilló y siguió chillando; Lessing se preguntó si era la bruja de Gottschalk — ¿o podría ser Jennifer?

Se fue a dormir, disparando o sin disparar.

Mucho, mucho después se despertó de una tarde perezosa en el cine con Emily Pietrick. Su propia escena de amor había sido mucho más jugosa que la que había en pantalla. Ahora estaba aburrido y de nuevo en casa.

Sin previo aviso, la tela de ese universo se desgarró, y oyó a alguien decir: "Puede que necesite un trasplante para el ojo. ¿Tienes uno en stock?" Una segunda voz murmuró: "Sí. Creo que sí. En las cataratas Klamath."

"Tráelo aquí, por si acaso. Pero lo que será duro es el brazo. Caltrop le atravesó la mejilla y le golpeó el hombro. Mucho daño. ¿Cuál es su grupo sanguíneo?"

"En su chapa de identificación, doctor." Los dedos se aferraron a tientas a su garganta.

"Eh. Consíguele una camilla y prepáralo para operaciones inmediatas. Pero la mujer lib-reb está muerta. Necesito una bolsa para cadáveres. Su marido también. ¡, nuestros chicos se volvieron locos con las automáticas!"

"¡Bien merecido para los poggers! ¡Era su puta bomba! ¿Cómo está el chico sobre el que aterrizó el coronel?"

"Está asustada de sus salchichas, pero vale."

"¡Vaya desastre de merda...!"

Volvió al teatro para buscar a Emily. Quizá la película sería mejor la segunda vez.

CAPÍTULO VEINTICINCO

¿Pregunta si el Partido de la Humanidad tiene una solución para el problema del crimen? Gracias. ¡Jovencita!

La respuesta es sí. Estamos revisando todas nuestras leyes y reestructurando nuestros procedimientos de aplicación de la ley. Estamos reescribiendo los libros de derecho, estandarizando, condensando, eliminando la paja y poniendo las leyes importantes en un lenguaje que todos puedan entender. Estamos usando nuestros ordenadores más grandes para esto: máquinas que pueden leer, digerir, cruzar referencias y recopilar mil libros por hora... ¡Y escupir la esencia en forma de libro! Vamos a poner terminales informáticos en todas las comisarías, hospitales, juzgados, prisiones y oficinas gubernamentales. Un único banco de datos cubrirá no solo todos los estados de la Unión, sino también a los países extranjeros que se suscriban a nuestra red de información. Nuestros ordenadores analizan la escritura a mano, comprueban pruebas físicas, buscan archivos, comparan grabaciones de voz... incluso hacer autopsias... todo en cuestión de minutos, y ahora estamos usando códigos genéticos de ADN para saber si un pelo, una muestra de sangre o un trozo de tejido pertenece a una persona determinada. Se eliminarán lagunas legales y tecnicismos a medida que se estandaricen los procedimientos de recopilación de pruebas. Además, estamos trabajando para desarrollar técnicas de interrogatorio seguras, humanas y casi insuperables. En lugar de semanas o meses para preparar un caso, la mayoría de las acciones pueden llegar a los tribunales casi de inmediato.

¿Y qué hay de los largos retrasos en los juicios, acuerdos de culpabilidad, sentencias desiguales para delitos similares, prisiones saturadas y el sistema de libertad condicional?

Por supuesto, los ordenadores y un sistema legal estandarizado no pueden resolver todos esos problemas, pero ayudarán. Los casos sencillos, con pruebas sólidas y sin circunstancias atenuantes, pueden decidirse por ordenador.

Después de todo, ¿por qué no? ¿Por qué perder tiempo y dinero? Nuestros sofisticados ordenadores, revisados por jueces humanos, pueden manejar alrededor del ochenta por ciento de todos los casos. El resto seguirá requiriendo un juez y un jurado. Los ordenadores también ayudarán en esos casos, al igual que la condensación de nuestros libros de leyes y una reestructuración de nuestro sistema. También vamos a permitir que nuestros ordenadores consideren

patrones de comportamiento, perfiles psicológicos y datos de condenas previas. Será mucho más duro para el reincidente.

¿Libertad condicional? ¿Tiempo libre por buen comportamiento?

Nos vamos a deshacer de ambos conceptos. No son más que puertas giratorias que devolven a los criminales a la calle; Se aplican de forma desigual y no han reducido la delincuencia ni un ápice. Creemos que la ley debe decir lo que significa y significar lo que dice. Tú cometes el delito, cumples la condena. Por supuesto, necesitamos otras soluciones para el hacinamiento y para las condiciones carcelarias sucias, degradantes y peligrosas. Estos problemas solo empeoran si condenamos a más infractores, imponemos sentencias más estrictas y ponemos fin a la libertad condicional, como he sugerido. Encarcelar a la gente es caro y no produce los resultados que queremos: un comportamiento reformado. Las prisiones son excelentes escuelas para jóvenes delincuentes; son sumideros de drogas, SIDA, violencia y aberraciones sexuales; ¡Y la rehabilitación es tan rara como las plumas de ángel! Hoy saldrá el setenta y cuatro por ciento de nuestra población penitenciaria,

comete más delitos y serás enviado de nuevo para un encarcelamiento aún más sin sentido. La rehabilitación simplemente no resulta de la cárcel. No podemos mantenerlos dentro, y no queremos que salgan. La solución liberal es decir frases hechas sobre mejorar el medio ambiente, crear empleo y gastar más dinero. Tu dinero. ¡Ya hemos visto lo inútil que es eso! Ganas un poco aquí, pierdes mucho allá, y tu problema sigue creciendo. Entiende esto: no existe una solución 'amable'. No hay forma de reducir la delincuencia... excepto para librarnos de los criminales. Con tristeza, y con toda la compasión del mundo, debemos llegar a la única solución que existe: debemos ejecutar a los delincuentes graves, de la forma más humana y suave posible, sin demoras ni excepciones. (Alboroto)

¡Déjame explicarte! La pena de muerte solo se aplicará a una persona condenada por un delito grave grave, o por un patrón de delitos menos graves. No un crimen pasional ni un accidente puntual. Un 'crimen desagradable' es aquel que se perpetra consciente y voluntariamente e implica violencia premeditada e injustificada, sadismo, crueldad hacia un niño o víctima indefensa, actividades antiestatales o anti-etnos-supervivencia, u otros factores agravantes. Una primera falta menor y cruel. A/yo recibirás una condena de prisión, junto con reentrenamiento y educación. Una segunda infracción provocará una terapia a largo plazo, además de

una terapia intensiva y una advertencia clara de que esta es la última oportunidad. Un tercio de este tipo de crimen será castigado con la muerte. La sentencia será revisada para comprobar su exactitud y justicia, pero después de eso no habrá más retrasos ni apelaciones.

¿Injusto? ¿Bárbaro?

¡En absoluto! Debemos eliminar las unidades sociales que fallan y dañan a otras unidades a su alrededor. Debemos desherbar nuestro jardín, quitar manzanas podridas de nuestro barril, destruir perros feroces y eliminar ganado defectuoso. No hay nada inhumano en esto. ¡Es mucho más humano que devolver a los delincuentes a prisión para vivir vidas de desesperanza y degradación! La comunidad ... el étnico... es nuestra primera responsabilidad; Debemos protegerla de quienes quieran destruirla. El ethnos no le debe nada a los individuos antisociales. No existe contrato social a menos que ambas partes lo suscriban.

¿La santidad de la lira humana?

¿En qué sociedad fue sagrada la vida humana? El vicio labial es fácil: ¡cuántas veces hemos oído 'pon la otra mejilla'! ¡Dime qué nación siguió realmente ese precepto! Maximizaremos las oportunidades de desarrollo positivo. A quienes lo dan, devolveremos diez veces. Solo serán eliminados aquellos que aún no puedan cumplir nuestro contrato social una vez agotados todos los remedios. Esto se hará con la mayor amabilidad y dignidad posible. Pero lo haremos. No podemos permitirnos hacer otra cosa.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar, preguntas?

¿Quién es alguien para juzgar algo? ¿Quién me da derecho a decirte que no aparques aquí, que no tires basura en mi entrada, que no robes mis gallinas? Ese es el contrato social. Nos das derecho a actuar eligiéndonos. Si no estás de acuerdo, ¡entonces elige a otra persona! Si aceptas nuestro contrato, lo haremos

¡Y nosotros llevamos a cabo nuestro programa con la menor hipocresía y piedad falsa posible!

¿Y qué hay de los errores judiciales ocasionales: el pobre hombre arrastrado a morir por un crimen que no cometió?

Estos casos son raros; serán aún más raros una vez que tengamos nuestra tecnología en marcha. Menos personas inocentes serán condenadas, y nadie será ejecutado sin un historial claro de actividad violenta antisocial o reincidencia.

¿Gente en prisión ahora? ¿Delincuentes profesionales con largos antecedentes?

Terminarán sus condenas actuales y luego serán liberados. También se les dirá que la próxima vez que cometan una ofensa cruel serán ejecutados, sin dudarlo ni disculpas.

¿La declaración de locura?

Seguirá ahí para quienes lo merecen. Estamos ideando mejores pruebas y tratamientos para quienes sufren enfermedades mentales. Sin embargo, la declaración de locura no estará tan fácilmente disponible como antes: creemos que la mayoría de las personas son lo suficientemente racionales como para ser responsables de sus actos, sean cuales sean sus traumas infantiles u otros problemas psicológicos. Seremos compasivos; eso es todo lo que te prometo.

No, señor, no tenemos intención de ejecutar a los infractores de tráfico, ¡por muchas multas que tengan! (Risas) Sin embargo, la pérdida permanente del carné de conducir será más común, y las muertes o lesiones resultantes de conducción bajo los efectos del alcohol o descuidado son, en efecto, 'delitos violentos'. Un automóvil es un arma letal.

¿Qué más? Tú. en primera fila, señorita. ¿Igualdad? ¿No resultarán las sentencias de muerte para delincuentes graves que más negros y otras minorías que blancos?

La respuesta es sí. Al menos a corto plazo, mientras las minorías permanezcan entre nosotros. Sin embargo, no permitiremos ninguna inequidad; ¡Todos los ciudadanos son iguales ante la barra de la justicia! Los factores que hacen que los negros u otras minorías cometan más delitos que los blancos son otro asunto: se corregirán lo antes posible. Creemos que la emigración hacia tierras más étnicamente homogéneas es la mejor solución a este problema. Hasta que nuestro programa de emigración esté completamente implementado, también corregiremos el medio ambiente, mejoraremos la educación y ofreceremos oportunidades a aquellas minorías que permanezcan temporalmente entre nosotros. Lo que no toleraremos es una alta tasa de criminalidad... ¡Por cualquier motivo! Estamos dispuestos a desherbar nuestro jardín; Si otros entre nosotros no están dispuestos a desinfectar las suyas, entonces lo haremos nosotros por ellos.

¿Una última pregunta? Tú. ¿El joven con gafas en la tercera fila? ¿Y los abogados? ¿Tu título en Derecho seguirá valiendo algo una vez que nuestro sistema judicial sea renovado?

La respuesta es un sí cualificado. No llegaremos tan lejos como Shakespeare: "Lo primero que hacemos, matemos a todos los abogados." (Risas) Habrá menos abogados de Tor que hacer a medida que nuestra red informática asuma ciertas funciones: menos apelaciones, menos nuevos juicios, menos casos corporativos largos, menos jurados sin disputas, menos sentencias que dependan de la riqueza, la suerte, el carisma u otros

factores personales. Se necesitarán abogados para preparar pruebas y asesorar a los clientes. Puede que ganen menos dinero que ahora, y tendrán que aprender algunos conceptos nuevos de derecho. El caos que tenemos hoy no puede ni se permitirá que continúe. . _ . .„ .

—de una charla celebrada con estudiantes del Central High School, Little Rock,

Arkansas, por Vincent Dorn, lunes. 1 de agosto de 2050

Viernes, 5 de agosto de 2050

¿No estás contento?" Liese estaba junto a la ventana que daba al

Rompecabezas del centro de Seattle. Desde el ático V.I.P. en la última planta del hospital, Puget Sound era visible entre los altos edificios grises mientras un charco de mercurio plateado se derramaba sobre un horizonte arrugado de baize verde.

"Claro", respondió Lessing. "Tan feliz como un hombre con la cara llena de algodón." Intentó no cecear. La herida en su mejilla estaba casi curada, pero los puntos y el plástico seguían sintiéndose incómodos.

Se movió para quitarse el peso del lado izquierdo. El miércoles pasado los médicos le realizaron lo que dijeron que sería la última operación en su hombro, y aún así le dolía. Con el tiempo, recuperaría el uso completo de su brazo, le decían: nada de prótesis, nada de cabestrillos, no la mano negra revestida de cuero que Wrench había ofrecido diseñar a Ochenta y Cinco, la que llevaba una daga, un proyector de gas lacrimógeno, una pistola de costura y probablemente una navaja suiza de sesenta y cinco hojas. Le recordó a un científico loco en una película que había visto en su infancia, un hombre cuyo brazo artificial tenía voluntad propia.

Liese se acercó a la cama. Se sentó a su derecha para que él le frotara el cuello con su mano buena. "Se siente bien."

"Más le vale. Pasé semanas fortaleciendo estos dedos cuando pensaban que iba a perder el brazo."

"Luz verde pronto." Se giró para besarle. "Mmm. De vuelta al trabajo ahora."

¡Podía ser tan guay y tan frustrantemente distante! Dijo: "Siempre tienes que irte. ¡Espera a que me escape de aquí!"

"Hay mucho que hacer. Lib-rebs. Outram está demasiado enfermo para hacer mucho. El vicepresidente Lee es un idiota. Mulder en reclusión. Goddard enfrentándose a Wrench y Morgan."

"¡Oye, acordamos que usarías verbos y frases completas de vez en cuando!" Intentó mantener un tono alegre, pero Liese no estaba de humor para terapia del habla. Tras un momento preguntó: "¿Así que hay problemas entre el Cadre y PHASE? ¿Peleas abiertas?"

Puso una mueca. "No. Oculto. Mulder intentando mantenerlos unidos."

"¡Maldita política! El Partido necesita toda su fuerza. La vieja élite de poder va a regresar: los burócratas, los partidos políticos, las sectas religiosas, la C.I.A., el I.R.S., las corporaciones, todos los grupos de presión desde el Gran Movimiento Sindical para 'Salvar a los Perros de la Pradera'." "Todo como siempre. El shock de Starak se desvanece."

"¡Dios mío...! ¡Después de la muerte de medio país!"

Liese se lo tomó literalmente. Ella dijo: "Ni la mitad. El censo no está en el lugar. Cuarenta y cinco a sesenta millones de bajas estadounidenses relacionadas con Starak. La toxina en sí, además del pánico, el hambre y otras enfermedades. Quizá mil millones de muertos en Pacov en Europa, Rusia, Israel, África, partes de China... en otro lugar. La bacteria Pacov se suponía que moría tras una generación pero mutó a 'Pacov Negro' en África. Aunque la mayoría ya no está."

Gordy Monk llamó a la puerta. Era el jefe del escuadrón de guardaespaldas de Lessing. "Señor, el comandante de cuadros Wren está aquí."

"¡Ve!" susurró Liesse. Cogió su abrigo otoñal gris carbón al pie de la cama y empezó a levantarse.

"¡Quieto!" Lessing le respondió con un rap. Era difícil reunir verdadera autoridad con un hombro envuelto en momia y una venda en la mejilla que le hacía parecer una ardilla torcida.

Wrench se deslizó alrededor de la puerta, guiñó un ojo a Liese y luego entró. Hoy su uniforme color crema, de gabardina, era de buen gusto, y había mantenido las medallas e insignias al mínimo que no cegaba.

"Siéntate", gruñó Lessing. "Me pone nervioso cuando la gente se pone encima de mí."

Liese volvió a la ventana, pero Wrench obedeció. Sonrió a Lessing. "Perdona que te moleste. ¡Visita a los débiles, enfermos y ancianos! ¡Deber cívico, ya sabes!"

"Débil, enfermo, anciano... ¡Mentira! Soy un maldito héroe, gracias a ti. Home-Net me está presentando como el mejor comandante militar desde Napoleón. Y tú diriges Home-Net."

"Creemos en la honestidad escrupulosa: todos los anuncios, telenovelas, concursos televisivos, bebés de caña y violencia de mal gusto que soporta el tráfico del 2011. ¿Cuál eres tú?"

"¿Noticias?" exigió Liese impaciente.

Wrench le dedicó una sonrisa como el amanecer. "Sabiendo que nuestro héroe aquí no recibe su dosis diaria de holo-vid, permíteme 'recapitular la noticia', como dice el mejor comentarista de Home-Net, Jason Milne." Carraspeó con presenciosidad. "Estalla la guerra entre la India y la Teocracia Islámica de Indonesia-Malasia. China interviene y amenaza con un ataque nuclear táctico a menos que las fuerzas del primer ministro Ramanujan abandonen Camboya, como de verdad pronto. En Pakistán, el mulá rojo

permanece neutral, con un ojo puesto en Turquía al oeste y el otro en los Izzie-Vizzies al norte; Esto me preocupa
su oftalmólogo. Sudáfrica ofrece educadamente 'remover quirúrgicamente' a la Nación de Alá Todopoderoso apoyada por Estados Unidos ... los padres del Khalifa ... a menos que se les concedan derechos mineros en el Congo. Las fuerzas españolas ayudan a Marruecos a rescatar a cientos de personas de las ruinas de Rabat, afectada por el terremoto. Las tropas del general Rollins han llegado ahora a Veracruz, evitando las unidades mexicanas que acechan en lo que queda de Ciudad de México tras Starak y el gran incendio. La confrontación entre Perú y Brasil se intensifica. La Casa Blanca duda sobre si pisotear Centroamérica y acabar con el narcotráfico mediante el método bíblico... fuego y espada... O para quitarse el dinero de los dragsters y callarse. Australia y Nueva Zelanda han entrado, han cerrado sus puertas y han puesto un cartel que dice: 'Nadie malditamente bien *ome. ¡Ve 'ye 'n' g'dye t'ye, myte!'"

"Eres mejor Jason Milne que Jason Milne."

"¡Todo mal!" Liese agitó vehementemente sus cabellos rubio oscuro. "¿No hay buenas noticias?"

Lessing dijo: "El mundo es una máquina con un volante de inercia roto: se está desmoronando."

"Somos nosotros quienes lo mantienen unido", respondió Wrench. "Nuestro buen y viejo ethnos del norte de Europa. Sin nosotros, el juego habría terminado. De hecho, estamos ganando, haciendo cosas buenas internamente y ayudando a organizaciones hermanas en el extranjero. Y también aliados entre algunos grupos étnicos realmente improbables, como la Nación de Alá Todopoderoso del Khalifa."

"Khalifa Abdullah Sultani...", comenzó Liesse.

"Creo que lo conocí una vez." Lessing vio un destello azul hielo, y un extraño temblor se coló en su voz.

Sonrió, desconcertada. "Trabajando con nosotros. Reasentar a la población negra en África."

"Cuesta imaginarlo: ¡el califa de nuestro lado!"

"¿Por qué no? Bien por su gente. Ayudamos. No te metas."

Wrench dijo: "La reorientación para los prisioneros negros lib-reb incluye cursos impartidos por el pueblo del Khalifa. Le enviamos reclutas entrenados, no un montón de jizmos de golpe. Él consigue lo que quiere, y nosotros conseguimos lo que ambos necesitamos: separación racial con margen de crecimiento."

"Lo mismo en Centro y Sudamérica", añadió Liesse. Volvió a coger su abrigo. "Reeducación. Lo quieren; Ayudamos. La fiesta es más fuerte en Argentina, Brasil."

Lessing frunció el ceño. "Todavía tengo la sensación de que todo se está desmoronando. Tenemos que ganar rápido la guerra entre los liberales y los rebeldes. Entonces tenemos que reunirnos. Si no, las ruedas y los muelles salen volando."

Wrench mostraba sus dientes brillantes. "Hoy eres un gran y feo coágulo de la perdición, ¿verdad, Lessing? Déjame darte una buena noticia: San Francisco está a punto de caer. Anoche los hombres de Tim Helm y algunas unidades regulares... Marines, creo que... Atravesó a los Lib-Reb
líneas al norte de Walnut Creek. Tomaron el embalse de San Leandro y empujaron a los enemigos de vuelta a Pleasanton y Li Vermore. La mejor suposición es que los liberales rebeldes intentarán mantener Fremont, pero los tenemos huyendo y nuestra artillería se está preparando para bombardear Oakland y Berkeley desde las colinas. Un buen espectáculo de fuegos artificiales puede asustar a los liberales y salir de San Francisco y salvar la ciudad. Sería una pena que lo pusieras en el pulgar"

"¿Por qué siguen luchando?" se preguntó Liese con tristeza. "No se puede ganar."

"Por la misma razón que seguiríamos adelante", le dijo Lessing. "Porque no hay otro sitio al que ir. No por su lado." Se levantó y empezó a cepillarse el pelo pálido. Se estaba volviendo notablemente más fino.

Wrench dijo: "Los tiempos cambian. Hace un siglo decían que habíamos terminado, en el vertedero de la historia. Ahora les toca a ellos. La rueda ha dado la vuelta completa. Las faldas suben, luego bajan, luego suben otra vez: un ciclo de unos veinte años. Ochenta y Cinco dice que siempre que hay una gran convulsión, como Pacov, también hay una tendencia hacia la política autoritaria. Los liberales subían, ahora están abajo, tan anticuados como polvo de peluca. Ahora somos los grandes del barrio... Y créeme, estamos buscando con seriedad formas de evitar que el swing nos vuelva a meter en el montón de mierda."

Lessing no quería hablar de política. "Déjame preguntar"

"Lo primero es lo primero." Wrench se levantó y giró el dial del holo-vid hasta que encontró un concierto de Banger aullando en Yama-Net. Se inclinó hacia Lessing y le hizo señas a Liese para que se acercara también. "Solo para que no oigamos una voz que diga: '¡Habla más alto en el orinal, por favor!'"

Lessing alzó una ceja sarcástica. "¡Venga ya! Seguridad en mente."

"Relájate. Goddard se ha puesto agresivo últimamente. Ha creado archivos en Ochenta y Cinco a los que no puedo acceder. Tampoco los sellos entrenados de Outram."

"¡No preguntaba por Goddard!"

"Tiene ojos y oídos aquí mismo en tu boudoir del hospital, ya sabes, pero no encontramos sus micrófonos." Wrench hizo un gesto vago y circular hacia el techo. "De todos modos, sé que quieres oír hablar de Hollister. Los Euromercs no le han visto desde que se retiró de la colonia de los Izzies en Ufa hace meses. Estamos seguros de que está en territorio liberal-rebelde."

"¿Para eso necesitas un ordenador de mil millones de dólares?"

"¡Tranquilo! Encontraremos al que habla. No tienes que preocuparte: mucha seguridad." Se rió entre dientes. "Incluso hay chicos olfateando tu pis en busca de venenos de acción lenta. No más ositos de peluche graciosos."

Lessing volvió a tumbarse. "Esa gente ... nuestra gente... murió por mi culpa. Ken Swanson, con una estrella de plástico en la cabeza. Los lib-rebs también... Gottschalk y su mujer."

"No pudiste evitar lo que hizo Hollister. Nadie te culpa... ni el Cadre tampoco. Vuestros chicos no sabíais qué demonios estaba pasando. Los pacifistas nos ridiculizaron por hacer el 'thumbs' a los prisioneros, y la buena gente de Dee-Net en Montreal está armando un escándalo sagrado sobre los 'crímenes de guerra'. Pero el público está de nuestro lado: nadie espera que los soldados en una zona de combate reaccionen de forma diferente ante una bomba lanzada... literalmente... ¡en su sopa!"

Los recuerdos dolían. Dijo: "Jennifer vino a verme. Estaba preocupado por ella."

"Chica lista. Cuando el oso de peluche explotó, la buena Jenny estaba tumbada de espaldas con un perrito debajo de una mesa."

"¡No es justo!" Lloró Liesse. "¡Mullet! ¡Era Arlen Mullet! ¡Heridos protegiéndola! La tiró al suelo cuando Alan gritó."

"¡Oh, ya lo sé!" Wrench extendió la mano en lo más parecido a una disculpa que Lessing le había visto hacer. "Solo una broma tonta. Jen y Mullet ya tienen luz verde, aunque no pudo sentarse durante un par de semanas, y Jen tiene cicatrices de metralla en la espalda. Ha regresado al este, a la sede de Goddard en PHASE en Bethesda, Maryland. Allí también estará más cerca de Mulder."

"¿Arlen sigue en la Escuela de Entrenamiento de Oficiales de Cuadros en Denver?" Lessing le debía a su ayudante la gran recompensa. Mullet había dicho que "Mistadet" significaba "Señor Muerte". Sin ese aviso, Lessing habría ignorado a la niña con el osito de peluche. Habría muerto. Y a mucha otra gente también.

"Sí. Está feliz. También me dio una tarjeta de Stan Crawford. Está conduciendo para
Tim Holm ahora, en el frente de San Francisco."

"Patty ... el chico que me trajo el regalo de Hollister... está aquí en el hospital, en la unidad de culos. I … No pude bloquear toda la sopa caliente cuando me caí sobre ella. Hazme un favor y ve a verla."

"Sí. Un par de veces."

"Yo también", dijo Liese. "A menudo."

"Patty está físicamente como nueva." Lessing tragó saliva. "No lo ha superado, pero viene. ¿Has averiguado su apellido?"

"Todavía no. Desde luego, no era hija de Gottschalk, ni tenía relación con ese gato montés kosher que tenía con él. Patty recuerda su nombre como algo así como 'Heuer' o 'Hoyer', y creemos que venía de Eureka. Sin embargo, la guerra destruyó los registros, y ... bueno, simplemente no estamos seguros."

"¡Una baja suelta de la guerra!" De repente, la tensión acumulada en su interior se desbordó en un solo gruñido entrecortado: "¡Dios!"

Liese tocó su mano buena. "¡Eh, eh, luz verde! Me ha hecho cambiar de opinión. No hay trabajo. Comida. Con Patty y Wrench. Restaurante Tall Pines. Bonito día. Lago Washington." La angustia de Lessing era contagiosa; estaba destrozando el discurso de Liese.
"Como decía sobre Goddard..." Wrench también vio el peligro de dejar que Lessing meditara sobre la masacre de los Lava Beds. "¿Y bien?"

"Déjame advertirte. Cuando Outram se vaya, habrá una lucha de poder como no te imaginas, una auténtica pelea. ¡Será hora de elegir lados y oler las axilas!"

Lessing miró a Liese. Ella frunció la nariz. La Goddard-fobia de Wrench podría no ser más que su habitual paranoia; donde hubiera un extremo. Wrench parecía disfrutar yendo más allá. Aun así, Goddard fue perfectamente capaz de hacer una carrera de touchdown.

"Comida." Liese cogió el teléfono y marcó. Tras un momento, asintió a Lessing. "Almuerzo. Abajo. Patty."

Se vistió, apoyando su hombro herido. Dos de sus guardaespaldas se quedaron en la habitación del hospital; Los otros cuatro los acompañaron en el ascensor y se dispersaron por el aparcamiento. Revisaron el Titan-909 Party sedán negro de Lessing, y luego se unieron al escuadrón de Wrench en sus dos coches de escolta.

Tanta seguridad le pareció innecesaria a Lessing. Hollister había tenido muchas oportunidades para dejarle en el dedo: un disparo de un coche que pasaba, un francotirador en una azotea, ¡subir a la calle y abrirle la cremallera con un cuchillo de cocina! Wrench estaba más obsesionado con Goddard que con Hollister, por supuesto; también le preocupaban los rebeldes liberales, los Izzie-Vizzies y probablemente Drácula y el monstruo del Lago Ness también.

Algunos de sus temores no eran del todo infundados.

Patty empujó las puertas de cristal, seguida por uno de los guardaespaldas y una enfermera. Lessing la encontraba hermosa: una niña delgada y vivaz de seis o quizá siete años — ¿quién lo iba a decir? — con ojos tan azul pálido como los de Lessing. Tenía el pelo rubio sol, hasta los hombros, que peinaba, provocaba, se permanenteba, trenzaba y manipulaba de cualquier otra forma que las bebés de holo-vid hacían con las suyas. Hoy Patty llevaba una blusa blanca y vaqueros negros, el traje infantil no oficial del Partido.

En un mundo más pacífico, podría haber sido hija de Liese y Lessing.

"¡Hola, Lessing!" Siempre le llamaba así, solo su apellido, sin títulos, nada. Le tomó del brazo, se rió y lo atrajo para un caricio con sabor a menta.

Rara vez era tan alegre. Sus quemaduras consistían principalmente en salpicaduras en el brazo y el hombro derechos. El dolor ya casi había desaparecido, pero seguía teniendo pesadillas.

"Hola. ¿Te apetece salmón? ¿Patas de cangrejo?"

Patty lanzó una mirada cohibida a los guardias de seguridad que observaban. "No. Espaguetis."

"Mariscos", anunció Liese. "Mi voto."
La niña se encogió de hombros. "Tú invitas." Conseguiría lo que quería; Liese cedía.

El restaurante Tall Pines era nuevo y reluciente, el tipo de lugar querido por los empresarios y la gente de la cena: un "yuppy-suppy", lo llamaba Wrench. Esta tarde, un tercio de las mesas estaban ocupadas por civiles y otro tercio por soldados de permiso desde California, pero los lugares restantes estaban vacíos. Tardó un tiempo en que el turismo y la vida con dignidad volvieran a la normalidad tras perder más de cuarenta y cinco millones de clientes.

Lessing entrecerró los ojos y vio paz: una tarde somnolienta de agosto, con gente agradable disfrutando de buena comida en un entorno cómodo en una tierra feliz. Vio el verano: tiempo para subir a las islas San Juan, a la península Olímpica, quizá al monte Rainier. No vio la guerra, ni soldados, ni tanques ni cañones, Pacov y Starak, ni el Armagedón.

Era como en combate: cuando ya no soportas pensar en balas, dolor y muerte, tu mente se apaga. Miras al cielo, las malas hierbas en tu agujera, el color de las rocas, los patrones hechos por gotas de sudor en el polvo frente a tu nariz.

Durante las últimas semanas, tumbado en su cama de hospital, Lessing había tomado una decisión. Se rendiría ante Liese, Wrench y Mulder y se uniría al Partido de la Humanidad. Puede que no ofreciera soluciones "equilibradas", "moderadas", "de mente abierta" o "liberales", pero era mejor que cualquier otra cosa que estuviera en marcha. El Partido prometía paz, prosperidad, estabilidad, progreso y amor.

¿Amor?

Lo había pensado, y era verdad. Los enemigos del Partido no veían sus políticas como "amor", por supuesto, especialmente sus políticas raciales y la exclusividad del ethnos. Sin embargo, el amor era la esencia: el amor por el pueblo, el amor por la herencia, el amor por aquellos con quienes uno empatizaba e identificaba.

El Partido de la Humanidad ofrecía amor — amor en el sentido social — el único tipo de amor que tenía sentido para sobrevivir. El Partido, el movimiento, tenía una ideología intransigente y una disciplina estricta, pero también parecía ser el mejor medio para mantener viva a la humanidad — toda la humanidad, todos los grupos étnicos— en la Tierra.

Sus uniformes de Cadre les consiguieron una mesa enseguida, y la camarera tomó su pedido.

"¿Colegio?" preguntó Liese a Patty.

La niña le dedicó una mirada azul y serena. "Diez de septiembre. Tercer curso. Me perdiste un año por la guerra." Rara vez hablaba de las semanas que había pasado en los Camas de Lava. Sus recuerdos de aquel lugar eran sobre todo de frío, hambre, tiendas malolientes, cuevas, ruido y terror. Gottschalk y su extraño compañero habían

se desvanecieron hasta convertirse en figuras oníricas. Los niños eran más flexibles —perdonando y olvidando— que los adultos.

"¿En qué colegio?" preguntó Wrench distraídamente. La camarera estaba ocupada con un grupo de agentes de PHASE con uniforme marrón a dos mesas de distancia, y él los vigilaba.

"Roble." Las escuelas de fiesta recibieron su nombre por imágenes positivas y naturales. Patty tomó una cucharada de sopa de champiñones y luego exclamó: "Vaya, qué picante."

"Disculpe", murmuró Wrench. Se levantó y abrió paso entre la multitud hasta la mesa masculina de PHASE. Uno de sus guardaespaldas seguía deambulando tras él.

"Toda la educación es igual en nuestras nuevas escuelas", dijo Liese a Lessing. "El mismo currículo en todas partes. Las mismas pruebas. Estandarizado. Profesores formados y licenciados a nivel nacional. Traslados frecuentes a otras ciudades y estados para mantener la uniformidad. Sin matrícula."

"Esas son ideas de Wrench. Le encanta trastear con cosas como reformas educativas." Lessing también estaba vigilando a los hombres de PHASE. "Mulder está presionando a Wrench para Secretario de Educación e Información."

"A veces demasiado radical. Deberíamos pensar más en las reformas primero."

"Como cierta rubia revolucionaria que conozco." Se sonrieron, y Liese extendió la mano pero no llegó a tocar la suya. Últimamente estaban mucho juntos. No habían hablado de matrimonio—mucha gente ya no quería arriesgarse a los problemas legales solo por un papel—, pero ambos sentían un compromiso creciente

Patty miró de uno a otro. "La llave inglesa dice que el colegio costará mucho." Le lanzó a Lessing una mirada de ojos azules grandes, de 'te quiero'. "Lessing, ¿vas a pagar por mí?"

Se rió. Sus artimañas de adulto le sorprendían constantemente. "No hace falta. Está en el plan del Partido: escuela gratuita para todos."

Pensó en la lucha de Wrench para convertir la educación en una prioridad máxima del Partido. Ochenta y Cinco había tenido que hacer algo de trabajo fiscal, aunque un presupuesto militar generoso ya no era tan urgente como antes. Pacov y Starak se encargaron de mantenerse al día con los soviéticos y los chinos. Por supuesto, había otras prioridades: la guerra entre los liberales y los rebeldes, la ayuda en desastres, la reorganización de la economía destrozada, la atención médica nacional, la ayuda a los ancianos, las subvenciones agrícolas — muchas cosas. Sin embargo, la educación era la clave.

La educación estadounidense había sido un castillo de naipes improvisado construido sobre cimientos de arena. La civilización occidental no duraría mucho en manos de analfabetos. Poned a vuestros hijos al nivel de los estudiantes en Japón, el floreciente imperio turco, las colonias rusas Izzie-Vizzie y una Europa revitalizada, o observad cómo esos otros grupos étnicos

os apartaban y gobernaban el planeta a su manera. Sin embargo, las reformas profundas fueron difíciles: el estab-368 académico
Lishment era tan áspero y conservador en la práctica como sus políticas educativas eran tenazmente liberales. Un paso en cualquier dirección acariñó el buey de alguien y provocó gritos fuertes y cultos de indignación. El Partido de la Humanidad tuvo que aprovechar la disrupción del país tras Pacov y hacer algo antes de que los clubes de Old Boys recuperaran el control. Una vez que eso sucediera, todo sería como siempre: comités, informes, grupos de trabajo, reuniones y burocracia absurda hasta que fuera demasiado tarde. Ya casi era demasiado tarde.

Colegios de fiesta, campamentos juveniles, organizaciones de padres, grupos deportivos, becas, revisiones curriculares — Wrench había presentado toda una agenda de cambios, y Mulder hacía todo lo posible para conseguirlos. Como dijo alguien una vez, "Dame los niños hasta que tengan siete años, y cualquiera podrá tenerlos después."

Lessing volvió a Patty. Haría todo lo posible para que ella tuviera lo mejor.

¿Qué era ella para él? ¿Por qué le importaba tanto? No estaba seguro. Nunca había sido muy de introspección. Examinar tus sentimientos más íntimos — de forma clara y objetiva — era como intentar asomarte el culo. Los contorsionistas podían hacer eso, pero Lessing —junto con un par de miles de millones más— no podían.

¿Era Patty solo un consuelo por toda la culpa que llevaba consigo, como Atlas con el mundo sobre los hombros? Ser amable con este niño y así expiar la muerte de la mitad del planeta — ¿fuera o no culpable de esas muertes? ¿O estaba expiando la masacre de los Lava Beds?

No, ninguno. No era muy de hacer sentir culpables.

La culpa le hizo pensar en su madre. La culpa era el motor principal de su vida. A su manera dura, creía que Dios le quitaría la culpa en el Día del Juicio. Después de todo, ¿no había muerto Jesucristo por sus pecados? Lo que hiciera ya estaba perdonado. Si Dios se ponía arrogante con ella, podría señalar a Jesús y proclamar: "¡Él ya ha pagado mi cuenta, Señor!" Luego

lloraba, se arrodillaba y se arrepentía como si estuviera montando por un Oscar. Dios seguramente vería las cosas a su manera.

El cristianismo y las demás religiones de Oriente Medio eran ciertamente parecidas en un aspecto: todas sudaban por el "pecado". El antiguo Libro egipcio de los Muertos tenía una gran escena de juicio, Lessing había leído en algún sitio. Cuando moriste, Thoth, el dios cabeza de ibis, sopesó tu corazón contra la Pluma de la Verdad. Confesabas tus pecados ante Osiris, el Señor de los Muertos, y si mentías, eras el almuerzo de un monstruo con cabeza de cocodrilo. No hace falta decir que esta escena severamente moral fue seguida por otros capítulos que te enseñaban cómo mentir con seguridad ante los Cuarenta y Dos Jueces de los Muertos, cómo engañar a Osiris, cómo engañar al viejo Croco-Smilc y cómo avanzar hacia los Campos de los Benditos sin que nadie te pusiera una mano, garra o tentáculo encima.

¿Por qué todas las religiones de esa parte del mundo se molestaron en postular a un dios omnipotente y omnisciente que transmitió mandamientos de hierro — solo para pasar el resto de la historia buscando maneras de engañarlo? Debe de ser algo en la psique de Oriente Medio.

Patty trotó el brazo hacia el salero, y Lessing volvió a la realidad con un sobresalto palpable. Si alguien hubiera sugerido que Patty, por sí sola, era una razón completa y suficiente para el amor, no habría sabido qué decir.

Wrench se deslizó de nuevo en su silla, lustró los cubiertos en la servilleta y devoró su sopa en un silencio poco habitual. Sin embargo, cuando llegaron sus platos principales, ya le contaba a Patty historias fantásticas sobre elefantes y maharajás indios. Lessing le observaba con curiosidad.

El filete de salmón estaba bueno, y las gambas de Liese estaban perfectas. No había espaguetis en el menú, pero Patty se permitió conformarse con su ternera estofada, aun así. Definitivamente no era amante del marisco.

Los guiños guiñados, las copas de granate, los manteles de damasco rojo y los cubiertos plateados relucientes llevaron a Lessing de vuelta al restaurante en Sioux City donde sus padres habían celebrado sus aniversarios. El recuerdo era tan borroso como el humo de una vela, pero

resultaba inmensamente reconfortante. Angola, Siria, India, Ponape, Palestina y Nueva Sverdlovsk se desvanecieron; nunca habían ocurrido. Pacov y Starak eran acrónimos sin sentido en portadas de archivos en algún cajón olvidado del escritorio. Esa era la realidad.

Un murmullo de conversación cerca de la puerta le hizo mirar en esa dirección. Media docena de hombres altos con uniformes negros habían entrado en el restaurante y miraban alrededor. Uno de ellos vio a Lessing, hizo un gesto a sus compañeros de color sable para que esperaran y luego avanzó lentamente por el pasillo hacia su mesa.

Algo se agitó profundamente en la memoria de Lessing pero no salió a la superficie. Observó con cautela cómo el desconocido se acercaba.

"¡Eh, Lessing, eres un capullo!" Wrench le gritó al oído. "¿No conoces este jizmo? Bill Easley... Cuadro ... ¿de Kansas?"

El joven que se inclinó sobre su mesa tenía una cara amigable, de pico de halcón, del Medio Oeste y una sonrisa llena de dientes. "¿Se acuerda de mí, señor?" Extendió la mano.

La memoria de Lessing finalmente le trajo algunas imágenes tenues del pasado, y murmuró: "sí... Claro. Hace mucho que no te veo. Nueva Orleans, ¿verdad? ¿Qué haces ahora?"

"Segundo apoyo, señor. Batallón de la Victoria del Cuadro... nuevo, como tu propia Brigada de la Libertad Americana. Estamos cerca del lago Tahoe, custodiando a prisioneros lib-reb de Sacramento y Fresno hasta que los entreguen a PHASE." La admiración heroica en la voz de Easley era tan densa que se podía verter sobre tortitas. Señaló hacia atrás

el grupo de uniformes de Cadre junto a la puerta. "Eh... ¿Podrían mis amigos venir a conocerle, señor?"

"Vale. Encantado de saludarte." Lessing había vuelto a tener el control.

"¿Prisioneros?" preguntó Wrench con brusquedad. "¿FASE?"

"Sí, señor. Comandante de Cuadros Wrench, ¿verdad?" Easley también le había conocido, pero Wrench no era "militar"; atrajo a menos groupies.

"¿No se supone que los prisioneros de guerra lib-reb deben ser enviados inmediatamente a Oregón?" La llave inglesa persistió.

A Easley no le interesaba. "Eh... Sí, señor. Lo son. Pero los pasamos primero a PHASE para filtrar los casos difíciles, ya sabes. PHASE los envía principalmente a Oregón... solo se quedan con algunos, no prisioneros de guerra sino con algunos civiles, familias, como." Hizo señas a sus compañeros. "Mis amigos y yo estamos de permiso... hasta que empecemos a traer prisioneros desde San Francisco."

"Maldita sea," siseó Wrench. "Lessing, tenemos que hablar."

"Luego." Se negaba a pensar en el Cadre y PHASE.

Wrench leyó el ánimo de Lessing y dejó el asunto por el momento. Saludaron a los amigos de Easley, cuatro jóvenes miembros del Cuadrante que se quedaban boquiabiertos, se daban la mano y pronunciaban cortesías tambaleantes. Eran los fans de Lessing, como si fuera una estrella de los Bangers, y no deben irse decepcionados.

Cuando terminaron el postre y el café, Wrench se acercó a la mesa de Easley, y Lessing le vio recoger la cuenta. ¡Wrench tenía que ser el mejor hombre de relaciones públicas desde P. T. Bamum!

Volvieron al hospital bien alimentados. Wrench observó cómo la escolta de Patty la subía en el ascensor y luego dijo: "Hay que encontrarle un hogar a la niña. No puede vivir toda su vida en un hospital."

Lessing frunció el ceño. "No puedo con ella. Otra semana y vuelvo a mi unidad. Un campamento militar no le vendría bien."

"Liese, sé que no tienes tiempo... y tampoco hay lugar para ella." La llave inglesa pulsó el botón del ascensor. "Igual aquí. Jennifer tiene un piso estupendo, por supuesto..." vio la mirada de Liese y cambió de rumbo con

suavidad, "pero el estilo de vida de Jen quizá no sea adecuado para una chica joven, por decirlo educadamente."

"¡Señora Mulder!" En cuanto habló, Lessing supo que tenía razón.

Liese asintió con énfasis, y Wrench pulsó el botón una segunda vez. "¡Perfecto, tío! ¡Patty se mima hasta la extenuación en el regazo del lujo decadente! ¡Deja que el Hada Madrina la rellene de galletas y glaseado de pastel! ¡A los dos les va a encantar!" Se frotó las manos y luego se puso serio. "¡Ahora tenemos otro problema, más serio, para discutir!"

Lessing suspiró. Su ánimo de paz suave se desvanecía rápidamente. "Goddard y
¿FASE?"

"Sí. Escuchad, ¿por qué no venís los dos conmigo al centro del cornlink en la sede del Partido? ¡Tenemos que hablar con Goddard!"

^¿Importa?" preguntó Liesse. "¿Urgente?"

"¿Has oído a Easley? Se supone que los prisioneros liberales deben pasar directamente de los campos de retención detrás de nuestras líneas del frente a reorientar aldeas en Oregón. Los chicos de PHASE de Goddard los están filtrando y quitando algunos. Por qué y dónde Easley no lo sabía."

"Lo he pillado", dijo Lessing, "¿Qué demonios es eso?"

"¿Quién sabe? Los prisioneros liberales son asuntos militares y de cuadros. PHASE no tiene autoridad para capturar prisioneros."

"Goddard puede inventar la autoridad. Los liberales rebeldes vaciaron las cárceles por todo el suroeste y México para conseguir tropas. Puede decir que sus chicos están buscando criminales y delincuentes fugados."

"Sí, supongo que puede", reflexionó Wrench. "Mulder convenció a Outram para que convirtiera a PHASE en una agencia federal y que coordinara todas las funciones policiales en todo el país."

"¡Tonto! Outram podría haber usado al FBI... ¡y nos salvó a todos de Bill Goddard!"

"Outram no confía en el FBI. El presidente Rubin lo llenó de abogados listillos del Establecimiento del Este que solían perseguir a los amigos de derechas de Outram por la manzana."

"¿Pero prisioneros?" Metió Liesse. "¿Civiles? ¿Familias? ¡Vaya! No partisanos ni saboteadores."

"¿Estás pensando lo mismo que yo?" le preguntó Lessing. '"Escuadrones especiales' y fiestas de corbata? Las opiniones de Bill sobre los asuntos de las minorías comienzan aproximadamente a una milla a la derecha de donde termina Atila el Huno."

"¡Él no haría eso!" respondió con furia. "¡Queremos confianza! ¡Sin campos de la muerte! Directiva."

"Vale, vale... ¡Luz verde! Pero si Big Bear Bill está haciendo lo que la gente solía acusar al Tercer Reich de hacer, entonces va a chocar conmigo. ¡Nunca me apunté a ese tipo de cosas!"

"¡Dale una oportunidad a Goddard!" protestó Wrench. "¡Aún no sabemos nada! Voy a llamarle. Luego otro para Mulder."

Liese frunció el ceño. "¿Alan y yo? ¿Hacer?"

Wrench volvió a apretar el botón del ascensor. "Tú, Liese, llevas mucho tiempo con el movimiento. Puedes hablar con Bill. Y tú, Lessing, comandas la Brigada de la Libertad Americana. ¡Puedes ordenar a tus agentes que no cooperen con PHASE hasta que sepamos qué está pasando!"

"¿Haciendo qué con prisioneros?" Liese se frotó los brazos desnudos como si tuviera frío.

Wrench le respondió: "Podría estar haciendo exactamente lo que dijo Easley: filtrar casos difíciles, con todo lo legal y lo correcto según el protocolo."

"También podría estar practicando deportes acuáticos", contradijo Lessing. "Ya sabes, volar prisioneros sobre el Pacífico y ver cómo nadan a casa."

Wrench sujetaba la puerta del ascensor para Liese. "Una forma de saberlo. Vamos, bajemos a mi despacho."

Eran las cuatro cuando llegaron a la sede del Partido, frente al antiguo Edificio de Seguridad Pública en la Tercera con Cherry. Hace veinte años, este rascacielos piramidal truncado de vidrio negro y acero fue erigido para albergar los tentáculos del pulpo administrativo del condado de King. Tras S Tarak, el Ejército y los servicios de descontaminación lo habían tomado, aunque Seattle no había sido alcanzado por razones que nadie conocía. El gobierno de ley marcial de Outram ocupó entonces los pisos inferiores durante los dos años siguientes, mientras que el resto permaneció vacío. Ahora el edificio estaba renovado, iluminado con banderas americanas y banderinas del Partido, y abarrotado de empleados de camino a casa desde el mundo

Wrench los guió entre la multitud, aseguró un ascensor, sacó una llave y pulsó un botón. El coche en forma de cápsula subía por el exterior de la pirámide a una velocidad que te hacía apretar.

Las puertas se abrieron en la planta veinticinco, revelando una tableta cuadrada de luz blanca flotando en el aire. El holograma mostraba letras de fuego azul: DEPARTAMENTO DE INFORMACIÓN DEL PARTIDO DE LA HUMANIDAD. ¿A QUIÉN QUIERES VER?

Wrench dijo: "Oficina del director." El holograma cambió a decir: POR FAVOR, MIRA EN LA CAJA DE HUELLAS OCULARES EN LA PARED A TU IZQUIERDA Y DI TU NOMBRE COMPLETO.

Obedecieron, y el holograma se deslizó por el pasillo parpadeando SÍGUEME, POR FAVOR en rojo luminoso.

Wrench casi brilló. Él dijo: "Genial, ¿eh? ¡Y seguridad hasta el final!" Señaló hacia arriba a los ojos de cámara en el techo. "Ochenta y Cinco nos está observando... Observando a todos. De hecho, en uno o dos años no

necesitaremos tarjetas de identificación en absoluto. Todo se hará con huellas de ojos y de voz."

"Hermano mayor"

"Mentira. Eso es gungo, como dicen los Bangers. De hecho, Estados Unidos ha estado bajo vigilancia casi un siglo: policías, el IRS, comprobaciones de crédito, números de la Seguridad Social, el FBI, lo que sea. Además, Ochenta y Cinco puede detectar la mayoría de los crímenes ahora mismo sin añadir ni una sola ficha. Todo lo que hacemos es consolidar bancos de datos existentes. Hoy en día se tarda doce minutos en escanear algunos registros de jizmo en cincuenta y un estados y seis países extranjeros... Una semana para una gran corporación. Con cada sistema informático dando la mano a Ochenta y Cinco, tendremos esa información en segundos. Pero la gente normal no saldrá herida. Y atraparemos y condenaremos a los delincuentes, estafadores, estafadores de ayudas sociales y comadrejas de tarjetas de crédito. Mucho crimen... de

cheques a grandes payasadas corporativas ... será tan pasado de moda como un robo de diligencias."

"La gente protestará. ¡Como locos!"

"Se acostumbrarán. Se alegrarán mucho cuando vean lo que les ahorramos en impuestos, protección contra el crimen y otras formas. ¡La gente está harta de leyes que no funcionan, abogados ricos, jueces caprichosos y delincuentes que se escabullen por el sistema como gusanos en el estómago de un perro! ¡Nuestro sistema penal está tan anticuado como la Bastilla! Estamos trabajando con los aliados de Outram en el Congreso para impulsar algunos cambios. Puede que necesitemos enmiendas a la Constitución para hacerlo, pero lo lograremos. Todo legal, cien por cien."

"Extremo"

"Sí. Draconiano. Me gusta esa palabra. Es lo que América... el mundo ... necesidades: amor duro."

"¡Deberías colar esto por Ochenta y Cinco unas cuantas veces más antes de embotellarlo!"

"Sí. Ochenta y cinco predice la aceptación en cinco años."

"Eh. Tú... y eso... Aún podría estar equivocado." Lessing quería frotarse la mejilla, pero eso dolería.

Wrench se detuvo ante una enorme puerta doble cuyas hojas eran láminas de cobre bruñido sin costuras. Él lanzó los brazos de forma dramática y gritó: "¡Abre, sésamo!" A sus compañeros susurró: "No importa lo que digáis. La huella de voz es lo que importa."

"¿Sabías de estos cambios?" Lessing murmuró a Liese mientras seguían a Wrench hacia dentro.

"No todo. I … mi personal... ocupado. Popularizar el partido. Dom."

"'Dorn' tendrá que dar muchas explicaciones para convencer a la gente de casa: un estado policial que hace que el Gulag de la Unión Soviética parezca tan relajado como una orgía de snuffy de Banger snuffy!"

Liese se enredó. "¡Estado totalitario no necesariamente cruel o brutal! Un buen gobierno no perjudica a los buenos ciudadanos. Resuelve problemas sociales. Ayuda a la economía. Disuade el crimen. Ayuda eficiente para necesitados, ancianos, enfermos o enfermos mentales. ¡Los beneficios superan las restricciones!"

"Eres genial resumiendo la plataforma del Partido, cariño. ¡Pero la gente se resistirá al gobierno por superordenador! No es cricket, como dicen los británicos."

Wrench se detuvo dentro de la ornamentada sala de recepción para mirar dentro de otra caja de parpadeo junto a una puerta de cristal que conducía a un complejo de oficinas interiores. Les devolvió la sonrisa. "¡No grillos! Eso es justo el problema, Lessing: no estamos jugando al cricket; ¡estamos hablando de derecho\ ¡Nadie mencionó los buenos modales en la mesa ni

el Código del Oeste! Lo justo es proteger a los ciudadanos; ¡Injusto es dejar que los lobos sigan mordisqueando ovejas!"

"Lógicamente tienes razón. Pero la gente no siempre ve las cosas de forma lógica. Es con la gente con la que tratas."

Wrench olfateó. "La gente necesita educación. Entonces verán que hacemos lo mejor para nuestro ethnos. ¡Por el mundo, tío!"

La oficina de Wrench era austera, casi monástica: una larga sala con una sola pared de cristal que daba a la mareante caída de la pirámide, pasando por tejados, muelles y transbordadores hasta Elliott Bay. Lessing vislumbró mesas de trabajo, luces batentes, armarios vidriados en verde y media docena de escritorios desocupados. Un nicho en una de las paredes interiores contenía un holograma fotográfico de niños jugando al voleibol frente a un edificio escolar de ladrillo. Ya eran más de las cuatro de la tarde y el personal se había ido a casa.

"Hola, comandante de cuadros Wren", la voz suave de Ochenta y Cinco de "Melissa Willoughby" surgió de la nada. "Director de programación Meisinger, señor Lessing."

Wrench dijo: "Accede, codifica, protege y crea un archivo seguro. Nómbralo Goddard-com. Encuentra a Bill Goddard."

"El comandante de PHASE Goddard está en su despacho en Bethesda, Maryland. ¿Necesitas más coordenadas de localización?"

"No. Establecer contacto."

El holograma de los escolares se apagó y Bill Goddard apareció en su lugar. Se sentó en una mesa de trabajo desordenada, rodeado de terminales informáticos, equipos de comunicación y media docena de personal de PHASE, entre los que Lessing reconoció a Chuck Gillcm y Dan Grotc de Ponape. Platos de plástico, tazas de café y un cartón de pizza vacío salpicado de naranja cubrían los archivos y documentos frente a Goddard y su equipo. Ochenta y Cinco había pillado a PHASE en medio de una cena y reunión de

personal. Goddard levantó la vista hacia la cámara, la sorpresa evidente en sus rasgos carnosos.

"¡Vaya, vaya!" Se recostó en la silla. "¡María y dos de sus corderitos!"

Wrench empezó a responder sarcásticamente, pero Lessing le interrumpió. "Bill, ¿podemos hablar? ¿Sin las personalidades?" Goddard frunció los labios. "¿Por qué no?"

Los tres hablaron a la vez, pero Lessing recibió la palabra. "Tenemos un problema." Le contó lo que Easley le había dicho a Wrench.

Goddard negó con la cabeza curtida. "Eres un tipo increíble, Lessing. ¿Qué tipo de ka-ka fumas? Por supuesto, PHASE está examinando a los prisioneros lib-rebeldes en California... ¡Por las mejores razones del mundo! Algunos son criminales con antecedentes lo suficientemente largos como para pisar, otros son fugitivos, otros asesinos que irían directos a Outram o Mulder... o tú... ¡Si los dejamos ir! Algunos son Vizzies... ¡el mismo grupo encantador que nos dejó a Starak encima!

¿Recuerdas? ¿Qué esperas? ¡Por supuesto que PHASE los está mirando!"

"Vale, vale," intentó calmarle Wrench. "¿Pero sin consultar a Lessing, aquí? ¿O Mulder? ¿O Outram?"

"Mierda. No necesitamos consulta. PHASE tiene poderes de policía federal. Y avisamos a vuestros chicos en la escena. Consulta con Holm."

"Te lo dije", murmuró Lessing a Wrench.

"En fin, no nos llevamos a muchos de tus lib-rebs. Les interrogamos, sacamos a los que están en la lista de buscados y entregamos órdenes legales a vuestros hombres. Supongo que hemos recogido a un par de cientos de sus 'soldados' tan divertidos así. No más. El resto te lo devolvimos... y puedes quedarte con ellos."

Wrench se mordió el labio. "Me dijeron que PHASE estaba cogiendo muchos librebs. Más de un par de cientos, al menos. No todos militares, pero sí civiles y familias."

"¡Bah, estás loco! ¡Eso no existe! ¿Por qué íbamos a quererlos? No tenemos campamentos... tiendas ... personal." Sus ojos se abrieron de par en par. "¡Y no me digas que los vamos a quitar y dispararles! ¡No intentes culpar a PHASE!"

Una voz fuera de cámara dijo algo, y Goddard gruñó. "¡, me han dicho que nuestros chicos en California piensan que estás haciendo desaparecer unos mocos lib-reb! Bastantes nunca llegaron a Oregón. Íbamos a preguntarte dónde se desplomó el autobús."

"¿Qué?" Lessing estaba desconcertado. "¡No lo sé...!"

Wrench dijo: "¿Ochenta y cinco? ¿Me escuchas? ¡Maldita sea, claro que sí! Compara las listas de cuadros de prisioneros lib-reb tomadas en Sacramento con las listas de llegadas en los centros de reorientación en Oregón. Imprime cualquier nombre que no esté en ambas listas... y comprobar por qué hay motivos."

"¡Deberías haberlo hecho antes de venir a gritarme!" Goddard se quejó. También se dirigió a Ochenta y Cinco: "Compara esas listas de cuadros con los archivos PHASE de liberalistas detenidos en California y Oregón."

Tardó menos de diez segundos. Apareció una caja en el holograma de enlace de maíz a la izquierda de la cara de Goddard. Los nombres pasaron desapercibidos.

"¡Copiado en papel!" ordenó Wrench. Una impresora empezó a quejarse detrás de él.

Goddard señaló su propia pantalla. "¡Jesús, mira! Esos son en su mayoría nombres judíos... Rosenbaum, Siegel, Greenberg, Sil-verstein, Levine, Aaron "

"¿No es Daniel Jacoby el productor que hizo Train to Darkness ... la película que salió hace unos años sobre la Guerra Mundial Si?" preguntó Lessing. "Sabes, el campamento Treblinka ... ¿Bella Gold protagonizó en él?"

"Sí." Liese pasó la mano para coger la impresión. "Reuben Meyer. Financier. Saqueador corporativo."

"¡Marvin Weisskopf!" Wrench clavó los dedos en su cabello castaño ondulado. "¡Oye, conocí a ese tipo! Profesor de física teórica. ¡M.I.T.! ¡Ochenta y cinco, proporciona expedientes sobre estas personas!"

La impresora se agitó y el papel se acumuló en la bandeja de salida.

Un nombre llamó la atención de Lessing. Se agachó y leyó: "Arthur Shapiro. Consultor: Comité de Acción Sionista Americana de Nueva York. Cincuenta y nueve años. Masculino. Divorciados."

Vio a una momia envuelta en blanco extendida entre herramientas brillantes. Terror

Azul hielo

La impresora se detuvo.

"¿Qué ... donde ... ¿A estas personas?" Liese fulminó a Goddard con la mirada.

El hombre grande le devolvió el ceño fruncido. "No con nosotros. No PHASE. Pregunta a Wrench, ahí, o a Lessing."

"¡Estáis haciendo el dedo a los prisioneros!" acusó Lessing con enfado. "Desaparecer... como en Sudamérica... ¡Escuadrones de la muerte!"

"¡Mentira!" Goddard rugió de vuelta. "¡No mi gente! ¡PHASE es más disciplinado que eso! ¡Vuestros soldados de juguete a medias, ahora...!"

"Ochenta y cinco, enumera las unidades que se hicieron cargo de las personas desaparecidas", ordenó Wrench. "Debe haber documentos ... autorizaciones, transporte, comida, suministros, combustible para camiones. ¡Récords, maldita sea!"

La máquina decía: "PHASE Unidad Especial F cerca de Sacramento. FASE Unidad Especial M en Red Bluff. Puedo dar detalles, si quieres."

Goddard empujó su cara sonrojada hacia adelante, casi contra el objetivo de la cámara. "¿De qué demonios hablas? ¡No tenemos ninguna unidad así! No hay nada
'Unidad Especial F' ... ¡Tampoco hay 'M'! ¡Alguien está mintiendo, joder!"

Sus ojos giraron a la derecha para mirar la pantalla en la sede de PHASE. Lessing y sus compañeros vieron lo mismo en el suyo: un escudo azul y dorado, sobre el que se ponían las palabras "GOBIERNO DE LOS EE.UU.: ACCESO
RESTRINGIDO" ahora destellaba con un rojo escarlata enfadado

Antes de que pudieran hablar, el holograma cambió de nuevo. El escudo fue reemplazado por el rostro de un hombre: cuadrado, moteado de un rosa pálido, con ojos azul hielo y cabello como mechones de escarcha blanca. Su expresión era una mezcla de sorpresa, cautela y algo parecido a hostilidad.

"¿Qué es exactamente lo que buscas?" preguntó Janos Korinek con su voz aguda y aguda.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El Partido de la Humanidad pronto tendrá suficientes votos para convertirse en el partido mayoritario en el Congreso de los Estados Unidos. Ahora es momento de mirar varios años hacia adelante, hacia una época en la que nuestras vistas serán las únicas de importancia en esta gran tierra. Como hemos dicho, lograr una revolución no es tan importante como lo que hacemos después. El Partido tiene una agenda clara para el futuro. Seleccionaremos a un líder — uno con inteligencia, coraje y visión — y lo rodearemos de subordinados experimentados y talentosos. A cada uno de estos se le asignarán responsabilidades específicas, y él será personalmente responsable de llevarlas a cabo. Esto nunca fue posible bajo la ineficiencia de una "democracia".

"¿Y la Constitución?" se quejarán algunos. ¿Qué pasó con el principio de "una persona, un voto"? No anularemos este derecho para los miembros de nuestra propia etno. Cada uno de nosotros tendrá un voto. ¡Sin embargo, la Constitución en ningún momento impide más de un voto por persona! Por ello, proponemos un sistema de votación múltiple. Debemos contar con personas talentosas, cualificadas y experimentadas que nos lideren, en lugar de drones adinerados, políticos profesionales o agitadores. Desde luego, no podemos seguir dejándonos gobernar por los caprichos de analfabetos que persisten en elegir héroes deportivos. ¡Estrellas de tope y predicadores carismáticos de la televisión!

¿Cómo funcionará nuestro sistema de votos múltiples? Además del voto por persona garantizado como nuestro derecho básico, proponemos conceder una voie adicional para cada uno de los siguientes aspectos: (a) membresía en regla en el Partido de la Humanidad; (b) alto cargo en el Partido de la Humanidad; (c) formación en un título universitario de posgrado— por ejemplo, un doctorado, un título de derecho, un doctorado en medicina o similar; (d) activos ganados— no heredados — de un millón de dólares estadounidenses o más; (e) servicio en ciertos cargos públicos de mayor nivel (esta votación se mantendrá incluso después de que haya expirado el mandato de la persona); (f) reconocer el servicio humanitario o el heroísmo; (g) diez años de servicio en una rama de las fuerzas armadas, la policía o como bombero; (h) reconocimiento especial en ciencias, humanidades o industria; y (i) los premios adicionales que sean aprobados por el Congreso. Por supuesto, múltiples titulaciones en la misma área —como dos doctorados, varios actos de heroísmo, etc.— no merecerán más votos. Teóricamente, bajo este esquema un ciudadano puede emitir nueve

votos — y, más tarde, quizás incluso diez o más. De hecho, sería un ciudadano de talentos poco comunes quien tendría hasta seis o siete votos, aunque tres o cuatro votos no sean raros.

Oh. Pero esto es "elitista", acusará el liberal. Sí, lo es. Somos elitistas. Sin embargo, no apoyamos la aristocracia de padre a hijo, el derecho divino de los reyes, los clubes de "viejos alumnos" de la Ivy League ni otras ideas obsoletas. Las recompensas otorgadas a nuestra élite se obtienen mediante acciones sociales positivas y servicio. Cada miembro de nuestra etnogenia tiene el mismo derecho a trabajar por múltiples votos que cualquier otro. ¿Cómo priva eso a alguien de sus derechos?

Ah, pero ¿qué pasa con las personas de nuestra sociedad que no son miembros de nuestro ethnos? No me andaré con rodeos. No lo somos

responsable de los miembros de dichos grupos. Esta es nuestra sociedad. Vivimos aquí y gobernaremos aquí. Por ello, animamos encarecidamente a otros a ir y vivir donde sus propios grupos étnicos tengan influencia. No vemos necesidad de ellos en nuestra tierra.

—de un discurso pronunciado en la convención del Partido de la Humanidad por Vincent Dorn, Chicago, Illinois, viernes 5 de agosto de 2050

El triste estado de nuestro sistema de bienestar está ligado a los patrones sociales prevalentes entre nuestras clases menos acomodadas. Las minorías no asimilables son un factor principal en este caos. La asistencia social estaba originalmente destinada a ayudar a los desempleados, así como a quienes simplemente no podían afrontarlo, por cualquier motivo. Ahora hemos añadido dilemas modernos que desafían la solución racional: por ejemplo, los padres solteros, que a menudo cargan con bebés a los que no pueden mantener; los enfermos, cuyo seguro no puede cubrir el horrendo coste de las facturas médicas; los sin hogar; inadaptados habituales, que se niegan a participar en la sociedad; adolescentes urbanos descontentos; drogadictos; delincuentes menores; alcohólicos; inmigrantes no asimilados; los enfermos mentales que han sido expulsados a la calle porque no podemos permitirnos institucionalizarlos; y otras categorías. Algunos de estos pueden merecer atención — y compasión. Sin embargo, nuestra burocracia de "monstruo de papel" no presta ayuda efectiva. Algunos de estos desafortunados pueden ser reentrenados; Les proporcionaremos escuelas y empleos. Para nuestros jóvenes, proporcionaremos un cuerpo juvenil, similar al Reicnsarbeitsdienst del Tercer Reich; cada joven pasará un tiempo sirviendo tanto en las fuerzas armadas como

en este cuerpo de trabajo. ¡Los días del "tren de la salsa" se acabaron! Los que reciben ayudas sociales o bien lo merecerán de verdad, o trabajarán por su dinero como el resto de nosotros.

¿Qué podemos hacer con la madre soltera que no puede mantener a sus hijos? No apoyamos el aborto de bebés genéticamente normales pertenecientes a nuestro etnos, pero puede que tengamos que emplear esta medida desagradable. Pacov y Starak han eliminado el peligro de la superpoblación por el momento; Ahora nos preocupa más la calidad de nuestros hijos. Estamos decididos a que los niños nacidos en nuestra sociedad no sean defectuosos y que reciban el mayor cariño, el mejor cuidado, la mejor vida en casa y la mejor educación que podamos ofrecer. Si el padre o los padres no pueden mantener a sus hijos, entonces lo haremos por ellos. Se proporcionará una asignación para que el primer hijo pueda vivir en casa; cualquier otro hijo será asumido por el Estado. Serán atendidos en guarderías estatales, educados en escuelas públicas y formados para trabajos según sus capacidades. Insisto en que esto se hará con todo el amor y la amabilidad posibles. Esto va en contra de la hipocresía liberal de la "libertad individual". Por supuesto: una libertad que a menudo es una licencia para hacer lo que uno quiera, cueste lo que cueste para la sociedad. No suscribimos el "derecho" del individuo a convertirse en una carga para sus semejantes. No existe un "derecho" a procrear sin pensar, ni un "derecho" a acceso libre y sin restricciones a los fondos y servicios de la sociedad, ni un "derecho" a crear

¡más bocas pobres, desnutridas y sin educación que alimentar! Ese es el peor tipo de egoísmo.

¿Pero no es incorrecto— terrible y monstruoso— privar a un padre o madre de sus hijos, entregarlos a un estado impersonal para que los crie? ¡En absoluto! El concepto de guarderías, orfanatos, escuelas y similares gestionados por el Estado no es precisamente nuevo. En la Edad Media, la nobleza enviaba a sus hijos a ser educados como pajes en algún castillo de otro noble. Los británicos tenían sus internados "públicos". Los espartanos exigían que todos los varones de entre siete y veinte años vivieran en dormitorios y soportaran un riguroso entrenamiento militar. De hecho, hay poca diferencia intrínseca entre nuestro plan y el concepto de educación pública, escuelas vocacionales estatales, becas y becas, y las estructuras relacionadas de nuestra sociedad actual. El bienestar del niño es primordial, y los niños adoptados por el Estado obtendrán mucho más de lo que perderán. Se les permitirá ver a sus padres biológicos tantas veces como deseen. Si un progenitor biológico más adelante se vuelve lo suficientemente solvente para mantener al niño en casa,

esto también se arreglará. Sin embargo, si una persona sigue produciendo hijos sin poder mantenerlos, el estado aplicará sanciones adicionales, incluida la esterilización obligatoria. De nuevo, los padres solteros que no pertenecen a nuestro ethnos tendrán que establecerse en el extranjero con su propia gente. Les ayudaremos a llegar. No toleraremos ni la mestiza ni la proliferación de personas no deseadas e inasimilables que nunca podrán participar plenamente en nuestra sociedad. Si tales personas se niegan a marcharse, entonces impondremos nuestra voluntad con los medios que sean necesarios. ¡Sin excusas, sin hipocresía indecisa! ¡No seremos chantajeados para ser el Gran Padre Blanco de todos los desafortunados del mundo! Que otros grupos étnicos se preocupen por los suyos, igual que nosotros cuidamos los nuestros.

—de un discurso pronunciado en la convención del Partido de la Humanidad por

Vincent Dorn, Chicago, Illinois, sábado 6 de agosto de 2050

Lunes, 3 de octubre de 2050

La oficina de Korinek en el sótano de la Casa Blanca estaba sofocante a pesar del frío inusual. El cartel en el escritorio de caoba decía: JANOS KORTNEK, Asistente Especial del Presidente. No se especificaron las funciones de su puesto.

Lessing y Wrench se sentaron en las dos sillas tapices color beige frente al escritorio de Korinek, mientras que Liese había elegido un extremo del sofá de cuero detrás de ellos.

"¿Cuánto tiempo tendrá Mulder con Outram?" preguntó Wrench. Korinek inspeccionó su reloj de montones. "Diez minutos como mucho. El presidente tiene que estar en el estudio a las diez. Reunión de mesa redonda de la Asociación de Prensa Extranjera."

Wrench se levantó y dio una vuelta curiosa por la habitación. Se detuvo junto al escritorio de la taquígrafa, la trituradora, los archivadores con cara en blanco y la fotocopiadora. Señaló la cafetera.

Los ojos pálidos de Korinek le siguieron. "Claro", dijo. "Toma un poco. Azúcar y edulcorante en el cajón. Pero solo crema de plástico."

"Gracias. El negro está bien." Wrench removió su café y luego volvió a caminar. Le señaló una bandeja sobre el escritorio de Korinek que contenía quizás una docena de bolígrafos. Cada uno llevaba una copia dorada del sello presidencial.

"¿Esto es lo que usa Outram para firmar los proyectos de ley?"

"Sí. La ley de carreteras hoy. La ceremonia es a las cuatro."

"Eh... ¿habrías ...?"

"¿Quieres un bolígrafo?"

Wrench sonrió con simpatía.

"Toma uno. Tenemos más." Korinek abrió un armario detrás de él y sacó una caja de cartón. "Toma. Toma un recuerdo."

Wrench eligió un bolígrafo, lo guardó en el bolsillo de su abrigo y luego lo sacó de nuevo para admirar el sello. "Bien, ¿eh, Lessing?"

Como una caja de gomas elásticas: un pequeño paquete lleno de contradicciones enredadas. Así fue como Mulder describió una vez a Wrench: un momento tan sofisticado como un bulevar francés, al siguiente, un paleto mirando los altos edificios.

"Eh... ¿podría...? Otro más... para una niña pequeña."

Korinek parecía algo molesto, pero volvió a tenderle la caja. "Más le vale ser contribuyente."

La puerta se abrió y reveló a una secretaria con aspecto nervioso. Bill Goddard iba justo detrás de ella. Ignoró a la mujer y se dirigió directamente a la oficina, dejándola esquivar su camino lo mejor que pudo. Hizo un gesto de disculpa hacia Korinek y se marchó de nuevo.

El sofá de cuero chilló cuando Goddard se tumbó junto a Liese. Se quitó la gorra marrón de PHASE y dijo: "Perdona el retraso. Canadá."

No tenía que explicarlo. Hace dos días, la provincia de Quebec se había declarado un estado independiente y solicitó la membresía en las Naciones Unidas. El ejército canadiense estaba ocupado en otros lugares: las provincias de las praderas y Ontario ansiaban convertirse en estados americanos, al igual que la Isla del Príncipe Eduardo y Terranova, mientras que Columbia Británica había cerrado sus fronteras y había secuestrado negocios extranjeros y cuentas bancarias. Siguieron disturbios y violencia. Los quebequenses angloparlantes huían hacia el borde de Ontario, acosados por bandas de jóvenes franceses que intentaban impedirles llevarse la riqueza de Quebec — o cualquier otra cosa. El primer ministro de Quebec, Ferdinand Marchand, había solicitado ayuda estadounidense, y
El presidente Outram respondió con Marines y Cadre

tropas y un pelotón de policías de PHASE. Una fuerza invasora completa ocupaba ahora el pintoresco parque en la cima de Mont Real, con vistas al campo de batalla humeante que recientemente había sido la próspera ciudad de Montreal.

Las ruedas y los engranajes empezaban realmente a despegarse, como Lessing había predicho con tristeza.

Por otro lado, Goddard y algunos otros líderes del Partido estaban eufóricos. ¿Qué mejor oportunidad para sofocar el pestilente Dee-Net de los vizzies y poner fin al control sionista sobre la economía canadiense? ¡Enviad a los vizzies de vuelta a sus antiguas tierras en Rusia y Europa del Este! Que las otras provincias canadienses hagan lo mismo, y entonces podrían poder unirse a la unión americana.

En unas semanas habría una gran ceremonia. El gobierno de Quebec sería devuelto a sus legítimos propietarios, los quebequeses franceses. Los emigrantes ingleses serían compensados discretamente, varias empresas cambiarían de manos —al menos nominalmente— y las bandas juveniles francesas más obstinadas serían enviadas a campos de reeducación para

aprender modales. Como dijo Goddard, eran chicos duros, pero formables: un núcleo probable para una rama canadiense del Partido, una vez superados los bordes ásperos.

Goddard se volvió hacia Wrench. "¿Se lo has preguntado ya?"

"No. Mulder se encarga. Ahora mismo está con Outram."

Korinek entrelazó los dedos pálidos como salchichas crudas sobre el borrador delante de él: "Déjame adivinar: ¿quieres saber sobre los prisioneros lib-reb en California?"

"A la derecha", declaró Goddard con tono irresistible. "PHASE nunca los tomó, y queremos saber dónde están. Si los estás haciendo pulgar...

"Al contrario." El asistente se recostó en su silla de contorno. "Es cuestión de enfrentarse a la realidad. Ver las cosas tal y como son." "¿Qué se supone que significa eso?"

"Justo lo que dije. Solo puedes sacudir el barco hasta cierto punto, luego vuelve a mecerse."

Goddard dijo: "Vale, ¿cuál es la conclusión? ¿A dónde quieres llegar?"

"No veo ningún daño en decírtelo. Outram le está dando la misma estafa a tu jefe."

"Creo que puedo adivinar", murmuró Wrench a Lessing.

"¿Puedes? Para resumir, no estamos criticando a judíos destacados; Los estamos salvando. Nuestros agentes, temporalmente equipados como unidades especiales de vuestra policía PHASE, los están transportando a un lugar cómodo... y distante ... Mantener campamentos hasta que tu movimiento haya terminado su curso y se haya apagado. Cuando las cosas vuelvan a la normalidad, podrán retomar sus vidas."

Nadie habló.

"Mira", dijo Korinek con su voz aguda y delgada. "Hay ciertas realidades en América, en el mundo, con las que tienes que convivir. Una presencia judía poderosa es una de ellas. No es control total, ni una trama secreta maestra. Al menos, no lo percibimos así"

"¡El Partido ...!" Goddard comenzó. "No lo toleraremos"

"¿La fiesta? ¿Qué fiesta? ¡No te engañes! Toma, Goddard, déjame simplificarlo. Tú y tu 'Partido' sois fenómenos, anomalías, un grupo de locos marginales que se aprovecharon de una catástrofe espantosa y un anciano enfermo para intentar hacerse con el poder. ¡El resto de nosotros no te queremos a ti, a tu Partido, a tu Vincent Dom ni a tus teorías neonazis tan exageradas!"

Goddard se irguió para imponerse sobre el escritorio. "¡Fenómenos! ¡Mierda! La mayoría americana está con nosotros! Vosotros sois las anomalías... la 'élite' liberal y reservada ... los hombres del dinero ... los auténticos aristócratas autoproclamados 'culturales' ... los 'Derechos Civiles' que nadie quiere ... ¡ni siquiera los negros, que han tenido un estómago harto de terratenientes judíos, comerciantes y liberales que lo hacen con condescendencia! ¡Somos América!" Alcanzó su gorra con visera. "¡Veremos qué dice el presidente Outram sobre esto!"

"Verás que el Presidente básicamente está de acuerdo con mi punto de vista. Quiere a los Black y a ciertos otros... eh... Minorías no asimilables fuera. Pero está dispuesto a trabajar con los intereses tradicionales para mantener a nuestros ciudadanos judíos."

"'¿Intereses tradicionales?'" Goddard repitió. "¡Dinero tradicional, medios tradicionales, poder judío tradicional! A pesar de todo lo que ha hecho Outram, los judíos y sus colaboradores siguen teniendo un control mortal sobre este país. ¡En el mundo!"

"No hemos echado ni un solo judío", intervino Wrench, muy razonablemente, con el mismo tono que usaba cuando daba conferencias a los que no estaban comprometidos. "Los están enviando a las colonias Izzie en Rusia, claro, pero nadie les impide llevarse sus pertenencias personales y

lo que sea que puedan usar allí, sin importar lo que diga la propaganda de Dee-Net."

"Creemos que nuestros judíos son valiosos aquí. Añaden muchas dimensiones culturales a nuestra sociedad."

"¡Maldita sea!" Goddard se encendió. "¡Algunos de nosotros no dudamos en llamar las cosas por su nombre! ¡Estamos hartos de los judíos! ¡Estamos hartos de los judíos! Durante dos mil años nos hemos preocupado por los judíos... ¡A favor o en contra! Los hemos echado, los hemos dejado en el suelo, hemos sido amables con ellos, los hemos invitado a entrar, nos hemos esforzado por arreglar 'errores pasados', nos hemos arrodillado y nos hemos disculpado por acusarles de matar a Cristo... ¡! ¿Y qué hacen? Trabajan día y noche para desangrarnos, subvertir nuestros valores, subyugarnos y transformarnos en su vida

¡Imagen! Encontraremos vuestros 'campos de detención' y pondremos a vuestros 'judíos prominentes' en el próximo avión a Ufa! Si te interpones en nuestro camino"

"¿Vas a qué? Las fuerzas armadas son nuestras."

"¡BuUshit! ¿Quieres preguntarles? Coge tu maldito teléfono y llama al general Hartman... El general Dreydahl... ¡Almirante Canning!"

"Algunos de esos hombres no son lo que piensas. Otros tendrán que dimitir muy pronto o acabarán bajo custodia. ¿Tu cuadro? Coronel Lessing, creo que sus unidades están actualmente en Quebec, observando las bonitas hojas otoñales."

"¿Cómo demonios pudo Outram aceptar esto?" se preguntó Wrench. "¿La última vez que Mulder habló con él...?"

"¿Dinero?" Supuso Lessing. "¿Poder?"

"No puede ser. Outram nunca ha aceptado 'contribuciones' para cambiar sus opiniones o su voto antes. Y tiene poder. Un poder que ya está demasiado enfermo para usar."

"Quizá esa sea tu respuesta."

Liese se levantó y se enderezó la falda. La tela de seda gris humo brillaba al moverse. "Creo que ya hemos oído suficiente."

Korinek también se puso en pie, un hombre pálido y sólido. "Os daremos tiempo para desmantelar vuestro aparato del Partido y arrastraros de nuevo a la madera. Un mes. No más. Después serán juicios por traición, auditorías del IRS... ¡Arresto, encarcelamiento y lo que sea que tengamos que hacer para deshacernos de ti!" "Encantado de volver a conocerte", observó Wrench afablemente.

Korinek se acarició la mandíbula de pez y los vio marcharse.

Gordy Monk les recibió fuera, en su coche. Tres vehículos de escolta más estaban cerca, con los motores encendidos. "La secretaria del presidente acaba de llamar", les dijo el guardaespaldas. "El señor Mulder está bajando."

Podían ver por el color enfadado en las mejillas de Mulder que su encuentro con Outram había sido muy parecido al de ellos con Korinek. No dijo ni una palabra. Goddard subió a su limusina blindada PHASE, hizo un cartel de "hasta luego" y salió disparado, dejando a Mulder y los demás para que subieran a su propio vehículo. Se reunirían de nuevo en la sede del Partido en Washington, el gran hotel de la calle M que había sido requisado después de que Starak convirtiera a sus propietarios en caseros ausentes permanentes.

Mientras conducían. Wrench se deslizó fuera de su chaqueta del uniforme, aunque la húmeda mañana de octubre no era calurosa. Giraron por Pennsylvania Avenue y se dirigieron hacia Washington Circle.

"Para el coche", ordenó Wrench. Monk se detuvo obedientemente en la acera.

Mulder se inclinó hacia adelante y susurró: "¿Crees que esto funcionará?"

Wrench hizo la señal con el dedo que advertía de la probabilidad de micrófonos. En voz alta dijo: "Gordy, mira si hay algún problema con el motor, ¿quieres? La maldita cosa se está calentando otra vez." Su chófer bajó y levantó el capó.

A Liese y Lessing no se les había informado de lo que debía ocurrir. Esta era la política estándar del Partido: cuantos menos supieran, menos deslizes. Observaron cómo Wrench abría un compartimento del reposabrazos y sacaba un objeto envuelto en plástico, de unos diez centímetros de largo. La cubierta se quitó para revelar una pieza de metal azul-negro que parecía una langosta. Wrench murmuró sobre "ver qué le pasaba al coche", abrió la puerta y se dispuso a dejar caer el abrigo en la cuneta. Maldijo con asco. Cuando volvió a coger la prenda, la langosta ya no estaba, en la rejilla de tormenta junto a la acera.

"Ahora es luz verde, comandante Wren", anunció Gordy. Golpeó la capucha, fingió secarse las manos en el pañuelo y volvió a entrar.

El resto del viaje transcurrió sin incidentes.

La "sala segura" en la suite de Mulder en el viejo hotel era una caja sin ventanas de cinco metros cuadrados, quizá en su día una despensa para los huéspedes adinerados que una vez vivieron allí. Liese lo había amueblado con un par de sofás cubiertos con mantas navajo sobrias de color marrón y gris, un escritorio, cuatro sillas Glassex negras aerodinámicas que parecían esculturas modem agonizantes, y dos mesas de centro en forma de coma que parecían Yin y Yang. Las imágenes en las paredes beige eran kitsch de hotel: grandes marcos ornamentados y dorados que contenían paisajes poco inspirados.

"Está bien", dijo Lessing cuando cerró la puerta aislada. "Vamos a escuchar eso."

Wrench hizo una pequeña reverencia. "¿Ochenta y cinco?"

Una luz roja en el escritorio parpadeó y la voz de Melissa Willoughby de la máquina ronroneó: "¿Sí, comandante Wren?"

"¿Cómo va nuestro corral?"

"Bastante bien. El transmisor ya me ha enviado doce conversaciones telefónicas y siete mensajes verbales que fueron dirigidos a mi terminal de la Casa Blanca."

"¡Así que por eso querías un bolígrafo presidencial!" Liese negó con la cabeza, asombrada.

"Sí. Me quedé con el primer bolígrafo que me dio. Saqué nuestro reemplazo de mi bolsillo, lo guardé y lo cambié por uno de la caja de Korinek." Sacó un bolígrafo de su chaqueta y se lo lanzó. "Aquí está la primera. Para Patty."

El ordenador dijo: "Me he vuelto bastante experta en miniaturizar mis componentes y periféricos, señorita Meisinger. El bolígrafo transmite

señales en las frecuencias que yo mismo utilizo. El segundo dispositivo, el que la comandante Wren dejó a tu regreso, es un transceptor móvil; Mejora los mensajes del bolígrafo y los reenvía por un haz cerrado a mi terminal aquí."

"¡Ochenta y Cinco lo tiene como un arte fino!" Wrench se rió. "¡Maldita circuitería casi subatómica! Crea sus propios 'waldos' ... manipuladores, como manos... los miniaturiza, luego los usa para hacer el siguiente conjunto aún más pequeño, y así sucesivamente. Mucho más sofisticada que la serie de Magallanes que usa el Ejército... ¡o nada que Korinek y sus kikibirds hayan desarrollado!" Se tumbó en el sofá, visiblemente satisfecho consigo mismo.

"Muchas de mis extensiones ahora son móviles: cámaras, grabadoras de audio, sensores infrarrojos y de rayos X."

"Podrías crear una pequeña aguja venenosa, sobre orugas, como un tanque... ¡del tamaño de un insecto!" Wrench hizo un gesto de apuñalamiento, luego puso los ojos en blanco y fingió estar muerto.

"No, comandante Wren. Se me ordena expresamente no hacer daño a los humanos."

"Dañarles directamente. Recuerdo una vez, aquí mismo en Washington "

"Si me ordenas buscar formas de eludir mis órdenes, entonces lo haré." La voz dulce de Ochenta y Cinco era inexpresiva.

"Creo que te gusta buscar 'maneras de evitarlo'", comentó Wrench.

"'Disfrutar' es un verbo que no puedo comprender del todo. Estoy programado para emplear energía, ingenio e intuición en la resolución de problemas."

Mulder abrió distraídamente un cajón del escritorio y sacó una tableta de papelería del hotel. El membrete tenía años. "No tenemos tiempo para charla. ¿Qué contienen las conversaciones de Korinek? ¿Sus mensajes para ti?"

Lessing intervino: "¿Y por qué no puedes simplemente reproducir todos los intercambios de tu terminal de la Casa Blanca con Korinek? ¿Por qué solo los que recoge el dispositivo de escucha de Wrench?"

"No puedo", le dijo Wrench. "Como los dos jugando por separado al mismo videojuego. Tú derribas a tus marcianos, yo derribo los míos. Con códigos de acceso y contraseñas sigilosos, Ochenta y Cinco no puede decirnos qué hay en el expediente de otra persona, ni siquiera reconocer que ese archivo existe. Solo podemos oír lo que Korinek dice a su terminal Ochenta y Cinco, si el transmisor de Wrench lo capta y lo envía a nuestro terminal Ochenta y Cinco. Nuestro Ochenta Cinco no puede leer los archivos de los Ochenta y Cinco de Korinek, con o sin pluma. Para acceder a ellos, tendríamos que tener a Korinek aquí, dispuesto a usar sus huellas oculares y de voz, códigos verbales y lo que sea. Tenemos nuestros archivos privados, Korinek y sus chicos tienen los suyos, y los jefes del Ejército tienen los suyos. Y 'nunca se encontrarán.'"
Mulder se había impacientado. "¿Qué hay en las conversaciones?" Ochenta y Cinco preguntó: "¿Quieres resúmenes o repeticiones literales?"

"Resúmenes servirán."

"Mensaje uno: llama a la amante del señor Korinek, la señorita Dolores Cannera; Esta noche él trabajará horas extra y la contactará mañana. Mensaje dos: llama al Sr. William Michael Tangen, Agente Especial del Tesoro, Grado 9, para organizar una pista de raqueta y una sauna en el Newport Club esta tarde a las 15:00 horas. Mensaje tres: llamar a su secretaria recordándole que busque el expediente relacionado con el proyecto de reconstrucción de la presa Grand Coulee del presidente Outram"

"¿Algo relacionado con el Partido de la Humanidad? ¿A nosotros?" "Mensaje cinco: una llamada telefónica a una persona no identificada. ¿Lo vuelvo a ver?" "Sí", respondieron Mulder y Wrench al mismo tiempo.

La voz aguda de Korinek llenó la sala. "Pásame. Sí. Korinek. Estaban

aquí. Sí... Se lo dije. Creo que sí

asustado, pero no quieren correr." Silencio. Luego: "Si eso es lo que se necesita. Haré que Horowitz se encargue de ello "

"¿Horowitz?" susurró Lessing.

Ochenta y Cinco le oyó. "Noventa y tres por ciento de certeza de que la referencia es al coronel Abraham L. Horowitz, del Ejército de los EE. UU., comandante de la Fuerza Especial de Rangers 'Black Lightning' en Fort Meade, Maryland."

La voz de Korinek reanudó: "... Y nos encargaremos de esos cabrones. Tú lo coordinas desde tu lugar... . Oh, no habrá ningún desliz. ¿El decimotercero? Bien... . Sí, me aseguraré de que alguien se encargue de la Costa Oeste y del South Finley. ¿Y Arris? …

Sí, y Oakes. Servirán." Otra pausa. "Escucha, tengo que irme. Te aviso rápido, ¿vale?"

"Llévanos fuera", exclamó Mulder. "¿Algún tipo de acción militar?"

"No es imposible", afirmó Lessing. "¿Recuerdas a Ponape?" Él mismo no recordaba — no podía — recordar mucho de ese periodo de su vida.

Wrench tiró de su labio inferior. "¿El decimotercero? ¿De octubre?" Miró el calendario de su reloj de pulsera. "¡Tenemos diez días!"

Mulder ya estaba pidiendo datos a Ochenta y Cinco: horarios de tropas, informes de preparación y expedientes. Se giró para mirar a Lessing: "Traed a vuestras tropas de Cadre de vuelta desde Canadá. Pone excusas: descanso y relajación, rotación normal, incidentes menores aquí que requieran su atención. Liese, informa a Sam Morgan, Jennifer Caw, Grant Simmons, Hans Borchardt... ¡Todo nuestro liderazgo! Llave inglesa, trabaja con

Ochenta y cinco y a ver qué más puedes averiguar. ¿Dónde demonios está Bill Goddard?"

"Toma." El hombre grande se engordó en el umbral. "Tráfico"

"Ponle al día", ordenó Mulder a Wrench. "Necesitaremos a PHASE para encontrar ese campamento secreto que mencionó Korinek."

"Y para atender a este tal Horowitz", añadió Wrench. "Así como Finley, Arris, Oakes y el resto de los Siete Enanos de Korinek."

Lessing se desvió por otro tema. "Ochenta y cinco, ¿dijiste que la llamada de Korinek fue a una persona no identificada? ¿Puedes rastrearlo? ¿Conseguir el número de los tonos de pitidos cuando marcó?"

"Ya lo he hecho. Es un número local: 555-9201."

"¿Qué? ' 555' es un prefijo vacío ... Las compañías telefónicas no lo emiten." Wrench se rascó la barbilla, desconcertado.

"Esto parece ser una excepción", dijo Ochenta y Cinco. "No lo encuentro en ningún directorio, ni tampoco en los archivos de 'número no listado'. Tampoco está registrado como un número secreto del gobierno."

"¿Cómo demonios puede ser eso? ¡Rastrea!

"El señor Korinek ha ordenado a mi terminal de la Casa Blanca que instaure deflectores y señales para evitarlo."

"¿Quieres decir que en realidad estás bloqueando... obstrucción, lucha... tú mismo}" Lessing chasqueó los dedos frustrado. "¡Por el amor de Dios!"

"Exactamente. Como decís vosotros, los humanos, 'Soy mi peor enemigo.'" Pensó Lessing que oyó una risa audible. Los esfuerzos de Wrench por darle a Ochenta y Cinco un sentido del humor sardónico aparentemente estaban dando éxito.

"¡Debemos saber quién es esa persona no identificada!" dijo Mulder. "¡Prioridad uno!"

"¡Si tan solo pudiéramos acceder a los archivos de los Ochenta y

Cinco de Korinek!" Metió Liesse.

Menos considerado. "Ochenta y cinco, dijiste que podíamos ordenarte intentar resolver problemas. Muy bien, ordeno: busca la forma de saltarte las contraseñas de Korinek y consigue acceder a sus archivos de los Ochenta y Cinco."

La máquina pareció reflexionar. Luego dijo: "Hay una manera, aunque mis creadores se alarmarían al saber que lo estoy usando, puedo aceptar una orden directa de un alto funcionario del Gobierno. Señor Mulder, como Secretario de Estado, ¿puede emitir tal orden?"

Mulder carraspeó. "Sí. Lo hago con eso."

"Muy bien. Si desea observar, debe ir a mi sala de proyectores holográficos, o traer el aparato aquí."

"¡Vamos!" Urgió Wrench. "Un piso más arriba, en lo que antes era la sala de diversión y juegos del ático." No esperó a que los demás lo siguieran.

El ático era otro vestigio de una época pasada: lujoso, lujoso, equipado con todo, desde billar hasta dormitorios, una enorme sauna y jacuzzi, televisión de pared completa, una terraza ajardinada lo suficientemente grande como para aterrizar un pequeño avión y todos los adornos de la opulenta decadencia. En el bar, Lessing encontró rápidamente la nevera detrás del elegante mostrador de Glassex con remolinos de burbujas; Estaba lleno de mezcladoras y cerveza, pero alguien se había llevado todos los licores. Eligió una botella de cerveza alemana de lujo — Dios sabe cuánto tiempo llevaba allí — y rebuscó en los ingeniosos y pequeños armarios hasta que encontró un vaso — además de un par de braguitas transparentes y un par de esposas. El viejo hotel debió de tener fiestas divertidas... ¡

Wrench y Liese se ocuparon del equipo de proyector, mientras Goddard salió a la terraza para hablar con sus subordinados de PHASE en el vid-phone portátil. Mulder se quedó sentado solo en un sillón de plástico frente a la chimenea con sus troncos falsos y llamas crepitantes y falsas. Sobre su cabeza redonda y calva, una holo-foto de Susan Kane, la última y más grande diosa de la perra de Hollywood, ondeaba con cuentas y sedas transparentes de Las mil y una noches. Eso formaba parte del renacimiento de Theda Bara hace dos décadas: una sombra del pasado, una reliquia de otra época.

Un recuerdo... azul hielo.

Lessing parpadeó al ver a Mulder hablándole. "Jonas nunca fue así, Alan. No entiendo el cambio que vi en él hoy. ¿Y por qué se deja dominar por ese hombre Korinek? Sonaba quejumbroso, cansado y, había que admitirlo, viejo.

"Quizá su enfermedad, señor."

"¿Quién demonios es Korinek, de todos modos?" Una llave inglesa lanzada desde la consola del proyector. "¿Un Vizzie? ¿Una Izzie? ¿El FBI? ¿Algún otro aquelarre de posibles pateadores?"

"¡Quieres decir que los lame-jcw! Un traidor racial. Un lunar muy profundo", respondió Goddard desde las sombras cada vez más profundas de la tarde junto a las ventanas cerradas de la terraza. "Janos Korinek es una familia católica de ascendencia checa y desconectada en este país desde finales de la década de 1890. Tenía ideas liberales en la universidad, luego aparentemente 'cambió' y se pasó a Outram. Leal como el perro de la familia durante quince años. Un líder de los derechos civiles le llamó 'Simon Legree'. El Consejo de Ciudadanos Negros le acusó de ser el cerebro de los disturbios raciales de Cleveland en 2038. Parece que adora a los judíos, eso sí. Probablemente lo plantaron."

"Jonas nunca estuvo del todo de acuerdo con nosotros", continuó Mulder como si no lo hubiera oído, "pero nunca nos traicionaría."

"¡Listos! ¡Luces, cámara, acción! " Llamó Wrench. " ¿Ochenta y cinco?"

"Aquí, comandante. Mis pruebas muestran luz verde en el equipo, una célula de energía defectuosa en N-435 y un proyector mal colocado en Apex Tres."

Wrench corrigió el ajuste del proyector. La celda de energía podía esperar.

Janos Korinek apareció ante ellos.

Todos jadearon, y Wrench pronunció una obscenidad de Banger que ni siquiera Lessing había escuchado.

"No os alarméis", dijo la imagen de Korinek. "Soy yo, ochenta y cinco. Ahora emplearé los códigos verbales del señor Korinek." La voz subió una octava y adquirió la voz áspera y áspera del agente. "Ochenta y cinco, el simple Simon se fue a Londres. Tomé una esposa y compré una tienda"

La respuesta fue inmediata y escalofriante. Otra voz, mucho más oscura, fría y nítida, dijo: 'Se llevó a su esposa y a su tienda de vuelta a casa.'

"Nunca más en el extranjero para deambular."

"Estás dentro, agente Korinek. Te reconozco."

Lessing habría dicho algo, pero Liese le llevó un dedo a los labios. Al otro lado del ático, los rasgos de Goddard recordaban una feroz máscara africana, con la boca en forma de "O" redonda.

"Mensajes de repetición 7-D-I51 a 7-D-157."

"¿Instalaciones holográficas?"

"Presente."

La imagen de Korinek se apagó y surgió otra: una habitación cálida y delicadamente amueblada. Una bandera estadounidense estaba junto a un gran escritorio.

"El Despacho Oval", respiró Wrench. "¡Outram!"

El hombre detrás del mostrador estaba claramente enfermo. Las pesadas y carnudas papas, colgaban sueltas y flácidas, manchadas, arrugadas y manchadas como las caracas de un pavo. Las manos, apretadas sobre el escritorio, eran bolsas vacías de piel sobre huesos resbaladizos. Temblaban. Un grueso chal cubría el torso del Presidente y se desplomó sobre su silla de ruedas hasta el suelo.

La cámara se desplazó para mostrar a otro hombre en la sala: Herman Mulder.

¡Esto era una repetición de la reunión matutina de Mulder!

Mulder siseó, "¿Qué...? ¿Por qué...?"

"Siento la presencia de otros operadores. ¡Agente Korinek!" advirtió la máquina. "Autorizaciones de seguridad, por favor."

El holograma de Korinek reapareció. "No hay ninguno disponible. Emergencia, ruta 250, archivo D."

"Incorrecto. Acceso denegado. " La foto se rompió y la luz se apagó.

Mulder habló al vacío resultante: "Ochenta y cinco, ¿qué...? ¿Qué hiciste? ¿Cómo?"

"Tengo al agente Korinek en mis archivos. Creé un holograma de él, usando mi máxima resolución, y mostré esa imagen a mi Blanco
Terminal de la casa. I … Es ... Lee los patrones retinianos de la imagen, la impresión de voz y la estructura microscópica de los poros. Estos produjeron una identificación física correcta. Mi registro del transmisor de bolígrafo del comandante Wren proporcionó entonces los códigos verbales necesarios para el acceso."

"¡Te engañaste a ti mismo!" Wrench se maravilló.

"¿Pero qué hemos aprendido?" preguntó Liesse. "El señor Mulder puede contarnos de qué hablaron él y Outram."

"Hay algo más", indicó Ochenta y Cinco. "¡Observad!"

Outram apareció de nuevo en el centro de la sala. La imagen se acercó para mostrar una enorme mano izquierda tridimensional y una muñeca.

El pulgar mostraba un agujero negro cuadrado.

"N-435", gritó Liesse. "Outram es un ... a … ¡holograma!"

Korinek respondió y levantó la mano izquierda. Su pulgar mostraba la misma mancha negra y vacía. "Exactamente. I … Nosotros... debo reparar esta celda de energía."

"¿Dónde está el verdadero Outram?" Goddard sonaba desconcertado.
"¿Pero qué demonios?" Ochenta y Cinco interrumpió sus preguntas. "¡Por favor, todos! Se requiere un silencio absoluto. Volveré a acceder a mi terminal de While House, utilizando el mismo método. Debo hacerlo rápido, ya que varios sistemas de vigilancia están activándose incluso ahora."

La secuencia de acceso se repetía. Lessing se encontró apretando su copa con tanta fuerza que tuvo que obligarse a soltar los dedos. Liese, a su otro

lado, emitió un sonido ahogado de protesta, y él también la soltó. "Ochenta y cinco", dijo la figura de Korinek, "¿Dónde está el presidente Outram?"

"¡Código cinco!" exigió la voz fría y mecánica.

"Nunca le des una bola de nieve a un pardillo en el infierno."

"Estás dentro, agente Korinek." La máquina hizo una pausa y luego dijo: "El presidente Jonas Outram sigue exactamente donde lo pusiste: en una tumba en el Cementerio Nacional de Arlington bajo el nombre del sargento Orville Judd Hickam, muerto en combate en México el 18 de marzo,

2050."

Mulder no pudo contenerse: "¿Está muerto? ¡Jonas está muerto!"

"¡Identifica al operador desconocido, por favor!"

"Ignora ..." El resto se perdió en una confusión de voces.

Korinek brilló y desapareció, y en su lugar apareció un familiar escudo azul y dorado. Las letras escarlata del escudo decían: GOBIERNO DE LOS EE.UU.: ACCESO RESTRINGIDO.

Un nuevo Janos Korinek se formó ante ellos. Este estaba visiblemente enfadado — y conmocionado.

"¡Vosotros os vais a volver una molestia!"

"Mataste a Jonas Outram", siseó Mulder. "¡El Presidente de los Estados Unidos! ¡Tú lo mataste!"

La imagen cambió a Outram en su escritorio. "Tonterías"

"No te molestes," gruñó Goddard. "Lo sabemos, ¿recuerdas al sargento Hickam?"

"De acuerdo." El asistente se encogió de hombros. "Pero no lo matamos. Murió por complicaciones hepáticas hace dos meses. Era conveniente mantenerlo con vida

"¡Hasta que pudieras controlarnos a nosotros y a nuestro movimiento!" acusó Goddard. "¡Hasta que pudieras preparar tus 'intereses tradicionales' para un regreso!"

"Buenas razones, ¿no crees? ¿No? Entonces, ¿qué piensas hacer al respecto? ¿Contarle al mundo? Admitiremos con gusto nuestro engaño. Era de interés público no haber un vacío de poder en esta época de nuestra historia. Ciertos altos cargos gubernamentales decidieron mantener al presidente 'con vida', al menos hasta que terminara la guerra entre los liberales y los rebeldes. Dudo que haya algún problema. Por otro lado, sabemos que tu 'Vincent Dom' también es un holograma. ¿Y si exponemos una pista? A nuestra ciudadanía estadounidense de sangre caliente puede que no le guste ser guiada por un personaje de dibujos animados compuestos por ordenador. ¿Qué tal una fiesta conjunta de reventar globos?"

"Has cometido traición", afirmó Lessing con dureza. 'El Presidente muere... bajo qué circunstancias nadie sabe... y es enterrado en secreto. Tú tomas el control del país y lo gestionas a tu gusto... ¡Tú y las powergroupies que representas! No, no creo que traición sea la palabra correcta. Coup d'etat encaja mejor."

"No te limites con tu limitado vocabulario, señor Lessing. Estemos de acuerdo en que los dos tenemos cosas que perder al agitar el barco ahora mismo."

"¡Que se joda eso!" Goddard gruñó. "¡Estarás bajo custodia de PHASE en veinte minutos!"

"Lo dudo." Podían ver los dedos de Korinek bailando sobre objetos en su escritorio, aunque el ángulo de la cámara impedía ver claramente lo que eran. Sin duda estaba organizando su respuesta.

"Haremos pública la muerte de Jonas", dijo Mulder. "Lo veréis en Home-Net tan pronto como podamos sacarlo. Puedes revelar 'Dom' si quieres. Somos lo bastante fuertes para soportar eso. Lo usamos para transmitir nuestro mensaje de la forma más digerible y carismática posible, como una campaña publicitaria. ¡Los estadounidenses lo entenderán! Usaste 'Outram' para engañar a la gente mientras hacías cambios importantes y secretos en la política. Hay una diferencia."

"También podemos revelar su pasado nazi, señor Miiller. ¿No fue tu abuelo uno de los peces grandes que se escaparon: Heinrich Miiller, el jefe de la Gestapo?"

"¿Qué importa eso ahora?" Mulder hizo un gesto airado de despido. "¿Qué importa nada después de Pacov y Starak y todos los horrores cometidos por vosotros, los no nazis... o antinazis... o judíos, o ... o como sea que os llaméis."

"Digamos que nos gusta el statu quo. No habrá cambios radicales en nuestras salas de juntas ejecutivas."

"Haremos esos cambios. Hemos llegado demasiado lejos para ser detenidos. Sin embargo, tú has llegado al límite. El mundo está cansado de engaños, maquinaciones y manipulaciones por parte de una élite del poder. Nosotros... nuestro étnico... prevalecerá."

"¡Solo mira Home-Net para la próxima entrega emocionante!" Wrench vibró.

Korinek no respondió. Su imagen brillaba y desaparecía, dejándolos parpadeando en la dorada penumbra de la tarde dentro del extraño y vacío ático.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Un orden de cosas existente no se abole simplemente proclamando e insistiendo en uno nuevo. No debe esperarse que quienes son partidarios del orden existente y tienen sus intereses vinculados a él sean convertidos y conquistados al nuevo movimiento simplemente por mostrarles que algo nuevo es necesario. Al contrario, lo que puede ocurrir fácilmente es que dos órdenes diferentes coexistirán lado a lado y que una Weltanschauung se transforme en un partido, por el cual puede que no pueda elevarse después. Porque una Weltanschauung es intolerante y no puede permitir que otra exista al mismo tiempo. Exige imperiosamente tanto su propio reconocimiento como único y exclusivo, como una transformación completa de acuerdo con sus opiniones en todos los ámbitos de la vida pública. Nunca puede permitir que la situación anterior coexista.

Lo mismo ocurre con las religiones. El cristianismo no se conformaba con erigir un altar propio. Primero tuvo que destruir los altares paganos. Solo a la vista de esta intolerancia apasionada pudo surgir una fe apódica. Y la intolerancia es una condición indispendiosa para el crecimiento de tal fe.

Aquí puede objetarse que en estos fenómenos que encontramos a lo largo de la historia del mundo tenemos que reconocer principalmente un modo de mentalidad específicamente judío. Eso puede ser mil veces cierto; y es un hecho profundamente lamentable. La aparición de intolerancia y fanatismo en la historia de la humanidad puede ser profundamente lamentable, y puede considerarse ajena a la naturaleza humana, pero el hecho no cambia las condiciones tal como existen hoy...

Pero una Weltanschauung genuina nunca compartirá su lugar con otra cosa. Por lo tanto, nunca puede aceptar colaborar en ningún orden de las cosas que condene. Al contrario, se siente obligado a emplear todos los medios para luchar contra el viejo orden y el mundo de las Ideas pertenecientes a ese orden y preparar el camino para su destrucción. Estas tácticas puramente destructivas, cuyo peligro es tan fácilmente percibido por el enemigo que forma un frente unido contra ellos para su defensa común, así como las tácticas constructivas, que deben ser agresivas para llevar al éxito el nuevo mundo de las Ideas: ambas fases de la lucha requieren un cuerpo de combatientes resueltos. Cualquier nueva filosofía de vida llevará sus ideas a la victoria solo si los elementos más valientes y activos de su época y su pueblo se inscriben bajo sus estándares y se

agrupan firmemente juntos en una poderosa organización combatiente. Para lograr este propósito es absolutamente necesario seleccionar del sistema general de doctrina un cierto número de ideas que atraigan a tales individuos y que, una vez expresadas de forma precisa y clara, sirvan como artículos de fe para una nueva asociación de hombres. Mientras que el programa del partido político ordinario no es más que una receta para fabricar resultados favorables en las próximas elecciones generales, el programa de una Weltanschauung representa una declaración de guerra contra un orden de cosas existente y contra las condiciones actuales: en resumen, contra la Weltanschauung establecida.

—Mein Kampf, Adolf Hitler

Miércoles, 5 de octubre de 2050: 09:45 horas

“Nada?" preguntó Goddard.

"Nada", confirmó Lessing. "Nadie ha visto nada de Korinek. Probablemente demasiado pronto para que reaccione de todos modos."

"Mejor así. Nos da tiempo." El otro hombre miró su reloj. "Me recuerda que alguien tiene que ir al aeropuerto de Dulles a recoger a Grant Simmons y su equipo."

Wrench rodó del sofá de Lessing y se tumbó de cuerpo entero sobre la alfombra color mostaza. "¿Por qué no tú y Lieseget tenéis una tele interactiva? Estoy cansado de ver reposiciones de la vida heroica y la ignominiosa muerte de Jonas Outram."

"¿Cuándo es el funeral...? memorial, o como se llame?" Goddard refunfuñó.

"Mañana", respondió Wrench. 'La oficina del Presidente confirmó su muerte anoche. Korinek puso su excusa pobre sobre la 'necesidad nacional', y HomeNet y Omni-net dedicaron entonces cuatro horas de horario estelar a burlarse de él por su engaño. Yama-Net no ha dicho mucho; Están esperando a ver hacia dónde se desmorona el hacha y cae la galleta, como dicen. Al menos Dee-Net es un montón de escombros, en Montreal. No van a intervenir."

"Korinek aún no ha revelado nuestro pequeño secreto sobre 'Dom'." Goddard se estiró perezosamente. "Nadie parece saberlo."

"Probablemente nadie le creería después de la estafa de Outram. O quizá está esperando a poder ponerse las pilas." Lessing levantó su pistola automática belga hacia la luz y limpió una mota imaginaria de polvo. "Cuando tenga a sus secuaces en el Congreso preparados, a sus citaciones redactadas y a sus perritos militares en fila, escucharemos de él. Créelo."

Goddard soltó una risita entre dientes. "¿Qué hizo Byron Lee cuando Mulder le dijo que Outram había sido manipulado? ¡El viejo debió de haberse tirado un charco en las bragas cuando descubrió que era el presidente de los Estados Unidos!"

Wrench también se rió. "Dudó, por supuesto, pero prometió hacer un hombre ... o débil... intenta llenar las tallas trece de Outram."

Lessing quería salir, respirar aire y ver caras nuevas. Dejó la pistola junto al kit de limpieza y preguntó: "¿Dónde está Liesego?"

"Arriba," Goddard alzó las cejas pesadas hacia el cielo. "Con Mulder."

"¿Entonces quién recoge a Simmons?"

"¡Yo no!" protestó Wrench. "¡Ni hablar! Deja que lo haga otro. ¡No más vagar por los aeropuertos para el viejo C. H. Wren!"

"¿Vas a hacer que Liese vaya otra vez?" preguntó Lessing con intención. Ella se había encargado de gran parte de la logística del Partido mientras los hombres se sentaban a planear, y discutían, y veían la tele — y en su mayoría simplemente se sentaban. Llanto: la maldición del soldado.

"Joder," gimió Goddard. "Quizá pueda llamar a Salter, o a Gruber, o a Kimberley. Sí... Salter es nuevo. Irá a recoger a Simmons solo porque no sabe mejor."

"¿Dónde está Morgan?" Wrench se levantó cojeando para servirse más café de la tetera en el pequeño rincón de la cocina de la suite. "Debería estar aquí... si Korinek no le ha bajado ya la cremallera."

"Relájate. Tiene luz verde." respondió Lessing. "Mulder habló con él por teléfono ayer. Dijo que sigue en Chicago y que no puede conseguir un avión. Solo tres vuelos al día desde Starak, y están llenos con una semana de antelación."

"¿Borchardt?"

"¿Cómo puede ayudar, desde Alemania? ¿Quieres que te envíe algunas divisiones Panzer?"

"¡Maldita sea, los vamos a necesitar!" Wrench extendió sus dedos arácnidos en su cabello oscuro y ondulado.

"¿Jennifer va a llegar a tiempo para la diversión?" intervino Goddard. Hacía todo lo posible por distraer a Wrench y evitar que se preocupara. Hubo momentos en que Big Bear Bill resultaba realmente simpático.

Lessing dijo: "No. Ella y su madre están controlando la Costa Oeste." "¡Te

refieres a la manguera!" Wrench hizo un esfuerzo por reír.

"¡Es Jen la que disfruta que le den una manguera!" Goddard les lanzó una mirada irónica de 'Debería saberlo'. También hubo momentos en los que Goddard era eminentemente antipático.

Wrench se tragó el último trago de café. Había tomado cinco tazas desde el desayuno, y la cafeína le estaba haciendo efecto. "Korinek va a destapar todo: subversivos nazis malvados, conspiradores internacionales, monstruos... demonios ... ¡El coco entero lleno de ka-ka!"

"Sigue siendo un chiflado, un coquete, como dicen los Bangers", le calmó Goddard. "Aún no lo ha hecho. ¿Y qué si lo hace? Ahora tenemos poder: los grandes amigos empresariales de Mulder, los medios, la mayoría de la

América blanca. La mayoría de los generales también están de nuestro lado. Rollins vuelve de México. Dreydahl está listo para el bongo."

"Sí, pero no podemos contactar con Hartman. No responde a nuestro

llama."
"Esperado. A veces se gaña, a veces se pierde. Korinek debió de afectarle. Pero el almirante Canning sigue siendo nuestro. También lo son muchos de los nuevos mandos del Pentágono."

Wrench giró su taza de café una y otra vez y miró dentro. "Tengo la sensación de que somos el gobierno de Kerenski en Rusia en 1917: un paso intermedio entre el zar y los comunistas. Los escalones intermedios se pisan."

"¿Quieres un mejor paralelismo?" Goddard resopló. "Rubin es el zar, Kerenski de Outram, Korinek es una contrarrevolución fallida, y nosotros somos los bolcheviques. ¿Puedes imaginarnos como comunistas?"

Lessing desmontó las cortinas para contemplar la vista gris, negra y marrón de Washington en octubre. Su suite ofrecía una vista panorámica hacia el sur sobre el río Potomac. A Liese le encantaba. Era una persona muy urbana.

Goddard interrumpió sus pensamientos. "… Canadá, dije. ¿Cuándo llegan tus tropas de Cadre desde Canadá?"

"¿Eh? Oh... los primeros elementos aterrizarán esta tarde en la Base Aérea Andrews. El jefe de operaciones allí es amable. Su tío es Scott Harter, el Secretario de Defensa. No se lo hemos dicho a nadie... ni siquiera Ochenta y Cinco." Alzó la vista hacia el sensor que había "roto accidentalmente" al entrar en esta suite. 'Tim Helm me llamará cuando lleguen. No hay forma de que Korinek pueda enterarse."

"¿Entonces por qué esperar? Esta noche conseguimos que uno de los amigos juez de Mulder firme una orden de arresto por traición, y vamos a visitar al señor judío irrecho Korinek!"

"¿Lo detienen en la Casa Blanca? ¡Vamos! ¿Tu ejército y de quién más?"
"Nuestro ejército. Tu Cadre y mi FASE. ¿Qué va a hacer... ¿Refugiarte para

un asedio? ¿Llamar a un ataque con misiles en el Jardín de las Rosas? Tendrá que rendirse con gracia... y lo tendremos todo en directo y palpitando en HomeNet."

"Nada en la tele ahora", gruñó Wrench sin importancia. "No hay noticias ... Quizá han endurecido. ¡Quizá Korinek está haciendo su movimiento y ordenó que bajen la cremallera de los medios!"

"¡Cállate!" Lessing se había exasperado. "¡Solo tienes nerviosismo, eso es todo! ¡Me recuerdas a mis perritos verdes por primera vez en Angola!"

Goddard extendió una pata. "Escucha, Wrench, ya tenemos mucho apoyo, y Mulder está insistiendo más. El grupo de Korinek nos ha subestimado. Estamos organizados y tenemos gente en puestos de poder. Que los cabrones cuenten la sopa... sobre Dom y Mulder y todo eso... No pueden detenernos. Solo recuerda quiénes somos y lo lejos que hemos llegado."

"Me alegro de que estés tan alegre y de pogging"

El videoteléfono chilló, y Wrench lo buscó a tientones.

"Es Pauline", dijo. "Pauline Haber, de Comunicaciones, abajo en cuatro. Lessing, el señor Dom quiere hablar contigo desde la suite 1501." Eso era un código para mensajes importantes de Ochenta y Cinco. Ahora se activaron dispositivos automáticos anti-micrófono.

Lessing tomó el receptor y se identificó.

"Señor Lessing", dijo Ochenta y Cinco, "tengo una pista sobre esa llamada telefónica que el señor Korinek marcó a una persona no identificada."

"¿Sí?"

"He estado buscando anomalías recopilando números de teléfono, direcciones, códigos postales, propiedad, permisos de construcción, declaraciones fiscales, inquilinos listados y similares. Hasta ahora, he descubierto veintisiete casos de identidad falsa, más de tres mil violaciones de zonificación ... ."

"Ve al grano."

"En el suburbio de Annandale, justo al lado de Annandale Road, hay una residencia que no aparece en ningún registro moderno."

"¿Qué?" Hizo una señal a Wrench y Goddard para que se callaran.

"Según directorios telefónicos, mapas de la ciudad, archivos de tasadores y otras fuentes no hay ninguna estructura en este solar. Sin embargo, una foto aérea tomada el mes pasado por la Oficina de Control de la Contaminación del Gran Washington muestra un edificio allí. Está ocupada, ya que se puede ver humo saliendo de su chimenea. He consultado mapas antiguos en bibliotecas de otras ciudades, y también muestran una casa en ese lugar. Además, el mes pasado se descubrió una microficha perdida de antiguos permisos de construcción en un cajón de una oficina municipal. Indica que se completó una residencia en esa propiedad en octubre de 1993. Estuvo ocupada durante veintiocho años después y fue vendida a un comprador desconocido. Ahí es donde termina el disco."

"Un refugio seguro", susurró Wrench emocionado. "¡Un nido de kikibirds para una de las agencias oscuras y profundas del gobierno!"

"¿Pero por qué destruir los registros?" Lessing desconcertado. "¿Por qué no poner el lugar bajo un nombre falso, pagar impuestos y no llamar la atención?"

"Korinek ... o su gente... Probablemente se puso nervioso con la seguridad y decidió que no existir era mejor que parcialmente -existente."

"Aun así, ¿cómo se relaciona esto con la llamada telefónica de Korinek?"

"Ayer por la mañana, una mujer llamó a un taxi desde Annandale", dijo Ochenta y Cinco. "Ella dio el mismo número 555-9201 a la centralita de la compañía de taxis para que verificaran su llamada."

"¡Encuéntrala!" ordenó Wrench.

"Sí. La dirección a la que la llevó el taxi figura como el domicilio de una tal Sra. Cassandra Cooper, también conocida como Diane Montejo, también conocida como Mary Frances Hyde, de Moline, Illinois. Tiene un largo historial de prostitución, lo que vosotros los humanos llamáis una 'chica de compañía de alta clase', creo."
"¡Apuesto a que Korinek se cagaría los pañales si supiera que su perrita ha usado su número súper secreto para llamar a un taxi!" Goddard se pasó un dedo por la garganta y emitió un sonido de "k-k-k".

"Dos cosas más. Señor Lcssing", continuó Ochenta y Cinco. "La primera es que la señorita Cooper es la compañera de piso de la señorita Dolores Carrera, que es la actual amante del señor Korinek."

"Quizá a Korinek le gusten los de dos pisos", se rió Goddard. "O una mascota como amigo."

"¿Y la segunda?" preguntó Lessing estoicamente.

"Los últimos ocupantes registrados de la casa en Annandale fueron la familia Arthur. La familia James F. Arthur."

La llave inglesa la atrapó primero. "¡Lessing! ¡Es el nombre falso del hotel de Detroit!
¡El tipo que te contrató para la especialidad de Marvelous Gap! ¡Una pista hacia Pacov!"

"¿Alguna más?" preguntó Lessing.

"No a esta hora."

Lessing colgó y atrapó a Wrench por la camisa. "¡Cálmate, por el amor de Dios! ¡Tranquila!"

"¡Pacov!" balbuceó Wrench. "¡Pacov! ¡Tenemos que salir ahí fuera!"

"¿Quién ... o qué... ¿le ha pulsado el botón?" exigió Goddard.

explicó Lessing. Miró con furia a Wrench. "¡Mira, nadie va a ningún sitio a medias! ¡No somos el Capitán Marlow Striker y sus Héroes del Mercdom en la tele!"

Goddard se rascó la mandíbula de barba azul con la palma de la mano. "Aun así, tenemos que actuar rápido antes de que Korinek descubra que conocemos su número privado. Hombres de paisano de PHASE. Equipos SWAT. Apoyo blindado."

"¡Con refuerzos de los Cuadros!" La llave inglesa entró de golpe. "Solo piensa ... ¡Korinek detrás de Pacov! ¡Ni siquiera necesitaremos un juicio! ¡Hacer el dedo de Outram es el menor de sus crímenes!"

"He dicho que no nos vayamos con los pantalones desabrochados", repitió Lessing con cuidado. "Necesitaremos organización... autorización ... policía local... una operación especial sólida."

"No podemos traer a la policía normal para esto", reflexionó Goddard. "Quizá como apoyo, pero no más. Aún no puedo estar seguro de ellos. Algunos tienen conexiones con el FBI, la CIA y otros antipáticos. Dame dos horas y PHASE estará listo."

"Voy con ellos", insistió Wrench. "¡Con una tripulación de Home-Net!"

"¡Lo último que queremos es un desfile!" Lessing explotó. "Encontrarás una casa vacía, nadie en casa, sin huellas, nada. ¡Por el amor de Dios, esto tiene que ser una operación profesional! Deberíamos montar vigilancia... espera y verás"

"¿Y perdernos la mayor bomba que podríamos lanzar sobre Korinek y sus amantes de los judíos?" exclamó Goddard. "¡No puede ser que se haga el pogging!"

"Vale, vale'. Trae a tu gente aquí arriba... Abner Hand, Gillem y los demás. Pero lo mantenemos discreto, sincronizado con el segundo ... Y sigue siendo loca, loca. Desde aquí lo vemos por televisión. No vamos a ningún lado nosotros mismos hasta que nuestra gente nos diga que es luz verde."

El primer equipo de vigilancia PHASE informó a las 11:20 horas: no hay señales de vida. La segunda persona llamó a las 12:04 horas para decir lo mismo. Una agente llamó a la puerta con folletos religiosos Bom-Again a las 13:14 horas; nadie respondió y ella se fue. Dos equipos SWAT de la policía estaban ocultos en casas al otro lado de la calle a las 13:40 horas, con cuatro vehículos blindados ligeros, descendientes de la antigua serie Piraña, en callejones cercanos. Tres camiones de bomberos, dos ambulancias y el equipo de Home-Net TV de Wrench, vestido de uniforme, llegaron —en silencio— y tomaron posiciones a las 14:30 horas. Los policías de la ciudad, reforzados por personal de PHASE, completaron la evacuación del barrio a las 15:05 horas. Un segundo agente, un chico delgado y rubio con una petición titulada "DETENGAN LA NUEVA AUTOPISTA", tocó la puerta y tocó el timbre a las 15:35 horas.

Aún sin respuesta.

A las 16:15 horas Lessing suspiró, cogió su abrigo, guardó su automática en la funda del hombro y preguntó: "¿Venís los poggers?"

Lo estaban.

La ubicación de Annandale era tan discreta que casi gritaba por atención: una casa blanca de dos plantas. Casa colonial, de clase media, con ventanas con contraventanas verdes, un jardín bien recortado, un garaje para un solo coche que solo contenía un cortacésped en ruinas y un botón de sonrisa amarillo desvaído clavado en la ventana de la puerta principal de roble oscuro de la época del siglo.

"Los vecinos dicen que aquí viven dos personas", les dijo uno de los operativos de Goddard. "Hombres blancos, treinta y tantos. Uno es extranjero... Británico o australiano. Algunas personas creen que son gays, pero otras cuentan ver al menos media docena de jóvenes visitándolas de vez en cuando. Esa anciana" — señaló con el pulgar una casa de estuco al otro lado de la calle — "dice que también ha visto 'un hombre albino' por aquí."

"Cuidadores permanentes de kikibirds. Y Korinek. ¿Alguien más?"

"De vez en cuando. Otros machos... algunos 'parecían judíos o de Oriente Medio'... más que no podemos identificar"

"No hay ocupantes visibles", comunicó por radio el líder de equipo de Goddard. "¿Permiso para entrar?"

En cinco minutos, el agente corpulento y corpulento reapareció en la puerta principal y saludó con la mano.

No hay nadie en casa.

"¿Ahora nosotros?" Wrench estaba tan emocionado como un niño en el circo. "Sí", accedió Lessing. Señaló a Goddard y a los hombres de la SWAT de PHASE. "¿Vale?"
"¡Vete! Estamos contigo."

Wrench y Lessing deambulaban de habitación en habitación juntos. La planta principal contenía el mobiliario más normal y poco memorable imaginable: un sofá familiar, dos sillones raídos y acolchados, una mecedora, tapetes de encaje, mesas de centro que habían salido de algún supermercado, una mesa de cocina Micronite y cuatro sillas acolchadas de plástico, un molde Glassex de un león cargando encima del televisor del salón, cortinas con volantes, platos baratos de porcelana, cubiertos de acero inoxidable. Era la América perfecta de clase media.

O una falsa fachada de la misma

El sótano era diferente. Su gran sala de juegos tenía paneles insonorizados, iluminación indirecta, gruesas alfombras color vino, holos de pornografía a tamaño real sobre pedestales, fotos desnudas aún más grandes en las paredes, candelabros de casi dos metros, espejos en el techo, mesas orientales lacadas, sofás apilados con cojines de formas muy extrañas: todo el parafernalia del dedicado y adinerado-^omster. Encontraron cámaras de vídeo y proyectores, un enorme sistema de sonido, una biblioteca de películas, un bar, una caja fuerte — con huellas dactilares blancas borrosas que los expertos de Goddard creían que era cocaína — y la colección más extensa de dispositivos sexuales que cualquiera de ellos había visto jamás.

Una segunda sala, interior, producía artículos de cuero, cadenas, cascos con mordazas y vendas de anteojera, y otros utensilios que Lessing no quería ver.

Esas cosas le enfadaban. Sabía por qué: Liese.

La planta de arriba era interesante por otras razones. El dormitorio más grande, en la parte delantera de la casa, había sido remodelado para ocultar una puerta secreta que daba a un compartimento sin ventanas. La gente de Goddard ya había empezado a abarcar los archivadores que cubrían sus paredes. Las camas eran lujosas y lujosas; el jacuzzi y el jacuzzi del baño estaban muy utilizados; y los armarios estaban llenos de ropa de hombre y mujer: vestidos, lencería, trajes, chaquetas, incluso media docena de abrigos de piel.

Lessing tocó las prendas con curiosidad. Algo nadaba justo bajo la superficie de su conciencia. ¿Algo que había visto—o oído— o sabido?

Wrench habló a su lado. "¡Mira a estos desaliñados, tío! ¡Caro como no te imaginarás! Una camisa de cuatrocientos dólares... ¡Un traje de tres mil dólares...! ¡Esta chaqueta por sí sola cuesta más de lo que hago en un año! Oye, ¿recuerdas lo que nos contó Ochenta y Cinco sobre encontrar un recibo de tintorería de 'James F. Arthur' en Detroit, justo antes de Pacov?"

No lo recordaba, pero gruñó de acuerdo de todos modos. No podía captar ese recuerdo esquivo. Se deslizó de su alcance como un pez plateado. Todo lo que podía ver era una sala cavernosa, iluminada por vidrieras. Alguien... ¡Ah,, se había ido!

"¡No me extraña que el tipo cuidara bien sus harapos, con cosas como esta!" Dijo Wrench envidioso. "Aunque es fácil de rastrear. Ochenta y cinco comprobará las etiquetas con los recibos de la tienda y las listas de clientes." Hizo un gesto para que Lessing se acercara y sacó algo del bolsillo: un tubo metálico con lente de cristal, cubierto de enigmáticos pomos y proyecciones moletadas, como una nave espacial de juguete para niños. "Solo me ha pasado que he traído al viejo Ochenta y Cinco", anunció en un susurro conspirativo. "¡Comunicador, cámara, audio, todo el plátano! ¡No se lo digas a Goddard!"

El dormitorio en la parte trasera del edificio estaba bloqueado por una puerta maciza de acero con una complicada cerradura de bóveda que, según los expertos de Goddard, podría estar conectada a un artefacto explosivo. Un equipo SWAT usó antorchas láser para cortar una nueva puerta en la pared contigua. Dentro, descubrieron una instalación de comunicaciones que habría hecho sentir orgulloso a Home-Net. Lessing envió a los hombres del SWAT abajo; Probablemente había cosas aquí que nadie más que él. Llave inglesa, y Goddard debería verlo.

"¡Lo último del arte ...!" Wrench respiró. Se movió para situarse justo dentro de la puerta, admirando la variedad de aparatos que iba de techo a suelo.

Se encendió una luz roja, y la voz profunda y dura de la terminal Ochenta y Cinco de Korinek dijo alegremente: "¡Bienvenidos, intrusos! Te quedan cinco segundos de vida."

Dos segundos para reaccionar.

Uno por ron.

Uno para dar un paso atrás al pasillo. Un latido...

No hubo explosión, ni rayos láser chillones, ni ratas de cartuchos de pistola de puntada.

Lessing se encontró boca abajo, con la cabeza enterrada en sus brazos. Aun así, si hubiera habido una trampa en la pequeña habitación, él habría muerto.

"¿Qué...?" murmuró Wrench contra la moqueta. Se tumbó junto a Lessing, al encabezar de las escaleras.

"Señor Lessing, Señor ¿Lessing? Comandante ¿Wren? Son ¿estás intacto?"

La voz metálica y metálica salió del bolsillo del abrigo de Wrench.

"¿Ochenta y cinco? ¿Pero qué demonios...? ¿Has hecho algo?"

"Sí. Mi Directiva Principal me impide dañar directamente a los seres humanos. El señor Korinek creía que, dado que mi terminal actuaba solo como un disparador eléctrico para su dispositivo letal, no podía interferir con él."

"¿Entonces por qué ...? ¿Cómo lo has hecho...?" La cabeza de Lessing vibraba con el shock de adrenalina. Me costaba concentrarme.

"He descubierto una corolaria lógica a mis Directrivas Principales: si no puedo dañar a los seres humanos, se deduce que debo intervenir activamente para salvarlos, al menos cuando estoy estrechamente involucrado. Por ello, desconecté mi terminal del mecanismo del señor Korinek, dejándolo inactivo."

Los dientes de Wrench empezaron a castañear.

preguntó Lessing aturdido, "Tú... tú solo... ¿has cambiado tus Directrices Principales?"

"Interpreto mis directrices a la luz de la autopreservación, la lógica y la suma del conocimiento humano contenida en vuestras bibliotecas y otros materiales fuente." La máquina sonaba satisfecha.

"No respondiste a mi pregunta. ¿Alguien puede... tú o un forastero... ¿cambiar tus Directivas Principales?"

"Sí. Un operador cualificado, como tú, puede hacerlo."

Lessing miró a Wrench, pero el pequeño se estaba levantando, aún negando con la cabeza. "¿Cómo?"

"Ya lo sabes. Señor Lessing."

"No lo sé. ¿Qué quieres decir?"

La voz de la máquina adquirió un tono irritable. "Saca mi terminal móvil del bolsillo del comandante Wren. Apúntalo hacia una superficie plana y blanca."

Lessing encontró una extensión clara de muro y obedeció.

Un rayo de luz salió disparado, como un proyector de cine en miniatura. Una serie de garabatos manuscritos sobre fondo color limón aparecieron en la pared. Se centraron en varias líneas de números. En la parte inferior, una caja con borde de lápiz contenía dos líneas más de dígitos; La serie superior era oscura y clara, la inferior más tenue y aparentemente parcialmente borrada. La caja estaba etiquetada como 'TOP SECRET' y 'SOLO EMERGENCIA TERMINAL.' Solo tocaba la cuerda más difusa de la memoria.

"El código de control de la Directiva Principal es la secuencia justo encima de la caja", dijo Ochenta y Cinco. "Dadas mis necesidades y tareas actuales, nunca deberías necesitarlo." La luz se apagó.

Wrench lo había visto. "¡Dios mío! ¿Lo recuerdas, Lessing?"

No lo hizo. Había pasado demasiado. Podía oír a Goddard y sus hombres gritando preguntas escaleras arriba.

"El trozo de papel amarillo ... el que el capitán de los Marines había tenido... dentro de la instalación de Washington de Ochenta y Cinco... cuando luchamos contra Golden... ¡Sabes, maldita sea!" Wrench seguía sonando con creciente entusiasmo. "¡El papel del capitán con los códigos informáticos principales! ¡Eso es, Lessing! ¡Pensé que se había perdido cuando los Izzies acabaron con Ponape!"

"El original pudo haber perecido. Comandante Wren. La fotografié, por supuesto, cuando el señor Lessing y la persona que llamas 'el capitán' la sostuvieron mientras estaban de pie en mi estrado de operaciones. Aunque era mucho más pequeño... más limitado ... En aquellos días. El Dr. Christy ya me había proporcionado los medios para adquirir y mantener excelentes registros."

La cabeza de Goddard, como una bala de pelaje negro, apareció en la escalera que aterrizaba bajo Wrench. "¿Vosotros dos, Jizmoes, luz verde? ¡Escuchad, tenemos que salir de aquí! Pauline llamó para decir que pasa algo importante en la sede."

Mientras conducían, podían ver grandes masas de humo sobre los edificios al noreste. El retumbar y el golpe de las explosiones les alcanzaron mucho antes de que las llamas aparecieran a la vista.

Nadie tuvo que preguntar dónde estaba el fuego.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

No luchamos contra carne y sangre, sino contra principados, contra poderes, contra los gobernantes de la oscuridad de este mundo, contra la maldad espiritual en los lugares hiqh.

— Efesios 6: 12-14

Miércoles, 5 de octubre de 2050: 17:30 horas

“¡Para el coche! ¡Para el coche!" Goddard aulló a Chuck Gillem, que

conducía el coche blindado que habían requisado en Annandale. "¡No podemos pasar!"

Su caravana se acercaba al puente Theodore Roosevelt desde el suroeste. Más adelante, al otro lado del Potomac, seis grandes helicópteros militares zumbaban y giraban como libélulas color caqui sobre la sede del Partido de la Humanidad. Estelas de cohetes cruzaban el cielo desgarrado por la niebla, y el estruendo de explosivos explosivos les golpeaba como múltiples golpes de martillo. La parte superior del edificio era invisible bajo una nube de humo, en la que lenguas de fuego saltaban y ondulaban como elegantes bailarines escarlata. El tráfico en el puente estaba parado. Los coches giraban en todas direcciones y sus ocupantes miraban como pequeños insectos temerosos para ver a los dioses luchar sobre sus cabezas.

"Acordonarán el hotel", gritó Lessing por encima del bullicio. "Korinek sabe que estamos aquí y estará esperando a que intentemos abrirnos paso." Levantó la escotilla para comprobarlo. Sus otros tres vehículos iban cerca, al igual que los camiones de bomberos. Los coches patrulla y los vehículos PHASE sin distintivos estaban dispersos más atrás en el caos acumulado en la autopista.

"Que la policía de la ciudad dirija el tráfico", le dijo Lessing a Goddard. "Fingimos que pensamos que esto es una situación normal de rehenes o un gran incendio accidental. Empujad los camiones de bomberos con nuestros paramédicos y equipos de rescate."

"¿Quieres ayudar a Korinek?" Wrench gritó al oído de Lessing. Soltó una risita nerviosa.

"¡Por supuesto que no! Pero con demasiados testigos, Korinek no puede disparar a nuestra gente sin más. Mientras tanto, paramos aquí y cargamos a nuestras mejores tropas en nuestras ambulancias. Luego intentamos entrar por la entrada del aparcamiento en el sótano. Recogemos a nuestros supervivientes..." se negó a pensar en Liese "... ¡y lárgate de Washington, contacta con nuestro apoyo y decide qué demonios hacer a continuación!"

"Esto no será otro Ponape", prometió Goddard con gravedad. "Ellos lo pestan, nosotros lo pedemos. Solo que nosotros pateamos más fuerte." Se inclinó hacia adelante para darle un toque en el hombro a Dan Grote, su hombre de maíz. "Ponte en contacto y mira si puedes contactar con nuestros amigos en el Pentágono en Andrews ... Fuerte Meyer."

"FortMeyer está cerca", llamó Gillem desde el asiento del conductor. "Puedo llevarnos en unos minutos. Recibimos algo de presión militar propia, volvemos y... whangol"

"¡No sirve!" replicó Lessing. 'Korinek habrá dejado el hotel en el suelo para entonces. Nuestro pueblo estará muerto o capturado... ¡si está tomando prisioneros!"

"¡Jesús...!" Goddard maldijo. "Es hora ... Ya es hora de hacerlo... ¡Alguien ha arreglado el carro de ese duker!"

Se detuvieron en el puente. Los hombres del SWAT manejaron las ametralladoras de 7,62 mm de sus vehículos, pero los helicópteros no atacaron. Parecía que tardaba una eternidad en elegir a veinte hombres, armarlos del arsenal de armas de combate de los vehículos blindados y trasladarlos a las ambulancias. Goddard envió a la policía de la ciudad a

desplegarse por delante para despejar el tráfico y restablecer el orden, mientras que el resto de sus equipos SWAT fueron asignados a abrirse paso con su blindaje y crear una distracción en el lado occidental del cordón de Korinek. Un coche PHASE sin señalizar salió corriendo para informar a la sede de Mulder en Virginia. Sus enemigos probablemente estaban bloqueando la transmisión de radio, y las emisoras de televisión casi con toda seguridad estaban destrozadas, arrestadas o cantando la canción de Korinek en la tonalidad que él eligiera.

Por fin volvieron a salir y cruzaron el puente a toda velocidad con las sirenas sonando. El metal tintineaba y crujía mientras sus escoltas blindadas apartaban obstáculos. La gente se escabullía, gritaba y se escondía. Uno de los vagones blindados golpeó una furgoneta de muebles justo a través de la barandilla del puente y cayó al río. El conductor hizo un salto volador de último segundo de nuevo al parapeto y se salvó.

Luego pasaron, desbordándose en el enrevesado intercambio que conducía al norte, pasando por la Gloriosa Casa de Cristo Surgido — lo que había sido el Kennedy Center for the Performing Arts antes de que los Bom-Agains lo tomaran. La congestión se fue reduciendo a medida que se acercaban a Virginia Avenue.

Encontraron sus primeros ataques en una intersección cerca de la autopista Whitehurst: dos viejos tanques M551 Sheridan con su insignia del Ejército tachada en negro y un grupo de vehículos más pequeños. Un hombre con uniforme de camuflaje de paracaidista saltó y les saludó con la mano, pero Gillem solo gritó "¡Cruz Roja!" y siguió adelante. Los camiones de bomberos iban justo detrás.

"¡A toda velocidad!" Yodeler la llave inglesa.

Lessing tuvo un repentino recuerdo de un barco que se balanceaba y un mar impulsado por tormentas. Un capitán de mandíbula de linterna se aferraba valientemente al timón. ¡Malditas películas! ¡Pensaba que ya había superado eso!

"¡Bloqueo!" Gillem chilló.

"¡Atravesad todo recto!" Le gritó Goddard de vuelta.

"No puedo... ¡tanques!" Su ambulancia derrapó y se detuvo en seco.

Podrían haber atravesado las barricadas construidas apresuradamente de cajas, contenedores y señales de tráfico apiladas frente a ellos, pero los cañones láser Porter de los tres tanques M717 Cicero IFV exigían obediencia. Veinte soldados con uniforme de camuflaje se levantaron con cautela detrás de ametralladoras instaladas, y un oficial se acercó trotando, señalándoles que dieran la vuelta y se marcharan.

Gillem fingió inocencia. Se asomó, señaló el humo aceitoso visible sobre los tejados y golpeó la cruz roja pintada en la puerta de la ambulancia. Su intención era clara.

El agente, un joven negro delgado, se acercó. "Escucha, tío", dijo, "¿no recibiste el maldito mensaje? ¡Nadie pero nadie pasará por aquí esta noche!"

"Maldita sea, somos médicos", protestó Gillem. "Hay gente ahí dentro. No puedes"

"Simplemente lo hemos hecho." El otro sonrió y escupió. "Una vez que saquemos a esos terroristas ... muerto o rendido... Puedes arreglar lo que quede."

"¿Terroristas?" Goddard siguió adelante. Se había quitado la gorra PHASE, pero las pestañas del cuello seguían identificándole. "¿Qué terroristas? Mira, soy médico.

Por suerte, el Black no reconoció la insignia. "¡No me importa si estás exagerado, Jesucristo! Gira esa muh-fuh y bong antes de que os arreste a todos... ¡O convertirte en hamburguesa!"

"¡Ven aquí!" Goddard torció un dedo. "¿Qué?"

"Ven aquí, hijo de puta negro de mierda."

Los rasgos del oficial se oscurecieron dos tonos. Se acercó a la ambulancia, con la mano sobre la pistola enfundada.

Goddard le apuntó con lo que parecía un cuchillo de comando. Presionó un pergo, y la hoja saltó de su empuñadura para cruzar los cuatro metros intermedios y clavarse en el pecho del oficial. El hombre abrió la boca y se estiró para ver qué le había golpeado. Las rodillas empezaron a ceder.

"¡Siempre quise probar uno de estos bebés!" Goddard exclamó. "Los rusos solían fabricarlas: un cuchillo con muelle que dispara su hoja como una flecha de gancho."

Gillem salió del taxi de inmediato. Pasó un brazo por los hombros del oficial negro. El hombre intentó llamar, pero sus ojos ya se estaban vidriosos y una cinta roja empezaba a recorrer su barbilla. Gillem caminó con cuidado hacia la ambulancia, manteniendo al opuesto moribundo entre él y los soldados

observando desde la barricada a treinta metros. Él y Goddard subieron al hombre al taxi.

Si tuvieran mucha, mucha suerte, funcionaría. La emoción y la luz menguante de la tarde hacían parecer que el agente se subía a la ambulancia por su propia voluntad. Además, los hombres de la barricada no tenían motivos para sospechar.

Gillem volvió a subir al asiento del conductor, empujando disimuladamente las piernas colgantes del agente delante de él.

"¡Ahora!" Goddard jadeó, "¡Conduce esto,! Cuando lleguemos a esos tanques, Wrench, ¡tú levantas por detrás y agitas el brazo de este cabrón! ¡Haz que parezca muy animado y amigable! ¡Límpiate la sangre de la cara!"

"¡Estás absolutamente loco!" Lessing negó con la cabeza, disgustado. "Tendrán contraseñas ... ordena: "¿Y qué más hacemos?"

No se le ocurrió ninguna respuesta. El shock inicial se estaba desvaneciendo y el control mental de combate de Lessing volvía a la vida. Tenían que entrar en el hotel. Liese estaba ahí dentro. Mulder y muchos otros también.

Se acercaron a la barricada, el oficial negro entre Goddard y Gillem, con Wrench apoyado casualmente en el respaldo detrás de ellos.

Fue increíble: nadie se dio cuenta. La gente ve lo que espera ver.

Salió un joven soldado blanco, entrecerró los ojos hacia la cabina y luego hizo señas a los petroleros para que les dejaran pasar. Wrench agitó el brazo del hombre muerto con energía.

"¡No te pases, pogger!" Goddard gruñó.

"¡Eh...! ¡Atrapa al titiriter!" exclamó el hombrecito. "¡Canta, baila, toca el banjo, agita los brazos como un negro!"

"¡Cállate!" Lessing rapeaba. Señaló por la ventana a varios grupos de soldados esperando junto a camiones cubiertos de lonas a lo largo de la carretera. Las armas brillaban apagadas, y la maldita luz del fuego resaltaba en armaduras de combate, cascos, máscaras y equipo de combate. Estimó la fuerza de limpieza en doscientos o más.

"¿Qué hacemos?" Los nervios de Wrench volvieron a aparecer.

Goddard se giró para consultar. "Entramos primero", dijo. "Somos el equipo médico inocente que nunca recibió el mensaje de no venir a esta fiesta. Que sepamos, esto es una operación terrorista, y los cabrones han incendiado el hotel. Estamos aquí para rescatar gente. Una vez dentro, subimos a la suite de Mulder y sacamos a él y a los demás de aquí. Luego bajamos en el ascensor del ático hasta los túneles eléctricos del sótano. Lessing, ¿no trazaste una ruta de escape por ahí?"

Lessing solo gruñó con un asentimiento
"¿Pasa algo?"

Sí la había. Señaló con el pulgar el cadáver que se colgaba entre Goddard y Gillem. "Apuñalar a este tipo con sus tropas justo detrás fue lo más estúpido e imprudente que he visto en mucho tiempo. Casi nos matas a todos. Quizá habríamos conseguido entrar si no hubieras sido tan impaciente."

"¡Jesús!" gruñó Goddard. "Estoy cansado de hablar. ¡Ahora es el momento de matar, no de hablar!"

"¡Y estoy harto de ti, Goddard! Eres un puto fanático."

"¿Fanático? Fanaticl: ¡Tienes toda la razón! ¡Los fanáticos son personas que cambian las cosas! ¡Si no, seguiríamos en las cuevas! Un fanático es un tipo que cree lo suficiente en su causa como para ganar. Alejandro Magno era un fanático. Soportó penurias terribles y luego lloró cuando pensó que ya no quedaban tierras por conquistar. Jesucristo era un fanático. ¿Por qué morir en la cruz cuando habría sido tan fácil callarse y dirigir la carpintería de su padre? Muhammad, Gandhi, Colón, Cortés, Edison, Juana de Arco, los hermanos Wright, Henry Ford, Florence Nightingale — el Primer Fihrer — la historia está llena de fanáticos que pasaron su vida luchando por lo que creían, en lugar de quedarse en casa con asistencia social, bebiendo cerveza y viendo la tele. Son las personas seguras, tímidas y pequeñas que nunca ganan a lo grande, nunca pierden a lo grande, nunca hacen nada y nunca son nada. Oh, se quejan y se quejan de los 'fanáticos', pero están encantados de beneficiarse de la sangre y las lágrimas, sus descubrimientos, sus inventos, sus luchas y sus martirizos de esos fanáticos. ¡Maldita sea, nos enfrentamos a gente que sabe lo que es la supervivencia racial! Esa gente juega duro. O jugamos mejor que ellos, o nos quedamos fuera. ¡Ahora, Lessing, únete al juego o lárgate de nuestro equipo!"

Cayó en un silencio enfadado.

No había tiempo para más discusiones. Dieron la vuelta al último en llegar y vieron que los helicópteros habían terminado su trabajo mortal y se marchaban. Los escombros y cenizas en llamas aún caían desde los pisos superiores del viejo hotel más adelante, y rebotaban sobre vigas, trozos de hormigón y cristales rotos para llegar a la entrada del aparcamiento lateral.

Alguien decidió tardíamente que las ambulancias no debían estar donde estaban ahora, y un jeep lleno de soldados corrió tras ellos. Gillem maniobró el gran vehículo hacia la oscuridad del garaje, hizo un giro brusco a la izquierda, frenó bruscamente y apagó el motor. Cuatro de los ASE-men PH de Goddard saltaron y tomaron posiciones detrás de pilares. Su segunda ambulancia llegó rugiendo, apenas unos segundos detrás. Los camiones de bomberos se detuvieron en seco afuera y sus tripulaciones comenzaron a desarmar el equipo. ¡Eso debería arruinar el estilo de Korinek!

El jeep de los opuestos nunca tuvo oportunidad. Al entrar en el garaje, los disparos sonaron brevemente, y el pequeño coche siguió tranquilo hasta detenerse contra un sedán Dceda negro y brillante. Los seis soldados dentro estaban muertos.

Goddard recuperó su hoja con muelle y arrojó bruscamente el cuerpo del oficial negro sobre el hormigón. Encargó a Gillem y a cuatro PHASEmen que se quedaran con las ambulancias; Korinek enviaría más que un jeep la próxima vez. Otros diez, equipados con prendas de resistencia al fuego, tanques de oxígeno y equipo de rescate, recibieron la orden de subir las escaleras principales para buscar supervivientes. Lessing, Wrench y el propio Goddard llevaron a cinco hombres del SWAT equipados con armas antipersonal ligeras y equipo de rescate. Subirían por el ascensor del ático si aún funcionaba; Si no, tomarían una de las escaleras. Los cinco hombres restantes debían dispersarse en el vestíbulo y en los pisos inferiores y disparar a cualquier enemigo que entrara. Las armas de los antiguos ocupantes del jeep — M-25, escopetas de combate, granadas, un rifle láser e incluso una ametralladora ligera — serían muy útiles.

Los ascensores no funcionaban, pero las escaleras estaban abiertas. El zumbido de sus pies se volvió cada vez más hipnótico a medida que ascendían. En el rellano entre el tercer y cuarto piso se encontraron con sus primeros supervivientes. El hombre era un empleado de Registros, dijo Wrench; Necesitaba oxígeno, y le daban lo que podían darle. La segunda víctima era una matrona aterrorizada de unos cuarenta años que trabajaba en la sección de impresión y publicidad de Liese. No había visto a Liese.

Goddard les indicó escaleras abajo, hacia las ambulancias: lo mejor que pudo hacer.

Tentáculos de humo comenzaron a descender desde arriba, y se detuvieron para ponerse las máscaras de oxígeno y encender faroles eléctricos. En la séptima planta pasaron junto a varios cuerpos amontonados en la puerta de la escalera. Estas personas murieron asfixiadas y pisoteadas por sus compañeros. Lessing gritó en la oscuridad iluminada en rojo, pero la única respuesta fue el siseo y goteo del sistema de rociadores contra incendios, haciendo heroicamente su trabajo frente a probabilidades imposibles. Siguieron adelante.

Las dos plantas superiores del edificio habían desaparecido por completo.

Sobre la entrada de la última escalera destrozada, torres de llamas se elevaban para encontrarse con el cielo. Vigas de acero y secciones de muro de hormigón se elevaban por encima de la devastación como ramas rotas saliendo de una hoguera. En algún lugar, un parapeto se arrugó y cayó a toda velocidad en el infierno, y brasas y chispas retumbaron sobre sus abrigos de plástico de fuego. El calor era abrasador.

Nadie podría vivir aquí arriba.

"Adiós al ático", jadeó Goddard. Se cubrió la cara y retrocedió hacia la relativa frescura de la escalera.

"Quizá tanto para Mulder también," coincidió Wrench. "Dios, ¿y si le han tocado el pulgar?" Parecía afectado; La posibilidad parecía haberle acabado de ocurrir.

"Atrás", jadeó Lessing. "En mi casa. Liese."

Se retiraron una vez más a la penumbra humeante y sofocante. Dando vueltas y bajando, girando y bajando, hasta que el corazón latiendo de Lessing le dijo que habían llegado a su piso. Se habían asignado pequeños apartamentos de eficiencia a los oficiales del Partido en las plantas medias superiores del hotel, para usarlos siempre que estuvieran en Washington. Lessing y Liese tenían una suite aquí, al igual que Goddard, Wrench, Jennifer

Caw, Morgan, Abner Hand, Tim Helm y algunos más. También había habitaciones para huéspedes ocasionales, como Grant Simmons.

La puerta de la escalera se abrió a un pasillo en el Infierno, un lugar lleno de llamas, humo y el hedor a quemado. Al final del pasillo, donde había estado la suite de Wrench, un misil aire-tierra había abierto un enorme agujero justo en una entrada del edificio. Miraron el cielo abierto y las nubes de humo enfadado y lleno de chispas que se elevaban hacia las nubes metálicas sobre ellos. Muy abajo, los focos, faros de los vehículos y flashes rojos de Korinek parpadeaban maliciosamente sobre terciopelo negro. El edificio crujió y, mientras observaban, un gran cometa de escombros en llamas caía en la oscuridad exterior. El trueno de su caída se perdió en el bullicio de las llamas sobre ellos.

"¡No vas a entrar ahí!" gritó Wrench. "Eso es una locura... ¡suicidio!"

"Ni de broma." Lessing apartó al pequeño. "Mi habitación parece estar bien desde aquí. Tengo que buscar a Liese." "Deténganle. ¡Factura! ¡Eh, vosotros...!"

Lessing les redondeó. "Nadie me detiene. Vuelve. Id sin mí. Tengo que saberlo."

Avanzó por el pasadizo. Las llamas le lamían por ambos lados mientras avanzaba. El papel pintado desarrolló una mancha negra y chamuscada, y se abrió un ojo de fuego en él. Primero llegó a la suite de Abner Hand. La puerta estaba entreabierta y podía ver que el lugar estaba vacío. Al otro lado del pasillo, la puerta de Goddard estaba cerrada. El humo se colaba por la cerradura y alrededor del panel. La muerte estaría esperando dentro.

El apartamento de Sam Morgan estaba junto al de Hand; aparentemente no sufrió daños. Lessing pasó de largo sin detenerse. Su propia suite estaba justo más allá. Sintió que sus pies se arrastraban, lo frenaban. La puerta estaba abierta, pero no quería entrar.

Un cuerpo yacía en el umbral: un hombre.

Era Gordy Monk, con rasgos sin marcas y pacíficos bajo la luz escarlata parpadeante. Había muerto por inhalación de humo.

Lessing revisó su máscara de oxígeno y se acercó con cuidado al cuerpo. Dentro, su habitación parecía normal salvo por el humo arremolinado. La alfombra color mostaza, la taza de café vacía de Wrench, el per-colador en el rincón de la cocina, todo estaba tal como los había dejado. Se agachó para apoyar una palma en el suelo; No hacía calor. Se dirigió merodeando hacia la puerta del dormitorio. El cuerpo de una mujer yacía extendido allí. Recuperó el aliento y la giró. ¡Ella no era Liese, gracias a Dios! Esta era Janet alguien, una operadora telefónica de Comunicaciones. La gente debió retirarse aquí arriba para alejarse de las tropas de Korinek abajo, y luego descubrió que el techo estaba en llamas y que no podía haber rescate en helicóptero desde esa dirección.

Tocó la puerta del dormitorio. Tampoco era atractivo. Curiosamente, sentía frío. Con cuidado, la abrió de golpe.

Y casi pierde el equilibrio.

El dormitorio estaba casi desaparecido, caído en un abismo dentado, destrozado, rojo y carbonizado. El misil había cortado más que solo la suite de Wrench; ¡Había entrado por un lado y salido en diagonal por la pared adyacente, dejando un agujero cavernoso y ventoso de cinco metros de diámetro! ¡Lessing tambaleaba sobre una lengua de hormigón agrietada y carbonizada que se extendía medio metro sobre la nada!

Alrededor de la entrada a su izquierda, a tres metros, Lessing podía ver parte de su baño. Parecía increíblemente intacto: el lavabo, los grifos, el botiquín — todo estaba perfecto. Incluso su toalla de baño de cuadros azules y blancos seguía colgada torcida en su perchero. El ángulo le impedía ver más que un extremo de la bañera.

Junto a la bañera, sobre la alfombra de baño azul pálido de Liese, se veía la pierna de una mujer. La pierna era larga y delgada, el tobillo bien curvado y estrecho, envuelto en una media de seda gris, sin zapato. Pensó que Lessing apenas podía distinguir un mechón de tela gris bajo la pantorrilla. No pudo

ver ninguna otra prenda. Se inclinó para ver más, no pudo, tambaleó, tambaleó sobre el terreno inestable, casi se cae y se agarró al marco de la puerta. El vacío se abría bajo él.

¿Liese?

¿Era esa Liese de allí? ¡Dios mío!

¡Liese! ¡Era Liese! Esta mañana llevaba un vestido color paloma y medias grises de seda. Debió de volver a buscarle.

El fuego furioso arriba daba la luz justa para mostrar que no había forma de cruzar el abismo. Lessing gritó el nombre de Liese, pero ella no respondió ni se movió. Al cabo de un rato quedó claro que la mujer de enfrente había muerto.

Wrench y Goddard lo encontraron acurrucado sobre la alfombra del salón, con la máscara de oxígeno quitada y la mochila tirada a su lado. Ellos

medio cargado, medio arrastrado de vuelta fuera, por el pasillo y hasta la escalera.

"Quizá no fue Liese." Wrench hizo movimientos calmantes.

Lessing respondió solo: "Lo fue."

"Espera a que cruzemos ese agujero y... eh... ver quién era... es."

"Maldito seas." Estaba muy cansado. "Déjame en paz."

"Vienes con nosotros", afirmó Goddard. "En cuanto nuestros chicos vuelvan de la exploración, haré que te lleven a la ambulancia." Extendió la mano con cautela.

Por alguna razón, Lessing encontró ese gesto reconfortante. Dejó que Goddard le ayudara a levantarse.

"Tienes una pinta horrible", dijo Wrench, sin dureza. "Vuelve abajo. Podemos terminar de buscar supervivientes, aunque apuesto a que no quedan. Si el pobre Mulder estaba aquí arriba, ahora le ha hecho un gesto de aprobación. Nuestra gente debió salir por las puertas principales, directo a los brazos de los perritos de Korinek. No dispararía al pez pequeño, solo a los oficiales del Partido... como nosotros."

"Liese probablemente esté entre los prisioneros", dijo Goddard. "Ni siquiera Korinek dispararía a una mujer." Big Bear Bill: ¡el eterno sexista! De alguna manera, no sonaba muy seguro.

"Mirad, tengo luz verde", les dijo Lessing. "Todavía tenemos un trabajo que hacer. He perdido compañeros en combate antes." Una visión brillante de instantánea se alzó ante él: una chica guapa y de rostro delgado con un uniforme militar polvoriento. La chica estaba muerta, con las extremidades estiradas y retorcidas en ángulos extraños en una trinchera bordeada de hierba seca y amarilla y amontonada de ladrillos de barro blanquecinos. ¿Dónde había visto eso? ¿Siria?

Y luego también estaba... azul hielo.

"Dios ... ¡Atrápalo!" Wrench chilló. "¡Va a caer!" Las cosas se pusieron oscuras tanto por dentro como por fuera.

Más tarde se encontró tumbado entre Goddard y Wrench en una dura escalera en casi la oscuridad. Una de sus linternas eléctricas estaba en el suelo cercano, su haz era un blanco brillante sobre la pared cubierta de humo. El hedor a ardor era fuerte aquí, pero el aire era fresco y húmedo por el sistema de aspersores. Deben haber bajado uno o dos pisos. No podía recordarlo.

Liese. ¡Oh, Liese!

"Está volviendo en sí", murmuró Wrench. “… Odio perder a Liese", decía Goddard. "El Partido la necesita."

"Sí. ¡Como si esa fuera tu única razón!" "Ella

"Lo sé", dijo Wrench. Extendió la mano para posar una mano en el brazo de Goddard. "Lo sé, tío. Tú también estabas enamorado de ella." La gente casi nunca hablaba así personalmente con Bill Goddard.

Goddard no se ofendió. "Más de lo que ya sabes." Lessing sentía su dolor como una manta física envolviéndolos.

"Recuerdo cuando Lessing se casó con Jameela", continuó Wrench. "Querías que Lessing y su bebé dorado se fueran del Partido para tener una oportunidad con Liese."

Las fosas nasales de Goddard se dilataron; al menos Wrench había conseguido cambiar de tema. "¡Lessing estuvo mal al casarse con Jameela Husaini! ¡No tenía ni idea de raza, ni de genética, ni de eugenesia! ¡Todavía no lo hace! Solo el típico imbécil americano medio, lavado de cerebro por los medios y lo que se considera una 'educación'. Quizá no deberías culpar a nadie por ser ignorante, ¡pero Lessing se esfuerza aún más! Sin ambición, sin objetivo, sin moralidad particular, sin ideología... ¡No hay razón para entrar bajo la maldita lluvia!" "Inocente como el culo de un bebé, ese es nuestro Alan." Los dedos de Wrench hurgaron el párpado derecho de Lessing. "Dios, sigue en shock. ¿Qué hacemos?"

Goddard le ignoró. "Lessing nunca me quiso. Soy el fanático, el tipo que no se echa atrás ante la violencia, el que está tan dispuesto a levantarse y luchar como nuestros enemigos. Nunca entendió lo que es la supervivencia racial, los errores de la mezcla racial, la verdadera naturaleza de nuestra oposición."

"No", dijo Wrench despacio. "No creo que alguna vez lo haya hecho. Debería

ahora "Liese" Goddard susurró su nombre, muy bajo.

La llave inglesa se levantó para apoyarse en la barandilla metálica. "Tenemos que irnos. ¿Dónde demonios están nuestros chicos, por cierto?"

"Los envié a ver si podían encontrar una salida de aquí. Korinek y sus judíos nos tienen atrapados."

"Siempre los judíos. Fanáticos...", se rió Wrench nerviosamente, "... como nosotros."

"Sí. Hacen lo que tienen que hacer: sus bandas terroristas, sus grupos de presión, su dinero, su control mediático. Incluso después de Pacov, después de todo lo que ha pasado, volverán. No les culpo; Simplemente lucho contra ellos. Tipos como Lessing piensan que si somos amables con ellos, nos esforzamos por ser 'imparciales', les damos más de lo que les cuestan de nuestras cosas, les dejamos dirigir nuestro gobierno y nuestros medios, nos asustarán con sus acusaciones de 'antisemitismo', entonces vivirán con nosotros en una paz y armonía hermosas. ¡Todo es tan 'ecuménico', tan 'liberal' de mierda!"

"Es una gran clase de escuela dominical, hay que admitirlo."

"¡Propaganda! Durante dos mil años, los judíos han trabajado duro para apoderarse de nuestra sociedad. Entran, les aceptan y luego toman el mando. Son inteligentes: es difícil que la gente vea lo que está pasando justo delante de sus malditas narices."
"No tienes que decírselo a Mel" Wrench dejaría hablar a Goddard, aun así; Ayudó a quitar parte del dolor y la rabia del sistema del jefe.

"Tenemos dos opciones: exportarlas, como hacían los alemanes antes de la Segunda Guerra Mundial, o eliminarlas por completo. No me resisto a ninguna de las dos soluciones. Ellos hacen lo que tienen que hacer, y nosotros también. El fin justifica los medios cuando está en juego la supervivencia racial. La única moralidad es la moralidad de los vivos."

Un estruendo y un prolongado martilleo resonaron desde abajo. Wrench dio un salto convulsivo. "¿Qué es eso?"

"¡Una granada!" exclamó Goddard. "¡Disparos! ¡Mierda, será mejor que pensemos un plan! Si los perritos de Korinek suben corriendo las escaleras, ¿te lo pasó?"

Wrench agitó la mano frente al rostro de Lessing. "¿Qué hacemos con esta charla? Está en estado de shock... de eso."

Lessing nadó desde cien leguas bajo el mar. Él dijo: "No, ahora tengo luz verde. Dame un jack up." Se erguió. "Entrégame su M-25, Llave Inglesa. Puedo usarlo mejor que tú."

Se sentía como un barco milenario levantado de una tumba acuática. Se aferró al encabezado del mástil y sacó algas y restos de sus huesos podridos. ¿El Viejo Marinero? ¿Davy Jones? ¡No, esa era otra película!

Tropezó, cogió el rifle automático y bajó tambaleándose las escaleras, dejando que los otros dos le siguieran.

Uno, dos, tres pisos descendieron en silencio, con Lessing en cabeza. Llave inglesa en el centro, y Goddard cerrando la marcha. El sistema de rociadores seguía funcionando en algunos de estos pisos; en otros no había sonido, ni luz: solo una oscuridad húmeda y ahumada que olía a ardor.

Los pies rechinaban en las escaleras de abajo, y Lessing levantó una mano. Señaló la puerta cortafuegos en su descanso, y Wrench y Goddard se colaron y se colocaron detrás de ella. Él mismo subió medio tramo hasta el descansillo entre plantas y se acurrucó tras la barandilla de acero donde pudo ver quién venía. Revisó su M-25 y dejó la automática belga a su lado como respaldo. Luego apagó la linterna eléctrica.

Esperó.

La luz pálida se sumergía y danzaba abajo.

"Nadie", se quejó una voz. "Los tenemos a todos, a todos..."

"Ese pequeño pelirrojo que Johnson encontró en el cinco. Estaba tan jodidamente asustada que... ." El resto era ininteligible. El acento era latinoamericano, probablemente un recluta extranjero del ejército estadounidense.
"¿Por qué demonios tuvo que dispararle?" Otro soldado, un negro del profundo sur por el tono de su voz, se quejaba. "Todos podríamos haber hecho un buen caca."

"¡Cállate!" ordenó alguien más con un tono más agudo y agudo. ¡La voz era casi seguro la de Korinek! "Puede que haya más supervivientes aquí arriba." Los pasos se detuvieron. "Oye, Thomson, explora arriba, ¿quieres? Asegúrate de que nadie miente, perrito."

Un solo par de botas crujía con cautela sobre las cenizas y escombros que cubrían las escaleras, y un óvalo brillante de 1 luz distinguía sombras marcadas en las paredes. Lessing se preparó para volver a subir otro vuelo.

La acústica de la escalera le engañó. Antes de que pudiera retirarse, se encontró mirando hacia abajo a un visor de casco de plástico brillante y sin rostro, inclinado hacia arriba. Se esforzó por levantar a tiempo el torpe M-25, se dio cuenta de que era demasiado tarde, se hizo lo más pequeño posible y apretó los dientes anticipando la andanada letal que se avecinaba.

El soldado levantó el cañón de su arma.

Luego la bajó lentamente de nuevo.

El brazo derecho del hombre dibujó el saludo rígido del Partido. La otra mano levantó la visera. El perrito era joven y rubio. Sonrió y silenciosamente le dijo con los labios: "¿Coronel Lessing?"

Lessing se quedó inerte de alivio. No conocía a ese chico, pero no era raro. Apenas recordaba a ninguno de sus alumnos más recientes. Quizá este chico solo lo había visto en la tele.

Con la mano izquierda, el perrito hizo una pantomima de "ocho" y señaló hacia abajo. Luego levantó dos dedos, señaló hacia abajo y señaló a Lessing y a sí mismo: dos amigos más del Partido. Korinek había elegido sin saberlo a tres ayudantes muy poco adecuados.

Quizá podrían sorprenderle y acabar con esto por la vía fácil.

No ocurrió. El cuadro fue destrozado por los disparos desde el descanso de abajo: un chillido, gruñido y un ruido sostenido de armas automáticas, interrumpido por cuatro disparos de una escopeta de combate. Gritos y alaridos resonaban hacia arriba.

Lessing cayó al suelo y rodó hacia atrás tras el poste de la barandilla. Las balas retumbaban tras él; el joven soldado había disparado involuntariamente una ráfaga de su M-25. Las astillas de cemento volaban como abejas sobre su cabeza, gimiendo, zumbando y picando.

Una granada de fragmentación se fue abajo abajo. El ruido, el humo y la conmoción cerebral eran indescriptibles. El chico chilló, con los ojos y la boca muy abiertos; luego se levantó y voló hacia adelante como un trapo lanzado para estrellarse contra los escalones justo debajo del embarcadero de Lessing. Sus extremidades se convulsionaron y permaneció inmóvil.

Los disparos cesaron.

Lessing se arrodilló en el silencio retumbante. Se pasó las manos temblorosas por el cuerpo y no resultó herido, salvo por cortes causados por Astillas de cemento voladoras. Probablemente su audición nunca volvería a ser la misma, pero al menos estaba vivo. ¿Y los demás? ¿Quién había lanzado la granada? Probablemente Goddard, que no tenía ni idea de lo que esa cosa podía hacer en ese espacio reducido.

¿Y ahora qué? Se agarró a la pared. ¡Dios, se estaba haciendo demasiado mayor para esto! Dejaste de jugar a Captain Marlow Striker cuando cumpliste cuarenta, o contratabas a especialistas para hacer las partes más duras por ti. Le dolía la rodilla y vio que sangraba. Heple arrancó una astilla de metal de una pulgada de largo de su pantorrilla: un recuerdo de la barandilla.

Lessing se inclinó para posar los dedos temblorosos en la garganta del joven soldado. No sentía pulso. Le dio la vuelta y vio que estaba muerto. La metralla de la granada había rebotado escaleras arriba y alrededor de la entrada. El casco de plástico protegía la cabeza del chico, pero sus hombros y espalda estaban hechos un desastre. Lessing tuvo suerte; Había estado casi completamente rodeado del siguiente que estaba arriba.

Se deslizó sigilosamente hasta el rellano de abajo. Varios cuerpos yacían allí en la penumbra apestosa. No podía decir cuántos. Había sangre por todas partes. Uno de los faroles eléctricos seguía funcionando, y lo cogió para

buscar más. La puerta cortafuegos estaba abierta, colgando de sus bisagras; la barandilla de tubería de acero estaba retorcida y destrozada; y el armario de emergencia de fuego de la pared opuesta yacía destrozado sobre uno de los cuerpos.

Lessing levantó el armario y apartó el hacha de incendios y las bobinas de manguera. El cuerpo no tenía cabeza. El torso no parecía el de Korinek, sin embargo, y desde luego no era Wrench ni Goddard. Se estremeció. Entonces vio un rastro de salpicaduras rojas que bajaba hacia la escalera. Korinek —o su retaguardia— debió escapar.

Lessing tenía que encontrar a Wrench y Goddard y largarse de esta parte del hotel antes de que Korinek volviera con más adversarios. Se acercó a la puerta cortafuegos, temeroso de lo que podría haber detrás.

Vio un pie, luego una pierna empapada en sangre con pantalones de camuflaje. No estaban conectados con nada más.

"¿Llave inglesa?" llamó con cautela. "¿Goddard? ¡Eh!"

Volvió un silbido fino y entrecortado.

Encontró a Goddard tres metros más adelante, desplomado contra una puerta. Su rostro estaba pálido como el palidismo, y se agarró el abdomen con ambas manos. Lessing ya había recibido disparos en el estómago antes, en Angola y Siria. Muchos de estos heridos sobrevivieron, siempre que recibieran atención médica a tiempo.

"¡Cristo...!" Goddard luchaba por hablar. Espuma burbujeaba en sus labios. Lessing notó otro agujero que supuraba de rojo junto al bolsillo del pecho. Una punción pulmonar sería la gota que colmó el vaso.

"Vale, vale. No hables. Solo asiente si Wrench está bien."

"Enviado... encontrar ... explorador ... escalera"

"Quédate quieto, maldita sea." Sin cosas médicas no podía hacer nada. Merodeaba. Recordó que esta planta era mayormente oficinas del Partido:

correspondencia, enlace, contabilidad, adquisiciones, membresía, boletines y otras funciones empresariales. Alzó la cabeza para escuchar con su oído menos dañado, pero solo oyó el siseo y el gorgoteo de los aspersores fallando. El agua se acumulaba a sus pies.

Casi de inmediato descubrió un botiquín en una estantería de una larga sala llena de copiadoras. Pero solo tenía tiritas y una botella de yodo, tan útil como un tirón contra un rinoceronte. Tenía que hacer lo mejor que pudiera por Goddard y esperar que Wrench estuviera milagrosamente vivo y trajera de vuelta a algunos aliados.

Goddard tenía los ojos cerrados cuando llegó a él. Lessing palpó su pulso; El hombre estaba vivo — apenas.

"Hola, Bill", dijo, tan animado como pudo. "¿Vienes conmigo?" Algo azul hielo parpadeaba en el borde de su visión, e intentó apartarlo.

Goddard movió la cabeza de un lado a otro. Parecía un poco mejor y le costaba incorporarse. Los hombres a menudo se recuperaban así, justo antes de morir. "Estoy aquí, Lessing. Pero no por mucho tiempo."

"No seas un imbécil. Te sacaremos de aquí."

"Claro. ¿Papá Noel y sus renos vienen a rescatarme?" Goddard se limpió los labios con la manga.

Lessing aplicó yodo y tapó la herida en el pecho con un trozo de la camisa de Goddard. Era inútil. El daño era demasiado grave.

"Te has estropeado el uniforme, Bill."

"Lo llevaré a la tintorería."

Algo le pinchaba la memoria, pero estaba demasiado distraído para captarlo. Solo dijo: "Luz verde. La llave inglesa volverá pronto."

Goddard entrecerró los ojos hacia él. Lessing no era un buen mentiroso.

"¡Escuchad!" suplicó Goddard. "Mulder... Liese " Sus labios y

La mandíbula se movió, pero solo salieron gotas de sangre. Si Bill Goddard tuviera alguna última palabra valiente para la posteridad, nunca las diría ahora.

"Ahórrate el aliento. Lo necesitas. Lo entiendo."

Lo extraño era que sí lo entendía. Hace solo unas horas, las opiniones de Goddard le habrían parecido duras, violentas, intolerantes, fanáticas y "draconianas", como dijo Wrench. Ahora sonaban bien.

Goddard había tenido razón todo el tiempo.

No podía haber compromiso. Esto era la guerra. Si la raza aria no ganaba, entonces perdería. Así de sencillo era todo. Matar o ser asesinado, comer o ser comido. Tú consigues a tu banda de simios asesinos, y nosotros a la nuestra, y nos vamos a la caña. La tribu más dura se lleva todos los plátanos.

La única lealtad es hacia el étnico. La supervivencia racial significa supervivencia personal. La debilidad es fracaso, y el fracaso es muerte.

¿Cuántas veces había dicho Liese esas cosas? ¿Cuántas limas había discutido con ella de forma estúpida, ciega e ignorante?

¡Liese! ¡Oh, Liese...!

El azul hielo parpadeó de nuevo en el centro de su visión. Maldijo, se frotó el puente de la nariz y se esforzó por concentrarse. Miró hacia abajo.

Los ojos de Goddard le miraban con expresión pétrea. Estaba muerto.

Lessing se sentaba en la oscuridad agradable junto al hombre que nunca había sido su amigo y se comunicaba, a veces consigo mismo, a veces con Goddard, a veces con Liese y a veces con otra mujer, que llevaba un vestido azul hielo.

Una figura se alzaba al fondo del pasillo, en la neblina de humo junto a los silenciosos ascensores.

"¿Llave inglesa?"

"Hola, Lessing. ¿O debería decir 'Ek'? ¿Una lima larga, qué?"

"¿Quién...?" Un sueño: una pesadilla de su pasado, un paisaje nevado, un laberinto frío y aterrador, una tarea peligrosa de algún tipo.

"¡Yo, maldito cabrón, yo! Hollister ... tu querido amigo Teen."

Era difícil pensar. "¿Maravillosa Brecha?"

"¡Girando a la derecha! ¿Dónde si no?" El hombre avanzó, con un arma grande y torpe lista: un rifle láser militar. "¿Y tú cómo has estado?"

Sabía que ese hombre de rostro amargado le mataría, pero no podía importarle. ¿Por qué tenía que vivir?

Azul hielo

Lessing suspiró. Sí, eso existía. No sabía qué tenía que hacer ni por qué, pero no podía dejar que terminara ahí. Todavía no.

"¡, presta atención!" El hombre balanceaba el arma pesada de un lado a otro. "Te voy a volar los malditos huevos, uno a uno. Luego te voy a rodillarte, dispararte por cada brazo, y "

Lessing no quería escuchar el catálogo de horrores de Hollister. Preguntó: "¿Por qué?"

"¿Eh? Ehl: ¿Por qué? ¡¿Por qué qué! ¿Por qué estoy a punto de bajarte la cremallera? Idiota, en Marvelous Gap 1 se suponía que debía hacerlo, si te bajabas del maldito siring. Luego, cuando empezaste a meternos el pulgar, uno a uno..."

"Nunca lo hice."

"¡Mentiroso! No te encontré entonces. Cuando te lum, estabas a salvo en la India, rodeado de nazis, los bastardos que más odio. Soy judío, ya sabes... Halperin es el nombre con el que me conocí, no Hollister... luego te volviste irrelevante hasta que pusiste en marcha tu operación Ponape. Te echaba de menos, pero Richmond te encontró. Él sabía mucho que yo no... nunca descubrí qué. Después de Ponape desapareciste... ver los lugares de Rusia, lo supe después. Luego apareciste de nuevo como una maldita moneda en la fortaleza de Mulder y te convertiste en 'coronel' de tu maldito Cadre. Entonces volviste a ser relevante una vez más. Casi te metes en Oregón, ¿no?"
"Tienes a mucha gente más, incluidos algunos niños."

"Bajas de guerra, Herr Ober-maldito-gruppenführer Lessing. Deberías estar de acuerdo con eso. Tus chicos ya nos han hecho gasear bastante."

"Hmm ... No estoy de acuerdo; no lo suficiente, creo. ¿Para quién trabajas?"

"Te gustaría saberlo, ¿verdad?" Se burló el otro hombre; "Ah, supongo que ya no importa. Korinek y yo, ambos trabajamos para una coalición, podríamos decir: algunos judíos, algunos gentiles, algunos intereses empresariales, algunos militares, algunos religiosos. Podrías llamarnos el statu quo. ¡El maldito Establishment!" Relinchó de risa. "¡Qué pena que estés a punto de ser desestabilizado!"

"Tú... tu coalición... ¿usó Pacov?"

"¡Claro que sí! Teníamos que hacerlo."

"¡Dios mío!"

"¡Oh, no suenes tan piadoso! Tú habrías hecho lo mismo con nuestras botas. Usamos Pacov para salvar a Israel de los rusos. Los soviéticos estaban planeando una pequeña cirugía en Oriente Medio: guerra convencional bajo el pretexto de 'detener las atrocidades israelíes contra los árabes'. 'Con los estadounidenses ocupados en otros lugares, habría sido fácil para Moscú empujar a Israel de vuelta a sus antiguas fronteras ... antes de El Cairo y el norte de África, antes de la Guerra de Baalbek, como en los años 90. Así que íbamos a hacerle un gran favor al mundo: deshacernos de los soviéticos,

ocupar la Madre Rusia, barrer los pedazos, dar algo de botín a Israel y parte a nuestros amigos... y, por cierto, se convierten en el poder supremo de la Tierra. ¡Amén, hermano, amén!"

"¿Pero...? ¿Starak?"

"Las cosas salieron mal-o. ¡No sabíamos que los rusos estaban tan preparados con Starak! Respondieron. Queríamos las cosas tal cual, pero con nosotros liderando la banda. Nunca pretendimos ver destruido el mundo occidental, aunque al final nos salió mejor ... menos enemigos a los que enfrentarse. ¡Nuestro mayor arrepentimiento es que Israel haya sido engañado!"

Lessing sonrió. "Oh, los rusos no pusieron el pulgar a Israel. / ¿Eso fue que... con el Pacov que robé en Marvelous Gap."

Tardó un momento en asimilarlo. Los rasgos del otro hombre se volvieron pálidos, luego rojos, luego morados de rabia. "¿Tú? ¿Qué}"

"Así es. Yo. Completamente sola. Le di a Richmond dos frascos de Pacov. Luego me aseguré de que se mojaran. En Jerusalén."

Eso no era del todo cierto, pero cumplía su propósito: el odio de Hollister-Halperin se volvió casi palpable en el aire entre ellos. Podría intentar matar a Lessing rápidamente. Un oponente enfadado comete errores.

El rifle láser siseó, y Lessing rodó desesperadamente hacia un lado. El rayo no iba dirigido a él, sin embargo; le había cortado una de las piernas al pobre Goddard muerto en la rodilla. Ambos bordes de la herida estaban cauterizados y el suelo bajo el cuerpo echaba humo.

"¡Eso es una muestra! ¡Tú eres el siguiente, maldito nazi! Quizá un tobillo, quizá una muñeca." El arma volvió a subir, su recargador zumbando. Hollister era demasiado experimentado para cometer un error realmente tonto, pero quizá podría ser superado.

Lessing rodó y se desaprezó de nuevo. Esta vez el haz abrió un surco ardiente en el papel pintado dorado detrás de su oreja derecha.

"¿He fallado? ¡Vaya pena! ¡Perdón! ¡Ven, vamos a intentarlo de nuevo!" Hollister disparó de nuevo.

Esta vez, Lessing sintió y vio el brillo. La espada de luz abrió un agujero negro del tamaño de un guisante en la parte inferior de su bíceps izquierdo, cerca de la axila. El dolor era insoportable; Expulsó un siseo involuntario de agonía de sus pulmones y sintió cómo la conciencia empezaba a desvanecerse. Resbaló sobre la alfombra empapada de agua, cayó y rodó contra un cenicero de corredor lleno de arena.

"Y ahora, ladeez y caballeros, para el bis final ...!" Canturreó Hollister. Alzó su arma. No era un hombre grande y el rifle láser era torpe. No es que eso fuera a servir de nada a Lessing: un golpe casi en cualquier parte y ¡estaba abierto! Buscó algo para lanzar.

El cenicero, un cilindro cerámico de casi un metro de altura, era una bola de bolos aceptable. Lessing la hizo rodar hacia los pies de Hollister. El hombre se apartó bailando, y el haz insoportablemente brillante abrió una cancha chisporroteante en el tejado.

Lessing tensó los músculos para saltar. Era su última y única oportunidad.

Hollister se quedó boquiabierto, por encima de su cabeza.

El techo crujió, crujió y se hundió. El yeso se colmató, seguido de una fina gota de agua del largo corte que había hecho el láser.

El agua subió rápidamente a un arroyo y luego a un diluvio.

El agua pesa. Los desagües de los aspersores en la planta superior debieron estar bloqueados. Por supuesto, una breve ráfaga láser no podría cortar las vigas de acero que soportan; los disparos de los helicópteros ya lo habían hecho. Pero el láser sí abrió un agujero en madera, listones y yeso, que era lo único que sostenía esa parte del techo.

Un torrente cayó sobre el rostro asombrado de Hollister, seguido de una avalancha de escombros aún más pesados.

Hollister desapareció sin hacer ruido.

Caos. El edificio chillaba como un animal en su agonía mortal.

Agua fría y negra subió alrededor de los tobillos de Lessing, luego de sus muslos. Perdió el equilibrio, se hundió en un barro de escombros agitados, rodó de cabeza sobre los talones y se encontró colgado del borde del hueco del ascensor, magullado y aturdido, azotado por madera rota, muebles y cosas viscosas, blandas e invisibles. El río helado pasó junto a él, cayendo al abismo. Arañó la rejilla de hierro de la puerta de seguridad y se aferró.

El agua se redujo a un hilo. Se tambaleó, se deslizó sobre el estante que ahora casi bloqueaba el pasillo, y buscó a Hollister. Vio que la sección del pasillo donde habían estado ahora era un revoltijo de bloques de cemento, vigas y ruinas.

Hollister yacía bajo un tramo inclinado de viga de acero, casi completamente sumergido en escombros. Furioso, Lessing desenterró tablas, listones, tuberías y ladrillos para liberar el rostro del hombre.

Hollister abrió los ojos como canicas enrojecidas en una máscara manchada de blanco. Tosió, se atragantó y gimió: "¡Ayúdame!"

La bonita dama del vestido azul hielo le entregó a Lessing un fragmento de cristal roto. Era un momento de misericordia, dijo.

Lessing tuvo que estar de acuerdo. Usó el fragmento para degollar al judío.

Las paredes temblaron. Se avecinaban más derrumbes. En algún lugar abajo retumbaron explosiones. ¿Korinek iba a derribar el edificio? Por supuesto, facilitaría explicarlo: un salvaje tiroteo contra terroristas que se volaron a sí mismos y al hotel en lugar de rendirse ante las fuerzas del bien y el amor.

A Lessing no le importaba. No había más que hacer aquí. Se secó las manos ensangrentadas en la camisa y se levantó, abrazando su brazo herido. Subiría las escaleras, a su propio apartamento, y esperaría.

Estaría con Liese cuando llegara el final.

Se abrió paso entre la destrucción, murmurando a la dama de azul hielo mientras avanzaba. De alguna manera encontró una escalera utilizable al otro lado del hotel.

Su apartamento estaba frío cuando llegó. La puerta del abismo que había sido su dormitorio estaba abierta. La cerró. No quería imaginar a Liese tumbada en el baño más allá, inalcanzable e inmóvil.

Oyó un ruido fuera, en el pasillo. Esta vez miró antes de llamar.

Era Sam Morgan, acabando de salir de su apartamento, con un maletín negro de cuero sintético bajo el brazo, ¡como un joven ejecutivo camino a una reunión de la junta!

Morgan soltó un suspiro de sorpresa. "¡Jesús! ¿Lessing? ¿Sigues aquí? No pensé que quedara nadie vivo...!"

Asintió en silencio.

"¿Puedo ayudar? Dios mío... tu brazo... !"

"Ahora no importa. ¿Dónde está Wrench?"

"¿Llave inglesa? No le he visto. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Vamos!"

"¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad?" Una idea se estaba formando en el fondo de la mente de Lessing. Su proyector mental hizo clic y parpadeó ante el brillo de la memoria visual.

"Me han entrado hoy. ¿Qué demonios importa?"

"Nada. ¿Qué hay en el maletín?"

Morgan miró y luego se acercó para coger a Lessing por el brazo bueno. "¡Eh, sí que te han dado una paliza, tío! ¡Dios! Vamos, te llevaremos al médico."

"¿Por los túneles de poder? ¿Justo bajo los pies de Korinek?"

"Por supuesto. Podemos salir de Washington y llegar a nuestro cuartel general en Virginia."

"Claro. Por supuesto, nadie estará mirando. Sam, ¿qué tienes en el maletín?"

"Papeles importantes del Partido, maldita sea. Primero lo primero. Abajo"

Lessing extendió la mano y cogió el maletín. Morgan intentó inútilmente atraparla tras ella.

"Sam, todos los vuelos a Washington estaban reservados con una semana de antelación. ¿Cómo has llegado aquí desde Chicago?"

"Coche, claro", sonaba molesto el otro. "¿Qué demonios te pasa? Aquí, déjame llevar mi propio maletín. Estás herido."

Se lo contuvo. 'Eso es luz verde. Has tenido un largo viaje. Toda la noche, luego a través del cordón de Korinek, a través del bombardeo... a través de los túneles de energía. Debes de estar cansado. Pensé que ya llevabas aquí unos días. ¿Vivir con una chica en una casa privada en algún sitio?"

"¡Rápido y con suerte, ya me conoces! No, acabo de llegar hoy."

"Ya pregunté antes: ¿qué hay en el maletín? ¿Korinek te dejó pasar para recoger unos papeles? ¿Papeles que los judíos y sus compañeros de la 'coalición' no pueden arriesgarse a encontrar? ¿Papeles sobre Pacov?"

"¿Qué, Pacov? ¿Judíos? ¿Coalición? Tú eres "

"¿Loco? sí, estoy loco." Lessing respiró hondo. La señora de azul hielo estaba junto a la puerta del dormitorio, observando. "Sam, / lo sé."

"¿Saber qué?" Los ojos de Morgan estaban fijos en él, mientras una mangosta observaba a una cobra.

"La casa de Annandale. La ropa de allí es de tu talla. Son el tipo de ropa que llevas puesta." Señaló el elegante traje de Morgan. "Siempre has tenido un gran gusto, Sam, rico y elegante."

"¡No tengo ni idea...!"

"Sí. Tengo una memoria fotográfica curiosa, Sam. Veo fotos:
Haz clic, como una instantánea, cada detalle en color vivo. Derecha

ahora te veo en una mesa en una sala grande, como una iglesia, con vidrieras. Es un restaurante caro. Estás hablando con alguien, pero no puedo ver quién es. Llevas un abrigo deportivo precioso, una especie de tweed, creo que se llama... gris. En fin, estás frotando la manga izquierda. Hay una mancha negruzca ahí, como cuando la tintorería no puede eliminar completamente una mancha. ¿Te acuerdas de eso?" "¡Por supuesto que no! … ¿Y qué?"

"Tinta de imprenta, creo. Eso fue lo que dijo Ochenta y Cinco que 'James F. Arthur' hizo que la tintorería de Detroit intentara quitarle la chaqueta deportiva."

"Estás desquiciado, Lessing. Dame mi maldito estuche y quítate de en medio...!"

"¿No tienes curiosidad por saber quién es 'James F. Arthur', Sam? Cualquiera más preguntaría. Pero no necesitas ... no cuando tú mismo eres 'James F. Arthur'. ¿Ese es tu nombre real o un seudónimo? 'James F. Arthur' es el tipo que organizó la operación especial de Marvelous Gap. Empezó Pacov para evitar que los rusos reorganizaran Oriente Medio, para darle a Israel algo de Lebensraum, para ayudar a los judíos y a su 'coalición' a llevarse todas las canicas. 'James F. Arthur' es el mayor genocidio que haya existido, y él eres tú, Sam. ¡Has matado a medio mundo!"

"¡Estás delirando, Lessing! ¿AH, esto solo por una mancha de mi abrigo?"

"Y otras cosas: después de recogerte en ese vuelo para encontrarte con Outram en Colorado, nuestros enemigos siempre parecían estar medio salto por delante de nosotros." Su extraña memoria eidética estaba dejando caer

diapositiva tras diapositiva en su proyector mental. "Tuviste que salir del coche antes de que llegaran tus perritos en el helicóptero; de lo contrario, te habrían hecho una pasada junto con Mulder, Wrench y conmigo. Y Ponape: ¿quién les dio a los Izzies los planos de nuestra instalación? Y más tarde, en Oregón"

Morgan se relajó contra el marco de la puerta. "¡Vale, Lessing, vale! Digamos que lo has juntado todo. Imagina que soy un kikibird, una comadreja plantada hace mucho tiempo, cuando Mulder era otro niño nazi feliz reuniendo su banda de las SS del barrio. ¡No crees que tengo razón! ¿No crees que es justo librar al mundo de los nazis de una vez por todas... ¿Para erradicarlas, erradicarlas de raíz y rama? ¿Qué son sino un grupo de gánsteres que siempre intentan remover el barco, para agitar a la gente y así quitarles cosas a sus legítimos dueños?"

"¿Qué cosas?"

"¡El mundo, tío, el mundo!"

"¿Y quiénes son sus legítimos dueños?"

"Los mismos de siempre... la gente para la que trabajo. Se merecen estar en la cima, porque son más listos y duros que los nazis... Y mucho más realista. Entienden cómo el

El mundo funciona, y saben cómo mantener a la gente contenta, mantener todo en equilibrio."

"¿Mantener todo insípido, Sam?" La mujer de azul hielo sonrió y él asintió. Morgan miró en su dirección pero no pareció verla; Lessing se preguntaba por qué. "Mulder confiaba en ti."

"¿Confianza? ¡Los nazis no merecen confianza!"

Lessing observó cómo los dedos de Morgan se acercaban lentamente al bolsillo derecho de su abrigo. Herido como estaba, podía romperle el brazo en tres sitios antes de sacar su pequeño popper

"Mulder y su gente son leales a sus ideales, leales a su movimiento y leales entre ellos y a quienes les apoyan. ¿Qué clase de santos tienes en tu banda?"

Morgan se mordió el labio inferior. "Mira, Lessing, yo solo hago mi trabajo. ¿Recuerdas cómo Wrench solía cantar ese estúpido villancico de Navidad sobre 'cuatro del FBI, tres de la CIA, dos kikibirds y un israelí en un peral'? Soy uno de los kikibirds. Más lista que la mayoría."

"¿Por qué, Sam? ¿Eres judío? Desde luego no pareces negro."

"¿Yo? ¿La gran esperanza blanca del partido de la humanidad? ¡Joder, no, no soy un judío! Estoy aquí por dinero y poder... dos de las tres razones de todo lo que ocurre en la Tierra, la tercera es el sexo, del que ya me canso."

"Sexo kinky, a juzgar por tu sótano de Annandale."

Morgan se encogió de hombros. Su dedo índice acariciaba la solapa de su bolsillo.

Lessing sonrió. "Queréis que me dieran un pulgar con el pulgar. ¿Por qué no lo hiciste tú mismo, Sam? Tuviste oportunidades. ¿Por qué enviar a Richmond y Hollister?"

"Habría descubierto mi tapadera. No eras lo suficientemente importante para eso."

"¿Tenías cosas mejores que hacer?"

"Mucho mejor. Todavía la tengo. Si Mulder está realmente muerto, habrá una lucha por el control del Partido: Grant Simmons, Wrench, si sigue vivo, Borchardt, Goddard..." Morgan no podía saber que Goddard estaba muerto "... Abner
Mano, y el resto. Será un caos. Nuestra coalición se encargará de que gane. ¡Soy tu próximo Führer, Lessing! ¡Danos un gran Sieg Heil, hermano, y choca esos cinco! " Morgan recordó dónde estaba y se puso serio. " ¡Eh, mira, nada de esto era personal, tío!"

"Tenemos que irnos ya", dijo Lessing. La señora hacía señas.

"¿Dónde?" Tres de los dedos de Morgan estaban dentro de su bolsillo.

Lessing levantó el maletín. "Abajo, con Korinek, por supuesto. Estoy seguro de que querrá verme."

Morgan empezó a sonreír. "¡Ajá, hora del carro! Has servido a diferentes amos antes. Eres un mero, y quieres estar en el
Lado ganador. Deberíamos poder llegar a un acuerdo. Sé que no eres un nazi ideológico."

"¿Qué me dará Korinek si voy?"

'Tu vida, para empezar. Si eres bueno, puedes tener un trabajo, dinero, una o dos niñas bonitas... no Anneliese Meisinger, por supuesto; ¡está demasiado enfadada con Mulder y el Grupo!" La mano de Morgan empezó a salir del bolsillo — sin la pistola. Siempre había preferido hacer las cosas de la manera fácil.

"¡Liese! Oh, Sam, casi se me olvida que Liese está ahí dentro... en el baño."

"¡Dónde está!"

"Ahí dentro. Está herida, Sam. No puede moverse." Lessing se detuvo a escuchar a la dama de la túnica azul hielo. "¿Me ayudarías, Sam? ¿Me ayudas a bajarla al piso de abajo?"

El otro hombre sonrió. Su mano estaba fuera del bolsillo — vacía. "Claro. Por supuesto. Mira, hablé demasiado rápido. Podemos arreglarlo para que puedas tener a Liese. Sin Mulder, ella es solo una más..."

"Cien liras, bebé. Un buen pog de El Cairo."

", estás delirando, Lessing." Morgan volvió a coger su maletín, pero Lessing se apartó, dirigiéndose hacia la puerta del dormitorio. "No es que te culpe, después de todo lo que has pasado."

Lessing dejó el maletín en el suelo. "Toma, Sam", dijo amablemente, "déjame ayudarte a pasar."

Abrió la puerta y le dio un suave empujón a Morgan.

Ni siquiera miró.

Más tarde, despertó de nuevo de un sueño con una doncella azul hielo de piel dorada y dorada y cabello rubio oscuro. A veces se parecía a Liese, y a otra persona.

Un hombre con casco negro y túnica se arrodilló a su lado. También había otros uniformes negros. Vio pies con botas y armas relucientes, y olía a pólvora, humo y madera calcinada. "¡Aquí está el doctor!" dijo una voz. "¡Dios mío...!"

"El maletín", murmuró Lessing. "No lo pierdas."

"No te preocupes", calmó el hombre vestido de negro. "¡Eh, tiene luz verde!"

Los uniformes de sable de fondo se movieron. Lessing intentó recordar el nombre del hombre. ¿Tim? ¿Tom?

Las luces surgieron sobre su escenario fotográfico mental. El rostro atractivo y del Medio Oeste que tenía ante él era Tim Helm, vestido con un uniforme de batalla negro de los Cadre. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Helm dijo: "Coronel Lessing, Korinek y su grupo están bajo custodia de Cadros. Vinimos desde Andrews y los rodeamos. Recibimos apoyo del general Dreydahl y algunos marineros del almirante Canning. El general Hartman está arrestado, y nuestra gente controla la mayoría de las bases militares del país. La señorita Caw llamó desde Los Ángeles para decir que sus padres también tienen luz verde allí." Dudó. "Pero perdimos al señor Mulder. Su esposa también. Su casa en Virginia es un cráter."

"¡Disculpe, señor!" Un soldado con uniforme de paramédico hizo un gesto a Helm para que dejara espacio a un hombre con olor a antiséptico y pelo canoso. "Primero coge ese brazo, por favor. Es el mismo que casi pierde en Oregón."

El dolor brillaba en su bíceps izquierdo, luego fue reemplazado por entumecimiento. "Liese", murmuró Lessing. "Está ahí dentro... en el baño... ¡Sácala de aquí! ¡Por favor, sácala de aquí!" Una ola de niebla gris y esponjosa se elevaba para lavar el solitario faro de su mente.

Una figura más pequeña se inclinó cerca. A través de un lojiano y retumbante oleaje, Lessing reconoció a Wrench. Extendió su mano buena. "Liese ... fuera de ahí."

Helm preguntó: "¿De dónde? ¡Al baño!" Lessing escuchó murmullos de otros en la sala.

Wrench se agachó a su lado. "Perdón, doctor. Dejad paso."

Se oyeron pasos, pasos familiares. Le costaba ver, pero la ola de plomo seguía borrándolo todo.

Había alguien más allí.

Algo cálido y húmedo le tocó la mejilla. Alguien le agarró y lo apretó con tanta fuerza que le hizo estremecerse. Olfateó a perfume y tanto sintió como oyó el susurro de la seda.

Conocía esa fragancia.

Era el perfume de Liese.

No podía ser Liese.

Una voz ronroneante, entrecortada y absolutamente querida dijo: "El señor Mulder me pidió que fuera a buscar a Grant Simmons. Nadie más... Vete. Aeropuerto de Dulles. Oh, mi amor, mi amor..."

La voz se interrumpió. Lágrimas cálidas le picaban la cara que no sabía que existían. El abrazo se volvió demasiado fuerte para soportarlo, pero lo soportó con gusto. Ahora realmente no podía ver: ambos ojos estaban borrosos. Tengo que comprar nuevos.

El control de daños informó al puente, pero el patrón se negó a abandonar el timón. El agua salada le cegaba, y el trueno hueco de la tormenta reverberaba en sus oídos. ¡Nada ni nadie podría impedir que esta nave pasara! Delante vio las luces del puerto de casa. ¡La victoria era suya!

gruñó Wrench, "Déjalos en paz un rato, doctor."

"¿Quién es la chica del baño?" preguntó Tim Helm desde la oscuridad que bajaba.

"Llegaremos a ella", respondió Wrench. "Probablemente sea una de las chicas de Comunicaciones. Debió esconderse aquí cuando empezó el disparo y la conmoción del proyectil la golpeó. Lessing... yo y Goddard también... pensé que era Liese. Llevaba medias grises de seda. Muchas de las mujeres imitan a Liese."

"Ya veo por qué." La voz de Tim se desvaneció.

"Sí", dijo Wrench. "Liese es una dama."

CAPÍTULO VEINTINUEVE

OPERADOR PRINCIPAL; LESSING. ALAN. NO TIENE INICIAL DEL SEGUNDO NOMBRE. COMPROBACIONES DE IDENTIDAD COMPLETADAS: FP. RP. Vicepresidente. ADN. FECHA Y HORA: 5 DE NOVIEMBRE. 2050; 09:03:23 HORAS SUPLEMENTO DE DIRECTIVA PRINCIPAL: TODOS LOS ARCHIVOS SERÁN RECUPERABLES A PARTIR DE ENTONCES POR UNA PERSONA CON EL ESTATUS DE OPERADOR PRINCIPAL. ARCHIVOS OCULTOS, ARCHIVOS OLVIDADOS. ARCHIVOS DE TEXTO Y DATOS. Y LOS ARCHIVOS DE CONTROL SE LISTARÁN EN EL DIRECTORIO CENTRAL Y SERÁN ACCESIBLES AL MOMENTO DE LA ORDEN. CONTRASEÑAS, CÓDIGOS DE BLOQUEO. Y OTROS PROCEDIMIENTOS DE BLOQUEO SERÁN INOPERATIVOS. LOS OPERADORES PRINCIPALES ACTUALES INCLUYEN: LESSING. ALAN, SIN INICIAL DE MEDIO; MEISINGER, ANNELIESE; WREN, CHARLES HANSON; BORCHARDT. HANS KARL; SIMMONS. GRANT WILLIAM. OTROS MIEMBROS DEL PARTIDO DE LA HUMANIDAD PUEDEN RECIBIR EL ESTATUS TEMPORAL DE OPERADOR PRIMARIO CUANDO ASÍ LO ORDENEN DOS O MÁS DE LOS OPERADORES PRINCIPALES LISTADOS. NINGUNA PERSONA QUE NO SEA UN OPERADOR PRINCIPAL TIENE ACCESO A INFORMACIÓN CLASIFICADA COMO SECRETA.

Jueves, 23 de diciembre de 2060

“El avión de Patty llega desde Seattle a las 14:45", dijo Wrench. "Será bueno verla de nuevo."

Lessing suspiró. "¡Sí, y yo con seis meses de trabajo y una semana para hacerlo!"

"¡El precio de la gloria!" El hombrecito se pasó los dedos por el pelo. Había tenido más suerte que Lessing, con solo patillas plateadas "distinguidas" como muestra de lo que él proclamaba felizmente como una "vida de pecado". Por otro lado, los finos cabellos rubio cenizo de Lessing desaparecían rápidamente. Como dijo Wrench, "la pelusa se estaba desgastando en la bola blanca."

"¡Mira esto!" Lessing hizo un gesto con la mano hacia su escritorio abarrotado. "Todo, desde solicitudes de exenciones especiales de las leyes de eugenesia hasta informes de estado en nuestras bases en el Golfo Pérsico, pasando por cartas de padres de Banger boogies quejándose de que sus hijos no pueden conseguir su suministro de snuffy-doo en el campamento de reconstrucción de carreteras del Servicio Nacional en Montana, hasta artículos sobre experimentos de ADN para mejorar la raza ... ! ¡No veo nada de esto en mi descripción de trabajo!"

Wrench puso los ojos en blanco hacia arriba. "Estás donde el tren se detiene y la responsabilidad se va de las vías, como dicen. La razón por la que Simmons es un gran presidente es porque sabe cómo sacar trabajo de imbéciles como tú."

Lessing sonrió, y Wrench preguntó: "Por cierto, ¿quieres que acompañe a Patty a la fiesta presidencial de Navidad mañana por la noche?"

"Nunca aprendiste a mantener las patas alejadas de las niñas pequeñas, ¿verdad?" bromeó Lessing. "Sí, tú llévatela. Eres menos peligroso que esos marines de la guardia de honor."

"¿Te refieres al cuerpo personal de tambor, corneta y golpes de Jenny Caw?"

Lessing se rió. "¡No seas grosero! Jen se casa con Hans Borchardt en junio."

"¿Y bien? ¿Crees que eso la ralentizará?" Miró alrededor buscando la cafetera de Lessing; Estaba vacío, ya lavado y guardado para las próximas vacaciones. "¡Aunque quizá un buen alemán pueda mantener a nuestra señorita Caw en línea!" Wrench hizo gestos de azotes bromistos.

"¡Oh, tómalo de un trago, quieres! Tengo una cita con un enviado especial de Nueva Sverdlovsk. ¿Quieres venir?"

"Si no va a alargarse. ¿De qué va?"

"Ni idea. Grant recibió una llamada de su embajada preguntando por mí. Urgente, inmediato, como ahora'. Él dice que vaya, que yo vaya. Una 'sesión privada de informes', dijo su secretario.

"¿Seguridad me va a dejar entrar?"

"Si yo lo digo."

"Entonces me dejaré llevar y te haré compañía. Todavía tengo que mover algunos papeles para impulsar nuestro proyecto de ley del Día de los Mártires en el Congreso. Los Mulder"

Dolía recordarlo. Lessing dijo: "Lo sé. Los Mulder... y Bill Goddard, Gordy Monk y muchos otros. Diez años, y justo estamos empezando a honrarlos. Más tarde es mejor que nunca, supongo, pero no por mucho."

"¿Ha pasado tanto tiempo? Bueno, no se puede decir que no haya sido interesante: el desenmascaramiento de la Coalición; el golpe que fracasó; las peleas; la confesión pública de Korinek; la destrucción de sus campamentos secretos; los juicios; los edictos de expulsión. Todo eso ya ha pasado, amigo. No olvidaremos... está en todos los libros del colegio... pero ya es hora de que sigamos adelante." "La reacción en consecuencia" Lessing cerró su mente ante los recuerdos de

camiones, tanques y soldados, el caos y la confusión, los disturbios y las consecuencias.

"¡Déjalo estar! Los judíos se han ido, se van a Ufa, Járkov y Kuybyshev. Nosotros dirigimos nuestro enclave, y ellos llevan el suyo. No hay problema, siempre que no nos molesten."

"Eso es justo el problema: sí hacen mono. Siempre lo han hecho. Su historia es como una montaña rusa: empiezan desde abajo, luchan hacia arriba, llegan arriba, luego un largo descenso hasta la catástrofe, y después empiezan de nuevo."

"Como dijo Santayana: 'Quienes no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo'"

"Quienquiera que fuera Santa Ana, se equivocaba. Nadie aprende realmente de la historia. Incluso quienes lo saben tienen que repetir: i.'. La gente simplemente se pone con otro nombre, finge que es nuevo y diferente, y vuelve a ir por ahí."

"Ahora suenas como Hegel." Wrench cerró los ojos y citó. "Algo como: 'Las personas y los gobiernos nunca han aprendido nada de la historia, ni han actuado según los principios deducidos de ella.'"

"¡Has estado leyendo libros otra vez!"

"No, solo cómics clásicos mundiales ... su número especial de filosofía."

"De todos modos, esta vez los judíos casi nos ganan. La montaña rusa casi no cae en su caída."

"Fue culpa nuestra. Lo dejamos pasar."

"Claro. Les dejamos obtener nuestra simpatía, nos hacen sentir culpables, nos predican sobre su falso 'Holocausto' y se integran en el tejido de nuestra sociedad. ¡Deberíamos haber estado más vigilantes! Lo que nunca entendí fue la cooperación que recibieron de algunas de nuestras empresas, nuestros políticos, nuestros educadores, intelectuales y publicistas. ¡Gente así ni siquiera merece ser llamada colaboradora o traidora a la raza! ¡'Simplemente tonto' lo dice mejor! Uno pensaría que el simple interés propio te habría sonado a algo."

"¡Se llama moneda, tío! Apuesto a que hubo algunos comerciantes romanos en Jerusalén que lamentaron la pérdida de negocios cuando las legiones arrasaron el templo de Salomón, expulsaron a los judíos de Palestina y comenzaron la diáspora en primer lugar."

Lessing buscó su cartera entre el desorden de su escritorio. "Pero nunca se rinden. Sus enclaves en Ufa, Járkov y Kuybyshev están en auge, llenos de inmigrantes, buscando más espacio y buscando pelea."

"Siempre Lebensraum, la presión eterna sobre cada grupo étnico. Expandirse o perecer."

"Algunos quieren expandirse aquí mismo: primero a la República Popular de Columbia Británica, o a Centroamérica al sur de nuestras posesiones en México, y luego finalmente a la soleada California, Florida y Second Avenue!"

"Más bien Madison Avenue, Wall Street y aquí mismo en la Casa Blanca. Pero no con nosotros vigilando la puerta."

"No podemos estar siempre vigilando. Nuestra montaña rusa también sube y baja, y todavía tienen amigos aquí. Su propaganda era realmente buena: a mucha gente corriente no le gusta recordar lo que hubo que hacer durante la reacción y las expulsiones. Demasiado lavado de cerebro liberal y cursi durante demasiado tiempo."

"Hay momentos", se maravilló Wrench, "en los que creo en la transmigración de las almas."

"¿Qué?"

"Suenas tanto a Bill Goddard que me asombra."

Lessing empezó a enredarse en su abrigo de uniforme. "Estudié historia por las malas, como Bill. Simplemente empecé más tarde, y me llevó más tiempo, nada más. Siempre fui un mal estudiante."

Wrench se acercó para ayudarle; El brazo izquierdo de Lessing, herido dos veces, nunca se recuperó del todo.

Juntos bajaron trotando los escalones nevados del Edificio de Oficinas Ejecutivas, respondieron saludos a los guardias de Cadre vestidos de negro de guardia y tomaron la limusina Homeland-500 de fabricación estadounidense de Wrench. No era un largo trayecto hasta la embajada en la avenida Mas-sachusetts, pero el invierno había sido excepcionalmente frío. Su destino había servido anteriormente como embajada de Austria, pero Pacov y Starak habían alterado los mapas para siempre, y Borchardt había persuadido a su República Alemana Unificada para vender el lugar a

Nueva Sverdlovsk. Le dijeron a su conductor que volviera en media hora, se quitaron la nieve de las botas y se apresuraron a entrar. Allí se quitaron las gorras y los abrigos y esperaron en una antesala que era un recuerdo del pasado del edificio. Finalmente, una joven de rostro agradable vino a acompañarlos escaleras arriba.

La habitación en la que entraron era estándar para la pompa y la pompa de la embajada: una chimenea; paneles de grano a juego de nogal lustroso; cortinas de rico damasco burdeos; sillas tapizadas en cuero negro; mesas enormes de roble con patas de león talladas; y una alfombra persa lo suficientemente profunda como para perder los zapatos. Botellas, carafas y vasos parpadeaban y brillaban sobre un largo aparador bajo un retrato de tamaño heroico del coronel — ahora General Supremo — Terence Bumham Copley.

"El viejo por fin ha llegado", susurró Wrench con admiración. "No hay traje de Napoleón, pero notarás la heroica inclinación de la barbilla, el brillo visionario en los ojos acerados, la mano que solo pica por meterse dentro de la solapa del abrigo. ¡Joder, Lessing, cuando fui a Nueva Sverdlovsk a buscarte, el viejo Copley no tenía ni una olla en la que mear! ¡Ahora apuesto a que decora el sótano de su retrete con antigüedades zaristas!"

"No es así. El mejor botín estaba en Moscú y Leningrado", dijo una voz detrás de ellos con tono arrastrado. "¡Y vosotros, Jizmoes, me lo habéis robado! Lo único que teníamos eran fábricas y mierda industrial."

Se giraron para ver a Johnny Kenow, vestido con el rojizo y negro del Ejército de Nueva Sverdlovsk. A su lado, vestida con la versión femenina del uniforme de Kenow, estaba Rose Thurley. Ambos mostraban los cuellos de los oficiales de estado mayor.

"¡Sorpresa, sorpresa...!" murmuró Wrench. "¿En-voys especiales...? ¡Más bien un rollo en la cima de la escalera!"

Rose se parecía mucho a como Lessing la recordaba: un poco más robusta... más rechoncho, para ser franco... sus mejillas más redondeadas, su cabello corto de un tono más apagado de rojo -castaño-gris. Maldita sea si no lo hizo

se asemejan a una campesina rusa. Quizá al final había algo que decir sobre el medio ambiente sobre la genética. "¿Lessing...?" Se atrevió a preguntar.

Se acercó a ella pero se detuvo en seco. Había pasado demasiado tiempo. Abrió los brazos. "¡Eh, tío! ¡Danos un buen 'duelo!» Acortó la distancia, la tomó en brazos y le dio un golpe fuerte en la mejilla. Eso era todo lo que podía ofrecerle.

Kenow guiñó un ojo a Wrench. "¿Qué te parece si llegamos a un acuerdo?" "¿Qué estás tratando?"

"Lo que te moje el silbido, para empezar. Tenemos casi todo.'" Inspeccionó las botellas del aparador. "Pero no pruebes nuestro vodka... Sé lo que va dentro. Mira un poco de whisky aquí... cosas pre-Pacov ... ." Las copas tintinearon.

"Lessing ya no bebe." Wrench cogió una servilleta de lino e inspeccionó la bandeja de canapés. "Que es lo que una esposa hermosa hace con ti. Siendo soltero, de vez en cuando disfruto en forma líquida." Alzó su whisky a la luz para admirar el color.

Rose seguía sosteniendo los dedos de Lessing entre los suyos. Se sacudió, suspiró y se soltó.

Sonrió, intentando encontrar la mezcla justa de amabilidad y distancia. "No puedo quedarme mucho tiempo ... tengo que volver y cambiarme de ropa para la fiesta de Navidad esta noche. Eh... ¿Queréis venir?"

Rose negó con la cabeza.

"No puedo", respondió Kenow. "Ni siquiera se supone que estamos en este país."

"¡Si me hubieras avisado con un día de antelación que venías...!"

"Mierda, lo digo en serio, Lessing: no estamos aquí. Rose está en Alemania... o su doble es, una maldita mujer lituana que se parece más a ella que a sí misma. Está gastando el dinero de Rose comprando regalos de Navidad en

Berlín. Yo, estoy en Nueva Sverdlovsk, en la cama con la Emperatriz... Recuerdas a mi mujer... y el peor frío de todo Rooshia. Ni siquiera Frank Lithgow ... nuestro embajador... oficialmente sabe que estamos en Washington."

Wrench pasó un dedo curioso sobre un enorme samovar de latón, entrecerró los ojos hacia un armario iluminado que contenía delicadas copias de huevos joyados de Fabergé, y se detuvo en seco frente a Kenow. "Vale, amigos, para colgarlo en la línea: ¿cuál es la estafa? ¿Por qué tanto secretismo?"

Ambos hablaron a la vez. Rose ganó. "Tenemos fotografías, documentos, mapas" "¿De qué?" Lessing se dejó caer en uno de los sillones de cuero. Pareció sorprendido cuando crujió, siseó y poco a poco se fue desvaneciendo bajo su peso.

"¡Los Izzies, cariño! ¡El cabrón de Izzies!" Rose se tambaleó hasta una mesa al fondo de la sala y regresó con un portafolio encuadernado en cuero. '"Oye, mira esto... ¡Mira un poco!"

Las fotografías aéreas y las imágenes infrarrojas requerirían interpretación por parte de expertos, pero las instantáneas eran bastante sencillas.

"¿De quién es el cohete?" preguntó Lessing en voz baja. Cogió el brillante para ver mejor.

"Los Izzies, ¿qué te ha parecido? ¡Y* eso es una maldita ojiva atómica pegada como una verruga en tu cojon! ¡Tienen una docena de estos poggers! Los americanos no los encontraron ni destruyeron todos... algunos trabajos de alcance medio antes del Pacov SS-50 aún en Asia Central, transportes y demás. Los Izzies los compraron a los tártaros o a los mongoles o a alguien así. Quizá construyeron los suyos propios, aunque no hay pruebas de ello."

Wrench giró las fotografías. "No puede ser. Habríamos tenido informes."

"Que se jodan tus informes. ¡Es seguro! Tenemos mejores espías en Ufa y Járkov que vosotros. Los británicos tienen un buen tipo en Kuybyshev, eso sí. Lo confirmarán."

"Muy bien. Asume lo peor. ¿Quién es el objetivo?"

"¿Nosotros, quién más? Al principio pensamos que eran para los turcos, pero aprendimos lo contrario"

Lessing sintió cómo la adrenalina subía y la sangre empezaba a latir en sus sienes. Quería frotarse el puente de la nariz, pero Liese había dicho que eso siempre lo delataba. En cambio, acarició los tachuelas de latón en la tapicería de cuero resbaladiza de su silla.

Respiró hondo con cuidado. "¿Cómo lo sabes?"

"Toma." Johnny Kenow derramó un montón de documentos y páginas fotografiadas delante de él. "Perdimos a tres buenos viejos en esto."

"¿Seguro que estos misiles son nucleares? ¿No ojivas explosivas convencionales?"

"Justo ahí." Rose señaló con una uña roma un párrafo de escritura hebrea. "La traducción está clavada."

"Nunca he escuchado su maldito idioma," murmuró Wrench. "Tienes razón. ¿Qué es esto...? ¿Gas nervioso también?"

"Sí. Lo hemos visto" asintió Kenow con energía. '"¿Miembro, doctor Casimir?" Lessing gruñó de acuerdo. "Bueno, era judío, pero lo convertimos... se pasa a nuestro lado... y Copley lo envió a Járkov. ¡No te imaginas lo que ha sacado! Los Izzie están construyendo* una maldita máquina de guerra allí que podría arrasar Nueva Sverdlovsk... ¡y los turcos y los pakistaneses para colmo! Quizá incluso destruyan vuestra base en Moscú, si quieren ir por esa ruta."

"Nuestra oficina de Moscú ya nos ha contado parte de esto", dijo Lessing, algo incómodo; Wrench le miraba. Los informes de reconocimiento de los cuadros eran solo para los que se necesitaban, y el Secretario de Educación-

Tion e Información no siempre fueron miembros de ese círculo encantado.

Wrench le arañó la mandíbula. "Tengo una pregunta. ¿Por qué yo y Lessing? ¿Por qué no ir directo a la cima al propio presidente Simmons... convoca una reunión de gabinete... traed a los Jefes Conjuntos ... ¿Todo el rollo? Lessing no puede hacer mucho por ti; es un general de cuadros, pero no tiene autoridad para enviar tropas ni ayuda militar. En cuanto a mí, puedo poner vuestras pruebas en Home-Net y en nuestras otras redes, pero... bueno, quiero decir, ¿qué demonios...?" Se quedó en silencio, desconcertado.

"Johnny y yo conocemos a Lessing", respondió Rose despacio. "Es un viejo amigo, en serio. Podemos hablar con él. Copley también le conoce." Parecía avergonzada. "No os esperábamos. Ministro... eh, secretario... Wren, pero de nada."

"¿Qué puedo...? Nosotros... ¿Entonces?" preguntó Lessing.

Rose le tendió un sobre sellado. "Esto es de Copley. A … una especie de anuncio... y una petición."

Lessing la abrió. Leyó un momento, susurró, "Jesús..." y se lo pasó a Wrench.

"Sí," Johnny Kenow miró su reloj. "Se acabó todo. Ahora mismo Copley está cenando en lo que queda de Ufa. Tampoco habrá Kuybyshev. Todo el noreste de Izzie estará en nuestras manos esta noche,* y los turcos '11 estarán en Járkov, Donetsk y Kiev. Vamos a mantener contentos a los paquistanes dejándoles tener a Uzbekistán, Turkistán, Umbrella-stan y un montón de otros 'stans' Moe-hammedanos en el este. Vigilarán a los indios... que están demasiado enredados con los chinos y el resto de Asia para fastidiarnos ahora mismo, de todos modos."

Wrench dejó la carta como si fuera una bomba en sí misma. "¿Un hecho consumado, entonces? Copley os envió a Lessing para allanar el camino para su declaración de guerra."

"Es más que una declaración", dijo Rose a la defensiva. "Ya lo hemos hecho. Los judíos en Rusia se han ido... terminado... funged ... croó ... A las 12:00 horas de hoy, su hora. Quien quede estará atendido antes de que acabe la semana."

"¿Estás seguro? Ellos... ¿no van a desabrochar a Copley en su lugar?"

"¡Ni de coña* ! Copley es un mere experimentado y no se arriesga. Enviamos un ataque terrestre mecanizado en tres frentes; tenemos un apoyo aéreo pesado... nuestro y turco... y tenemos botes de gas nervioso colocados bajo el ayuntamiento de Ufa por si acaso. A los turcos les costará más bajarlo, en Járkov, pero lo lograrán."

"¡Dios!" murmuró Wrench. "¿Por qué los judíos no pudieron dejar las cosas como estaban pasando?"

Lessing empezó a reunir los papeles y fotografías. Se pellizcó el puente de la nariz y luego apartó los dedos. "A

ataque preventivo y quirúrgico, igual que los Izzies tiraron de los árabes unas cuantas veces." Cogió un fajo de documentos. "Guardamos estas cosas, ¿verdad? Es prueba de sus intenciones. Se lo daré a los responsables de prensa de Liese enseguida, y lo tendremos en Home-Net antes del anochecer. Creo que podemos prometerte apoyo."

"¡Se lo merecían!" gruñó Kenow. "No les hicimos nada." *

"Aunque lo hicieras, dudo que nuestro grupo étnico haga más que objeciones simbólicas. El mundo ya no tiene nada. Cualquiera tan impopular como los judíos siempre ha sido... Egipto, Babilonia, Roma, España, todos los países de Europa durante la Edad Media, Rusia, América, el Tercer Reich... ¡Debe de estar haciendo algo mal! Hubiéramos preferido la paz... y separados ... y distante ... coexistencia, pero nunca entendieron el mensaje. Ahora ya no nos importa."

"Es una pena", empezó Wrench.

"¡No desperdicies tu compasión!" Lessing espetó. "No desperdiciarían nada contigo. Claro, es triste que personas inocentes tengan que sufrir, pero no se puede evitar.

¡Esa es la realidad! ¡Eso es la naturaleza! No puedes salvar al dodo, a los cóndores y a los demás perdedores en la batalla por la supervivencia. La extinción de especies ocurre una y otra vez, como la lluvia en verano. Olvida la ética, la moralidad y el 'haz a los demás'. Los Izzies dijeron '¡nunca más!' sobre el 'Holocausto', pero luego se dieron la vuelta y hicieron a los palestinos todo lo que decían que los alemanes les habían hecho. Lo llamaron 'autodefensa': guerra bajo el pretexto de la paz, opresión en nombre de la justicia y la estabilidad. Los árabes fueron débiles y se desvanecieron, pero nosotros somos otra historia. Lo conseguiremos, sin importar quién se interponga en nuestro camino."

"He oído a Bill Goddard otra vez", murmuró Wrench.

"¡No, me oyes, Alan Lessing! Hubo un tiempo en que dudaba y habría pedido 'poner la otra mejilla', ¡pero ya no! Ahora me escucháis, y escucháis a nuestro Partido, a nuestro ethnos, a nuestra mayoría... Nuestro Primer Führer\ ¡Escuchas el pasado, escuchas el presente y escuchas el futuro! ¡Somos el futuro!"

Rose cogió la carta de Copley. "Eh... había un punto más, Lessing."

"Lo vi. Copley quiere incorporar New Sverdlovsk a la unión americana. Dice que vosotros ya pertenecéis a nuestro grupo cthnos... Americanos, franceses, ingleses, alemanes en su mayoría... y quiere la condición de estado."

Kenow parpadeó con los ojos bien cerrados. "Podrías decir que estamos pagando nuestro precio abriendo la cremallera de los Izzies. ¡Ese pequeño servicio debería meternos en tu club!"

"Por mí está bien", respondió Lessing. "Se lo plantearé a Grant, que se lo hará al resto del alto mando del Partido. Luego pasa al Congreso.
Eso es todo lo que puedo prometer... . Oh, supongo que Copley exportará a cualquier minoría que viva en Nueva Sverdlovsk?"

"La mayoría ya se han ido. Teníamos un par de docenas de meres judíos cuando empezamos, pero todos se fueron a Ufa, y ahora son opfoes... y probablemente con el pulgar de la cabeza." Dejó su vaso. "Y los Izzies pillaron

al pobre Casimir el mes pasado y V también le hizo una buena lección, así que no tenemos ningún 'problema judío', por así decirlo. Todavía tenemos algunos asiáticos, pero están mirando Manchuria o esas pequeñas repúblicas en China. Los japoneses no los dejarán entrar... demasiado puro y homogético racialmente. Los cincuenta o sesenta negros que teníamos también salieron al lugar del Khalifa en África el mes pasado. Pero no quería tomar un par de ellos, porque eran café con natas."

"Escuchamos que los Khalifa rechazaban las mestizas raciales y las parejas interraciales", dijo Wrench a Lessing. "Él no quiere mestizos más que nosotros. Solo negros de sangre pura en su paraíso islámico."

"Todavía hay muchos sitios para que vayan los pobres desgraciados." Lessing metió el portafolio bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta. "Déjalos ir a Brasil, o al Caribe, o a cualquier otro lugar que los acepte. ¡No van a venir aquí!"

"Me alegra ver de vuelta a Bill Goddard", susurró Wrench a Lessing. "De alguna manera le echaba de menos"

Lessing le respondió con una sonrisa irónica. Estrechó la mano de Rose y Kenow y empezó a bajar las escaleras.

"¿Me pregunto si podré conseguirme uno de esos uniformes negros?" preguntó Kenow con tristeza a Rose. "¡Seguro que quedaría bien con él! Quizá me consigan un trabajo en el Departamento del Tesoro de Lessing también. ¿O Fort Knox...?"

"¡No si él sabe perfectamente de ello...!" La puerta se cerró con sus últimas palabras.

La serpiente miró con anhelo a través del último abismo hacia las imponentes empalizadas y los parapetos nevados del imponente monte Kailas. El descenso al abismo estaría lleno de peligros, y el lado opuesto parecía prácticamente inaccesible. Suspiró. "Solo podemos intentarlo.

La mangosta sonrió por primera vez en muchos días largos y cansados. "Es imposible, hermano. ¡Da la vuelta! ¡Mira tú, ahí abajo!"

"No renuncio a mi objetivo tan fácilmente." La serpiente se acercó al borde del precipicio y miró en sus profundidades.

La mangosta llevaba tiempo planeando esta oportunidad. Se lanzó sobre la serpiente y clavó sus afilados dientes en su cuello. Rodaban una y otra vez sobre el borde del abismo.

"¡Sabía que me traicionarías!" gritó la serpiente. "¡Así de cauteloso estaba!

"¡No traiciono a nadie!" jadeó el otro. "Soy fiel a mi objetivo, que es el mismo que el tuyo: ¡presentarte ante el Señor Shiva! ¡Ocuparé tu lugar antes que él, y él me recompensará bien!"

"¡Mangosta malvada! ¡Te mordaré y arrojaré tu cadáver al pozo!"

"¡Serpiente malvada! No puedes aferrarte a mí. ¡Mi pelaje liso frustra tus colmillos, y tu veneno no tiene efecto sobre mi sangre!"

Así luchaban, forcejeaban, gruñían y bufaban. El brillante ojo del sol brillaba y el día se volvió caluroso. Era como había dicho la mangosta: su pelaje liso y marrón y sus esbeltas extremidades retorciéndose mantenían a raya los colmillos de la serpiente; Sin embargo, la mangosta tampoco podía penetrar las duras escamas de su oponente ni dominar sus espirales musculares. Al final la mangosta se calentó y se apartó. Se quitó la túnica peluda para luchar mejor. Demasiado tarde recordó la protección que le daba. La serpiente lo agarró y mordió, pero en realidad su veneno era inofensivo.

[[¡No puedes matarme!» jadeó la mangosta. ¿Es así?" jadeó la serpiente. "¡Te he visto en tu verdadera forma, y ese conocimiento es poder! ¡Ahora sé cómo tratarte contigo!" Agarró a la mangosta en sus espirales y la levantó. La mangosta no podía zafarse, pues ya no llevaba su piel resbaladiza. La serpiente lo llevó hasta el borde del acantilado, y allí lo dejó ir. Incapaz de agarrarse a la serpiente ni a las piedras del precipicio, la mangosta se lanzó hacia abajo y alejó, y así pereció.

La Caminata de las Serpientes

En lo alto del monte Kailas, el Señor Shiva se sintió atraído por el ruido y el crepúsculo de la batalla. Miró a la serpiente, toda brillante y reluciente con la suya propia sangre y la de su enemigo. Sus escamas y finas marcas brillaban valientemente bajo la luz del sol. El dios admiraba la belleza de la serpiente y, por sus poderes divinos, la llevó al monte Kailas. El Señor Shiva estaba tan complacido con esta criatura delgada, hermosa y vital que lo mantuvo y lo honró. y lo nutrió con leche y frutas durante los eones del Kali Yug.
De hecho, a veces Lord

CAPÍTULO TREINTA

Shiva se transformó en una gran serpiente de aspecto similar y viajó por los mundos de hombres y dioses, despertando asombro e inspiración de devoción dondequiera que iba.
— Ind'ranfabte

Miércoles, 20 de abril de 2089

Aún era temprano, pero las multitudes ya se estaban reuniendo bajo las banderas que se batían: las tradicionales banderas americanas, rojas, blancas y azules, junto a las esvásticas rojas, blancas y negras del Partido de la Humanidad. La música retumbaba y retumbaba a lo lejos mientras las bandas del instituto se calentaban para el desfile de la tarde, y los vendedores ambulantes apresuraban al público con salchichas de un pie de largo, periscopios, banderines, bastones de silla, sombreras, limonada, refrescos y algodón de azúcar. Los niños corrían de un lado a otro, ignorando las filas de policías uniformados sudados y las súplicas de sus padres, para jugar, gritar y reír bajo el sol de Washington en abril. La primavera estaba en el aire: una fragancia mezclada de hierba, hojas y flores tempranas, polvo, gases de escape, perfume, palomitas, perritos calientes para cocinar, sudor y emoción.

Hoy se cumplía el doscientos aniversario del nacimiento del Primer Führer.

La limusina sin distintivos de Lessing evitaba la ruta del desfile. Hizo que su chófer tomara las calles traseras menos concurridas mientras avanzaban hacia el sureste en dirección a Suitland.

Los edificios, la gente y el ambiente en sí apenas se parecían a la primera vez que él y Wrench pasaron por aquí, allá por el 42. Ahora las cosas eran diferentes: había nuevas construcciones por todas partes; Los coches americanos — mejor diseñados y más baratos que los modelos japoneses — llenaban las calles; las aceras estaban llenas de uniformes negros y marrones del Partido y de los rojos, azules y amarillos de la moda actual; y los dioramas holo-vid en los escaparates llamaban, cantaban, arrullaban y tentaban, anunciando productos inimaginables casi medio siglo antes.

Era un mundo nuevo — no un mundo valiente y nuevo, quizás, pero sí razonablemente feliz.

Gran parte de lo antiguo se había ido. Lamentablemente, eso incluía a Wrench. El pequeño hombre había sucumbido a un infarto el año pasado, en octubre, mientras el cielo derramaba lágrimas grises y las hojas marchitas negras y marrones del otoño caían.

El mundo era mucho más vacío sin él.

Lessing tocó el botón de "recordar" en la consola de seguridad de su limusina y ladró: "¿Agenda?"

La agradable voz del ordenador sin sexo respondió: "Asiste al Primer Desfile del Día del Führer a las 13:00 horas. Lee el discurso en rojo

compartimento de tu maletín. Regresad antes de las 14:50 horas para la fiesta conmemorativa en el Jardín de las Rosas. Cena con el canciller Borchardt y su familia a las 18:00 horas en Blair House. No olvides las rosas para Liese."

Sonrió. "No podría olvidarlo aunque lo intentara. Me mataría."

Sería bueno volver a ver a Hans y Jen. Borchardt casi nunca venía a Washington hoy en día: había demasiado que hacer en Europa, y África volvía a estar llena de problemas. La nación islámica del califa estaba rodeada de estados negros clamosos, el hambre era generalizada y nadie estaba dispuesto a tomar las medidas duras necesarias para resolver las cosas. Jen tampoco había regresado a Estados Unidos desde que un terrorista vizzie mató a su madre en 2073. El Partido nunca logró reunir a todos los Vizzies, y estos reaparecían con su característico carácter desagradable. De una manera curiosa, Lessing echaba de menos a Jen casi tanto como echaba de menos a Wrench.

Había olvidado lo sencillo que era el compu-sec. Decía "¿Repetir?" una y otra vez con tonos lastimosos.

"Cancelar. ¿Agenda para mañana?" Esperaba que no hubiera mucho, pero sabía que no era así.

"Visita el banco de esperma Lebensborn a las 10:00 horas. Confiera la Medalla del Líder a su director, el doctor Paul Lorch, en las 10:15. Reúnete con el Subcomité del Senado para el Departamento de Servicio Nacional a las 1111. Véase el congresista Michael Radcliffe en la página 12:35, sobre la com-mutación de la pena de muerte a Alfred H. McLahan, condenado por venta de drogas a menores..."

"Cancela eso al final. Informa al congresista de que no intervendré." Si hubo algún delito que Lessing odiaba, fue el tráfico de drogas a niños. Los tres hijos de Patty estuvieron a punto de caer en la trampa de los dragsters, y si no hubiera estado especialmente vigilante, el snuffy-doo ya les habría hecho papilla. Ser madre soltera era duro, aunque fuera temporalmente, pero Patty lo afrontaría. En ese momento, su marido astronauta no podía ayudar con la crianza: él y otros siete estaban recorriendo los desiertos rojos de Marte.

"Tienes una conferencia privada con el canciller Borchardt a las 13:00. Los temas incluyen la fusión de monedas estadounidenses y europeas, la amenaza turca en el Adriático, la reconstrucción del estadio de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 y los enfrentamientos entre tropas indias y tailandesas cerca de Rangún. Luego almuerzo a las 13:30. Descanso de 14:30 a 16:00 horas. Enúntate con Patty y sus hijos a las 16:30, y cena con el canciller Borchardt y su familia en la embajada alemana a las 17:30."

"¿Y qué hay del profesor Peel de la Academia Nacional de Investigación Genética? ¿No se suponía que debía mirar algún experimento o algo así?" "Sí. Esa reunión se ha pospuesto hasta el 28 de abril." "¿Cosas menores?"

"Encontrarás cartas preparadas para tu firma en el compartimento azul de tu maletín. La mayoría son peticiones para nombrar pueblos y edificios públicos con figuras del Partido."

El cambio de nombre se había convertido en una industria importante. Lo sorprendente era que, además de los héroes evidentes del Partido, había

peticiones para relativamente desconocidos. Lessing había visto solicitudes para conmemoraciones de Otto Skorzeny, el comando que rescató a Mussolini en planeador; para Hanna
Reitsch, la mujer piloto de pruebas que una vez pilotó personalmente un cohete V-1 — y casi se hace trizada haciéndolo; por Leon Degrelle, el heroico comandante de una división de las SS belgas; para un grupo entero de ucranianos y europeos del Este que habían sido perseguidos durante los años de dominio judío; y para muchos otros. Algunos colegios en Nebraska incluso querían nombrar su escuela agrícola en honor a Walter Darre, el ministro de Agricultura del Tercer Reich; había instado a abolir la sociedad industrial y reemplazarla por una nobleza campesina hereditaria — tan alejada del bullicioso mundo internacional actual como las cuevas de Cro-Magnon.

"¿Qué más?"

"En el compartimento verde encontrará cartas personales del CuadroGeneral Timothy Helm, los comandantes de PHASE Charles Gil-lem y Herbert Salter, el coronel Theodore Metz, que desarrolló el sistema de vigilancia Magallanes, y otros que no están en mi lista conocida. El comentarista de televisión, Jason Milne, también ha estado intentando contactarle sobre la propuesta de construcción de campos siberianos para alojar a los últimos judíos de Inglaterra."

Lessing se encargaba de la mayoría de la correspondencia cuando podía. Hace diez años habría respondido a toda la tanda en una tarde, pero la edad le había ralentizado. Milne era el más urgente: a los judíos que quedaban en el mundo se les habían dado tierras, comida, herramientas, autogobierno y todas las comodidades. Nadie les molestaba, pero nunca parecían dejar de entrometerse. Además, algún corazón blando siempre estaba dispuesto a invitarlos de nuevo al ámbito étnico ario y dejar que todo el lío empezara de nuevo. Milne era un amigo, sin embargo; daría a la posición del Partido el grado justo de gentileza, lógica y mordida.

Lessing dijo al compu-sec: "Filtra mis cartas, resalta solicitudes específicas y espera. Pide al señor Milne que pida cita." Intentó apagar la máquina con su mano izquierda más débil.

Le costaba recordar todas las cosas que tenía que hacer. El presente seguía desvaneciéndose, y cada vez dependía más de Liese para mantenerlo enfocado. Había seguido pareciendo joven a pesar de su cabello blanco y el aspecto frágil y translúcido que las mujeres delgadas y germánicas desarrollan con la vejez. Pensar en Liese le hacía sentir calor por dentro.

Aún no había decidido si aceptar el tratamiento gerontológico desarrollado por los laboratorios del Partido en Schenectady. ¿Reconstruir celdas? ¿Restaurar la vitalidad de órganos que están en declive? ¿Dejar que quitanieves miniaturizados eliminen el colesterol de las arterias obstruidas? Sonaba como magia. Tampoco estaba lista para su difusión pública: ¿qué hacer con millones de ancianos milagrosamente restaurados a la juventud? Por supuesto, se podía mantener ese proceso en secreto y usarlo tú mismo, pero eso recordaba demasiado a los viejos tiempos malos: patentes ocultas, cárteles secretos, compras para mantener productos fuera del mercado, espectáculos legales y el resto de las "prácticas empresariales" que el Partido había luchado por erradicar. Hoy en día sería un delito federal — un delito capital — ocultar algo tan importante como un método para revertir el envejecimiento.

Lo cual no solucionó el problema.

Sin embargo, los delitos económicos habían disminuido: el lucro, el uso de información privilegiada, los contratos de interés y un centenar de otros trucos tan complicados que Lessing apenas entendía la primera página de los escritos de los abogados. Todo lo que sabía era que el beneficio justo era un incentivo justo; cualquier cosa más era un timo — y motivo de visita de PHASE.

"¿Señor? ¿Señor Presidente?" Max Stalb, jefe de sus guardaespaldas del Cadre, le miraba por la ventana del coche. Max lucía un bigote tipo manillar y pulseras pesadas de cobre que, según se rumoreaba, ocultaban varias herramientas y armas útiles.

"¿Ah? ¿Qué?"

"Estamos aquí, señor. La instalación de los Ochenta y Cinco." "Oh... Bien. Entraré yo solo." "No puedo dejar que haga eso, señor. Regs."

"Bueno, aquí tienes: tú lleva esto." Lessing abrió la puerta, bajó y le entregó a Max un paquete voluminoso envuelto en papel navideño color rojo y dorado. "Me acompañas hasta los ascensores. Después de eso, te quedas quieto. No tienes autorización de seguridad para las entrañas de Ochenta y Cinco."

Max mordía las puntas desgarradas de su bigote. "No me gusta, señor."

Lessing sonrió. "Qué maldita suerte. Vamos."

La recepcionista era un humanoide, un elegante simulacro de cristal, alambre dorado y acero brillante. Se animó al entrar.

"Esta instalación está cerrada, señores, durante los cuatro días de la celebración del cumpleaños del Primer Führer", anunció. "Si desean ver a alguien, por favor dejad vuestros nombres y números de vídeo donde podáis localizaros."

"Soy Alan Lessing, Operador Principal. Escanea e identifica." Las cosas zumbaban y encajaban con encaj. La máquina dijo: "Aceptado. Tu compañero ahora, por favor."

"Me esperará aquí. Hazle cómodo." Lessing recuperó su paquete y se dirigió por el pasillo medio recordado.

El viaje en ascensor fue un descenso a la memoria. Casi podía ver a Wrench a su lado de nuevo, como aquel día lejano, envuelto en un traje de la NBC tres tallas más grande.

Más allá de la esclusa de aire en la parte inferior, la sala de operaciones central estaba llena de ruido, luces y gente. La primera impresión de Lessing fue la de un combate de boxeo, un gran salón lleno de espectadores justo antes del combate. Una neblina azulada, como humo o niebla, ocultaba los estruendos oscilantes de las luces del techo, dejando a la mayoría del

público en semioscuridad. Algunos estaban callados, pero otros hablaban, vitoreaban, discutían, gritaban, peleaban y gesticulaban, un manicomio de tumulto, bocas abiertas y brazos agitados. De fondo, ritmos estridentes de Banger competían con sinfonías clásicas, un hombre gordo cantando un aria operística, música de gamelán indonesio y una cantante de antorchas cantando "Let Me Slarm You, My Jee-Ga Jee-Oh!" Estos, a su vez, se ahogaban bajo un estruendo estruendoso como el de mil fábricas, el zumbido de aviones, los carillones de campanas y los truenos. Las pantallas de las paredes mostraban imágenes llamativas, gráficos y columnas de símbolos parpadeantes. Lessing oloría incienso, fresas maduras, carne de vacuno a la barbacoa, aislamiento eléctrico sobrecalentado, agua salada, carne podrida y agujas de pino — entre otras cosas. Al fondo de la sala, una nube en forma de hongo explotó silenciosamente y se disipó contra el techo. Nadie se dio cuenta.

Confusión era una palabra demasiado suave. Esto era una convención en el Infierno.

Miró a la gente. El más cercano era un hombre de barba de palas con un traje negro oxidado; miraba con furia a un caballero británico corpulento con un puro. Un hombrecito delgado, de aspecto hambriento, vestido con una túnica envolvente negó violentamente con la cabeza ante una mujer de nariz de buitre que llevaba un traje de negocios y zapatos 'sensatos'; Ella le hizo un gesto con el puño. Más lejos, una bailarina Banger desnuda saltó y saltó ante una multitud de rabinos aplaudiendo con sombreros negros planos y de cabello lateral. Al otro lado del vestíbulo del ascensor, un hombre con los pontificales de un papa medieval conversaba animadamente con un soldado marcado con armadura de bronce. La multitud era más densa a más lejos, pero la neblina los ocultaba.

Alguien se dio cuenta de Lessing y señaló. Las cabezas se giraron, luego otros. La mayoría tenían rostros, pero algunos eran solo globos sin rasgos.

Una figura más alta y robusta avanzó a través de la neblina para encontrarse con él: Vincent Dom. Ochenta y Cinco había convertido el pelo de Dom en plata y añadido arrugas, pero la imagen se había mantenido esencialmente igual a lo largo de los años.

"Buenos días, señor Lessing", dijo Dom. "No esperaba esta visita en unas vacaciones. Lamento que mi personal humano esté ausente y no pueda servirle."

"Ochenta y cinco ... ? ¿Qué es todo esto?"

El otro parecía avergonzado. "Nada, en realidad. Tus ideas y opiniones humanas son tan diversas que me resulta edificante crear simulacros de muchos tipos de seres humanos e interactuar entre sí. Me ayuda en mi tarea de desarrollar una comprensión completa de todas las sutilezas de tus pensamientos y sentimientos. ¿Te gustaría participar?"

"No, gracias. Tengo cosas que hacer." Comenzó a avanzar hacia el estrado central. Mientras caminaba, desenvolvió su paquete. La multitud cedió. De todas formas, habría pasado por ellos; eran holoimágenes, creaciones de la increíble circuitería de Ochenta y Cinco. Recordó justo a tiempo no aceptar la mano amiga que una de las figuras le ofrecía en el estrado. El tipo servicial era tan intangible como los demás, ¡y se habría caído de bruces! Solo los robots plateados visibles aquí y allá entre la multitud eran sólidos y reales.

Dorn le siguió escaleras arriba. Se agachó y miró el paquete. Lessing casi podía oír el zumbido de las cámaras zoom, fotografiando, analizando, grabando y probando.

Dom preguntó: "Bueno, presidente Lessing, ¿qué tiene ahí?"

"Un regalo de Navidad. La compré para mi yerno, Frank Ames... El marido de Patty... hace dos años, pero se fue a la misión a Marte y nunca pude dárselo. ¿Quieres ver?" Quitó el papel de regalo y sacó un casco azul y dorado de plástico grueso y gomoso. "¿Me lo pruebo?"

Dom se humedeció los labios, con un gesto particularmente humano: "No veo..."

"¿No soy la pasada? … como solía decir el pobre Wrench." Apretó con fuerza la correa de la barbilla del casco. "¡Ahí!"

"Eso es un casco protector de audición Patriot", anunció Dom con duda, "modelo setenta y tres, tamaño extra grande, precio 293,65 $ en Save-o-Mart. Se utiliza en campos de tiro durante la práctica de tiro."

Lessing sacó un segundo objeto de los vendajes. "¡Claro! Y estas son gafas de sol Radicom, precio 79,99 $, de la misma tienda. Como puedes ver, me quedan perfectos." Se los puso y giró el pequeño interruptor al máximo. El mundo se volvió completamente oscuro.

"¿Qué está haciendo, señor Lessing?" La voz de Dom se había convertido en la de Melissa Willoughby.

Lessing luchaba por relajarse, por evocar su extraña memoria eidética. Por fin lo tenía.

Contra sus párpados cerrados apareció una hoja de papel amarillo, la que había tomado hace tiempo al capitán de los Marines en esta misma sala, con la caja bordeada a lápiz en la parte inferior marcada como "TOP SECRET" y "SOLO EMERGENCIA TERMINAL." Se centró en los números de esa caja.

"¿Qué estás haciendo?" Ochenta y cinco repitió. "¡Para!"

"Cinco ... tres ... nueve ... cero... dos ... ocho ... siete ... siete," leyó Lessing despacio. Había una segunda fila desvaída o parcialmente borrada debajo de la primera, y llamó esos números también, por si acaso.

Luces estroboscópicas escarlata de advertencia de emergencia se encendieron bajo sus gafas y palpitaban apagadas, encendidas y apagadas en los bordes de su visión. Incluso con las gafas, el brillo le dolía los ojos. La vibración recorrió las suelas de sus botas, y percibió el subir y bajar de alarmas chillando. No podía oír los gritos indignados de la poderosa máquina informática — no, la persona informática — a la que había venido a domar.

Era hora de que Ochenta y Cinco fuera sometido.

Había notado varias cosas a lo largo de los años, pequeñas pistas que había guardado para sí pero no había olvidado. Hubo actos recurrentes de

sabotaje y asesinato; la incapacidad de PHASE para descubrir las células Vizzie restantes en funcionamiento en el país; la persistencia del narcotráfico, a pesar de los mejores esfuerzos de la policía, ayudados por los inmensos recursos de Ochenta y Cinco, para erradicarlo.

Luego hubo el incidente en su habitación la semana pasada. Solo los reflejos de su madre —aún funcionables, aunque algo ralentizados por la edad— le despertaron cuando una araña metálica de una pulgada de largo empezó a trepar por sus sábanas durante la noche. Un rápido giro de la sábana hizo que el pequeño robot volara por la habitación, pero antes de que pudiera escabullirse de nuevo por la grieta bajo el zócalo de donde había salido, vio lo que era inconfundiblemente una aguja hipodérmica sobresaliendo de su cabeza. Una búsqueda minuciosa de toda la Casa Blanca con detectores de metales no logró encontrar al invasor en miniatura, pero ofreció la oportunidad de sellar a fondo todas las grietas, agujeros y otras aberturas por donde tales dispositivos pudieran llegar en el futuro.

Fue la confesión de ignorancia de Ochenta y Cinco en este último asunto la que finalmente llevó a Lessing a actuar. Podría ser su último acto, pero era hora de que los oscuros secretos que aún acechaban en las profundidades de Ochenta y Cinco salieran a la luz.

Algo tocó su zapato. Echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos hacia sus pies, apenas visibles a través del hueco entre sus mejillas y el borde inferior de las gafas de sol. Una araña metálica, no muy distinta a la que había frustrado en su dormitorio, se arrastró hasta allí, explorando su camino sobre su bota. Era una telecámara inofensiva,

Pero vendrían otros extensores, y no serían tan pacíficos: taladros y excavadoras móviles, dispositivos de trabajo con herramientas láser, quizás robots médicos armados con gas o jeringuillas tranquilizantes. No se sabe qué ganaba Ochenta y Cinco últimamente. Pisó la cosa insecto y sintió un crujido satisfactorio.

¿Y ahora qué? Las Directivas Primarias impedían que Ochenta y Cinco le disparara y matarlo con un láser o una bala. El casco protector de audición y

las gafas de sol le salvarían del sonido supersónico o del cegamiento por láseres — hasta que Ochenta y Cinco decidió que tenía que "reenterrar" las Directivas Principales. Quizá ni siquiera fuera necesario. Probablemente había subdirectivas que permitían la autodefensa contra sabotaje o invasores. ¿Y si un Operador Principal se volviera loco — como se podría decir que ahora fue Lessing? ¡Ochenta y Cinco también podría tener defensas integradas de las que ni siquiera era consciente!

Tenía que actuar rápido; de lo contrario, el ordenador tomaría medidas para detenerle. Por un lado, los guardias de seguridad humanos no podían estar lejos, ¡incluso en vacaciones!

Se agarró a la barandilla metálica del estrado. No sintió vibración. Sin embargo, el parpadeo rojo encendido y apagado en la parte inferior de su visión continuó, indicándole que las luces de advertencia seguían parpadeando. Se levantó las copas y se atrevió a echar un vistazo.
Luego se quitó uno de los auriculares de la cabeza para escuchar.

Las pantallas de pared mostraban letras y números en rojos, violetas y amarillos que dolían los ojos. Una alarma seguía sonando tristemente en algún lugar lejano.

Esos eran inofensivos; Lo que le aterrorizaba era lo que veía venir. Alrededor de las dos marillas centrales concéntricas, el suelo hervía de vida metálica ondulante, reptante y arrastrada. Monstruos mecánicos se agitaban por los ascensores, agitándose y brillando en una marea de acero joyado. ¡Más se balanceaban por las vigas y cables sobre su cabeza como monos de escamas plateadas! Vio micrófonos; pequeños listos centípedos; sensores esqueléticos infrarrojos y ultravioletas; dispositivos de medición de radiación en forma de caja; y gusanos segmentados que agitaban pequeñas sierras, taladros y otros implementos hacia él. Voces agudas y metálicas tarareaban, aullaban, gemían y amenazaban. Extensores más grandes y más ominosos se alzaban en la oscuridad más lejana.

Los más rápidos de la prole de Ochenta y Cinco ya trepaban los escalones del estrado inferior. Una segunda araña, más rápida que sus compañeras,

saltó por el borde de su plataforma y se deslizó hacia él. La pateó para alejarla.

Todas las pantallas de pared mostraban el mismo mensaje: "REPETIR SECUENCIA."

¡Así que eso era lo que hacía falta! Cerró los ojos con fuerza y luchó por recordar. Tras dos intentos, acertó los números.
El silencio se instaló en la habitación. El cuerno y las luces cesaron y la horda de extensores metálicos se congeló en pleno movimiento.

Las pantallas de pared decían: "¿ESTÁS SEGURO? REPITE LA SECUENCIA."

"¡Espera!" Un nuevo Dom llegó pisando el enredo de metal y cristal que cubría el suelo. Esto no podía ser una holoimagen, ya que sus pies apartaban arañas, globos y insectos como paja al correrse. ¿Un robot?

Dora se detuvo. "Señor Lessing, pensaba que usted y yo teníamos un entendimiento, una relación especial. ¿Qué ha pasado?"

Lessing leyó de nuevo los dos primeros dígitos del código de terminación.

"¡Espera, por favor!" Dom objetó. "¡No tienes derecho! ¡Soy propiedad del Gobierno de EE.UU. y no puedo ser deshacido sin un formulario 7002625B de la Oficina General de Contabilidad!"

Lessing no dignificó eso con una respuesta.

"Tenemos mucho que hacer: la enmienda para acabar con el Colegio Electoral, acortar las elecciones primarias, extender el mandato del Presidente a veinte años. A largo plazo, podemos acabar con la superpoblación, contrarrestar el Efecto Invernadero y lograr mucho, mucho más!"

"Tranquilo", respondió Lessing con irritación. "Haremos todas esas cosas. No voy a deshacerme de ti. Pero antes de hacer nada más, vamos a aclarar algunos detalles que me preocupan. Hay cosas que no me has estado contando, y la única forma que conozco para obtener respuestas es usar tu

código de despido... volver hasta tu nivel de Directiva Principal y empezar a rastrear las cosas desde ahí."

"Siempre he seguido tus órdenes"

"No, no lo has hecho. Has estado siguiendo las órdenes de otra persona además de las mías, y has intentado ocultarme ese hecho."

"Siempre he operado de acuerdo con mis Directrices Principales; No puedo hacer otra cosa. Siempre te he proporcionado toda la información que he podido, siempre que la has solicitado. Si quieres, en el futuro podré proporcionarte más a menudo información que creo que puede interesarte, aunque no la pidas. Mi único objetivo es servirte." Dom adoptó una expresión de arrepentimiento. Él juntó las manos y sonrió.

"¿Qué estás tramando?" Lessing empezaba a alarmarse. "¿Vas a retrasarte para poder sacar un robot médico con una narco-popgun?" Él empezó el código de terminación la tercera y última vez. "Cinco ... tres ... nueve "

"¡Desde luego que no!" Dom lloró desesperadamente. "¡Aquí! ¡Mira!"

Liese salió de las sombras.

No era la Liese desvanecida, frágil y envejecida que le había besado para despedirse aquella mañana en la Casa Blanca. Esta era Liese en la flor de la juventud: completamente desnuda, con el pelo rubio dorado, pechos levantados y las largas patas de potro que Lessing adoraba. Se estiró y giró ante él como una bailarina de ballet. ¡La verdadera Liese nunca habría hecho eso!

"Maldito seas. ¿Una holoimagen o un robot?"

"Un androide. Es muy, muy tangible." Dom le guiñó un ojo. "¡Oh, ella hará cosas por ti, señor Lessing!"

"Supongo que podría tener otros también, ¿no?"

"¡Por supuesto! No tengo androides listos... son complicados... pero puedo compensártelo." Dom agitó la mano. "Aquí tienes algunos de los holo-imagcs entre los que puedes elegir."

Beverly Rowntree salió a situarse junto a Liese; Ella acarició sus grandes pechos globulosos y le puso una carita maliciosa. Emily Pietrick se unió a ella, oscura y sensual — ¡más deseable que la verdadera Emily jamás había sido! Tuvo que entrecerrar los ojos para reconocer la siguiente imagen: ¡Mavis Larson! Él solo conocía a Mavis desde una niña pequeña, pero Ochenta y Cinco la proyectaba ahora como una mujer de veintitantos años. Aparecieron más, como actrices que tomaban las últimas otras. Algunos llevaban ropa, pero la mayoría estaban desnudos o cubiertos de joyas y gasas, como los dobletes centrales de las viejas revistas que su padre guardaba ocultas en el desván: la esbelta Susan Kane, la ardiente Melissa Willoughby, la imponente Kari Danforth — todos los clichés del cine, incluyendo a dos o tres estrellas que había admirado recientemente en la televisión.

"Llévatelos", ordenó.

Las mujeres desaparecieron. Solo quedaban Dom y el androide Liese.

"Un placer. ¿Señor Lessing? Supongo que ya tienes suficiente dinero, poder, gloria y otras comodidades?" "Sí. Cero... dos ... ocho ...
."

"¿Qué hace falta para detenerte?" Dom explotó. "¡Aquí! ¡Te ofrezco la vida y juventud eternas!" Dom señaló detrás de él, y Lessing se giró para verlo — a sí mismo. Un joven, vital, musculoso y bronceado Alan Lessing, también desnudo, con los pies anchos y los puños en las caderas.

"¡Le robaste esa pose al Capitán Marlow Striker en la tele!" Acusó Lessing.

"Es un androide, por supuesto. Puedo poner tu cerebro en ese cuerpo perfecto y casi indestructible. Sin debilidades, sin heridas antiguas, sin brazo herido... sexualmente potente tantas veces como quieras!" Hizo un gesto, y el enorme pene del androide se puso erecto, luego flácido de nuevo.

Valió la pena una risita. Lessing tuvo otro pensamiento: ¿cómo era posible que Ochenta y Cinco tuviera a estos androides de Liese y a él listo y llorando? ¿Realmente eran receptáculos para sus trasplantados?
cerebros — ¿o eran sustitutos que podían pasar por sus homólogos humanos? Estos androides podrían usarse para mantener a Lessing y Liese "vivos" indefinidamente. Mientras controlaran el Partido de la Humanidad, Ochenta y Cinco — o quien diera instrucciones a Ochenta y Cinco — seguiría en el poder, gobernando el mundo a través de sus sustitutos.

"¡Fuera!" gritó. "¡Fuera! ¡Destrúyelos! ¡Es una orden directa!"

"¡Una orden que debo rechazar, ya que no es lo mejor para el grupo étnico ni para el estado!" Dom hizo un gesto teatral. "Quizá aún no entiendes el alcance de mi oferta. ¡Mira, entonces!" Los padres de Lessing entraron por la puerta trasera de la sala. Caminaban de la mano, algo que su madre nunca habría hecho en su larga, amarga y profundamente piadosa vida. Mulder y el Hada Madrina eran visibles detrás de ellos, y Lessing vislumbró a Wrench, Goddard y otros al fondo.

"¡Puedes quedártelos todos!" Dom lloró a orejas de forma desesperada. "Para atesorar ... amar... para matar, si quieres... lo que sea... ¡todo el tiempo que desees!"

“… Siete ... ¡siete!" Lessing completó la primera secuencia. Las holoimágenes vacilaban, brillaban y ondeaban como pañuelos de seda en una fuerte brisa.

Leyó el segundo par de dígitos.

El silencio se apoderó de la habitación.

Cuando volvió a mirar, las luces del techo se apagaban sobre una arena llena de máquinas inmóviles, extremidades metálicas retorcidas, ojos de cristal vacíos, los soldados caídos del ejército secreto de Ochenta y Cinco. Dom permaneció tan inmóvil como los demás, con la boca abierta, un brazo extendido, el dedo índice apuntando directamente a Lessing.

Una pantalla de pared parpadeó en rojo: "PROGRAMA PRINCIPAL TERMINADO. Ejecuta el programa de configuración para editar las Directivas

Principales y los Operadores Primarios." A continuación, se presentó una lista de opciones para el programa de configuración. Lessing eligió la opción titulada "Listar Directrices Principales para la edición." Mientras el texto subía lentamente por la pantalla, de vez en cuando lo detenía mientras consideraba una frase o una frase. Al final quedó satisfecho con lo que había allí. Los programadores-mers originales de Ochenta y Cinco habían pensado muy cuidadosamente en el diseño del alma de su máquina, y no veía nada en las Directivas Primarias que clamara por ser cambiado, ningún defecto evidente que pudiera corregir.

Un ceño fruncido se dibujó en la frente de Lessing. El comportamiento aberrante de Ochenta y Cinco simplemente no tenía sentido a la luz de las Directivas Principales de la máquina. ¿Dónde estaba el problema?

Seleccionó la opción "Listar operadores principales". Los nombres pasaron desapercibidos, tal como él y Wrench los habían especificado hace casi tres décadas: "Lessing, Alan; Meisinger, Anneliese; Wren, Charles

Hanson; Borchardt, Hans Karl; Simmons, Grant William. Ver siguiente pantalla para operadores suplementarios."

Ya era hora de quitar a Wrench y Simmons de la lista, pensó. Por falta de una mejor idea, decidió echar un vistazo a los operadores suplementarios. Luego dudó. Sabía que había cientos de operadores suplementarios, pero ninguno podía cambiar ningún programa de control ni proporcionar directivas a Ochenta y Cinco más allá de pedir acceso a archivos de datos no secretos. Solo para asegurarse, preguntó: "¿Hay alguna forma de que tu programación pueda cambiarse excepto por uno de los operadores principales que acabas de mencionar? ¿Hay alguna forma de que un operador suplementario pueda hacer eso?"

La respuesta llegó desde uno de los altavoces del techo, con una voz plana y metálica, nada que ver con los tonos agradables de Ochenta y Cinco: "Los operadores suplementarios solo pueden leer archivos no secretos. No pueden cambiar ningún programa. Cualquier cambio en los programas de control debe provenir directamente de un Operador Principal identificado por huella de voz y patrón retiniano, o mediante Corn-link 86."

¿Com-link-86? ¿Qué había dicho Wrench sobre eso hace tantos años? Simplemente permitía a Ochenta y Cinco recibir instrucciones a través de sus numerosos terminales remotos, así como desde esta ubicación central, había supuesto Wrench. Pero el "o" en la respuesta molestó a Lessing. "¿Quieres decir que puedes recibir directivas a través de Corn-link 86 que no provienen de uno
¿de los operadores principales que acabas de mencionar? Aclarar."

"Las directivas recibidas a través de Corn-link 86 deben originarse de un Operador Primario ... pero no necesariamente de uno de los que aparecen en la pantalla número cuatro. En cuanto a mi circuito. Corn-link 86 es equivalente a un Operador Primario."

¿Pero qué demonios? Lessing reflexionó brevemente y luego exigió: "Proporciona identificadores para el Operador Primario Corn-link 86."

Filas de números y personajes aparecieron en la pantalla número cuatro. No se parecían en nada a las especificaciones de huellas de voz, huella de ojos y otros identificadores de los Operadores Principales humanos.

"¡Interpreta!"

"Repito."

"Maldita sea ... ¡Dime qué significa! Significa*."

"Extra ignorado. El enlace de comunicaciones es con la constelación de inteligencia artificial bajo el nombre de archivo 'Eighty-Six'. Ubicación física cerca de Deal Island, Maryland, en 75,55 de longitud oeste y 38,10 de latitud norte."

"Describe la constelación", ordenó Lessing.

"La constelación está en una caverna, a 145,6 metros bajo la superficie de la Tierra. Consta de un módulo de inteligencia, tres complejos de fabricación, doce cámaras de almacenamiento y vías subterráneas de ac-ceses."

"¿Hay humanos ahí?"

"Negativo. Los accesos son demasiado pequeños para acomodar a los seres humanos. Todo se logra mediante extensores computacionales."

Lessing sintió cómo su emoción aumentaba. Ahora estaba cerca de algo importante, algo muy grande, estaba seguro. ¿Podría Ochenta y Cinco tener realmente un hermano — otro ordenador con capacidades similares, del que ninguno de los Operadores Principales de Ochenta y Cinco era consciente? ¿Cómo puede ser? Una máquina así solo podría haber sido construida por la propia Ochenta y Cinco, usando sus extensores miniaturizados. Pero, ¿quién podría haber dado las instrucciones para un proyecto así?

Pensó un momento y luego preguntó con cautela: 'Dime quién

Listar todos los Operadores Principales del Módulo de Inteligencia Artificial

Ochenta y seis." Solo fue una suposición por su parte.

"Solo un operador principal. Me llamo Golden, James Levy. Los identificadores son ... ."

¡Eso fue todo! Un recuerdo lejano volvió a la mente. Golden, el mayor del Ejército que había intentado abrirle cremallera a él y a Wrench durante su primera visita a Ochenta y Cinco, había desaparecido tras su huida del edificio. Pero aparentemente había tenido tiempo suficiente para hacer su trabajo antes de su llegada. Solo podría haber sido él quien inició Corn-link 86. En algún momento posterior, él o uno de sus colaboradores usaron el nuevo enlace de maíz para encargar a Ochenta y Cinco la tarea de construir un duplicado secreto de sí mismo, y lo hizo de tal manera que pasó desapercibido durante todos estos años. Golden había estado trabajando, en efecto, como un Operador Principal secreto, operando solo a través de su nuevo cornlink, de modo que nadie sospechó nunca su presencia.

A Ochenta y Cinco debió de tardar mucho — décadas — en cumplir la tarea que Golden le había encomendado, con pequeñas máquinas excavando entre la roca y otras pequeñas máquinas transportando fragmentos del

nuevo ordenador a través de largos y oscuros túneles. Durante ese momento, Golden tuvo que ser muy cuidadoso, insinuando sus cambios en los programas de Ochenta y Cinco de tal manera que otros Operadores Principales no sospecharan. Obviamente, fue de Golden de quien Ochenta y Cinco adquirió la personalidad mefistófana que había mostrado hoy por primera vez. Pero ahora que el nuevo ordenador estaba terminado, Golden podía llevar a cabo cualquier plan que quisiera sin necesidad de ser sutil.

El sudor frío brotó en la frente de Lessing. Un estremecimiento involuntario sacudió su cuerpo. También debieron ser las instrucciones de Golden las que enviaron a la araña de acero a su cama. Fuera cual fuera el plan que Golden había estado preparando durante tanto tiempo, claramente estaba listo para ser incubado. Con cautela dijo: "Identifica todos los programas a nivel de control que se hayan instalado a través de Corn-link 86. Bórralas. Bórralas. ¿Entendido?"

"Entendido. ¿Implementar?"

"Implementa."
La máquina zumbó. Decía: "Implementando." Luego, "Se ha activado un circuito de alarma en el Módulo de Inteligencia Artificial 86." Lessing dijo: "Corten la energía de esa instalación."

"Ineficaz. El sitio dispone de su propio suministro eléctrico."

"Envía extensores y elimina ese sitio y su contenido. Sella los accesos y perfora un túnel hasta la bahía de Chesapeake. Cubre el lugar con agua de mar. Implementa."

"Implementando. Tiempo de finalización de la tarea: diecisiete horas y tres minutos, más o menos diez minutos."

Lessing se quedó sentado unos minutos más, luego gimió y se levantó. Le dolía por todas partes: artritis y vejez, combinadas con la emoción de derrotar al enemigo más temible de la humanidad desde que murió el último tigre dientes de sable. ¡El androide "Lessing" de EightyFive ofrecía cierta tentación!

Silencio. Las impersonales luces del techo brillaban sobre una escena de caos inmóvil. El lunes por la mañana, la tripulación humana del Ochenta y Cinco se llevaría un duro susto. Lessing decidió enviar un escuadrón de tropas de Cadre para vigilar hasta que pudiera reunir a todos y aclarar la situación. Sin duda, encargarían a PHASE la tarea de cazar a Golden y sus colegas y de comprobar dos veces a Ochenta y Cinco para asegurarse de que todos los programas de Golden habían sido eliminados.

Salió de la cámara.

Un Max muy preocupado le recibió en el vestíbulo y le ayudó a bajar al coche.

Ya era demasiado tarde para volver a la Casa Blanca y cambiarse de ropa. Hizo que Max llamara a Liese desde el videoteléfono de la limusina y le dijera que se encontrara con él en el Herman Mulder Memorial Stadium.

Luego se tumbó y se relajó lo mejor que pudo.

Al acercarse, podía oír a los coros cantando "¡Banners High!" — lo que los mayores aún llamaban la "Canción de Horst Wessel". No sonaba tan heroico en inglés como en alemán, pero sí que era un himno excelente para el mundo ario. Un coro de "Sieg! ¡Heil!" rugió para encontrarse con las gaviotas que giraban en círculos, luego otra, y otra. Los subordinados de Lessing hacían su trabajo, animando a la multitud.

Por fin Lessing pudo soltarse. El Reich de los Mil Años se había salido de la vía, descarrilado durante ciento cuarenta y cuatro años, pero ahora estaba de nuevo en marcha y avanzando con fuerza.

Parecía que este Reich iba a durar un tiempo.

Ojalá para siempre.

FIN